

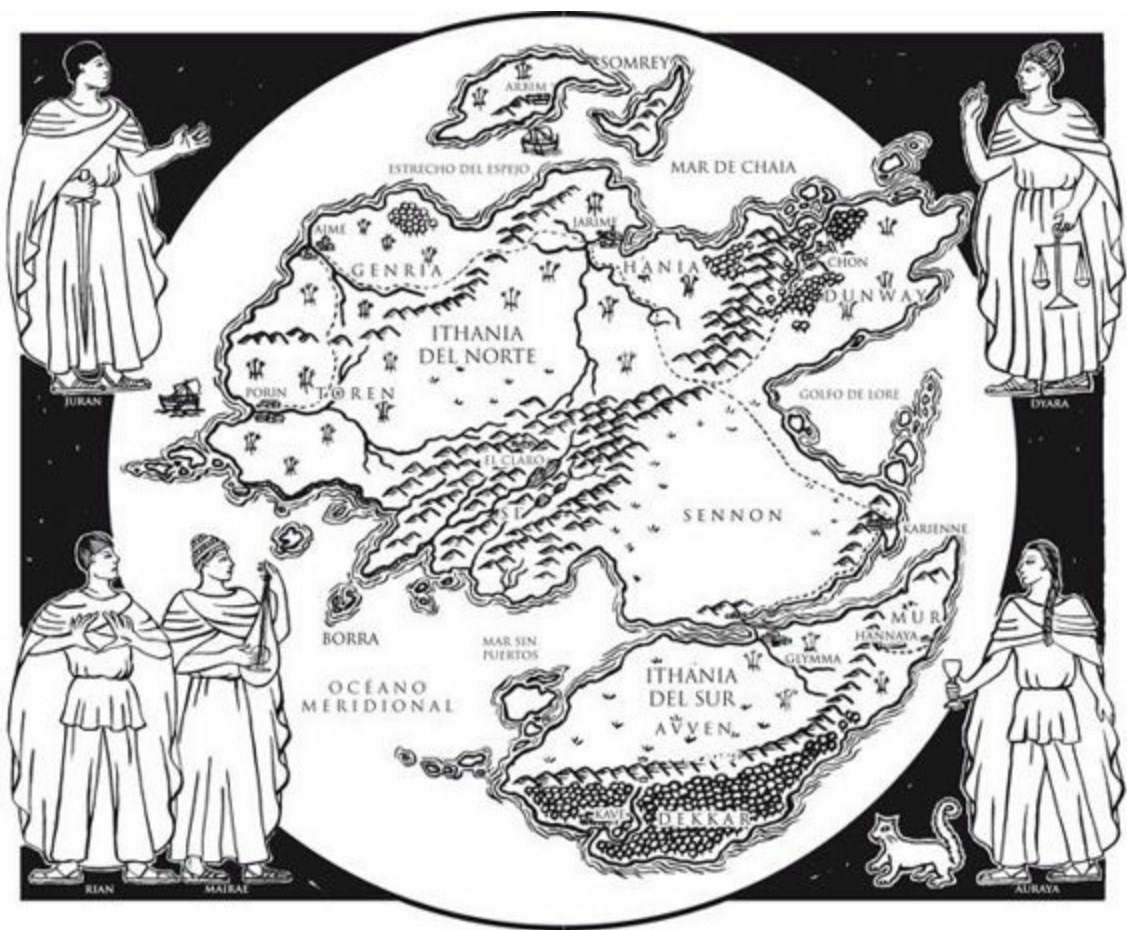
TRUDI CANAVAN

LA HECHICERA INDÓMITA

LA ERA DE LOS CINCO DIOS. II



FANTASY



*Para mi yaya, Ivy Dauncey,
a quien le encanta contar historias*

Prólogo

Reivan detectó el cambio antes que los demás. Al principio, fue algo instintivo, más una intuición que una certeza; luego percibió un olor apagado y terroso en el aire. Al fijarse en las paredes del túnel, advirtió que el polvo se había acumulado solo en un lado de las protuberancias y hendiduras, como si hubiera llegado hasta allí desde el fondo del pasadizo, impulsado por el viento.

Un escalofrío le bajó por la espalda cuando pensó lo que eso podía significar, pero permaneció en silencio. Podía estar equivocada, y los demás seguían demasiado conmocionados por la derrota. Pugnaban por asimilar la muerte de amigos, familiares y camaradas, cuyos cuerpos habían quedado atrás, sepultados en la fértil tierra enemiga. No necesitaban otro motivo de preocupación.

Aunque no hubieran estado en plena retirada hacia su país con la moral por los suelos, ella no habría hablado. Los hombres de su equipo se ofendían con facilidad. Al igual que ella, albergaban un resentimiento secreto por no haber nacido con dones suficientes para convertirse en Servidores de los Dioses, por lo que se aferraban a las únicas cualidades que los hacían superiores.

Eran más inteligentes que la gente común. Eran Pensadores. Se distinguían de quienes simplemente eran cultos por su capacidad para

calcular, inventar, filosofar y razonar. Esto había engendrado en ellos una competitividad extrema. Mucho tiempo atrás, habían establecido una jerarquía interna. Los mayores tenían precedencia sobre los jóvenes; y los hombres, sobre las mujeres.

Resultaba ridículo, por supuesto. Reivan había observado que las mentes tendían a tornarse tan inflexibles y lentas con la edad como los cuerpos en que se alojaban. El mero hecho de que hubiera más hombres que mujeres entre los Pensadores no significaba que los varones fueran más listos. A Reivan le entusiasmaba demostrar esto último..., pero aquel no era el momento más oportuno para ello.

«Además, podría estar equivocada».

El olor a polvo era ahora más intenso.

«Dioses, espero estar equivocada».

De pronto, recordó que las Voces poseían la facultad de leer la mente. Volvió la vista atrás y se quedó desorientada por unos instantes. Esperaba ver a Kuar, pero, en cambio, sus ojos se posaron en una mujer alta y elegante que caminaba detrás de los Pensadores. Era Imenja, Voz Segunda de los Dioses. Reivan sintió una punzada de tristeza al recordar por qué aquella mujer dirigía ahora el ejército.

Kuar había muerto a manos de los paganos circulianos.

Imenja miró a Reivan y le hizo una seña para que se acercara. A Reivan le dio un vuelco el corazón. Nunca había hablado con una de las Voces, pese a que pertenecía al equipo de Pensadores que había planeado la ruta a través de las montañas. Grauer, líder del equipo, había asumido la tarea de informar a las Voces sobre sus progresos.

Ella se paró en seco. Un vistazo a los hombres que tenía delante bastó para comprobar que ninguno de ellos había reparado en la llamada o en que ella se estaba rezagando, y menos aún Grauer, que tenía toda su atención puesta en los mapas. Cuando Imenja la alcanzó, Reivan echó a andar de nuevo, manteniéndose un paso por detrás de la Voz.

—¿En qué puedo servirlos, reverencia?

Imenja, con el ceño fruncido, no apartaba la mirada de los Pensadores.

—¿Qué es lo que temes? —preguntó por lo bajo.

Reivan se mordió el labio.

—Seguramente todo es producto de la enajenación subterránea, de la oscuridad que me ofusca la mente —se apresuró a decir—, pero... me parece que en el trayecto de ida no había tanto polvo en el aire, ni en las paredes. La forma en que se ha asentado parece indicar un movimiento rápido de aire procedente de más adelante. Se me ocurren algunas causas...

—Tienes miedo de que se haya producido un derrumbe —aseveró Imenja.

Reivan asintió.

—Sí. Y de que se genere más inestabilidad.

—¿Natural o artificial?

La pregunta de Imenja y sus implicaciones hicieron que Reivan se detuviera, presa de la impresión y el miedo.

—No lo sé. ¿Quién haría algo así? ¿Y por qué?

Imenja arrugó el entrecejo.

—He recibido informes de que los sennenses están hostigando a nuestro pueblo ahora que la noticia de nuestra derrota ha llegado a sus oídos. O tal vez se trate de lugareños que intentan vengarse.

Reivan apartó la vista. Le vinieron a la memoria imágenes de voranes chorreando sangre por la boca tras la última «excursión de caza» la noche antes de que entraran en las minas. Ganarse la voluntad de los aldeanos no había sido una prioridad para el ejército, y menos aún cuando estaba convencido de la victoria.

«Por otro lado, no estaba previsto que regresáramos por aquí. Se suponía que expulsaríamos a los paganos de Ithania del Norte, conquistaríamos el territorio en nombre de los dioses y volveríamos a nuestros hogares a través del paso».

—Vuelve con tu equipo, pero no comentes nada. —Imenja suspiró—. Ya nos ocuparemos de los obstáculos cuando topemos con ellos.

Reivan obedeció y ocupó de nuevo su lugar detrás de los otros Pensadores. Consciente de que Imenja podía leerle la mente, permaneció alerta por si aparecían nuevos indicios de problemas. No tardó en encontrarlos.

Observó divertida que sus compañeros Pensadores caían poco a poco en la cuenta de lo que significaba la cantidad creciente de cascotes en el túnel. La primera barrera que encontraron fue una pequeña parte del techo que se había venido abajo. No obstruía el pasadizo por completo, por lo que les bastó con trepar por encima del montón de escombros para seguir adelante.

Luego, los obstáculos se volvieron más frecuentes y difíciles de salvar. Por medio de la magia, Imenja desplazaba una roca aquí y un montículo de tierra allá. Nadie aventuró una causa posible de aquellas anomalías. Todos guardaban un silencio prudente.

El túnel los condujo a una de las grandes cavernas naturales que abundaban en las minas. Reivan escudriñó el vacío. Donde no debía haber más que oscuridad se alzaban unas formas pálidas tenuemente iluminadas por los faroles de los Pensadores.

Imenja dio unos pasos al frente. Cuando se adentró en la caverna, su luz mágica se elevó y brilló con más fuerza, hasta alumbrar una pared de roca. Los Pensadores alzaron la vista hacia ella, descorazonados. También allí se había hundido el techo, pero esta vez no había manera de pasar por encima de la obstrucción. Los escombros llenaban la caverna por completo.

Reivan contempló el montón de piedras. Algunas de las rocas eran enormes. Si se produjera un derrumbe así sobre sus cabezas..., ella dudaba que tuvieran tiempo de entender qué estaba ocurriendo. Apenas alcanzarían a oír un crujido antes de morir aplastados.

«Es mejor que una cuchillada en las tripas y una agonía larga y dolorosa —pensó—. Pero no puedo evitar la sensación de que una muerte repentina nos despojaría de algo importante. La muerte es una experiencia de la vida. Solo la experimentamos una vez. Cuando llegue mi hora, me gustaría ser consciente de ello, aunque eso traiga consigo dolor y miedo».

Grauer emitió un gruñido que llamó su atención.

—Esto no debería haber ocurrido —exclamó, y su voz resonó en la cueva empuñada—. Lo comprobamos todo. Esta caverna era estable.

—Baja la voz —le ordenó Imenja.

Él dio un respingo y bajó la mirada.

—Perdonadme, reverencia.

—Busquemos otra salida.

—Sí, reverencia.

Lanzó una mirada a los Pensadores más allegados a él y reunió en torno a sí a un reducido círculo de hombres. Tras murmurar entre ellos por unos instantes, se separaron para dejar que Grauer se dirigiera al frente con paso seguro.

—Permitidme que os guíe, reverencia —dijo en tono humilde.

Imenja inclinó la cabeza hacia los otros Pensadores, indicándoles que se unieran a él. El pasadizo quedó abarrotado cuando el ejército volvió sobre sus pasos. La atmósfera se enrareció de forma notoria, pese a los esfuerzos de los Servidores por obtener aire a través de los respiraderos y las grietas de la montaña bajo la que se encontraban. Tanto los Servidores como los soldados y los esclavos guardaban un silencio preñado de inquietud.

La noción del tiempo se perdía con facilidad bajo tierra. Los meses que Reivan había pasado allí ayudando a sus compañeros Pensadores a trazar un mapa de las minas, el sistema de cuevas naturales y los senderos de montaña le habían proporcionado cierta habilidad para calcular el tiempo. Grauer tardó casi una hora en llegar al túnel lateral que buscaba. Se adentró en él prácticamente de cabeza, ansioso por demostrar su valía.

—Por aquí —dijo, consultando una y otra vez el mapa—. Hay que bajar por esta galería. —Los Pensadores avanzaban tras Grauer a toda prisa mientras él doblaba una curva—. Y luego caminar un buen trecho por...

Hubo un instante de silencio, seguido de un grito resonante que se apagó en la distancia. Los Pensadores recorrieron la curva rápidamente y enseguida se detuvieron. Al echar un vistazo entre los hombros de dos personas, Reivan vislumbró un agujero de forma irregular en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

Los Pensadores se apartaron para dejar pasar a Imenja.

—Tened cuidado, reverencia —dijo uno de ellos por lo bajo.

Suavizando su expresión ligeramente, la mujer asintió antes de continuar caminando despacio.

«Sin duda ya sabe qué le ha pasado a Grauer —comprendió Reivan—. Debe de haberle leído el pensamiento mientras caía».

Imenja se acuclilló y tocó el borde del agujero. Arrancó un trozo del saliente antes de enderezarse.

—Arcilla —dijo, mostrándosela a los Pensadores—. Moldeada por manos humanas y reforzada con paja. Esto es obra de un saboteador. De un experto en trampas.

—¡Los Blancos han incumplido su parte del trato! —siseó uno de los Pensadores—. Pretenden impedir que volvamos a casa.

—¡Es una trampa! —exclamó otro—. ¡Nos mintieron en el paso para que siguiéramos esta ruta! ¡Si nos matan aquí, nadie sabrá que nos han traicionado!

—Dudo que ellos sean los responsables —repuso Imenja, dirigiendo la vista más allá de las paredes de roca que los rodeaban. Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. La arcilla está seca. Quien haya hecho esto se marchó hace días. No percibo más que los pensamientos de pastores de gabras que están lejos de aquí. Elegid a otro guía. Seguiremos adelante, pero con precaución.

Los Pensadores vacilaron e intercambiaron miradas de incertidumbre. Imenja los observó, uno tras otro, y la ira asomó a su rostro.

—¿Por qué no habéis hecho copias?

«Los mapas. —Reivan apartó la vista, luchando contra una frustración creciente—. Grauer se los ha llevado consigo. Era incapaz de confiar en alguien lo suficiente para facilitarle copias. ¿Qué haremos ahora?».

La aprensión la invadió por un momento. Casi todos los túneles más anchos de las minas conducían a la entrada principal. Al fin y al cabo, la intención original de los mineros no era crear un laberinto. Las galerías más pequeñas, excavadas a lo largo de vetas de mineral, y los sistemas de cuevas naturales eran más intrincados, pero mientras el ejército evitara internarse en ellos, acabaría por encontrar la salida.

Uno de los miembros del grupo dio un paso al frente.

—Deberíamos poder orientarnos basándonos en la memoria. El año pasado todos pasamos una larga temporada aquí.

Imenja asintió.

—Entonces concentraos en recordar. Yo pediré a algunos Servidores que

pasen delante para comprobar si hay más trampas.

Aunque todos los Pensadores asintieron con gentileza, Reivan vio signos de indignación en su actitud. No eran lo bastante necios u orgullosos para rechazar la ayuda de hechiceros, y seguramente sabían que los Servidores cargarían con parte de la culpa si sucedía algo peor. Aun así, no dirigieron la palabra a los dos Servidores que se acercaron.

Hitte se ofreció como guía y ninguno de los demás le disputó el puesto. Tras una inspección del agujero, se descubrió que era una grieta que atravesaba el suelo, el techo y las paredes, pero no era tan ancha como para no poder saltarla. Tendieron sobre ella, a manera de puente, unas angarillas cuya carga habían atado a las espaldas de unos esclavos que ya soportaban un peso excesivo. Los Pensadores cruzaron los primeros y el resto del ejército los siguió.

Reivan supuso que no era la única que se desesperaba por la lentitud con la que avanzaban. Casi habían llegado al final de su travesía por las montañas. Las minas del lado haniano, más pequeñas, los habían llevado hasta un valle al que no podía accederse por otras vías y donde los pastores apacentaban sus gabras. Una marcha más larga a través de una serie de cuevas naturales les había ahorrado la necesidad de escalar una cresta escarpada.

Desde allí, habían caminado durante una jornada por angostas sendas de montaña. Cuando se dirigían hacia la batalla, habían recorrido aquel tramo de noche para que los espías voladores del enemigo no los divisaran.

Ahora solo les faltaba encontrar el camino para salir de aquellas minas en el lado sennense y...

«¿Qué? ¿Se acabaron nuestros problemas? —Reivan suspiró—. Cualquiera sabe qué nos espera en Sennon. ¿Enviará el emperador un ejército para rematarnos? Tal vez ni siquiera le haga falta. Nos quedan pocas provisiones, y aún tenemos que cruzar el desierto de Sennon».

Nunca se había sentido tan lejos de su hogar.

Se abismó durante un rato en los recuerdos de su infancia: de las horas que pasaba sentada en la forja de su padre, o ayudando a sus hermanos en la construcción. Evitó pensar en la breve temporada en que la había embargado

el dolor y el despecho por haber sido entregada a los Servidores, y se recreó en el entusiasmo con que había aprendido a leer y escribir, en la avidez con que había devorado todos los libros de la biblioteca del monasterio antes de cumplir los diez años. Había arreglado toda clase de cosas, desde cañerías hasta túnicas, había inventado una máquina para rebajar el cuero e ideado una receta de confitura de drimma con la que el Santuario había ganado más dinero que con todos los demás productos del monasterio juntos.

Reivan tropezó con algo y estuvo a punto de perder el equilibrio. Al levantar la vista, la sorprendió la irregularidad del suelo. Hitte los había guiado hacia los túneles naturales. Ella miró al nuevo guía de los Pensadores y advirtió la seguridad con que se movía.

«Espero que sepa lo que hace. Al menos actúa como si lo supiera. Oh, lo que daría por poder leer la mente, como las Voces».

Cuando se acordó de Imenja, la asaltó un sentimiento de culpa. En vez de permanecer alerta y hacer algo útil, se había embebido en sus pensamientos. Decidió prestar más atención en adelante.

A diferencia de los túneles más altos de las montañas, rectos y amplios, estos eran estrechos y tortuosos. No solo torcían a derecha e izquierda, sino que ascendían y descendían, a menudo de forma abrupta. El ambiente estaba cada vez más húmedo y cargado. En varias ocasiones, Imenja ordenó un alto para que los Servidores tuvieran tiempo de obtener aire más fresco en aquellas profundidades.

De pronto, el túnel se ensanchó y la luz de Imenja iluminó una caverna enorme.

Reivan soltó un jadeo de asombro. Estaban rodeados de columnas pálidas e impresionantes, unas tan finas como dedos, otras más gruesas que los árboles vetustos de Dekkar. Había algunas unidas en haces, otras estaban truncadas, y sobre sus tocones se habían formado sombreretes parecidos a los de las setas. Todo estaba cubierto de una capa reluciente de humedad.

Al echar una ojeada hacia atrás, Reivan advirtió que Imenja sonreía. La Voz Segunda adelantó a los Pensadores y se adentró en la caverna para contemplar aquellas formaciones.

—Descansaremos aquí un rato —anunció. Su sonrisa desapareció y, tras

lanzar una mirada significativa a los Pensadores, dio media vuelta y guio al ejército hacia el interior de aquel espacio inmenso.

En cuanto Reivan posó los ojos en Hitte, comprendió el porqué de la expresión de Imenja. El hombre tenía la frente arrugada de preocupación. Los Pensadores se apartaron de la fila de personas que entraban en la caverna y comenzaron a hablar entre sí en voz baja.

Reivan se acercó a ellos, y las pocas palabras que captó bastaron para confirmar sus sospechas. Hitte no sabía dónde estaban. Había optado por penetrar en los túneles naturales, donde las trampas de un saboteador serían más evidentes, pero los pasadizos no desembocaban en galerías hechas por el hombre tal como él esperaba. Ahora temía que se habían perdido.

Reivan se alejó con un suspiro. Si seguía escuchando, quizá diría algo que después lamentaría. Al caminar entre las formaciones, descubrió que la caverna era incluso más grande de lo que le había parecido en un principio. El rumor del ejército que se aglomeraba sonaba cada vez más débil a su espalda mientras ella avanzaba entre las columnas, sorteando las desigualdades del terreno y atravesando charcos. La luz de Imenja lo bañaba todo en una claridad intensa entreverada de sombras negras. En una parte de la gruta, el suelo era más extenso y las charcas habían formado superficies escalonadas. Reivan se fijó en unas aberturas que podían ser entradas de túneles.

Mientras las examinaba, oyó un sonido bajo e inarticulado tras sí. Se quedó paralizada y miró alrededor, preguntándose si alguien la había seguido. La voz sonó más fuerte y apremiante hasta convertirse en un bramido furioso. ¿Se trataba de la persona que tendía las trampas? ¿De un lugareño sediento de venganza, incapaz de enfrentarse al ejército pero dispuesto a ajustar cuentas con uno de sus miembros? Reivan se percató de que estaba jadeando de terror, y lamentó amargamente haberse separado del ejército y que sus dotes mágicas fueran tan limitadas que apenas le bastaban para crear una mísera chispa.

Sin embargo, si ese alguien la hubiera seguido con malas intenciones, no habría delatado su presencia con un rugido sonoro. Ella se obligó a respirar con más calma. Si lo que había oído no era una voz, ¿qué era?

Cuando se le ocurrió la respuesta, se rio a carcajadas de su propia necesidad.

«El viento. Vibra a través de los túneles como el aliento a través de un tubo».

Ahora que estaba más atenta, percibió un movimiento en el aire. Se agachó para mojar las manos en un charco antes de encaminarse hacia la dirección de la que procedía el sonido, con los brazos extendidos ante sí. La sensación de frío que le producía la brisa en la piel mojada la guio hacia una abertura grande a un lado de la caverna, donde soplaba una corriente de aire más fuerte.

Sonriendo satisfecha, Reivan echó a andar de vuelta hacia donde estaba el ejército.

Se sorprendió al ver cuánto se había alejado. Cuando llegó por fin, las cinco secciones se encontraban ya allí, aglomeradas en torno a las formaciones rocosas. Sin embargo, algo no iba bien. En vez de asombro y admiración, sus caras reflejaban temor. Reinaba un silencio insólito para una multitud tan grande.

¿Se le había escapado a algún Pensador algún comentario revelador sobre la situación, o habían decidido las Voces comunicar al ejército que se habían perdido? Al acercarse, Reivan vio a las cuatro Voces de pie sobre un saliente. Parecían tan tranquilos y seguros de sí mismos como siempre. Imenja bajó la vista y la clavó en los ojos de Reivan.

Entonces el bramido se oyó de nuevo. Allí sonaba más débil y costaba más identificarlo como producto del viento. Cuando varios miembros del ejército soltaron gritos ahogados y murmuraron plegarias, Reivan comprendió qué era lo que tanto los había asustado. Al mismo tiempo, vio que Imenja apretaba los labios, divertida.

—¡Es el Aggen! ¡El monstruo! —exclamó alguien.

Reivan se tapó la boca para reprimir una risotada y advirtió que los otros Pensadores sonreían. No obstante, el resto del ejército parecía dar crédito a esta posibilidad. Hombres y mujeres se apiñaron entre gritos de terror.

—¡Nos devorará!

—¡Hemos entrado en su guarida!

Ella suspiró. Todo el mundo conocía la leyenda del Aggen, una bestia gigantesca que supuestamente vivía debajo de aquellas montañas y engullía a todo aquel que fuera lo bastante insensato para adentrarse en las minas. Incluso había esculturas de él en las excavaciones más antiguas, en pequeñas hornacinas para ofrendas, como si un ser tan grande fuera a saciarse con obsequios que cupieran en un espacio tan reducido.

O como si pudiera sobrevivir. Era imposible que un monstruo tan enorme como el tal Aggen se alimentara de los escasos e imprudentes exploradores que se internaban en sus dominios. Si le bastaba con eso, era mucho más pequeño de lo que aseguraban las leyendas.

—Pueblo de los dioses. —La voz de Imenja retumbó en la caverna, y el eco de sus palabras se alejó, como si persiguiera el bramido—. No temáis. Aquí no percibo otras mentes que las nuestras. Ese sonido está causado por el viento, que corre por estas cuevas como un soplo a través de una flauta, aunque con resultados menos melódicos —añadió con una sonrisa—. Los únicos monstruos que hay aquí están en nuestra imaginación. Pensad en el aire fresco que el viento trae consigo. Descansad y disfrutad las maravillas que os rodean.

Las tropas habían enmudecido. Reivan oyó que los soldados empezaban a imitar el sonido o a mofarse de quienes habían expresado sus temores en voz alta. Un Servidor se le acercó.

—Pensadora Reivan, la Voz Segunda desea hablar contigo.

El corazón de Reivan dio un brinco. Ella echó a andar a toda prisa tras el hombre. Las otras Voces la observaron con interés cuando llegó al saliente.

—Pensadora Reivan —dijo Imenja—, ¿has descubierto una salida?

—Tal vez. He encontrado un túnel en el que hay corriente. Ese viento podría proceder del exterior, pero no sabremos si el pasadizo es transitable hasta que lo exploremos.

—Explóralo entonces —ordenó Imenja—. Que te acompañen dos Servidores, para iluminar tu camino y comunicarse conmigo si el túnel resulta sernos útil.

—Así lo haré, reverencia —respondió Reivan. Tras trazar el símbolo de los dioses sobre su pecho, se alejó. Dos Servidores, un hombre y una mujer,

salieron rápidamente a su encuentro. Reivan les dirigió una cortés inclinación de la cabeza antes de reanudar la marcha, seguida por ellos.

Encontró el túnel sin dificultades y entró en él. El suelo era irregular, y en algunos trechos tenían que subir pendientes acusadas. El bramido sonaba cada vez más fuerte, hasta que empezó a vibrar a través de ella. Los dos Servidores despedían olor a sudor pese a que el aire era frío, pero no expresaban sus temores. Aunque sus luces mágicas brillaban con más intensidad de la necesaria, Reivan no se quejó.

Cuando el sonido se tornó ensordecedor, Reivan advirtió consternada que el túnel se estrechaba ante ella. Aguardó a que el viento amainara y avanzó de costado por el hueco. Los Servidores se pararon con expresión dubitativa.

El espacio se redujo hasta que Reivan notó la presión de la roca contra el pecho y la espalda. Más adelante, el pasadizo se curvaba y se perdía en la oscuridad.

—¿Podrías acercar más esa luz? —gritó Reivan.

—Tendrás que guiarme —llegó la respuesta.

La pequeña chispa luminosa pasó flotando junto a la cabeza de Reivan y se detuvo.

—¿Y ahora por dónde?

—Un poco más a la derecha —contestó ella.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó el otro Servidor—. ¿Y si te quedas atascada?

—Me desatascaré —afirmó Reivan, esperando que de verdad resultara tan fácil. «No pienses en ello»—. Adelante y ligeramente a la derecha. Eso es... Ahora a la izquierda... No tan deprisa.

Cuando la luz se aproximó al final de la curva, ella se percató de que el túnel se ensanchaba de nuevo. Aunque quizá se angostaría más tarde, la única forma de saberlo era llegar hasta allí. Ella siguió andando, notó que la opresión sobre su cuerpo disminuía, dobló la curva arrastrando los pies...

... y suspiró aliviada al ver que el pasadizo continuaba agrandándose ante ella. Unos pasos más adelante, podía extender los brazos a los lados sin tocar las paredes. A pocos metros, el túnel torcía a la derecha. El camino ya no estaba iluminado por la luz mágica del Servidor, que se había quedado atrás,

en el hueco estrecho, sino por una claridad tenue procedente de más allá de la curva. Ella apretó el paso y estuvo a punto de tropezar con alguna desigualdad del terreno. Cuando giró a un lado, exhaló, más tranquila. Las paredes del pasadizo desembocaban en una superficie gris y verde.

Rocas y árboles. El exterior.

Sonriendo, regresó a la parte estrecha del túnel y refirió a los Servidores lo que había visto.

Un flujo de soldados manaba de la salida del túnel ante los ojos de Reivan. Al emerger, cada hombre y mujer se detenía por unos instantes para mirar alrededor, con el alivio dibujado en el rostro, antes de enfilarse el angosto sendero que conducía a lo alto del barranco. Habían pasado tantos frente a ella que había perdido la cuenta.

Los Servidores habían ampliado el túnel utilizando la magia. El fantasmagórico bramido del viento ya no volvería a oírse en el bosque Blanco, como Imenja lo había bautizado. Era una pena, pero pocos soldados habrían podido pasar por aquel corredor tan estrecho como había hecho Reivan.

Un grupo de esclavos comenzó a salir. Parecían tan contentos como los demás por dejar atrás las minas. Al final del viaje, los liberarían y les ofrecerían trabajos remunerados. Les reducirían la condena por haber combatido en la guerra. Aun así, Reivan dudaba que ninguno de ellos fuera a jactarse de haber participado en aquel intento fallido de vencer a los circulianos.

«No creo que ninguno de ellos esté pensando en la derrota ahora mismo —reflexionó—. Simplemente se alegran de ver la luz del día. Pronto su única preocupación será atravesar el desierto».

—Pensadora Reivan —dijo una voz conocida tras ella.

Ella se volvió, sobresaltada, y se encontró frente a Imenja.

—Perdón, reverencia. No os he oído acercaros.

Imenja sonrió.

—Entonces soy yo quien debería disculparse por haberme aproximado

con tanto sigilo. —Contempló a los esclavos con mirada distante—. He pedido a los otros Pensadores que se adelanten para encontrar un camino que baje al desierto.

—¿Debería haberme ido con ellos?

—No. Quiero hablar contigo. —Imenja hizo una pausa cuando el ataúd que contenía el cuerpo de Kuar surgió del túnel. Lo observó pasar y dio un suspiro profundo—. Creo que poseer dones mágicos no debería ser un requisito indispensable para todos los Servidores de los dioses. Para la mayoría, tal vez, pero deberíamos reconocer que algunos hombres y mujeres tienen otras habilidades que ofrecemos.

A Reivan se le cortó la respiración. Imenja no podía estar a punto de...

—¿Aceptarías convertirte en Servidora de los Dioses, si se te brindara la posibilidad?

¿Convertirse en Servidora de los Dioses? ¿Lo que Reivan había soñado durante toda su vida?

Imenja posó la vista en Reivan, que pugnaba por recuperar el habla.

—Sería... Sería un honor para mí, reverencia —dijo.

Imenja sonrió de nuevo.

—Entonces así será, al término de nuestro viaje.

PRIMERA PARTE

El hombre que estaba de pie cerca de la ventana prácticamente rezumaba temor. Permanecía vacilante a pocos pasos del cristal, retándose a vencer su horror a las alturas, a aproximarse más a la ventana para contemplar el lejano suelo desde la torre.

Danyin realizaba este rito todos los días. A Auraya no le gustaba impedirselo. Enfrentarse a su miedo exigía un gran valor. El problema era que, como ella podía leerle la mente, percibía su ansiedad y se distraía de su trabajo. En aquel momento, intentaba centrar su atención en una carta larga y aburrida de un mercader que solicitaba a los Blancos que promulgaran una ley que le concediera la exclusiva del comercio con los siyís.

Al apartar la mirada de la ventana, Danyin advirtió que ella lo observaba y frunció el entrecejo.

—No, no he dicho nada —respondió Auraya.

Él sonrió, aliviado. Leer las mentes se había convertido en una costumbre para ella. Los pensamientos de los demás le resultaban tan fáciles de detectar que tenía que concentrarse para no oírlos. Como consecuencia, el flujo de las conversaciones le parecía excesivamente lento. Sabía lo que su interlocutor iba a decir antes de que este pronunciara una palabra. Responder a una pregunta antes de que la otra persona tuviera la oportunidad de formularla era una descortesía. Se sentía como una actriz que se anticipaba a las frases de

sus compañeros de reparto.

Sin embargo, con Danyin podía estar más relajada. Su consejero aceptaba su facultad de leer la mente como una faceta de su personalidad y no se ofendía cuando ella reaccionaba a sus pensamientos como si él los hubiera expresado en voz alta. Auraya le estaba agradecida por ello.

Danyin se acercó a una silla y se sentó. Se fijó en la carta que ella sostenía en sus manos.

—¿Habéis terminado? —preguntó.

—No. —Ella bajó la vista y se obligó a seguir leyendo. Cuando acabó, se volvió de nuevo hacia Danyin. El hombre tenía una expresión distante, y ella sonrió al ver el rumbo que habían tomado sus reflexiones.

«No puedo creer que ya haya pasado un año —pensó él—. Hace un año que soy consejero de los Blancos». Cuando se percató de que ella lo miraba, sus ojos se iluminaron.

—¿Cómo conmemoraréis mañana vuestro primer año como Blanca? —inquirió.

—Supongo que nos juntaremos para cenar —contestó Auraya—. También celebraremos una reunión en el altar.

Danyin arqueó las cejas.

—Quizá los dioses os feliciten en persona.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá. O quizá solo asistamos los Blancos. —Se reclinó en su asiento—. Juran seguramente querrá comentar los acontecimientos del año.

—Pues tendrá que comentar muchas cosas.

—Cierto —convino ella—. Espero que no todos mis años como Blanca sean tan emocionantes. Primero la alianza con Somrey, luego mi estancia en Si, después la guerra. No me importaría visitar otros países o regresar a Somrey y a Si, pero preferiría no tener que volver a luchar en una guerra.

Él asintió en señal de conformidad.

—Desearía poder decir con certeza que es improbable que eso ocurra mientras yo viva. —«Pero no puedo», añadió para sus adentros.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Yo también. —«Solo nos queda confiar en que los dioses tuvieran un

buen motivo para ordenar que les perdonáramos la vida a los hechiceros pentadrianos. Ahora que el más poderoso de ellos ha muerto, sus fuerzas son inferiores a las circulianas; al menos por el momento. En cuanto encuentren a otro que ocupe su lugar, volverán a representar una amenaza para Ithania del Norte».

En otra época, esto no le habría preocupado. No nacían a menudo hechiceros tan poderosos como los líderes pentadrianos; quizá una vez cada cien años. Que cinco de ellos, pertenecientes a la misma generación, se hubieran hecho con el poder en Ithania del Sur era un hecho extraordinario. Los Blancos no podían confiar en que transcurrieran otros cien años antes de que los pentadrianos dieran con un hechicero lo bastante fuerte para sustituir a Kuar.

«Deberíamos haber matado a los cuatro supervivientes —pensó Auraya—. Pero la batalla había terminado. Habría parecido un asesinato. Debo reconocer que prefiero que los Blancos tengamos fama de compasivos que de crueles. Tal vez esta sea también la voluntad de los dioses».

Contempló el anillo que llevaba. A través de él, las deidades acrecentaban su fuerza mágica natural y le conferían dones que muy pocos hechiceros habían poseído jamás. Era una tira blanca, sin adornos, nada espectacular, y su mano presentaba el mismo aspecto que el año anterior. Faltaban años para que resultara evidente que no había envejecido un solo día desde que se lo había puesto.

Sus compañeros Blancos habían vivido mucho más. Juran había sido el primero al que los dioses habían elegido, más de cien años atrás. Había visto marchitarse y morir a todas las personas que había conocido antes de su Elección. Ella no era capaz de imaginar cómo debía de sentirse.

Dyara había sido la siguiente, y luego Mairae y Rian, elegidos con intervalos de veinticinco años. Incluso Rian llevaba suficiente tiempo siendo inmortal para que las personas que lo recordaban de la época anterior a su Elección notaran que su aspecto no había cambiado en absoluto desde entonces.

—He oído rumores de que el emperador de Sennon rompió la alianza que había firmado con los pentadrianos pocas horas después de su derrota —dijo

Danyin—. ¿Sabéis si es verdad?

Auraya alzó la vista hacia él y soltó una risita.

—Así que el rumor se está propagando. No sabemos con seguridad si es cierto. El emperador expulsó de Sennon a todos nuestros sacerdotes después de firmar el tratado, así que ninguno de ellos fue testigo de esa ruptura, si es que se produjo.

—Al parecer, un tejedor de sueños sí estuvo presente —dijo Danyin—. ¿Habéis hablado últimamente con la tejedora asesora Raeli?

—No desde que regresamos. —Desde la guerra, ella sentía que le hurgaban en una herida cada vez que alguien mencionaba a los tejedores de sueños. Siempre que pensaba en ellos, Leiard le venía a la memoria.

Apartó la mirada, abrumada por los recuerdos que se agolpaban en su cabeza. Algunos estaban relacionados con el hombre de cabello y barba canos que había vivido en el bosque, cerca de su aldea natal, y que tanto le había enseñado sobre los remedios, el mundo y la magia. Otros recuerdos, más recientes, tenían que ver con el hombre al que ella había nombrado su asesor sobre asuntos relacionados con los tejedores, pese al prejuicio generalizado entre los circulianos contra los miembros de aquella secta. Entonces su mente la importunó con imágenes fugaces de momentos más íntimos: la víspera de su partida hacia Si, en la que los dos se habían hecho amantes; las conexiones en sueños a través de las que se comunicaban sus deseos; los encuentros secretos en la tienda de campaña de él cuando se dirigían por separado hacia la batalla, ella para combatir y él para sanar a los heridos.

Por último, sintió un escalofrío, cuando el recuerdo del campamento del burdel acudió a su memoria. Ella había dado con Leiard allí después de que Juran descubriera sus amoríos y lo obligara a marcharse. Auraya aún tenía grabadas en la retina las tiendas vistas desde arriba, bañadas en la luz dorada de la mañana.

El pensamiento que ella había leído en su mente resonaba en sus oídos. «No es que Auraya no me parezca atractiva, inteligente o buena persona. Es solo que no vale la pena pasar tantas molestias por ella».

En cierto modo, tenía razón. Sus relaciones habrían causado

inevitablemente escándalo y conflictos si hubieran salido a la luz. Era egoísta por su parte buscar el placer cuando había personas que podían sufrir las consecuencias si aquello llegaba a saberse.

Ser consciente de eso no había suavizado la impresión que se había llevado al no encontrar el menor rastro de amor o arrepentimiento en la mente de Leiard aquel día. El cariño que había percibido en él tantas veces, y por el que tanto había arriesgado, había muerto, aniquilado por el miedo. «Debería estarle agradecida a Juran —se dijo Auraya—. Si Leiard era capaz de desenamorarse tan fácilmente por miedo, algo o alguien habría acabado con su amor tarde o temprano. Cuando uno ama a una Blanca, debe ser más fuerte. De ahora en adelante procuraré evitar a los hombres con tales debilidades, y cuanto antes me olvide de Leiard, antes encontraré un... un...».

¿Un qué? Sacudió la cabeza. Era demasiado pronto para pensar en nuevos amantes. Si se enamoraba de nuevo, ¿volvería a cometer actos irresponsables y vergonzosos? No, más valía que se concentrara en el trabajo.

Danyin la observaba pacientemente. Sus sospechas sobre los pensamientos de Auraya se acercaban demasiado a la realidad. Ella se enderezó y clavó la mirada en él.

—¿Has hablado con Raeli? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Un par de veces, de pasada, pero no sobre esta cuestión. ¿Queréis que le pregunte algo al respecto?

—Sí, pero no antes de la reunión de mañana en el altar. Con toda seguridad se abordará el tema de Sennon, y es posible que los otros Blancos hayan averiguado ya la verdad. —Miró la carta del mercader—. Propondré que enviemos sacerdotes a Si.

Danyin no se mostró sorprendido.

—¿Como refuerzos?

—Sí. Los siyís sufrieron un número terrible de bajas durante la guerra. Ni siquiera sus nuevos arneses de caza les bastarían para evitar una invasión. Como mínimo debemos asegurarnos de que puedan avisarnos con rapidez si necesitan nuestra ayuda.

Pensar en los siyís la llenó de una añoranza y una pena de índole distinta. Los meses que había vivido en Si habían pasado volando. Anhelaba una excusa para volver. En comparación con el estilo de vida honesto y sencillo de los siyís, las exigencias y preocupaciones de su propio pueblo se le antojaban ridículas o innecesariamente mezquinas y egoístas.

No obstante, su sitio estaba allí. Quizá los dioses le habían concedido el don de volar para que pudiera cruzar las montañas y convencer a los siyís de que se aliaran con los Blancos, pero eso no significaba que tuviera que dispensarles un trato de favor respecto a otros pueblos.

«Por otro lado, no debo abandonar a los siyís. Los conduje a la guerra y la muerte. Debo asegurarme de que no padezcan más pérdidas a causa de su alianza con nosotros».

—La mayor parte de su territorio es intransitable para los pisatierra — señaló Danyin—. Eso frenaría el avance de posibles invasores y daría tiempo a los siyís para pedir ayuda.

Ella sonrió al oírlo emplear el término con que los siyís se referían a los humanos comunes.

—No te olvides de la hechicera que se internó en Si el año pasado con esos pájaros feroces que criaba. Incluso unos hechiceros con pocos poderes harían mucho daño si lograran colarse en el país sin ser descubiertos.

—Aun así, si los pentadrianos quisieran atacarnos de nuevo, dudo que se molestaran en invadir Si.

—De todos nuestros aliados, Si es el país más próximo al continente del sur. Allí no hay sacerdotes, y los pocos siyís que poseen dones mágicos apenas han recibido entrenamiento. Son nuestros aliados más débiles.

Danyin se quedó pensativo y asintió.

—Lo cierto es que Jarime puede prescindir de algunos sacerdotes. Los jóvenes intrépidos que enviéis a Si deberán ser buenos sanadores también. Os interesa mantener viva la gratitud de los siyís. Dentro de veinte años, solo los más viejos recordarán que obligasteis al rey Berro a retirar a los colonos torenios de su territorio. Los siyís más jóvenes no comprenderán el mérito de esa acción..., o se convencerán de que habrían podido hacerlo sin vos. Es posible que ya hayan empezado a convencerse.

Ella sacudió la cabeza.

—Aún no.

—Quizá sí. La gente es capaz de convencerse de cualquier cosa cuando quiere culpar a otros.

Ella crispó el rostro. «Culpar a otros». La aflicción había llevado a algunos a responsabilizar a los Blancos, e incluso a los dioses, de la muerte de sus seres queridos en el conflicto. Percibir la pena de aquellas personas y de otras más racionales era otro inconveniente de su capacidad para leer la mente. En ocasiones tenía la impresión de que todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad lloraban la pérdida de un pariente o amigo.

Por otra parte, estaban los supervivientes. Ella no era la única a quien la atormentaban los recuerdos traumáticos de la guerra. Los combatientes habían visto cosas terribles, y no todos podían olvidarlas. Un escalofrío recorrió a Auraya cuando pensó en las pesadillas que la habían asaltado desde entonces. En aquellos sueños, caminaba por un campo de batalla interminable y sembrado de cadáveres mutilados que le imploraban ayuda o le lanzaban acusaciones a gritos.

«Debemos hacer todo lo posible por evitar otra guerra —pensó— o encontrar una manera mejor de defendernos. Los Blancos poseemos una gran fuerza mágica. Deberíamos descubrir una forma de luchar que no provoque tantas muertes».

Aunque la descubrieran, tal vez no serviría de nada si las deidades enemigas existían de verdad. Le vino a la memoria la mañana, días antes de la batalla, en que había presenciado la salida del ejército pentadriano de las minas. Su líder había invocado a una figura luminosa. Auraya habría supuesto que se trataba de una ilusión de no ser porque sus sentidos le decían que aquella figura rebosaba energía mágica.

Los circulianos siempre habían creído que los pentadrianos adoraban a dioses falsos, que los integrantes del Círculo de los Cinco eran las únicas divinidades auténticas que habían sobrevivido a la Guerra de los Dioses. Si lo que ella había visto era una deidad real, ¿cómo explicarlo?

Los Blancos habían consultado a los dioses tras la batalla. Chaia les había dicho que era posible que hubieran surgido dioses nuevos después de la

guerra. Tanto él como los otros miembros del Círculo estaban investigándolo.

Desde entonces, Auraya había analizado y discutido en múltiples ocasiones las posibilidades con sus compañeros Blancos. Rian se resistía a aceptar que hubieran aparecido nuevos dioses. Aunque por lo general era fervoroso y de convicciones firmes, la idea de que existieran otras deidades lo alteraba, incluso lo enfurecía. Ella empezaba a comprender que los hombres necesitaban que los dioses fueran una fuerza constante en el universo, una fuerza con cuya inmutabilidad pudieran contar.

A Mairae, en cambio, no le preocupaba la posibilidad de que hubiera dioses nuevos en el mundo. «Servimos a nuestros Cinco; eso es lo que importa», había comentado.

Ni Juran ni Dyara estaban convencidos de que la «deidad» que Auraya había avistado fuera real. Aun así, estaban más preocupados que Mairae. Tal como había señalado Juran, las divinidades verdaderas representaban una gran amenaza para Ithania del Norte. Él había dado por sentado que si los pentadrianos afirmaban que sus falsos dioses los habían enviado a la guerra era para someter a su pueblo a obediencia. Ahora cabía la posibilidad de que esos dioses existieran y de que hubieran animado —quizá incluso obligado— a los pentadrianos a invadir territorio circuliano.

Todos se habían mostrado de acuerdo en que si uno de los dioses pentadrianos existía, seguramente los demás también. Ningún dios permitiría que sus adoradores veneraran a deidades falsas además de a él.

«Estoy segura de que lo que vi fue una divinidad real, así que tendría que creer en la existencia de cinco dioses nuevos en este mundo. Pero no puede ser...».

—Auraya.

Sobresaltada, alzó la vista hacia Danyin.

—¿Sí?

—¿Habéis oído algo de lo que he dicho?

Ella hizo una mueca, pesarosa.

—No. Lo siento.

Él sacudió la cabeza, sonriendo.

—No tenéis por qué disculparos. Si os ensimismáis de ese modo, debe de

ser por algo importante.

—Sí, pero no es nada por lo que no me haya ensimismado cientos de veces ya. ¿Qué decías?

Con una sonrisa, Danyin empezó a repetir pacientemente los razonamientos que le había expuesto.

Emerahl permanecía sentada, muy quieta.

Oía alrededor de sí los sonidos nocturnos del bosque: el susurro de hojas, el parloteo y los trinos de los pájaros, el crujir de las ramas... y, en algún lugar no muy lejano, unas pisadas ligeras y rápidas.

Se puso tensa al notar que las pisadas se aproximaban. Una sombra tapó la luz de las estrellas.

«¿Qué será? Algo comestible, espero. Acércate más, animalito...».

Ella tenía el viento en contra, pero eso daba igual. Había creado en torno a sí una barrera mágica que contenía sus olores corporales.

«Que son bastante fuertes —se dijo ella, avergonzada—. Cualquiera apestaría tras viajar durante un mes sin mudarse de ropa. Cómo se reiría Rozea si me viera a mí, la favorita de su burdel, cubierta de mugre, durmiendo en el duro suelo, sin otra compañía que la de un tejedor de sueños loco».

Pensó en Mirar, que estaba sentado frente a la hoguera, varios cientos de pasos tras ella. Probablemente estaría refunfuñando para sí, discutiendo con la otra identidad que había en su cabeza.

De pronto, el animal emergió de las sombras, y Emerahl desterró a Mirar de su mente.

«¡Un brim! —pensó—. ¡Un brim pequeño, gordo y sabroso!».

Una descarga de magia aturdidora lo mató al instante. Ella se levantó, recogió la bestezuela y empezó a prepararla para asarla. Centró toda su atención en despellejarla, limpiarla y encontrar un palo que sirviera como asador. Se encaminó de vuelta hacia la fogata, con las tripas rugiéndole de hambre.

Encontró a Mirar tal como se lo había imaginado. Con la mirada fija en

las llamas, movía los labios, sin percatarse de que ella se acercaba. Emerahl daba cada paso de forma sigilosa, con la esperanza de oír algo de lo que él decía antes de que reparase en su presencia y se callara.

—... importa poco si te perdona o no. No puedes volver a verla.

—Sí que importa. Podría ser importante para nuestro pueblo.

—Tal vez. Pero ¿qué piensas decirle? ¿Que aquella noche eras una persona distinta?

—Es la verdad.

—No te creerá. Ella sabía que yo existía dentro de ti, pero no llegó a ver lo suficiente para comprender todo lo que eso implicaba. Yo me mantenía al margen mientras vosotros dos hablabais. ¿Crees que lo hacía por educación?

Guardó silencio.

«Así que hay una “ella” —pensó Emerahl—. ¿Quién es? A juzgar por lo que ha dicho sobre el perdón, alguien a quien traicionó. ¿Es esa mujer la causa de todos sus problemas, o solo de algunos? —Sonrió—. Típico de Mirar».

Esperó a que él continuara hablando, pero no lo hizo. Sus tripas protestaron de nuevo. Mirar levantó la vista y ella echó a andar como si acabara de llegar.

—Una caza fructífera —dijo, sosteniendo el brim en alto.

—No parece una lucha muy justa —comentó él—. Una gran hechicera contra un animal salvaje.

Ella se encogió de hombros.

—No sería más justa si yo tuviera un arco, flechas y buena puntería. ¿Qué has estado haciendo?

—Pensar en lo agradable que sería que no hubiera dioses. —Suspiró con melancolía—. ¿De qué sirve ser un hechicero poderoso e inmortal si uno no puede hacer nada útil por miedo a llamar la atención?

Ella procedió a colocar el brim sobre el fuego.

—¿Qué cosas útiles llamarían la atención de los dioses?

Él realizó un gesto vago.

—Pues... lo que resulte útil en cada momento.

—¿Útil para quién?

—Para los demás —respondió él con un ligero deje de indignación—. Algo como... como despejar un camino después de un derrumbamiento. O como sanar a la gente.

—¿No harías nada por ti?

Él se sorbió la nariz.

—De vez en cuando. Puede que necesite protegerme.

Emerahl sonrió.

—Puede. —Tras comprobar que el brim estaba apoyado de forma estable, se sentó sobre los talones—. Siempre habrá dioses, Mirar. Simplemente nos las hemos apañado para enemistarnos con ellos en los últimos tiempos.

Mirar rio con amargura.

—Fui yo quien se enemistó con ellos. Yo los provoqué. Yo difundí la verdad sobre ellos para evitar que engañaran a la gente y tomaran el mando. Pero tú y los demás... —Sacudió la cabeza—. No hicisteis nada. Vuestro único delito era ser poderosos. Por eso nos calificaron de «indómitos» y ordenaron a sus esbirros que nos mataran.

Ella alzó los hombros.

—Los dioses siempre nos han tenido controlados. Aún puedes sanar a otros de forma discreta.

Él no la escuchaba.

—Es como estar encerrado en una caja. ¡Quiero salir y estirar las piernas!

—Si haces eso, te agradecería que te apartaras de mí. Aún me gusta estar viva. —Levantó la mirada—. ¿Seguro que los siyís no verán nuestra hoguera?

—Seguro —aseveró él—. Es peligroso para ellos volar en noches sin luna por esta zona en que las montañas están tan juntas. Tienen buena vista, pero no tanto.

Ella reajustó el brim en el asador, sobre el fuego. Se reclinó hacia atrás y se fijó en Mirar, que había apoyado la espalda en el tronco de un árbol. La luz amarilla de las llamas realzaba los ángulos de su mandíbula y sus cejas, y teñía sus ojos azules de un verde pálido.

Cuando él dirigió la mirada hacia Emerahl, ella se estremeció con una mezcla de dolor y alegría. Había creído que nunca volvería a verlo y, sin

embargo, allí estaba, vivo y...

«... algo cambiado». Apartó la vista, pensando en las ocasiones en que había intentado interrogarlo. Mirar no había sabido aclararle cómo era posible que siguiera con vida. No conservaba recuerdos del suceso que supuestamente había causado su muerte, aunque había oído hablar de él. Esto hacía más creíbles las afirmaciones de Leiard, su otra identidad. Este estaba convencido de que su mente contenía una reconstrucción aproximada de la personalidad de Mirar, formada a partir del elevado número de recuerdos de conexión del líder fallecido, que Leiard había recibido al conectar mentalmente con otros tejedores.

«Pero tiene el cuerpo de Mirar —pensó ella—. Bueno, está mucho más delgado y el cabello blanco lo avejenta mucho, pero sus ojos son los mismos».

Mirar creía que el cuerpo le pertenecía, pero no tenía una explicación para ello. Leiard, por su parte, opinaba que era una mera casualidad que su aspecto fuera similar al de Mirar. Cuando Leiard asumía el control, se movía de un modo completamente distinto, y Emerahl se preguntaba cómo había conseguido reconocerlo siquiera. Solo estaba segura de que el cuerpo era el de Mirar cuando este recuperaba el dominio sobre él.

Por eso, ella había hecho preguntas a Leiard sobre los recuerdos de conexión. Si lo que decía era cierto, ¿cómo había ocurrido? ¿Cómo había obtenido él tantos recuerdos de conexión de Mirar? ¿Cabía la posibilidad de que Leiard, o alguien con quien él hubiese conectado, hubiera acumulado recuerdos de conexión de muchos tejedores de sueños?

Leiard no se acordaba de quién le había transmitido los recuerdos. De hecho, su memoria estaba revelándose tan poco fiable como la de Mirar. Era como si cada uno conservara en la mente parte del pasado del otro, pero las lagunas no eran resueltas por ninguno de los dos.

Emerahl había consultado a ambos respecto al sueño de la torre que ella tenía desde hacía meses y que sospechaba que guardaba relación con la muerte de Mirar. Ninguno de ellos lo había reconocido, aunque al parecer Mirar se había sentido incómodo al oírlo.

Resultaba frustrante. Emerahl no sabía muy bien qué quería Mirar de ella.

Cuando lo había encontrado en el campo de batalla, él estaba sanando heridos, como los demás tejedores, pero era evidente que aquello no le bastaba para pasar inadvertido, pues de lo contrario no le habría pedido a ella que lo sacara de allí. Sin embargo, no le había especificado adónde debía llevarlo. Había dejado que ella tomara la decisión.

Consciente de lo bien que se le daba a Mirar meterse en líos con los dioses, Emerahl lo llevó al sitio más seguro y remoto que conocía. No había tardado en descubrir a Leiard. Este parecía haber aceptado la compañía de la hechicera solo porque no tenía alternativa. Ella percibía las emociones tanto de Leiard como de Mirar. Se había sorprendido al advertir que la mente de Mirar estaba abierta y se podía leer. Había recordado después que Mirar nunca había sido capaz de ocultar sus pensamientos tan bien como ella. Adquirir esta habilidad requería tiempo, además de la ayuda de un lector de mentes, y, como todos los dones mágicos, se olvidaba si uno no la ejercitaba.

Eso significaba que los dioses captarían sus pensamientos si por casualidad se fijaban en él, y descubrirían a Emerahl a través de su mente. Mirar conocía la identidad de Emerahl.

Naturalmente, ellos no tendrían motivo para interesarse en aquel tejedor de sueños medio loco. Una de las cosas que ella sabía acerca de los dioses era que no podían estar en más de un lugar a la vez. Poseían la facultad de salvar distancias en un instante, pero su atención era focalizada. Estaban ocupados en tantos asuntos que las probabilidades de que repararan en Mirar eran bajas.

Y, si aun así reparaban en él, ¿quién creerían que era él? Mirar le había contado a Emerahl algo sobre los dioses que ella ignoraba. Solo veían el mundo físico por medio de los ojos de los mortales. Después de cien años, ya no quedaban mortales vivos que hubieran conocido a Mirar en su día, así que ningún mortal lo identificaría. Incluso era posible que los tejedores de sueños que hubiesen recibido recuerdos de conexión sobre Mirar no lo reconocieran. Las reminiscencias de la apariencia física de alguien eran personales.

Los únicos seres capaces de reconocerlo ahora eran inmortales: ella, los demás indómitos y Juran el Blanco. No obstante, el Mirar que ellos recordaban presentaba un aspecto mucho más saludable. Su cabello era rubio, y lo llevaba peinado con esmero. Tenía la piel tersa y más carne en los

huesos. Cuando ella había comentado lo cambiado que estaba, él se había reído y había descrito la estampa que ofrecía dos años atrás. Lucía una cabellera cana y larga, barba y estaba incluso más delgado que ahora.

Le había confesado que le preocupaba más que lo identificaran como Leiard, aunque no había explicado por qué. Al parecer, Leiard era tan hábil para meterse en problemas como lo había sido Mirar.

El paso por las montañas de Si era lento y penoso, pero no imposible para personas tan dotadas como ellos. Si alguien los seguía, sin duda había quedado ya muy atrás.

Mirar bostezó y cerró los ojos.

—¿Cuánto falta?

—Te daría demasiada información si te lo dijera —repuso ella. Se había negado a desvelarle adónde se dirigían. Si él lo supiera, los dioses podrían leerle la mente y ordenar a alguien que se adelantara para salir a su encuentro.

Los labios de él se torcieron en una sonrisa.

—Me refería a cuánto falta para que el brim esté listo.

Ella soltó una risita.

—Sí, ya. Todas las noches me preguntas cuántos días de camino nos quedan.

—Así es —admitió él sin dejar de sonreír—. ¿Cuánto falta?

—Una hora —respondió ella, señalando el brim con un movimiento de la cabeza.

—¿Por qué no lo preparas con magia?

—Sabe mejor cuando se asa despacio, y estoy demasiado cansada para concentrarme. —Lo examinó con ojo crítico. También parecía agotado—. Duérmete. Te avisaré cuando esté listo.

Él asintió de forma casi imperceptible. Emerahl se levantó y fue en busca de más leña. Llegarían a su destino al día siguiente. Por fin estarían a salvo de la mirada de los dioses.

¿Y después?

Exhaló un suspiro. «Después tendré que intentar desentrañar lo que ocurre en esa mente embrollada».

—Estas son preciosas —comentó Teiti al pasar al siguiente puesto.

Imi alzó la vista hacia las lámparas. Cada una consistía en una concha descomunal en la que se habían practicado orificios diminutos, de manera que la llama del interior proyectara miles de puntos de luz. Eran bonitas, pero no lo bastante especiales para su padre. Necesitaba algo único. Arrugó la nariz y apartó la mirada.

Teiti no dijo una palabra más sobre las lámparas. Llevaba el tiempo suficiente ejerciendo de aya de su sobrina para saber que intentar persuadirla de que algo era maravilloso solo servía para convencerla de que no lo era. Caminaron con paso tranquilo hacia el puesto siguiente. Estaba cubierto de platos repletos de polvos de todos los colores, algas y coral seco, trozos de minerales preciosos, animales acuáticos desecados o conservados y plantas tanto flotantes como submarinas.

—¡Mira! —exclamó Teiti—. ¡Es amma! No resulta fácil de encontrar. Los perfumistas elaboran una fragancia deliciosa con ella.

El encargado del puesto, un hombre rollizo de piel grasienta, le dedicó una reverencia a Imi.

—Hola, princesita. ¿Os ha llamado la atención el amma? —preguntó con una sonrisa radiante—. Son lágrimas secas de pezigante, algo muy excepcional. ¿Os gustaría olerlas?

—No. —Imi sacudió la cabeza—. Ya conozco el amma; mi padre me la ha enseñado antes.

—Por supuesto. —El hombre se inclinó mientras ella se volvía hacia otro lado.

Teiti parecía decepcionada, pero guardó silencio. Después de echar un vistazo a varios puestos más, Imi suspiró.

—No sé cómo voy a encontrar algo aquí —se lamentó—. Los objetos más raros y valiosos habrán ido a parar directamente a manos de mi padre, y los mejores artesanos de la ciudad ya trabajan para él.

—Cualquier cosa que le regales será muy preciada para él —le aseguró Teiti—. Aunque solo sea un puñado de arena, él lo valorará mucho.

Imi la miró con impaciencia.

—Lo sé, pero es que es su año número cuarenta. Es algo extra especial. Tengo que encontrar un regalo mejor que cualquier otro que haya recibido nunca. Ojalá...

Dejó el resto de la frase en el aire. «Ojalá él hubiera accedido a comerciar con los pisatierra. Entonces podría encontrar algo que nunca antes hubiera visto».

Se suponía que ella no debía estar enterada de aquel asunto. El día que la hechicera pisatierra había llegado a la ciudad, Imi estaba encerrada en su habitación. Había enviado a Teiti a investigar qué ocurría, pero con la intención de hacer algo a escondidas.

En su alcoba, detrás de un antiguo panel tallado, había un túnel estrecho por el que ella apenas podía pasar. Aunque originalmente estaba obstruido, Imi lo había despejado tiempo atrás. El túnel desembocaba en una habitación secreta con las paredes cubiertas de tubos. Si ella apoyaba la oreja en uno de los tubos, alcanzaba a oír lo que se decía en el otro extremo. Su padre le había hablado de ello en cierta ocasión y le había revelado que era así como se enteraba de los secretos de los demás.

El día que la pisatierra había entrado en la ciudad, Imi se había arrastrado por el túnel para intentar averiguar qué había alborotado a los guardias. Había oído a aquella mujer preguntarle a su padre si los pisatierra y los elay podían ser amigos. Su gente se ocuparía de los saqueadores que mataban y robaban a

los elay desde hacía tanto tiempo; los obligarían a vivir en la ciudad subterránea. A cambio, los elay prestarían ayuda a su gente si algún día la necesitaban. Además, realizarían otros intercambios. El pueblo de la hechicera y el de los elay podrían intercambiarse mercancías. Parecía un buen acuerdo, pero el padre de Imi lo había rechazado. No se fiaba de los pisatierra, pues creía que todos eran unos mentirosos, ladrones y asesinos.

«No es posible que todos sean así —pensó—. ¿O sí?».

Si lo eran, el continente debía de ser un lugar espantoso, donde todos se desvalijaban y se asesinaban unos a otros a todas horas. Quizá lo era, pues tenían muchas cosas valiosas por las que luchar.

Imi negó con la cabeza.

—Regresemos.

Su tía asintió.

—Tal vez encuentres algo especial la próxima vez.

—Tal vez —repitió Imi con escepticismo.

—Aún te queda más de un mes para encontrar un regalo.

El mercado se hallaba cerca de la Boca, el gran lago que servía de entrada a la ciudad submarina. Cuando Imi avistó la enorme y oscura cueva inundada de agua, un anhelo teñido de melancolía la invadió. Solo se había aventurado a salir de la ciudad unas pocas veces en su vida, pero siempre en compañía de muchos guardias. Era el inconveniente de ser princesa. No la dejaban ir a ningún lado sin escolta.

Había aprendido tiempo atrás a olvidarse de los guardias armados que las seguían a Teiti y a ella a todas partes. Se les daba bien mostrarse circunspectos y no interferían en sus asuntos.

«Circunspectos». Imi sonrió. Era una palabra que había aprendido hacía poco. La pronunció por lo bajo.

Salieron del mercado al río Principal. En realidad no era un río, ya que estaba seco, pero todas las vías de la ciudad tenían nombres de ríos, arroyos, riachuelos, regueros o cualquier tipo de corriente. A las cuevas públicas más grandes las llamaban «lagunas» o «charcos» cuando alguien quería mofarse de la zona.

El río Principal era la avenida más ancha de la ciudad. Conducía

directamente a palacio. Imi nunca lo había visto desierto, ni siquiera a altas horas de la noche. Siempre había alguien circulando por allí, aunque solo se tratara de un mensajero que iba o venía, o de los centinelas que patrullaban la muralla.

Aquel día, el río Principal estaba muy transitado. Dos de los guardias que seguían a Imi se adelantaron para abrirle camino entre la multitud. El bullicio de las voces, las pisadas fuertes, la música y el canto de los juglares resultaban ensordecedores.

Imi se detuvo al reconocer una melodía. Era una canción nueva, titulada *La dama blanca*, y ella estaba convencida de que hacía referencia a la visitante pisatierra. Su padre había prohibido que se interpretara en el palacio. Teiti la asió del brazo y tiró de ella para que continuara andando.

—No les pongas más difícil su trabajo a los guardias —dijo entre dientes.

Imi no rechistó. «De todos modos, no puedo mostrarme demasiado interesada en la canción, pues podrían sospechar que sé lo de la pisatierra».

Llegaron al final del río Principal. Teiti lanzó un suspiro de alivio cuando dejaron atrás la muchedumbre, atravesaron la verja y se adentraron en la tranquilidad de la laguna del palacio. Un guardia salió a su encuentro y ejecutó una reverencia ante Imi.

—El rey desea veros, princesa —anunció con formalidad—, en el salón Principal.

—Gracias —respondió Imi, disimulando su emoción a duras penas. ¡Su padre quería hablar con ella en pleno día! Nunca tenía tiempo para verla antes del atardecer. Debía de tratarse de algo importante.

Teiti sonrió con aprobación ante la compostura de Imi. Avanzaron por la corriente principal del palacio con un andar digno pero exageradamente lento. Los guardias agachaban la cabeza a su paso en señal de cortesía. La corriente estaba repleta de hombres y mujeres que aguardaban a que el monarca les concediera audiencia. Se inclinaron cuando Teiti e Imi pasaron ante ellos en dirección a las puertas dobles del salón Principal, que estaban abiertas.

En cuanto Imi entró en la enorme estancia, vio a su padre apoyado en el brazo del trono, hablando con uno de los tres hombres que estaban sentados en unos taburetes frente a él. Reconoció al consejero real, al mayordomo de

palacio y al sastre mayor. Su padre alzó la vista, desplegó una amplia sonrisa y abrió los brazos.

—¡Imi! Ven y dale un abrazo a tu padre.

Ella sonrió y, dejando a un lado el decoro, arrancó a correr a través de la sala. Cuando saltó a los brazos de su padre, notó que estos la rodeaban y sintió la vibración de la risa que surgía de lo más profundo de su pecho.

Él la soltó y le hizo un hueco en el trono, a su lado.

—Tengo una pregunta importante que hacerte —le dijo.

Ella asintió, adoptando una expresión seria.

—¿De qué se trata, padre?

—¿Qué entretenimientos te gustaría ver en la celebración de mi año?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—¡Bailes! ¡Malabaristas y acróbatas!

—Por supuesto —dijo él—. ¿Qué más? ¿Se te ocurre algo verdaderamente especial?

Ella se quedó pensativa.

—¡Personas que vuelen!

El rey arqueó las cejas y miró a su consejero.

—¿Crees que algunos siyís aceptarían venir?

Imi se puso a dar botes de alegría.

—¿Vendrán? ¿Vendrán?

El consejero sonrió.

—Se lo preguntaré, pero no prometo nada. Tal vez no les guste estar bajo tierra, en lugares desde donde no se vea el cielo. Además, no pueden volar en sitios reducidos. No tienen espacio suficiente.

—Podríamos llevarlos a nuestra cueva más grande y más alta —propuso Imi— y pintar el techo de azul, como el cielo.

Un brillo de interés asomó a los ojos de su padre.

—Eso sería espectacular. —Le dedicó una sonrisa mientras ella intentaba proponer más ideas que pudieran complacerlo.

—¡Tragafuegos! —exclamó.

Él torció el gesto, seguramente al recordar el accidente que se había producido unos años antes, cuando un tragafuegos novato y demasiado

nervioso se había derramado encima aceite ardiendo.

—Bien —dijo—. ¿Es todo?

Ella reflexionó por unos instantes y se le iluminó el rostro.

—Una búsqueda del tesoro para los niños.

—¿No eres ya un poco mayor para eso?

—Aún no..., si lo hacemos fuera.

El semblante del rey pasó a reflejar desaprobación.

—No, Imi. Es demasiado peligroso.

—Pero podríamos ir con guardias y organizarla en algún sitio...

—No.

Ella apartó la mirada con un mohín. Dudaba que el exterior fuera realmente tan peligroso. Por lo que había oído en la habitación de los tubos, los saqueadores no rondaban las islas a todas horas. La gente salía todos los días en busca de comida u objetos de intercambio. Cuando los saqueadores mataban a alguien, siempre era en las islas más remotas, o en algún lugar alejado del archipiélago.

—¿Algo más? —preguntó él. Imi percibió el tono de alegría fingida. Cada vez que su padre forzaba una sonrisa, ella lo notaba porque no se formaban arrugas en las comisuras de sus ojos.

—No —contestó—. Salvo un montón de regalos.

Las arrugas aparecieron entonces.

—Desde luego —aseveró él—. Ahora que debo atender a todas esas propuestas, tengo mucho que hacer. Vuelve junto a Teiti.

Ella se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla antes de bajarse de sus rodillas y dirigirse hacia Teiti. Con una sonrisa, su tía la tomó de la mano y salió con ella de la sala.

Fuera, en la corriente, había un grupo numeroso de comerciantes. Al pasar, ella los oyó murmurar entre sí.

—¡... tres días esperando!

—Lleva tres generaciones en mi familia. No pueden...

—... nunca había visto unas campanillas marinas así. ¡Grandes como puños!

«¿Campanillas marinas?». Imi aminoró el paso, fingiendo que se quitaba

una pelusa de la ropa.

—Pero los pisatierra las han descubierto. Las tienen bien custodiadas.

—¿Y si organizamos una maniobra de distracción? Entonces podríamos...

La conversación prosiguió en voz demasiado baja para que ella alcanzara a escucharla mientras se alejaba. ¿Campanillas marinas grandes como puños? A su padre le encantaban las campanillas marinas. ¿Podría pedirle a uno de aquellos comerciantes que le consiguiera una? Por lo visto, estaban planeando una gran excursión para recoger gran cantidad de ellas. Después, las campanillas grandes se venderían por todas partes. Se convertirían en algo vulgar y aburrido.

«A menos que pida a alguien que se acerque a hurtadillas a coger una para mí antes de que los comerciantes lleguen allí. —Sonrió—. ¡Eso es! Solo necesito averiguar dónde están esas campanillas marinas».

No le resultaría difícil. Cuando anocheciera, haría una visita a la habitación de los tubos.

:¿Vienes, Auraya?, preguntó Juran.

Ella dio un respingo al oír la voz en su cabeza. Dejó caer el pergamino que estaba leyendo —un relato fascinante de un marinero al que uno de los seres del mar había salvado de ahogarse— y se levantó del asiento de golpe. Su movimiento brusco sobresaltó a su viz, que soltó un chillido, trepó por el respaldo de la silla sobre la que dormía y subió corriendo por la pared.

—Lo siento, Travesuras —dijo Auraya, acercándose a la pared y tendiéndole la mano—. No era mi intención asustarte.

Él le lanzó una mirada acusadora, con las patas separadas y firmemente sujetas a la pared.

—*Ohuaya* asusta. *Ohuaya* mala.

—Perdóname. Baja para que te rasque.

La bestezuela permaneció fuera de su alcance, con los bigotes temblándole como siempre que hacía honor a su nombre.

:*Ohuaya persigue a Trasuras*, dijo una vocecilla en la mente de Auraya,

que sacudió la cabeza.

—No, Travesuras. Me...

:¿*Auraya?*, la llamó Juran.

:*Sí, ya voy. ¿Dónde estás?*

:*Al pie de la torre.*

Ella suspiró y dejó a Travesuras aferrado a la pared. Tras colocar una copa sobre el borde del pergamino para que el viento no lo volara de la mesa, se acercó a la ventana, descorrió el pestillo y empujó el cristal para dejar pasar el aire.

Se concentró y cobró una conciencia aguda del mundo. De alguna manera sabía dónde estaba ella con respecto al suelo, al paisaje que la rodeaba y al cielo. Invocó magia y esforzó su voluntad para cambiar ligeramente de posición, un poco más arriba y hacia delante. Un momento después, se hallaba flotando fuera, frente a la ventana, con solo aire bajo los pies. Cambiando otra vez de posición, dio media vuelta y cerró la ventana.

Debajo se extendía el recinto del templo. Tal como estaba suspendida, casi daba la impresión de que tenía un pie apoyado en la Cúpula y el otro en el edificio hexagonal conocido como Cinco Casas, donde se alojaba el clero. Además de la Torre Blanca, situada tras ella, el terreno del templo se componía de jardines bien cuidados y de forma circular, ya que el círculo era el símbolo de los dioses. Más adelante, a su derecha, ella divisó una tira de cielo reflejado en uno de los numerosos ríos de Jarime que serpenteaba hacia el mar.

Hizo un esfuerzo para descender. Cuando se movía de aquel modo, la sensación no era en absoluto la de volar. Durante los últimos momentos de la batalla, cuando había acumulado más energía que nunca antes, había adquirido una percepción nueva de la magia. Si se concentraba, podía detectarla por doquier en torno a sí.

Los circulianos y los tejedores de sueños compartían la creencia de que la magia estaba presente en todas las cosas. Todos los seres vivos podían absorber parte de esa magia y canalizarla hacia la realidad física. A sus aplicaciones se las denominaba «dones», y era necesario aprenderlas, como cualquier habilidad corporal. Casi todos los seres vivos, entre ellos las

personas, solo eran capaces de absorber una pequeña cantidad de magia, por lo que sus dones eran limitados. Algunos, sin embargo, eran más fuertes y dotados. Si eran humanos, se les conocía como «hechiceros».

«Yo ya era una hechicera extrañamente poderosa incluso antes de que los dioses incrementaran mis poderes para convertirme en una Blanca —se recordó, contemplando el anillo que lucía—. Me pregunto qué tipo de vida habría llevado en la época en que no había sacerdotes circulianos».

Le gustaba imaginar que habría empleado sus dones para ayudar a la gente, que no habría caído en la corrupción ni en la crueldad, como muchos hechiceros poderosos del pasado. Entre ellos figuraban los indómitos, que si bien eran lo bastante dotados para alcanzar la inmortalidad, se habían sentido más inclinados a abusar de su poder y de su posición de autoridad.

Tal vez los humanos no debían llegar a ser tan poderosos. Tal vez poseer una forma física los hacía vulnerables. Los dioses auténticos no eran corruptos. Aunque carecían de corporeidad, eran seres de magia pura que existían en la energía que impregnaba el mundo.

Auraya se paró en seco.

«Percibo esa magia. ¿Significa eso que podré percibirlos a ellos?».

Esta posibilidad le resultaba tan emocionante como perturbadora. Bajó la vista. El suelo no estaba muy lejos. Se dejó caer y, cuando se encontraba frente a la parte superior de la entrada de la torre, redujo la velocidad para aterrizar con suavidad.

Al echar un vistazo a través de los arcos, divisó a los otros Blancos, de pie en la sala. Mairae la vio y sonrió. Los demás siguieron la dirección de su mirada. La expresión de Juran se dulcificó cuando posó la vista en ella.

—¿Has dado una vuelta matinal en torno a la torre? —preguntó él, indicándole con un gesto que caminara a su lado mientras los Blancos se dirigían hacia la Cúpula.

—No —respondió Auraya—. Debo confesar que me he olvidado de la hora que era.

—¿Te has olvidado de tu primer aniversario? —inquirió Mairae.

—De eso no —repuso Auraya con una risita—. Solo de la hora. Estaba enfrascada en la lectura de un documento fascinante sobre los elay que

Danyin me había proporcionado. —Se volvió hacia Juran—. ¿Debo visitarlos de nuevo para hacerles una segunda oferta de alianza?

Juran sonrió.

—Ya hablaremos de ello en el altar.

Los sacerdotes que estaban de pie o se paseaban en torno a la torre y la Cúpula se detuvieron a observarlos. Auraya se había acostumbrado a sus miradas de curiosidad y admiración. Había aprendido a aceptarlas como parte de sus funciones y ya no la avergonzaban.

«¿Me convierte eso en una vanidosa mimada? —se preguntó—. No es fácil cumplir con mi deber. Trabajo duro, y no en beneficio propio. Sirvo a los dioses, como ellos, pero da la casualidad de que estoy más dotada y soy buena en mi trabajo. Y aun así soy capaz de cometer errores». La imagen de Leiard le vino a la mente, seguida por la punzada de dolor habitual. Ahuyentó ambas cosas con firmeza.

Pasaron por debajo de uno de los anchos arcos de la Cúpula y dejaron atrás el tenue sol de la mañana. Los detalles del interior cobraron forma cuando los ojos de Auraya se adaptaron a la oscuridad. En el centro de la enorme estructura, sobre un estrado, se alzaba el altar.

Las cinco paredes triangulares que hacían de base se inclinaban hacia fuera como los pétalos de una flor que se abría. Juran pasó por encima de una de las paredes y subió con aire decidido hacia el centro, donde una mesa y cinco sillas los esperaban. Los demás lo siguieron. Cuando ocuparon sus asientos, las paredes se elevaron despacio y se juntaron por encima de sus cabezas, encerrándolos en lo que ahora era una habitación de base pentagonal.

Auraya contempló a cada uno de sus compañeros Blancos. Juran respiraba hondo, preparándose para pronunciar las palabras rituales. Dyara estaba tranquilamente sentada. Rian tenía el ceño fruncido; no se le veía contento desde la guerra. Mairae, con los brazos cruzados, tamborileaba con los dedos en silencio.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru —comenzó Juran—. Os damos las gracias una vez más por traer la paz a Ithania y por los dones que nos han permitido preservarla. Os damos las gracias por guiarnos con vuestra

sabiduría.

—Os damos las gracias —repitió Auraya en voz baja junto con los demás. Se concentró en la magia que los envolvía. Si las deidades se hallaban cerca, no percibía su presencia.

—Hoy se cumple un año de la Elección de Auraya, y un año más en que los demás os hemos servido. Repasaremos los acontecimientos de dicho año y reflexionaremos sobre cómo debemos proceder en adelante. Si nuestros planes difieren de los vuestros, os rogamos que nos manifestéis vuestra voluntad.

—Guiadnos —murmuraron los demás.

Juran desplazó la mirada en torno a la mesa.

—Muchas alianzas pequeñas y pacíficas, y una gran guerra —dijo—. Es una forma de resumir el año. —Auraya no pudo evitar una sonrisa irónica—. Abordaremos primero los asuntos sobre lugares más próximos. —Se volvió hacia Dyara—. ¿Cómo van las cosas en Genria y Toren?

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien, de hecho. El rey Berro muestra un comportamiento ejemplar últimamente. El rey Guire sigue siendo tan sensato como siempre. Cada uno reconoce gentilmente el papel del otro en la guerra, y ambos intercambian elogios sobre la destreza de sus soldados. —Puso cara de resignación—. Estoy esperando a que este pavoneo masculino vuelva a dar paso a los altercados.

Con una risita, Juran centró su atención en Auraya.

—¿Cómo están los siyís?

—No tengo noticia desde que se marcharon del campo de batalla. —Hizo una pausa—. La comunicación con ellos resultaría mucho más sencilla si destináramos sacerdotes allí. Les prometí que les enviaríamos algunos, así como sanadores y maestros.

—Es un viaje difícil.

—En efecto —convino Auraya—. Estoy segura de que encontraremos algunos sacerdotes jóvenes dispuestos a realizar ese esfuerzo a cambio de la oportunidad de vivir en un lugar que pocos pisatierra han visto. Podríamos emplear como guía al explorador que entregó nuestra primera propuesta de

alianza.

—Muy bien —intervino Juran—. Encárgate de ello, Auraya. Y pregunta a los siyís si a algunos les interesaría venir aquí para ingresar en el sacerdocio. —Se dirigió a Rian—. ¿Qué hay de los dunwayanos?

—Por el momento, están encantados —respondió—. Nada complace más a un pueblo guerrero que la oportunidad de participar en una batalla épica. Casi parecen lamentar que se haya acabado.

Juran esbozó una sonrisa torcida.

—¿Alguna novedad sobre las trampas del paso?

—Siguen retirándolas.

—¿Cuánto tiempo falta para que terminen?

—Unas semanas.

Mairae sonrió cuando Juran posó la vista en ella.

—No hay quejas por parte de los somreyanos. Como sabéis, se marcharon hace una semana, por lo que deberían llegar a Arbim hoy o mañana.

Juran asintió.

—Solo nos quedan los sennenses. —Para sorpresa de Auraya, el líder de los Blancos miró a Dyara. La mujer se ocupaba ya de los asuntos relativos a dos países, Toren y Genria. Era inconcebible que estuviese haciéndose cargo de un tercero, sobre todo teniendo en cuenta que Sennon se había alineado con los pentadrianos y que con toda seguridad obtener su colaboración requeriría mucho tiempo y esfuerzo.

—El emperador en persona ha enviado mensajes proponiendo «una nueva era de amistad» —contestó Dyara, con una expresión de desaprobación que evidenciaba lo que opinaba al respecto—. Corre el rumor de que ha roto el tratado que firmó con los pentadrianos.

—Bien —comentó Juran, satisfecho—. Aliéntalo, pero que no te note demasiado ansiosa. —Observó a Rian y Mairae—. Puesto que ni Somrey ni Dunway os están causando muchos problemas, quiero que trabajéis con Dyara en esto. Dudo que logremos convencer al emperador de que se alíe con nosotros en un futuro próximo. Sabe que si lo hace, su país será el primer objetivo de los pentadrianos en caso de que nos declaren la guerra de nuevo. A ver qué podéis conseguir de él mientras se sienta culpable por haber

tomado partido contra nosotros.

«Dyara, Rian y Mairae trabajarán juntos para conseguir la alianza con Sennon —pensó Auraya—. ¿Y yo qué? Los siyís no causan problemas... Pero claro. Hay otro país con el que nos interesa aliarnos».

Juran la miró. Ella sonrió.

—¿Los elay?

—No —repuso él—. Tengo otra misión para ti, pero ya hablaremos de eso más tarde. Tratemos las cuestiones sobre los territorios que están más allá de nuestras costas. ¿Qué debemos hacer para evitar que los pentadrianos nos ataquen de nuevo?

Los demás intercambiaron miradas.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Rian—. Dejamos que regresaran a su país, donde pueden recuperar sus fuerzas.

—Así es —admitió Juran—. Por tanto, ¿qué opciones tenemos ahora? Podemos cruzarnos de brazos y esperar que no se rearmen ni intenten invadirnos de nuevo, o podemos tomar medidas para impedirlo.

Dyara arrugó el entrecejo.

—¿Estás proponiendo una alianza? Jamás la aceptarían. Nos consideran paganos.

—En eso se equivocan, y es un punto débil que podemos aprovechar. —Juran entrelazó los dedos—. Nuestros dioses son reales. Tal vez los pentadrianos dejarían de adorar a sus falsas deidades si lo supieran.

—¿Cómo podríamos convencerlos? —preguntó Rian—. ¿Harían una demostración de su poder los dioses si nosotros se lo pidiéramos?

—Siempre y cuando no les pidiéramos que se manifestasen cada vez que topáramos con un pentadriano —respondió Juran.

Dyara emitió un quejido en señal de desacuerdo.

—¿Los pentadrianos lo creerían, o concluirían que hemos creado una ilusión?

Auraya soltó una risita.

—¿Del mismo modo que Juran y tú habéis concluido que la deidad pentadriana que vi era una ilusión? —inquirió con aire despreocupado.

Dyara se quedó pensativa.

—Tal vez dudaríamos menos si hubiéramos estado allí.

—Si sus dioses son reales, tendremos que convencerlos de que los nuestros son mejores —señaló Mairae.

Juran asintió.

—Sí. Por lo pronto, debemos conseguir que los pentadrianos cambien el concepto que tienen de nosotros. No solo debemos persuadirlos de que nuestros dioses existen, sino también de que les conviene más tenernos como aliados que invadirnos. Debemos dejarles claro que todo lo que les disgusta de nosotros es falso. Si creen que somos paganos, les demostramos que se equivocan. Si nos consideran intolerantes respecto a otras religiones —sus ojos se posaron en Auraya—, les demostramos que también se equivocan.

Auraya parpadeó, sorprendida, pero Juran no hizo un paréntesis para explicarse. Se inclinó hacia delante y juntó las manos.

—Quiero que todos penséis en esto con detenimiento. —Los miró uno tras otro—. Averiguad qué detestan de nosotros. Debemos procurar que nuestra amistad les resulte beneficiosa. No queremos que nos invadan de nuevo, y lo último que me apetece es conquistar el continente del sur y tomarme el trabajo de intentar gobernarlo.

—Si lo que necesitamos es información, deberíamos potenciar nuestra red de espías —declaró Rian.

—Sí —convino Juran—. Hagámoslo. —Se dirigió a Auraya—. Bien. En cuanto a tu misión...

Ella se enderezó en su asiento.

—¿Sí?

—Los pentadrianos creen que somos intransigentes con otras religiones. Quiero que continúes tu trabajo con los tejedores de sueños. Me impresionó la labor de sanación que realizó después de la batalla. Muchos de los sacerdotes sanadores expresaron también admiración por sus habilidades. Dicen que aprendieron mucho solo de observar a los tejedores. Los habitantes de esta ciudad se beneficiarían de una colaboración entre los tejedores de sueños y los circulianos. Quiero que acondiciones un lugar donde tejedores y sacerdotes sanadores puedan trabajar juntos.

Auraya clavó los ojos en él, preguntándose si sabía que eso era justo lo

que ella pensaba hacer. ¿Sus motivos eran tan nobles como parecían indicar sus palabras? ¿Era consciente del impacto que esto podía tener sobre los tejedores de sueños?

La pervivencia de estos dependía de su excepcional capacidad sanadora. La gente acudía a ellos, pese a la desconfianza y la intolerancia, porque eran mejores sanadores que los sacerdotes circulianos. La mayoría de las personas que decidían convertirse en tejedores de sueños lo hacían para conservar esos conocimientos de sanación.

Con ello condenaban su alma. Los dioses se negaban a acoger las almas de quienes no les habían rendido culto en vida. Si los circulianos supieran tanto de sanación como los tejedores, muy pocas personas querrían unirse a ellos, y se perderían menos almas.

El precio sería el debilitamiento o quizá incluso la extinción de un pueblo que ella admiraba. Sin embargo, ese precio ya no le parecía tan elevado como antes. Rescatar almas era más importante que proteger una secta pagana. Esto también favorecería a los vivos. Había más sacerdotes circulianos que tejedores de sueños. Podrían salvar muchas más vidas.

La propuesta de Juran de que animara a circulianos y tejedores a que colaboraran entre sí era algo extraordinario. Después de todo, él había matado a Mirar por voluntad de los dioses. ¿Hasta dónde llegaría su condescendencia hacia la pericia de los tejedores?

—¿Tienes la intención de limitar los tipos de conocimientos que los sanadores podrían adquirir de los tejedores? —preguntó ella—. ¿Y qué hay de toda la gama de habilidades mentales de sanación..., las conexiones mentales y las conexiones en sueños?

Juran frunció el ceño, visiblemente incómodo con esta idea.

—Empieza por la información práctica, de carácter físico. Si estas habilidades relacionadas con los sueños se revelan útiles, nos plantearemos la posibilidad de estudiarlas.

Ella asintió.

—Mañana me ocuparé de ello.

Juran la contempló con expresión reflexiva, antes de ponerse derecho y respirar hondo.

—¿Hay algún otro asunto que debamos discutir?

Se hizo un largo silencio. Los cuatro Blancos sacudieron la cabeza.

—En ese caso, es todo por hoy.

—¿O sea, que no piensas apelar a los dioses? —quiso saber Dyara.

Juran negó con un gesto.

—Si hubieran descubierto que las deidades pentadrianas eran reales, se nos habrían aparecido y nos lo habrían comunicado.

Mairae se encogió de hombros y se puso de pie. Las paredes del altar comenzaron a inclinarse hacia fuera. Ella sonrió.

—Si quisieran hablar con nosotros, las paredes permanecerían cerradas.

Mientras los demás se levantaban y salían del altar, Auraya se concentró en la magia que la rodeaba. No había rastro de los dioses, al menos ninguno que fuera perceptible para ella. Solo captó cierta perturbación allí donde las paredes tocaban el suelo del altar.

—Auraya —dijo Dyara.

Alzó la vista hacia la Blanca mayor.

—¿Sí?

—¿Tienes planeado aprender a montar?

—¿A montar? —repitió Auraya, sorprendida. Pensó en los cargadores, los rainas grandes y blanquecinos en los que cabalgaban los otros Blancos. Sus pocos intentos de ir a lomos de rainas normales en el pasado le habían resultado incómodos y embarazosos, y le costaba imaginar que montar en un cargador fuera más sencillo—. Pues... no. No me hace falta.

Dyara asintió.

—Es cierto. Por otro lado, teníamos un cargador criado para ti, así que supongo que era voluntad de los dioses que montaras en uno, pese a tu facultad para volar.

—Es posible que me eligieran mucho después de que naciera el cargador —alegó Auraya despacio—, antes de que supieran que escogerían a alguien que no sabía montar. Tal vez por eso me concedieron el don del vuelo.

Dyara se quedó meditabunda.

—¿Para compensar tu laguna?

—Sí.

Oyeron una carcajada de Mairae.

—Me parece que se excedieron ligeramente con la compensación.

Juran soltó una risita y sonrió a Auraya.

—Solo un poco, pero les estamos inmensamente agradecidos por ello.

En aquella época del año seca y ventosa, los objetos lejanos adquirían un aspecto fantasmagórico... cuando alcanzaban a divisarse. En el momento en que Reivan llegó a la Andana, apareció ante sus ojos el Santuario, que estaba situado al final. Notó que el estómago le daba un vuelco y, con un suspiro de alivio, se detuvo y dejó caer su pesada bolsa.

El gran complejo de edificios cubría la ladera de una colina, a las afueras de la ciudad de Glymma. Delante de todo había una amplia escalinata que ascendía hasta un pórtico cuyos arcos daban paso a una sala enorme. Detrás de este edificio se alzaban las fachadas de otras estructuras, cada vez más desdibujadas a causa del polvo que flotaba en el aire. Era difícil determinar si las construcciones estaban separadas o unidas entre sí. Visto desde delante, el Santuario parecía una aglomeración confusa de muros, ventanas, balcones y torres.

En el punto más lejano se divisaba una llama, de brillo mortecino debido a la atmósfera polvorienta. Era el fuego del Santuario, encendido por el primer mortal ante el que los dioses se habían manifestado cien años atrás. Desde entonces ardía noche y día, alimentada por los Servidores más fervorosos.

«¿Cómo puedo presumir y creer que merezco un lugar entre ellos? Porque Imenja así lo cree», se respondió Reivan al instante.

La noche anterior a la salida del ejército de las minas, Imenja la había hecho acudir a su lado durante una reunión de las Voces y sus consejeros para hablar del camino que les quedaba por recorrer. Reivan había esperado a que Imenja le diera una orden o le formulara una pregunta, pero ninguna de las dos cosas había ocurrido. No había sido sino después de la reunión, mientras yacía desconcertada e incapaz de conciliar el sueño bajo el cielo nocturno, cuando había comprendido que Imenja sencillamente quería que estuviera presente para observar.

Durante el resto del viaje, Imenja se había asegurado de tener cerca a Reivan en todo momento. Unas veces, le pedía su opinión; otras, solo parecía tener ganas de conversar. En estos casos, Reivan se olvidaba con facilidad de que estaba hablando con una Voz de los Dioses. Cuando Imenja dejaba a un lado su actitud de líder severa y poderosa, mostraba un sentido del humor mordaz y una compasión hacia los demás que cautivaban a Reivan.

«Me cae bien —pensó—. Me respeta. Llevo años soportando las burlas de los Pensadores. Me han asignado las tareas más aburridas y humillantes, por miedo a que una simple mujer demostrara ser su igual. Seguramente creen que si sigo siendo pobre, me obligarán a casarme, tener hijos y dejaré de ser un fastidio para ellos. Estoy segura de que Grauer me envió a trazar el mapa de las minas solo para perderme de vista».

Ahora el líder anterior de los Pensadores estaba muerto. Hitte, su sustituto, no le había dirigido la palabra desde que ella había guiado al ejército hasta la salida de las minas. Reivan no sabía si él estaba enfadado con ella por haberle hecho sombra al encontrar una forma de salir, o porque se había enterado de la promesa de Imenja de convertirla en Servidora de los Dioses.

«Probablemente por ambas razones —pensó con ironía—. Que rabie cuanto quiera. Si me trataran mejor, como una persona a la que vale la pena escuchar, les habría revelado a ellos mi descubrimiento del túnel por el que soplaban el viento, en vez de a Imenja. Habríamos guiado al ejército como un equipo, y todos nos habríamos llevado el mérito por sacar a los demás del apuro. —Sonrió—. Imenja habría descubierto la verdad de todos modos. Sabe que yo salvé al ejército. Sabe que soy merecedora de servir a los

dioses».

Tras recoger su bolsa, Reivan echó a andar hacia el Santuario. Subió los escalones y se detuvo a recuperar el aliento junto a uno de los arcos. En la Andana reinaba un silencio insólito a esa hora del día.

Ella supuso que los ciudadanos de Glymma estaban en casa, llorando por los que no habían vuelto. Reprodujo en su memoria el momento de la llegada de las tropas a la ciudad el día anterior. Se había formado una multitud que les había dedicado aclamaciones tímidas.

El ejército era mucho menos numeroso que el que había partido a la guerra unos meses atrás. Si bien la batalla había sido la causa de la mayor parte de las bajas, muchos esclavos, soldados y Servidores habían muerto de sed y agotamiento durante el camino de regreso a través del desierto de Sennon. Las caravanas de mercaderes que les habían vendido alimentos y agua en el trayecto de ida habían brillado por su ausencia. Los guías que el embajador sennense había enviado para la primera travesía no habían vuelto, y solo habían encontrado agua gracias a los mapas de los Pensadores, que por fortuna no se encontraban entre los que Grauer se había llevado consigo.

Ella se había preguntado si las personas que habían salido a recibir al ejército se enfadarían con las Voces por haber llevado a sus seres queridos a la guerra, y con los dioses por permitir que fueran derrotados. Cualquiera que pudieran sentir se atenuó cuando avistaron el ataúd que sostenían las cuatro Voces valiéndose de la magia. Ellos también habían sufrido una baja.

Al mirar en torno a sí, Reivan se imaginó el aspecto que debió de presentar el ejército visto desde allí. Se había colocado en formación: al frente se hallaban los altos rangos —los Servidores Devotos de los Dioses—, seguidos por los Servidores y por las filas de soldados, separadas por unidades. Los esclavos habían sido desplazados a un lado, y los Pensadores se habían apostado al pie de la escalera. Las Voces se habían dirigido a la muchedumbre desde un lugar cercano a donde ella se encontraba ahora.

Rememoró el discurso de Imenja.

«Gracias, pueblo de Glymma, por vuestra calurosa acogida. Hemos realizado un largo viaje y librado una gran batalla al servicio de los dioses. Nuestras pérdidas son también las vuestras, al igual que nuestras victorias.

Pues aunque no ganamos dicha batalla, perdimos por el margen más estrecho posible. Tan igualadas estaban las fuerzas pentadrianas y circulianas que solo el azar podía determinar el vencedor. En esta ocasión, la balanza de la suerte se inclinó a su favor. La próxima vez, bien podría inclinarse a favor nuestro. —Ella había alzado los brazos, con los puños cerrados—. Sabemos que somos tan poderosos como ellos. ¡Pronto lo seremos aún más!».

El gentío, consciente de cuál era su papel, había aplaudido, pero sin entusiasmo.

«¡Hemos difundido por el mundo los nombres de Sheyr, Hrun, Alor, Ranah y Sraal! Los nombres de los dioses verdaderos. Los enemigos de los circulianos acudirán a nosotros. Vendrán a Glymma. ¿Adónde vendrán?».

«¡A Glymma!», respondieron los ciudadanos con poca convicción.

«Aquellos que desean venerar a los dioses verdaderos vendrán aquí. ¿Adónde vendrán?».

«¡A Glymma!», exclamaron las voces con más fuerza.

«¿Adónde vendrán?».

«¡A Glymma!». La respuesta sonó enérgica por primera vez.

Imenja había bajado los brazos.

«Hemos sufrido pérdidas terribles. Hemos perdido a padres e hijos. Hemos perdido a esposos y esposas. Hemos perdido a madres e hijas, hermanos y hermanas, amigos y compañeros, mentores y adalides. Hemos perdido a nuestro líder, la Voz Primera Kuar. —Agachó la cabeza—. Su voz ha sido acallada. Guardemos silencio en honor a todos aquellos que han muerto por los dioses».

Se le había hecho un nudo en la garganta a Reivan. El rostro de Imenja estaba crispado de dolor, y Reivan sabía que su aflicción era sincera. La había visto en los ojos de Imenja y la había oído en su voz muchas veces a lo largo del último mes.

El silencio se había prolongado de forma insoportable. Entonces, al fin, Imenja había erguido la cabeza y había dado las gracias a los presentes. Les había anunciado que, tras unos meses de duelo, elegirían una nueva Voz Primera. Las Voces y los Servidores habían entrado en el templo, los soldados se habían marchado y la multitud se había dispersado. Reivan había

regresado a su pequeña habitación de alquiler, en la periferia de la ciudad. Imenja le había concedido un día libre para que pusiera en orden sus asuntos antes de ingresar en el Santuario para iniciar su formación como Servidora.

«Así que aquí estoy», pensó mientras se desviaba para pasar por debajo de uno de los arcos.

La gran sala del interior también estaba inusualmente silenciosa. Solo había unos pocos Servidores allí, de pie, en círculos pequeños de tres o cuatro. Las espaldas de sus túnicas negras no invitaban a interrumpirlos, así que ella se detuvo a esperar. Se suponía que los Servidores debían recibir a todo visitante, al margen del estrato social al que perteneciera.

Ninguno de ellos se acercó a Reivan, aunque vio con el rabillo del ojo que uno o dos la observaban cuando ella no miraba en su dirección. Se sentía cada vez más insegura. «¿Habré venido en un momento inoportuno? Imenja me dijo que viniera hoy. ¿Debería acercarme a los Servidores? ¿Estaría rompiendo el protocolo o algo así?».

Finalmente, uno de ellos se apartó de sus compañeros y se dirigió hacia ella con parsimonia.

—Nadie nos visita en épocas de duelo —le informó—, salvo para tratar asuntos urgentes e importantes. ¿Necesitas algo de nosotros?

—Ah. —Ella consiguió esbozar una sonrisa de disculpa—. No lo sabía. Sin embargo, la Voz Segunda me indicó que viniera esta mañana.

—¿Con qué propósito?

—Para empezar mi instrucción como Servidora.

Él arqueó las cejas.

—Entiendo. —Señaló el otro extremo de la sala. Otro pórtico discurría paralelo a la entrada—. Cruza el patio y sigue por el pasillo. El alojamiento de los aprendices de Servidor está a la izquierda.

Tras asentir y darle las gracias, Reivan salió de la sala a un patio extenso dominado por una fuente en forma de estrella que se alzaba en el centro. La rodeó y atravesó una abertura ancha en el edificio que había al otro lado. El pasillo era empinado, con algún que otro escalón para facilitar el ascenso por la colina. Los Servidores iban y venían. Antes de que ella pudiera avanzar más que unos pocos pasos, una mujer de mediana edad la detuvo, con el

semblante tenso a causa del recelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó con severidad.

—Al alojamiento de los aprendices de Servidor. He venido para iniciar mis estudios.

La mujer enarcó las cejas.

—¿Nombre?

—Reivan Cortajuncos.

De alguna manera, las cejas consiguieron elevarse aún más.

—Bien. Sígueme.

La Servidora la guio hasta una puerta en el lado izquierdo del pasillo. Reivan vaciló por unos instantes, se encogió de hombros y la siguió. Avanzaron a paso rápido por un pasadizo largo y angosto, flanqueado por numerosas puertas. Al fin, la mujer se detuvo frente a una y llamó.

La puerta se abrió. Dentro, una Servidora Devota estaba sentada frente a un escritorio. Alzó la vista y, al posarla en Reivan, frunció el ceño. Una mano aferró a Reivan por el hombro y la empujó hacia el interior.

—Reivan Cortajuncos. —La voz de su guía destilaba desaprobación—. Ha venido a servir a los dioses.

Al mirar hacia atrás, Reivan alcanzó a ver la expresión hostil de la Servidora antes de que la puerta se cerrara. Cuando se volvió de nuevo hacia la Servidora Devota, percibió en su mirada una consternación que la mujer se apresuró a disimular.

—Así que has venido hasta aquí —comentó—. ¿Por qué crees que puedes llegar a ser Servidora, si careces de habilidades mágicas?

Reivan parpadeó, perpleja ante la pregunta. «No se anda por las ramas —pensó—. Supongo que “porque Imenja me dijo que podría” no sería una respuesta convincente para esta mujer».

—Aspiro a servir a los dioses por otros medios —contestó.

La mujer asintió despacio.

—Entonces debes demostrar que es posible. Soy la Servidora Devota Drevva, directora de formación. —Se levantó y rodeó el escritorio—. Recibirás el mismo entrenamiento y te someterás a las mismas pruebas que los demás alumnos aspirantes. Te alojarás en el mismo sitio. Acompáñame.

Con Reivan detrás, salió de la habitación y avanzó por el pasadizo. Tras doblar varias esquinas, los pasillos se tornaron aún más estrechos. Por último, la mujer se paró frente a una puerta y la abrió.

Cuando Reivan echó una ojeada al interior, se le cayó el alma a los pies. La habitación era apenas más grande que la cama que contenía. Olía a humedad y podredumbre. Había montoncitos de tierra y polvo en el suelo.

—¿Permitís que los aprendices de Servidor vivan en estas condiciones? —preguntó, incapaz de contenerse—. Los Servidores que me criaron me habrían azotado por ser tan descuidada.

—Si no te gusta, búscate un criado que te la limpie —replicó Drevva. Giró sobre los talones, se alejó, se detuvo y miró atrás—. Ve a verme mañana cuando suene la campana y me encargará de que un Servidor empiece a aplicarte las pruebas. —Bajó la vista hacia la bolsa de Reivan—. ¿Qué llevas allí?

—Mis pertenencias.

—¿Es decir?

Reivan se encogió de hombros.

—Ropa, instrumentos, libros... —Al pensar en los libros que había vendido el día anterior, sintió una punzada de pena. Dudaba que el Santuario viera con buenos ojos que ella trajese una pequeña biblioteca consigo.

Drevva se le acercó con grandes zancadas y le arrebató la bolsa.

—Los Servidores no tienen pertenencias personales. En el Santuario encontrarás todo cuanto necesites. Se te proporcionará ropa, y si te admitimos como aprendiz de Servidora, te bastará con las túnicas.

—Pero...

La mujer la hizo callar con una mirada.

—Pero ¿qué?

—Pero ¿y si no paso las pruebas? —preguntó Reivan.

Los labios de la mujer se curvaron en una sonrisa diminuta.

—Guardaré tu bolsa en mi habitación. Te será devuelta cuando te marches.

«Cuando te marches». Reivan siguió a la mujer con la mirada mientras se alejaba con paso decidido y fue en busca de un criado. Se alejó mucho de la

habitación y solo se percató de que había llegado a los aposentos de los Servidores cuando encontró a un criado que barría un pasillo.

—Necesito a alguien que limpie mi cuarto —le dijo.

Él la miró con hosquedad.

—Todos los criados estamos ocupados despejando las habitaciones de los Servidores muertos —repuso antes de volverle la espalda.

Ella misma habría limpiado su alcoba, pero la reacción de Drevva dejaba claro que los Servidores consideraban dichas tareas indignas de ellos. Si la recién llegada carente de habilidades mágicas se comportaba como una criada, sería tratada como tal, supuso Reivan.

Los demás criados también le aseguraron que sus otras tareas eran más urgentes. Ella acabó por seguir a un niño sirviente a unos baños, donde lo acosó hasta que accedió a limpiar su habitación y cambiarle la ropa de cama. Se sintió un poco culpable por ello, pero, por su lectura exhaustiva de filósofos y sanadores famosos, sabía que dormir en un cuarto sucio propiciaba el desarrollo de enfermedades en cuerpo y mente.

Dedicó a esto el resto del día. Cuando el niño terminó, era tarde y ella tenía hambre. Fue a buscar algo de cenar. Percibió un aroma a comida y siguió su rastro hasta un gran refectorio repleto de Servidores. No se oía más que un murmullo de voces, por lo que ella concluyó que debía de haber alguna norma general contra el ruido. Sus pisadas atrajeron varias miradas de desaprobación cuando entró. Al echar un vistazo en torno a sí, la invadió el alivio cuando vio que una de las mesas estaba ocupada por hombres y mujeres jóvenes vestidos de paisano. Debían de ser nuevos alumnos, como ella. Se sentó en un sitio libre. Los demás la miraron con curiosidad pero permanecieron callados.

Un criado le colocó delante un cuenco de sopa aguada. Ella advirtió, desanimada, que solo quedaban migajas en la cesta de pan en el centro de la mesa. Cuando terminó de comer, sus ojos se encontraron con los del joven sentado a su lado.

—¿Está prohibido hablar?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Solo durante el período de luto.

En un extremo del refectorio, varios Servidores Devotos estaban sentados a una mesa grande. Reivan examinó a cada uno con el mayor detenimiento posible. Los Servidores de todo el mundo elegirían a uno de los Devotos como nuevo líder de los pentadrianos. Drevva se encontraba entre los comensales. Posó la vista en Reivan y la apartó enseguida.

«No es precisamente el recibimiento que me esperaba —se dijo Reivan—. Estos Servidores son tan fríos que a su lado incluso los Pensadores parecen amables y cordiales».

Había varios asientos desocupados en torno a la mesa. Un escalofrío recorrió a Reivan cuando comprendió por qué: los Servidores Devotos que solían sentarse allí seguramente habían muerto en la guerra.

«Quizá por eso todos se muestran tan antipáticos en el Santuario —reflexionó ella—. Están malhumorados y distraídos por la derrota y el sentimiento de pérdida». No podía esperar una acogida cálida y alegre cuando aún lloraban a amigos y colegas fallecidos.

Una campanada marcó el final de la cena, y Reivan siguió a los nuevos alumnos a sus alojamientos.

Firmemente agarrado a una peña con la mano izquierda, Mirar dirigió de nuevo su atención a sus piernas. Dobló la rodilla izquierda y buscó un buen lugar donde descansar la punta de su bota derecha. Encontró un saliente sólido y apoyó con cuidado su peso sobre él.

La fuerza constante que tiraba de la soga que llevaba atada al pecho se redujo cuando Emerahl soltó la cuerda.

—Ya casi llegamos —gritó ella, y su voz sonó inesperadamente cercana.

Él se detuvo por un momento y bajó la vista. Sus pies estaban casi a la altura de la cabeza de Emerahl. Ella sonrió.

«Es tan hermosa...», pensó él sin poder evitarlo. Sin embargo, el pensamiento era de Leiard, al igual que el leve sentimiento de culpa por encontrar atractiva a una mujer que no era Auraya.

«Es hermosa —le dijo Mirar—. No tiene nada de malo apreciar su belleza».

«¿Es que tú no la aprecias?», preguntó Leiard.

«Por supuesto, pero hace tanto que la conozco que ya no me embelesa».

«Sois amigos», aseveró Leiard.

«En cierto modo. Nos hemos... familiarizado el uno con el otro. Compartimos inquietudes».

«Fuisteis amantes».

«Durante poco tiempo».

Leiard se quedó callado. Mirar sacudió la cabeza. Estar con Emerahl lo ponía en una situación extraña. Era como presentar a dos amigos, después de haberle contado a uno de ellos todo lo que sabía sobre el otro. Lo cual resultaba un poco injusto para Emerahl.

A pesar de todo, era agradable verla con otros ojos.

No obstante, hablar con Leiard desorientaba ligeramente a Mirar. Respiró hondo, despejó su mente y prosiguió su descenso. Solo cuando tenía ambos pies en el suelo se permitió relajarse.

Emerahl lo desató, dejó caer un extremo de la cuerda y tiró del otro hasta que esta resbaló y se enredó en la vegetación, frente a ella. La enrolló con rapidez y eficiencia, se la colgó del hombro y echó a andar por la cañada. Mirar se echó la mochila a la espalda y la siguió.

Para entonces, ambos se habían familiarizado con la escalada. Él había perdido la cuenta del número de veces que habían ascendido por paredes de roca. Así era el relieve típico de Si: montañas escarpadas, repletas de grietas, y despeñaderos cortados a pico. Era como si alguien hubiera tirado grandes montones de arcilla sobre el mundo y luego los hubiera apuñalado repetidas veces con un cuchillo gigantesco. Incluso a pequeña escala, la superficie expuesta del suelo estaba igual de cuarteada, por lo que caminar por ella resultaba difícil y peligroso. El fondo de valles y barrancos era más transitable, pues el tiempo había llenado de tierra las grietas y simas, allanando el terreno. Allí solo tenían que abrirse paso a través de la densa maleza del bosque.

Ningún ser humano había trazado caminos en aquel territorio, ni siquiera los siyís, a quienes no les gustaba vivir tan cerca de las poblaciones de pisatierra. Ocasionalmente, el paso de animales formaba senderos estrechos y

tortuosos a través de la vegetación. Incluso en ellos, el avance era lento. Emerahl y él llevaban un mes caminando, y apenas se habían adentrado en la zona norte de Si. Antes de que los siyís fueran creados, aquella parte de Ithania se conocía como el Soto o las Tierras Indómitas.

«Ahora es así como nos llaman a Emerahl y a mí, según los dioses — reflexionó Mirar—. “Indómitos”. Me pregunto si eso da a entender que somos salvajes, incivilizados. Bárbaros, tal vez».

«O tal vez incontrolados, revoltosos, violentos, peligrosos», sugirió Leiard.

«Nada de eso es verdad», repuso Mirar. En su día, Emerahl y él eran célebres por su gran habilidad mágica. Sus tejedores de sueños habían instaurado el orden en un mundo caótico. Eran pacíficos, contrarios a la violencia y en absoluto peligrosos. Emerahl había sido reverenciada por sus dotes de sanación y su sabiduría.

«Indómito» tenía también otro significado: el de una fuerza caprichosa que podía trastornar los planes de forma beneficiosa o desastrosa.

«Quizá este sea el auténtico motivo por el que los dioses eligieron esa etiqueta para nosotros —pensó Mirar—. Trastornar los planes de las deidades me parece una buena razón para existir. El problema es que no tengo idea de cuáles son sus planes, así que ¿cómo voy a trastornarlos?».

La cañada se había ensanchado. Llegaba hasta sus oídos el rumor del agua. Una gran cantidad de agua. Debían de estar acercándose a un río. Emerahl, que iba delante de él, había aligerado el paso. Mirar la vio salir de la penumbra, volverse hacia la izquierda y sonreír.

«No hay duda de que se ha alegrado por algo», pensó él. Alargó sus zancadas y la alcanzó. Estaba de pie al borde de un precipicio en el que la cañada terminaba abruptamente. Al seguir la dirección de su mirada, él comprendió por qué sonreía.

«Una cascada». Dos pendientes pronunciadas se juntaban muy por encima de ella y canalizaban el río hacia una caída. El agua descendía hasta una charca ancha y profunda y después se derramaba impetuosa sobre el lecho rocoso que se curvaba a los pies de Emerahl y Mirar antes de alejarse hacia la izquierda. La cascada desprendía un vapor que mantenía el aire

cargado de humedad.

—Qué bonito —observó él.

Emerahl lo miró de soslayo.

—Sí, ¿verdad? Busquemos un árbol en el que enrollar esta cuerda.

Al cabo de unos minutos, los dos habían descendido por el precipicio, después de bajar sus bolsas por medio de la magia. Emerahl cruzó el río saltando de una piedra a otra. Cuando se encaminó hacia la cascada, Mirar vaciló antes de seguirla. Tras recorrer durante un mes aquella tierra agreste y contemplar innumerables paisajes bellos y majestuosos, no tenía muchas ganas de explorar una caída de agua. Prefería llegar a su destino cuanto antes y entregarse a un largo descanso.

Emerahl se acercaba cada vez más a la catarata. Su rugido atronaba los oídos de Mirar. Ella empezó a escalar las rocas lisas situadas detrás de la cascada. Él se detuvo a observarla. Emerahl miró atrás, sonrió y le hizo señas para que se uniera a ella.

Él se encogió de hombros y la siguió. Trepar por las rocas requería la máxima concentración. Cuando llegó a una faja de suelo llano y cubierto de guijarros, alzó la vista y advirtió que Emerahl sonreía de oreja a oreja. Entonces vio lo que ella había descubierto. Detrás de la caída de agua había una cueva.

Ella entró. Con una ligera curiosidad, él la siguió. El techo de la cueva goteaba a causa de la humedad. Era más espaciosa de lo que Mirar esperaba, y el fondo estaba oculto en las sombras.

Se volvió hacia la columna de agua. Su movimiento continuo e invariable resultaba hipnótico.

—Mirar.

Se obligó a apartar los ojos y cayó en la cuenta de que Emerahl lo miraba por encima del hombro. Bajo la luz que ella había creado, Mirar descubrió que su primera impresión era errónea. La cueva no tenía fondo. Era la entrada de un túnel.

Esto avivó su curiosidad. Se dirigió hacia ella.

—¿Conocías este sitio? —preguntó.

—Ya había estado aquí.

—¿Este era nuestro destino?

—Quizá. O quizá solo sea un buen lugar donde pasar la noche. Y ahora, basta de preguntas.

Pronunció esta última frase con firmeza. Él sonrió al oír su tono y comenzó a caminar junto a ella cuando enfiló el túnel.

Se puso a contar sus pasos, por costumbre. Llevaba más de trescientos cuando llegaron a una caverna grande. Con los hombros tensos, Emerahl se dirigió hacia el centro. Ralentizó la marcha, como si intentara escuchar algo.

Unos instantes después, sonrió. Sin embargo, no apretó el paso. Avanzaba a un ritmo constante. Cuando llegó al centro de la caverna, se volvió hacia Mirar.

—¿Percibes eso?

—¿El qué?

Lo tomó del brazo, retrocedió unos diez pasos por donde habían venido y se detuvo.

—Trata de utilizar uno de tus dones. Genera una luz como la mía.

Él invocó magia. Esta no acudió a él. Lo intentó de nuevo, sin éxito. Alarmado, clavó la vista en ella.

—¿Qué...?

—Es un vacío. Un lugar en el mundo donde no hay magia.

—Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé. —Le posó una mano en el hombro y le dio un empujón suave hacia el centro de la cueva. Él cedió de mala gana. Miró hacia arriba y advirtió que el resplandor de Emerahl aún flotaba por encima de sus cabezas.

—Entonces ¿cómo haces eso?

—He absorbido la magia necesaria antes de que entráramos aquí —explicó ella—. Vuelve a intentarlo.

Él invocó magia y notó cómo esta fluía hacia su interior. La proyectó hacia fuera para crear su propia luz.

—Bien —dijo ella, asintiendo—. Veo que esto no ha cambiado. Hay magia en el centro de la caverna. Está rodeada de un vacío. Los dioses, que son seres de magia, no pueden atravesarlo, de modo que es imposible que te vean si estás aquí, a menos que te miren a través de los ojos de alguien que se

encontrara fuera del vacío.

Él caminó de un lado a otro despacio. Como ella había despertado su curiosidad por el vacío, lo percibió con facilidad. Echó a andar hacia el otro extremo.

—¡No te alejes! —le advirtió Emerahl—. Regresa. Ahora que sabes lo que es este lugar, no puedes salir de él. Si los dioses te observan, podrían leerte la mente y... y...

Tenía la frente arrugada de preocupación. Él volvió a su lado.

—Si me vigilaban cuando he llegado, sabrán dónde estoy de todos modos.

Ella fijó en él una mirada intensa.

—¿Crees que es probable que estuvieran observándote?

Él frunció el entrecejo y desvió la mirada.

—Es posible. No lo sé...

—Aun así, no puedes irte. Si ignoran qué es este sitio, prefiero que no lo averigüen.

—¿Pretendes retenerme aquí para siempre?

Ella negó con la cabeza.

—Solo hasta que te enseñe a ocultarles tus pensamientos.

Él la contempló con aire pensativo. Había aprendido aquella habilidad hacía mucho tiempo, pero la había olvidado al perder la memoria. Era difícil refrescar ese conocimiento sin la ayuda de alguien capaz de detectar pensamientos o emociones. Era un buen momento para volver a aprender.

—¿Y después?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Me pediste que te llevara lejos de allí. No especificaste por qué ni adónde. Supuse que querías ir a un lugar seguro, y te he traído al más seguro que conozco. —Le dedicó una sonrisa torcida—. También supongo que necesitas poner un poco de orden en tu mente. Si quieres que te ayude con eso, haré lo que pueda.

Mirar paseó la vista por la caverna. No era la cabaña acogedora en medio del bosque que esperaba, pero el vacío compensaba que no lo fuera. Tendría que conformarse con eso. Se quitó de los hombros las correas de su mochila y

la depositó sobre el duro suelo de piedra.

—Entonces más vale que empecemos a decorar este sitio.

Era de noche. Siempre era de noche.

Una luz espectral flotaba sobre el suelo. Ella no alcanzaba a ver de dónde procedía. Confería a los rostros que la rodeaban un aspecto aún más macabro.

Un cadáver se interponía en su camino. Ella pasó por encima y siguió adelante.

«Busco algo. ¿Qué estoy buscando?».

Se esforzó por hacer memoria.

«Una salida. El final del campo de batalla. Una escapatoria. Porque...».

Al captar un movimiento con el rabillo del ojo, se le aceleró el corazón a causa del pavor. Aunque no quería mirar, lo hizo. Todo estaba inmóvil.

Otro cuerpo obstruía su camino: el de un sacerdote, con la parte superior del torso y la cabeza ennegrecidas y chamuscadas. Llena de aprensión, le pasó por encima.

«No bajes la vista».

Algo se movió a sus pies. Sus ojos se vieron atraídos hacia abajo. El sacerdote la miraba con fijeza, y ella se quedó paralizada de espanto. Él le sonrió y, antes de que pudiera alejarse, la agarró por el tobillo con su mano quemada.

:¡Ohuaya!

El grito ansioso e inesperado en su mente la sobresaltó. De pronto, estaba

contemplando el techo de su dormitorio, con el corazón desbocado. Notaba la piel caliente y sudorosa. Tenía el estómago contraído.

—¿*Ohuaya* asustada?

Una figura diminuta subió a la cama de un brinco. Contra la luz de la luna, ella distinguió la inconfundible cola esponjosa y las pequeñas orejas del viz, que temblaban de preocupación.

—Travesuras —murmuró.

—¿*Ohuaya* miedo?

Ella se incorporó, apoyándose en los codos.

—Solo ha sido un sueño. Ya se me ha pasado.

No estaba segura de que él la hubiera entendido. ¿Comprendían los vices el concepto de sueño? Lo había visto estremecerse y mascullar mientras dormía, por lo que sabía que soñaba. Sin embargo, ignoraba si recordaba los sueños o si tenía claro que no eran reales.

El animalillo caminó sobre la cama y se hizo un ovillo junto a sus piernas. La presión de su cuerpo contra el suyo la reconfortaba. Se acostó de nuevo, fijó la mirada en el techo y suspiró.

«¿Cuánto me durarán estas pesadillas? ¿Meses? ¿Años?».

Se sentía vagamente decepcionada consigo misma y con los dioses. Creía que por su condición de Blanca merecía vivir libre de sueños angustiosos causados por su participación en una guerra en defensa de Ithania del Norte y de todos los circulianos. Aunque los dones que ellos le habían otorgado la protegían del envejecimiento y los daños físicos, al parecer no ahuyentaban las pesadillas. Era inconcebible que los dioses quisieran que ella sufriera de ese modo.

«Los tejedores de sueños podrían ayudarme».

Exhaló otro suspiro. Los tejedores de sueños. Ese era un tema que le remordía la conciencia. Sabía que, en última instancia, reducir la influencia de los tejedores sobre la gente animando a los sacerdotes a empaparse de sus conocimientos de sanación era lo correcto. De ese modo salvaría las almas de personas que en otras circunstancias darían la espalda a los dioses. Aun así, le parecía una maniobra demasiado... solapada.

Después de la reunión en el altar, ella había decidido averiguar si había

sacerdotes sanadores dispuestos a colaborar con los tejedores de sueños antes de hablar con la tejedora asesora Raeli. Había intentado convencerse de que estaba siendo eficiente —podría aprovechar para preguntarles si accederían a viajar a Si—, pero sabía que solo estaba aplazando el momento en que tendría que empezar a actuar de manera solapada.

Varios se habían ofrecido voluntarios. Ella había imaginado que el puesto en Si despertaría entusiasmo, pero la había sorprendido gratamente la cantidad de personas interesadas en trabajar con los tejedores. Lo que habían presenciado tras la batalla los había impresionado y había sido una lección de humildad para ellos. Muchos estaban ansiosos por aprender de los tejedores de sueños, aunque lo que motivaba a algunos era un afán de igualar o superar a los paganos en conocimientos y habilidades, más que un nuevo respeto hacia la secta.

Ella había retrasado aún más el momento temido buscando un lugar donde pudieran trabajar. Tenía que ser un sitio en el que la influencia tanto de los tejedores como de los circulianos fuese mínima. Había encontrado un almacén abandonado cerca del muelle, no muy lejos de la zona pobre de la ciudad. No le quedaba más que encargarse de que limpiaran, acondicionaran y equiparan el edificio, y decidir qué nombre ponerle.

Antes, sin embargo, necesitaba una respuesta de los tejedores. Incapaz de seguir dando largas al asunto, había concertado una entrevista con Raeli.

Auraya se tendió de costado. Ahora estaba totalmente despierta y dudaba que pudiera conciliar el sueño en las próximas horas. Aunque ya no tenía el corazón desbocado, aún le latía un poco más deprisa de lo normal.

Meditó sobre la pregunta que le había planteado a Juran. «¿Y qué hay de toda la gama de habilidades mentales de sanación..., las conexiones mentales y las conexiones en sueños?». Era evidente que a él no le hacía mucha gracia que los sacerdotes adquiriesen aquellos conocimientos, pero si querían que los circulianos sustituyeran a los tejedores de sueños, estos tendrían que adoptar todas las prácticas de los paganos.

Suspiró. Sus pesadillas eran una prueba de lo necesario que era que los sacerdotes tuvieran nociones de sanación de sueños. Ella entendía que las personas comunes y corrientes acudieran a tejedores para poner fin a las

pesadillas.

«Tal vez debería pedir ayuda a un tejedor. Se supone que debo convencer a la gente de que son inofensivos. ¿Qué mejor manera de convencerlos que emplear los servicios de los sanadores de sueños?».

Le costaba imaginar que Juran viera con buenos ojos que una Blanca abriera su mente a un tejedor de sueños, o incluso que ella dejara que un sacerdote explorara sus pensamientos y descubriese sus secretos.

Tal vez si Auraya estudiara la mente de un tejedor mientras este realizaba una sanación de sueños a otra persona, cogería el truco... y podría transmitir este conocimiento a los otros Blancos..., que entonces podrían...

Su mente vagaba sin rumbo. Aunque estaba hablando con Mairae, era una conversación banal. Los demás Blancos reían sin parar y aseguraban que no entendían. Frustrada, Auraya salió por la ventana y se alejó volando, pero no podía controlar del todo sus movimientos. El viento la empujaba hacia un lado. Flotó hasta penetrar en una nube y se vio rodeada de una blancura gélida.

De la blancura emergió una figura luminosa. Ella notó que se le alegraba el corazón. Con una sonrisa, Chaia se acercó. Tenía el rostro bien definido. Ella alcanzaba a distinguir cada una de sus pestañas.

«Mis sueños nunca son tan vívidos... —Él se inclinó hacia ella para besarla—, ni tan interesantes».

Sus labios se juntaron. Aquello no era un roce mágico casto y afectuoso. Su contacto parecía de lo más real.

De pronto, ella se incorporó y se acodó en la cama. Tenía el pulso acelerado, pero no por el miedo. La sensación de euforia se disipó y cedió el paso a la turbación.

«¿En qué estoy pensando? Por todos los dioses, espero que Chaia no estuviera observándome».

Intentó poner en orden sus pensamientos. «No ha sido algo intencionado. Era un sueño. —No podía controlar sus sueños—. ¡Ah, ojalá pudiera!».

Volvió a acostarse y dio unas palmaditas a Travesuras, que soltó un quejido soñoliento.

«Un sueño —se dijo—. Chaia no podría ofenderse por eso, ¿o sí?».

A pesar de todo, tardó largo rato en dormirse de nuevo.

No le resultaba fácil mantenerse despierta. Imi contemplaba el techo, siguiendo con la mirada las marcas grabadas cientos de años atrás por los talladores de cuevas.

Oyó una respiración sibilante pero suave procedente del otro lado de la habitación.

«¡Por fin!».

Sonrió y se dispuso a salir de la pileta. Una de las obligaciones de Teiti era permanecer cerca de ella durante la noche por si caía enferma o pedía ayuda. Las cortinas que dividían la habitación daban a Imi un poco de intimidad, pero dejaban pasar los sonidos.

Unos años antes, ella había hecho algo al respecto. Se había quejado discretamente a su padre de los ronquidos de su tía y le había propuesto que mandara construir paredes en torno a la pileta de dormir del aya. Aunque él había accedido, Imi sospechaba que solo lo había hecho porque Teiti había sido la primera aya que había caído bien a Imi; no quería tener que buscarle otra.

Habían construido un tabique curvo junto a la pileta del aya que no llegaba a juntarse con la pared de la habitación. Imi había manifestado a su padre su esperanza de disponer de una habitación propia, con puerta incluida, pero él se había limitado a sonreír y a preguntarle cómo iba Teiti a oír sus llamadas de auxilio si estaba totalmente aislada.

No obstante, Imi descubrió que el tabique curvo amortiguaba lo suficiente los sonidos para permitirle moverse de un lado a otro con sigilo sin despertar a su tía. Irónicamente, Teiti no roncaba en aquel entonces, pero había adquirido el hábito hacía poco tiempo. Ahora Imi tenía dos motivos para estar agradecida por el tabique.

Se quitó las gotitas de humedad de la piel con la mano y se detuvo a escuchar los ronquidos de Teiti. Unas horas antes, Imi había enviado a su tía a hacer varios recados —tareas que solo el aya de la princesa estaba autorizada a realizar— con la intención de dejarla rendida. Tal como había

planeado, Teiti había decidido acostarse temprano y se había sumido enseguida en un sueño profundo.

Teiti continuaba emitiendo silbidos leves al respirar. Imi se acercó a una talla apoyada en la pared. Deslizó la mano detrás, encontró el cerrojo que la mantenía cerrada y lo descorrió con cuidado. La talla se abrió hacia fuera como una puerta, dejando al descubierto un hueco en la pared.

Debajo, en el suelo, había una caja grande. Imi se subió encima y trepó al agujero. Miró hacia atrás, metió los dedos de sus pies palmeados en una anilla atornillada a la parte posterior de la talla y tiró de ella para cerrarla.

En el túnel la oscuridad era absoluta. Imi avanzó a rastras, menos incómoda por la falta de luz que por la estrechez del pasadizo. Ella había crecido bastante en el último año, y pronto le costaría colarse en aquel espacio tan reducido.

Cuando percibió un cambio sutil en el sonido de su respiración, supo que estaba cerca del final del túnel. Alargó el brazo hacia delante y tocó una superficie dura. La palpó con la punta de los dedos, encontró el pestillo y lo abrió.

La trampilla se tornó visible al levantarse y dejar entrar una luz tenue. Imi continuó arrastrándose hasta asomar la cabeza. La rodeaba el interior de un armario de madera. Se detuvo a escuchar y avanzó un poco más hasta acercar el ojo al resquicio que había entre las puertas del armario. La habitación estrecha que tenía delante estaba vacía y en penumbra. Ella se agarró al marco de la trampilla para impulsarse fuera del túnel, descorrió el cerrojo de las puertas y salió del armario.

Fue directa a la puerta de la habitación y echó un vistazo por la pequeña mirilla situada en el centro. Estaba muy arriba, y solo desde hacía poco tiempo Imi la alcanzaba. Antes se veía obligada a abrir la puerta ligeramente para mirar al exterior.

El pasillo del otro lado estaba desierto. Satisfecha, se volvió para contemplar la habitación. Las paredes de los lados estaban recubiertas de tubos. El extremo de cada uno se ensanchaba hacia fuera y tenía forma de oreja. Su padre le había explicado tiempo atrás que contaba con un artilugio que le permitía escuchar las conversaciones de otros. Sin embargo, nunca le

había enseñado aquella estancia; ella la había encontrado por sí sola.

Lo que él sí le había mostrado años atrás era el agujero tras la talla en su habitación. Le había dicho que era un lugar donde esconderse si personas malas asaltaban el palacio. Ella no sabía si su padre temía un ataque por parte de los pisatierra o de elay malignos. Los saqueadores pisatierra que habían agredido y robado a los elay en el pasado no podían entrar en la ciudad. No eran capaces de aguantar la respiración durante el tiempo suficiente para bucear a través de la entrada submarina.

Ella había llegado a la conclusión de que si su padre no hubiera querido que descubriera la habitación, no le habría revelado el túnel tras la talla. Imi llevaba años internándose allí cada pocas semanas para escuchar conversaciones ajenas que se desarrollaban tanto dentro como fuera del palacio.

Por medio del artilugio, se había enterado de muchas cosas sobre numerosas personas, y había aprendido que los habitantes de distintas zonas de la ciudad llevaban vidas muy diferentes. A veces envidiaba a los niños a los que oía hablar. A veces no.

Aunque sabía que su padre utilizaba aquella habitación, él jamás la había sorprendido allí. Imi también había tenido la suerte de que Teiti nunca se hubiera despertado y hubiera reparado en su ausencia, o la hubiera pillado entrando por la abertura de detrás de la talla.

Se acercó a uno de los tubos y apoyó la oreja. Las voces susurrantes que le llegaron a través del tubo sonaban bajas, pero cuando su oído se adaptó, ella comenzó a distinguir las palabras.

—¡... no voy a casarme con él, madre! ¡Me lleva más de veinte años!

Era la voz de su prima Yiti. ¿Se había equivocado al elegir el tubo? No, era indudable que estaba escuchando el que comunicaba con la cueva de los joyeros. Aproximó de nuevo la oreja a la abertura.

—Tú harás lo que tu padre te ordene, Yiti —replicó una mujer con serenidad—. Te casarás con él, le darás hijos y, cuando muera de viejo, seguirás siendo lo bastante joven para disfrutar la vida. Ahora fíjate en esta. ¿No es preciosa?

—¿Lo bastante joven? ¡Estaré hecha un vejstorio! ¿Quién me querrá

entonces?

—No serás mayor de lo que yo soy ahora.

—Sí. Un vejestorio sin nada que...

Imi se apartó del tubo. Aunque comprendía las razones de Yiti, no podía pasarse toda la noche escuchándolas. Su tía y su prima debían de estar de visita en la cueva de los joyeros con el fin de comprar algo para la boda.

Ella había elegido dicha cueva primero porque era uno de los lugares a los que solían acudir los comerciantes para vender sus mercancías, y había muchas posibilidades de que hablaran de campanillas marinas.

Pero no estaban allí. Imi se preguntó dónde más podían estar. En casa, quizá. Se inclinó hacia el tubo que provenía del hogar de uno de los mercaderes y escuchó con atención.

No obtuvo más que silencio. Probó con otras casas e incluso con el salón Principal de palacio, pero, aunque captó las voces de otros miembros de las familias de los comerciantes, o de sus sirvientes, no oyó una palabra de los propios comerciantes.

Desencantada, comenzó a elegir tubos al azar. Tras escuchar incontables fragmentos de diálogos, oyó una carcajada que le recordó mucho la forma de reír de uno de los mercaderes. Era una risa agradable, que hacía que la gente se sintiera a gusto. Seguramente constituía una cualidad útil para un comerciante, comprendió de pronto Imi. Él quería que la gente se tranquilizara, pues la gente tranquila compraba cosas. Ella lo había notado en su tía. Cuando Teiti iba al mercado irritada o descontenta, apenas se fijaba en los artículos expuestos. Cuando estaba tranquila, era mucho más propensa a comprarle chucherías a Imi.

—¿... apuestas?

—Sí. Diez.

—Veinte.

—¿Conque veinte, eh? Igualo tu apuesta.

—¿Y tú?

Un suspiro.

—No voy.

—¿No hay más apuestas? ¿No? Descubridlos.

Se oyó una risita triunfal, un gruñido y luego el entrechocar de conchas de corri. Imi reconoció las voces de los mercaderes que habían hablado y las de algunos otros. Supuso que estaban jugando a cuadrados.

Durante varias manos, los comentarios de los comerciantes se ciñeron a la partida. Luego hicieron una pausa para tomar un tentempié de medianoche y beber drai. Comenzaron a hablar de sus familias. Ella aguardó pacientemente a que la conversación se desviara hacia temas relacionados con su profesión.

—Según Gili, vio a unos saqueadores cerca de la isla de Xiti hace tres días.

—Saqueadores no —repuso una voz áspera—. Buceadores.

Varios de los mercaderes profirieron una palabrota.

—Sabía que no deberíamos haber esperado tanto.

—Era un riesgo que teníamos que correr. Las campanillas de mar tardan un tiempo en crecer.

—Mucho menos tiempo del que los pisatierra tardan en robarlas.

—¡Esos ladrones flacuchos y pálidos!

A Imi el corazón le dio un vuelco. De modo que las campanillas marinas estaban en algún lugar cercano a la isla de Xiti...

—¿Robarlas? —El hombre de la risa tranquila soltó un resoplido—. No es un robo si no pertenecen a nadie. Nadie es dueño de aquello que no puede defender. No somos capaces ni de defender nuestras propias islas.

—Huan nos convirtió en el pueblo del mar. Todos los tesoros marinos nos pertenecen.

—Entonces ¿por qué la diosa no castiga a esos buceadores? Si su voluntad fuera que disfrutáramos de todos los tesoros del océano, impediría que los pisatierra se los llevaran, o nos otorgarían el poder para pararles los pies.

—Huan quiere que nos cuidemos solos.

—¿Cómo lo sabes?

—O desea que las cosas sean como son, o hemos cometido algún error.

Imi lanzó un suspiro de desesperación. «¡Dejad de hablar de los dioses! —pensó—. Volved a hablar de las campanillas marinas». Sin embargo, la conversación se dividió en dos discusiones distintas.

—Nunca debimos dejar tan de lado nuestros conocimientos de metalurgia. O bien deberíamos intercambiar productos por espadas del continente.

—... un nadador solitario tendría más posibilidades de conseguirlo que un grupo. La cosecha era pequeña, pero mejor que...

—¿De qué nos servirían? Acabarían todas oxidadas en...

—... peligroso. ¿Y si...?

—... si las cuidas bien. Tienes que...

—... elegir bien el momento. El estado del tiempo adecuado... más difícil de ver por debajo del...

—... la superficie con algo que evite la oxidación. Los pisatierra...

—... no se atreverán a bucear si hace mal tiempo.

A Imi la cabeza le daba vueltas del esfuerzo por descifrar los dos diálogos simultáneos. El problema era que quería seguirlos a ambos. El debate de los mercaderes sobre cómo un elay podía acercarse nadando solo y coger algunas de las campanillas marinas la tenía cautivada, pero el interés de los otros comerciantes por comerciar con los pisatierra también despertaba su curiosidad.

Un repiqueteo distante captó su atención. Se separó de mala gana del tubo, y se le encogió el corazón cuando cayó en la cuenta de que ese sonido eran pasos que se acercaban. Dio un salto para alejarse del tubo y se abalanzó hacia el armario. Justo cuando cerraba las puertas, oyó que alguien entraba en la habitación. Se quedó paralizada.

Echó una ojeada entre las puertas del armario, y la recorrió un escalofrío al reconocer la ancha espalda del hombre que se dirigía con andar tranquilo hacia los tubos. Al mismo tiempo, no pudo evitar esbozar una sonrisa de afecto. Su padre iba tarareando para sí. Imi reconoció la melodía como una nueva y popular canción de la hermosa Idi, la flamante cantadora principal de palacio.

El rey se agachó para escuchar por el extremo del tubo conectado con la cueva de los cantadores. Imi lo observaba con el pulso acelerado. Estaba a solo unos pasos de distancia. Nada se interponía entre ellos, salvo las puertas del armario.

Al cabo de un momento, él se enderezó, se alisó el fajín y salió de la habitación con aire arrogante.

Con un suspiro de alivio, Imi dio media vuelta. Se agarró al marco de la trampa y se impulsó para entrar en el túnel. Su corazón no recuperó su ritmo normal hasta que ella llegó al final del trayecto.

Salió del pasadizo sin hacer ruido, colocó la talla en su sitio y regresó a su piletta de puntillas. Moviéndose con cuidado para no chapotear, se introdujo en el agua, y un frescor reconfortante la envolvió.

«Ya sé dónde están las campanillas de mar —pensó—. Solo me queda encontrar un modo de dar esquinazo a Teiti y a mis guardias, y escabullirme de la ciudad. Solo hay dos salidas: la escalera que sube a la atalaya y el estanque principal... ¿En qué momento he decidido ir yo misma en vez de enviar a alguien?».

No fue sino hasta la mañana siguiente cuando empezó a preguntarse por qué su padre había ido a escuchar a escondidas los sonidos de la cueva de los cantadores.

El viejo almacén estaba impregnado de aromas tentadores. Eran los olores de los baúles de madera y de la paja mezclados con los de los diversos artículos que contenían, a lo que se sumaba el toque salobre de la brisa procedente de los muelles, situados a pocas calles de allí.

En una habitación, solo se percibía el hedor penetrante del hrumia, un tinte de color azul intenso. En otra, predominaba el cálido olor a cuero engrasado. Una habitación estaba fuertemente perfumada, mientras que el suelo manchado de otra apestaba como una casa de bebidas. Allí se almacenaban productos de todos los rincones de Ithania del Norte, de lugares donde Auraya nunca había estado.

El sonido de unos golpes la arrancó de su ensimismamiento. Cuando se percató de que se había alejado mucho por el pasillo, giró sobre sus talones y se apresuró a regresar. Se detuvo al llegar al vestíbulo en el que el propietario anterior atendía a los clientes. «¿Estoy preparada para esto?».

Respiró hondo y se obligó a caminar hacia la puerta principal.

«Lo más preparada posible —se dijo—. No puedo hacer otra cosa que intentar reducir al mínimo las consecuencias menos agradables».

Se puso derecha cuando llegó ante las puertas de madera maciza. Asió los pomos y tiró de ellos hacia dentro. Las puertas se separaron y se abrieron con un chirrido satisfactoriamente impresionante. Auraya le sonrió a la mujer con

túnica de tejedora de sueños que se hallaba de pie al otro lado.

Raeli, la tejedora que asesoraba a los Blancos, le dirigió una mirada recelosa. Nunca se había esforzado por disimular su desconfianza hacia los Blancos, pero siempre se había mostrado dispuesta a colaborar. Auraya leyó en su mente que aquel lugar de encuentro tan extraño despertaba en ella tanta curiosidad como suspicacia.

—Adelante, tejedora asesora Raeli —dijo Auraya, invitándola a entrar con un gesto.

—Gracias, Auraya la Blanca —respondió Raeli. Después de pasar al interior, observó el vestíbulo del almacén y el pasillo que se internaba en el edificio—. ¿Por qué me habéis hecho venir aquí?

Auraya soltó una risita.

—No te andas por las ramas. Es algo que me gusta de ti. —Le indicó que la acompañara y, sin comprobar si Raeli la seguía, echó a andar despacio por el pasillo—. Jarime es una ciudad grande y no deja de crecer. Hasta ahora, los enfermos tenían que acudir al templo o enviar a alguien allí para buscar a un sacerdote sanador cuando necesitaban la ayuda de los circulianos. —Echó un vistazo hacia atrás y le complació ver que Raeli caminaba tras ella. Aflojó el paso para que la tejedora la alcanzara y señaló las habitaciones vacías—. Es un trayecto largo para algunos. Con el fin de paliar ese problema, convertiremos este lugar en un hospital.

Raeli meditó sobre esta información. «Es una buena idea —pensó—. Ya sería hora de que los circulianos cuidaran mejor de los pobres que viven en esta zona. La lejanía del templo es un inconveniente que algunos sortean consultando a los sanadores de sueños... ¿Pretenden los circulianos arrebatar nos nuestra costumbre? ¿Por qué me ha citado aquí Auraya para decirme esto? Sin duda sus planes guardan alguna relación con los tejedores de sueños». De inmediato la asaltó una sospecha creciente.

—¿Qué queréis de nosotros? —espetó.

Auraya se detuvo frente a la entrada de la habitación que olía a cuero y se volvió de cara a la tejedora.

—Invitar a tu pueblo a unirse a nosotros. Que los tejedores de sueños y los sacerdotes sanadores trabajen juntos. Añadiría «por primera vez», pero ya

ha ocurrido antes.

Raeli arrugó el entrecejo.

—¿Cuándo?

—Después de la batalla.

La tejedora clavó los ojos en Auraya. «De modo que reconocen que fuimos útiles —se dijo—. Sería un detalle que nos dieran las gracias. O que obtuviéramos algún tipo de reconocimiento por nuestro trabajo... Aunque supongo que esto es un reconocimiento». Su escepticismo flaqueó por un momento y ella concibió un rayo de esperanza.

Auraya apartó la mirada.

—Es posible que esto salga mal, claro está. Varios sacerdotes sanadores se han ofrecido voluntarios para trabajar aquí con vosotros, pero tal vez descubran que no son tan tolerantes y abiertos de mente como creen. Quizá los enfermos que vengan no acepten vuestra ayuda. Dudo que logremos superar los prejuicios de más de un siglo en cuestión de semanas, meses o incluso años. No obstante —se encogió de hombros—, debemos intentarlo.

La tejedora se adentró en la habitación de enfrente, arrugando la nariz por el olor que persistía allí, fuera el que fuese.

—No puedo responder en nombre de mi gente. La decisión corresponde a nuestra líder.

—Por supuesto.

Raeli miró hacia atrás.

—A este lugar le hace falta una limpieza a fondo.

Auraya sonrió como avergonzada.

—A algunas habitaciones más que a otras. ¿Te gustaría dar una vuelta por el edificio? —Leyó la respuesta en la mente de Raeli—. Entonces vamos. Te lo mostraré todo... y te explicaré mis planes para las reformas. Quisiera conocer tu opinión sobre cómo deberíamos cambiar el sistema de abastecimiento de agua.

Ahora, mientras avanzaba por el pasillo, Raeli caminaba a su lado. Auraya describió la manera en que el agua tanto fría como caliente podía conducirse a través de tubos por todo el edificio. Cada habitación estaría provista de un desagüe que facilitaría su limpieza. Había salas para

operaciones y repositorios para medicamentos e instrumental. Raeli hacía sugerencias en voz baja, y con frecuencia le venían a la mente tejedores mayores y con más experiencia que podrían dar mejores consejos.

Una vez que hubieron explorado todas las habitaciones, regresaron a la sala principal. Raeli estaba callada y reflexiva, consciente de que siempre se había mofado del título de tejedora asesora porque creía que los Blancos nunca harían caso de su asesoramiento. De pronto, levantó la vista hacia Auraya.

—¿Habéis tenido noticia de Leiard?

Auraya se estremeció. Fijó la mirada en Raeli, completamente sorprendida.

—No —contestó, haciendo un esfuerzo—. ¿Y tú?

Raeli negó con la cabeza. Al analizar los pensamientos de la mujer, Auraya comprendió que Leiard no solo había desaparecido de su vida. Ningún tejedor de sueños lo había visto desde la batalla. Arlij, líder de los tejedores, estaba preocupada por él y había pedido a su pueblo que la informaran si lo veían.

Sintió una punzada de inquietud y culpa. ¿Había huido Leiard de todo y de todos por miedo a que Juran o los dioses lo castigaran por atreverse a ser su amante, o sencillamente en cumplimiento de la orden de Juran? Pero, según el líder de los Blancos, le había ordenado a Leiard que se marchara, no que desapareciera sin dejar rastro.

«Tampoco le ordenó a Leiard que se acostara con una ramera —se recordó a sí misma. Se encaminó hacia el vestíbulo, seguida por Raeli—. Él debía de saber que yo le leería la mente el día que volviera a verlo, fuera cuando fuese, y descubriría su infidelidad».

Por otro lado, pensó ella, Leiard había decidido que su relación había terminado, por lo que en realidad no había sido desleal. «Podría perdonarle eso si hubiéramos estado una larga temporada separados, pero solo llevábamos un día sin vernos. —Contuvo un suspiro—. Deja de darle vueltas al asunto —se dijo—. No llegarás a ningún lado».

Tras abrir las puertas, Auraya salió al sol. Dos platenes aguardaban delante: el de alquiler en el que había llegado Raeli y el blanco y plateado que

había utilizado Auraya. Esta se volvió hacia Raeli.

—Gracias por venir, tejedora asesora Raeli.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza.

—Ha sido un placer, Auraya la Blanca. Transmitiré vuestra propuesta a la tejedora de sueños Arlij.

Auraya asintió. Siguió con la mirada a Raeli, que subió al platén. Mientras el vehículo se alejaba pesadamente, un sonido resonó en la mente de la Blanca: el chirrido que emitía el muelle de un cepo cuando un trampero lo preparaba. «Soy como una cazadora —pensó—. Sé que tengo que tender trampas por el bien de otros, pero no me entusiasma».

Emerahl sujetaba el cubo bajo la cascada, dejando que se llenara. Pese a que el recipiente apenas tocaba el agua, la fuerza de la caída era tan grande que le dolía el brazo.

Ella había dedicado los últimos días a convertir la cueva en un hogar más cómodo. Tras derribar un árbol pequeño, lo había cortado y había atado leños entre sí para fabricar dos camas sencillas y un biombo detrás del que Mirar y ella pudieran hacer sus menesteres en privado. Para dichos menesteres, así como para beber o para realizar otras tareas, ella había tallado varios cubos de madera a partir de secciones del tronco.

Como Mirar se había quedado dentro del vacío, la responsabilidad de ir en busca de agua y alimentos recaía sobre ella, pero esto no le molestaba. El bosque era un lugar hermoso, lleno de plantas, animales y hongos comestibles. Muy pocas cosas habían cambiado desde la última vez que ella se había alojado allí. Sin la magia y sin los conocimientos acumulados a lo largo de cientos de años, la supervivencia habría resultado mucho más complicada. Y peligrosa.

En el bosque, por cada planta no venenosa, había una que lo era. Emerahl había visto varios insectos ponzoñosos muy bonitos, pero únicamente en huecos y agujeros en los que solo un necio metería la mano. Los depredadores de mayor tamaño, como los lerameres o los voranes, quizá habrían representado un problema si ella hubiera carecido de poderes

mágicos para ahuyentarlos. Permanecía alerta a los efectos seductores de la enremidera, que lanzaba una llamada telepática para incitar a los animales a descansar sobre su alfombra de hojas suaves, mientras enroscaba sus ramas en torno a ellos, inmovilizándolos, hasta estrangularlos y desmembrarlos. Muchos años atrás, ella había conocido a un criador de plantas que se había enriquecido vendiendo una variedad enana más débil a nobles que padecían insomnio.

El cubo empezó a desbordarse. Aferrando la tosca asa de cuerda con una mano, recogió el segundo cubo con la otra. Este contenía la abundante cosecha de la tarde. Balanceando ambos cubos a sus costados, Emerahl entró en el túnel con paso decidido.

Al llegar a la caverna, vio a Mirar acostado en el suelo, contemplando el elevado techo. Destilaba melancolía. Volvió la cabeza hacia ella y se incorporó despacio.

—La cena —anunció ella cuando se colocó a su lado. Él no respondió. Emerahl dejó los cubos en el suelo y se fijó en la roca grande y lisa que había hecho rodar hacia el interior de la cueva dos días antes. Lo que había sido una depresión natural y poco profunda en la piedra ahora era una cavidad grande —. Gracias.

Él la miró, pero no dijo nada.

«Leiard debe de estar al mando», concluyó ella, no por la melancolía, pues Mirar también era propenso a caer en el desánimo, sino porque no le había lanzado ninguna pulla ni hecho ningún comentario cuando ella había aparecido. Mirar era con diferencia el más locuaz de sus dos acompañantes.

Ella vertió un poco de agua en la cavidad y comenzó a rasgar las hojas en tiras.

—No irás a cocer eso, ¿verdad?

Al alzar la vista, Emerahl se percató de que él observaba los hongos con recelo.

—No. —Sonrió ella—. Los pondré a desecar más tarde. Para mi nueva colección.

—¿Tu colección de...?

—Medicinas. Remedios. Distracciones.

—Ah. —Arqueó las cejas. Ella percibió cavilación y luego desaprobación. Supuso que esto último se debía a que había comprendido a qué se refería con «distracciones».

Hablar con Leiard era como recordarle constantemente a un anciano información que había olvidado. Sin duda había accedido a los recuerdos de Mirar sobre ella, incluso mientras ella respondía, y había averiguado que en ocasiones trabajaba como sanadora y que de vez en cuando había vendido brebajes ideados para la diversión de los nobles ricos. Leiard también podía ponerse un poco moralista.

No era fácil darle conversación. A menudo no respondía a las preguntas que ella solía hacer a quienes quería conocer mejor. Preguntas como: «¿Hace cuánto que eres tejedor de sueños?», «¿Dónde naciste?», «¿Quiénes eran tus padres?», «¿Tienes hermanos?».

La renuencia de Emerahl a creer que Leiard era una persona real también la frenaba. Seguramente él era una aberración, una personalidad que se había injertado de alguna manera en la de Mirar. Aunque este no era capaz de recordar cuándo o cómo había sucedido esto, ni si el injerto se había llevado a cabo con o sin su consentimiento, saltaba a la vista que no estaba contento con la situación. Ella temía que, si hablaba con Leiard, reforzaría su sentido de la identidad y por tanto este consolidaría su dominio sobre Mirar, pero, por otra parte, no creía que Leiard desapareciera si ella se limitaba a ignorarlo.

«Quizá, en vez de ignorarlo, debería hablarle de una manera que lo debilitara. Podría sembrar en su mente dudas sobre su identidad. Eso tal vez ayudaría a Mirar a recuperar el control por completo».

Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si Leiard era la persona de verdad y Mirar no era más que un vestigio de sus recuerdos de conexión, tal como creía el propio Leiard? ¿Había algún modo de demostrar quién era el auténtico dueño de ese cuerpo?

Interrumpió su labor y contempló el hueco lleno de agua en la piedra. Aunque el rostro de Mirar se reflejaba en la superficie, la expresión era de otra persona.

«Mirar es un indómito. Posee dones de los que carecen los hechiceros corrientes: la facultad de detener el envejecimiento de su cuerpo; la habilidad

de sanar a la perfección sin dejar cicatrices. Si aún es capaz de hacer estas cosas, sin duda se trata de Mirar».

Podía ponerlo a prueba. Tal vez bastaría con unos ejercicios para comprobar si era un indómito.

«A menos que Leiard también lo sea».

Negó con la cabeza. Aunque no era imposible, habría sido demasiada casualidad. ¿Qué probabilidades había de que hubiera nacido un nuevo indómito de aspecto idéntico al de Mirar?

A menos que... a menos que originalmente no se pareciera a Mirar, sino que, al haber asimilado tantos recuerdos de conexión que ya lo hacían dudar de su identidad, hubiera empezado a cambiar de apariencia de forma inconsciente. Según Mirar, su aspecto era considerablemente distinto dos años atrás.

Ella sintió un escalofrío al pensar que la personalidad de uno pudiese contaminarse hasta ese punto con la del otro...

Al mismo tiempo, sin embargo, la invadió un júbilo cargado de egoísmo. ¿De verdad le importaba que un desconocido perdiera la identidad, si eso le permitía volver a disfrutar de Mirar?

«Soy una mujer muy, muy mala», pensó.

Sacó los hongos del cubo y los dejó a un lado. En el fondo del recipiente había varias gamillas de agua dulce, agitando sus tentáculos débilmente. Ella invocó un poco de magia y calentó el agua en la cavidad de la roca. Cuando, unos instantes después, esta rompió a hervir, cogió las gamillas y las echó en el agua de dos en dos. Emitían un chillido agudo al morir, pero era una muerte más rápida que dejar que se asfixiaran fuera del agua.

Leiard retrocedió ligeramente y acto seguido se inclinó hacia Emerahl. Ella percibió una repentina mejora de su estado de ánimo y, cuando él alzó la vista y le sonrió, supo que Mirar había vuelto.

—Mmm. La cena tiene buena pinta. ¿Qué hay de postre?

—Nada.

Él hizo un puchero.

—Yo aquí sentado todo el día, doblando el espinazo para fabricarte un utensilio de cocina, ¿y tú ni siquiera me traes una fruta o un poco de miel?

—Podría conseguirte unas bayas de fuego. Dicen que son bastante dulces... en la boca.

Mirar torció el gesto.

—No, gracias. Prefiero permanecer felizmente ajeno a mis intestinos y sus funciones.

Ella extrajo las gamillas del agua y añadió las hojas trituradas. Se marchitaron al momento. Una vez que estuvieron lo bastante cocidas para su gusto, cogió dos platos de madera y repartió la cena. Tomó un pellizco de sal y nueces tostadas de unos tarros que tenía cerca y lo esparció todo sobre la verdura, con el fin de sazonar un poco un plato desabrido pero nutritivo.

Mirar aceptó el que ella le ofrecía y comió con su buen apetito habitual. Era un rasgo que compartía con Leiard. Ambos sabían apreciar la comida. Emerahl sonrió. Una persona que no disfrutaba con los buenos manjares era una persona incompleta.

—Cuéntame qué has hecho mientras yo estaba fuera —intervino Emerahl.

Él se encogió de hombros.

—Pensar. Hablar conmigo mismo. —Arrugó la nariz—. Discutir conmigo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha ganado?

—Yo, creo.

—¿Sobre qué discutías?

Mirar peló una gamilla y tiró la piel en un cubo.

—Sobre a quién pertenece este cuerpo.

—¿Y qué has concluido?

—Que me pertenece a mí. —Bajó la mirada—. Lo reconozco. Tú lo reconoces. Por tanto, debe de ser mío.

Ella le dedicó otra sonrisa.

—Hoy se me había ocurrido una manera de comprobarlo. Si tú podías demostrar que eras un indómito, sabrías que el cuerpo te pertenece.

Él soltó una risita.

—¿Y bien?

—¿Y si Leiard es un nuevo indómito infectado con tus recuerdos de

conexión, y tú has estado utilizando sus poderes para modificar su cuerpo de modo que se parezca al tuyo?

—¿«Infectado»? —Parecía ofendido—. No es una forma muy halagadora de expresarlo.

—No lo es —convino ella. Clavó los ojos en Mirar.

Él desvió la vista.

—Es posible. No lo sé. Ojalá lo recordara.

Ella sintió empatía por él al percibir su frustración. Entonces experimentó un destello de inspiración.

—La memoria. Quizá esa sea la clave. Debes recuperar los recuerdos perdidos para saber quién eres.

Esto pareció incomodar a Mirar.

—Si no soy más que una manifestación de unos recuerdos de conexión, no habrá nada que recuperar.

Ella se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Sí, pero si no lo eres, conservarás recuerdos que es imposible que Leiard guarde.

—¿Como cuáles?

Ella respiró hondo.

—El sueño de la torre. Sospecho que es un recuerdo de tu muerte.

—¿Un sueño de muerte que revela que estoy vivo? —Esbozó una sonrisa torcida—. ¿Cómo demostraría eso que este cuerpo es mío? Tal vez no sea más que otro recuerdo de conexión. Tal vez proyecté la experiencia a alguien que la transmitió a otros, que a su vez la transmitieron a Leiard.

—Pero ni Leiard ni tú recordáis haber tenido este sueño.

—Cierto —dijo con aire pensativo—. Y aun así crees que soy el origen.

Emerahl se sentó.

—Cuanto más me acercaba a ti, más intenso se volvía el sueño. Ahora estamos alejados de la gente, y no obstante continuó teniéndolo de forma vívida. Solo lo sueño cuando tú también estás dormido.

—¿Cómo puedo proyectar un sueño que no sé que estoy teniendo? —preguntó él, aunque por su tono ella supo que ya había deducido la respuesta. Después de todo, era un experto en la forma en que funcionaban los sueños.

—No siempre nos acordamos de nuestros sueños —señaló ella—. Y quizá este sea un sueño que no quieres recordar.

—Así que si me esforzara por recordar el sueño, tal vez me acordaría de otras cosas. Como la razón por la que hay otra persona en mi cabeza.

—Eso no debería resultarle complicado al fundador de los tejedores de sueños.

Él se rio entre dientes.

—Tengo una reputación que mantener.

—Así es. —Le sostuvo la mirada—. Una reputación que no ha decrecido en los últimos cien años. Si eres Mirar, los dioses no declararán precisamente un día festivo para darte la bienvenida. Es hora de que comience a enseñarte a ocultar tus pensamientos. ¿Empezamos?

Asintiendo con resignación, Mirar dejó a un lado su plato vacío.

Arlj, líder de los tejedores de sueños, sirvió dos copas de ahm. Se acercó con ellas a las sillas colocadas frente al fuego y entregó una a Niran. El anciano tejedor de sueños aceptó la bebida con gratitud y la despachó de un trago.

Arlj tomó un sorbo y observó a su viejo amigo con detenimiento. Tras oír la noticia, se había acercado a un asiento sin decir una palabra y se había dejado caer en él. Arlj ocupó la silla de enfrente y dejó la copa a un lado.

—¿Y bien? ¿Qué crees que debemos hacer?

Niran ocultó el rostro entre sus manos.

—¿Yo? No puedo tomar una decisión así.

—No, no puedes. Si mal no recuerdo, no eres el líder de los tejedores.

Él bajó las manos y la fulminó con la mirada.

—Entonces ¿por qué siempre sigues mis consejos?

Ella soltó una risita.

—Porque siempre son buenos.

—Querría aconsejar prudencia, pero una parte de mí desea aprovechar esta oportunidad antes de que resulte ser otro capricho de Auraya y ella encuentre otra cosa en la que entretenerse.

Arlj frunció el ceño. En ocasiones casi se arrepentía de haberle hablado a

Niran de los amoríos de Leiard con Auraya la Blanca. Había empañado la opinión que tenía de ella. Su desaprobación le recordaba a Arlij que no debía estar tan cautivada por aquella Blanca que se mostraba favorable a los tejedores de sueños. Cuando Niran había declarado que Auraya había ocasionado la perdición de Leiard, no estaba muy alejado de la realidad.

Sin embargo, ahora Arlij no tenía la menor idea del paradero de Leiard. Este había desaparecido después de la batalla, y ella no había conseguido comunicarse con él a través de conexiones en sueños. Se había visto obligada a hacerse cargo de la instrucción de Jayim, pero no era algo que lamentara. El muchacho se había revelado como un discípulo apto y encantador.

Al margen de si Auraya era o no la causa de la desaparición de Leiard, al parecer aún deseaba fomentar la paz y la tolerancia entre circulianos y tejedores de sueños. Su última oferta, la de fundar un hospital en Jarime en el que tejedores y sacerdotes sanadores trabajaran codo con codo, resultaba tan sorprendente como oportuna. Los circulianos habían presenciado la buena labor de los tejedores con los heridos en el campo de batalla. Los paganos reconocieron su valor frente a los sacerdotes sanadores. Tenía sentido que el mejor esfuerzo por la paz y la tolerancia estuviera orientado hacia la sanación.

—Pero ¿dónde está la trampa? —dijo Arlij en voz alta.

Niran la miró, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿La trampa?

—Sí. ¿Concluirán los tejedores de sueños que el estilo de vida de los circulianos es mejor y nos abandonarán para unirse a ellos?

El anciano rio entre dientes.

—¿O decidirán los circulianos que prefieren nuestro estilo de vida y tendremos demasiados discípulos que instruir?

Ella cogió su copa, bebió un sorbo y la dejó de nuevo donde estaba.

—¿Cuán estrecha será la colaboración entre nuestro pueblo y el suyo? Si de pronto se han convencido de que nuestros remedios y métodos de sanación valen la pena, ¿querrán adoptarlos?

—Probablemente. Pero nunca los habíamos guardado en secreto.

—Cierto. Y dudo que su interés y tolerancia se extiendan a nuestra

habilidad para leer la mente.

Niran arrugó la nariz.

—Sigue vigente una ley contra las conexiones en sueños en casi toda Ithania del Norte. Los tejedores deben intentar evitar cualquier forma de conexión mental con sus pacientes mientras haya circulianos observándolos. Dudo que los Blancos tengan la intención de incitarnos con engaños a cometer delitos para después encerrarnos, pero debemos obrar con prudencia en estas cuestiones.

—Estoy de acuerdo —convino ella. Volvió la mirada hacia él—. Me da la impresión de que me estás aconsejando que acepte la oferta.

Él la miró a los ojos por unos instantes antes de apartar la vista. Asintió despacio.

—Sí, pero... busca el consenso con los demás.

—Muy bien. Someteremos la propuesta a votación. Esta noche conectaré en sueños con los líderes que están en otras tierras. —Cogió su copa y se la tendió a Niran—. Necesitaré tener la mente despejada.

Él aceptó la copa, pero no bebió de ella. En cambio, contempló a Arlij con una expresión extraña.

—Me embarga la terrible sensación de que nos enfrentamos a un momento de enorme cambio. O desperdiciaremos una oportunidad de oro para demostrar nuestra valía al pueblo de Ithania del Norte, o nos volveremos superfluos.

Arlij sacudió la cabeza.

—Aunque los circulianos nos superen en conocimientos de sanación, aunque aprendan a sanar por medio de conexiones mentales y en sueños, jamás nos igualarán en todos los aspectos. Quienes buscan la verdad acudirán a nosotros siempre.

—Cierto. —Sonrió y alzó su copa—. Por los recuerdos de conexión.

El estado de ánimo de los Servidores no había mejorado al cabo de una semana. Reivan no podía evitar preguntarse varias veces al día si ella era el único objeto de su frialdad. Las conversaciones se interrumpían cuando ella se acercaba. Cada vez que dirigía una pregunta o petición a un Servidor, este la despachaba de forma rápida y desdeñosa. En ocasiones, cuando pasaba junto a dos Servidores en un corredor, uno de ellos se inclinaba hacia el otro y murmuraba algo.

Reivan intentaba convencerse de que sencillamente no estaba familiarizada con las costumbres de los Servidores. Los que vivían en el monasterio donde ella se había criado eran taciturnos y reservados, pero en los últimos años se había acostumbrado a gozar de compañías más estimulantes. Los Pensadores quizá no la habían respetado, pero ella siempre podía entablar con ellos una conversación, o por lo menos una discusión. Simplemente estaba habituada a convivir con personas más alegres y simpáticas.

La Servidora Devota Drevva y los otros Servidores que estaban evaluando sus conocimientos y aptitudes la trataban de manera justa, reconocían sus puntos fuertes y no cargaban las tintas sobre sus puntos débiles, ni siquiera sobre su evidente falta de dones mágicos. Los demás aspirantes a ingresar en el Santuario se dirigían a ella con la cordialidad que

muestran los jóvenes hacia quienes no son de la misma edad.

Los baños del Santuario compensaban con creces la estrechez de su habitación. Se exigía pulcritud a los Servidores de los Dioses, y se consideraba necesario que todo hombre y mujer dedicara una hora cada mañana a remojarse, restregarse y enjuagarse. Sintiéndose refrescada, Reivan se puso la ropa sencilla que le había proporcionado el Santuario y salió de la habitación. Al atravesar una puerta, oyó fragmentos de un diálogo que se desarrollaba en el interior de una sala con las paredes empapadas y repleta de vapor.

—... ordenar a la niña mimada de Imenja.

—¿Ha superado las pruebas? Creía que carecía de habilidades mágicas.

—He recibido la orden de la Voz Segunda. Tengo que aprobarla siempre y cuando ella pase las otras pruebas.

Reivan se quedó paralizada. «¿La niña mimada de Imenja?». Sin duda se referían a ella. Ninguna de las otras alumnas nuevas guardaba relación alguna con Imenja, que ella tuviera constancia.

—No lo entiendo —añadió la primera voz. Horrorizada, Reivan reconoció la de la Servidora Devota Drevva—. ¿Qué sentido tiene ordenarla Servidora si carece de dotes mágicas? ¿Por qué no la nombran consejera, simplemente?

A Reivan el estómago le dio un vuelco.

—He oído que es lo que pidió ella como recompensa.

—¿Cómo? ¡El cargo de Servidor no es algo que pueda regalarse como un caramelo a un niño bueno!

—Mmm —dijo una tercera voz—. Esto hace que me caiga aún peor. Si estuviera destinada a ser Servidora, habría nacido con más habilidades.

El sonido de unos pasos que se acercaban devolvió la atención de Reivan a su entorno inmediato. Consciente de que si alguien la sorprendía parada junto a la puerta sospecharía que estaba espiando, y puesto que no hacía falta que les diera a los Servidores más motivos para odiarla, prosiguió su camino.

Cuando regresó a su habitación, se sentó en el borde de la cama y suspiró.

«Así que mis sospechas no eran exageradas, después de todo. Es verdad que me tratan de manera distinta. Y todo porque carezco de habilidades

mágicas».

No era de extrañar, en realidad. Las habilidades mágicas eran lo que los distinguía de los demás, del mismo modo que los Pensadores debían su posición social a su inteligencia. Le pareció irónico descubrir que los Servidores se sentían tan inseguros respecto a su propia superioridad como los Pensadores.

«Ese es su punto débil —pensó—, aunque no es una flaqueza que pueda aprovechar fácilmente. No estoy aquí para vencer a los Servidores en algún tipo de desafío, sino para convertirme en uno de ellos».

Unas pisadas en el pasillo se detuvieron de pronto frente a su puerta, y ella vio que alguien deslizaba algo por debajo. Se levantó y se agachó para recogerlo.

Era un pequeño rollo de pergamino, ligeramente aplastado ya que lo habían metido por debajo de la puerta por la fuerza. Ella soltó una risita al advertir que iba dirigido a la «Servidora Reivan Cortajuncos». «Aún no soy una Servidora», pensó divertida.

Dio la vuelta al pergamino, y su diversión se evaporó en cuanto vio el sello de los Pensadores. Lo rompió, desplegó el documento y comenzó a leer.

Servidora Reivan Cortajuncos:

Se nos comunica que has ingresado en el Santuario con la intención de convertirte en Servidora. Puesto que eso requiere que consagres por completo tu tiempo, tus bienes y tu vida al servicio de los dioses, salta a la vista que no puedes satisfacer los requisitos que se exigen a un Pensador. Nadie puede obedecer a dos señores. Tu pertenencia a nuestro grupo queda revocada.

HITTE CABALGAARENAS,
Pensador Principal

Reivan se percató de que el corazón le latía a toda velocidad. Masculló una maldición. Si no superaba las pruebas para ordenarse Servidora, tendría que marcharse del Santuario sin un lugar adonde ir, con pocas pertenencias y

sin otro medio legal de ganarse la vida que realizar tareas de baja categoría. Su futuro —incluso su vida— dependía de unas pruebas que no tenía la menor posibilidad de superar.

«No —se dijo, respirando hondo para tranquilizarse—. Imenja ha cumplido su palabra. Le ha indicado a Drevva que pase por alto mi falta de habilidades mágicas. Solo me queda esperar que haya conseguido superar las otras pruebas».

Oyó unos golpes en su puerta. Deslizó la carta bajo el colchón y se volvió para abrir. La Servidora Devota Drevva se encontraba de pie en el pasillo, sujetando un fardo de ropa negra.

—Ponte esto y ve a mi habitación —le ordenó.

Tras cerrar la puerta, Reivan deshizo el fardo. Era una túnica de Servidor. El corazón se le desbocó de nuevo, y le temblaban las manos mientras se la ponía a toda prisa. ¿Le quedaba bien? Alisando la túnica se preguntó qué aspecto tenía con esa indumentaria. ¿Le confería el aire de autoridad que ella admiraba en otros Servidores?

La túnica no venía acompañada de un colgante de estrella, símbolo de la Servidumbre. Se lo entregarían cuando finalizara su noviciado.

«Me queda tanto por aprender... —pensó—. No me lo pondrán fácil, pero quizá sea mejor así. Convertirse en Servidora no tiene que ser fácil. Debo demostrar que soy digna de esto».

Enderezó la espalda. «Y lo demostraré, aunque solo sea para justificar la decisión de Imenja».

Aferrándose a esta actitud resuelta, salió de su habitación. Otros alumnos nuevos, también vestidos de negro, corrían de un lado a otro del pasillo y se detenían a llamar a las puertas de sus compañeros. Uno de ellos la vio y desplegó una sonrisa. Ella le devolvió el gesto.

Este caos dio paso rápidamente a una hilera de aprendices con túnica negra que se dirigía hacia la habitación de Drevva. La Servidora Devota aguardaba frente a su puerta. Tras observar a cada uno de ellos con detenimiento, asintió con la cabeza.

—Es la hora —dijo. Giró sobre los talones, los guio por el pasillo hacia el corredor principal y comenzó a ascender.

Mientras seguía al grupo, Reivan no pudo evitar pensar en lo que había oído decir a Drevva en los baños. Tenía la vaga sensación de haber sido traicionada. Hasta entonces, la mujer le había parecido la Servidora menos antipática que había conocido. Drevva había disimulado bien sus verdaderos sentimientos.

Avanzaban cuesta arriba a un ritmo constante. Aunque el Santuario Bajo era un laberinto de edificios, el corredor los atravesaba en línea recta. Finalmente, llegaron frente a las paredes enlucidas del Santuario Medio. Drevva los dejó formados en fila ante una puerta estrecha por la que desapareció.

De uno en uno, los aspirantes a novicios entraron en la habitación. Cuando Reivan se hallaba lo bastante cerca para echar una ojeada por la puerta, alcanzó a ver una sala espaciosa de paredes negras. El suelo estaba cubierto de baldosas del mismo color. Se le aceleró el pulso.

«¡Es el salón de las Estrellas!».

Estaba a punto de entrar en el lugar donde se celebraban las ceremonias más arcanas; el lugar donde las Voces entraban en comunión con los dioses. En el interior, vislumbró dekkanos de piel oscura de las selvas meridionales; hombres y mujeres pálidos de las razas del desierto de Avven; habitantes de Mur, de rostro ancho y cabello de color arena; y varias personas que seguramente eran mestizas. Todos llevaban una túnica negra. Todos serían testigos de su admisión como Servidora novicia. Al darse cuenta de que estaba mordiéndose las uñas —un viejo hábito que tenía desde la infancia—, Reivan se obligó a bajar las manos a sus costados.

El joven que iba delante de ella entró en la sala. Ahora que nada le tapaba la vista, pudo examinar la estancia con detenimiento. Tenía cinco paredes. Una cinta de plata incrustada en el suelo formaba una estrella cuyas puntas coincidían con los rincones de la sala. En el centro se alzaba una figura conocida. A Reivan se le alegró el corazón.

«Imenja».

La Voz tendió la mano hacia el joven, con la palma hacia arriba y los dedos separados, y pronunció las palabras rituales. El muchacho, nervioso, colocó su mano sobre la de la Voz. Reivan lo oyó murmurar algo, y luego la

respuesta de Imenja. Después la Voz realizó el signo de la estrella sobre su pecho, y el joven la imitó. Tras inclinar la cabeza, se alejó a toda prisa para reunirse con el pequeño grupo de Servidores novicios que se encontraban de pie a escasos metros.

Imenja levantó la mirada hacia Reivan, sonrió y le indicó con un gesto que se acercara.

Respirando hondo, la joven pasó al interior de la sala con lo que esperaba que fuera un porte elegante y digno. Se detuvo frente a la Voz. La sonrisa de Imenja se ensanchó.

—Pensadora Reivan —dijo—. Te debemos mucho, pero esa no es la razón por la que estás aquí hoy. Te encuentras frente a mí porque deseas servir a los dioses por encima de todo y porque has demostrado estar a la altura de dicha responsabilidad. —Extendió la mano—. ¿Juras servir y obedecer a los dioses por encima de todo?

Reivan apretó con suavidad su palma contra la de Imenja.

—Lo juro.

—Entonces, a partir de este momento, serás conocida como la Servidora novicia Reivan. Te damos la bienvenida entre nosotros.

Sus manos se separaron. Reivan era consciente de todos los sonidos, de cada pie que se arrastraba y de cada tos que contenían los Servidores presentes. Imenja trazó en el aire el signo de la estrella. La mano de Reivan efectuó el gesto simbólico como si tuviera vida propia. Ella inclinó la cabeza y se alejó. Notaba las piernas débiles y temblorosas mientras caminaba para unirse a los otros Servidores novicios.

—El día de hoy, ocho hombres y mujeres jóvenes han jurado consagrar su vida a los dioses —dijo Imenja con voz serena—. Acogedlos. Aleccionadlos. Ayudadles a realizar su potencial. Ellos son nuestro futuro.

Cuando abandonó el centro de la estrella, la estancia empezó a inundarse de sonidos. Los Servidores se apartaron de la pared, y sus sandalias se deslizaban y golpeteaban contra el suelo. Algunos se acercaron a los nuevos Servidores novicios, que al parecer los conocían. Los demás se juntaron en grupos para discutir, y las voces comenzaron a resonar entre las paredes. Reivan advirtió, descorazonada, que Imenja se dirigía hacia la puerta con aire

decidido y desaparecía.

No sabía qué hacer a continuación, y como nadie se aproximó para indicárselo, se quedó inmóvil, observando a las personas que la rodeaban. Nadie la miraba. Le sorprendió sentir una punzada de soledad.

Al ver que varios Servidores salían de la estancia, concluyó que seguramente podía escabullirse también. Se dirigió con disimulo hacia la salida, esperando que nadie considerara su marcha una descortesía.

—Servidora novicia Reivan.

Era una voz masculina que no le resultaba familiar. Al dar media vuelta, Reivan advirtió que un Servidor Devoto bastante apuesto se le acercaba. Era Nekaun, uno de los pocos cuyo nombre se le había quedado grabado a Reivan durante la guerra.

—Bienvenida al Santuario, Reivan —dijo—. Me llamo Nekaun.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias, Servidor Devoto Nekaun.

—Serás una buena Servidora.

No había el menor deje de burla en su voz. Reivan consiguió esbozar una sonrisa, aunque temió que pareciera más bien una mueca.

—Eso espero.

—Me imagino que tienes la sensación de que no encajas, ¿me equivoco? —preguntó él en tono desenfadado.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo.

—No te esfuerces demasiado por encajar —le aconsejó él—. Imenja no te eligió porque fueras igual que los demás.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no estaba segura de cuál sería la respuesta adecuada. Nekaun sonrió. El corazón le dio un vuelco a Reivan.

«Por todos los dioses, es aún más guapo visto de cerca», pensó. De pronto, se quedó sin habla, pero no tenía importancia, ya que él estaba paseando la vista por la sala.

—Todo este runrún... ¿Sabes de qué están hablando?

Ella negó con un gesto de forma automática, pero acto seguido sonrió al caer en la cuenta de que sí lo sabía.

—De quién será la nueva Voz Primera, ¿no?

Él asintió.

—Los rumores no han cesado desde que regresamos. Hace solo una semana de eso, y ya temo por mi cordura. —Sacudió la cabeza, aunque un brillo en su mirada contrastaba con su expresión atribulada.

—Supongo que durante las próximas semanas, todos os esforzaréis mucho por impresionarnos a los demás —comentó ella con descaro. Notó que se sonrojaba. «¿Estoy coqueteando con él?».

—¿Tan transparente soy? —Soltó una risita—. Bueno, sí, lo soy, pero no creo que te haya abordado solo para ganarme tu favor. Lo cierto es que te deseo lo mejor, y seguiré tus progresos con interés.

Ella notó que se relajaba un poco ante aquella muestra de franqueza, aunque no estaba muy segura de por qué.

—Menos mal. Como no soy más que una Servidora novicia, no tengo derecho a voto, y dudo que darme la bienvenida tan abiertamente te ayude a aumentar tu popularidad en el Santuario.

Se arrepintió de inmediato de haber dicho esto. «Niña boba. Si te empeñas en recalcar lo impopular que eres, acabará por darte la razón y no volverá a dirigirte la palabra».

Él se rio.

—Creo que subestimas tu posición en este lugar. O sobrestimas la influencia de la envidia sobre el voto. Imenja te apoya. Cuando a los Servidores se les pase el enfado, recordarán quién te trajo aquí. Entonces se te presentará toda una nueva serie de problemas que deberás afrontar.

Ella no pudo reprimir una carcajada amarga.

—Gracias por el consuelo.

Nekaun alzó los hombros.

—Es solo una advertencia de amigo. No es buen momento para ser displicente, Reivan. Si, tal como sospecho, Imenja pretende nombrarte su confidente y consejera, tendrás que aprender ciertas cosas sobre el Santuario además de leyes y teología. Tendrás que... —De pronto, desvió la vista hacia algo situado detrás de ella—. Ha sido un placer hablar contigo, Reivan. Espero que surja la oportunidad de volver a hacerlo.

—Yo también —murmuró ella. Él se alejó. Al echar un vistazo hacia atrás, Reivan advirtió que otro Servidor Devoto miraba a Nekaun con fijeza.

«Interesante. Me pregunto a qué ha venido eso. ¿Será una de las cosas que considera que debo aprender además de leyes y teología?».

Para su sorpresa, la insinuación de que existían conflictos internos en el Santuario había despertado su curiosidad. Contempló los rostros que la rodeaban con renovado interés. Le sería útil saber cómo se llamaban.

«Es hora de que lo averigüe».

Mirar se despertó con la sensación inequívoca de que era demasiado temprano para levantarse. Entonces oyó unos jadeos, y una gran inquietud espantó los últimos restos de sueño. Se incorporó, abrió los ojos y creó una luz pequeña.

Emerahl, apoyada en un codo y con la mano en el pecho, se esforzaba por respirar más despacio. Clavó los ojos en Mirar con expresión apenada y acusadora.

—¿El sueño? —preguntó él.

Ella asintió antes de incorporarse y bajar las piernas por un lado de su cama.

—¿Y tú?

Él sacudió la cabeza.

—Nada. ¿Estás segura de que soy yo quien lo proyecta?

—Nos hemos despertado a la vez —señaló ella.

—Seguramente porque tú me has despertado a mí.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No te tomas esto en serio.

Él tamborileó con los dedos sobre el armazón de su cama.

—Controlo con facilidad los sueños de los que soy consciente. Un sueño olvidado puede ser significativo en extremo o del todo insignificante. —Apoyó los brazos en las rodillas y la barbilla en los puños—. Si le ocurriera algo parecido a uno de mis pacientes, conectaría en sueños con él. Lo sumergiría en su inconsciente para animarlo a revelar lo que esconde y a

hacerle frente, lo que me resultaría aún más fácil si antes hubiera visto fragmentos de esas imágenes oníricas.

—¿Quieres que conecte contigo?

Miró a Emerahl. Había percibido un ligero deje de renuencia en su voz.

—Solo si la idea no te incomoda.

—Claro que no me incomoda —repuso ella, a la defensiva—. Me has salvado en bastantes ocasiones. Es hora de que te devuelva el favor.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Es verdad. ¿Recuerdas cómo se establece una conexión en sueños?

—Sí. —Frunció los labios—. Aunque he perdido un poco la práctica.

—Nos las arreglaremos —le aseguró él. Se acostó de nuevo—. Conectaré contigo en estado onírico. Una vez realizada la conexión, muéstrame un poco de lo que has estado soñando, pero no todo. Tus recuerdos sobre ello ocasionarán que mi mente empiece a recrear el sueño original. Si es verdad que es mío.

Cerró los párpados. La cama de Emerahl emitió un chirrido cuando ella se tendió. Pasó un rato dando vueltas. En cierto momento, masculló algo casi ininteligible acerca de que no era capaz de conciliar el sueño ahora que él necesitaba que lo hiciera, y su respiración se tornó más lenta y profunda. Mirar se sumió en un trance onírico.

El estado mental que intentaba alcanzar se hallaba a medio camino entre la libertad absoluta de los sueños y el control consciente. En dicho estado, él era como un niño que jugaba con un barco de juguete en un arroyo. El barco era su mente y se movía a merced de la corriente. Aunque la única manera de dirigirlo era dándole empujoncitos o agitando el agua, él podía cogerlo sin más si se alejaba en una dirección que no le interesaba.

«Emerahl», llamó. La respuesta que obtuvo fue un largo silencio, hasta que una mente adormecida entró en contacto con la suya.

«¿Mirar? Mmm, no cabe duda de que me falta práctica. ¿Te muestro el sueño?», preguntó.

«Tómate tu tiempo —le indicó él—. No hay prisa».

En vez de tranquilizarla, estas palabras causaron en ella una mezcla de ansiedad y nerviosismo. Pensamientos e imágenes fugaces escaparon de su

mente, traspasando sus defensas. Él vio una escena desconocida en cuanto a los detalles, pero familiar en cuanto al contexto. Una sala suntuosa. Mujeres hermosas. Hombres no muy apuestos con finos ropajes que examinaban a las mujeres.

Al mismo tiempo, Mirar percibió el deseo de Emerahl de ocultarle algo, por temor a decepcionarlo. Él, que había visto lo suficiente para comprender de qué se trataba, sintió una ira repentina. Ella había vuelto a las andadas. Había vendido su cuerpo a otros hombres. ¿Por qué se hacía eso a sí misma?

Entonces otra presencia conocida se agitó en el fondo de su mente.

«¿Es una ramera?». La sorpresa de Leiard ante esta pregunta estaba teñida de desaprobación.

«Lo ha sido de forma ocasional —contestó Mirar en tono defensivo—. Siempre por necesidad».

«Y tú... ¿la habías rescatado de esa vida antes?».

«Sí».

Mirar se percató de que había desconectado de la mente de Emerahl. Había salido del estado de trance onírico y estaba plenamente despierto. Oyó un suspiro procedente de la otra cama, seguido de un chirrido del armazón.

—¿Mirar? —murmuró Emerahl.

Respirando hondo, él se incorporó y generó una luz. Ella estaba sentada en el borde de la cama, con los hombros caídos. Alzó los ojos y, cuando sus miradas se encontraron, desvió la vista.

—Lo has hecho de nuevo —dijo él.

—No tenía alternativa. —Exhaló un suspiro—. Unos sacerdotes me andaban buscando.

—¿Y por eso te convertiste en prostituta? Habiendo tantas posibilidades, ¿por qué elegiste la más degradante? —Sacudió la cabeza—. Dada tu facultad de rejuvenecer o envejecer a voluntad, ¿tenías que recurrir a eso? ¿Por qué no te convertiste en una vieja bruja? Nadie se habría fijado en ti. Seguro que es más fácil ocultarse siendo una anciana que una hermosa...

—Estaban buscando a una vieja bruja —le informó ella—. A una anciana sanadora. No podía vender remedios. De alguna manera tenía que ganar dinero.

—Entonces ¿por qué no te convertiste en una niña? Nadie habría sospechado que una niña era una hechicera, y la gente se habría sentido impulsada a ayudarte.

Ella extendió las manos a sus costados.

—La transformación me debilita. Lo sabes. Si hubiera rejuvenecido tanto, me habría quedado sin fuerzas para valerme por mí misma. La ciudad estaba llena de niños desesperados. Necesitaba adoptar la apariencia de alguien en quien los sacerdotes no fueran a fijarse demasiado. Alguien cuya mente no intentaran leer.

—¿Leer? —Mirar arrugó el entrecejo—. Los sacerdotes no saben leer mentes. Solo los Blancos pueden.

Ella alzó la vista hacia él y sacudió la cabeza.

—Te equivocas. Algunos pueden. Uno de los niños de los que me hice amiga oyó por casualidad una conversación sobre el sacerdote que me perseguía. Dijeron que sabía leer mentes y que buscaba a una mujer que tenía la mente protegida. El crío no mentía.

Mirar notó que su ira se mitigaba. Si los dioses podían conferir ese don a los Blancos, ¿por qué no también a un sacerdote que iba a la caza de una hechicera? Suspiró. Eso no hacía que los actos de Emerahl resultaran menos irritantes.

—Así que te volviste joven y bella. Una forma estupenda de no llamar la atención.

Advirtió que las pupilas de ella se dilataban de rabia.

—¿Insinúas que lo hice por vanidad? ¿O es que crees que soy codiciosa, que estaba ansiosa por conseguir vestidos finos y oro?

Mirar clavó los ojos en ella.

—No —dijo—. Creo que habrías podido evitar esa vida si así lo hubieras querido de verdad. ¿Probaste siquiera alguna otra salida?

Ella no respondió. Su expresión le dijo que no la había probado.

—No —dijo él—. Es como si ese estilo de vida te atrajera, pese a que sabes que te perjudica. Me preocupo por ti, Emerahl. Me preocupa que sientas la necesidad malsana de hacerte daño. Es como si... como si te castigaras por... por odio hacia ti misma, tal vez.

Ella entornó los párpados.

—¿Cómo te atreves? Me dices que es perjudicial y no apruebas que haya recurrido de nuevo a ello, cuando tú nunca has tenido reparo en contratar los servicios de rameras. Una vez te oí jactarte de ser un cliente tan asiduo de un prostíbulo de Aime que una de cada tres noches te salía gratis.

Mirar enderezó la espalda.

—No soy como los otros clientes habituales —aseveró—. Yo soy... considerado.

—¿Y eso supone alguna diferencia?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—Otros hombres no son tan atentos. En ocasiones se portan de un modo... brutal.

—Y yo puedo defenderme sola.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

Él abrió los brazos en un gesto de exasperación.

—Eres mi amiga. No quiero que seas desgraciada.

—No me parece una existencia tan desdichada como tú crees —afirmó ella—. No es la profesión más agradable para una mujer (aunque algunas descubren que es muy adecuada para ellas), pero tampoco es la peor. ¿Preferirías que estuviera en el arroyo pidiendo limosna, o que trabajara todo el día en una cloaca o un vertedero a cambio de un mendrugo?

—Sí —contestó él encogiéndose de hombros.

Ella se inclinó hacia delante.

—Me pregunto qué opina Leiard. —Escrutó sus ojos—. ¿Tú qué crees, Leiard?

Él no tuvo tiempo de protestar. Al dirigirse a Leiard, Emerahl había liberado la otra mente. Mirar cayó en la cuenta de que había perdido el control sobre su cuerpo y no podía hacer otra cosa que observar.

—Creo que Mirar es un hipócrita —dijo Leiard con serenidad.

Emerahl sonrió con satisfacción.

—¿De veras?

—Sí. Se ha contradicho muchas veces. Hace meses me aseguró que no quería existir, pero ahora da toda la impresión de que sí quiere.

Ella lo miró con fijeza.

—¿Eso dijo?

—Sí. Tú crees que él es la persona real y yo no, así que ahora él piensa lo mismo.

La mirada de Emerahl se tornó vacilante.

—Estoy dispuesta a aceptar que lo contrario es posible, Leiard, pero debes demostrarlo.

—¿Y si no puedo? ¿Me sacrificarás para conservar a tu amigo?

Ella tardó largo rato en responder.

—¿Preferirías que esa fuera la realidad?

Leiard bajó la vista al suelo.

—Una parte de mí sí, pero otra no. —Sonrió fugazmente ante el chiste no deliberado—. Tal vez sería beneficioso para los demás que yo dejara de existir, pero he descubierto que no me cae bien el líder anterior de mi pueblo. No estoy seguro de que lo más prudente sea mortificar de nuevo al mundo con su existencia.

Ella arqueó las cejas y sorprendió tanto a Mirar como a Leiard con un arrebato de risa.

—¡Por lo visto no soy la única persona que se odia a sí misma aquí! ¿Estás proyectando tus demonios sobre mí, Mirar?

Mirar soltó un jadeo de alivio al recuperar el control. Emerahl le lanzó una mirada de extrañeza.

—¿Has vuelto?

—En efecto.

—Basta con pronunciar vuestros nombres, con dirigirme a uno u otro. Interesante. —Levantó la mirada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Él hizo un gesto de indiferencia.

—No te dirigías a Leiard a menudo. Por eso yo llevaba las riendas casi siempre.

—¿Cómo se supone que voy a ayudarte si no me lo cuentas todo?

—Prefiero ser yo quien lleve las riendas.

Emerahl achicó los ojos.

—¿Hasta tal punto que estarías dispuesto a destruir la mente de otra persona?

Mirar no respondió. Esa noche ya le había dado suficientes motivos para desconfiar de él. Emerahl no creería su respuesta, y él mismo no estaba muy seguro de creerla tampoco.

—Me voy a dormir otra vez —anunció ella—. Y no quiero interrupciones.

Se acostó y se volvió de costado. Su espalda parecía reprender a Mirar.

—Emerahl.

Ella no contestó.

—Los sacerdotes no saben leer la mente. Pueden comunicarse a través de sus anillos, pero eso es todo. Es posible que te toparas con un sacerdote singularmente dotado, o que los dioses le otorgaran esa habilidad, pero en cuanto te alejaste de él no había razón para que...

—Duérmete, Mirar.

Él se encogió de hombros, se tendió y esperó que por la mañana ella lo hubiera perdonado.

Cuando el platén redujo la velocidad de nuevo, Danyin exhaló un largo suspiro.

—Y pensar que antes me gustaba el Festival de Estío —farfulló—. ¿Cómo pueden soportar esto los sacerdotes?

Auraya soltó una risita.

—Contamos con que llegar a los sitios nos llevará el cuádruple de tiempo de lo que tardamos normalmente. ¿No te habías topado antes con las multitudes que participan en los festejos?

—A pie —dijo él—. Los juerguistas no bloquean las calles de mi barrio..., ni rodean todos los platenes del templo que circulan por allí hasta cortarles el paso.

Ella sonrió.

—Mal podemos quejarnos de ello cuando su intención es hacer donativos.

El tintineo de una moneda en la caja de donativos del platén subrayó sus palabras.

Danyin suspiró otra vez.

—No me quejo de eso. Solo desearía que dejaran sus donativos en el templo, como todo el mundo, en vez de retener nuestros platenes.

—¿Pretendes que hagan sus contribuciones en el templo como los ricos y poderosos? —preguntó ella—. ¿Que los borrachos pobres se codeen con los

borrachos pudientes?

Danyin arrugó la nariz.

—Supongo que no podríamos permitirlo. —Hizo una pausa y se le iluminó la mirada—. Debería haber un día para los donantes acaudalados y otro para los demás.

Ella sacudió la cabeza.

—Si lo hubiera, se formarían tales aglomeraciones en el templo que no podrías salir del recinto. Cuando la gente empezó a abordar nuestros vehículos hace años fue porque el templo estaba abarrotado. Ahora sería aún peor. —Se encogió de hombros—. A los festejantes borrachos siempre los ha asaltado el impulso de darnos dinero o regalos de forma espontánea. No es fácil desalentarlos, y por lo general intentarlo se traduce en un retraso aún mayor. Por eso encargamos que instalaran cajas de donativos en el exterior de nuestros platenes. Es la mejor solución.

—Pero ¿qué haríamos si tuviéramos urgencia por llegar a algún lugar?

—Yo bajaría la capota y les pediría que nos dejaran la vía libre.

—¿Y obedecerían? La mitad de ellos están borrachos y eufóricos.

Ella se rio.

—Sí, lo están. Es una celebración, al fin y al cabo. —Tiró de la cortina hacia un lado y echó un vistazo hacia fuera—. Conforta ver a tantas personas contentas. Nos recuerda que no todo el mundo murió en la guerra, y que la gente puede recuperar la alegría.

Danyin se hundió en su asiento.

—Sí, supongo que tenéis razón. No lo había visto desde ese ángulo. Me temo que soy demasiado impaciente.

De pronto, el platen aceleró. Dobló una esquina, y el sonido de las monedas al caer dentro de la caja cesó. Danyin levantó la cortina de su lado del vehículo.

—Por fin —murmuró—. Hemos llegado a la civilización.

Las mansiones de los adinerados flanqueaban la vía del Templo, la única que la guardia de la ciudad mantenía libre de jueguistas. En cambio, estaba ocupada por una larga fila de platenes profusamente adornados. Los ricos desdeñaban las cajas de donativos, pues preferían hacer visitas personales al

templo con gran ostentación.

—Ahí está la familia Diezmero —dijo Danyin con un deje de preocupación—. ¡Fijaos en el tamaño de esos arcones! ¡No pueden permitirse donar tanto!

Auraya miró por encima del hombro de Danyin. Extendió sus sentidos para leer las mentes de la pareja de ancianos que viajaban en el platén de los Diezmero.

—El primer cofre está lleno de vasijas de cerámica, el segundo contiene mantas y el tercero, aceite —informó a Danyin—. Pa-Tither lleva una cantidad modesta de oro.

—Ah. —Danyin suspiró aliviado—. Así que todo es pura fachada. Espero que los dioses no se molesten.

A Auraya se le escapó una carcajada.

—¡Por supuesto que no! Nunca han exigido dinero a sus adoradores. La gente concibió la idea por sí sola. Les hemos advertido que sacrificar sus bienes a los dioses no garantiza que estos los acojan a su lado después de la muerte, pero aun así lo hacen.

—Por si acaso. —Danyin rio entre dientes—. Pero el templo tendría dificultades si no lo hicieran. ¿De qué otra manera podrían proporcionar alimento, vestido y alojamiento a los sacerdotes, y realizar obras benéficas?

—Ya se nos ocurriría una solución. —Auraya hizo un gesto de indiferencia—. La tradición tiene otras ventajas. Uno de los campesinos de mi aldea entrega gran parte de lo que gana al templo local en verano, y luego, en invierno, pide que se lo devuelvan casi todo cuando lo necesita. Dice que, si no lo hiciera así, se lo gastaría todo enseguida, y que dejarlo al cuidado de los sacerdotes es su mejor protección contra los robos.

—Porque los sacerdotes suelen estar más dotados que el resto de la gente —señaló Danyin.

Auraya advirtió que se le veía más relajado que antes. Habían estado en el hospital, en una de las zonas más pobres de la ciudad. Como miembro de la clase alta local, tenía buenos motivos para sentirse incómodo allí. Tal como iba vestido, si hubiera estado solo, seguramente lo habrían atracado.

En aquella época del año, tenía incluso más motivos para ser prudente. El

Festival de Estío también era conocido como el Festival de los Maleantes. Ladrones, atracadores y carteristas se aprovechaban de los fieles siempre que podían, bien abordándolos cuando se dirigían a hacer un donativo, bien colándose en las casas en busca del dinero ahorrado para las festividades.

El año anterior, un ladrón joven y astuto había hecho una fortuna sujetándose a la parte inferior de los platenes del templo para practicar un agujero en el fondo de las cajas de donativos y llevarse las monedas. Sus primeros éxitos lo habían llevado a confiarse demasiado y, el último día del festival, después de que se propagaran las historias sobre los robos, unos fieles enfurecidos lo habían capturado y matado a palos.

—Ya no debemos de estar muy lejos —masculló Danyin, echando otra ojeada al exterior.

Auraya cerró los ojos y exploró los pensamientos de quienes los rodeaban. En la mente del cochero leyó que se hallaban cerca de la entrada del templo, y luego captó un atisbo de ira en un vehículo que avanzaba más adelante. Al concentrarse en él, descubrió que su ocupante era Terena Especiero, matriarca de una de las familias más acaudaladas e influyentes de la ciudad. A Auraya le divirtió e inquietó ligeramente advertir que la ira de la mujer iba dirigida contra ella.

Llena de curiosidad, observó el flujo de sus cavilaciones. Apenas prestó atención a Danyin cuando este le comunicó que habían pasado bajo el arco y entrado en el templo. Su concentración solo se rompió cuando el platén se detuvo. Se apearon. La explanada situada frente a la torre estaba atestada de platenes. Terena Especiero no había bajado aún de su vehículo. Tras indicarle a Danyin que la siguiera, Auraya se encaminó hacia la torre con andar decidido.

La enorme estancia del interior estaba repleta de sacerdotes y de las familias adineradas habituales, que charlaban y cotilleaban entre sí una vez realizados sus donativos. Como de costumbre, la entrada de una Blanca ocasionó un estremecimiento de emoción en la multitud. Auraya no aminoró la marcha ni apartó la vista de la sala donde se recogían los donativos. A pesar de ello, un hombre se le acercó con la intención de atajarla. Para alivio de Auraya, una sacerdotisa se interpuso en su camino para impedirselo.

Danyin la seguía, lleno de dudas que no expresaba en voz alta. Ella se planteó la posibilidad de detenerse a explicárselo, pero disponía de muy poco tiempo. Cuando se encontraba cerca de su destino, examinó con rapidez la mente de quienes estaban en la sala de donativos. Una familia acababa de hacer su contribución y se disponía a marcharse. Auraya abrió la puerta y pasó al interior.

Todos los presentes enmudecieron de sorpresa al verla. Un sacerdote superior y cuatro de menor rango estaban sentados frente a una mesa larga y robusta. La familia se hallaba justo delante de la puerta. Auraya les dedicó a todos una sonrisa y una inclinación de la cabeza.

—Por favor, continuad.

—Pa-Cristalero estaba a punto de irse, Auraya la Blanca —dijo el sacerdote superior en tono suave, efectuando el signo del círculo—, después de realizar un donativo de lo más generoso.

—En efecto —confirmó el hombre mayor de la familia con dignidad. Tras hacer la señal formal del círculo con ambas manos, salió, seguido por su esposa y sus hijos. Cuando la puerta se cerró, los sacerdotes se volvieron para contemplar a Auraya.

—He venido a observar a un visitante —les informó, colocándose a un lado.

El sacerdote superior asintió. Dos de los sacerdotes menores se pusieron de pie, levantaron con magia los arcones que había dejado la familia y los desplazaron en el aire hasta que atravesaron una puerta al fondo de la sala. Auraya miró a Danyin. Él no podía quedarse donde estaba. Se suponía que los donativos debían guardarse en secreto.

—Será mejor que esperes allí —le dijo, señalando con la barbilla la puerta por la que habían desaparecido los arcones—. Quiero que escuches si puedes.

Él hizo un gesto afirmativo y cruzó la habitación hacia la puerta, que se cerró con firmeza detrás de él. Por sus pensamientos, Auraya supo que había pegado la oreja al resquicio de la puerta.

Tres visitantes más llegaron y se marcharon antes de que entrara Terena Especiero. La mujer tenía el rostro tenso de desaprobación. Avanzó con

grandes zancadas y dejó caer un cofre pequeño sobre la mesa con un golpe sordo. A continuación, alzó el mentón, paseó la vista por las caras de los sacerdotes con aire imperioso y abrió la boca para recitar el discurso que había preparado.

Cuando posó los ojos en Auraya, la altivez en su expresión cedió el lugar al espanto.

Auraya sonrió y bajó la cabeza cortésmente. La mujer tragó en seco, apartó la mirada y retrocedió un paso desde la mesa. El sacerdote superior se inclinó hacia delante y abrió el cofre. Aunque su semblante no cambió, los otros sacerdotes arquearon las cejas. Dentro había una moneda de oro.

Terena se quedó aturullada. Era evidente que ya no podría soltar el discurso que había previsto. La presencia de Auraya le había recordado que si protestaba contra la obra de un Blanco, quizá estaría protestando contra la voluntad de los dioses. Tras una breve lucha interior, los motivos para permanecer callada prevalecieron por un estrecho margen sobre los motivos para manifestar su opinión.

Auraya observó a los sacerdotes mientras pronunciaban sus palabras de agradecimiento habituales. Terena respondía entre dientes. Una vez finalizado el ritual, dio media vuelta para marcharse.

«No tan deprisa», pensó Auraya.

—Ma-Especiero —dijo con voz suave y preocupada—. He percibido el estado de agitación en que has llegado. También he notado que tenías la intención de hablar sobre tu agitación con los sacerdotes aquí presentes. Por favor, no dudes en exponernos la causa de tu intranquilidad. No quisiera que nos guardaras rencor.

Terena se sonrojó y se volvió hacia ellos de mala gana. Sus ojos pasaron de un sacerdote a otro hasta clavarse en Auraya. Mientras la mujer se armaba de valor y se llenaba de rabia, Auraya sintió hacia ella una admiración matizada de ironía.

—Es verdad que tenía la intención de decir lo que pienso —aseguró Terena—. He reducido mi donativo este año como protesta por ese centro para tejedores de sueños que estáis construyendo. Nuestros hijos no deben relacionarse con esos... esos sucios paganos.

Cuando los sacerdotes fijaron la vista en Auraya con expectación, ella se rio para sus adentros por su actitud ansiosa. Aquello debía de ser lo más emocionante que les había sucedido en días.

Ella avanzó hasta detenerse a unos pasos de la mujer.

—Dejadnos solas —indicó a los sacerdotes, que se pusieron de pie y se dirigieron en fila hacia el almacén de donativos, unidos por la desilusión. En cuanto se marcharon, Terena dejó de disimular su aprensión. No se atrevía a mirar a Auraya a la cara. Le temblaban las manos.

—Entiendo tu preocupación, Terena Especiero —aseveró Auraya en tono tranquilizador—. Hemos animado durante mucho tiempo a los circulianos a evitar el contacto con los tejedores de sueños. Esto fue necesario en el pasado para disminuir su influencia. Ahora muy pocos elegirían llevar esa vida, y los tejedores no representan peligro alguno para los circulianos leales a los dioses.

»Quienes eligen llevar esa vida suelen ser jóvenes desencantados y rebeldes. Ahora, si esas personas tienen alguna tentación de convertirse en tejedores de sueños, vendrán al hospital a verlos. Cuando lo hagan verán sacerdotes también. Descubrirán que nuestros sanadores son tan hábiles y poderosos como los tejedores, o incluso más. Si les brindamos la posibilidad de comparar, comprenderán que una opción de vida conduce a la salvación de su alma y la otra no.

Ahora la mujer contemplaba a Auraya con fijeza, convencida a su pesar por el razonamiento de la Blanca.

—¿Y qué pasará con quienes aun así quieran vivir como tejedores?

—¿Después de ver todo eso? —Auraya sacudió la cabeza con expresión triste—. Entonces son personas que decidirían vivir así de todos modos. De esta manera, seguiremos intentando persuadirles para que vuelvan. Los incitaremos a ello de forma serena pero perseverante, sin darles motivos para odiarnos o para oponer resistencia. En cambio, si aspiraran a adoptar el estilo de vida de los pentadrianos... —Dejó la frase en el aire. Algunas personas necesitaban odiar a otras. Más valía dirigir su animosidad contra los pentadrianos que contra los tejedores de sueños.

Ma-Especiero bajó la mirada y asintió.

—Me parece una medida prudente.

Auraya se llevó un dedo a los labios.

—Tan prudente como que no hables de esto con nadie, Ma-Especiero.

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo. Gracias por... aliviar mi inquietud. Espero... espero no haberos ofendido.

—En absoluto. —Auraya sonrió—. Tal vez ahora puedas disfrutar de la fiesta que se celebra ahí fuera.

La comisura de los labios de Terena se curvó en una media sonrisa.

—Creo que lo haré. Gracias, Auraya la Blanca.

Tras realizar la señal formal del círculo, se encaminó hacia la puerta, otra vez con los hombros erguidos de orgullo. Auraya la Blanca le había hecho una confidencia a Terena Especiero. Por otro lado, ¿por qué no iba a hacerlo?

Auraya soltó una risita cuando la puerta se cerró detrás de la mujer. No le cabía la menor duda de que Terena Especiero correría a contarles lo que acababa de oír a sus amigos más íntimos y de confianza. Al cabo de pocos días, la información se habría extendido por toda la ciudad.

Se acercó a la puerta lateral y llamó con unos golpecitos. Danyin salió, con expresión neutra. Al leerle la mente, ella comprobó que había oído casi todo lo que allí se había dicho.

Entonces reaparecieron los sacerdotes, un poco ofendidos porque a Danyin se le había permitido que escuchara la conversación a escondidas, pero confiando en que Auraya tuviera sus motivos para pedírselo. Auraya les dio las gracias y salió de la sala.

—¿Estáis segura de que queréis que la gente lo sepa? —murmuró Danyin mientras se abrían paso entre la multitud hacia el muro circular en el centro de la estancia.

—Los circulianos de a pie no verán con buenos ojos el hospital a menos que crean que supone una ventaja para nosotros —respondió ella en voz baja—. Aquello tan manido de la paz y la tolerancia no es un argumento lo bastante convincente. Tampoco lo es la suposición de que los dioses aprobarán cualquier cosa que yo haga.

—¿Y si ellos se enteran?

—¿Los tejedores de sueños? —Auraya esbozó una sonrisa sombría—. Ya han aceptado mi propuesta. Votaron a favor de ella, y no se tomarán el trabajo de organizar otra votación por un simple rumor. Espero que sean lo bastante inteligentes para comprender que mi mentira sobre nuestra habilidad como sanadores evidencia que es imposible que alberguemos esas intenciones. Si nuestro objetivo fuera demostrar que somos mejores que ellos, y no iguales, no abriríamos este hospital.

—A menos que vuestros sanadores llegaran a estar tan cualificados como ellos. ¿De verdad creéis que no percibirán ese peligro ni adivinarán vuestros auténticos planes?

Auraya frunció el ceño.

—Se sentirán a salvo mientras no intentemos aprender sus habilidades mentales. Cuando lo consigamos, en años venideros, el éxito de la iniciativa habrá reforzado tanto su sensación de seguridad que habrán olvidado el peligro.

Danyin arqueó las cejas.

—Espero que tengáis razón.

—Yo también.

Llegaron frente al muro que se alzaba en el centro de la sala. Esta pared circundaba una tarima con un agujero en el suelo por el que colgaban unas cadenas largas. A un lado, una escalera de caracol conducía hacia arriba, pero Auraya no se fijó en ella. Hizo un gesto con la cabeza al sacerdote que se encontraba al pie de los escalones, y este efectuó la señal del círculo.

Acto seguido, las cadenas comenzaron a moverse. Un amplio disco de metal descendió por el hueco de la escalera. Cuando llegó por debajo del nivel del techo, una gran jaula de hierro apareció poco a poco. La gruesa cadena que la sujetaba pendía desde lo alto de la torre. Cuando la jaula se detuvo, el sacerdote se acercó y abrió la puerta para que entraran Auraya y Danyin.

—¿Has tenido sueños relacionados con el hospital? —le preguntó Auraya al consejero mientras la jaula iniciaba su ascenso.

—¿Sueños? ¿Creéis... creéis que podrían averiguar vuestras intenciones a través de mis sueños? —Parecía horrorizado—. ¡Eso implicaría infringir la

ley!

—Lo sé. ¿Has soñado con ello?

Danyin negó con la cabeza.

—Tendré que plantearme la posibilidad de que lo intenten. Después de todo, yo correría ese riesgo si estuviera en su lugar —dijo ella—. He hablado del tema con Juran. Le he propuesto que cuando fabriquemos un anillo de conexión para sustituir los que se llevaron los pentadrianos, incluyamos entre sus propiedades un escudo que proteja los pensamientos del portador; un escudo que no bloquee mi mente, por supuesto, pues de lo contrario el anillo perdería su razón de ser.

—¿De modo que pretendéis que yo lleve ese anillo? —inquirió Danyin, incapaz de disimular su incomodidad.

Auraya contuvo una sonrisa. Desde que habían vuelto de la guerra, Danyin gozaba de una intimidad renovada con su esposa. Él no era consciente de la frecuencia con que se abismaba en ensoñaciones, y ella no tenía el valor para señalarle que un anillo de conexión no revelaría más de lo que ella ya había leído en su mente.

—Sí, el anillo es para ti —contestó Auraya—, aunque quizá necesite que se lo dejes a otras personas de vez en cuando. —La jaula redujo la velocidad hasta detenerse. Ella abrió la puerta y ambos salieron—. No te preocupes, Danyin. —Le guiñó un ojo—. Respetaré tu privacidad.

Ruborizado, él se apresuró a desviar la vista. Con una sonrisa, Auraya cruzó el pasillo hacia la puerta de sus aposentos.

Emerahl se concentró en la mente de Mirar. Al principio, no detectó nada, pero luego sus sentidos captaron una sensación de impaciencia e incertidumbre.

—Te percibo —dijo—. Has dejado caer tu escudo por puro aburrimiento. Él exhaló un suspiro, con cara de exasperación.

—¿Cuánto tiempo estaremos con esto? Empiezo a tener hambre.

—El escudo no puede ser temporal. Tienes que aprender a mantenerlo activado en todo momento, de forma inconsciente. Inténtalo otra vez.

Mirar soltó un gruñido.

—¿No podríamos comer algo antes?

—No hasta que me resulte del todo imposible detectar tus emociones. Hazlo de nuevo.

Emerahl captó frustración, seguida de obstinación, y de pronto sucedió algo extraño. Por un momento, las emociones de Mirar se desvanecieron por completo, y luego ella percibió desconcierto. Estaba recostado en la cama y de pronto se incorporó con la espalda muy recta.

«Mirar nunca se sienta de forma tan... tan simétrica —pensó ella—. Suele tumbarse repantigado». Al examinar sus ojos, vio en ellos recelo y resignación.

—¿Leiard? ¿Eres tú?

—Lo soy —respondió él en tono ecuánime y reflexivo.

—¿Cómo es posible?

Leiard se encogió de hombros.

—Creo que él no quería estar presente.

—¿Ha huido? —Las ganas de reír se apoderaron de ella hasta que se le escapó una carcajada—. Mirar ha huido de mis clases. ¡Ja! Menudo cobarde.

Las comisuras de los labios de Leiard se curvaron ligeramente hacia arriba. Era lo más parecido a una sonrisa que ella le había visto esbozar. Se puso seria y lo contempló, pensativa.

—No quiero que pienses que no disfruto con tu compañía, Leiard, pero no puedo permitir que Mirar escurra el bulto de esta manera cada vez que mis clases le parezcan difíciles. Tendremos que asegurarnos de que no vuelva a hacerlo.

Leiard arqueó las cejas.

—¿Cómo esperas convencerlo?

—Pidiéndote que me hables de él, que me cuentes cosas que no quiere que yo sepa. ¿Qué atroces actos ha estado cometiendo?

Cuando la expresión de Leiard se ensombreció, un estremecimiento de interés la recorrió. Era evidente que había mucho que contar.

—Hablarle de ello implicaría confesarte mis propias... locuras.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Locuras, tú? No pareces el tipo de persona que se deja llevar por la insensatez.

—Ah, pues lo he hecho, y a él le gustará oírme hablar de ello, con lo que difícilmente conseguirás tu objetivo.

Ella se inclinó hacia delante, llena de curiosidad.

—Ya nos ocuparemos de eso después. —Recordó la conversación que había oído por casualidad justo antes de que llegaran a la cueva—. ¿Fue por una mujer?

Leiard dio un respingo y la fulminó con la mirada.

—Te lo ha dicho.

—No. Soy mujer, ¿recuerdas? Intuimos estas cosas. Nada hace enloquecer tanto a un hombre como el amor. Tal vez... —Dejó a un lado la actitud frívola—. Tal vez encontrarías oídos más comprensivos en una mujer. Dudo mucho que Mirar escuchara tu relato con la atención debida.

Leiard soltó un resoplido suave.

—No le pareció nada bien.

¿A Mirar no le había parecido bien una mujer? Interesante.

—¿Cómo se llama esa mujer, pues?

El tejedor de sueños alzó la vista hacia ella. Emerahl jamás había visto aquella expresión atormentada en el rostro de Mirar, que le confería el aspecto de un desconocido. Él la observó durante largo rato antes de hablar de nuevo.

—Júrame que nunca se lo contarás a nadie.

—Lo juro —afirmó ella con solemnidad.

Él se miró las manos. Emerahl notó que se ponía cada vez más tensa mientras aguardaba a que él continuara.

«¡Suéltalo de una vez!», pensó.

—La mujer a quien yo amaba..., a quien amo... —dijo en una voz apenas más audible que un susurro— es Auraya la Blanca.

«¡Auraya la Blanca! —Emerahl clavó los ojos en él. Un escalofrío le bajó por la espalda, como si alguien le hubiera derramado agua helada sobre la cabeza. La impresión le impidió pensar por unos instantes—. ¡Una Elegida de los dioses! ¡No me extraña que a Mirar le pareciera mal!».

Ahora que Leiard había revelado el nombre, un torrente de palabras brotó de su boca. Refirió la historia con todo detalle: le explicó que había sido amigo y maestro de Auraya cuando era niña; que había viajado a Jarime y se había quedado prendado de la mujer en quien se había convertido; que ella lo había nombrado tejedor asesor de los Blancos, y que la noche anterior a la partida de Auraya hacia Si ambos se habían entregado a la «locura». Le habló de su decisión de dimitir para proteger el secreto que compartían; de la presencia cada vez mayor de Mirar en su mente; de que, pese a las consecuencias terribles que habría tenido que su amorío saliera a la luz, él no pudo evitar comunicarse con ella en sueños. Reconoció, con aire de culpabilidad, que habían retomado su relación cuando Auraya se había incorporado al ejército, que él había huido cuando Juran los había descubierto y que Mirar le había propuesto tomar el control sobre su cuerpo. Más tarde se enteró de que Mirar se había escondido en el campamento de un prostíbulo. Por último, le habló de la conexión en sueños por la que se había percatado de que Auraya lo había sorprendido con una prostituta y ahora creía que la había traicionado.

Cuando terminó, se sumió en un silencio taciturno.

—Entiendo —murmuró Emerahl por decir algo. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre aquel extraordinario relato—. Es toda una historia.

—Mirar estaba en lo cierto —aseguró él con firmeza—. Puse en peligro a mi pueblo.

Emerahl extendió las manos a sus costados.

—Estabas enamorado.

—Eso no lo justifica.

—Lo justifica bastante. Lo que no entiendo es que... Sin duda Auraya descubrió a Mirar en tu mente. Eso debería haberla alarmado, ¿no?

—Sabía que los recuerdos de conexión en mi memoria se manifestaban en una personalidad con la que yo conversaba de vez en cuando. No creía que Mirar existiera de verdad. Nunca lo vio tomar el control.

—Entiendo que quisiera creer eso. El amor nos lleva a tolerar cosas que tal vez no aceptaríamos en circunstancias normales. Juran seguramente no lo habría consentido.

Leiard se encogió de hombros.

—Lo consintió, tal vez solo porque yo le era útil y Mirar aún no había demostrado que podía adueñarse de mí.

«Es evidente que no reconoció el cuerpo de Mirar —pensó Emerahl—. ¿Tanto ha flaqueado la memoria de Juran en los últimos cien años? ¿O es que Mirar presentaba un aspecto tan distinto que resultaba irreconocible? —Se estremeció al caer en la cuenta de lo cerca que había estado Mirar de que lo descubrieran—. Los dioses debieron de explorar su mente, quizá varias veces, y sin embargo no lo reconocieron. A menos que... a menos que lo reconocieran pero no les importara porque sabían que Leiard era el auténtico dueño de ese cuerpo».

Aun así, no habrían dado su aprobación a aquella relación entre una Elegida suya y un tejedor de sueños. ¿Por qué la habían permitido? Quizá temían perder la confianza y la lealtad de Auraya. Posiblemente esperaban que Leiard corroborase la mala opinión que tenían de los tejedores. Tal vez Auraya los detestaba ahora, a causa de la «traición» de Leiard.

Frunció el ceño cuando le vino otra idea a la mente.

—Dices que ella te sorprendió con una prostituta, pero que Mirar tenía el control. Si nunca antes lo había visto posesionarse de tu cuerpo, lo lógico habría sido que no te reconociera. O, mejor dicho, tendría que haberse percatado de que era él, y no tú, quien llevaba las riendas.

—No se me había ocurrido. Es... desconcertante.

—Sí. Sin duda os parecéis tanto el uno al otro que ella os identificó como la misma persona —afirmó Emerahl despacio—. Quizá habría notado diferencias, si hubiera tenido la oportunidad, pero en aquel momento debía de estar conmocionada por lo que habías hecho. Tal vez concluyó que no te conocía tan bien como pensaba.

—Yo nunca habría hecho lo que hizo él —aseveró Leiard, un poco a la defensiva.

Emerahl lo contempló con aire reflexivo.

—No. Eres muy diferente de Mirar en ese aspecto.

—¿Por qué le tienes cariño, si es tan despreciable?

—Por eso mismo. Es un bribón, eso es innegable. Pese a su moral dudosa,

en el fondo es bueno. —Lo miró con los párpados entornados—. Deberías saberlo.

Él apartó la vista.

—Sé que en otra época era más... moderado respecto a las mujeres. Creo que el tiempo lo hizo cambiar. Busca sensaciones físicas para cerciorarse de que sigue vivo, de que es un ser de carne y hueso, y no un dios.

Ella clavó los ojos en él, sorprendida e inquieta por lo que estaba insinuando. Las deidades habían acusado a Mirar de hacerse pasar por un dios. Ahora Leiard pensaba que Mirar se comportaba de ese modo para convencerse a sí mismo de que no lo era.

—Te creo cuando dices que te uniste al prostíbulo por necesidad — prosiguió él—. Considerabas a los sacerdotes más peligrosos de lo que eran. También me pregunto si no estarás buscando de forma inconsciente el mismo tipo de certidumbre que busca Mirar; la certeza de que eres un ser físico y no una diosa. Trabajar como prostituta...

—Mirar —dijo ella en tono imperativo—. Fin de la pausa. Regresa junto a mí.

Él se puso rígido y luego se relajó. Cuando sus ojos la enfocaron de nuevo, bajó las cejas y le sonrió con picardía.

—¿Conque soy un bribón, eh?

Para su sorpresa, Emerahl notó que se le aceleraba el pulso. «No, en realidad no me sorprende mucho. Mirar siempre me había encendido la sangre. Al parecer, no ha perdido esa facultad después de tanto tiempo. O quizá la tiene precisamente porque ha pasado mucho tiempo».

No obstante, Emerahl, que aún percibía sus emociones, advirtió que él solo estaba bromeando para retrasar el momento en que ella recordara su propósito original: enseñarle a encubrir sus pensamientos. Asumió una expresión seria.

—Basta de cháchara —dijo—. No tengo ganas de permanecer en esta cueva para siempre, así que, a menos que quieras acabar encerrado aquí solo, alimentándote de los insectos que consigan entrar, será mejor que te concentres de nuevo.

Mirar se encorvó.

—Oh, está bien.

La escalera parecía no tener fin. A Imi le dolían las piernas, pero, sin despegar la mirada fija de la espalda de su padre, se obligó a seguir adelante, apretando los dientes para dejar de quejarse.

«Él me lo advirtió —pensó—. Me dijo que se tardaban horas en subir a la atalaya. Luego hay que hacer todo el camino de vuelta hacia abajo. La próxima vez, no tendré que regresar. La próxima vez me iré a nado y volveré a través de la Boca».

La respiración agitada de los adultos resonaba en el túnel. Teiti parecía estar sufriendo. Los guardias, en cambio, daban la impresión de pasarlo bien. Los que acompañaban con frecuencia al rey a la atalaya estaban acostumbrados al ejercicio. Quienes custodiaban a Imi disfrutaban la oportunidad única de visitar un lugar que solo a unos pocos les estaba permitido ver.

Teiti comenzó a resollar como ya había hecho en otras ocasiones antes de pedir un alto para descansar. Imi sintió una mezcla de irritación y alivio. No quería detenerse; quería que la escalera se terminara.

—Ya no falta mucho —le informó su padre, mirándola brevemente por encima del hombro.

Su tía se paró por unos instantes, se encogió de hombros y reanudó la marcha. A Imi el corazón le dio un vuelco, lleno de expectación. Los minutos

siguientes se le antojaron más largos que las horas previas. Finalmente, su padre aminoró el paso hasta detenerse. Ella echó un vistazo desde detrás de él y advirtió que se encontraban frente a un muro liso.

No había ninguna puerta. Perpleja, ella miró a los demás. Tenían la vista fija en una pequeña trampilla en el techo.

Su padre se dirigió hacia un lado, donde había una hornacina similar a las que habían visto mientras subían, que contenía varias vasijas de cerámica llenas de agua. Las repartió entre sus acompañantes. Tras refrescarse la piel salpicándose un poco, Imi bebió. El agua no tenía un sabor agradable, pero fue un alivio para ella saciar la sed después del largo ascenso.

Alzó la mirada hacia la trampilla y reparó en las anillas de hierro oxidado que tenía la portezuela en su parte posterior. Un recio listón de madera estaba apoyado en una pared cercana. Imi supuso que podía deslizarse por las anillas para asegurar la puerta en caso de que los saqueadores descubrieran el túnel.

A una señal del rey, un guardia alargó el brazo hacia arriba y golpeó varias veces la portezuela con los nudillos. Imi se fijó en la sucesión de golpes: dos rápidos, tres espaciados y dos más seguidos. La trampilla se abrió. Dos hombres con armadura los miraron desde arriba. Por encima de ellos se extendía el azul deslumbrante del cielo.

Uno de los vigías se alejó y reapareció con una escalera de mano. La bajó por la trampilla hasta tocar el suelo del túnel. El rey ordenó a dos guardias que subieran primero y ascendió tras ellos. Una vez arriba, bajó la vista hacia Imi, sonrió y le indicó con un gesto que subiera.

Ella apoyó el pie en el primer peldaño de la escalera y comenzó a trepar por ella. Sus pies protestaron, doloridos tras la larga caminata, pero ella apretó los dientes y aguantó. Cuando llegó al final, su padre la sujetó por la cintura y la alzó hacia fuera. Ella soltó una carcajada de sorpresa y gusto.

Su padre gruñó, arrepentido.

—Empiezas a pesar demasiado para esto —dijo, frotándose la espalda. Se enderezó con un suspiro y dirigió la mirada hacia lo lejos.

Imi paseó la vista alrededor. Se encontraba en una zona cubierta de tierra entre varias rocas enormes. Eran tan altas que ella no alcanzaba a ver qué había detrás. Dando saltos sin moverse del sitio, consiguió entrever el mar y

el horizonte.

—¿Queréis que la lleve a cuestras, majestad? —se ofreció uno de los guardias más robustos.

—Sí —asintió el rey—. Solo hasta que te canses.

El guardia le sonrió a Imi.

—Daos la vuelta, princesa.

Ella obedeció, y notó que sus grandes manos la agarraban de la cintura. El hombre la sentó sobre su ancho hombro y la sujetó allí.

Ahora ella gozaba de mejor vista que los demás. Divisaba la orilla del mar en todas direcciones, las islas de Borra —que formaban un círculo en el azul del agua— y la escarpada pared de roca de la isla en la que se hallaban, que descendía hacia un bosque que bordeaba la arena blanca de la playa.

—¿Se puede llegar hasta aquí desde la playa? —preguntó.

Su padre se rio.

—Sí, pero no es fácil. El terreno es demasiado empinado, rocoso y resbaladizo. Esta cima es una explanada de roca lisa que mide unos cien pasos por cada lado. Hacen falta cuerdas y anclajes de pared para escalar hasta aquí.

A Imi se le cayó el alma a los pies. Su plan de sobornar y engatusar a los guardias para que la dejaran subir allí de noche con la excusa de «contemplar las estrellas», escabullirse después y correr hacia la playa no daría resultado. Por otro lado, también sintió cierto alivio. La subida era larga, y aunque el exterior hubiera sido como ella había imaginado —una pendiente que descendía con suavidad hasta la playa—, habría estado demasiado cansada para correr.

«No me queda otro remedio que discurrir otro plan», decidió.

Permanecieron allí media hora, mientras su padre le señalaba los accidentes del paisaje más destacados. Cuando mencionó a los saqueadores, Imi oteó el horizonte con detenimiento. Oyó a los vigías describir el aspecto de un barco y tomó nota mental de los detalles, por si topaba con uno cuando fuera en busca de las campanillas marinas.

Al cabo de un rato, empezó a notar una sequedad desagradable en la piel. Con el rabillo del ojo vio que Teiti daba un codazo suave y discreto a su

padre y le hacía un gesto con la cabeza. Él anunció que había llegado el momento de marcharse.

Una vez que todos habían descendido hasta el túnel y se habían humedecido la piel de nuevo, el guardia que la había llevado auestas le preguntó si quería volver a ir sobre sus hombros. Ella miró a su padre, ansiosa. Él sonrió.

—Adelante. Solo procura no golpearte la cabeza contra el techo.

Ella se encaramó a la espalda del guardia y apoyó la cabeza en su hombro, fingiendo que tenía sueño. Mientras su padre, su tía y los guardias iniciaban el descenso por la escalera, ella empezó a tramar otro plan para escapar de sus protectores y de la ciudad.

Las curvas de los senderos en los jardines del templo eran suaves y perfectas. Cada vez que Auraya las contemplaba desde su habitación en la torre, la repelía un poco el trazado claramente meticuloso y ordenado de los jardines. Comparados con la naturaleza salvaje del bosque próximo a la aldea en que se había criado, o con el magnífico desorden del territorio agreste de Si, los círculos entrelazados y las plantas cuidadosamente espaciadas le parecían artificiosos.

Desde el suelo, en cambio, la regularidad domesticada de los jardines resultaba reconfortante. Allí no había lerameres o voranes al acecho, ni había peligro de topar con una enremidera. No se dejaba pudrir nada, por lo que la fragancia de flores y frutos flotaba en el aire. Una sucesión de parajes encantadores guiaba al caminante hacia su destino sin que este tuviera la tentación de atajar por el césped cortado con esmero.

Ese día, sin embargo, Auraya no estaba caminando por placer. Juran y ella se dirigían hacia la Arboleda Sagrada.

Pasaron frente a uno de los numerosos sacerdotes que montaban guardia ante la arboleda. Aunque el hombre parecía estar tranquilamente sentado en un banco de piedra, leyendo un pergamino, Auraya sabía que su principal responsabilidad era impedir la entrada a cualquiera, salvo a los pocos escogidos que cuidaban de la arboleda y a los Blancos.

El sacerdote realizó el signo del círculo, y Juran respondió con una inclinación de la cabeza. El sendero condujo a Auraya y Juran a través de un hueco en un muro de árboles plantados muy juntos, que se curvaban hacia la izquierda. Tras serpentear entre árboles frutales de los que se ocupaban otros sacerdotes, el camino desembocaba en una pared de piedra.

Una puerta de madera tapaba una abertura estrecha en la pared. Cuando se acercaron, la puerta se abrió hacia dentro. Auraya se estremeció al cruzarla. Aunque había visitado la arboleda en varias ocasiones durante el año anterior, aún sentía un escalofrío de temor reverencial cuando entraba en ella.

En el interior del muro circular se alzaban cuatro árboles. Eran los únicos supervivientes de los cientos de árboles jóvenes que habían sido plantados allí un siglo atrás. Dos de ellos habían crecido muy cerca uno de otro, y varias de sus ramas estaban sinuosamente entrelazadas. Otro era bajo y raquítico. El cuarto parecía encorvado hacia el suelo, con las ramas muy separadas entre sí.

Las hojas y la corteza de aquellos árboles eran muy oscuras, casi negras. Si se examinaban de cerca, la madera blanca de debajo se entreveía a través de las grietas de la corteza. El color oscuro contrastaba con el blanco de los guijarros que recubrían el suelo con el propósito de conservar la humedad. Aquellos árboles se daban mejor en climas más fríos que el de Hania.

Si su color resultaba extraño, el aspecto de sus ramas lo era aún más. Habían crecido de manera rara y antinatural. Casi todas las ramas pequeñas presentaban bultos en forma de disco a lo largo de su extensión, varios de ellos con agujeros. De las más altas sobresalían ramitas que se habían entretejido para formar cuencos, o protuberancias más grandes con agujeros pequeños. Ante la mirada de Auraya, un pajarillo se posó en uno de los cuencos. La cabeza de una cría apareció, y su madre comenzó a alimentarla.

—¿Has visto eso? —dijo alguien.

Al volverse, Auraya vio a un sacerdote superior que hablaba con una sacerdotisa joven. Esta, una aprendiz de cuidadora, asintió.

—Ha crecido en forma de nido —señaló.

—Así es. Si treparas hasta allí y metieras la mano, notarías que la madera

está algo caliente. El pájaro no solo ha adiestrado la madera para que forme un nido, sino que le ha comunicado el don de transformar la magia en calor.

—¿Por qué lo hace el árbol?

El anciano se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Tal vez los dioses lo crearon así.

—Ahora entiendo por qué lo llaman «árbol de la bienvenida» —dijo la mujer—. Me parecía un nombre extraño para algo tan feo.

Auraya sonrió. Era un árbol feo, en efecto, pero solo por el uso que los humanos daban a su maleable madera. Cuando Juran había llevado allí a Auraya por primera vez, a ella le había asombrado enterarse de que los anillos de los sacerdotes procedían de aquellos árboles. Las protuberancias de las ramas se cosechaban, y cada anillo contenía el don que permitía a los sacerdotes comunicarse entre sí.

Los árboles de bienvenida poseían un gran potencial tanto para el bien como para el mal, pero cuando Juran le explicó sus limitaciones, a ella le maravilló que pudieran serles útiles a los circulianos. Costaba mantener los árboles con vida. Aunque se conservaban algunos en la mayor parte de los templos circulianos, solo el de Jarime, que era el que estaba mejor cuidado, se empleaba para cultivar los anillos de los sacerdotes. Quienes se ocupaban de los árboles guardaban el secreto que los mantenía vivos y sanos.

Las ramas tenían que ser «adiestradas» a diario. En la época en que Auraya estaba ayudando a crear su primer anillo de conexión, tenía que acudir a la arboleda cada mañana y sentarse durante al menos una hora junto al árbol en el que crecía el aro. Pese a todo el esfuerzo que se requería para elaborar los anillos, la madera perdía sus cualidades al cabo de unos años. Se cultivaban nuevos anillos para los sacerdotes de forma continua a fin de sustituir los que ya no servían. Además, solo se les imbuía el simple don de la comunicación. Era posible dotarles de habilidades más poderosas, pero cuanto más magia requerían, más rápidamente perdía su impronta la madera.

Los únicos anillos que no tenían esas limitaciones eran los de los Blancos. Habían surgido de manera espontánea del árbol más pequeño, que se negaba tozudamente a dejarse moldear por toda voluntad que no fuera la de los dioses.

Otro viejo sacerdote apareció detrás de Juran.

—Juran el Blanco —dijo, efectuando el gesto del círculo—. Auraya la Blanca. ¿Habéis venido para iniciar vuestra tarea?

—Así es, sacerdote Sinar —respondió Juran—. ¿Por dónde empezamos?

El sacerdote los guio hacia el más grande de los árboles solitarios y les señaló una ramita que había brotado de una de las ramas principales. Auraya sonrió al recordar una ramita similar que ella había visto desarrollarse hasta formar un anillo el año anterior.

—Esta podría ser adecuada —dijo el anciano.

—Lo es, gracias —contestó Juran. Miró a Auraya—. Puede que necesitemos unos minutos libres de distracciones al principio.

El sacerdote asintió.

—Desalojaré la arboleda.

Se alejó a toda prisa para ordenar a los demás sacerdotes que salieran por la puerta en el muro de piedra. Cuando no quedaba nadie más, Juran fijó los ojos en Auraya con una expresión rara y afligida.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Antes de nada tenemos que hablar de algo. —Hizo una pausa—. ¿Cómo... has conseguido perdonarme?

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Perdonarte? ¿Por qu...? Ah. —Se le hizo un nudo en el estómago al comprender que se refería a Leiard—. Eso.

—Sí, eso. —Soltó una risita—. Yo quería dejar pasar más tiempo antes de tocar el tema, pero Mairae insiste en que hablemos antes de que fabriques este anillo. —Suspiró—. Hace años, una sacerdotisa que cosechaba anillos aquí sufrió una tragedia personal terrible. La tristeza invadió a todos los que llevaban anillos hechos por ella, pero nadie cayó en la cuenta de lo que sucedía hasta que unos sacerdotes se suicidaron y la gente empezó a preguntarse por qué.

—Temas que ocurra lo mismo —dijo Auraya, sin poder evitar sonreír—. No estoy dando saltos de alegría, Juran, pero tampoco tengo las menores ganas de suicidarme.

—Entonces ¿cómo te sientes?

—Te he perdonado. —En cuanto pronunció estas palabras, la recorrió una oleada de emoción y ella comprendió que era verdad—. Al final, ha sido para bien.

—Mairae opina que no manejé bien el asunto. —Frunció el ceño—. Cree que no habría pasado nada malo si... hubiera dejado que los dos os siguierais viendo, siempre y cuando no lo hicierais público.

—Pero tú no estás de acuerdo con ella.

Él alzó los hombros.

—Ella... me ha hecho recapacitar.

El nudo en el estómago de Auraya se tensó. «Así que Leiard y yo aún estaríamos juntos si Mairae y Juran se hubieran tomado la molestia de reflexionar un poco sobre ello. —Intentó imaginar cómo habría sido verse a escondidas con Leiard consciente de que todos los Blancos lo sabían—. Habría sido embarazoso. No habría descubierto la facilidad con que Leiard se fijaría en otras mujeres en cuanto pensara que no podía estar conmigo».

—No, me alegra que aquello acabara así, Juran. Eso simplifica muchas cosas. La puesta en marcha del hospital, por ejemplo.

Él sonrió y asintió. Ambos contemplaron el árbol en silencio por un momento, hasta que Juran exhaló un suspiro.

—Bueno, ¿cómo enfocaremos esa idea tuya de un anillo de conexión protegido?

Abajo el río refulgía como una cinta de fuego, reflejando los colores vivos del cielo del ocaso. El dolor en los brazos arrancó un suspiro a Vice. Notó que sus articulaciones crujían mientras inclinaba las alas para seguir el curso del agua. Necesitaba descansar. A los jóvenes no les gustaría. Se pondrían a caminar de un lado a otro pisando fuerte y con impaciencia, ansiosos por llegar a su hogar la noche siguiente.

Aunque el cuerpo decrepito de Vice no era tan ágil ni robusto como el de ellos, él seguía siendo su portavoz. Ellos no se quejarían si él decidía aterrizar, pero tal vez le tomarían el pelo. Era un derecho de los jóvenes. Al fin y al cabo, algún día serían viejos. No tenía nada de malo que se mofaran

un poco, antes de convertirse ellos mismos en objeto de mofa.

El río se precipitaba por un pequeño barranco. Vice percibía la ligera humedad lanzada al aire por la cascada. Más adelante, divisó un salto de agua más pequeño. Al sobrevolarlo, le gustó su aspecto. Si se arrojaba desde la peña seca que se alzaba junto a la orilla, podría elevarse de nuevo sin tener que hacer el esfuerzo agotador de correr y batir las alas.

Describió un círculo y guio a los demás hacia el tramo de río que descendía hacia la cascada. El aterrizaje le sacudió todos los huesos, pero este mal trago valió la pena cuando él dejó caer sus brazos a los costados y notó que el dolor en ellos remitía.

—Pasaremos la noche aquí —declaró.

Rit arrugó el entrecejo.

—Será mejor que vaya a recolectar algo para comer —dijo antes de echar a andar por el bosque con aire indignado. Tyve se alejó a toda prisa detrás de su hermano, farfullando algo acerca de que iba en busca de leña. Cuando Vice se sentó en una roca que aún estaba caliente por el sol, Sizzi, su sobrina, se acuclilló a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Un poco agarrotado —respondió él, frotándose los brazos—. Solo tengo que desentumecerme un poco.

Ella asintió.

—¿Y del corazón?

Él clavó los ojos en Sizzi con expresión de reproche, pero ella le sostuvo la mirada sin inmutarse. Con un suspiro, Vice apartó la vista.

—Me encuentro mejor, y a la vez peor —dijo—. Ya no estoy enfadado, pero sigo sintiéndome... vacío.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Fue algo bueno que hicieron los circulianos. Las lápidas y el monumento garantizan que nuestra ayuda y nuestras pérdidas jamás serán olvidadas.

—Pero no le devolverán la vida —le recordó él, y acto seguido torció el gesto. Era innecesario señalar esto, y sabía que al decirlo había hablado como un niño resentido.

—No devolverán la vida a los hijos de nadie —murmuró ella—. Ni a las hijas, padres o madres. Eso no tiene vuelta atrás. Ni debería tenerla, si las consecuencias fueran la victoria de los pentadrianos y la muerte de todos nosotros a sus manos. —Sacudió la cabeza y se puso de pie—. He oído que los circulianos van a enviarnos sacerdotes. Nos enseñarán a sanar y a defendernos con magia.

Él soltó un resoplido.

—Eso no nos servirá de nada tan lejos del Claro.

—No de inmediato —convino ella—. Si envías a alguien de nuestra tribu a aprender de ellos, cuando vuelva podrá compartir esa información con nosotros.

—Y quieres ser tú quien...

—¡Vice! ¡Portavoz Vice!

Rit y Tyve salieron corriendo de la selva y se acercaron rápidamente a él.

—Hemos encontrado huellas —dijo uno de ellos jadeando—. Huellas grandes.

—Huellas de botas —precisó el otro.

—Sin duda se trata de un pisatierra.

—Y son recientes... Las huellas, me refiero.

—No debe de andar lejos.

—¿Le seguimos el rastro?

Miraron a Vice expectantes, con los ojos brillantes de emoción; preparados para afrontar el peligro, a pesar de sus experiencias en la guerra. O quizá a causa de ellas. El anciano comprendía que el haber salido indemnes de una batalla en la que tantos habían muerto infundiera a los jóvenes una sensación de invulnerabilidad.

Entonces recordó la última vez que una forastera solitaria había sido vista en Si, y se le heló la sangre.

—Debemos tener cuidado —les dijo—. ¿Y si es la hechicera negra, que ha regresado con sus pájaros para vengarse de nosotros?

Los otros dos palidieron.

—Entonces no podemos irnos sin comprobarlo —aseveró Sizzi en voz baja—. Habrá que avisar a todas las tribus.

Vice la observó, sorprendido pero impresionado. Ella estaba en lo cierto, aunque eso significaba que tendrían que correr un riesgo terrible por el bien de su pueblo. Asintió despacio.

—Será mejor que nos vayamos y regresemos mañana. —Desplazó la mirada de Rit y Tyve a Sizzi—. A la luz del día será más fácil seguir la pista al pisatierra... o a los pisatierra. Espero que podamos confirmar si se ha utilizado magia, o si esos pájaros negros están cerca, sin tener que encontrarnos con ellos cara a cara.

—¿Y si descubren a uno de nosotros? —preguntó Tyve—. ¿Y si se trata de ella y nos ataca?

—Haremos todo lo posible por pasar inadvertidos —aseguró Vice con firmeza.

—La mayoría de los pisatierra hace tanto ruido que se les oye a una montaña de distancia —añadió Sizzi.

Rit se encogió de hombros.

—Seguramente no es más que el explorador que vino a comunicarnos la propuesta de alianza de los Blancos el año pasado. Dicen que está un poco loco, pero no es un hechicero.

Vice hizo un gesto afirmativo.

—Pero no podemos jugarnos la vida confiando en que se trate de él. Partiremos ahora y encontraremos otro lugar donde pernoctar, lo bastante lejos para que ningún pisatierra pueda alcanzarnos aunque camine toda la noche.

Se puso de pie, flexionó los brazos y se encaminó hacia el borde del barranco, seguido por los demás.

El criado guio a Reivan por un pasillo largo. La pared de un lado quedaba interrumpida por una serie de arcos y, cuando Reivan pasó junto al primero, advirtió que daban a un balcón que ofrecía una vista impresionante de la ciudad y sus alrededores.

«Debo de estar cerca de lo alto del Santuario», pensó, nerviosa.

El criado se detuvo frente al último arco, se volvió hacia ella y señaló hacia fuera. A continuación, sin decir palabra, se alejó.

Reivan se detuvo por unos instantes para recuperar el aliento... y armarse de valor. Llegaba tarde. La Voz Segunda tal vez no deseaba castigarla, pero quizá se vería obligada a hacerlo.

—Servidora novicia Reivan. —Era la voz de Imenja—. Deja de preocuparte y entra.

Reivan atravesó el arco. Imenja estaba sentada en una silla de cañas entretrejidas, sosteniendo en una mano un vaso de agua con un toque de sabor. Miró a Reivan y sonrió.

—Voz Segunda de los Dioses —dijo Reivan—. Os... os pido disculpas por mi tardanza. Es que... me he...

La sonrisa de Imenja se ensanchó.

—¿Te has perdido? ¡Tú! —Soltó una risita—. No puedo creer que tú, la persona que nos guio hasta la salida de las minas, te hayas perdido en el

Santuario.

Reivan bajó la vista, aunque no pudo evitar sonreír.

—Me temo que sí. Resulta algo... humillante. Tal vez debería trazarme un mapa.

Imenja se rio.

—Tal vez. Toma asiento. Sírvete algo de beber. No estaremos solas durante mucho tiempo, y quería hablar un rato contigo. ¿Te estás adaptando bien aquí?

Reivan titubeó.

—Más o menos.

Recuerdos fugaces de las últimas semanas le vinieron a la mente mientras se acercaba al asiento que Imenja tenía a un lado. Que la admitieran como Servidora novicia no había mejorado su imagen a ojos de los otros Servidores.

En el suelo encontró vasos y una jarra de agua. Mientras bebía, sedienta tras el recorrido escalera arriba y a lo largo de los pasillos, pensó en el Servidor Devoto Nekaun. Las suyas habían sido las únicas palabras amables que alguien le había dirigido hasta ahora.

Ella había seguido su consejo y se había informado lo máximo posible acerca de la política interna del Santuario, sobre todo escuchando conversaciones ajenas. No le había resultado difícil, pues todo el mundo hablaba sobre cuál de los Servidores Devotos sería nombrado Voz Primera.

—¿Qué te parece Nekaun? —inquirió Imenja.

Reivan enmudeció de sorpresa hasta que recordó que Imenja poseía la facultad de leer la mente. Durante el trayecto de vuelta, se había acostumbrado poco a poco a que le exploraran el pensamiento con facilidad. Desde entonces, debía de haber perdido la costumbre.

—El Servidor Devoto Nekaun es agradable —respondió. «También a la vista», agregó para sí.

Los labios de Imenja se curvaron en una sonrisa torcida.

—Sí. También es ambicioso.

—¿Aspira a ser Voz Primera? —preguntó Reivan, con un atisbo de curiosidad.

—Todos aspiran a ello, por una razón u otra. Incluidos aquellos que no lo reconocen para sus adentros. Incluso aquellos a quienes les da miedo. —
Imenja tomó un sorbo de agua.

—¿Les da miedo que los nombren Voz Primera?

Imenja asintió.

—Sí. Temen la responsabilidad sin límites. O, tal vez, la responsabilidad que puede desembocar en tragedia, como en el caso de Kuar. Es interesante observar su conflicto interior. Su deseo de estar más cerca de los dioses choca con su miedo a la muerte, que a su vez los acercaría más a los dioses. ¿No te parece irónico?

—Sí.

—Luego están los que temen incurrir en la desaprobación de las deidades si actúan movidos por la ambición. Saben que para ser Servidores de los Dioses tienen que dejar a un lado sus intereses personales y consagrarse al servicio de ellos, así que intentan convencerse a sí mismos de que no desean el cargo, aunque en realidad sí lo quieren.

—Creía que la opinión de los dioses no era relevante. Los Servidores eligen a la Voz Primera entre los Servidores Devotos que superan las pruebas de fuerza mágica.

Imenja arqueó las cejas.

—Por supuesto que es relevante. Imagínate qué sucedería si los Servidores eligieran a alguien que no contara con la aprobación de los dioses.

—No es una situación en la que me gustaría encontrarme.

—¿En qué posición te gustaría encontrarte? —quiso saber Imenja.

La pregunta sorprendió a Reivan, que extendió las manos a los costados.

—Siempre he deseado ser Servidora de los Dioses.

—¿Por qué?

Reivan abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo. Había estado a punto de decir «para servir a los dioses», pero no estaba segura de que esto fuera cierto. «No soy una fanática —pensó—. Si me pidieran que sacrificara mi vida, no sé si sería capaz de hacerlo sin recibir antes una explicación.

»Entonces ¿por qué acaricio este sueño desde hace tanto tiempo?».

Siempre había admirado a los Servidores, por su dignidad y su sabiduría.

Por su magia.

«Dudo que sea solo por la magia. Convertirme en Servidora no reforzará mis habilidades mágicas. Nunca».

Debía de haber otro motivo. Tener que abandonar el monasterio en el que se había criado porque allí no podía convertirse en Servidora le había parecido de lo más injusto. Ella deseaba quedarse. Estaba segura de que su lugar estaba allí.

—La vida es así —sentenció despacio—. Somos guías y maestros. Representamos el orden en un mundo caótico. Por medio de las ceremonias marcamos las diferentes etapas en la vida de las personas, con lo que les damos una sensación de valía y pertenencia.

Imenja esbozó una sonrisa desprovista de humor.

—Hablas como una Servidora de aldea. También gobernamos y recaudamos impuestos. Administramos justicia. Capitaneamos a hombres y mujeres en la guerra.

Reivan se encogió de hombros.

—Se nos da mejor que a los reyes antiguos, por lo que he leído.

La Voz se rio.

—Sí, es verdad. Si tienes planes de ejercer como Servidora en una aldea, o de trabajar en un monasterio, aplázalos para tus años de madurez. Por ahora, me serás de mayor utilidad aquí.

Una inquietud repentina invadió a Reivan.

—Entonces espero resultaros tan útil como imagináis.

—Estoy segura de que a la larga así será. Quiero nombrarte mi Acompañante.

Al cabo de un momento, Reivan se percató de que estaba mirando a Imenja con fijeza, y desvió la vista. «¿Acompañante de una Voz, yo?».

Eso significaba que tendría que darle consejos a Imenja y realizar encargos para ella. Todo aquel que deseara hablar con la Voz Segunda tendría que solicitar audiencia a través de Reivan. Ella ocuparía el lugar de Thar, que había muerto en la guerra. Thar poseía habilidades extraordinarias.

—Carezco de habilidades mágicas —señaló Reivan—. Solo tengo veintidós años.

—No te falta inteligencia. Me gusta tu forma de razonar. Entiendes y sigues el protocolo, y hablas otros idiomas. Te manejarás bien. Sin embargo, hay un obstáculo. Debes ganarte el puesto a ojos de los demás. Muy pocos fueron testigos de tu papel en la salida de las minas o saben hasta qué punto están en deuda contigo. Quienes permanecieron aquí durante la guerra no creen que tu acto justifique el cambiar una norma que se aplica desde hace tanto tiempo y casi se considera una ley.

Aunque el corazón le latía a toda prisa y tenía la sensación de que se le habían caído las entrañas a los pies, Reivan consiguió asentir.

—Los Servidores deben poseer habilidades.

—No te desanimes. Aquí la mayoría de la gente está dispuesta a darte una oportunidad, y no solo porque yo así lo quiero. No protestarán si te llevo a los rituales y te pido consejo, como si fueras una Acompañante, pero darle un carácter oficial tan pronto... —Sacudió la cabeza—. Tal vez tarde meses en poder hacerlo. Sabes que eres sobradamente capaz de convencerlos de tu aptitud, pero ¿te sientes con fuerzas para afrontar el desafío?

Reivan asintió lentamente.

—Si quiero servir bien a los dioses, más vale que alcance una posición en la que mi talento resulte útil.

Imenja sonrió.

—Buena respuesta. Ah, y justo a tiempo. Aquí llega Shar.

Cuando la Voz Quinta salió al balcón con su Acompañante, a Reivan le dio un vuelco el corazón. Tal vez era menos poderoso que las otras Voces, pero también más apuesto. Tenía la piel inusualmente pálida y una cabellera larga y rubia, aclarada por el sol, que se derramaba por su espalda. Sus ojos color esmeralda se apartaron de Imenja para posarse en ella.

—Señoras —saludó con una reverencia.

—¿Te importa que Reivan se quede para asesorarme? —le preguntó Imenja.

—En absoluto. —Sonrió y se inclinó cortésmente.

Reivan notó que se le encendía el rostro.

—Gracias, reverencia —le respondió en voz más baja de lo que pretendía.

—¿Somos los últimos en llegar? —preguntó una tercera mujer.

Todos se volvieron cuando dos Voces más aparecieron en el balcón. Genza era tan morena y de rasgos tan afilados como los de las aves que criaba. Vervel, en cambio, era bajo y fornido, y parecía veinte años mayor que ella. Ambos habían sido Servidores guerreros durante su época de mortales, pese a que poseían habilidades notables.

—Me temo que sí —les dijo Shar.

Genza miró a Reivan y asintió.

—Bienvenida al Santuario, Reivan Cortajuncos.

Reivan sintió que le ardía aún más la cara. Murmuró algo en señal de agradecimiento. Dos Servidores varones salieron al balcón. Ella reconoció a los Acompañantes de Genza y Vervel. Los dos la saludaron con una respetuosa inclinación de la cabeza, y ella correspondió al gesto.

Mientras los cinco recién llegados se acomodaban en las sillas de cañas entretejidas, la seguridad de Reivan en sí misma se debilitó. En presencia de todas las Voces y sus poderosos Acompañantes, se sentía insignificante y un poco patética. Decidió hablar lo mínimo imprescindible y concentrarse en escuchar. Como si quisieran complacerla, los Voces comenzaron a discutir sobre los Servidores Devotos que reunían los requisitos para ser nombrados Voz Primera.

Para sorpresa de Reivan, enumeraban los méritos y defectos de cada uno con un entusiasmo casi atemorizador. Ni un solo aspecto del carácter de un candidato escapaba a su implacable escrutinio. Ella no tardó en comprender por qué esta cuestión les parecía tan importante. Aquel que saliera elegido sería su líder. Seguramente tendrían que colaborar con esa persona durante siglos, o incluso milenios.

«Me pregunto por qué Imenja no puede asumir el cargo de Voz Primera —pensó de repente—. A mí me parece una líder más que competente».

Al cabo de un rato, llegaron dos criados con una jarra de agua y una fuente repleta de frutos secos, nueces y otros manjares. La conversación derivó hacia asuntos de menor importancia. Un escalofrío recorrió a Reivan cuando la brisa fresca le acarició la piel. Al echar una ojeada por encima del antepecho del balcón, vio que el sol estaba a punto de ponerse.

—Se han alzado voces de protesta contra la celebración del rito del Sol en

un mes de duelo —declaró Vervel con expresión neutra.

Imenja movió la cabeza afirmativamente.

—Ya lo había previsto. No podemos pedir a las parejas que esperen un año más para la siguiente ceremonia de fertilidad. ¿Qué puede ser mejor para cerrar las heridas del corazón que traer una vida nueva al mundo?

Los demás asintieron o se encogieron de hombros. Imenja los miró, uno tras otro, y sonrió.

—Creo que ya hemos discutido bastante por hoy. ¿Nos reunimos aquí de nuevo mañana, si hace buen tiempo?

Las otras tres Voces hicieron un gesto afirmativo.

Imenja se irguió y se alisó la túnica.

—Nos veremos en la cena. —Bajó la vista hacia Reivan—. Acompañame, Reivan. Tenemos mucho de qué hablar.

Cuando Imenja echó a andar, Reivan se puso de pie y la siguió. Mientras caminaban, la Voz le hizo algunas preguntas sobre sus clases. Unos minutos más tarde, llegaron al umbral de una habitación amplia. Reivan miró alrededor, fijándose en la decoración sencilla pero lujosa.

—Estos son mis aposentos —dijo Imenja—. Cuando seas mi Acompañante, se pondrá a tu disposición un conjunto de habitaciones privadas no muy lejos de aquí.

Reivan asintió y pensó en el cuarto estrecho y oscuro que le habían asignado después de admitirla como Servidora novicia.

—Estoy deseándolo.

La Voz Segunda soltó una risita.

—Claro. Mientras tanto, te será útil saber cómo viven los sacerdotes comunes.

«Y ahora sé cómo viven las Voces —pensó Reivan mientras desplazaba de nuevo la mirada por la habitación—. ¿Qué me dice esta estancia sobre ellos? Que son ricos y poderosos, pero con una actitud más digna que ostentosa. Supongo que tienen que impresionar a los soberanos que vengán de visita y dejar claro a su propio pueblo que ellos ejercen la autoridad». Se volvió hacia Imenja al recordar la duda que la había asaltado antes.

—¿Por qué no os han nombrado Voz Primera?

Imenja se rio.

—¿A mí? —Sacudió la cabeza—. Hay muchas razones, pero la principal es la cuestión de la fuerza. Necesitamos que el sucesor de Kuar posea tanto poder mágico como poseía él, si no más. Esto haría que la nueva Voz fuera más poderosa que yo, y no resultaría apropiado que una Voz menos poderosa fuera líder de las demás, ¿verdad?

Reivan negó con un gesto.

—Supongo que no.

—Además, tampoco ambiciono el puesto —reconoció Imenja—. Prefiero emplear métodos menos directos. —Se acercó a un gong pequeño. Cuando lo golpeó, un tañido agradable inundó la habitación—. Ahora, debo de ocuparme de algunos de los asuntos que solía dejar en manos de Thar. Quédate y presta atención, pues pronto te harás cargo de estas tareas.

Reivan siguió a la Voz Segunda hasta un grupo de sillas hechas de cañas, resuelta a aprender lo máximo posible.

«Puede que no tenga poderes mágicos, pero eso no me impedirá ser una buena Acompañante cuando llegue el momento», se dijo.

Mirar cerró los ojos y respiró despacio, dejando que su conciencia se relajara hasta un punto intermedio entre la vigilia y el sueño. En ese estado era fácil distraerse, perderse en regiones oníricas. Mantenía una parte de su mente centrada en su propósito. Era como aquel juego de su infancia que consistía en intentar «matar» a los otros niños tocándolos con una mano, sin separar la otra de un árbol o una roca. Los demás corrían en círculo alrededor de él, acercándose repentinamente y alejándose de un salto. Él se estiraba al máximo, tocando el árbol solo con un dedo...

«El sueño de la torre —se recordó a sí mismo—. Debo ver ese sueño que, según insiste Emerahl, es mío».

La llamó y notó que ella pasaba de la inconsciencia al sueño.

:¿Mirar?

:Estoy aquí. Muéstrame el sueño.

:Ah, sí. El sueño de la torre. ¿Cómo empezaba...?

La Torre Blanca apareció. Se alzaba imponente sobre ella/él, acompañada por una sensación de peligro inminente.

:¿Has estado en Jarime en los últimos cien años? —preguntó él en un tono suave y bajo para no interrumpir su evocación—. ¿Has visto la Torre Blanca?

:No.

Era interesante que Emerahl hubiera soñado de forma tan detallada con algo que jamás había visto... Por otro lado, ella creía que el sueño no le pertenecía.

El sueño no era tan preciso como parecía en un principio. La cima de la torre desgarraba las nubes que pasaban; era más alta que en la realidad. Mirar sintió que el miedo del sueño se apoderaba de él; el impulso apremiante de huir, pero también la parálisis de la fascinación. El soñador quería observar; quería ver, aunque fuera peligroso. Si se quedaba durante mucho rato, ellos verían al soñador. Descubrirían quién era.

«¿“Ellos”? ¿Quiénes son “ellos”?».

La torre pareció doblarse. Se formaron grietas. Era demasiado tarde para escapar, pero aun así él lo intentó. Al mirar atrás, vio que unos bloques de piedra gigantescos se precipitaban sobre él.

«¿Por qué no he echado a correr antes? ¿Por qué no corro hacia un lado para apartarme de la larga trayectoria de la torre que se derrumba?».

El mundo se desplomó en torno a él con un estruendo ensordecedor. Notó que su cuerpo quedaba cubierto. Aplastado. Los huesos se le quebraban. La carne se le comprimía hasta reventar. Su pecho cedía bajo un peso enorme. Los pulmones le ardían cada vez más conforme se asfixiaba poco a poco. Le faltaba el aire para gritar. Ni siquiera podía emitir un gemido de dolor. Luchó contra el aturdimiento que se adueñaba de su mente. Intentó invocar magia, pero no la encontró. Se había agotado en el espacio que lo rodeaba. Aun así, él proyectó sus sentidos más lejos, percibió una cantidad minúscula de magia y la atrajo hacia sí. La utilizó para proteger y mantener en funcionamiento su cabeza, su mente, sus pensamientos.

«No es suficiente».

La magia no era suficiente para sanar su cuerpo. Ni siquiera le bastaba

para levantar los escombros de la Casa que tenía amontonados encima. Y desde luego no sería suficiente para enfrentarse de nuevo a Juran, que era lo que tendría que hacer si conseguía liberarse.

«Podría rendirme sin más. Dejarme morir. Juran tiene razón respecto a una cosa: se avecina una nueva era. Tal vez no haya lugar para mí en ella, como él afirma».

Pero ¿qué ocurriría con los tejedores de sueños?

«Ya no puedo serles útil. Al oponerme a los planes de los dioses, lo único que he conseguido es convertir a los tejedores en enemigos del pueblo en vez de en miembros de esta nueva sociedad. Nada dura eternamente. Tal vez haya llegado el momento de que ellos se extingan también. No puedo hacer nada por ellos. Si no soy capaz de salvarme a mí mismo, ¿cómo voy a salvarlos a ellos?».

Al notar que la poca magia que había absorbido se debilitaba, intentó invocar más, extendiendo sus sentidos más allá de lo que lo había hecho jamás. Si lograba atraer la suficiente energía para permanecer con vida, quizá conseguiría salir de aquel trance. Todo se reducía a una cuestión de eficiencia. No era necesario que realinease los huesos o cerrase las heridas de la piel; solo que mantuviera en marcha los procesos vitales. No había alimentos ni agua allí, debajo de los cascotes. Tendría que disminuir la actividad de su organismo hasta el límite entre la vida y la muerte. No debía pensar, solo preservar la sustancia de su mente lo suficiente para que continuara absorbiendo magia y encauzándola hacia este fin.

Si conseguía no pensar, los dioses no lo descubrirían. No sabrían qué estaba haciendo. No sabrían si había sobrevivido o no.

Pero en cuanto se recobrara, se enterarían. Bastaría con que le leyeran la mente.

«Que no me vean. Que vean a otro, a alguien que nunca represente una amenaza para ellos. Me transformaré en otra persona hasta..., bueno, hasta que no pueda más... o hasta que muera».

Se entregó despacio a la oscuridad.

¡Mirar!

La oscuridad reculó rápidamente, como un raina asustado. Liberado de la

pesadilla, él recordó dónde se hallaba y qué estaba haciendo, y las implicaciones del sueño se agolparon en su cabeza.

:Emerahl. Tenías razón. Lo recuerdo.

:Lo he visto —respondió ella—. Eres el auténtico dueño de tu cuerpo. La Torre Blanca simbolizaba el ataque de Juran contra ti. En el sueño se confunde con la Casa de los Tejedores bajo la que quedaste sepultado. Tú, Mirar.

Él se quedó sobrecogido y maravillado ante su propia hazaña.

:Dio resultado. Sobreviví. Creé a Leiard para evitar que los dioses me vieran, y funcionó. He entrado en su templo y he yacido con su sacerdotisa sin que me reconocieran.

:Perdiste tu identidad —repuso ella, horrorizada—. Es casi lo mismo que si hubieras muerto.

:Pero ahora la he recuperado.

:Por fortuna para ti, encontraste un lugar seguro donde recuperarla..., y yo sigo viva, lo que me ha permitido enseñarte a ocultar tus pensamientos.

:Sí, y también ayudarme a recordar. Gracias, Emerahl.

:Dudo que Leiard me lo agradezca.

:¿Leiard? No es una persona real.

:Se ha convertido en alguien con una existencia verdadera.

:Es cierto —convino Mirar a regañadientes—. Ha tenido cien años para ello. Al menos ahora sabe la verdad. No es de extrañar que discrepáramos continuamente. Lo hice opuesto a mí en muchos aspectos para reforzar mi disfraz.

:Me pregunto si... él aún existe. ¿Nos despertamos para que intente invocarlo?

:No —contestó Mirar—. Aún no. Tengo mucho en qué pensar. Empiezan a venirme a la memoria otros recuerdos.

:Mañana entonces.

:Sí, mañana. Mirar intentó ahuyentar una inquietud creciente. ¿Qué haría si Leiard continuaba dentro de su mente? ¿Había algo que pudiera hacer?

:Buenas noches, le envió Emerahl, somnolienta.

:Buenas noches, contestó él.

Su conexión en sueños se interrumpió. Una vez solo, Mirar se abismó en sueños y recuerdos. Aunque no todos eran agradables, en su mayor parte reflejaban hechos reales que él había ignorado durante un siglo.

Emerahl se levantó temprano y salió en busca de comida. Mientras escarbaba para extraer raíces comestibles y recogía frutos y nueces de los árboles, reflexionó sobre las revelaciones del día anterior. Lo que Mirar había hecho era extraordinario. Ella estaba deseosa de saber cómo había sobrevivido al aplastamiento de su cuerpo y de entender cómo había creado a Leiard y enterrado su propia identidad. ¿Seguía Leiard dentro de su mente? ¿Podría Mirar asumir temporalmente la personalidad de Leiard si en algún momento se percataba de que los dioses lo vigilaban? Sin duda sería una habilidad muy útil.

Cuando regresó, lo encontró en actitud meditabunda. Era algo tan poco habitual en Mirar que Emerahl quedó descorazonada, convencida de que Leiard había tomado el control. Cuando dejó el cubo en el suelo, él abrió un ojo y sus labios se torcieron en una sonrisa socarrona.

—¿Qué hay para desayunar?

«Ese es Mirar, seguro», se dijo ella, aliviada.

—Tortas de raíces. Fruta y nueces —respondió—. Otra vez.

Poco entusiasmado, él cerró el párpado, dejándola desairada. Además, Mirar estaba encubriendo bien sus pensamientos. Emerahl ni siquiera podía intuir su estado de ánimo.

Le sonaron las tripas. Peló las raíces, las picó muy finas y las hirvió hasta

ablandarlas. Después de colarlas, las hizo puré y comenzó a darle forma redonda y plana.

—Anoche recordé muchas cosas —dijo él—, después de que te durmieras.

Ella se enderezó para escrutarle el rostro. Mirar abrió los párpados. Parecía un desconocido, con las facciones tensas por emociones que Emerahl nunca le había visto mostrar. De nuevo, temió estar hablando con Leiard.

—¿Como cuáles?

Él bajó los ojos al suelo, pero con la mirada dirigida hacia algún punto distante. «Hacia sus recuerdos —supuso ella—. Recuerdos desagradables, a juzgar por su expresión».

—La confusión. Cuando me encontraron entre los escombros, desperté, como si hubiera estado dormido. No sabía quién era, y los demás tampoco. Al no reconocermé, dieron por sentado que era uno de los tejedores comunes que se habían visto sorprendidos por el derrumbamiento de la Casa. Tenía el cuerpo retorcido y deformado. No podía andar, ni comer sin ayuda. Presentaba un aspecto tan aterrador que me escondieron para que no asustara a las mujeres ni a los niños pequeños.

Hablaba en un tono suave, exento de ira, pero cargado de un horror contenido. Ella se estremeció, acongojada por los sufrimientos que había tenido que soportar su amigo. Consternada porque el gran Mirar había quedado reducido a un tullido sin memoria.

—Me restablecí muy lentamente —prosiguió él—. Se me cayó el pelo y me creció de nuevo, encanecido. No podía cortármelo y, cuando por fin estuve en condiciones, había olvidado los motivos por los que quería hacerlo. En cuanto conseguí mover las piernas lo suficiente para caminar, huí de Jarime. La ciudad me asustaba, pero no recordaba por qué. Así que fui cojeando de una población a otra, de una aldea a otra, alejándome cada vez más. Mendigaba y hurgaba en la basura. En algunos sitios me acogían con caridad; de otros me echaban con cajas destempladas. Aquella existencia penosa se prolongó durante años y años. —Suspiró—. A pesar de todo, iba recuperando las fuerzas. Mis cicatrices desaparecieron poco a poco. Mientras unos recuerdos se desvanecían, otros volvían. Recordé que era tejedor de

sueños, pero tardé mucho tiempo en confeccionarme un chaleco o en ofrecer mis servicios. Cada vez permanecía más tiempo en cada localidad; años, en lugar de meses. Mi estancia más larga fue de más de una década, después de... —Hizo una pausa y torció el gesto—. Después de descubrir a una niña con tanto potencial que no pude hacer otra cosa que quedarme para instruirla.

—Auraya —aventuró Emerahl.

Él asintió.

—Habría sido una buena tejedora de sueños.

—¿Tú crees? —preguntó Emerahl, algo sorprendida.

—Sí. Es inteligente, compasiva, con dones notables. Posee todas las cualidades necesarias.

—Salvo por su ligera preferencia por los dioses.

Él sonrió, apesadumbrado.

—Sí, salvo por eso. Ellos estropearon mis planes una vez más. O los de Leiard, para ser exactos. —Frunció el entrecejo—. El edificio del sueño es la Torre Blanca. En ese entonces no existía, pero se construyó en el terreno donde antes se alzaba la Casa de los Tejedores. Creo que ver eso estimuló mi memoria.

Emerahl se inclinó hacia delante.

—Bueno, ¿y Leiard continúa ahí dentro?

—No lo sé. —Mirar levantó la vista hacia ella con expresión enigmática—. Supongo que ha llegado el momento de averiguarlo.

Ella asintió.

—Supongo que sí. —Lo observó en silencio por unos instantes—. ¿Quieres que lo invoque?

—Más vale que acabemos con esto de una vez.

Emerahl respiró hondo.

—Leiard. Háblame.

Él abrió mucho los ojos y crispó el rostro. Emerahl contempló horrorizada que los rastros de Mirar se borraban para dar paso a una máscara de terror. Él abrió la boca, aspiró una gran bocanada de aire, se tapó la cara y emitió un gemido de dolor..., un débil grito de angustia y miedo.

«Parece evidente que Leiard no ha desaparecido», pensó ella con

amargura.

Él estaba poniéndose de pie. Emerahl se levantó apresuradamente y se le acercó.

—Leiard, tranquilízate.

El lamento sonó cada vez más bajo, hasta extinguirse por completo. Él se llevó las manos a los lados de la cabeza, como si quisiera aplastársela.

—Una mentira —dijo, jadeando—. Una mentira... ¡y ella no lo sabe! No sabe que se enamoró de algo que... —Cerró los párpados con fuerza—. No era real. —De pronto, abrió los ojos y los clavó en Emerahl. Dio unos pasos hacia ella y la aferró por los hombros—. Pero ¡lo soy! Si no lo fuera, ¿cómo podría pensar y sentir? ¿Cómo puedo no ser real?

Emerahl le sostuvo la mirada. El tejedor parecía bascular entre la locura y la desesperación. Ella sintió una punzada de compasión.

—Se esmeró demasiado al crearte —dijo casi sin darse cuenta.

Él la soltó con un empujón de rechazo. Emerahl se tambaleó hacia atrás y se golpeó el talón contra la cama. El dolor le arrancó un quejido. Sin embargo, Leiard no reparó en ello.

—¿Por qué me dio la capacidad de amar? —exclamó—. ¿Cómo lo consiguió, si él mismo es totalmente incapaz? —Hizo una pausa y giró sobre los talones para lanzarle a ella una mirada acusadora—. ¿De modo que ese era su plan? ¿Crear a otra persona y luego matarla? Es como si hubiera engendrado a un niño para asesinarlo después.

«No le falta razón», pensó ella.

Entonces sacudió la cabeza. Leiard no era una persona de verdad. No había nacido. No se había criado en el seno de una familia. Su personalidad no se había desarrollado con el tiempo; era una invención. Tenía sentido que Mirar dotara a su otra identidad de una conciencia propia, pues de lo contrario habría carecido de instinto de supervivencia.

De repente, él apartó la vista y echó a andar hacia la salida de la cueva con aire decidido. El corazón de Emerahl dejó de latir por unos instantes.

—¡Leiard! —gritó—. No debes abandonar la seguridad de... —Él siguió caminando—. ¡Maldición! ¡Mirar! ¡Vuelve!

El hombre se detuvo. Ella vio que erguía la espalda y se volvía para

contemplarla con expresión seria. Era imposible determinar si su invocación había funcionado. Para su gran alivio, él regresó al centro de la cámara.

—No ha sido agradable —murmuró mientras se sentaba en el extremo de la cama.

—¿Mirar? —preguntó ella con vacilación.

—Sí, soy yo —confirmó él, tendiéndose en el lecho con el entrecejo arrugado—. En fin. ¿Qué quieres probar a continuación, Vieja Arpía?

Ella soltó un resoplido al oír que la llamaba así. La Vieja Arpía. Suministradora de remedios para enfermedades o circunstancias adversas.

—Tiempo —dictaminó ella—. Necesito pensar. Y tú también. —Se puso de pie—. ¿Puedo confiar en que no te moverás de aquí?

—Sí, puedes confiar en mí —le aseguró Mirar—. No volveré a entregarle las riendas a él voluntariamente.

—Bien —declaró ella—, porque no puedo quedarme a vigilarte. Tenemos que comer y dormir. Empezaremos a pasarlo mal aquí si no vació esos cubos.

Él echó un vistazo a su propio cubo de desechos y la miró como disculpándose.

—Detesto pasar de un tema desagradable a otro, pero lo cierto es que utilicé el mío mientras no estabas.

Ella se encogió de hombros. Se acercó al cubo y lo levantó.

—Me ocuparé de eso ahora... e intentaré encontrar algo más interesante para desayunar.

—Gracias —dijo él, y añadió con cierta timidez—: También necesitamos un poco de agua fresca.

Con un suspiro, Emerahl recogió el cubo de agua y salió de la cueva con paso veloz. Sus pisadas resonaron en el túnel, pero pronto quedaron ahogados por el estruendo de la cascada. Al final del pasadizo, ella se detuvo para contemplar el agua que caía.

«Es como si hubiera engendrado a un niño para asesinarlo después».

La reacción de Leiard le había afectado, y sus palabras le habían provocado escalofríos. Estaba claro que él comprendía qué le deparaba el destino con toda seguridad... Y no le gustaba. Iba a luchar por su existencia.

«Esto no es bueno —se dijo Emerahl—. No puede ser sano que dos

personas se disputen el control del mismo cuerpo».

Por muy cruel que pareciera, Leiard era una invención. Mirar era la persona real. Los dos no podían continuar existiendo.

Ella suspiró y salió de la cueva. La lluvia había cesado y el sol asomó por detrás de una nube, reflejándose en las gotitas de agua que lo cubrían todo. Ella se detuvo a admirar el espectáculo. Era hermoso. Romántico, incluso. Pensó en las alusiones de Leiard a Auraya. El hecho de que una creación de Mirar pudiera experimentar el amor romántico resultaba curioso. Sin duda esto quería decir que él mismo era capaz de sentirlo.

De ser así, tal vez Mirar poseía todas las cualidades de Leiard. Quizá no le gustaban esos aspectos de sí mismo, pero Leiard era la prueba de que los tenía.

«No se trata de una batalla entre Leiard y Mirar —pensó ella de pronto—, sino de una lucha de Mirar contra aquellas partes de sí mismo que le desagradan o no acepta.

»En ese caso, necesita...».

Sus sentidos percibieron fugazmente una emoción que procedía de otra mente. Se quedó paralizada, luego se obligó a tranquilizarse y escudriñó su entorno. A su izquierda, un varón la acechaba. Por la inquietud y la preocupación que irradiaba, ella dedujo que su presencia en Si lo había alarmado. ¿Estaría solo?

Con el corazón latiéndole a toda prisa, exploró la zona y localizó otra mente. Dos mentes..., no, tres. «¡Cuatro!».

«¡Y yo que creía que escondernos aquí era una idea genial! —se lamentó—. Si nos han descubierto tan fácilmente... Pero ¿quién más puede haberse adentrado tanto en Si?

»Los siyís, por supuesto».

Su temor remitió un poco. Siempre cabía la posibilidad de que los dioses la observaran a través de los ojos de los siyís, pero era poco probable. Percibió curiosidad además de recelo, y supuso que les había sorprendido encontrarse allí con ella.

Sin embargo, estaban más asustados de lo que ella habría esperado. No acertaba a imaginar por qué tenían miedo a una pisatierra solitaria. Tal vez

temían que no estuviera sola.

«Bueno, más vale que intente comunicarme con ellos. De lo contrario, seguramente irán en busca de refuerzos. En cambio, si los convengo de que no albergo malas intenciones ni pretendo permanecer mucho tiempo aquí, quizá me dejen en paz».

Tras dejar el cubo en el suelo avanzó despacio por la orilla del río, fingiendo que buscaba comida. Cuando se hallaba lo bastante cerca de los siyís para que la oyeran por encima del rugido del agua, se enderezó y dirigió la vista deliberadamente hacia donde sabía que se encontraban los cuatro desconocidos.

—Os saludo, seres del cielo —gritó, esperando que el idioma de los siyís no hubiera cambiado demasiado.

Se produjo un silencio largo y tenso durante el que uno de ellos cavilaba sobre lo que debía hacer. Cuando Emerahl percibió que llegaba a una decisión, volvió la mirada en su dirección y vio que algo se movía entre los árboles.

Un siyí de cabello cano surgió de la espesura. Se detuvo y emitió una serie de sonidos y silbidos. Emerahl entendió lo suficiente para saber que estaba presentándose.

—Te saludo, Vice, portavoz de la tribu del río del Norte —respondió—. Me llamo Jade Danzante.

—Salud, Jade Danzante. ¿Por qué has venido a Si?

Ella meditó su respuesta con detenimiento.

—Cuando me enteré de que se avecinaba una guerra, vine aquí a esperar a que terminara.

—Entonces puedo darte una buena noticia —dijo él—. La guerra duró poco. Finalizó hace casi dos ciclos lunares.

Ella simuló alegrarse.

—¡Pues sí que es una buena noticia! —Y se apresuró a agregar—: No es que Si no me guste, pero es un poco... inhóspito para los pisatierra.

Cuando el hombre se aproximó unos pasos, ella percibió una suspicacia persistente.

—El bosque es peligroso, y el viaje hasta aquí, difícil para quienes no

tenéis alas. ¿Cómo te las has arreglado para vivir aquí? ¿Cómo es que conoces nuestro idioma?

Emerahl se encogió de hombros.

—He residido muchos años cerca de la frontera de vuestro país —le dijo—. Poseo conocimientos y dones... y una vez ayudé a un siyí herido, que me enseñó vuestro idioma. Me gano la vida como sanadora, cuando estoy entre los míos.

—¿No eres sacerdotisa?

—¿Yo? —preguntó, sorprendida—. No.

—Creía que todos los pisatierra dotados se ordenaban sacerdotes.

—No. Algunos no queremos.

Vice entornó los párpados.

—¿Por qué no?

«Pero qué tipo tan entrometido», pensó ella.

—No quiero rendir cuentas a nadie ni que me digan lo que tengo que hacer.

Por primera vez, él sonrió.

—Perdona que te haga tantas preguntas. Hay dos motivos para ello. Temíamos que fueras una hechicera pentadriana que en una ocasión nos atacó. Como pronto habrá sacerdotes entre nosotros, tenía curiosidad por saber por qué alguien no querría serlo.

«¿Habrá sacerdotes entre los siyís? —La noticia la entristeció. Habían vivido muchos años libres de la influencia circuliana—. Supongo que ahora necesitan protección contra la amenaza pentadriana».

Contempló al anciano. Aunque ya no irradiaba ansiedad, aún refrenaba su curiosidad por cautela. Emerahl estaba segura de que ni él ni sus acompañantes tenían la menor intención de hacerle daño. Creían que estaba sola, y ella no pensaba sacarlos de su error. Presentarles a Mirar habría sido arriesgado. No, más valía convencerlos de que era una mujer solitaria e indefensa.

Se puso en cuclillas y se lavó las manos con el agua fría e impetuosa.

—Hay un árbol de frutacesta río abajo —señaló—. ¿Os gustaría quedaros a comer conmigo? Hace mucho que no disfruto de compañía.

Tras lanzar una mirada hacia donde se encontraban sus acompañantes, él asintió.

—Sí, nos gustaría. No podemos entretenernos demasiado, pues ya se nos ha hecho tarde para reunirnos con nuestra tribu, pero disponemos de tiempo suficiente para comer y conversar. —Emitió un fuerte silbido.

De entre los árboles salieron los otros tres siyís: dos jóvenes y una mujer madura. Se acercaron, nerviosos, sin despegar los ojos de Emerahl. Vice se los presentó. Ella les dedicó una sonrisa a todos, se puso de pie y les indicó con un gesto que se aproximaran.

—Seguidme. No sé vosotros, pero yo hablo más a gusto cuando no tengo hambre.

A continuación, los guio río abajo, alejándolos de Mirar.

El cielo era un manto turbulento de nubes bajas y negras. Los relámpagos la deslumbraban. No se oían truenos; reinaba el silencio.

«La noche anterior a la batalla no hubo tormenta —pensó Auraya mientras pasaba por encima de los cuerpos—. Bueno, tampoco había cadáveres parlantes».

Se esforzaba por no mirar a los muertos a la cara, pues había descubierto que eso los dotaba de movimiento. Sin embargo, atravesar el campo de batalla sin bajar la vista resultaba complicado. La oscuridad entre el destello de los rayos era absoluta. Llegó el momento que el pie se le enganchaba en un cadáver, y ella no podía evitar mirar hacia abajo.

Unos ojos inyectados en sangre se clavaron en ella. Unos labios se movieron.

—Tú me mataste —resolló el muerto.

«Solía despertarme en este punto —pensó—. Pero ya no».

—Tú me mataste —dijo otra voz. Era una mujer. Una sacerdotisa. Después habló otro, y luego otro. Alrededor de ella, los cuerpos se rebullían. Los que podían, se levantaban. Los que no, se arrastraban. Todos avanzaban hacia ella, repitiendo su acusación en voz cada vez más alta.

—¡Tú me mataste! ¡Tú me mataste! ¡Tú me mataste!

Ella arrancó a correr, pero no había manera de escapar. Estaba rodeada. «En este momento también solía despertarme». Extendieron los brazos hacia ella. Se vio empujada contra un montón de cuerpos descompuestos y putrefactos. Aquellos rostros se apretaban contra el suyo, con sangre y baba escurriéndoles de la boca. Notó que le oprimían el pecho con sus dedos huesudos, de modo que le costaba respirar. Pronunciaban las mismas palabras una y otra vez.

—¡*Ohuaya!* ¡*Ohuaya!*

«¿Qué...?».

De pronto, estaba despierta, contemplando unos ojos grandes bordeados de pestañas finas. Los ojos de un viz.

—*Ohuaya* —repitió Travesuras en voz alta, esta vez con un claro deje de satisfacción. Estaba sentado sobre su pecho, cambiando su peso de una pata a otra.

—¡Travesuras! —exclamó ella. Cuando se incorporó, él saltó a la cama. Auraya respiró hondo, exhaló despacio y se volvió hacia el animalillo.

—Gracias —murmuró.

—¿Rasca? —sugirió él.

Ella lo complació y le rascó el lomo, disfrutando con el tacto de su suave pelaje. Mientras él emitía ruiditos de placer, ella meditó sobre sus pesadillas. Lejos de mejorar, eran cada vez peores. No tenía idea de lo que esto significaba.

«Tal vez debería consultar a un tejedor de sueños».

Pensó en los que iban a trabajar en el hospital. ¿Accederían a ayudarla, o sería pedirles demasiado? «Claro que me ayudarían. Están obligados a asistir a quien se lo pida».

¿Cómo sería la sanación por sueños? ¿En qué consistiría? En algún tipo de conexión mental...

«Ah».

Establecer una conexión mental sería demasiado arriesgado. La persona con la que conectara podría descubrir sus verdaderos planes respecto a los tejedores.

«No puedo hacer nada. Estoy condenada a tener estas pesadillas para

siempre. —Se acostó de nuevo, maldiciendo por lo bajo—. Me lo merezco — se dijo—. ¿Cómo puedo plantearme siquiera pedir ayuda a los tejedores cuando estoy poniendo todo mi empeño en acarrear su ruina?».

Travesuras soltó un gemido de tristeza, tal vez por haber intuido su estado de ánimo. Ella notó que el viz se acercaba, y sintió su peso contra su cadera cuando se hizo un ovillo a su lado. Poco a poco, su respiración ligera se hizo más lenta. Auraya la escuchó durante un rato, pugnando por no dormirse.

De repente, se encontraba de pie bajo un cielo negro y encapotado que le resultaba muy familiar...

La Andana estaba abarrotada de gente pese al caluroso sol de la mañana. Sus gritos de júbilo eran alentadores. Reivan avanzaba para reunirse con los Acompañantes de las Voces, con el corazón un poco más acelerado de la cuenta.

«Cuando sea una Acompañante, encontrarme ante multitudes como esta se convertirá en algo habitual —reflexionó—. Me pregunto cuándo dejará de parecerme emocionante».

Las Voces descendieron por la escalinata principal del Santuario. Al pie de la escalera, cuatro grupos formados por cuatro esclavos musculosos, cada uno encabezado por un capataz, aguardaba junto a unas sillas de manos. Las Voces se separaron y cada una subió a una litera. Una vez que se acomodaron en los asientos, los esclavos se cargaron las angarillas al hombro y echaron a andar por la vía.

Los Acompañantes comenzaron a caminar en fila tras las literas. Nadie dijo una palabra. Reivan exhaló un suspiro de alivio al percatarse de que, por primera vez en una semana, nada requería su atención. Por fin disponía de un poco de tiempo para pensar.

Los días de Reivan se habían vuelto largos y ajetreados. Imenja la quería a su lado durante varias horas casi a diario. Algunas veces, le pedía que presenciara una reunión o un debate; otras, que la observara mientras llevaba

a cabo tareas de las que Reivan tendría que ocuparse en cuanto asumiera las responsabilidades de una Acompañante. Eran tareas como organizar el horario de Imenja, recibir o enviar regalos o donativos, rechazar sobornos y escuchar informes sobre las labores encomendadas a otros Servidores.

Al mismo tiempo, seguía adelante con su formación. Imenja había consumido todo el tiempo que Reivan necesitaba para aprender a utilizar sus habilidades, si es que las tenía, y más. En los ratos que le quedaban, Reivan estudiaba leyes, historia y teología. Por fortuna, sus años de lecturas en el monasterio donde había crecido estaban revelándose muy provechosos, e incluso Drevva reconocía que Reivan tenía más conocimientos que el Servidor novicio medio.

Reivan se acostaba tarde y se levantaba temprano. La lista de funciones que tendría que cumplir como Acompañante era tan larga que empezaba a sentirse agobiada.

—¿Cómo me las arreglaré para hacer todo esto? —le había preguntado a Imenja, que había sonreído.

—Delega.

—¿Que encargue parte del trabajo a otros? Pero ¿cómo sabré en quién puedo confiar?

—Si no son de fiar, yo te lo diré, y aunque no te lo dijera, no tardarías en averiguar quiénes lo son y quiénes no. No te culparé por los errores de otros.

—¿Y si nadie quiere hacerlo?

Imenja se había reído.

—Creo que encontrarás a muchos Servidores dispuestos y ansiosos por ayudar. Al igual que tú, están aquí para servir a los dioses.

—¿Me estáis diciendo que de hecho podré recompensar a la gente endosándole trabajo?

—Sí, siempre y cuando no se lo espongas en esos términos. Estarás honrándolos con un cometido tan importante que solo lo confiarías a unos pocos.

Había muchos ritos y ceremonias a los que tenían que asistir los Acompañantes, pese a que no desempeñaban papel alguno en ellos. Reivan sospechaba que iban allí por si surgía la necesidad de utilizarlos como

recaderos. Seguramente por eso nadie se sorprendía cuando Imenja llevaba a Reivan consigo.

Hoy sería testigo del rito del Sol. Nunca antes había presenciado la ceremonia de fertilidad, ni mucho menos participado en ella. Se celebraba en honor de los matrimonios. Los matrimonios ricos. Solo los participantes y los Servidores se hallaban presentes durante todo el acto, si bien algunas Voces asistían a la primera parte del rito.

Este despertaba una gran curiosidad entre los pentadrianos jóvenes —y todos los forasteros—, porque muy poca gente hablaba de él. A los Servidores que intervenían en las ceremonias se les obligaba a jurar que protegerían la privacidad de los participantes, que rara vez estaban dispuestos a describir sus experiencias. Los avvenianos, como pueblo, consideraban descortés y de mal gusto desvelar las intimidades de su matrimonio.

Esta renuencia de los pentadrianos a tocar el tema del rito daba pie a toda clase de especulaciones disparatadas entre los extranjeros. En la época en que trazaba mapas de las minas en Ithania del Norte, Reivan había conocido a muchos sennenses que creían que su pueblo practicaba orgías rituales. Ella les explicaba que solo las parejas casadas tomaban parte en las ceremonias, pero eso no convencía a los extranjeros de que no tenían nada de obscenas.

«Mientras estén relacionadas con el sexo —pensó—, les parecerán depravadas. Los sennenses son aún más remilgados que los pentadrianos. Me pregunto si los circulianos serán así también».

La muralla curva del templo de Hrun apareció más adelante. Reivan contempló las sombras distantes del arco de entrada. Cada vez hacía más calor, y ella empezaba a descubrir lo incómoda que podía ser su túnica negra bajo un sol intenso.

Miró con envidia a los esclavos que caminaban delante de ella y que no llevaban más que unos pantalones cortos. Las gotitas de sudor relucían en su piel bronceada. Ella recordó un rumor que había oído hacía poco tiempo. Uno de los esclavos libertos del ejército se había casado con una Servidora. Reivan se preguntó qué delito habría cometido el hombre originalmente para que lo condenaran a la esclavitud. Seguramente la Servidora no lo habría aceptado como esposo si hubiera sido un violador o asesino.

¿Eran culpables los hombres que avanzaban ante ella de actos tan atroces? Los examinó con aire dubitativo. En teoría, convertir a los delincuentes en esclavos del Santuario era mejor que encerrarlos en prisiones. Todos los Servidores poseían habilidades mágicas y por tanto podían defenderse si algún esclavo causaba problemas.

«Salvo yo —pensó Reivan—. Espero que mis compañeros Servidores se acuerden de eso... o, mejor aún, que quienes me apoyan se acuerden y mis enemigos no».

La silla de manos en que viajaba Imenja llegó a la puerta del templo y la atravesó. Los momentos que Reivan tardó en resguardarse del sol abrasador se le antojaron interminables. Poco después, caminaba al fin en la sombra fresca de un amplio pasillo arqueado. Una brisa deliciosa la refrescaba. Dirigió la vista al frente y soltó un jadeo, maravillada.

Al final del pasillo se divisaba un verdor exuberante. Dos puertas abiertas revelaban un gran círculo de césped y plantas. Un estanque centelleaba en el centro, y unos arriates bajos bordeaban el césped. Aunque se trataba de un espacio descubierto, las fuentes mantenían el aire húmedo. Era como un oasis en medio del desierto.

Tras salir del pasillo, siguió a los esclavos por un sendero que rodeaba el jardín, a la sombra de una galería larga y curva. A lo largo de la pared interior del templo había puertas abiertas a intervalos regulares. Reivan calculó que eran más de cincuenta.

Los esclavos transportaron las cuatro literas al fondo del jardín, donde las depositaron en el suelo ante un estrado. Un Servidor Devoto se acercó para recibir a las Voces.

Cuando Reivan lo reconoció, la recorrió un escalofrío de gusto. Era Nekaun, el Servidor Devoto que le había dado la bienvenida cuando la habían nombrado Servidora novicia. El día anterior, ella se había enterado de que Nekaun se encontraba entre quienes aún tenían posibilidades de obtener el puesto de Voz Primera tras haber superado una prueba de fuerza mágica. Reivan lo observó mientras saludaba a las cuatro Voces y las invitaba a tomar asiento. Unos Servidores les llevaron cuatro bancos. Al ver que los otros Acompañantes se sentaban en el borde del estrado, Reivan los imitó.

—Que dé comienzo el rito del Sol.

Neukan inclinó la cabeza y se volvió hacia el jardín. A una palmada suya, empezaron a salir Servidores en fila. Mientras caminaban, entonaron una canción. Era una melodía solemne y a la vez jubilosa, y Reivan alcanzó a distinguir frases sobre el amor y los niños. Supuso que se trataba de Servidores guía que orientarían a las parejas que participaran en el rito.

A continuación aparecieron los matrimonios. Todos llevaban las prendas blancas y sencillas que les había facilitado el templo, e iban descalzos. Una vez en el jardín, avanzaron sobre el césped y se detuvieron allí a esperar. Unos parecían emocionados; otros, nerviosos. Sus edades variaban de manera considerable. Unos apenas habían alcanzado la edad adulta, mientras que otros eran de mediana edad. Reivan se fijó en algunos emparejamientos curiosos, obviamente motivados por el dinero o la posición social: hombres mayores con mujeres jóvenes, feos con atractivas; incluso una mujer mayor con un joven, aunque ambos parecían satisfechos con la situación.

«No envidio a los Servidores guía», pensó Reivan.

La canción llegó a su fin. Nekaun se dirigió hacia la hierba.

—El rito del Sol es antiguo —dijo a los participantes—, introducido por Hrun hace muchos miles de años. Su propósito es enseñar el arte del placer y las técnicas para una vida armoniosa, así como favorecer la creación de vidas nuevas. Hoy se celebrará en templos de toda Ithania del Sur e incluso en zonas de Ithania del Norte donde nuestra gente aún es bien recibida.

»Permaneceréis un mes con nosotros. Comeréis de forma opípara hasta que el fuego en el interior de la mujer arda con fuerza, beberéis hasta que el pozo en el interior del hombre se llene del agua de una nueva vida.

Cuando Reivan se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido, se apresuró a suavizar su expresión. Algunos de los grandes Pensadores del siglo anterior habían declarado que la antigua creencia de que el hombre era la fuente de vida nueva y la mujer literalmente un horno en el que cocerla —cuanto más ardiente, mejor— era una superchería. Al diseccionar cadáveres de mujeres muertas, no habían encontrado el menor rastro de fuego: ni llamas, ni cenizas, ni quemaduras. El fuego necesitaba combustible y aire. No había indicios de que ninguna de las dos cosas existieran dentro del cuerpo femenino.

Tras examinar los órganos internos de hombres y mujeres tanto fértiles como infértiles, habían concluido que la mujer criaba semillas en su organismo, mientras que el hombre se limitaba a proporcionar nutrientes. No era una idea muy popular, y la mayoría de los Pensadores no la habían aceptado, ni siquiera cuando se les había insinuado que cuantos más nutrientes aportara el hombre, más fuerte y sano sería el niño.

Nekaun seguía dirigiéndose a la multitud, hablando sobre la exploración y el aprendizaje, sobre los desafíos y las recompensas. Ella no pudo evitar quedarse absorta en sus pensamientos.

«Supongo que, como Servidora, se esperará de mí que suscriba la teoría de las llamas y el agua, pese a que me inclino más a creer en la teoría de la semilla y los nutrientes, por mis lecturas y por lo que he oído contar a quienes han llevado a cabo experimentos y disecciones. Sin embargo, los dioses nunca permitirían que sus Servidores propagaran ideas erróneas, ¿o sí?».

Nekaun había terminado de hablar. Dio una palmada, y de una puerta lateral salió una fila de criados cargados con jarras o bandejas repletas de copas de cerámica. Dos de ellos se acercaron al estrado y sirvieron bebidas a las Voces, los Acompañantes, Reivan y por último a Nekaun. Los demás ofrecieron refrigerios a los Servidores dispersos por el jardín.

Cada Servidor cogió tres copas, las llenó y se dirigió hacia la zona de césped para elegir una pareja. Reivan advirtió que quienes escogían a matrimonios en los que había un participante mayor solían ser Servidores maduros. Una vez que todas las parejas se convirtieron en tríos, Nekaun alzó su copa por encima de su cabeza.

—Brindemos por Hrun, el Dador de Vida.

—Por Hrun —corearon todos.

Cuando Nekaun se llevó la copa a los labios, las Voces, los Acompañantes y los participantes siguieron su ejemplo. La bebida era un licor sorprendentemente fuerte, rico en sabores afrutados, de nueces y especias.

—Brindemos por Sheyr, rey de los dioses.

—Por Sheyr.

No era el único rito en el que se mencionaba al dios principal después de

un dios menor. En las numerosas ceremonias de los Servidores guerreros, se nombraba a Alor primero. A continuación, Nekaun pronunció el nombre de esta deidad.

—Brindemos por Alor, el Guerrero.

—Por Alor.

Tres tragos habían bastado para causarle una sensación cálida en el estómago a Reivan. Aquella bebida estaba deliciosa. «Lástima que la copa sea tan pequeña».

—Brindemos por Ranah, diosa de la Luna.

—Por Ranah.

Ahora ella notó que el alcohol empezaba a calentarle la sangre. Contempló desanimada los posos en el fondo de la copa.

—Brindemos por Sraal, el Comerciante de Almas.

—Por Sraal.

Después de tomar el último trago, Reivan se quedó mirando la copa vacía con nostalgia. Se preguntó cómo se llamaba esa bebida, si era un producto sagrado del templo de Hrun o podía comprarse en otra parte.

—Eso no forma parte del rito —murmuró Vervel.

Al alzar la vista, Reivan vio que Nekaun estaba caminando entre las parejas, dándoles la bienvenida en persona.

—No —convino Imenja—. Los Servidores superiores del templo de Hrun siempre se han tomado la libertad de añadir toques propios a la ceremonia.

—Me gusta lo que está haciendo —comentó Genza, observando a Nekaun—. Sirve para tranquilizarlos. —Se volvió hacia Imenja—. ¿Tú qué opinas entonces?

Imenja esbozó una sonrisa torcida.

—¿Sobre que él sea Voz Primera? Creo que con el tiempo llegaría a estar a la altura del cargo.

Shar soltó una risita.

—Imagino que no tardaría mucho.

—Es popular —dijo Genza, posando de nuevo la mirada en Nekaun.

—Entre los Servidores. Pero ¿y el pueblo? —preguntó Vervel.

—No tiene motivos para estar en su contra —respondió Shar—. Es difícil

ofender a alguien cuando eres Servidor superior del templo de Hrun.

—Un papel que él ha desempeñado bien —agregó Imenja. Entornó los ojos y los fijó en Nekaun—. Es uno de mis candidatos preferidos. Puede que los demás tengan más experiencia, pero son menos...

Dejó la frase en el aire. Nekaun caminaba de vuelta hacia su sitio, al borde del jardín. Dirigió de nuevo unas palabras a las parejas. Reivan no alcanzó a entender lo que decía, pero oyó un susurro tras sí.

—¿... encantadores?

Al echar una ojeada hacia atrás, vio que Genza arqueaba una ceja en un gesto provocador hacia Imenja, que rio por lo bajo.

—Carismáticos.

Ambos devolvieron su atención a Nekaun. Reivan alzó la vista y le oyó decir algo acerca del inicio de las clases. Los Servidores reanudaron su canto mientras salían del jardín, seguidos por sus parejas elegidas. Cada uno se encaminó hacia una de las puertas abiertas de la pared interior. Las atravesaron y las cerraron a sus espaldas, finalizando la canción. De pronto, el jardín quedó desierto y en silencio.

Imenja se puso de pie, y las otras Voces hicieron lo mismo. Cuando se levantó, Reivan se sintió algo mareada. Un criado se acercó para recoger las copas vacías. Nekaun regresó junto a ellos, sonriendo con satisfacción notoria.

—Ha sido una ceremonia preciosa, Servidor Devoto Nekaun —le comentó Imenja.

Él inclinó la cabeza.

—Gracias, Voz Segunda. Gracias a todos por participar.

Imenja adoptó una expresión seria.

—Siempre hemos participado. Este año es más importante que nunca regocijarse con la creación de nueva vida además de llorar las pérdidas y muertes. Nos infunde esperanza.

Nekaun asintió.

—En efecto. ¿Volveréis al Santuario ahora, o queréis quedaros al banquete?

—Volveremos ahora —contestó ella—. Como de costumbre, tenemos

mucho que hacer.

—En ese caso, permitid que os acompañe hasta la portalada.

Reivan lo examinó con atención. Intentó imaginarlo con una actitud orgullosa y prepotente, como la de Kuar, en vez de amable y complaciente, pero no lo consiguió.

«Una cosa está clara —pensó—. Si lo nombran Voz Primera, no se parecerá en nada a su antecesor. Lo que no sé es si eso será bueno o malo».

Cuando el platén enfiló la calle, Auraya se sintió aliviada al comprobar que no había una multitud esperando frente al hospital. Cuatro guardias permanecían apostados junto a la puerta, alertas y listos para pedir ayuda a quienes aguardaban dentro si surgían problemas de los que no pudieran encargarse solos.

Habían empleado a guardias adicionales después de que unos matones callejeros redujeran a dos unas noches atrás para que una banda irrumpiera en el hospital. Los intrusos habían destrozado algunos muebles y se habían llevado material, pero no habían dañado ni robado ningún objeto irremplazable. Aunque nadie había visto a los ladrones, los matones contratados para neutralizar a los guardias habían sido capturados. Declararon que actuaban bajo las órdenes de unos jóvenes pudientes de la zona alta de la ciudad.

Un peón estaba retocando la pintura de una pared con movimientos presurosos. Auraya leyó en su mente que alguien había distraído a los guardias la noche anterior y había escrito una frase despectiva contra los tejedores de sueños. Ella reprimió un suspiro.

La oposición al hospital era inevitable. La gente rara vez abandonaba sus prejuicios de la noche a la mañana, incluso cuando parecía que eso era lo que los dioses querían. Si no les gustaba la decisión que estos habían tomado, alegaban que no era más que una mala interpretación humana de su voluntad.

«Y puede que estén en lo cierto —reflexionó—. Las órdenes que recibí provenían de Juran, no directamente de una deidad». Sin embargo, aunque la idea de abrir un hospital se le hubiera ocurrido solo a Juran, los dioses no

habrían permitido que prosperara si no la hubieran aprobado.

El pintor levantó la mirada. Se le desorbitaron los ojos al verla. Tras dar unos últimos toques rápidos a la fachada del hospital con la brocha, entró en el edificio a toda prisa. Cuando el platén se detuvo frente a la puerta, los guardias se pusieron firmes y realizaron la señal del círculo.

Auraya recogió el paquete que tenía a su lado, en el asiento, y se apeó. Caminó con paso resuelto hasta la puerta del hospital y la abrió por medio de la magia. Cuando pasó al interior de la sala que había al otro lado, varios rostros se volvieron hacia ella. Percibió el alivio de los sacerdotes por su llegada y supo que habían estado esperando en un silencio tenso. El motivo de su incomodidad eran los cinco tejedores de sueños que se encontraban tranquilamente de pie detrás de Raeli. Pese a su actitud serena, Auraya detectó en ellos expectación, curiosidad y miedo.

Les dedicó una sonrisa a todos y, como siempre, le sorprendió un poco la eficacia con que aquel gesto tan sencillo atenuaba el nerviosismo del ambiente.

—Gracias por venir —dijo, mirando a cada uno de los presentes a los ojos—. Lo que iniciamos hoy es una tarea noble, pero no exenta de peligros. Sucesos recientes me han convencido de que una ceremonia pública con motivo de la inauguración de este hospital solo nos acarrearía problemas, y sé que todos compartís mi opinión. En vez de ello, celebraremos la ocasión con un acto discreto y privado.

»Tejedora de sueños Raeli y sacerdote superior Tilor, salid al frente, por favor.

Los dos se le acercaron con expresión seria y digna. Auraya desenvolvió el paquete, dejando al descubierto una placa de madera con una inscripción en letras de oro: «En beneficio de todos». Percibió la aprobación tanto de los tejedores como de los sanadores.

La placa había sido idea de Danyin, que también había concebido las palabras. Le parecía que destilaban una ironía muy apropiada, pues la norma de los tejedores de no negar su ayuda a nadie conduciría a su perdición. A Auraya le recordaban la razón por la que hacía todo aquello: para salvar almas que de otro modo podrían apartarse de los dioses.

Raeli y Tilor volvieron la vista hacia la entrada del pasillo, donde habían colocado dos escaleras pequeñas. Un par de cadenas pendían del techo, separadas por la misma distancia que los ganchos sujetos a la parte superior de la placa. Auraya les tendió la placa a la tejedora y el sacerdote. Cada uno cogió un extremo, y juntos avanzaron hacia la entrada del pasillo, subieron los peldaños y engancharon las cadenas. Una vez que la placa estaba colgada en su sitio, Auraya extendió las manos a sus costados en un gesto enfático, tal como requería la ocasión.

—Declaro inaugurado el hospital.

Los tejedores y sanadores se relajaron. Tras bajar al suelo, Raeli y Tilor se contemplaron el uno al otro. Una sonrisa se dibujó en la cara del sacerdote, y las comisuras de los labios de Raeli se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Todo está preparado —dijo Auraya—. Ahora solo nos faltan pacientes a los que atender.

Los dos intercambiaron una mirada.

—De hecho —señaló Tilor—, ya los tenemos. Llegaron anoche: una mujer con un parto difícil y un anciano con los pulmones dañados.

—La mujer y el niño están recuperándose —añadió Raeli—. En cuanto al anciano... —Se encogió de hombros—. Creo que la edad es una causa de su mal, tanto como su enfermedad. Hemos conseguido mantenerlo estable.

Tilor enarcó las cejas.

—Resulta que no pueden curarlo todo —le murmuró a Auraya.

La boca de Raeli se torció en una sonrisa.

—El envejecimiento no es una enfermedad —le dijo a Tilor—, sino un proceso natural de la vida. Después de reunir conocimientos durante miles de años, no nos hacemos falsas ilusiones sobre lo que puede y no puede lograrse.

El sacerdote superior rio entre dientes.

—Seguro que utilizáis ese pretexto siempre que no conseguís curar a alguien —bromeó.

Auraya los miró a ambos, asombrada. Parecía haber surgido un lazo de respeto entre ellos, tal vez incluso un principio de amistad. ¿Cuándo había sucedido? Al centrarse en sus mentes, vio recuerdos de la larga noche en que habían luchado juntos por salvar a una madre y a su hijo. Había sido una

experiencia aleccionadora para ambos.

En su interior brilló un rayo de esperanza que se apagó en cuanto le vino a la memoria su auténtico propósito. Sin embargo, su persistente sentimiento de culpa se veía aplacado por la certeza de que lo que los sacerdotes sanadores aprendieran de los tejedores les permitiría ayudar a muchas más personas. De pronto, consideró el proyecto desde una óptica distinta. Había muy pocas cosas buenas en la vida que no tuvieran también consecuencias negativas. El hospital era una de ellas. En conjunto, las ventajas superaban a los inconvenientes.

Y ese era un punto de vista típico de los tejedores de sueños.

—Ya eres un poco mayor para esto —dijo Teiti—, pero supongo que te hace bien tener amigos fuera de palacio.

Imi hizo una mueca.

—¡Claro que no soy demasiado mayor! Aquí hay niños mayores que yo.

Su tía tendió la vista hacia el otro lado del estanque de los Niños y frunció el ceño con desaprobación.

—Lo sé.

Al seguir la dirección de su mirada, Imi vio que la pandilla habitual de niños mayores se había reunido al borde de la zona más honda. A diferencia de los pequeños, que chapoteaban por el resto del estanque, ellos no se movían de donde estaban, como si ya hubieran dejado atrás la etapa de los juegos pueriles. También había muchos chicos y chicas en pareja, algunos de ellos cogidos del brazo.

No muy lejos, unos niños un poco más jóvenes imitaban a los mayores. Sin embargo, la mayoría aún no había superado su aversión por el sexo opuesto, y sus intentos de entablar diálogos serios solían acabar en correteos infantiles.

Imi se dirigió hacia ese grupo cuando entró en el agua. Entre ellos había un chico llamado Rissi, que a menudo presumía de sus viajes fuera de la ciudad con su padre comerciante y de cómo sabía sacar mercancías de la

ciudad de forma clandestina. Imi quería hablar con él.

Los niños la observaron con una mezcla de interés y recelo mientras nadaba hacia ellos. Siempre la dejaban participar en sus juegos y escuchar sus conversaciones. Ella esperaba que esto fuera porque les caía bien y no porque no se atrevían a decirle a una princesa que se marchara.

Rissi se hallaba entre ellos. Sonrió de oreja a oreja cuando Imi se acercó a la orilla, donde estaban sentados.

—Hola, princesa —saludó.

—Hola —respondió ella—. ¿Tienes alguna aventura nueva que contar?

Él arrugó la nariz.

—Mi padre se enteró de que había faltado a clase y no me dejará acompañarlo en su siguiente viaje.

Ella arrugó el entrecejo en señal de solidaridad.

—Qué fastidio.

—Faltan tres días para el cumpleaños del rey —comentó una chica—. ¿Estás emocionada?

Imi desplegó una sonrisa.

—¡Sí!

—¿Ya has decidido a quién llevarás?

Era la tercera vez que la niña le hacía esta pregunta en las últimas semanas. Al principio, Imi no entendía cómo podía «llevar» a alguien si ya vivía en el palacio. Pero la noche anterior había comprendido que la chica quería asistir a la fiesta y esperaba que Imi la invitara.

—No he tenido oportunidad de preguntárselo a mi padre —respondió Imi, con un suspiro—. Está muy ocupado. Hace una semana que no lo veo.

Los demás gruñeron como muestra de comprensión. La conversación se desvió hacia otros temas. Imi escuchaba y de vez en cuando los interrogaba. En ocasiones anteriores, ellos habían reaccionado a algunas de sus preguntas con malas caras o incluso con carcajadas ahogadas, pero cuanto más sabía sobre sus vidas, más fácil le resultaba consultarles algo que tuviera sentido para ellos.

Los chicos empezaron a propinarse empujones y luego a pelear en broma. Por una vez, Rissi no se unió a ellos, aunque contemplaba risueño sus

bufonadas. Imi se le acercó y lo llamó por su nombre. Él se volvió, sorprendido.

—Si tu padre no quiere llevarte fuera de la ciudad, ¿por qué no vas tú solo? —sugirió ella.

Rissi la miró con fijeza y luego sacudió la cabeza.

—Me metería en un lío.

—Ya estás en un lío —señaló ella.

Él se rio.

—Tienes razón. No tengo nada que perder. Pero ¿adónde iría?

—Se me ocurre un lugar. Hace unas semanas oí a escondidas a alguien hablar de él. Un lugar donde hay un tesoro.

Por la expresión en los ojos de Rissi, ella supo que había captado su interés.

—¿Dónde?

Imi se alejó un poco a nado.

—Es un secreto.

—No se lo revelaré a nadie.

—¿No? ¿Y si te pillaran saliendo por el túnel principal? Querrían saber por qué.

—No se lo diría.

—¿Y si tu padre te amenazara con no volver a dejarte salir nunca? Seguro que se lo dirías.

Él apartó la vista y la posó de nuevo en Imi.

—Tal vez. Pero no saldría por ahí.

Ella fingió sorpresa.

—¿Qué otra salida hay?

—Una salida secreta.

—¿Ese camino sirve también para entrar en la ciudad?

Él le escrutó el rostro.

—No. Por ahí solo se puede salir, debido a las corrientes.

Ella se aproximó, caminando por el agua.

—Si me enseñas la manera de salir —le dijo en voz baja—, te mostraré dónde está el tesoro secreto.

Rissi se quedó callado, contemplándola con aire pensativo.

—Sería mucho más divertido que quedarte por aquí todo el día —insistió ella.

—¿Me prometes que me mostrarás el tesoro? —preguntó él.

—Te lo prometo.

—¿Por la vida de tu padre?

Aunque se trataba de una promesa habitual entre los niños, ella titubeó por unos instantes.

—Prometo, por la vida de mi padre, mostrarte el tesoro secreto si tú me enseñas la forma secreta de salir de la ciudad.

Él asintió con una gran sonrisa.

—Sígueme.

Ella parpadeó, perpleja.

—¿Quieres ir ahora?

—¿Por qué no?

Echó un vistazo a Teiti, que no le quitaba ojo.

—Espera. Tendremos que despistar a mi tía, o no me dejará ir.

—No hace falta —aseguró Rissi—. Se puede llegar allí desde este estanque. Te verá sumergirte, pero no sabrá por dónde sales a la superficie. Cuando se dé cuenta de que te has ido, estaremos lejos.

Aunque era la oportunidad que ella había estado esperando, vaciló por un momento. Teiti se enfadaría mucho.

Rissi arqueó las cejas en un gesto burlón.

—¿Qué te pasa? ¿Te da miedo meterte en un lío?

Ella tragó en seco y sacudió la cabeza.

—No. Enséñamelo.

Rissi se dirigió hacia una parte más honda del estanque y se zambulló. Ella aspiró una gran bocanada de aire, esperando que Teiti creyera que estaban compitiendo para ver quién aguantaba más tiempo la respiración, y lo siguió.

Rissi se dirigió hacia la zona profunda, cerca de donde los chicos mayores pasaban el rato. Nadaba con rapidez, obligando a Imi a esforzarse por no quedar atrás. La entrada de un túnel apareció ante Imi, que notó que la

corriente que mantenía fresco el estanque de los Niños la empujaba hacia dentro, detrás de Rissi.

Nunca antes se había adentrado en aquel túnel, y no le quedó otro remedio que confiar en que Rissi tuviera claro que podían llegar a la salida antes de ahogarse.

Poco después, atisbó la superficie rizada del agua por encima de ellos. Rissi sacó la cabeza, aspiró y se sumergió de nuevo. Ella hizo otro tanto y divisó por unos instantes una zona más pobre de la ciudad.

Atravesaron a nado varios túneles más. El agua y las casas eran cada vez más sucias. Imi se percató, asqueada, de que avanzaban por el conducto de desagüe en el que se vertían los residuos de la ciudad, y procuró no tragar ni una gota.

La corriente se hizo aún más impetuosa. Emergieron cerca de los muros derruidos de una casa y se aferraron a las rocas de la orilla para que el curso del agua no se los llevara. Rissi la miró con cara seria.

—Este es el último tramo. Cuando llegemos al otro lado, estaremos en el mar. La única manera de volver a entrar es a través del túnel principal. La otra opción es salir del agua ahora y regresar a pie.

Imi se volvió hacia donde el flujo se tornaba más fuerte. Los arrastraría por cualquier túnel que tuvieran delante. Si topaba con algún obstáculo o se quedaba atascada, se ahogaría con facilidad.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Una —contestó él con una amplia sonrisa.

Ella tenía el pulso acelerado. Cayó en la cuenta de que estaba aterrada.

—No tenemos por qué entrar en el túnel —aseveró él—. No les diré a los demás que no te atreviste. Pero te he enseñado la forma de salir, así que tú tienes que decirme dónde está el tesoro.

Ella posó los ojos en él y sintió una punzada de frustración y rabia. Él no le había advertido que aquello fuera tan peligroso. Sin embargo, había atravesado el túnel una vez y había vivido para contarlo. No debía de ser muy difícil. Bastaría con que se dejara llevar por la corriente. Se armó de valor y se obligó a sostenerle la mirada con expresión desafiante.

—No te lo diré hasta que llegemos al otro lado —replicó.

Él se rio y soltó un grito de entusiasmo.

—¡Vamos allá! Procura mantenerte en medio del flujo. Y respira muy, muy hondo antes. Intentaré no soltarte. ¿Lista? Contaré hasta tres. Uno, dos...

Aunque ella tenía el corazón en un puño, consiguió inspirar profundamente.

—¡... tres!

Se zambulleron. Él la agarró de la muñeca y la sujetó con fuerza mientras salían propulsados hacia la oscuridad. Ella se preguntó cómo se suponía que debía mantenerse en medio si no veía nada, pero entonces se percató de que las paredes junto a las que pasaban a toda velocidad se vislumbraban débilmente. Pequeños bucles de luz adornaban la superficie.

«Lumbrices», pensó ella. Su presencia era indicativa del grado de suciedad del agua. Sin embargo, Imi estaba demasiado asustada para preocuparse por posibles enfermedades. Nunca se había desplazado tan deprisa; estaba convencida de que se estamparía contra la pared antes de que logaran salir.

El túnel empezó a curvarse hacia uno y otro lado. Tenían que nadar frenéticamente para no chocar contra las formaciones rocosas que de vez en cuando encontraban en su camino. Entreveía toda clase de cosas encajadas en grietas y huecos de la superficie; entre ellas, para su espanto, un cráneo.

Justo cuando empezaban a dolerle los pulmones, dobló una curva y descubrió que la corriente la impulsaba hacia una brecha alargada de color azul oscuro. Rissi la soltó, nadó hacia delante y salió velozmente por la estrecha abertura. Ella pataleó y consiguió pasar al otro lado sin tocar la roca.

La corriente se debilitó hasta cesar por completo. Ella miró hacia atrás y vio una pared de roca que se perdía a lo lejos en la bruma. Debajo, se divisaba apenas el fondo del mar. Por lo demás, la rodeaba un azul impenetrable que intimidaba por las posibilidades que encerraba.

No obstante, su necesidad de respirar era cada vez más apremiante. Ascendió hacia la superficie ondulada. Cuando la atravesó, expulsó el aire que había estado reteniendo y aspiró con afán.

Antes de que alcanzara a llenarse los pulmones, su cabeza se hundió otra

vez y ella tragó agua. Agitó las piernas para impulsarse hacia arriba y emergió de nuevo, tosiendo y escupiendo. Tenía que hacer un esfuerzo incesante por mantener la cabeza por encima de la superficie.

—¡Rissi! —gritó desesperada.

—Imi —llegó la respuesta. Tras un momento de silencio, su cabeza apareció.

—¿Por qué se mueve tanto? —dijo ella jadeando—. ¿Es que ha estallado una tormenta?

Él se rio.

—No, esto es normal. Son las olas. —Le dedicó una gran sonrisa—. Nunca habías salido antes, ¿verdad?

—¡Sí! Pero el agua no estaba tan... agitada. —Descubrió que si seguía moviendo las piernas, podía subir y bajar con las olas.

—Bueno, y ahora ¿hacia dónde hay que ir? —preguntó Rissi.

—¿Qué?

—¿Dónde está el tesoro?

—Ah. —Puso en orden sus pensamientos—. En la isla de Xiti.

Él se quedó mirándola, abatido.

—¡Xiti!

—Sí. ¿Sabes cómo llegar?

Cuando él negó con la cabeza, la desilusión se apoderó de Imi.

—Oh. Debería habértelo preguntado antes.

—Sé dónde está Xiti —explicó él—, pero queda lejos de aquí. Tardaríamos horas en nadar hasta allí.

La esperanza de Imi se reavivó.

—¿Cuántas horas?

Él sacudió la cabeza de nuevo.

—Tres, tal vez cuatro.

—No es tanto. Podríamos ir y estar de vuelta al anochecer.

—¿Cuánto tiempo nos llevará conseguir el tesoro? —Le lanzó una mirada desafiante—. Y por cierto, ¿de qué tesoro se trata? No pienso pasarme el día nadando si no vale la pena.

Ella sonrió.

—Vale la pena. Oí a unos comerciantes hablar de campanillas marinas. Decían que algunas eran grandes como puños.

A Rissi le brillaron los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no se las han llevado?

—Porque... —Imi meditó su respuesta. ¿Cambiaría él de opinión si mencionaba a los pisatierra?—. Porque están esperando a que sean más grandes.

—Más grandes —repitió él—. Supongo que no echarán en falta unas pocas... Pero... eso sería robar, Imi. ¿Y si nos pillaran?

—Nada de lo que nos da el mar tiene dueño hasta que alguien lo recoge —comentó ella.

Rissi torció los labios, pero se le escapó una sonrisa.

—¡Voy a ser rico! —La miró—. Pero tú ya lo eres. ¿Para qué quieres las campanillas?

—Para el regalo de cumpleaños de mi padre —contestó ella, sonriente.

—Así que esa es la causa de todo esto. —Soltó una risotada—. Hemos salido de la ciudad, y los dos estamos ya en un lío. No perdemos nada con seguir adelante. Vamos.

Dicho esto, se zambulló. Después de respirar hondo, Imi se sumergió bajo las olas y nadó tras él.

Mirar contemplaba atónito la mesa improvisada, cada vez más repleta. Un cuenco de sopa humeaba ante él. Sobre una gruesa tabla descansaba algo envuelto en hojas que olía a carne asada con hierbas. A un lado de esto había una escudilla con verduras de hoja verde y raíces frescas, y al otro, un recipiente con tubérculos cocidos, además del cuenco habitual lleno de fruta madura.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Un banquete —respondió Emerahl.

—¿Es lo que te ha mantenido ocupada toda la mañana?

—En gran parte, sí.

—¿Es una ocasión especial?

—Hay que celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

Ella depositó sobre la mesa las dos tazas de madera que él había tallado y se enderezó.

—Hace más de una semana que no detecto tus emociones. Creo que es suficiente para demostrar que le has cogido el truco a ocultar tus pensamientos.

Él entornó los ojos.

—Eso no es todo.

—¿Qué pasa? ¿Ser libres para abandonar la cueva no te parece razón suficiente?

Cogió un saquito de cuero y lo acercó a las tazas. De la caña hueca colocada a manera de pitorro brotó un hilillo de un líquido de color morado oscuro. Su aroma le resultó familiar a Mirar, aunque hacía siglos que no lo olía. Era tepi, el licor de los siyís.

—¿De dónde lo has sacado?

—He hecho un trueque. Con los siyís.

—¿Han regresado?

—Sí, a primera hora de la mañana. Creo que les preocupa que fallezca. O que haya decidido quedarme.

—Mmm. —Agarró la taza y bebió un sorbo. El fuerte licor le calentó la garganta—. Menos mal que he aprendido a ocultar mis pensamientos. No podemos permanecer aquí mucho más tiempo.

—No —convino ella. Se sentó y levantó su escudilla de sopa—. También me han dado un guirri. Como tenía que asarlo hoy, he decidido prepararnos un festín. Ahora no tengo muchas otras cosas que hacer.

Él la observó mientras tomaba la sopa.

—Empiezas a aburrirte de mí, ¿verdad?

Ella sonrió con picardía.

—No. Nunca me has parecido aburrido, Mirar. De hecho, siempre te he encontrado demasiado interesante para lo que me conviene.

Él soltó una risita. Bien. Allí estaba: la invitación. Se había fijado en la forma en que ella lo miraba a veces. Pensativa. Curiosa. Llena de admiración.

Aquella chispa de atracción seguía encendida en ella. ¿Y en él?

Evocó otras épocas en que las circunstancias los habían empujado a acostarse y sintió que un interés antiguo pero conocido se avivaba en su interior. «Sí —pensó—. Sigue allí».

—Hoy me ha dado por preguntarme —comentó ella, dejando a un lado la escudilla vacía— si algún otro de los indómitos habrá sobrevivido.

Alzó la vista hacia él, como pidiéndole su opinión. Él tomó otro sorbo de tepi, dándose tiempo para desprenderse lentamente de los recuerdos agradables.

—Lo dudo —respondió.

Ella frunció los labios, lo que le trajo a la memoria otra ocasión en que ella se había quedado callada y había puesto esa cara, cavilando sobre lo que debían hacer a continuación. Recordó que en aquel momento estaba desnuda. Sacudió la cabeza para despejar su mente.

—Si tú y yo seguimos vivos, ¿por qué ellos no? —insistió Emerahl—. Sabemos que a la Oráculo y al Granjero los mataron, pero ¿qué fue del Gaviota? ¿Y de los Mellizos y el Constructor?

—El Constructor murió. Se suicidó cuando sus creaciones fueron destruidas.

Ella clavó los ojos en él, horrorizada.

—Pobre Heri.

Mirar se encogió de hombros.

—Ya era viejo. El mayor de todos, después de la Oráculo, que estaba medio loca.

—El Gaviota y los Mellizos eran más jóvenes —murmuró ella, meditabunda—. ¿Y el Bibliotecario?

Él volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Dudo que continúe a cargo de la biblioteca de Soor. Ese lugar era una ruina incluso antes de la guerra de los dioses.

Emerahl suspiró. Mirar le escudriñó el rostro. La conversación no había disipado su interés por ella, pero lo había reducido. Estaba demasiado distraída. Si él intentaba captar su atención, ¿cómo reaccionaría?

—Es una conversación demasiado morbosa para una celebración como

esta —dijo él. Alargó la mano para coger una fruta y cortó una rodaja. Ella volvió los ojos hacia él, pero con mirada distante. Mirar extendió el brazo por encima de la mesa y le acercó la rodaja a la boca—. La vida es demasiado larga para desaprovechar las oportunidades de disfrutar —murmuró.

Emerahl abrió mucho los ojos y luego los entornó.

—Eso fue lo que dijiste...

—Hace mucho tiempo. Me preguntaba si aún te acordarías.

Ella aceptó el trozo de fruta.

—No es algo fácil de olvidar.

Él dirigió una mirada significativa a la rodaja.

—¿Vas a compartirla?

Las pupilas de Emerahl se dilataron, y una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

—Sería una egoísta si no lo hiciera. —Se levantó y rodeó la mesa, con un brillo en la mirada. Con la rodaja de fruta sujeta entre los labios, se inclinó hacia delante y se la ofreció.

«Oh, sí», pensó él. La agarró por la cintura, la atrajo hacia sí y mordió la rodaja. Sus labios se tocaron y sus bocas se juntaron en torno a la frescura dulce de la fruta. Mirar sintió que sus dientes se hundían en la pulpa, y notó que las manos de Emerahl se deslizaban en torno a su espalda, así como él palpó con sus palmas la firmeza de la espalda de ella.

Su interés se enardeció hasta convertirse en deseo. Mirar se percató de que ella respondía con igual pasión. De pronto, ansiaba demasiadas cosas a la vez. Intentaba acostarla en su cama y desvestirla al mismo tiempo, sin conseguir ni lo uno ni lo otro. Riéndose, ella lo tumbó de espaldas de un empujón y se sentó a horcajadas sobre él. Tras arrancarse la ropa, la tiró a un lado. Mirar se quedó sin respiración al verle los pechos desnudos. Estaba perfecta, pero ¿cómo iba a estar, si no, pudiendo cambiar de edad tan fácilmente?

Ella le apartó las manos durante el tiempo suficiente para quitarle el chaleco y el jubón y desatarle el cordón del pantalón. Tiró de la prenda hacia abajo, lo contempló y desplegó una sonrisa. Sin decir una palabra, se le acercó despacio y él notó que su calor empezaba a envolverlo.

«¡No!».

Este pensamiento no era suyo. Una emoción lo recorrió de pronto, poniéndole los nervios de punta. No era capaz de identificarla. ¿Espanto? ¿Ira? Era como si todo su ser estuviera sumiéndose en la desdicha. El fuego en sus venas dio paso a un helor que no podía desterrar, y a la sensación acuciante de que otra voluntad estaba luchando contra la suya.

«¡Leiard!».

—¡No! —protestó. Se incorporó de forma tan brusca que Emerahl perdió el equilibrio por un momento—. ¡Infeliz!

Ella respiró hondo y fijó la vista en él.

—Supongo que no te refieres a mí —dijo con sequedad.

Él descubrió que no podía responder. Mantener el control sobre su cuerpo requería toda su fuerza de voluntad.

«No puedo permitir que lo hagas —dijo Leiard—. No dejaré que traiciones a Auraya de nuevo».

«¡Auraya no importa! —bramó Mirar—. No puedes volver con ella. ¡Ni siquiera existes!».

Emerahl lo observaba con los párpados entrecerrados. Mirar advirtió que la voluntad de Leiard se debilitaba. Respiró hondo, intentando contener la rabia.

—No me refería a ti —le explicó a Emerahl—, sino a él. Ha sido cosa suya. Me ha... frenado. Pensaba que...

—¿Que si no le permitías hacerse con el control, él no volvería a molestarte? —Meneó la cabeza y se levantó de la cama de Mirar—. Te avisé que no sería tan sencillo.

—¿Qué se supone que debo hacer? —exclamó él, poniéndose de pie y subiéndose los pantalones hasta la cintura de un tirón. Tenía la sensación de que, si fuera posible morir de vergüenza, caería fulminado—. ¿Va a impedirme que me acueste con cualquier mujer de ahora en adelante, solo por lealtad hacia... hacia esa...?

—Auraya —completó la frase ella. Recogió su ropa y comenzó a vestirse.

La serenidad con que había aceptado la súbita impotencia de Mirar la mortificaba aún más que si se hubiera mofado de él. Al menos habría podido

fingir sorpresa.

—Tienes que asumir que Leiard forma parte de ti —dijo—. No puede sentir nada que no exista ya en tu interior.

—Salta a la vista que sí puede. Yo no amo a Auraya.

Emerahl se volvió hacia él con una sonrisa.

—No, pero una parte de ti sí. Una parte que, por desgracia, no te gusta. Tienes que aceptar esa parte y todo aquello que Leiard demuestra que puedes ser. De lo contrario... —sacudió la cabeza y desvió la mirada—, temo que nunca vuelvas a estar entero.

—No lo sabes con certeza.

—No, pero apostaría a que es así. —Regresó junto a la mesa y se sentó. Tras desenvolver el guirri asado, comenzó a arrancar trozos de carne—. Come. No estoy ofendida. Un poco frustrada. Tal vez un poco avergonzada, pero no ofendida.

—¿Avergonzada, tú? —masculló él—. Yo me siento completamente humillado. Nunca había tenido problemas para...

—Déjame comer tranquila —lo interrumpió ella—. No necesito oír otra de tus fanfarronadas sobre tus proezas sexuales. No es buen momento. Y menos aún mientras estoy comiendo.

Él movió la cabeza de lado a lado. El enfado había dado paso a un desánimo sombrío en el que descubrió que le producía una enorme pereza. Se sentó en el borde de la cama y contempló la comida con el ceño fruncido. Al ver el odre de tepi sobre la mesa, se llenó el vaso, apuró la bebida y se sirvió otra.

—No todas mis historias son fanfarronadas —gruñó.

—Lo sé —dijo Emerahl, en un tono excesivamente apaciguador.

—De verdad...

—Come y calla.

Con un suspiro, él obedeció.

A Teiti le temblaban las piernas a la orilla del estanque de los Niños. Había transcurrido una hora desde que Imi había desaparecido. Aún tenía grabada

en la retina la imagen de la princesa justo antes de zambullirse en el agua.

Los guardias y ella habían interrogado a los otros niños, pero ninguno de ellos había sido testigo de la marcha de Imi. Teiti había enviado a todos los guardias excepto uno a preguntar a la gente que se hallaba cerca de alguna de las numerosas entradas de la cueva si habían visto a la princesa.

—Ya volverá —intentó confortarla el guardia que quedaba—. Lo más seguro es que se haya escabullido para pasar un rato a solas con ese chico.

«Eso no me tranquiliza en absoluto —pensó Teiti—. Es demasiado joven para estar interesada en chicos. Y si no fuera así, me escandalizaría igualmente que estuviera con el hijo de algún comerciante de baja estofa».

—¿Señora?

Al bajar la vista, vio a un par de niñas que se hallaban de pie frente a ella.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Hemos pensado que le interesaría saber —dijo una de las niñas— que hay un túnel en la parte más profunda del estanque. Desemboca en la ciudad. Sé que Rissi lo ha utilizado antes, cuando quería librarse de que Kizz le diera una tunda.

«¿Una tunda? —Teiti reprimió una maldición—. ¿Por qué he dejado a Imi jugar con críos de semejante calaña?».

—¿Dónde está?

Las chicas señalaron.

—En la parte más honda.

—Iré a echar un vistazo —se ofreció el guardia—. Si lo que dicen es cierto, tendremos que empezar a buscarla por toda la ciudad.

Toda la ciudad. Teiti suspiró. Las probabilidades de que el rey no se enterara de esto disminuían rápidamente. Cuanto más tiempo pasaba desde que había perdido de vista a Imi, menos le preocupaba a Teiti lo que su padre pudiera decir o hacer. Lo que más le importaba era la seguridad de la chica.

—Ve —dijo—. Encuéntralo. Averigua adónde conduce. Pediré más ayuda.

Mientras él entraba caminando en el agua, ella giró sobre sus talones y echó a andar hacia la entrada principal del estanque. Uno de los guardias estaba allí, haciendo preguntas a la gente. Ella había decidido enviarlo a

palacio. Había llegado el momento de informar al rey de la desaparición de su hija.

Los dos vices daban vueltas lentamente el uno en torno al otro, agitando la cola.

Auraya sacudió la cabeza, exhalando un suspiro.

—Olvidan que ya son mayores.

Mirae se rio.

—Sí... Son como un par de críos que solo saben relacionarse entre sí peleando e insultándose.

Nebulosa se abalanzó sobre Travesuras, y ambos se difuminaron en una masa confusa de pelo, patas y colas.

Mirae soltó una risita.

—¿Cómo va el adiestramiento de Travesuras?

—Bueno, no hay mecanismo de cierre que no sea capaz de abrir —dijo Auraya, divertida—, y resulta mucho más fácil conectar mentalmente con él ahora que ha madurado un poco y que puedo retener su atención durante un buen rato. Ahora me habla también a través del pensamiento.

Los dos animalillos se separaron. Estuvieron lanzándose chirridos hasta que fingieron aburrirse al mismo tiempo y cada uno comenzó a lamerse.

—¿Has conocido a Kirim? —preguntó Mirae.

—No.

—Es un famoso adiestrador de vices de Somrey que ha venido de visita.

Y no está nada mal, por cierto. Deberías concertar un...

:¿Auraya?

Era una llamada de Juran.

:¿Sí?

:Los dioses nos han convocado en el altar. ¿Está Mairae contigo?

:Sí, se lo diré.

:Bien. Ahora bajo y paso a buscaros.

Mairae la contemplaba con expectación.

—¿Qué ocurre?

Auraya se puso de pie.

—Nos han convocado en el altar.

—¿En el altar? —Mairae elevó las cejas. Se levantó para recoger a Nebulosa del suelo—. Qué raro. Me pregunto si los dioses tendrán alguna respuesta que darnos.

—¿Sobre la existencia de dioses pentadrianos? —Auraya intentó agarrar a Travesuras, pero este se alejó como una flecha. Ella se dirigió hacia el cordón de la campana y tiró de él. No había tiempo para perseguir vices. Ya se encargaría del animalillo algún criado.

Salieron de la habitación y llegaron a la escalera de caracol en el centro de la torre. Auraya oyó que Travesuras la llamaba telepáticamente, ingeniándose de alguna manera para expresar su inmensa desilusión ante su abrupta marcha. Mairae dejó a Nebulosa en el suelo.

—Vete a casa —le ordenó. El viz bajó los escalones dando saltos—. Buena chica. —Se enderezó y alzó la vista hacia el hueco de la escalera—. La jaula ya viene.

—Así es. Juran ha dicho que nos recogerá de camino hacia abajo.

Miraron como la base de la jaula descendía hacia ellas. Cuando llegó al nivel de sus ojos, redujo la velocidad. Dyara y Juran iban dentro. Una vez que la jaula se detuvo, él abrió la puerta y se apartó a un lado para dejarlas entrar.

Aunque tenía una expresión seria y quizá pensativa, consiguió esbozar una sonrisa.

—No, no sé por qué nos han convocado los dioses —dijo antes de que una de ellas pudiera preguntárselo—. Esperemos que sea para darnos una

buena noticia.

Dyara fijó la vista en él y arqueó una ceja.

—¿Qué íbamos a esperar si no? ¿Malas noticias?

El líder de los Blancos rio entre dientes.

—No.

La jaula reanudó su descenso. Cuando pasó frente a la habitación de Rian, Mairae lanzó una mirada inquisitiva a Juran.

—Rian estaba en la ciudad. Se reunirá con nosotros en el altar —explicó Juran. Se volvió hacia Auraya—. ¿Cómo va el hospital?

Ella asintió.

—Extraordinariamente. Han surgido algunas diferencias de opinión, pero eso era de prever. No utilizaremos los mismos métodos. —Hizo una pausa y se preguntó qué clase de información quería él en realidad—. Estamos aprendiendo mucho de los tejedores de sueños —añadió.

—¿Y ellos de nosotros?

—De vez en cuando.

—¿Se resisten los tejedores a revelar sus conocimientos? —preguntó Dyara.

—Por el momento, no —respondió Auraya.

—Me extraña —comentó la mujer—. ¿Quién habría imaginado que confiarían sus secretos a los sacerdotes?

—Nunca han considerado sus conocimientos como un secreto —le dijo Auraya—. Eso les daría motivos para no ofrecer atención sanadora a ciertas personas, lo que iría contra sus principios. Nunca niegan su ayuda a nadie.

—Admirable principio —dijo Juran—. Creo que deberíamos pensar en adoptarlo.

Dyara clavó los ojos en él, sorprendida.

—¿Aunque eso implicara sanar a pentadrianos?

Juran sonrió con ironía.

—Mejorar nuestras habilidades de sanación podría servirnos para ganar aceptación entre la gente del continente del sur algún día.

La jaula empezó a moverse más lentamente.

—No si sus dioses son reales —señaló Auraya.

—Cierto —convino Juran.

La jaula se detuvo en el centro del vestíbulo.

—En ese caso, contar con muchos sanadores circulianos cualificados será aún más importante —contestó Juran—. No podemos depender de unos paganos para atender a nuestros heridos, por muy competentes que sean. Eso les conferiría más poder del que me parece conveniente.

Fue el primero en salir de la jaula. Auraya reflexionó sobre sus palabras. Era evidente que Juran daba por sentado que los tejedores continuarían existiendo un siglo después y no se extinguirían una vez que les arrebataran la ventaja que tenían sobre los circulianos. Tal vez sus motivos para pedirle a Auraya que montara el hospital eran un poco distintos de los que ella había imaginado.

Juran llegó a la puerta de la torre y salió, seguido por las Blancas. Hacía un sol radiante. Un platén cubierto acababa de detenerse frente a la Cúpula. Rian se apeó del vehículo y, tras indicarle al cochero que se marchara, se volvió hacia ellos para esperarlos. Al acercarse, Auraya se fijó en el brillo de fervor religioso que despedía la mirada del hombre. Cuando llegaron a su lado, él no dijo una palabra, pero acomodó su paso al de ellos mientras pasaban bajo los arcos de la Cúpula.

Fue un alivio pasar de aquel sol intenso a la sombra del interior. Tan pronto como los ojos de Auraya se adaptaron a la penumbra, vio que las cinco caras triangulares del altar se abrían. Juran, que encabezaba la marcha, atravesó el edificio hasta el estrado y subió al altar. Una vez que todos hubieron ocupado sus asientos, las puntas de las paredes comenzaron a elevarse de nuevo.

Juran guardó silencio por un momento, como de costumbre, para meditar lo que iba a decir. Sin embargo, cuando inspiró para empezar a hablar, Auraya percibió un movimiento cercano. De pronto, tomó conciencia de la magia que la rodeaba, y de unas ondas y perturbaciones en esa magia que delataban una presencia. Se volvió hacia ella.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru —comenzó Juran—. Os...

Auraya soltó un grito ahogado cuando cayó en la cuenta de que lo que estaba percibiendo era un dios.

:Hola, Auraya.

Un resplandor apareció en un rincón del altar. Poco a poco, adoptó la forma de un hombre. Auraya oyó que Juran tomaba aire y que los demás expresaban su sorpresa por lo bajo.

—Chaia —dijo Juran, haciendo ademán de ponerse en pie.

:No te levantes, dijo Chaia, alzando una mano para detener el movimiento de Juran.

Auraya notó que todo cuanto la rodeaba vibraba a causa de la llegada de las otras deidades. Contempló maravillada como cada uno se materializaba en una luz que adquiriría forma humana.

:Os hemos convocado aquí para hablaros del resultado de nuestra búsqueda, aseveró Chaia. Posó la vista en Huan.

:Hemos explorado toda Ithania, tanto del Sur como del Norte —dijo Huan—, pero no hemos encontrado a otros dioses.

:Eso no significa que no existan —advirtió Lore—. Es posible que nos hayan eludido. Quizá existan más allá de dichos territorios.

:Seguiremos buscando —les aseguró Yranna con una sonrisa—, pero lo mejor será que no salgáis de Ithania todos a la vez.

:Eso os dejaría desprotegidos, si dichos dioses existieran y albergaran la intención de haceros daño, agregó Saru.

Juran asintió.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar?

:No —respondió Chaia—. Por el momento, no preveo un enfrentamiento con los pentadrianos.

—Lo entendemos —afirmó Juran.

Tras lanzar una mirada a las otras deidades, Chaia asintió.

:Eso es todo. Hablaremos de nuevo con vosotros cuando tengamos más respuestas.

Las cinco figuras luminosas desaparecieron.

No obstante, no desaparecieron de los sentidos de Auraya. Notó que Huan, Lore, Yranna y Saru se alejaban lentamente. Cuando se habían marchado, ella percibió un ligero atisbo de la mente de Chaia antes de que él se alejara también.

—¿Auraya?

Sobresaltada, se percató de que Juran la miraba con fijeza.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Los dioses. He notado su llegada y su marcha.

Juran enarcó las cejas.

—¿Lo has «notado»?

—Sí. Ha sido... extraño.

—¿Te había ocurrido antes? —inquirió Dyara.

Auraya sacudió la cabeza.

—Es algo parecido a la percepción que tengo de mi posición respecto al mundo. Percibo la magia que hay alrededor.

—Y los dioses son seres de magia —dijo Mairae, asintiendo.

—Sí.

Las puntas del altar empezaban a descender girando sobre sus bisagras, pero ninguno de los Blancos se había levantado. Juran se había quedado pensativo, y Dyara, con expresión escéptica. Rian tenía el entrecejo arrugado. Cuando su mirada se encontró con la de Auraya, él sonrió, aunque de forma un tanto forzada.

—Empiezo a acostumbrarme a esas alteraciones extrañas que experimentas, Auraya —dijo Juran con una risita—. En cuanto averigües lo que significa esta última, avísame. Por el momento —desplazó la vista por los demás y se puso de pie—, propongo que regresemos a nuestras tareas.

Auraya se levantó al mismo tiempo que los demás, pero se quedó donde estaba mientras ellos descendían en fila por los extremos del altar hacia la entrada de la Cúpula. Miró hacia atrás y se concentró, pero no detectó perturbación alguna en la magia del interior del altar.

No obstante, había ligeras fluctuaciones en la distribución de la energía en torno a ella. Dirigió la mirada al frente y se concentró en la magia que la rodeaba mientras seguía a sus compañeros Blancos de vuelta hacia la torre. Advirtió que las variaciones en la magia eran más pronunciadas en la base del edificio. Dyara y Juran se enfrascaron en una discusión sobre política genriana, pero Auraya estaba demasiado absorta en lo que captaban sus sentidos como para escucharlos.

Llegaron a la torre y entraron en ella. Las fluctuaciones no aumentaron ni se redujeron, y ella se disponía a devolver su atención a sus acompañantes cuando percibió un cambio repentino.

Se encontraban frente a la jaula, en el centro del vestíbulo. En aquella zona, el campo de magia era considerablemente más débil. Auraya no habría reparado en ello, ni siquiera si hubiera invocado magia, pues la que había bastaba para utilizar casi cualquier don.

Pero no cabía duda de que allí la energía se enrarecía.

«¿Qué habrá causado esto? —se preguntó ella—. ¿Habrá consumido alguien buena parte de la magia de esta zona, o se trata de un fenómeno natural?».

Abrió la boca para decírselo a Juran, pero sorprendió a Rian observándola. Él le dedicó otra sonrisa forzada.

«Ya informaré a Juran en otro momento —pensó Auraya—. En privado».

Dos cuencos gigantescos y alargados cabeceaban en el agua. Eran de madera, y en su interior se alzaba lo que parecían unos troncos de árbol despojados de ramas y corteza. Sujetos a ellos había numerosas cuerdas, vigas de madera y unas grandes telas.

—Son buques, ¿verdad? —preguntó Imi—. Mi padre me los ha descrito.

Rissi la miró con extrañeza.

—Barcos. Nunca habías visto barcos o buques, ¿verdad?

—No.

—Si es allí donde están las campanillas de mar, los pisatierra ya se habrán hecho con ellas —dijo Rissi, visiblemente desilusionado.

—Depende.

—¿De qué? —Se volvió hacia ella, sorprendido.

—De si las han recogido todas. De ser así, ya no estarían aquí, ¿no crees?

Rissi se quedó pensativo, pero luego frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Estás insinuando que nos acerquemos a escondidas y cojamos algunas? ¿Y si nos descubren? Nos matarán.

—Entonces tenemos que asegurarnos de que no nos descubran.

—Pero...

Imi se hundió bajo la superficie y buceó hacia un peñasco más próximo a los barcos. Cuando se hallaba detrás de él, se asomó con cautela y dirigió la vista hacia los pisatierra.

Desde ahí podía observarlos con mayor claridad. Caminaban de un lado a otro sobre lo que debía de ser un suelo plano en la parte del barco que tenía forma de cuenco. Unas cuerdas colgaban por un costado.

Imi vio que algo se movía en el agua; la cabeza de un pisatierra. Flotaba junto al barco, y ella oyó una voz gutural lejana. Uno de los pisatierra de la embarcación se inclinó hacia abajo. El nadador le tendió una bolsa, y el otro hombre la subió a la cubierta. La piel de color marrón claro del buceador desapareció cuando este se sumergió.

Rissi salió a la superficie al lado de Imi.

—Las campanillas de mar deben de estar allí —le indicó ella—. Están buceando para sacarlas.

—Lo que significa que no podemos acercarnos sin que nos vean —señaló él.

—Por ahora —dijo ella—. Pero en algún momento tendrán que parar. He oído que los pisatierra no pueden pasar mucho tiempo en el agua, porque les daña la piel.

La cabeza del pisatierra emergió de nuevo. Flotó por unos instantes antes de zambullirse una vez más.

—Tampoco aguantan mucho tiempo sin respirar —murmuró Rissi—. Pero no podemos quedarnos aquí. Nos llevará horas regresar, y no quiero nadar a oscuras.

—A oscuras... Podríamos esperar a que anochezca y acercarnos sigilosamente mientras duermen —dijo Imi, expresando sus pensamientos en voz alta.

—¡No! ¡Ya me he buscado bastantes problemas! Si no estoy de vuelta esta noche, mi padre jamás dejará que lo acompañe en sus viajes.

Ella lo miró, pero decidió que burlarse de él por su miedo al castigo no le haría cambiar de idea. Se le habían pasado las ganas de hacerse el valiente.

Cuando dirigió de nuevo la mirada hacia el barco, vio que el nadador

salía del agua claramente cansado y otro se tiraba por la borda para relevarlo. Estaban buceando por turnos. No había la menor posibilidad de que se tomaran un descanso y le dieran a ella la oportunidad de aproximarse a hurtadillas para coger un puñado de campanillas marinas.

Un chapoteo cerca del barco atrajo la atención de los pisatierra. Uno de ellos apuntó con el dedo, y entonces Imi advirtió que un pájaro flecha de gran tamaño salía a la superficie, sujetando con el pico un pez que se revolvía. Tras engullir a su presa, el ave se elevó en el aire.

—Una distracción —dijo Imi—. Tenemos que distraerlos.

—¿Cómo? —preguntó Rissi, desconcertado.

—No lo sé. ¿Se te ocurre alguna idea?

El chico contempló los barcos.

—¿Crees que han visto a un elay alguna vez?

—Seguramente no.

—Podrías distraerlos mientras yo voy en busca de las campanillas.

—¿Yo? Ni hablar. Esto ha sido idea mía. Tú los distraerás mientras yo voy en busca de las campanillas.

—No es justo. ¿Y si tienen...?

—¿Qué?

—Lanzas o algo así.

Ella lo miró pausadamente.

—¿O sea, que prefieres que me claven lanzas a mí que a ti?

—No es eso lo que quería decir. Pero es peligroso.

—Entonces hay que conseguir que apunten a otra cosa... ¡Ya sé! Se me acaba de ocurrir algo que no solo atraerá sus miradas, sino que hará que los buceadores salgan del agua.

—¿Qué?

—Un flarke.

Rissi palideció apenas escuchó el nombre del feroz depredador marino.

—¿Cómo vamos a encontrar uno y convencerlo de que los devore a ellos y no a nosotros?

Ella se rio.

—No hace falta. He visto de cerca los disfraces de flarke de los

cantadores. Están hechos de púas de esterizas. Tenemos que encontrar una y arrancarle algunas espinas. Después, te las ataremos a la espalda. Nadarás en círculos como un flarke, fuera del alcance de sus lanzas. Los pisatierra tendrán demasiado miedo para meterse en el agua.

Rissi se quedó callado, y ella notó que estaba impresionado. Al cabo de unos instantes, él le dedicó una amplia sonrisa.

—De acuerdo. Será divertido.

—Busquemos una esteriza —dijo Imi y, sin comprobar si él la seguía, se sumergió.

Las esterizas eran peces habituales en todos los arrecifes. Los chicos tardaron un buen rato en dar con púas tan grandes como las de un flarke. No les resultó fácil extraerlas, y ella se compadeció del animal, que se alejó arrastrándose y sangrando por las heridas. A pesar de todo, las púas le volverían a crecer.

Imi había supuesto que fijar las espinas a la espalda de Rissi sería lo más complicado, pero él resolvió el problema con una tira correosa de hierba marina que cortó y dobló para darle forma de chaleco. Después de hacer un agujero en la base de cada púa con su cuchillo, las clavó en el chaleco y las engarzó con una espina más fina que insertó en los agujeros.

A distancia suficiente de los barcos para que los pisatierra no lo vieran, Rissi probó a nadar hacia un lado y hacia el otro varias veces intentando que solo las púas sobresalieran de la superficie.

—Sacas los pies del agua al patalear —le dijo Imi.

—Si los mantengo juntos, parecerá una aleta de la cola —repuso él, muy sonriente.

—Las aletas de los flarkes se mueven hacia los lados, no arriba y abajo.

Él puso cara larga.

—Ah, sí. Tienes razón. No subiré los pies.

—¿Estás listo?

Rissi se encogió de hombros.

—¿Lo estás tú?

—¡Sí! —asintió ella.

—Entonces vamos allá. Pero hazlo rápido. No sabemos durante cuánto

tiempo se tragarán el engaño.

Regresaron nadando al peñasco y espionaron a los pisatierra hasta tener claro dónde se encontraba cada uno. Imi miró a Rissi con expectación. Él le devolvió la mirada y asintió. Sin una palabra, se hundió en el agua.

A Imi se le aceleró el pulso mientras aguardaba a que él reapareciera. Cuando las púas emergieron por fin, ella contuvo el aliento e intentó comprobar si los pisatierra se habían percatado.

Todos estaban trabajando con ahínco.

Las púas afloraron de nuevo en la superficie, pero los pisatierra continuaban sin reparar en ellas. Rissi iba y venía, a veces despacio, a veces sumergiéndose de golpe. Imi supuso que él había visto un flarke en alguna ocasión y estaba imitando su comportamiento.

Un grito atrajo de nuevo su atención hacia los pisatierra. Por fin habían avistado las púas. Ella sonrió al ver que dejaban de trabajar y se arremolinaban agitadamente en la cubierta. Uno de ellos aporreó el costado del barco con un objeto contundente. Imi alcanzaba a oír los golpes sordos. Una cabeza apareció junto a la embarcación, y la sensación de triunfo invadió a Imi cuando el nadador subió a bordo a toda prisa.

«Ahora me toca a mí», pensó.

Tras respirar hondo, se zambulló y buceó con todas sus fuerzas en dirección a los barcos. Cuando por fin vislumbró las formas oscuras y alargadas sobre su cabeza, tenía el corazón desbocado de emoción, miedo y cansancio.

Al bajar la vista, estuvo a punto de soltar el aire a causa de la sorpresa.

Su padre la había llevado un día fuera de la ciudad para mostrarle un bosque. Ella había visto una maraña de ramas y hojas. Era una imagen que se le había quedado grabada en la mente. Ahora, al observar las ramas de las plantas de campanillas marinas que se balanceaban suavemente movidas por la corriente, supo lo que era contemplar un bosque desde arriba.

También era un espectáculo similar al que ofrecía el cielo nocturno. En cada ramita y tallo se apreciaban unos tenues puntos de luz. Cuando Imi se acercó, descubrió que se trataba de las campanillas marinas. Todas estaban repletas de gránulos luminosos.

Hasta ese momento, ella no sabía que las campanillas despedían luz. Tan pronto como llegó ante las ramas oscilantes con sus brotes relucientes, extendió la mano para tocar uno. Era sorprendentemente suave, muy distinto de las campanillas duras y traslúcidas que había visto antes. Extrajo el cuchillo que Rissi le había prestado y seccionó el tallo con cuidado.

En cuanto la campanilla quedó separada del tallo, su luz se extinguió. Imi sintió una punzada de culpabilidad y tristeza. La apenaba dañar las plantas. Eran muy bonitas.

Entonces pensó en su padre y en todo aquello por lo que había pasado para llegar hasta allí. Comenzó a cortar más campanillas. Mientras Rissi se confeccionaba su disfraz de flarke, ella había improvisado una bolsa rudimentaria con otra hoja de hierba marina que había enrollado en forma de cono y sujetado con pequeñas espinas. Metió allí las campanillas.

Un ruido por encima de su cabeza la impulsó a mirar hacia arriba. Su corazón dejó de latir por unos instantes cuando vio la silueta de un pisatierra.

«¡El buceador ha vuelto!».

Manteniendo la bolsa cerrada con una mano, se alejó a toda velocidad.

«¡Deben de haberse dado cuenta de que los estábamos engañando! O quizá el disfraz ha empezado a desbaratarse. O...».

Algo le apretó la cara, le rozó la piel y la envolvió antes de que ella pudiera reaccionar. Una cuerda. Cuerdas delgadas entretejidas para formar una red. Extendió los brazos con brusquedad, pero notó que la red se curvaba en torno a ellos.

«¡No te dejes llevar por el pánico! —se dijo. Ahora que estaba aprisionada, cobró conciencia de su creciente necesidad de respirar. Había oído historias de elay que habían muerto ahogados, atrapados en las redes de los pisatierra, pero también de otros que habían conseguido liberarse. Sabía que si forcejeaba, solo conseguiría enredarse más—. Debo conservar la calma y encontrar la manera de soltarme».

Al estudiar la red, reparó en que los agujeros en la malla eran lo bastante grandes para dejar pasar la mayor parte de los peces. La red se extendía hacia los lados en una curva que parecía circundar las plantas de campanillas. Las posibles implicaciones de esto le aceleraron el pulso a Imi otra vez. ¿Los

pisatierra habían echado la red allí para mantener alejados a los depredadores o a los elay?

No tenía ganas de averiguarlo. En una mano tenía la bolsa llena de campanillas, y en la otra empuñaba el cuchillo de Rissi. Necesitaría ambas manos para cortar la red. Sujetando la bolsa entre los dientes, serró las cuerdas hasta abrir un agujero por el que cabía la bolsa. La empujó hasta el otro lado y la soltó. La vio hundirse hacia el fondo arenoso.

A continuación, se concentró en desembarazar sus brazos valiéndose del cuchillo. Acababa de liberar uno cuando notó un tirón en la red.

Levantó la mirada y se le encogió el corazón al ver que la red se elevaba lentamente.

«¡Aún no!», pensó, serrando la malla frenéticamente. Se produjo otro tirón, y sintió que las cuerdas se apretaban en torno a ella. Les asestó varias cuchilladas. Se percató de que, aunque casi todo su cuerpo se encontraba libre, aún tenía las piernas trabadas en la red, que la arrastraba hacia arriba, cabeza abajo. Vio que la superficie se acercaba rápidamente. Notó la proximidad de la masa imponente del barco. Oyó voces.

Presas del pánico, comenzó a lanzar tajos a la red. La hoja se enganchó en algún sitio y la empuñadura se le resbaló de la mano. Se contorsionó y trató de asirla de nuevo, pero el agua se escurrió entre sus dedos. El sol arrancó un último destello al cuchillo antes de que este desapareciera en las profundidades.

La red se ciñó aún más en torno a sus piernas mientras tiraba de ella hacia arriba.

«¡No!», aulló en el agua y se retorció para alcanzar las cuerdas que le sujetaban las piernas, pero el siguiente tirón la elevó en el aire. Aspiró una gran bocanada de aire y luego intentó desenredarse los tobillos de nuevo. Sin el empuje del agua, carecía de fuerza suficiente para moverse. Oyó unas voces procedentes de arriba. Voces airadas. Una de ellas profirió una palabrota.

Acto seguido, unas manos la agarraron y tiraron de Imi. Ella se resistía, lanzando golpes y soltando chillidos de terror. Sintió la dura borda del barco rozar su espalda antes de caer sobre una superficie plana.

Las manos la soltaron. Ella dejó de chillar y contempló a sus captores, jadeando de miedo. Ellos le devolvieron la mirada, con sus pálidos y arrugados rostros descompuestos de indignación.

Intercambiaron algunas palabras. Uno de ellos la observó con los párpados entornados y bramó unas órdenes a los demás. Lo miraron con un respeto teñido de resentimiento, y todos menos uno se alejaron.

Ella supuso que el bramador era el líder del grupo. Este se puso a hablar con el hombre que permanecía a su lado. Imi miró la red, que seguía enrollada en sus tobillos. Las cuerdas la oprimían de manera dolorosa. Si lograra soltarse, le bastaría con dar un salto y lanzarse por la borda para escapar.

Sin embargo, las cuerdas no se aflojaban. Notó que una sombra caía sobre ella y se dio cuenta de que el líder se había agachado. Al verlo con el cuchillo en la mano, se echó hacia atrás, convencida de que iba a matarla. Oía los gemidos de espanto que escapaban de sus propios labios.

El cuchillo se acercó a sus tobillos. El hombre efectuó unos cortes con cuidado y le liberó las piernas.

Iba a dejarla marchar. Llena de alivio, ella le dio las gracias sin pensarlo. Él miró al segundo hombre, que sonrió.

No era una sonrisa amistosa. Imi sintió que se le formaba un nudo en el estómago. El líder bramó de nuevo, y uno de los miembros de la tripulación le arrojó una cuerda corta. Cuando se inclinó sobre los tobillos de Imi, esta comprendió lo que pretendía hacer. La sensación de alivio se evaporó, y ella intentó levantarse de un salto, pero el líder le asió la pierna con firmeza. El segundo la aferró por los hombros, la tumbó con la espalda contra la cubierta y la mantuvo inmovilizada. Ella chilló de nuevo, y continuó chillando mientras el líder le ataba los tobillos juntos. La volvieron boca abajo para aprisionarle las muñecas tras la espalda y la arrastraron hasta el centro del barco, donde le ataron las manos a una anilla de metal.

—¿Qué hacéis? —gritó Imi con desesperación, pugnando por incorporarse—. ¿Por qué no me soltáis?

Tras intercambiar una mirada, los hombres dieron media vuelta y se alejaron.

—No podéis retenerme aquí. Soy... soy la hija del rey de Elay —declaró con una rabia creciente—. ¡Mi padre enviará a sus guerreros a mataros!

Ninguno de los pisatierra le prestó la menor atención. No sabían qué estaba diciendo. Entendían tan poco sus palabras como Imi las de ellos. ¿Cómo iba ella a explicarles quién era?

Un pisatierra que estaba cerca vació una bolsa sobre la cubierta. Ella contempló su contenido, un revoltijo verdoso, y cuando los tripulantes comenzaron a extraer unos objetos pequeños de la maraña, se percató de que aquellas hebras mustias eran las frágiles ramas y raíces de la planta de campanillas marinas.

Los pisatierra las habían arrancado del lecho arenoso del mar.

Le vino una arcada al pensar en lo que habían hecho. El año siguiente esa planta no produciría una cosecha de campanillas marinas. La habían matado sin contemplaciones, en su afán por recoger sus frutos a toda prisa.

«¿Cómo pueden desperdiciar las cosas de esta manera? —se preguntó—. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos? Si dejaran las plantas intactas, podrían regresar el año que viene y recoger más campanillas».

Su padre tenía razón. Los pisatierra eran terribles. Por más que giraba las muñecas, sus dedos no alcanzaban el nudo para desatarlo.

«Rissi —pensó—. Él tiene que informar a mi padre de mi situación». Se puso en pie con dificultad y oteó el mar. Después de lo que se le antojó una eternidad, le pareció divisar algo que se movía. Una cabeza, tal vez.

—¡Rissi! —gritó—. Dile a mi padre dónde estoy. Dile que me tienen prisionera. Dile que venga...

Algo la golpeó en la cara. Ella se tambaleó y cayó de rodillas, con la mejilla ardiendo. El líder estaba de pie frente a ella. Comenzó a vociferar, señalándola con sus dedos alargados y sin membrana.

Aunque ella no entendía una palabra, la advertencia le quedó clara. Aturdida, Imi lo miró mientras se alejaba.

«Papá vendrá —se dijo—. Me rescatará. Y entonces atravesará con su lanza a todos y cada uno de estos espantosos pisatierra, tal como merecen».

Fuera de la cueva hacía una temperatura agradable, ahora que el sol de finales del verano se había puesto. El cielo estaba despejado, y las estrellas formaban un tapiz denso en lo alto. Emerahl lanzó un suspiro de satisfacción.

—Eso está mejor —murmuró Mirar.

Dos noches atrás, cuando él se había aventurado a salir por primera vez, habían decidido que el muro de roca era el sitio más cómodo donde sentarse. Aunque hacía días que ella no captaba el menor atisbo de pensamiento de Mirar, él no resultaba invisible a la vista de cualquiera, por lo que solo salía de noche. Los siyís creían que Emerahl estaba sola, y ella no quería sacarlos de su error hasta que se pusiera de acuerdo con Mirar respecto a cuál sería su siguiente paso.

Era poco lo que podían hacer de noche aparte de admirar las estrellas y conversar. Ella oyó que Mirar tomaba aire para hablar.

—Hoy he estado pensando en los otros indómitos. Es posible que algunos sigan con vida.

Emerahl se volvió hacia él. Tenía el rostro tenuemente iluminado por las estrellas.

—Yo también he estado pensando en ellos. Me preguntaba si sería bueno o malo para nosotros que los encontráramos.

—Sería malo si llevara a los dioses a descubrir nuestra existencia.

—¿Cómo iban a descubrirla? —Hizo una pausa—. ¿Crees que los demás nos traicionarían?

—Tal vez no lo hicieran a propósito. Los dioses podrían leerles la mente. Emerahl esbozó una sonrisa torcida.

—Si sus mentes se pudieran leer, los dioses los habrían localizado y aniquilado hace mucho —señaló.

Mirar se removió en su asiento.

—Sí, probablemente.

Ella alzó la vista hacia las estrellas.

—Aun así, quizá los otros necesiten nuestra ayuda.

—Estoy seguro de que si han sobrevivido tanto tiempo, no les hará ninguna falta.

—¿Ah, sí? ¿Del mismo modo que a ti no te hacía falta mi ayuda?

Él soltó una risita.

—Pero yo no soy más que un joven necio de unos pocos miles de años. Los otros indómitos son mayores y más sabios.

—Entonces tal vez ellos podrían ayudarnos a nosotros —observó ella.

—¿Cómo?

—Si yo te he enseñado a ocultar tus pensamientos, imagínate lo que ellos podrían enseñarnos. Quizá nada, pero no lo sabremos hasta que demos con ellos.

—¿Quieres que te acompañe en esta búsqueda?

Emerahl suspiró.

—Me gustaría, pero no creo que sea lo más prudente. Si tienes razón respecto a que los sacerdotes comunes no saben leer mentes...

—Y la tengo.

—... entonces estaré razonablemente a salvo, a menos que un revés excepcional de la fortuna me lleve a toparme con el sacerdote que posee poderes telepáticos y que me buscaba antes.

—En cambio, hay muchas más personas que podrían reconocer a Leiard —concluyó él.

—Sí.

—Si los dioses quieren darme caza, tal vez hayan indicado a los

sacerdotes que les avisen si tropiezan conmigo. Seguramente los tejedores de sueños también estén atentos por si me ven. Y es posible que los dioses vigilen sus mentes. —Gruñó—. Hay demasiada gente que podría identificarme. ¿Por qué habrá accedido Leiard a convertirse en tejedor asesor de los Blancos?

—No me cabe duda de que pensaba que era lo mejor.

—Tratar con los dioses nunca es lo mejor —repuso él, exhalando un suspiro—. ¿Durante cuánto tiempo tendré que esconderme? ¿Tendré que quedarme en esta cueva hasta que no quede con vida nadie capaz de reconocerme?

—En ese caso, nunca te marcharás. A menos que planees enviar a alguien a asesinar a los Blancos.

—¿Eso es una oferta?

Ella sonrió.

—No. Tendrás que hacer lo que hice yo: convertirte en un ermitaño. Rehuir el trato con todo el mundo salvo con las personas más humildes y corrientes.

—O sea, que si permanezco aquí durante una vida entera, solo tendré que preocuparme por los Blancos.

—Si quieres aislarte por completo, no puedes quedarte en esta cueva. Les aseguré a los siyís que regresaría a casa ahora que sabía que la guerra había terminado —dijo Emerahl—. Seguirán viniendo para comprobar si continúo aquí.

—¿Conoces algún otro lugar donde pueda esconderme?

—Unos cuantos. Sin embargo, no creo que puedas o debas evitar del todo a los demás humanos. Estar en compañía de otras personas es importante para que la fisura en tu identidad no se ensanche de nuevo.

—Te tengo a ti.

—En efecto —dijo ella con una sonrisa—, pero soy una persona con la que Mirar tiene lazos muy fuertes. Tal vez esté inhibiendo tu capacidad para aceptar a Leiard. Necesitas interactuar con personas con las que no te hayas relacionado previamente. Esos siyís no te harán daño. Dices que no has conocido a ninguno de ellos.

—¿Cómo me presentaré ante ellos? No puedo revelarles que soy Mirar.

—No. Tendrás que volver a hacerte pasar por otra persona.

—¿Por Leiard?

—No —replicó ella con firmeza—. Adopta una apariencia y un nombre distintos, pero no te inventes nuevos hábitos o rasgos de personalidad. Sé tú mismo.

—¿Cómo debo llamarme entonces?

Ella se encogió de hombros.

—Yo en tu lugar no elegiría un nombre que no te gustara.

Mirar rio entre dientes.

—Claro que no. —Ella lo oyó tamborilear con los dedos—. Sigo siendo un tejedor de sueños, así que adoptaré el nombre de uno. Camino de la batalla conocí a un joven no muy diferente de mí, inteligente y fiel a sus ideas. Se llamaba Wil.

—¿Wil? ¿No es un nombre dunwayano? No tienes pinta de dunwayano.

—Cierto. Entonces le añadiré unas sílabas.

—¿Qué tal «Wilesos»? —sugirió ella con una risita—. ¿O «Wilimitado»? Él suspiró.

Él suspiró.

—Después de mil años, tu sentido del humor no ha mejorado mucho, Emerahl.

—Podría haberte propuesto «Wiluso».

Él emitió un quejido bajo de desaprobación.

—Me llamaré Wilar.

Emerahl asintió.

—Bien, Wilar. ¿Wilar qué?

—Talabartero. —Levantó un pie. Las sandalias que se había confeccionado apenas resultaban visibles en la penumbra.

—Es una habilidad útil —comentó ella.

—Sí. La verdad es que Leiard adquirió unas cuantas. Yo nunca había tenido que fabricarme mi propio calzado. La gente siempre me lo regalaba.

—Ah, qué tiempos aquellos —dijo ella en tono burlón—. Cómo echamos de menos la adoración y la generosidad ilimitadas de nuestros seguidores.

Mirar se rio.

—Con la salvedad de que no eran ilimitadas.

—No. Y yo no las echo de menos.

Se quedaron sentados en silencio durante largo rato. Mirar se movió al fin, y ella apoyó las manos para ponerse de pie. No obstante, en vez de proponerle que volvieran adentro, él simplemente fijó los ojos en ella.

—Tendrás que irte, ¿verdad?

Ella lo miró y se sintió partida en dos.

—Lo cierto es que quiero encontrar a los otros indómitos —dijo—, pero eso puede esperar. Si necesitas que me quede, lo haré.

Él alargó la mano y le acarició la cara.

—Quiero que te quedes —declaró—, pero... tienes razón sobre el efecto que produces en mí. Eres un pilar del que me da miedo desprenderme. Debo seguir tu recomendación y buscar la compañía de otras personas.

Ella lo tomó de la mano y la apretó entre las suyas.

—Puedo quedarme un poco más. No hay prisa.

—No, no la hay. Pero ya me siento inquieto. Creo que pronto será insoportable para mí andar por aquí si no encuentro algo que hacer. Te acompañaría si pudiera. Ojalá tuvieras en mente un plan con el que yo pudiera ayudarte, pero me alegro de que hayas decidido buscarlos. —Guardó silencio por unos instantes—. Debemos permanecer en contacto.

—Sí —dijo ella, y de inmediato notó que su deseo de encontrar a los indómitos se afianzaba hasta convertirse en determinación—. Conectaremos en sueños. Puedo mantenerte al corriente de mi búsqueda.

—¿Y comprobarás que yo esté bien?

Ella se rio.

—Cuenta con ello.

Él apartó la mano y se recostó de nuevo sobre el muro de roca. Incluyó la cabeza para contemplar las estrellas.

—Son tan hermosas... —dijo—. ¿Volverás a cambiar tu apariencia?

Ella reflexionó. Ser guapa constituía una ventaja a la hora de recabar información, pero ser espectacular y joven resultaba inconveniente para viajar. La gente tendía a fijarse en las mujeres espectaculares y solía recordarlas. Hacían demasiadas preguntas y, si eran hombres, intentaban

seducirla.

—Sí. Creo que envejeceré unos diez o veinte años.

Mirar murmuró algo. Emerahl alcanzó a oír las palabras «qué desperdicio» y sonrió. La complacía saber que él aún se sentía atraído por ella. Quizá cuando el hombre aceptara por fin a Leiard y dejara de tener la personalidad dividida, se presentaría una oportunidad para reanudar sus amoríos.

Ella sonrió. «Cuanto antes me vaya, antes pondrá en orden sus pensamientos y antes podremos explorar esas posibilidades. Si me asaltan dudas respecto a marcharme, solo debo recordar esto». Sin dejar de sonreír, se puso de pie y se dirigió de vuelta hacia la cueva a fin de prepararse para el largo proceso de modificar su edad aparente.

Imenja sirvió agua en un vaso y llenó el de Reivan.

—Solo falta uno —murmuró—. Pronto habremos terminado.

Reivan asintió, intentando no parecer demasiado aliviada. Cuando había entrado en la sala y había descubierto que la incluirían en la fase final de un acontecimiento tan trascendental como la elección de la Voz Primera, se había mareado a causa del asombro y la impresión.

Había observado con fascinación a las Voces mientras, una tras otra, cerraban los ojos, se comunicaban con los Servidores superiores de las distintas regiones de Ithania y anunciaban en alto el voto que emitía cada uno de los Servidores Devotos. Los Acompañantes de las Voces registraban los resultados en un pergamino enorme. Cuando Imenja le había pedido a Reivan que hiciera lo mismo para ella, la joven se había sentido abrumada. Al coger el pincel, sus manos le temblaban de emoción.

Al cabo de una hora, aquel registro interminable había transformado la emoción en aburrimiento. Dos horas después Reivan se había percatado, descorazonada, de que en el pergamino solo constaban los votos de una sexta parte de las regiones. Iba a ser un largo día.

Los criados les llevaban una gran variedad de manjares y bebidas como para compensar la monotonía de su tarea. Todas las conversaciones se

mantenían entre murmullos, con el fin de no distraer a la Voz que en aquel momento estuviera reuniendo información.

—Ya está —declaró Vervel—. Todos los votos han sido emitidos. ¿Haces el primer recuento, Imenja?

La Voz Segunda se puso en pie y se acercó al pergamino. Deslizó el dedo despacio por la primera columna, moviendo los labios mientras sumaba los números. Al llegar al final, cogió el pincel y anotó un total, antes de pasar a sumar los números de la columna siguiente.

Aunque este proceso también era lento, un interés creciente se apoderó de Reivan. Una vez que Imenja hubiera terminado, sabrían quién sería su nuevo líder. Echó un vistazo a los Acompañantes. Ellos también observaban a Imenja con expresión embelesada.

Se oía un suave roce a medida que el dedo de la Voz Segunda descendía por el pergamino. Cada vez que ella hacía una pausa para escribir el resultado, Reivan estudiaba su rostro. Había memorizado el orden de los nombres y sabía cuáles eran los Servidores Devotos cuyos sufragios estaba contando su patrona. También sabía, por los votos que había anotado, cuáles eran los candidatos con más posibilidades de salir elegidos. Sin embargo, cuando veía que Imenja arqueaba las cejas o fruncía el entrecejo ante un resultado, Reivan no estaba segura de si eran gestos de satisfacción, consternación o simplemente sorpresa.

Tan pronto como Imenja terminó, se irguió y miró a Vervel. Este le devolvió la mirada y se encogió de hombros. Karkel, el Acompañante de Vervel, hizo ademán de levantarse, pero se sentó de nuevo cuando Vervel posó los ojos en él y sacudió la cabeza.

«De modo que no nos lo dirán ahora —pensó Reivan—. ¿Nos lo dirán cuando los otros hayan confirmado el recuento, o tendremos que esperar al comunicado oficial?».

A continuación, Vervel procedió a recontar los votos. Incapaz de soportar la incertidumbre, Reivan apartó la vista. En la mesa, a su lado, había un plato de nueces y frutos secos. Ella se puso a comer, aunque no tenía nada de hambre. El plato estaba medio vacío cuando Shar anunció al fin que había concluido su recuento. Imenja enrolló el pergamino y dedicó una sonrisa a los

cuatro Acompañantes.

—Vayamos a darle una buena noticia a uno de los Servidores Devotos, y un motivo de celebración a mucha gente.

Los Acompañantes se pusieron de pie. Reivan reparó en sus caras de resignación. «O sea, que tendremos que aguardar como todo el mundo —se dijo, sonriéndose—. Se acabó lo de ser la niña mimada de Imenja».

Salieron de la sala en pos de las Voces. Dos criados que se acercaban a la puerta con bandejas de comida se detuvieron e inclinaron la cabeza mientras pasaba aquel desfile de personajes importantes. Al echar una ojeada hacia atrás, Reivan vio que intercambiaban una mirada significativa antes de alejarse a toda prisa.

Al poco rato se percató de que otros criados y algún que otro Servidor se asomaban a las puertas o por detrás de las esquinas para mirarlos con disimulo. Captó susurros de emoción y pasos de gente que corría. Un ambiente de expectación empezó a extenderse por el Santuario. Se oían gritos lejanos, amortiguados por paredes o puertas. En algún sitio sonó una campana, y enseguida se sumaron otras. Las Voces abandonaron la intimidad de los pasadizos del Santuario Alto y enfilaron el pasillo principal del Santuario Medio. Reivan vio más adelante a unos Servidores que se apresuraban a reunirse con los que esperaban para oír el comunicado. Otros formaban una pequeña multitud que avanzaba tras ellos a una distancia discreta.

El pasillo del Santuario Medio desembocaba en un patio grande. Imenja y las otras Voces lo atravesaron con paso decidido, seguidos por los Acompañantes, y entraron en un salón espacioso. Una muchedumbre de túnicas negras abarrotaba la estancia. Reivan reconoció los rostros de muchos Servidores Devotos. Se preguntó cuánto rato llevaban allí.

El rumor de cháchara cesó, y todas las cabezas se volvieron hacia las Voces, pero los líderes pentadrianos no se detuvieron. Cruzaron el salón y salieron a la parte superior de la escalinata principal. En cuanto aparecieron, el gentío los recibió con un rugido. Los ciudadanos de Glymma y los forasteros que habían viajado hasta allí para presenciar la elección de la nueva Voz Primera componían una masa de caras vueltas hacia arriba y

brazos que se agitaban.

Las cuatro Voces formaron una hilera. Reivan, de pie tras ellos, no veía sus semblantes. Cerró los ojos y dejó que los gritos de entusiasmo de la multitud la envolvieran.

—Compañeros pentadrianos —dijo Imenja, elevando la voz por encima del ruido.

El público calló de mala gana. Al dirigir la vista más allá de Imenja, Reivan vio muchos ojos empañados entre la muchedumbre, así como botellas y jarras en varias manos. Rio para sus adentros.

«Ha sido una larga espera. Supongo que de alguna manera tenían que entretenerse».

—Compañeros pentadrianos —repitió Imenja—. Hemos reunido los votos de los Servidores de todo el mundo. Ha sido una jornada larga, pero la tarea era demasiado importante para llevarla a cabo con apresuramiento. Hemos concluido el escrutinio. —Sostuvo en alto el pergamino, de una longitud impresionante—. ¡Tenemos una nueva Voz Primera!

El gentío prorrumpió de nuevo en gritos de alegría.

—Pasad al frente, Servidores Devotos de los Dioses.

Desde el salón del fondo, varios hombres y mujeres comenzaron a descender la escalinata. Una vez abajo, formaron una larga fila y alzaron la vista hacia las Voces.

«Una de estas personas ha convencido a buena parte de los Servidores de los Dioses de que será un buen líder —pensó Reivan. Recordó todas las transcripciones que había leído de discusiones filosóficas sobre las cualidades que un buen líder debía poseer—. ¿Alguno de estos candidatos las posee todas? ¿Y si ninguno de ellos las tuviera? ¿Los dioses intervendrían?». Sería como un jarro de agua fría. Implicaría que la mayoría de los Servidores no sabía elegir a un buen líder.

«Tal vez no sepan. —De pronto, la invadió la inquietud—. ¿Con qué criterio habrán votado? —Meditó sobre lo que habría hecho de haber estado en el lugar de los Servidores que vivían lejos de Glymma—. Supongo que habría descartado a todo aquel que hubiera causado problemas o cometido errores graves. Sería útil saber si una de estas personas ha demostrado ya sus

dotes de liderazgo y tomado decisiones acertadas. Creo que preferiría a alguien que hubiera luchado en la guerra, pero al final tendría que arriesgarme y basarme en la información que tuviera. No votaría por alguien que no me cayera bien. Nadie daría su voto a alguien que le resultara antipático».

El último Servidor Devoto se incorporó a la fila. Imenja levantó el rollo de pergamino. Antes de desenrollarlo, esperó a que se impusiera el silencio, en la medida en que una multitud embriagada por la euforia podía callar.

—Los Servidores de los Dioses han elegido al Servidor Devoto Nekaun como nueva Voz Primera. Acércate, Nekaun.

Mientras el público estallaba en aclamaciones, a Reivan se le llenó el corazón de júbilo. Sonrió al recordar al hombre que la había felicitado y le había ofrecido consejo tras su admisión.

«Qué bien», pensó.

Por encima del hombro de Imenja, vio a Nekaun encaminarse al frente. Aunque mostraba tranquilidad y presencia de ánimo, sus ojos ardían de emoción.

«Yo lo habría elegido a él —se dijo Reivan—. Nunca ha cometido fallos importantes, ha estado años a cargo del templo de Hrun y combatió en la guerra. Es simpático y amable. Y, por si fuera poco, es guapo. ¡Seguro que eso supone una ventaja para un líder! ¿Qué más podrían desear los dioses?». Contempló admirada a Nekaun, que se detuvo a pocos pasos de Imenja y realizó la señal de la estrella.

Imenja le pasó el pergamino a Genza, que empezó a enrollarlo despacio. La Voz Segunda extrajo de su túnica un colgante en forma de estrella y lo sujetó en alto. Los gritos de la multitud se acallaron poco a poco.

—Acepta este símbolo de los dioses —dijo Imenja—, y aceptarás una vida eterna de servicio a ellos y a su pueblo. Te convertirás en la Voz de la que se servirán para comunicarse con los mortales. Te convertirás en la Mano que trabajará por nuestro bien y atacará a nuestros enemigos.

Él extendió el brazo despacio para coger la cadena y agachó la cabeza.

—Acepto la carga y la responsabilidad —dijo. Cerró los ojos y se colocó el colgante en torno al cuello. Reivan vio que se ponía rígido y que una

expresión de asombro cruzaba su rostro. Se irguió, levantó la mirada hacia Imenja y sonrió—. Y los dioses me han aceptado.

—En ese caso, ocupa tu lugar entre nosotros —finalizó Imenja.

Siempre sonriente, Nekaun subió hasta situarse junto a ella y se volvió de cara a la muchedumbre. Imenja lo señaló con un gesto, mirando al público.

—Ciudadanos de Glymma y visitantes de otras partes, ¿dais la bienvenida a Nekaun, Voz Primera de los Dioses?

La multitud respondió con un rugido de aprobación. Imenja se volvió hacia él.

—¿Quieres dirigir unas palabras al pueblo?

—Así lo haré. —Aguardó a que reinara el silencio—. Conciudadanos, aquí, de pie ante vosotros, siento una gran alegría y a la vez tristeza. Alegría por haber recibido la mejor oportunidad para servir a los dioses que se le puede brindar a cualquier hombre o mujer. Tristeza por ocupar el puesto de un hombre al que admiraba.

»Asumo de buen grado las mismas responsabilidades que él ejercía, porque nuestro objetivo es el mismo. Debemos librar al mundo de los paganos circulianos. Pero no temáis: no os conduciré a otra guerra. Hemos probado esa vía y, bien por mala fortuna, bien por voluntad de los dioses, la vía ha fracasado.

»Vislumbro otra manera de alcanzar nuestro objetivo. Debemos mostrarles su error y acercarlos a las deidades verdaderas. Debemos atraerlos a nuestro bando de forma pacífica, por medio de la persuasión y la razón. Y es que creo que la verdad y la comprensión son fuerzas poderosas, y las tenemos a nuestro favor. Si nos valemos de ellas, no podemos fracasar. —Levantó los brazos—. ¡Con ellas, conquistaremos Ithania del Norte!

«No es un discurso incendiario que anime a matar y someter al enemigo en una guerra gloriosa, como el de Kuar», pensó Reivan. Aun así, el público rugió de nuevo, enardecido por la emotividad del acto, así como por la bebida y quizá también por el alivio de saber que no habría otra guerra en un futuro próximo.

Cuando Imenja volvió a tomar la palabra, Reivan reflexionó sobre el objetivo de Nekaun. «Así que quiere convertir a los circulianos —se dijo—.

Me pregunto cómo piensa lograrlo. ¿Enviaré Servidores a Ithania del Norte para que se ganen a la gente de allí? Dudo mucho que les dispensaran una calurosa acogida».

Imenja terminó. Tras dirigirle una mirada fugaz, Nekaun se encaminó de regreso hacia el salón, al frente de las Voces. Reivan y los Acompañantes los siguieron. Una vez dentro, los Servidores se agolparon en torno a su nuevo líder para felicitarlo. Reivan se preguntó cuántos de ellos habrían tomado conciencia de lo que el plan de Nekaun significaría para ellos. Viajar a Ithania del Norte para convertir circulianos podía resultar más peligroso que marchar a la guerra.

«No envidio a quienes tengan que cumplir esa misión —pensó. De pronto, cayó en la cuenta de que nada impedía que la enviaran a ella—. Pero ¿no debería tener ganas de ir? ¿No debería estar dispuesta a hacer cualquier cosa por los dioses?

»Carezco de habilidades mágicas, y no soy más que una Servidora novicia. Seré más útil si me quedo aquí, trabajando para Imenja».

Por otro lado, tal vez no tendría posibilidad de elegir. ¿Y si Nekaun le pedía que fuera? ¿Y si acababa en una situación en que él quisiera desembarazarse de ella? Por lo pronto no veía razones para ello, pero el mundo de la política y los favoritismos funcionaba así: las cosas podían cambiar de un momento a otro.

«En definitiva, solo puedo hacer una cosa —decidió—. Procurar no darle motivos para querer quitarme de en medio».

La cueva estaba oscura cuando Mirar despertó. Solo se vislumbraba una luz tenue procedente de la entrada. Por lo general, Emerahl se levantaba antes que él y salía de la caverna para vaciar los cubos e ir a buscar agua fresca. Él no la oyó respirar, así que supuso que se había ido ya. Creó una pequeña bola radiante y la intensificó hasta que la cueva entera estuvo iluminada.

Emerahl seguía en la cama.

Mirar recordó en el acto lo que ocurría. Ella estaba en pleno proceso de envejecimiento. Él se puso de pie y se le acercó.

Aunque solo podía verle la cara, esta mostraba unas señales sutiles de cambio. Su tez, que antes presentaba la lozanía y firmeza de la juventud, ahora estaba ligeramente flácida a la altura de los pómulos. Habían aparecido arrugas apenas perceptibles en torno a sus ojos y su boca. Se le habían desprendido cabellos que recubrían de una capa dorada el tosco jergón que ella había fabricado.

Mirar cogió algunos mechones. Había franjas de tonos distintos a lo largo del primer palmo. Resultado de teñidos sucesivos, supuso él. Cada vez más tenues. ¿Por qué se había teñido el pelo?

«Ella dice que antes de su última transformación había sido una anciana —le recordó Leiard—. Tal vez tenía el cabello cano. Seguramente se le quedó así, pese al rejuvenecimiento del resto de su cuerpo, pero a partir de

entonces le creció con su color natural».

«Sí —convino Mirar, contemplando el mechón—. Debe de haberse teñido el pelo blanco, primero con un pigmento barato y más tarde con el mejor tinte del que disponía aquel prostíbulo».

El prostíbulo. Mirar suspiró, sacudiendo la cabeza. Siendo ella tan dotada, ¿por qué recurría a vender su cuerpo cada vez que necesitaba esconderse?

«Porque no tenía alternativa», dijo Leiard.

«Claro que tenía alternativa». Mirar frunció el ceño. Ella habría podido trabajar lavando ropa o escamando pescado.

«Los sacerdotes la habrían buscado entre las mujeres que podían dedicarse a ejercer un oficio siendo ya ancianas. Practicar una profesión reservada para mujeres jóvenes era una manera de asegurarse de que los sacerdotes nunca la investigarían».

Aunque la explicación tenía sentido, a Mirar no acababa de convencerlo. El riesgo de que la descubrieran no era muy alto. Solo había un sacerdote a quien los dioses habían otorgado la facultad de leer las mentes.

«Ella ignoraba este detalle», señaló Leiard.

Mirar casi se arrepintió de haberle revelado a Emerahl que las deidades no acostumbraban a conceder ese don a los sacerdotes. Ahora que ella sabía que estaba a salvo, quería recorrer mundo en busca de otros indómitos. Él la miró y sintió una punzada de preocupación.

«Debería ir con ella», pensó.

«No puedes —replicó Leiard—. El riesgo de que me reconozcan a mí es mucho mayor. No haría más que ponernos a todos en peligro».

Mirar asintió en señal de conformidad. Advirtió que, incluso dormida, Emerahl tenía una expresión de aplomo. O quizá todo era fruto de su imaginación. «Le irá bien. Dudo que se haya vuelto temeraria de pronto —se dijo él—. No, será tan prudente como ha sido siempre. —Apartó la vista con un suspiro—. ¿Y yo? Se supone que debo buscar la compañía de otras personas para curarme. Qué absurdo».

Tal vez no era tan absurdo. Iría en busca de los siyís... o, más probablemente, se quedaría allí hasta que ellos lo encontraran.

«¿Con qué excusa justificaré mi presencia aquí? —se preguntó—. ¿Por

qué habría de venir a Si un tejedor de sueños?».

«Para ofrecer sus servicios como sanador, por supuesto», respondió Leiard.

La sanación era lo que siempre se le había dado mejor. Ya desde niño había demostrado una aptitud especial para este arte. Años de estudio y trabajo habían pulido su don. Cada vez que creía que había llegado al límite de sus poderes, algo lo movía a ir más allá y a descubrir que podía hacer más. Un día, todo había culminado en un momento de iluminación en el que había comprendido cómo podía mantener su cuerpo en un estado saludable y joven de forma indefinida.

Fue entonces cuando alcanzó la inmortalidad. Emerahl también había descubierto una manera de lograrla. Aunque carecía de la intuición para la sanación que poseía Mirar, su don innato consistía en la capacidad de modificar su edad.

«¿Y los otros indómitos?». Pensó en aquellas personas extraordinarias que en otra época vagaban libremente por el mundo. Granjero se había hecho famoso por su instinto para cultivar la tierra, criar ganado y obtener toda clase de productos del campo. Su don innato seguramente guardaba alguna relación con ello. La habilidad del Vidente había sido predecir los acontecimientos probables en la vida de una persona, aunque en cierta ocasión le había confesado a Mirar que no veía el futuro, sino que simplemente percibía con claridad la naturaleza de los mortales.

El Gaviota era un experto en todo lo relacionado con el mar. Podía encontrar bancos de peces, prevenir sobre tormentas y, según los rumores, influir hasta cierto punto en el estado del tiempo. En cuanto a los Mellizos..., Mirar nunca había sabido muy bien en qué consistían sus habilidades. Jamás los había conocido, pero alguien le había dicho que comprendían la dualidad de todo, que captaban relaciones y equilibrios entre las cosas que pasaban inadvertidos a los demás.

Ignoraba en qué aspecto de ese talento residía la magia. Lo más probable es que nunca llegara a averiguarlo. Seguramente los habían matado un siglo atrás, cuando el Círculo de los Dioses había decidido imponer un poco de orden en su mundo nuevo.

«Sin duda los dioses son los únicos que lo saben», pensó.

«Podrías preguntárselo», sugirió Leiard.

Mirar soltó una risita.

«Aunque no fuera probable que invocarlos nos acarrearla la muerte, dudo que su respuesta fuera muy fiable».

Miró de nuevo a Emerahl. Ella no se había movido mientras la contemplaba, salvo para respirar. Su pecho subía y bajaba con tal lentitud que él tenía que observarla pacientemente para percibir el cambio.

«La echaré de menos». Al pensar esto, le sorprendió la melancolía que lo invadió, no porque no esperaba experimentarla, sino porque era más intensa de lo que había imaginado.

«¿No sentías lo mismo por ella antes? —preguntó Leiard—. ¿La amas?».

Mirar reflexionó. Sentía afecto y preocupación por ella. No quería que le hicieran daño o que sufriera dolor. Disfrutaba con su compañía; siempre había disfrutado sus relaciones físicas en las pocas ocasiones en que habían sido amantes, pero aún estaba convencido de que sus sentimientos distaban mucho del amor romántico. Emerahl era una amiga.

«Sí. Has echado de menos la compañía de una semejante».

«Tal vez sí», admitió él.

Desvió la mirada y la desplazó por el interior de la cueva. Tenía hambre. Emerahl le había asegurado que había comida suficiente para que él se alimentara durante los días que ella tardara en llevar a cabo su transformación. Consistía sobre todo en nueces, frutos frescos y secos, un poco de cecina y algunos tubérculos.

«No son precisamente unos manjares apetitosos —se dijo. Echó un vistazo a la entrada de la cueva y pensó en las gamillas que ella había pescado y cocinado una vez—. Creo que es hora de que me dé un poco el sol. Si los siyís pasan volando y me ven, mala suerte. Dudo que representen una amenaza para Emerahl. Por si acaso, les diré que ya se ha ido. No creo que tenga que quedarme aquí a todas horas durante los próximos días. Tal vez pueda encontrar algo decente de comer para cuando se despierte».

Tras recoger el cubo que ella usaba para recolectar alimentos, echó a andar hacia el túnel y la luz del sol.

Erra estudió a la extraña niña que yacía hecha un ovillo sobre la cubierta. Hasta donde alcanzaba a ver, estaba desprovista por completo de pelo. Entre los dedos de sus manos y pies descomunales se extendía una membrana gruesa. Su piel era anormalmente oscura, de color negro azulado. El día anterior la tenía brillante, pero ahora ofrecía un aspecto apagado.

—Ella traer problemas —advirtió Kanyer—. Es niña. Adultos vendrán por ella. Nos cortarán garganta mientras dormir.

—Eso dijiste anoche —repuso Erra—, y no vino nadie.

—¿Por qué no dejar ir?

—Por una corazonada. Mi pa decía que se le puede encontrar una utilidad a todo lo que sale del mar.

—¿Qué utilidad ella? ¿Crees gente del mar ofrecerá algo a cambio?

—Tal vez. Tengo otra idea. Silse dice que la vio coger las campanillas. Según él, debía de llevar un buen rato allí abajo.

Kanyer observó a la chica con interés.

—Así que cierto respiran agua.

Erra meneó la cabeza.

—Qué va. No tiene agallas. Fíjate en el tamaño de su pecho. Pulmones grandes. Seguramente es capaz de aguantar la respiración durante mucho rato. —Se frotó el mentón sin afeitar—. Eso podría sernos útil.

—¿Quieres ella nos consiga campanillas?

—Sí.

—No hará.

—Lo hará si le damos una buena razón.

Erra se acercó a ella con grandes zancadas y cortó la cuerda que le sujetaba los tobillos. Como continuaba dormida, él le dio unos empujoncitos con el pie. Una sacudida recorrió el cuerpo de la niña, que abrió los párpados y volvió la cabeza para mirarlo. Tenía los labios agrietados, y la película que le cubría los ojos enrojecida. Erra supuso que estar fuera del agua la perjudicaba, y sintió un ligero remordimiento. «Bueno, eso le pasa por intentar robarme mis campanillas».

Extendió el brazo hacia la argolla del fanal y soltó el extremo de la cuerda a la que ella estaba atada.

—Levántate.

Ella se movió despacio, con expresión recelosa y hosca.

—Ven aquí.

Erra la arrastró hacia las cestas de campanillas marinas y señaló la última, que aún no contenía nada. Le mostró hasta dónde llegaban las campanillas en la cesta de al lado, y sostuvo la mano a la misma altura sobre la vacía. Apuntó a la chica con el dedo, luego al mar y por último le indicó de nuevo el nivel que quería que tuviera la cesta cuando estuviera llena. Por último, gesticuló hacia las cuerdas e hizo ademán de cortar, antes de señalarla a ella y mover la mano en dirección al agua.

Ella clavó la vista en él con rabia. Era evidente que lo había entendido, pero no le gustaba nada lo que él le proponía. Aun así, no opuso resistencia cuando el hombre tiró de ella hacia la borda, ante la mirada de los tripulantes, que aún estaban desayunando.

Erra le dio la vuelta y deshizo el nudo de la cuerda que ella tenía en torno a las muñecas. A continuación, le ató al cuello una soga nueva y seca. Esta se hincharía en cuanto se mojara, con lo que resultaría imposible de desatar. Le dio un golpecito con el codo y apuntó hacia el mar.

Ella lo miró llena de resentimiento antes de saltar al agua. Comenzó de inmediato a forcejear con la cuerda.

—Silse —llamó Erra.

El hombre se le acercó con paso tranquilo.

—Zambúllete y no le quites ojo. Si te da la impresión de que va a soltarse, avísame y la izaremos de nuevo a bordo.

El hombre vaciló por unos instantes. Al muy necio sin duda le remordía la conciencia por utilizar a la chica de ese modo. ¿O quizá le preocupaba perder su parte de los beneficios?

—¿A qué esperas? —gruñó Erra.

Silse se encogió de hombros y se lanzó al mar. Los forcejeos de la niña cesaron en cuanto vio a Silse flotar cerca de ella. Después de mirarlo con fijeza durante un buen rato, se sumergió de pronto hacia la oscuridad,

arrastrando la cuerda tras sí.

Silse la observó. Al cabo de un momento, sacó la cabeza del agua.

—Lo está haciendo, pero está cortándolas de una en una.

—Déjala —dijo otro marinero—. Nos ahorrará parte del trabajo.

Erra asintió. Habría menos problemas más tarde, a la hora de repartir las ganancias, si los demás no podían alegar que Silse había trabajado menos que ellos. Señaló una de las bolsas que los nadadores habían utilizado para subir hasta la superficie las plantas de campanillas.

—Pasadme eso.

Le arrojaron la bolsa, y él dejó que cayera al agua, al lado de Silse.

—Cuando ella emerja, dásela —ordenó al nadador, y se sentó a esperar.

La chica reapareció antes de lo que él había imaginado, con los brazos cargados de campanillas marinas. Silse empezó a explicarle torpemente cómo se usaba la bolsa. Ella no le prestó la menor atención. Tras tirar las campanillas sobre la cubierta, agarró la bolsa y desapareció otra vez en las profundidades.

Silse alzó la vista hacia Erra y se encogió de hombros.

La tripulación se repantigó por todo el barco. Unos pocos iniciaron una partida de fichas. La niña salió a la superficie tres o cuatro veces para respirar. En cada ocasión, algún hombre vaciaba la bolsa en la cesta y se la devolvía.

Después de la cuarta vez, Erra decidió que su idea estaba funcionando bien y que podía relajarse y tomar una copa. Buscó con la mirada a Darm, el más joven de la tripulación, y lo localizó encaramado en lo alto del mástil.

—¡Darm! —bramó.

El muchacho dio un respingo.

—¿Sí, mi capitán?

—Baja de ahí.

El chico descruzó sus delgadas piernas, con las que se aferraba al mástil, y comenzó a descender. Erra se llevó la mano al bolsillo para sacar un poco de madera de humo.

—¿Mi capitán? —Erra levantó la vista. El muchacho, a media altura del mástil, apuntaba hacia el acantilado que se alzaba en un extremo de la bahía

—. Velas. Alguien se aproxima.

Los marineros se pusieron de pie todos a una. Erra se dirigió hacia el mástil con la intención de echar un vistazo por sí mismo, pero no fue necesario. La proa de una nave asomaba por detrás del acantilado.

Era un buque mercante desvencijado pero robusto, más grande que los barcos pesqueros. Erra entornó los ojos. Avistó apenas a los hombres que iban a bordo, alineados a un costado. Cuando el resto de la embarcación se hizo visible, todos los desconocidos agitaron los brazos en alto.

A Erra se le revolvió el estómago. Aquellos hombres blandían espadas.

—¡Saqueadores! —gritó Darm.

Erra soltó una maldición. Aunque hubieran tenido las velas desplegadas y no hubieran estado acorralados en la bahía, sus barcos jamás habrían podido dejar atrás aquel buque. Tendrían que abandonarlos, aunque tal vez podrían llevarse su tesoro consigo. Se volvió hacia sus hombres, que estaban pálidos y parecían a punto de salir huyendo.

—¡Tenemos que ganar la costa a nado! —exclamó uno de ellos.

—¡No! —rugió Erra—. Aún no. Nos queda un poco de tiempo antes de que lleguen. —Señaló las cestas de campanillas marinas—. Cerradlas bien, atadles pesos y tiradlas por la borda. Luego nadaremos hacia la playa. El que no colabore, no recibirá una sola moneda.

Esto desencadenó una actividad frenética. Con el corazón desbocado, Erra juntó todos los objetos que podrían servir de lastre y los sujetó a las cestas con cuerdas, mientras profería órdenes a la tripulación aparentando seguridad en sí mismo. Dos cestas cayeron ruidosamente al agua, y luego una tercera. Se hundieron hacia las profundidades.

—¡Se aproximan a todo trapo! —gimió Darm—. ¡No conseguiremos llegar a la orilla!

Erra se irguió para echar una ojeada. La nave se acercaba con rapidez. Calculó a ojo la distancia que tendrían que recorrer a nado.

—Bien. Dejad lo que queda. Está bien que crean que han conseguido algo, pues de lo contrario nos darán caza por deporte. ¡A nadar!

Sin esperar a los demás, se lanzó al agua. El miedo le confirió fuerza y velocidad. Cuando por fin alcanzó la arena, se levantó con dificultad y miró

hacia atrás. El buque se encontraba ya muy cerca de los barcos. Sus hombres empezaban a emerger. Erra soltó una palabrota y arrancó a correr hacia el bosque.

No fue hasta más tarde, cuando contemplaba los cascos humeantes de los barcos desde un acantilado, que se acordó de la chica del mar. ¿Había sido lo bastante lista para esconderse o huir, o la habían descubierto los saqueadores? Envió a Silse a averiguarlo, pero el nadador no encontró el menor rastro de ella. Salvo la cuerda cortada.

A Erra no le costó mucho dejar a un lado su ligero sentimiento de culpa. En esos momentos tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Como hallar la manera de salir de esa isla.

El cielo plumizo lo despojaba todo de su color..., excepto la sangre.

Los cadáveres tenían la cara blanca, el cabello negro o desteñido por el sol. Las armas, empuñadas por manos agarrotadas o clavadas en la carne, carecían de brillo. Los cirques de los sacerdotes eran de un blanco apagado.

En cambio, las manchas eran de un tono muy vivo. La espesa sustancia carmesí goteaba de las heridas y las espadas empapadas, y formaba charcos que se extendían bajo los muertos como alfombras macabras, hilillos que corrían por los pliegues del suelo. Estos se juntaban para dar lugar a riachuelos; se estancaban o impregnaban la tierra, de manera que la superficie burbujeaba a cada paso.

Aunque Auraya intentaba caminar con cuidado y mantenerse en las zonas secas, la sangre manaba y le recubría las sandalias. Aquel fango nauseabundo le succionaba los pies. Avanzó un poco más hasta que descubrió que ya no podía moverse. El barro se adhería a ella. Cedía bajo su peso. Ella notaba que se hundía en él. Cuando se apoyó en una pierna para intentar liberar la otra, solo consiguió quedarse más atascada. Sintió que la fría humedad le trepaba por las piernas, y se le aceleró el pulso.

—Tú nos mataste —siseó una voz.

Al alzar la mirada, vio que los cadáveres erguían la cabeza para contemplarla con sus ojos sin vida.

«Ahora no —pensó—. Bastantes problemas tengo ya».

—Tú —dijo otro, con un gran tajo en el cuello y la cabeza colgando—. Tú me hiciste esto.

Ella intentaba no escuchar las voces y concentrarse en escapar del lodo, que se negaba a dejarla ir. Unas burbujas y una espuma rojas gorgoteaban en la superficie. Se inclinó hacia delante, desesperada por encontrar algo a lo que agarrarse para dejar de hundirse, algo que le sirviera para hacer palanca con los brazos y salir de allí.

«Voy a ahogarme —pensó, y el miedo se adueñó de ella—. Voy a asfixiarme, con la boca y los pulmones llenos de tierra ensangrentada».

No había nada más que un mar de cadáveres que alargaban sus garras hacia ella. Se echó hacia atrás, notó que se hundía aún más y se obligó a extender el brazo hacia ellos.

—Es culpa tuya que yo esté muerta —susurró una mujer.

—¡Culpa tuya!

—¡Tuya!

:No.

Todo se detuvo. Los cadáveres se quedaron paralizados. La succión del fango cesó. Auraya miró en torno a sí, confundida. Los muertos hicieron girar los ojos en busca del dueño de la voz.

«Esto no es lo que suele ocurrir», advirtió ella.

:No es culpa de ella que estéis muertos. Si tenéis que culpar a alguien, culpádmela a mí. De un modo u otro, os equivocáis. Ni Auraya ni yo asestamos el golpe que os mató.

Una figura radiante apareció. Los cadáveres se alejaron del recién llegado, rodando o encogiéndose. Él bajó la vista hacia Auraya y sonrió.

:Hola, Auraya.

—¡Chaia!

:En efecto.

Caminó hacia la orilla del fangal y le tendió la mano. Ella vaciló por un instante antes de agarrarla. Unos dedos firmes y cálidos se cerraron en torno a los suyos. Chaia tiró, y ella notó que el barro dejaba de aprisionarle las piernas.

:Regresemos a tu habitación, dijo él.

El campo de batalla se desvaneció. De pronto, ella estaba sentada en su cama, al lado de Chaia. Con una sonrisa, él acercó la mano a su rostro. El tacto de sus dedos al deslizarse por su mandíbula provocó que un escalofrío le bajara por la espalda. Chaia se inclinó, y ella supo que iba a besarla.

«Oh, no —pensó, apartándose—. Apelar a él para que me rescatara de la pesadilla ha estado bien, pero soñar con encuentros eróticos es ir demasiado lejos».

:Te resistes. Crees que esto está mal. Que es una falta de respeto.

—Sí.

Él sonrió.

:Pero ¿cómo puede ser una falta de respeto, si soy yo quien te besa a ti?

—No eres real. El Chaia de verdad podría ofenderse.

:¿Que no soy real? —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Estás segura?

—Sí. El Chaia auténtico no puede tocarme.

:En sueños, sí.

«Igual que Leiard», se dijo ella. Su recuerdo desató en su mente un torbellino de emociones distintas: dolor por su traición; vergüenza por haberse llevado a la cama a alguien que seguramente no contaba con la aprobación de este dios; y, a pesar de todo, añoranza. Sus conexiones en sueños con Leiard le habían parecido de lo más reales. Cuando le vinieron a la memoria, la recorrió una oleada de placer, seguida de una sensación de bochorno y humillación al recordar en presencia de quién se encontraba, aunque solo se tratara de la sombra onírica del dios.

:No te avergüences de tu pasado —le dijo Chaia—. Todos tus actos te enseñan algo acerca del mundo y de ti misma. Aprender de tus errores depende de ti.

Ella lo observó con recelo. Era demasiado comprensivo. Claro que no podía ser de otra manera. No era Chaia. El Chaia verdadero la habría... ¿qué? ¿Reñido como a una niña?

Chaia se rio.

:¿Sigues convencida de que soy un sueño?

—Sí.

Él deslizó la mano tras su cuello y se inclinó hacia ella.

:Abre los ojos.

Ella lo miró con fijeza.

—¿Y si sueño que abro los...?

Chaia acercó los labios a los suyos. Ella se puso rígida por la sorpresa. De súbito, tanto él como la habitación desaparecieron. Ella yacía boca abajo, tapada con mantas. En su cama. No veía más que oscuridad. Tenía los párpados cerrados.

Estaba despierta.

Sin embargo, sentía un cosquilleo en los labios. Abrió los ojos. Un rostro luminoso flotaba por encima del suyo. La boca se curvó en una sonrisa. El rostro le guiñó un ojo.

Entonces la aparición se esfumó.

SEGUNDA PARTE

Una brisa salada indicó a Emerahl que se acercaba a la costa mucho antes de que divisara el mar. Sin embargo, no sintió que estaba próxima a su destino hasta que coronó una colina y vislumbró a lo lejos la extensa franja de agua.

Al verla, suspiró aliviada. Se sentó en un tronco caído para recuperar el aliento. Tras dos meses de marcha había perdido peso y ganado resistencia, pero la loma sobre la que se encontraba era empinada, y llegar hasta allí había supuesto un ascenso largo y duro.

«Rozea no me reconocería», pensó. No solo había modificado su edad; se había teñido el cabello de negro y se lo recogía en una trenza sencilla cada mañana. Llevaba un vestido práctico y sin adornos, y encima una mezcla ecléctica de tagos, telas drapeadas, collares y pulseras de abalorios y morrales bordados. Los aromas a hierbas, esencias y otros ingredientes de sus remedios la envolvían.

No le había hecho falta anunciar su profesión. Cuando llegaba a una aldea o ciudad, simplemente preguntaba a la primera persona con que se cruzaba si había algún alojamiento seguro y decente disponible, y el primer cliente aparecía antes de que ella terminara de instalarse.

Al menos es lo que solía ocurrir. Siempre había habido, y siempre habría, lugares donde se recibía a los forasteros con suspicacia y a las hechiceras sanadoras con hostilidad declarada. El primer sacerdote con el que había

topado se había mostrado poco amistoso, lo que no había aplacado su miedo a que los dioses la encontraran. Para su alivio, él se había limitado a ordenarle que se marchara de su aldea. Durante los días siguientes, Emerahl había temido que la persiguieran de nuevo, pero nadie había ido tras ella.

No obstante, en casi todas partes la acogían bien. Los sacerdotes de las aldeas por lo general no poseían grandes dones o conocimientos avanzados de sanación. Como sus mejores sanadores trabajaban en las ciudades y los tejedores de sueños no abundaban, los servicios de Emerahl estaban muy solicitados. El hecho de aparentar entre treinta y cuarenta años también la ayudaba; nadie habría creído que sabía mucho de sanación si hubiera conservado su aspecto de joven hermosa.

El camino serpenteaba ante ella, apareciendo y desapareciendo tras colinas y bosques. Ella lo siguió con la vista hasta la orilla del mar. Los edificios se arracimaban en torno al centro de una bahía como guijarros en el fondo de un cubo. Según algunos propietarios de casas de viaje, compañeros de copas amables y el bosquejo de un mapa que le había dado un mercader, el nombre de aquel puerto era Dufin.

Durante los últimos cuarenta años había crecido y prosperado, gracias a su cercanía a la frontera con Si. O, más bien, gracias a la inclinación de los torenios a traspasar la frontera y establecerse allí donde encontraban tierras fértiles o yacimientos minerales. Los habitantes de tierra adentro con los que ella había hablado le habían contado con regocijo que los Blancos habían obligado al rey de Toren a retirar a sus colonos de Si. Sería interesante ver qué efectos había tenido esta orden sobre los ciudadanos de Dufin, si es que los había tenido.

Al oír un sonido tras sí, se volvió hacia el camino. Un solo arem tiraba de un tarne pequeño cuesta arriba, hacia ella. Se enderezó. Aunque el conductor se encontraba demasiado lejos para leer su expresión, ella sabía con certeza que la estaba mirando. Percibía su curiosidad.

Consideró lo lejos que estaba él, lo tarde que era y la distancia a la que se hallaba Dufin. Se sentó a esperar a que llegara el tarne.

Tardó varios minutos. Un buen rato antes, cuando el conductor estaba lo bastante cerca para verle la cara, habían intercambiado una sonrisa y un

saludo con la mano. Una vez que el arem superó el último tramo de la pendiente, Emerahl se puso de pie para recibir al hombre.

Calculó que tenía cuarenta y tantos años. Su rostro curtido resultaba agradable; estaba surcado de arrugas causadas por su sonrisa. El hombre obligó al arem a detenerse.

—¿Vas hacia Dufin? —preguntó ella.

—Así es —respondió él.

—¿Tienes sitio para una caminante cansada?

—Siempre hago sitio a las jóvenes guapas que necesitan transporte —dijo él, jovial.

Ella miró alrededor, como buscando a otra persona.

—¿Dónde está esa mujer de la que hablas? Además, sería muy egoísta por tu parte dejar a una anciana exhausta en la cuneta para llevar una acompañante más lozana.

Él soltó una carcajada y señaló el tarne.

—No es un platén cubierto ni elegante, pero si no te molesta el olor, puedes sentarte sobre las pieles.

Ella sonrió agradecida y subió al vehículo. En cuanto se hubo acomodado sobre las pieles, el conductor arreó al arem para que echara a andar de nuevo. Se apreciaba un inconfundible olor a pescado bajo el hedor de las pieles de animales.

—Me llamo Limma Ensalmadora —dijo ella—. Soy sanadora.

Él le lanzó una mirada, arqueando las cejas.

—Y hechicera, supongo. Ninguna mujer común y corriente viaja sola por estos parajes.

—Una mujer batalladora podría. —Sonrió de oreja a oreja y sacudió la cabeza—. Pero no soy guerrera. ¿Puedo preguntarte quién eres tú?

—Marin Anzoler. Pescador.

—Ah —dijo ella—. Ya me parecía que olía a pescado. Deja que adivine: llevas pescado a la gente de tierra adentro que a cambio te dan pieles y... — examinó el resto de la carga del tarne— verduras, bebidas, madera, vasijas y..., ah, un par de guirris para la cena.

Marin asintió.

—Así es. Gracias a eso, no tengo que comer siempre lo mismo. Ni tampoco la gente de tierra adentro.

—Yo he vivido junto al mar —declaró ella—. A menudo pescaba para comer.

—¿Dónde vivías?

—Era un lugar remoto. No tenía nombre. Detestaba ese sitio. Estaba demasiado lejos de todo. Me marché, viajé por muchos lugares y aprendí mi profesión. Pero siempre me gusta estar cerca del mar.

—¿Qué te trae por Dufin?

—La curiosidad —contestó ella—. El trabajo. —Hizo una pausa. ¿Debía comenzar ya su búsqueda del Gaviota?—. He oído una vieja historia. Quiero descubrir si es cierta.

—¿Ah, sí? ¿Qué historia?

—La de un muchacho. Un muchacho que nunca envejece. Que sabe todo lo que se puede saber sobre el mar.

—Ah —dijo Marin, en algo que sonó más como un suspiro que como una exclamación—. Sí que es una vieja anécdota.

—¿La conoces?

Él se encogió de hombros.

—Se cuentan muchas, muchas historias sobre el Gaviota. Historias de cómo ha salvado hombres de morir ahogados; historias de cómo ha ahogado hombres con sus propias manos. Es como el propio mar: generoso y cruel a la vez.

—¿Tú crees que existe?

—No, pero conozco a personas que sí lo creen. Aseguran haberlo visto.

—¿Son relatos fantasiosos? ¿Anécdotas antiguas que se han ido exagerando al pasar de boca en boca?

—Seguramente. —Marin frunció el ceño—. Al Viejo Grim nunca le he oído faltar a la verdad y, según él, fue compañero de tripulación del Gaviota cuando era niño.

—Me gustaría conocer al Viejo Grim.

—Puedo encargarme de eso. Pero a lo mejor no te cae bien. —Marin volvió la vista hacia ella—. Es muy malhablado.

Ella rio entre dientes.

—Podré soportarlo. He oído a parturientas decir cosas que harían arder los oídos a la mayoría de la gente.

Él asintió.

—Yo también. Mi esposa suele ser muy callada, pero cuando se pone hecha una furia... —Se estremeció—. Entonces se le nota que es hija de pescador.

Habían llegado al pie de la colina. Marin guardó silencio y, al cabo de un rato, lanzó a Emerahl otra mirada fugaz.

—Así que quieres averiguar si el Gaviota existe. ¿Qué haría falta para que creyeras en él?

—No lo sé. Conocerlo en persona, tal vez.

Él se rio.

—Eso lo demostraría.

—¿Crees que es probable que llegue a hablar con él?

—No. ¿Qué harías entonces?

—Preguntarle qué remedios conoce. Hay muchos que provienen del mar.

—Claro.

—Tal vez nunca lo encuentre, pero dispongo de todo el tiempo del mundo. Mientras haya personas, habrá quien necesite remedios. Recorreré la costa. Tal vez compre pasajes en barcos.

—Lo más seguro es que conozcas a algún tipo afortunado, tengas un montón de hijos preciosos y te olvides del Gaviota.

—¡Bah! —gruñó ella—. Ya estoy harta de tonterías románticas.

Él soltó una risita.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo ella con firmeza. Cuando el tarne giró para pasar entre dos lomas bajas, y los edificios de Dufin aparecieron ante ellos, Emerahl adoptó una posición más cómoda—. En fin, cuéntame alguna de esas viejas historias sobre el Gaviota —pidió.

Marin, tal como ella había imaginado, accedió de buen grado.

Auraya se inclinó contra el marco de la ventana y miró hacia abajo. El sol del atardecer proyectaba sombras alargadas sobre los jardines del templo. En las zonas a las que llegaban los rayos de luz, brillaban cúmulos de hojas otoñales. Juran, en su calidad de líder de los Blancos, ocupaba las habitaciones de la planta superior de la torre. La vista era muy similar a aquella de la que gozaba Auraya desde sus aposentos, aunque abarcaba una extensión ligeramente mayor.

—Prueba esto —murmuró Juran.

Ella apartó la vista de la ventana y aceptó la copa que él le ofrecía. Contenía un líquido de color amarillo claro. Cuando tomó un sorbo, un gusto ácido que le resultó familiar inundó su boca, seguido de un sabor a especias.

—Me recuerda un poco el tepi —comentó.

Juran asintió.

—Está hecho de bayas del mismo árbol que los siyís usan para elaborar el tepi. Cuando los primeros colonos de Toren llegaron a Si, los siyís los trataron como a visitantes. El tepi despertó especialmente el interés de los torenios, que aprendieron a destilar una versión más fuerte.

Cuando repartió copas entre los demás Blancos, todos bebieron un trago. Dyara hizo una mueca, Mairae sonrió y Rian, a quien no le gustaban las bebidas embriagantes, se encogió de hombros y dejó la copa a un lado.

—Es más simple —opinó Auraya—. No tiene aroma a nueces o madera.

—Lo dejan madurar en botellas, no en barricas. Menos mal, porque la madera escasea en Toren.

—¿De modo que tienen la intención de seguir elaborándolo?

—Sí. Uno de los colonos más emprendedores llevó unas botellas a Aime. Los más pudientes le han tomado el gusto, y como no abunda, se vende a un precio elevado. Muchos de los colonos se llevaron consigo esquejes y ejemplares jóvenes de esos árboles, por los que también cobran buenas sumas.

—Me alegro. Muchos de los torenios a los que les ordenaron que se marcharan de Si dejaron atrás casi todas sus pertenencias. Este comercio hará

más llevadera su condición de desplazados —murmuró Dyara.

—Y anulará toda posibilidad de que los siyís vendan tepi a los torenios —añadió Auraya.

—No es la misma bebida —señaló Juran—. Puede que a los torenios acabe por gustarles también el tepi de Si. Existe una demanda aquí que los siyís aún podrían aprovechar.

Auraya asintió despacio mientras empezaba a cavilar sobre cómo les sugeriría esta idea a los siyís, pero algo captó su atención. De pronto, tomó conciencia de la magia que la rodeaba. Una presencia conocida se aproximó, y una ansiedad no menos conocida se apoderó de ella.

:Buenas tardes, Auraya.

:Chaia.

:¿Por qué tan nerviosa?

:Me distraes..., a veces en los momentos más inoportunos, confesó ella. En cuanto su mente formuló estas palabras, ella sintió vergüenza y la necesidad de disculparse. Percibió una oleada de regocijo que emanaba de Chaia, lo que no la ayudó a disipar su desazón.

:No tengas miedo de pensar, Auraya. Tu reacción es espontánea; ¿cómo voy a ofenderme por ella? Preferiría que me trataras como a un acompañante mortal. O como a uno de tus compañeros Blancos.

:Pero no lo eres. Eres un dios.

:Eso es verdad. Tendrás que aprender a confiar en mí. Eres libre de enfadarte conmigo, de poner en duda mi voluntad, de discutir. Quiero que discutas conmigo.

«No es lo único que quiere», pensó Auraya.

Esta vez notó que se ruborizaba, abochornada, y se volvió hacia la ventana para ocultar su sonrojo a los otros Blancos. Sin embargo, no podía esconderse de Chaia. Otra oleada de diversión la envolvió.

:Eso también es verdad. Me gustas, Auraya. Llevo mucho, mucho tiempo observándote. He esperado a que hubieras madurado lo suficiente para poder decírtelo sin provocarte angustia.

«¿Y esto no me está provocando angustia?», pensó ella con sarcasmo. Recordó los besos que había esquivado. Para tratarse de un ser que carecía de

forma física, Chaia rebosaba sensualidad. A menudo se acercaba al cuerpo de Auraya como para compensar su incorporeidad. Aunque su contacto era de naturaleza mágica, no producía una sensación desagradable.

«No me provoca tanta angustia como debiera —pensó ella—. Debería dejar de engañarme a mí misma y reconocer que echo de menos a Leiard. No solo su compañía, sino también... las noches. A veces me cuesta resistir la tentación de dejar que Chaia se salga con la suya».

De repente experimentó una incomodidad intensa. ¿Cómo podía sentirse atraída nada menos que por un dios? Eso no estaba bien.

:¿No me corresponde a mí decidir qué está bien y qué está mal?, preguntó Chaia.

Ella sintió un cosquilleo en un lado de la cara y se quedó sin respiración. Fue un contacto breve. Notó que la atención de Chaia se desviaba de golpe.

:Debo irme, dijo él.

La presencia luminosa desapareció con un destello. A Auraya la invadió tal sensación de velocidad que no le quedó la menor duda de que el dios podía cruzar Ithania en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Auraya!

Sobresaltada, se volvió hacia Juran. Para su sorpresa, los demás ya no estaban. Se habían marchado, sin que ella se diera cuenta siquiera.

Juran la contemplaba con fijeza, visiblemente molesto. Cuando ella lo miró como pidiendo disculpas, él suavizó su expresión.

—¿Qué ocurre, Auraya? —preguntó en voz baja—. Te noto muy distraída últimamente, incluso durante reuniones importantes. No es propio de ti.

Ella le sostuvo la mirada, sin saber qué decir. «Podría inventar alguna excusa. Pero tendría que ser convincente. Solo algo importante justificaría mi actitud de los últimos días». Conforme el silencio entre ambos se prolongaba, ella se percató de que no se le ocurría un pretexto lo bastante bueno, salvo la verdad.

Aun así, no las tenía todas consigo. ¿Le parecería bien a Chaia que Juran se enterase de que hablaba con Auraya a todas horas?

:¿Chaia?

No obtuvo respuesta. El dios no se encontraba cerca. Juran la observaba con expectación.

«En ningún momento me ha prohibido que se lo revele a Juran», pensó. Respiró hondo.

—Se trata de Chaia —murmuró—. Me habla, a veces en... momentos inadecuados.

Juran alzó las cejas.

—¿Desde cuándo? ¿Y con qué frecuencia?

Ella hizo memoria.

—Desde hace dos meses, y al menos una vez al día.

—¿Sobre qué? —Parecía disgustado, lo que no sorprendió a Auraya. Era el líder de los Blancos. Si Chaia iba a honrar a alguien con visitas diarias, tendría que haber elegido a Juran.

—Nada importante —se apresuró a decir—. Solo... me da conversación. —El entrecejo fruncido de Juran le dejó claro que no había arreglado las cosas con esta respuesta. Resultaba demasiado evasiva—. Me da consejos sobre el hospital —agregó.

Juran asintió despacio, y ella se sintió aliviada al comprobar que sus palabras lo habían aplacado.

—Entiendo. Eso tiene sentido. ¿Qué más te dice?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente mantenemos charlas amistosas. Creo... creo que intenta conocerme mejor. Ha tenido más de cien años para conocerte a ti. Incluso Rian lleva veintiséis aquí. Yo llegué hace poco tiempo.

—Es verdad. —Juran movió la cabeza afirmativamente y relajó los hombros—. En fin, es toda una revelación. Lo que he dicho mientras no me escuchabas es que se ha avistado a tres siyís que vuelan hacia la torre. Los demás han subido a la azotea a recibirlos.

A Auraya se le aceleró el pulso.

—¿Siyís? No harían un viaje tan largo sin una buena razón.

Él sonrió.

—Subamos para averiguar de qué se trata.

Para llegar a la azotea les bastó con ascender por un tramo corto de

escalera. El sol estaba ya a punto de ocultarse tras el horizonte. Auraya escrutó el cielo, por encima de las cabezas de los otros Blancos. Tres figuras descendían hacia la torre.

Los Blancos permanecían callados mientras los tres seres alados se acercaban. Auraya advirtió que dos de los siyís eran de mediana edad. El otro, más joven, llevaba un ojo tapado con un parche. Los siyís formaron una línea y aterrizaron a la vez. El más joven se tambaleó, pero recuperó el equilibrio. Saltaba a la vista que estaban agotados.

Sus ojos se posaron en Auraya. Esta levantó la mirada hacia Juran, que asintió. Con una sonrisa, ella se dirigió al encuentro de los recién llegados.

—Bienvenidos, gente del cielo. Soy Auraya la Blanca. —De inmediato, les presentó a cada uno de sus compañeros. El siyí del parche en el ojo realizó la señal del círculo.

—Gracias por tu bienvenida, Elegida de los dioses —respondió el hombre—. Soy Niril, de la tribu de la cresta del Sol. Mis acompañantes son Dyni y Ayliss, de la tribu de la montaña Pelada. Nos hemos ofrecido voluntarios para quedarnos aquí, en Jarime, como representantes de nuestro pueblo.

—Será un honor teneros entre nosotros —aseguró ella—. Debéis de estar extenuados por el viaje. Os acompañaré a unas habitaciones donde podréis descansar, si así lo deseáis.

Niril inclinó la cabeza.

—Te lo agradeceríamos. Pero antes debo comunicaros una noticia que los portavoces ansían que os transmita. Hace diez días, un buque negro fue avistado cerca de la costa meridional de Si. Los siyís que fueron a investigarlo vieron a varios grupos de hombres y mujeres pentadrianos desembarcar y encaminarse tierra adentro. Divisaron el colgante en forma de estrella en el pecho de algunos pentadrianos, y también pájaros.

Un escalofrío descendió por la espalda de Auraya. Los siyís habían sufrido demasiadas bajas en la guerra. ¿Lo sabían los pentadrianos? ¿Creían que los siyís estaban en una posición vulnerable?

—Es una mala noticia —admitió—, pero es una suerte que vuestra gente se haya apercebido de su llegada. Eso nos da algo de tiempo. —Miró a Juran y a los otros Blancos—. Decidiremos qué puede hacerse al respecto.

—En efecto —convino Juran—. Nos reuniremos en el altar. Pero antes, Auraya os llevará a vuestros aposentos. Compartiremos con vosotros nuestras conclusiones cuando hayáis descansado.

Niril hizo un gesto afirmativo, encorvado por la fatiga. Con una sonrisa de comprensión, Auraya les indicó que la siguieran.

—Venid conmigo.

Imi flotaba en un mar de árboles de campanillas marinas. La corriente las mecía con suavidad. Las campanillas diminutas y brillantes se movían y trazaban formas caprichosas en torno a ella. Alargó el brazo para tocar una. El delicado cáliz se le acercó, como si anhelara que la arrancara.

Entonces aparecieron varias filas de dientes, y la campanilla embistió contra su mano.

Ella la apartó rápidamente, horrorizada. Una sombra se deslizó sobre ella, sumiéndolo todo en la oscuridad, excepto las campanillas luminosas. El pavor se apoderó de Imi. Miró hacia arriba.

La imponente masa de un barco se cernía sobre su cabeza. Unas cuerdas descendían como serpientes, buscándola. Imi deseaba huir, pero no podía moverse. No recuperó el control hasta que era demasiado tarde y las cuerdas se habían enredado alrededor de su cuerpo. Tiraron de ella hacia arriba, pese a sus esfuerzos por resistirse.

Aun así no dejó de forcejear, pues sabía lo que la esperaba en la superficie. Los saqueadores estarían allí; hombres crueles y desalmados. En comparación con estos pisatierra, los pescadores que la habían sorprendido llevándose las campanillas de mar se habían mostrado amables y generosos. La habrían dejado marcharse una vez que hubiera terminado de cosechar las campanillas para ellos.

En cuanto se hubiera visto libre, ella habría buceado hasta el fondo del mar y habría recogido las campanillas que había cogido para su padre antes de encaminarse de vuelta a casa. No se las habría dado enseguida; él habría estado demasiado enfadado para disfrutar el regalo. No, ella habría aceptado el castigo por haberse escabullido y estaría aliviada por haber salido del apuro.

No era eso lo que había sucedido. Mientras las cuerdas la arrastraban hacia la superficie, se preparó para lo que pasaría después. En ese momento, antes de que saliera del agua, un objeto duro le golpeó las costillas. Despertó sobresaltada por el dolor. Soltó un jadeo y abrió los ojos.

La luz se filtraba a través de un techo de madera. Por la sensación fresca en torno a sus piernas, supo que había más agua agitándose en torno a ella que cuando se había quedado dormida. Su nariz percibió un olor a pescado fresco. A través de la sección abierta de la cubierta, vio que los marineros iban de un lado a otro, ocupados en sus actividades habituales. Uno de ellos estaba de pie en la bodega, frente a ella. Sus oídos captaron una voz masculina áspera que le gritaba. Aunque las palabras sonaban extrañas, ella conocía bien su significado.

«Vuelve al trabajo».

Sus manos encontraron el balde, y ella se agachó para llenarlo. El hombre dejó de gritar. Imi vació el contenido en un cubo atado a una cuerda que colgaba del agujero en la cubierta. Algo cayó de las manos del hombre al agua, delante de los pies de Imi, antes de que él se encaramase a la cubierta para ponerse a gritar a los tripulantes.

Imi bajó la vista. Dos pescados pequeños flotaban en el agua de mar. Consiguió agarrarlos y comérselos sin interrumpir su labor.

Le habían servido pescado crudo muchas veces en palacio, pero siempre cortado en lonchas finas y acompañado con algas saladas o bulbos de kui en vinagre. Nadie le había enseñado a escamar pescado, y no disponía de utensilios que le facilitaran la tarea. Había aprendido a arrancar las escamas con los dientes y escupirlas.

No era sano alimentarse únicamente de pescado crudo, del mismo modo que, según le decía Teiti, no podía vivir a base de dulces. Teiti siempre

insistía en que una dieta saludable consistía en comidas muy variadas, incluidas muchas que a Imi no le gustaban. Cada vez que pensaba en su tía, se le encogía el corazón. Echaba mucho de menos a Teiti. El corazón se le encogía aún más cuando se acordaba de su padre. Se arrepentía en el alma de haber salido de la ciudad. Debería haberle comprado un regalo a su padre en el mercado. Debería haberle hecho caso a Teiti.

Imi trabajaba sin descanso. El agua entraba en la bodega a un ritmo constante, y a los saqueadores no parecía importarles el ritmo al que Imi la achicaba, siempre que ni ella ni la persona que izaba el balde desde la bodega para vaciarlo se tomaran un respiro. Tampoco les importaba que ella se salpicara de vez en cuando, o que durmiera sumergida en varios dedos de agua. Sin la inmersión constante, la piel se le habría resecaado y ella habría sufrido una muerte lenta y dolorosa.

Al principio, después de sacarla del agua, los saqueadores la habían atado al aire libre. El calor del sol le había resultado insoportable. La piel se le había deshidratado, y le había entrado una sed espantosa a pesar del agua que le daban para beber. Un dolor que se había originado en su cabeza se había extendido a todo su cuerpo, hasta que ella se había desplomado en el suelo de madera.

Lo siguiente que recordaba era haber despertado en la bodega, rodeada de agua, mientras el barco cabeceaba adelante y atrás. Oía unos ruidos aterradoramente fuertes procedentes del exterior de la nave. La lluvia, que ella solo había visto antes en dos ocasiones, y alguna que otra ola que rompía contra la borda habían empezado a anegar la bodega a una velocidad alarmante. Varios de los saqueadores se habían apresurado a achicar el agua, y cuando uno de ellos le había puesto un balde en las manos, ella se había unido a ellos, temerosa de que el barco se hundiera y ella muriese ahogada, arrastrada hacia el fondo por la cuerda que tenía atada al tobillo.

Más tarde, un saqueador se le había acercado y le había tirado un pescado. Imi tenía tanta hambre que se había comido las escamas, la raspa y la piel.

Poco a poco había recuperado parte de sus fuerzas. El líder de los saqueadores había dejado claro que quería que ella continuara extrayendo el

agua. Al principio se había negado. Era una princesa; no realizaba tareas de baja categoría.

Así que él le había pegado.

Conmocionada y asustada, Imi había cedido. El hombre la había observado durante un rato y amenazado cuando perdía brío. Finalmente, la había dejado trabajar a su aire.

Era una faena interminable y agotadora, y ella siempre estaba hambrienta. Le daban poca comida. Había adelgazado mucho. Sus brazos parecían haberse reducido a músculo, piel y huesos. La enagua, sucia y rota, caía suelta en torno a su cuerpo. Ella no sabía durante cuánto tiempo podría seguir haciendo aquello. Habían transcurrido muchos días. Se aferraba a la esperanza de que su padre o uno de los guerreros jóvenes elay la rescataran. Sin embargo, intentaba no pensar demasiado en ello. Cuando lo hacía, se le ocurrían muchas razones por las que ese rescate parecía improbable.

«Algo sucederá —se decía—. Soy una princesa. Las princesas no mueren en bodegas de barcos. Cuando llegue mi salvador, estaré viva y preparada».

Las cinco paredes del altar se juntaron por encima de los Blancos. Juran pronunció las palabras rituales con que daba inicio a la reunión, y Auraya coreó con los demás la frase breve que les correspondía. Cuando todos guardaron silencio, Juran miró a cada uno de ellos con expresión preocupada.

—Hemos venido para discutir qué debemos hacer respecto a los pentadrianos que han entrado en Si.

—¿Significa esto que volvemos a estar en guerra? —preguntó Mairae.

Juran sacudió la cabeza.

—No.

—Pero los pentadrianos han invadido un país aliado.

—Han entrado sin autorización —la corrigió Juran—. Hasta donde sabemos, no han hecho daño a nadie en Si.

—Porque los siyís no son tan necios para acercarse a ellos —señaló Auraya—. Debemos averiguar qué hacen ahí.

—Sí —convino Juran—. Eso nos llevará un tiempo. Enviaré a los

sacerdotes que han llegado al Claro hace poco.

—¿Sacerdotes? —repitió Auraya, sorprendida—. ¿Por qué poner en peligro sus vidas y someter a los siyís a semejante retraso? Yo podría llegar a Si en un día.

Juran intercambió una mirada con Dyara antes de fijar los ojos en Auraya.

—Tal vez eso no sería prudente.

Auraya parpadeó, extrañada. Echó un vistazo a Mairae y Rian, que parecían tan desconcertados como ella.

—¿Por qué?

Él posó las manos sobre la mesa.

—Sabemos que los líderes pentadrianos son hechiceros poderosos. Sabemos que los cuatro que quedan poseen una fuerza similar a la nuestra.

—Aquel al que llaman Shar, el que cabalga sobre voranes, es más débil que yo —terció Rian.

—Cierto —aceptó Juran—. Eres el único de nosotros que se ha enfrentado a una Voz en combate singular. —Hizo una pausa, mirando a Auraya—. Mejor dicho, el único que se ha enfrentado a una Voz que aún vive —puntualizó—. Por fortuna, Rian venció a Shar. No podemos medir nuestras fuerzas contra los demás sin correr el riesgo de que uno de nosotros resulte ser más débil y pierda la vida.

—En ese caso, si veo a alguna de las dos Voces más poderosas, no me acercaré —aseguró Auraya—. Dudo que los dos más débiles supongan una amenaza.

Juran esbozó una sonrisa sombría.

—Tu valor es admirable, Auraya.

—¿Por qué? Nos formamos cierta idea sobre sus puntos fuertes durante la batalla.

—Sí, pero no una idea clara. No sabemos si los dos más débiles estaban concentrados en defensas que nos pasaron inadvertidas en aquel momento. Es posible que sean más fuertes de lo que parecían.

Ella se encogió de hombros.

—Si Rian derrotó a Shar, yo también podría. Sabemos que la mujer de los pájaros, Genza, es la segunda más fuerte. Estoy dispuesta a asumir el riesgo

de luchar sin ayuda contra ella.

—¿Y podrías vencerlos a los dos a la vez?

Ella titubeó, presa de la duda.

Juran extendió las manos a sus costados.

—¿Eres consciente del peligro ahora? Pensad en vuestras propias vulnerabilidades. —Clavó la vista en los demás, uno tras otro—. ¿Qué pasaría si estuvierais todos fuera de la ciudad, y los cuatro pentadrianos supervivientes atacaran Jarime? Yo no podría hacerles frente solo. ¿Y si observan todos nuestros movimientos con la intención de tendernos una emboscada y matarnos de uno en uno en cuanto nos separemos? —Meneó la cabeza—. Cuando estamos solos, somos vulnerables.

Mairae soltó un ligero bufido de incredulidad.

—No pretenderás que permanezcamos todos en Jarime de ahora en adelante, ¿verdad? ¿Cómo defenderemos otros países? ¿Cómo respetaremos nuestros acuerdos de alianza?

Auraya asintió en señal de conformidad con Mairae. Viajar a Si entrañaba riesgos, pero valía la pena. «¿Qué opinas de esto, Chaia?», pensó casi sin darse cuenta.

—Nuestros sacerdotes pueden ocuparse de casi todas las amenazas —dijo Juran con gravedad—. Los enviaremos a recabar información antes de intervenir en el asunto personalmente.

—Dudo mucho que eso dé resultado en Si —declaró Auraya—. No llegarían a tiempo.

—Cuando contemos con sacerdotes suyos, ya no tendremos ese problema.

—Pero eso no ocurrirá a tiempo para afrontar esta amenaza. Faltan años para que algunos de ellos lleguen a...

Un movimiento repentino que captó con el rabillo del ojo la distrajo. Al mirar alrededor, se percató de que no se trataba de un movimiento físico, sino mágico. Una presencia conocida rozó sus sentidos.

:Hola, Auraya.

Ella contuvo un suspiro. Su admirador celestial había regresado, como de costumbre, en un momento en que ella necesitaba concentrarse.

—¿Qué sucede, Auraya? —preguntó Dyara en voz baja—. ¿Qué es lo que

ves?

Auraya se volvió hacia ella.

—¿No percibes nada?

Dyara negó con la cabeza. Auraya lanzó una mirada rápida a Mairae y Rian, que parecían perplejos. Juran tenía el ceño fruncido. De pronto, el asombro y la alegría asomaron a los rostros cuando todos dirigieron la vista hacia un punto situado detrás de Auraya. Al dar media vuelta, ella vio una figura resplandeciente.

:Juran —dijo el dios a manera de saludo—. Dyara, Auraya. Rian y Mairae.

—Chaia —respondieron los demás con actitud reverente, efectuando la señal del círculo. Auraya se apresuró a imitarlos. Se había habituado tanto a la presencia de Chaia que olvidaba con facilidad las formalidades que seguían los Blancos cada vez que aparecía una deidad.

Chaia comenzó a caminar despacio en torno a la mesa.

:Como sabéis, por lo general preferimos dejar que los mortales elijan su propio camino. De vez en cuando desviamos vuestro curso, dada nuestra responsabilidad de dirigir vuestros actos cuando se apartan de nuestros designios. —Calló por unos instantes y miró a Juran—. Debo intervenir ahora.

Las cejas del líder de los Blancos se juntaron. Bajó la vista hacia la mesa.

:Vuestro deber es proteger a nuestros adoradores, no solo a vosotros mismos, prosiguió Chaia.

Juran torció el gesto.

—No era mi propósito protegernos a nosotros en perjuicio de los demás —alegó, levantando la mirada hacia el dios—. Mi principal preocupación es la protección a largo plazo de los circulianos. Si uno de nosotros muere, toda Ithania del Norte quedará desamparada.

Dyara asintió.

—Estoy de acuerdo. Si Auraya pereciera en Si, eso podría ocasionar más muertes a la larga.

Chaia sonrió.

:Si Auraya pereciera, elegiríamos un sucesor, aunque dudo que

pudiéramos encontrar a alguien con su talento y sus dones.

A pesar del elogio, Auraya se estremeció. Había estado dispuesta a jugarse la vida por los *siyís*. Ahora, al enterarse de que los dioses habían previsto que ella corriera ese riesgo, la asaltó un temor profundo. Se sintió... prescindible.

«Como un soldado cualquiera —se dijo—. Bueno, es lo que somos: soldados poderosos, inmortales y dotados, al servicio de los dioses. —De pronto, reparó en la ironía de este pensamiento—. Nos llaman inmortales solo porque no envejecemos. Si nos encontramos ante un conflicto como los que Juran teme, si debemos poner en peligro nuestra vida constantemente para proteger a los *circulianos*, tal vez tengamos una vida más breve que la de los mortales comunes y corrientes. —Enderezó la espalda—. Bien, pues que así sea».

—Elegí servir a los dioses, y no tengo intención de dejar de hacerlo en un futuro próximo, aunque me llenaría de júbilo que me acogieran en su seno — les dijo a los demás—. No me expondré a riesgos innecesarios. Y no olvidéis que puedo estar de vuelta en un día si me necesitáis.

Juran le sostuvo la mirada antes de mover la cabeza afirmativamente y centrar su atención en Chaia.

—Gracias por tu orientación y tu sabiduría, Chaia —dijo con humildad—. Enviaré a Auraya a Si.

El dios sonrió y se desvaneció. Auraya notó que se alejaba hasta quedar fuera del alcance de sus sentidos. Cuando se fijó de nuevo en Juran, él la observaba con expresión indescifrable.

—Los dioses te han favorecido con dones extraordinarios —dijo—. Yo debería haber comprendido que su voluntad era que los utilizaras. Cuídate, Auraya. Tus poderes especiales no serían lo único que echaríamos terriblemente de menos si te perdiéramos.

Ella sonrió, conmovida.

—Gracias. Tendré cuidado.

Juran se dirigió a los demás.

—Queda decidido. Será mejor que informemos a nuestros huéspedes. — Miró a Auraya.

—Yo se lo diré —se ofreció ella.

Mientras se ponían de pie y las paredes que rodeaban el altar empezaban a descender, Auraya reflexionó sobre la aparición de Chaia. Se había preguntado qué opinaría él del argumento de Juran. ¿Lo había invocado sin darse cuenta? Antes de mostrarse, ¿se encontraba él lo bastante cerca para oír su conversación pero lo bastante lejos para que los sentidos de Auraya no lo detectaran?

Tendría que plantearse estas preguntas más tarde. Por el momento, más valía que ideara una manera de acercarse a los pentadrianos sin comprometer su seguridad o la de los siyís.

El Viejo Grim alzó la vista cuando la mujer entró en la habitación y ya no la apartó de ella. Pómulos altos, cabello negro como la noche, buena figura..., aunque no le habría sentado mal estar un poco más entrada en carnes. Cuando la luz de la lámpara le iluminó los ojos, él vio que eran verdes. Las arrugas que aparecieron en las comisuras de los labios cuando sonrió a su acompañante delataron su edad.

«Seguro que de más joven era una belleza —pensó él—. ¿Con quién ha venido? Ah, con Marin. Le puede la curiosidad: siempre tiene que echar un vistazo a todo lo nuevo. Recuerdo que cuando era un muchacho recorría la playa en busca de cosas que la marea hubiera dejado sobre la arena».

Marin presentó la mujer a sus compañeros habituales de copas, pero no se detuvo. Para sorpresa de Grim, el hombre levantó la mirada hacia él y le guiñó un ojo antes de guiar a la mujer hasta la mesa del anciano.

—Buenas —dijo Marin—. Este es el Viejo Grim —le informó a la mujer—. Grim, te presento a Limma Ensalmadora.

—Buenas —respondió Grim, inclinando la cabeza hacia la mujer, que sonrió con desenvoltura. Él captó un aroma a hierbas y otros olores menos delicados. Seguramente su nombre de familia era una descripción precisa de su oficio.

—Limma está interesada en las anécdotas acerca del Gaviota —señaló Marin—. Le he dicho que tú lo conociste. Ella me ha creído, de hecho.

—¿Ah, sí? —Grim notó que un antiguo resentimiento se reavivaba, pero cuando intentó clavar los ojos en la mujer con odio, su ira se aplacó. Ella le sostuvo la mirada sin flaquear. Había algo en su actitud... Quería algo de él. A Grim le costaba imaginar que tuviera algo que ofrecerle..., aparte de su relato.

Lleno de curiosidad, levantó su jarra.

—No se puede contar una historia larga con la boca seca.

Con una carcajada, Limma se llevó las manos al interior de su tago. Él alcanzó a entrever debajo numerosos saquitos, y percibió con más intensidad el olor a hierbas y remedios. La mujer se volvió hacia el propietario de la casa de bebidas y le arrojó una moneda. Él la atrapó en el aire ágilmente y asintió cuando ella le pidió que mantuviera sus jarras llenas. Marin y Limma se acomodaron en el banco, al otro lado de la mesa.

—Así que conociste al Gaviota —dijo ella—. ¿Hace cuánto tiempo?

El Viejo Grim se encogió de hombros.

—Yo era joven, poco más que un muchacho. Tenía ganas de correr mundo, así que busqué trabajo en barcos que subían por la costa hacia Aime. Una vez allí, me enrolé en un buque mercante. No era como yo había imaginado. Aunque siempre hay que trabajar duro, aprendí que cuanto más grande es el barco, más se esfuerza la gente por procurar que todo el mundo sepa quién da órdenes a quién. Yo estaba en uno de los peldaños más bajos de la escala de palizas, por así decirlo. —Arrugó el entrecejo al recordarlo—. Entre los tripulantes había un chico. No tenía nombre. Todos lo llamaban «chico». Un día, caí en la cuenta de que nadie se metía con él. Él no daba motivos, pero en ese buque trabajar con diligencia no era garantía de no recibir azotainas.

»Comencé a observar al chico. Era un muchacho guapo, pero ninguno de los bravucones la tomaba con él. De hecho, se comportaban como si le tuvieran miedo.

»Un día, él se sentó junto a mí durante la pausa para almorzar. Me dijo que no era el barco adecuado para mí; que si me enrolaba en uno más pequeño, llegaría a ser un buen capitán. Se me daba mejor enfrentarme al mar que a otros hombres.

»En el fondo yo sabía que tenía razón, pero quería ver mundo, ¿sabes? Y él no era más que un mozalbete. ¿Quién se creía que era para darme consejos? Así que aguanté.

»Unas semanas más tarde, cuando estábamos a punto de zarpar del puerto de Aime, él se me acercó de nuevo. Señaló una embarcación más pequeña y me dijo que buscaban tripulantes. Le di las gracias por avisar, pero me quedé donde estaba. Otros desembarcaron, y yo me sentí orgulloso por no haberme rendido.

El Viejo Grim se interrumpió cuando un mozo depositó tres jarras limpias sobre la mesa. Bebió un trago largo, suspiró y se rascó la cabeza.

—¿Por dónde iba?

—El chico te hizo una segunda advertencia —le recordó Limma.

Él se quedó mirándola, estupefacto. Ella sonrió de forma significativa, pero guardó silencio. Grim se secó la boca y continuó.

—Llevábamos solo unos días navegando cuando el cielo se ennegreció y el viento rompió a aullar. No se veía nada a escasos metros de distancia. Oí que el chico le decía al capitán que nos dirigíamos hacia unos escollos y que había que virar a estribor. Su voz... destilaba autoridad. El capitán maldijo al chico y le ordenó que se fuera bajo cubierta.

»Antes de que me diera cuenta, tenía al chico delante de mis narices. Se notaba que estaba enfadado. Furioso, como solo un adulto puede estarlo. Resultaba extraño ver aquella expresión en una cara tan joven.

Grim hizo una pausa. El recuerdo era muy vívido. Aún sentía la gelidez del viento y el miedo en las entrañas, aún veía el rostro del muchacho. Tomó un trago de su bebida y se concentró en la sensación cálida y reconfortante que le produjo. Las dos personas que escuchaban su relato aguardaban pacientemente.

—El chico me arrastró hasta una chalupa. Cuando comprendí que quería que lo ayudara a cortar las amarras, protesté. Él se puso derecho, me miró a los ojos... —Grim imitó al muchacho, fijando en la mujer lo que esperaba que fuera una mirada firme— y dijo: «Te lo he advertido dos veces. Solo te lo repetiré una vez más: abandona este barco, o no vivirás hasta mañana».

»En ese momento, uno de los matones, una mole de hombre, nos vio.

Soltó un rugido y se abalanzó hacia el chico. Este hizo un movimiento casi imperceptible, pero el matón salió despedido hacia atrás. Se golpeó la cabeza contra algo y perdió el conocimiento. —Grim sonrió—. Me quedé contemplando al chico con la boca abierta. Me propinó un empujón tan fuerte que di con mi cuerpo en la chalupa, y entonces las amarras se desataron solas. De repente, la chalupa y yo nos precipitábamos hacia el vacío. Caímos al agua. Me quedé ahí tumbado, bastante aturdido, mirando hacia arriba, al chico, mientras la chalupa se apartaba del barco como si algo la estuviera empujando. —El Viejo Grim meneó la cabeza—. Nunca lo volví a ver. Al día siguiente, una bandada de gaviotas me siguió mientras remaba hacia tierra. Fue entonces cuando caí en la cuenta de quién era él. Más tarde me enteré de que el barco había encallado en las rocas. Casi toda la tripulación había muerto, pero nadie había visto a ningún chico. Ni vivo ni muerto.

La mujer había desplegado una sonrisa, lo que complació al Viejo Grim. «Le ha gustado mi historia —pensó—. Supongo que da igual si se la cree o no».

—Eres un hombre afortunado —aseveró ella.

Él alzó su jarra y bebió.

—Ni más ni menos. Mi suerte cambió desde aquel día. Cuando al fin logré volver a casa, había ganado suficiente dinero para comprarme un barco propio.

—De modo que llegaste a ser capitán, después de todo —dijo ella, llevándose su jarra a los labios.

—Así es.

—Pero nadie se creyó tu historia.

—Nadie excepto mi esposa.

—¿Estás seguro? —Ella entornó los párpados—. ¿Nunca te has encontrado con alguien que supiera que tu relato era verídico?

Él se quedó callado al percatarse de que lo que había dicho no era del todo cierto.

—Ha habido algunos que al parecer se han fiado de mi palabra. Viajeros, sobre todo. Un joven que hacía velas me dijo hace poco que había oído a un mercader del norte contar una historia parecida a la mía.

—¿Ese mercader había conocido también al Gaviota?

—Eso decía. Según él, lo habían atacado unos piratas, y un chico lo había salvado.

—¿Sabes cómo se llamaba el mercader?

—No, pero el que hace velas vive en la costa, cerca de aquí. —Se inclinó hacia delante—. ¿Por qué estás tan interesada en el Gaviota?

Ella sonrió.

—Quiero encontrarlo.

El hombre rio por lo bajo.

—Buena suerte. Tengo la sensación de que es la clase de persona que te encuentra a ti, no lo contrario.

—Eso espero.

—¿Para qué quieres encontrarlo, por cierto?

—Para pedirle consejo.

Por la expresión de la mujer, él supo que no daría más explicaciones. Se encogió de hombros y levantó su jarra vacía.

—Tal vez otra copa me ayude a recordar los nombres de otros viajeros que me creyeron.

Tal como esperaba, la mujer se rio y se volvió para hacerle una seña al mozo.

Cuando Reivan salió al balcón detrás de Imenja, vio que las otras Voces ya estaban allí. Todos menos Nekaun estaban sentados en sillas de cañas, tomando sorbos de sus bebidas frías, y todos menos Nekaun habían acudido con un Acompañante.

Él aún no había elegido uno. Solo habían transcurrido dos meses desde que lo habían nombrado Voz Primera, y Reivan se figuró que escoger Acompañante era algo que no debía hacerse a la ligera. No habría sido justo que él fuera probando y despidiendo candidatos hasta encontrar a alguien digno de su confianza y su aprecio.

Nekaun dedicó una inclinación de cabeza a Imenja mientras esta tomaba asiento, y sonrió cuando sus ojos se posaron en Reivan. Como de costumbre, su sonrisa era la de alguien que se alegraba de ver a una amiga, lo que siempre cohibía un poco a la joven. La halagaba que un hombre tan extraordinario la tuviera siquiera en consideración.

Todos lo adoraban. Era encantador y amable. Cuando hablaba con una persona, le prestaba toda su atención. Se reía de sus bromas, escuchaba sus quejas y siempre se acordaba de sus nombres.

«Supongo que solo da la impresión de que se acuerda —se dijo a sí misma Reivan mientras se sentaba junto a su patrona—. No le hace falta memorizar el nombre de nadie. Puede extraerlo de la mente de su interlocutor

siempre que sea necesario».

El comportamiento de las Voces como grupo había cambiado. Aunque ella nunca había visto a Nekaun enfadado o con actitud autoritaria, no le cabía la menor duda de que él estaba al mando. Él siempre pedía opiniones y consejos a los demás, pero al final tomaba las decisiones por sí mismo.

«Claro que de ese modo los otros no pueden reclamar, puesto que son ellos quienes le han dado el consejo que ha conducido a su decisión», reflexionó Reivan.

Cuando Imenja le había transferido las responsabilidades del liderazgo, no había expresado ni alivio ni pesar. Desde entonces, hablaba muy poco de las actividades de Nekaun. Si alguna de sus decisiones le había parecido desacertada, Reivan no había visto el menor indicio de ello.

«Si me hiciera algún comentario, Nekaun lo leería en mi mente. Imenja no me dirá nada que no quiera que él sepa».

Nekaun había empezado a caminar de un lado a otro a lo largo del antepecho del balcón. Le lanzó una mirada enigmática a Reivan, que notó que se sonrojaba.

«¿En qué estoy pensando? Estoy siendo una cínica otra vez. Debo dejar de hacer eso. Espero que él comprenda que no es más que un mal hábito y que en realidad no creo que sus decisiones puedan ser desacertadas o...».

—Ya que estamos todos aquí, podemos comenzar ahora mismo — anunció Nekaun.

—Sí —convino Imenja—. ¿En quién, o mejor dicho, en qué lugar, nos centramos primero?

Nekaun sonrió.

—Primero en Shar y en Dunway, creo.

El apuesto y rubio miembro de las Voces se aclaró la garganta. Había traído consigo uno de sus voranes domados, que jadeaba echado junto a la silla.

—El plan del naufragio parece estar desarrollándose según lo previsto. A los supervivientes se les está tratando bien. El segundo barco sigue retenido en el puerto de Chon. Tal como imaginábamos, los dunwayanos se resisten a dejar que nuestra gente desembarque.

Nekaun asintió.

—¿Genza?

La Voz Cuarta flexionó sus brazos delgados y musculosos.

—Mi gente emprendió su expedición hace ya once días, pero incluso con la ayuda de nuestras aves para reconocer el terreno, su avance es lento. Han avistado siyís a lo lejos varias veces, pero los seres voladores no se les acercan.

—¿No han encontrado rastros de aquella a la que llaman Auraya?

—No.

—Bien. —Nekaun se volvió hacia Vervel. El hombre bajo y robusto se encogió de hombros.

—Mis Servidores han llegado. A los torenios no parece importarles su nacionalidad, siempre y cuando tengan algo que comprarles. Son un pueblo pragmático. El segundo barco aún no ha arribado a Genria.

—¿Tus Servidores continúan embarcados? —preguntó Nekaun a Imenja. Ella asintió.

—Sí. Se han retrasado, al igual que los tuyos, debido a aquella tormenta. Ahora que ha escampado, supongo que llegarán a Somrey dentro de unos días.

—¿Consideráis conveniente que nuestra gente alcance sus respectivos destinos al mismo tiempo? —inquirió Vervel—. Los circulianos podrían darse cuenta y sospechar de nuestras intenciones.

—Si permanecen ojo avizor —dijo Nekaun. Miró a Genza—. Es poco probable que tu gente consiga pasar inadvertida, pues muy pocos forasteros entran en Si. Por otro lado, los siyís carecen de sacerdotes, por lo que tal vez resulte más fácil influir en ellos.

—No será tan sencillo encontrar Servidores potenciales entre los humanos normales —dijo Vervel—. Según me informa mi gente, casi todos los hombres y mujeres de Ithania del Norte que poseen habilidades mágicas se ordenan sacerdotes.

Nekaun posó la vista en Reivan con una sonrisa.

—Y en cambio no se ordena nadie que carezca de habilidades. Esa norma también ha sido uno de nuestros puntos débiles en el pasado. ¿Los

norithanianos renegarían de sus dioses paganos y abrazarían la religión verdadera si supieran que podrían adquirir poder y autoridad al convertirse en Servidores?

Los demás se quedaron pensativos.

—El poder y la autoridad que ofreces solo se valoran aquí —murmuró Imenja.

—Por el momento.

—¿Cuántas personas sin habilidades permitirás que se ordenen Servidores? —quiso saber Vervel—. ¿Cómo las seleccionarás?

—No fijaré un número máximo de entrada —respondió Nekaun—. Tendrán que demostrar su valía.

—Bien. No nos interesa ridiculizar a los dioses ordenando a unos necios rematados —masculló Genza.

—Cierto —convino Nekaun. De improviso, miró a Reivan—. Aún no hay peligro de eso. ¿Tú qué opinas, Reivan?

Ella parpadeó, sorprendida.

—Pues... esto... No puedo evitar pensar que debe de haber una forma más sencilla de convertir a los norithanianos. Los circulianos creen que nuestros dioses no son reales. Acudirían a nosotros en masa si les demostrárais que se equivocan.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

—No lo sé. Tal vez el mero hecho de ver a los dioses bastaría para convencerlos.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Aunque de vez en cuando invoquemos a los dioses para que nos orienten o nos den su aprobación, no siempre aparecen cuando se lo pedimos. Es poco probable que accedan a manifestarse y a exhibir sus poderes ante un circuliano escéptico cada vez que lo solicite un Servidor.

Reivan bajó la vista.

—No, eso sería pedir demasiado. Pero... es una lástima que los circulianos no vieran a Sheyr materializarse cuando salimos de las minas. Si hubieran contemplado aquella deslumbrante aparición, tal vez se habrían unido a nosotros en vez de hacernos frente. ¿Se avendrían los dioses a

mostrarse ante un grupo de circulianos?

—Supongo que si eso fuera posible, ya lo habrían hecho —señaló Imenja.

—¿Qué se lo impide? —preguntó Reivan.

Se impuso un silencio. Ella se obligó a levantar la mirada hacia las Voces. Para su sorpresa, todos habían adoptado un aire meditabundo. Nekaun tenía el entrecejo fruncido, como si sus palabras lo hubieran intranquilizado. Cuando sus ojos se clavaron en los de ella, sonrió.

—Ah, los Pensadores. Tienen la manía de formular preguntas a las que no se puede responder. Todos deseáramos comprender a los dioses, pero dudo que alguno de nosotros lo consiga. Constituyen el misterio supremo.

Los demás movieron la cabeza afirmativamente. Nekaun se frotó las manos, paseando la vista en torno a sí.

—¿Pasamos a tratar otros asuntos?

—Sí —asintió Genza—. Tratemos otros asuntos.

—He oído que se ha producido otro duelo entre nobles dekkanos —dijo Nekaun.

Genza puso cara de exasperación.

—Sí. Las familias de siempre, la discordia de siempre.

—Debemos encaminar más esfuerzos a evitar esos enfrentamientos.

—Me encantaría oír las sugerencias que tengáis al respecto.

Aliviada por no ser ya el centro de atención, Reivan cogió un vaso de agua y bebió con avidez. Nekaun le pedía su opinión a menudo durante aquellas reuniones, pese a que apenas hablaba con los otros Acompañantes. Aunque se sentía honrada por ello, la experiencia no siempre le resultaba agradable. A veces, como hoy, tenía la impresión de haber quedado en ridículo.

Por fortuna, a los demás no parecía importarles. Por el contrario, rechazaban las muestras de reserva. En una ocasión, Reivan se había abstenido de expresar su punto de vista por timidez, y Nekaun la había presionado con una paciencia implacable hasta que ella había cedido.

«No obstante, mi pregunta los ha puesto nerviosos —pensó, observando a las otras Voces—. Por lo visto, no soy la única persona que se pregunta por qué las deidades son tan reacias a poner más de manifiesto su poder y su

influencia. Si lo hubieran hecho, ¿habríamos perdido la guerra? ¿Nos habrían aconsejado que no atacáramos a los circulianos? Dudo que Kuar nos hubiera conducido a la batalla sin que los dioses hubieran mostrado su aprobación.

»Al fin y al cabo, Sheyr no se habría aparecido ni habría alentado al ejército a combatir si hubiera sabido que la guerra era una causa perdida. Una de dos: o sabía que saldríamos derrotados, o no había averiguado lo suficiente acerca del enemigo para percatarse del peligro. Fuera como fuese, debía ser consciente de que el riesgo de fracasar existía».

Reivan sacudió la cabeza. «Al menos no estoy sola en mi desconcierto ante los dioses. Ni siquiera las Voces lo saben todo sobre ellos».

Mirar se encontraba de pie frente al muro de agua de la cascada. Alargó la mano y tocó aquella cortina líquida. La superficie lisa y ondulada se rompió en torno a sus dedos, y unas gotitas frías se deslizaron por sus brazos desnudos, destemplándolo.

«Acaba con esto de una vez», le recomendó Leiard.

Con los ojos cerrados, Mirar se inclinó hacia delante y metió la cabeza bajo el agua. Se le heló hasta la médula. Se restregó el cuero cabelludo y la barba, moviéndose deprisa para combatir el frío y terminar de enjuagarse cuanto antes. Dio un paso hacia atrás para salir de la cascada y se enderezó, con el pecho chorreando.

Al pasarse las manos por el pelo, le alegró comprobar que ya no lo tenía pegajoso por el tinte. No le seducía la idea de volver a colocarse bajo el chorro helado. Por eso había tardado varios días en decidirse a aplicarse el tinte de nuevo.

«No te olvides de las cejas —le había aconsejado Emerahl—. Si la gente ve que tienes el cabello oscuro y las cejas claras, sabrá que te has teñido». Él sonrió al recordarlo mientras se aclaraba cuidadosamente el tinte sobrante echándose agua con las manos ahuecadas. Ella no le había dicho nada respecto a teñirse el vello del pecho o de otras partes del cuerpo, pero ¿quién se lo vería, de todos modos? Nadie, si de Leiard dependía.

No tenía más que un trozo de tela para secarse. Se encaminó de vuelta

hacia la cueva, frotándose la piel para entrar en calor.

—¿Wilar?

Se detuvo y volvió la vista hacia la cascada. La voz le resultaba familiar. La silueta de un siyí se recortaba contra la entrada.

—¿Rit?

—Soy Tyve.

«El hermano —pensó Mirar—. Sus voces se parecen mucho».

—Dame un momento —gritó.

Entró en la cueva a toda prisa, se vistió rápidamente y regresó a la cascada con el morral en el que llevaba los remedios. Un joven siyí lo esperaba en el hueco entre el borde de la caída de agua y la pared de roca. Sonrió de oreja a oreja al ver aparecer a Mirar.

—¿Hemos venido en mal momento?

—No —le aseguró Mirar—. Vuestra compañía siempre es bienvenida.

El siyí disimuló una sonrisa. Mirar había refrescado enseguida sus conocimientos de su idioma, pero no siempre entendía las palabras o expresiones que empleaban. Él sospechaba que su forma de hablar los divertía mucho por anticuada, y que los vocablos y giros incomprensibles que ellos utilizaban eran inventos recientes del último siglo.

Había conocido a los dos siyís unas semanas antes y les había dado la explicación que se les había ocurrido a Emerahl y a él: habían quedado en verse allí, y ella le había indicado el camino a la cueva por medio de conexiones en sueños, pero cuando él había llegado, ella ya se había marchado.

Ellos sabían qué era un tejedor de sueños. A él le complació enterarse de que los siyís aún recordaban a Mirar por historias que lo pintaban como un sanador bondadoso y sabio. Le hizo gracia que creyeran que todos los tejedores eran varones y magos poderosos.

Tyve y él rodearon la cascada y descendieron hasta el borde de la laguna, donde los esperaba otro siyí joven.

—Salud, Wilar. Te he traído algo de comida —dijo Rit, sujetando en alto una bolsa pequeña.

—Gracias —contestó Mirar y alzó su morral—. ¿Has venido a por más

medicinas?

—Sí. Sizzi dice que tu remedio dio resultado. Quiere más. Y ahora que hace más frío, al portavoz Vice le duelen las articulaciones. ¿Tienes algo que pueda aliviarlo?

Mirar sonrió.

—Él no te ha pedido que me lo preguntes, ¿verdad? Ha sido iniciativa tuya.

Rit desplegó una sonrisa.

—Es demasiado orgulloso para pedir ayuda, pero no tanto como para no quejarse todo el rato.

Tras sentarse en una roca, Mirar abrió su morral y estudió el contenido.

—Tendré que improvisar algo. Aquí llevo polvo para heridas y calmante para el dolor. —Extrajo un bote de madera tallada y un saco pequeño lleno de bolitas—. El calmante está en el saquito. No le deis más de cuatro al día, y nunca más de dos en cada toma.

Rit cogió el saquito y el bote y los guardó en un zurrón que llevaba atravesado sobre el pecho. Mirar recogió la bolsa de comida. Le sorprendió lo mucho que pesaba, y oyó el sonido leve del líquido que se agitaba en su interior.

—¿Hay...? ¡Ah! —Sacó un odre de tepi.

—Un regalo de parte de Sizzi —explicó Tyve.

Mirar fijó la vista en los dos siyís.

—¿Tenéis prisa por volver?

Ellos negaron con la cabeza, sonrientes. Mirar destapó el odre y tomó un sorbo del licor. Un sabor ácido, como de nueces, inundó su boca. Tragó y disfrutó el calorcillo que le llenó el estómago y empezó a extenderse hacia sus extremidades. Le pasó el pellejo a Tyve.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Tyve bebió y le alargó el odre a Rit.

—Unos sacerdotes han llegado al Claro. Van a instruir a los siyís que quieran convertirse en sacerdotes.

Mirar suspiró. Los siyís habían vivido durante siglos libres de la influencia de todos los dioses salvo Huan, que tampoco había interferido

mucho en sus asuntos desde que había terminado de crearlos. En cuanto los siyís contaran con sacerdotes, estos los exhortarían a adorar a las cinco deidades, algunas de las cuales eran más propensas a entrometerse en las vidas de la gente.

—No parece muy contento por la noticia —observó Rit.

Mirar se volvió hacia el joven y meneó la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque... no me gusta la idea de que los siyís acaben gobernados por los dioses y sus servidores pisatierra.

Tyve parecía extrañado.

—¿Crees que eso es lo que ocurrirá?

—Tal vez.

—¿Tan malo sería? —preguntó Rit, encogiéndose de hombros—. Los dioses pueden protegernos.

—Estabais más a salvo cuando vivíais aislados del resto del mundo.

—El mundo nos invadió —le recordó Rit.

—Ah, tienes razón. Los colonos torenios os invadieron, a su manera. Supongo que era imposible que permanecierais aislados o a salvo para siempre.

—¿Es que tú no veneras a los dioses? —inquirió Tyve.

Rit devolvió el odre a Mirar, que lo dejó a un lado. Negó con la cabeza.

—No. Los tejedores de sueños no servimos a los dioses. Ayudamos a la gente. Los dioses... no ven eso con buenos ojos.

—¿Por qué no?

—Les gusta ser objetos de adoración, controlar a todos los mortales. No les gusta que los tejedores no les rindan culto ni los obedezcan. Creen que, cuando ayudamos a otras personas, minamos la influencia de los dioses sobre ellas.

Tyve arrugó el entrecejo.

—¿Os castigan por ello?

Recuerdos del peso de los escombros y del dolor de su cuerpo aplastado amenazaron con asaltarlo. Él los ahuyentó de su cabeza.

—Ordenaron a Juran el Blanco que ejecutara a nuestro líder. A instancias de ellos, los circulianos se volvieron contra los tejedores y mataron a muchos. Aunque eso ya no ocurre, los pocos que se atreven a llevar una vida de tejedor de sueños sufren en todas partes el desdén y las persecuciones de los circulianos.

Los dos siyís contemplaban a Mirar descorazonados.

—Los circulianos son nuestros amigos —afirmó Tyve, sin emplear un tono defensivo o de alarma—. Si eres enemigo de los circulianos, ¿eres también nuestro enemigo?

—Eso le corresponde a tu pueblo decidirlo —dijo Mirar, apartando la vista—. Lo más probable es que esa alianza os beneficie mucho. No quiero sembrar dudas entre vosotros.

«Mentiroso», lo acusó Leiard, una voz susurrante en el fondo de la mente de Mirar.

—¿Por qué no veneras a los dioses? —quiso saber Rit.

—Por varias razones —respondió Mirar—. En parte, porque creemos que deberíamos tener libertad para elegir a quién veneramos. En parte, porque sabemos que los dioses no son tan misericordiosos y benévolos como quieren hacer creer a los mortales. —Mirar sacudió la cabeza—. Podría hablaros de las fechorías cometidas por los dioses, antes de que la guerra redujera su número a cinco, que os helarían la sangre.

«¿Solo fechorías de los cinco dioses supervivientes, en su peor época?», preguntó Leiard.

«No —respondió Mirar—. Eso sería demasiado obvio. Las mezclaré con sucesos protagonizados por otros dioses».

—Cuéntanos —le pidió Tyve con seriedad—. Si van a gobernarnos, son cosas que deberíamos saber.

—Puede que no os guste lo que oigáis —les advirtió Mirar.

—Dependerá de si te creemos o no. Las viejas historias suelen ser exageraciones de la realidad —aseveró Rit con sensatez.

—No se trata de historias, sino de recuerdos —repuso Mirar—. Los tejedores de sueños transmitimos nuestros recuerdos a nuestros discípulos y a otros tejedores. Lo que voy a contaros no es una versión exagerada o

adornada de acontecimientos del pasado, sino episodios vividos o presenciados por personas que murieron hace tiempo.

«O que no han muerto del todo», añadió Leiard.

Mirar hizo una pausa. «¿Estás reconociendo que soy el dueño de este cuerpo?».

No obtuvo respuesta. Los dos siyís lo observaban con atención. Él percibía su curiosidad. «¿Qué estoy haciendo? —pensó—. Si estas historias se difunden entre los siyís, los dioses tomarán nota de ello y buscarán la fuente».

Los relatos eran instrumentos poderosos. Podían constituir una lección de prudencia. La idea de que los siyís se convirtieran en sacerdotes y de que las deidades los controlaran y los hicieran cambiar lo animó a continuar. No era justo que aceptaran semejante destino sin antes conocer al menos una parte de la verdad.

—No solo os contaré relatos sobre los miembros del Círculo, sino también sobre dioses muertos —dijo—. ¿Habéis oído hablar de las ramerías de Ayetha?

Un brillo de interés asomó a los ojos de los jóvenes.

—No.

—Ayetha era una ciudad de lo que hoy conocemos como Genria. La deidad más popular de esa ciudad era... No, no pronunciaré su nombre. Los habitantes del lugar construyeron un templo en su honor. Ella ejercía su poder sobre ellos a través de un intercambio de favores. Toda familia que necesitara su ayuda debía entregar un hijo al templo. A ese hijo, ya fuera niña o varón, se le enseñaba el arte de la prostitución y se le obligaba a ofrecer sus servicios a quienes acudían a donar dinero al templo. Ni siquiera era indispensable que se hubieran desarrollado del todo para que empezara a trabajar. Si alguno de ellos intentaba abandonar el templo, lo perseguían y lo mataban. Las criaturas que estas mujeres daban a luz... eran sacrificadas a dicha diosa.

El interés en los ojos de los jóvenes había cedido el paso al espanto.

—¿Eso ocurrió antes de la Guerra de los Dioses? —inquirió Rit.

—Sí. —Mirar guardó silencio por unos instantes—. ¿Queréis oír más?

Ambos intercambiaron una mirada, y Tyve asintió. Mirar estudió sus expresiones sombrías y resueltas antes de proseguir.

—Ella no era la única deidad que abusaba de sus adoradores. Uno seducía a muchachas de toda Ithania. Algunos padres que lo temían mantenían a sus hijas ocultas, pero era en vano, pues los dioses pueden leer la mente de todas las personas, estén donde estén. Otros, que anhelaban la aprobación del dios, aspiraban estúpidamente a que este eligiera a sus hijas.

»Dicho dios se sentía atraído por la inocencia y deseaba que se le demostrara una devoción absoluta. Cuando encontraba a una chica que cumplía sus requisitos, se servía de la magia para darle placer de una manera que la volvía insensible a las percepciones físicas normales. Esas chicas perdían todo interés por comer y descuidaban su salud.

»La inocencia muere con facilidad, y las muchachas siempre acababan por cuestionar lo que él les había hecho. Cuando llegaba ese momento, él las abandonaba. No sobrevivían mucho tiempo. Algunas se suicidaban, otras morían de hambre y otras se volvían adictas a las drogas de placer. Atendí a varias de ellas, pero no conseguí salvar a ninguna.

—¿Tú? —preguntó Tyve—. Pero eso sucedió también antes de la Guerra de los Dioses, ¿no?

Mirar sacudió la cabeza.

—Lo siento. Estaba hablando por boca de aquel cuyos recuerdos he evocado.

Rit tenía el entrecejo arrugado.

—Qué raro.

—¿El qué?

—Los dioses... no son seres físicos. ¿Por qué iba uno de ellos a querer... —se ruborizó— chicas?

—Hay muchas historias sobre dioses que sentían amor o deseo por algún mortal. Puede que sean seres de magia, pero anhelan la proximidad física. Se cuenta que una diosa, que ya era vieja hace mil años, se enamoró de un mortal y comenzó a fulminar a toda mujer en la que se fijara su amado con un mínimo de admiración. Al final, él enloqueció y se mató.

—De modo que, ¿si sienten amor, son capaces de sentir odio?

Mirar asintió.

—Ya lo creo. Imagino que no habéis oído nombrar a los velianos. Eso es porque una de las deidades los odiaba tanto que ordenó a sus devotos que no dejaran con vida ni al último niño mestizo. Le llevó siglos, pero logró exterminar la raza.

Tyve se estremeció.

—Si los dioses pueden aniquilar a todo un pueblo, no sería prudente enemistarse con ellos.

—No hace falta ser enemigos suyos para padecer los efectos de sus intromisiones. Los dunwayanos eran una raza pacífica de agricultores y pescadores hasta que un dios de la guerra decidió convertirlos en soldados. Esto se tradujo en un siglo de hambrunas, porque un número tan grande de ellos tomó las armas que quedaron muy pocos que cultivaran la tierra o criaran ganado. Perecieron muchos miles.

—Pero no todos los dioses son malos —señaló Rit.

—Cierto —convino Mirar—. Había algunos buenos, como Iria, diosa del cielo. Se la podía invocar para que predijera el desarrollo de las estaciones, y se aparecía para prevenir a la gente contra inclemencias del tiempo o catástrofes inminentes. Svarlen, una deidad marina, ayudaba a los marineros a navegar o les advertía de tormentas que se avecinaban. Y también estaba Kem, el dios de los mendigos, cuyos adoradores echaban una mano a las personas sin hogar que no tenían a nadie que cuidara de ellos. Perderlos fue una desgracia.

—Murieron en la guerra. —Tyve frunció el ceño—. ¿Quién los mató?

Mirar le sostuvo la mirada al joven por un momento antes de responder.

—¿Quién sabe? Los vencedores, quizá.

El semblante de Tyve se demudó poco a poco a medida que comprendía lo que implicaban estas palabras.

—Los Cinco —dijo con un jadeo—. ¡No puede ser! Sin duda los dioses buenos murieron durante la guerra a manos de otros. Tal vez los Cinco mataron a sus asesinos.

—Es posible —admitió Mirar—. También es posible que uno o más miembros de los Cinco los mataran.

—No serían capaces —insistió Tyve—. Son bondadosos. Si fueran malos, el mundo sería un sitio terrible. Ahora reina la paz..., al menos en Ithania del Norte.

Mirar sonrió.

—Entonces todos estamos a salvo —dijo—. Pero no olvidéis esto: dos de los primeros dioses que he mencionado antes, aquellos cuyos abusos he enumerado, continúan entre nosotros. Tal vez hayan cambiado su actitud, pero, sabiendo lo que sé, jamás confiaré en que el bienestar de los mortales figure entre sus prioridades.

Los dos siyís parecían afligidos. Mirar sintió una punzada de culpabilidad. «¿Es justo que yo haga añicos sus ilusiones sobre los dioses? ¿Qué alternativa les queda?».

Cogió el odre y se lo ofreció a Tyve.

—Bebed y olvidaos de lo que os he contado. Todo eso forma parte de un pasado lejano. Como bien habéis dicho, ahora vivimos en una época mejor. Eso es lo único que importa.

En cuanto las criadas salieron de los aposentos de Auraya, esta comenzó a caminar de un lado a otro, nerviosa. Pronto estaría volando rumbo a Si. Solo tenía que ultimar unos pocos preparativos antes de partir.

Travesuras correteaba jugueteón por la habitación, contagiado de su entusiasmo. Ella esperaba que este arranque de energía le agotara las fuerzas y lo mantuviera relajado más tarde. Cuando una presencia rozó los extremos de sus sentidos, ella echó un vistazo al viz. El animalillo no reaccionó. Hasta donde ella sabía, las visitas de Chaia le pasaban totalmente inadvertidas.

:¿Estás lista?, preguntó Chaia.

:Sí. Llevo levantada desde el alba, sacando de quicio a mis criadas.

:Eso es poco probable. Llevas pocas cosas contigo, así que hacerte el equipaje no les habrá costado mucho. Ni siquiera te han peinado.

:No habría tenido sentido —replicó ella, tocando el broche que sujetaba su cola de caballo—. El viento me despeinaría.

:Podrías protegerte el cabello con magia.

:Me gusta la sensación del viento.

:Me gustas con el pelo arreglado.

Ella se sonrojó de gusto al oír el cumplido.

:Es un mero detalle físico. No puedes verlo, señaló.

:Lo veo a través de los ojos de otros.

:Ah —contestó ella—. ¿Te gusta porque les gusta a ellos, o...?

Una forma peluda se plantó de un salto sobre la mesa. Auraya se volvió a tiempo para ver al viz coger un objeto circular entre los dientes.

—¡Travesuras! —exclamó con un grito ahogado, abalanzándose sobre él—. ¡Deja eso donde estaba!

Las orejas de la bestezuela se levantaron de golpe. Él la esquivó con facilidad, bajó de la mesa de un brinco y desapareció veloz detrás de una silla. Ella lo siguió y lo encontró agazapado en el estrecho hueco entre la silla y la pared, mirándola con aire desafiante.

—Mff —farfulló, con el anillo en la boca.

—No es tuyo —dijo ella con firmeza, acercándole la mano—. Dámelo.

—*Noz tuio* —masculló el viz. «¡Mío!», le envió telepáticamente, renunciando a vocalizar con el anillo entre los dientes.

—Dame —ordenó su dueña—. Ahora mismo.

El viz la observó, parpadeando. Ella dio unos pasos cautelosos hacia él, con el brazo extendido. Tal como imaginaba, él salió disparado para resguardarse tras otra silla.

Auraya se enderezó con un suspiro. Poner a prueba su paciencia era la mala costumbre que su mascota había adquirido recientemente. Según Mairae, todos los vices lo hacían hasta que acababan por aburrirse del juego, pero mientras tanto la conducta de Travesuras resultaba irritante. Por lo general, ella conseguía no perder los nervios, pero esa mañana no tenía tiempo para consentirle sus caprichos.

El animalillo estaba dando vueltas por la habitación, evitando a su dueña. A ella no le gustaba usar su magia contra él. Siempre prefería emplear la persuasión.

—Dale anillo a Auraya, o Travesuras no vuela —le advirtió.

Se produjo un silencio, seguido por una palabra mascullada. Él no salió de su escondrijo.

«Ya he esgrimido esta amenaza antes», pensó ella, compungida.

—Auraya se irá —continuó—. No llevará a Travesuras consigo. Travesuras se quedará solo mucho tiempo.

El silencio se prolongó hasta que, con un gemido que a ella le encogió el

corazón, Travesuras apareció dando saltos. Atravesó la habitación a la carrera, trepó por el cirque de su dueña y se enroscó en torno a su cuello.

Ella abrió la mano. Travesuras dejó caer el anillo sobre su palma, apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—*Ohuaya* queda.

—Auraya y Travesuras volar —lo corrigió ella.

—¿Volar ahora?

—Más tarde.

Ella se dirigió hacia una silla y se sentó. Al instante, él bajó hasta su regazo para exigirle mimos. Mientras ella lo rascaba con una mano, sostuvo el anillo en alto con la otra. De pronto, se acordó de Chaia. Aún percibía su presencia.

:Perdón por lo ocurrido.

Notó que la situación divertía al dios.

:Estoy acostumbrado a las interrupciones, respondió él.

Ella contempló el anillo.

:¿Qué ha sido del otro?, le preguntó a Chaia.

:Aún obra en poder de los pentadrianos. No comprenden del todo sus propiedades, pues de lo contrario lo habrían utilizado contra ti.

Un escalofrío la recorrió al pensarlo. Bastante atroz había sido ver que los pájaros negros de los pentadrianos atacaban al espía siyí hasta hacerle caer en manos del enemigo. Imaginaba que podría haber sido aún peor, si hubieran torturado al portador del anillo, por ejemplo. Ella no habría tenido que presenciarlo, pero saber que algo así ocurría por culpa de ella habría sido terrible.

:¿Es posible destruir el anillo?, preguntó.

:Solo por medio de otro. Su fuerza acabará por disminuir.

:¿Podrías acelerar el...?

Unos golpes en la puerta principal la interrumpieron. Ella proyectó sus sentidos hacia la mente de la persona que estaba al otro lado y sonrió. Invocó un poco de magia y esforzó su voluntad para abrir la puerta.

Danyin cruzó el umbral.

—Buenos días, Auraya la Blanca —saludó, realizando la señal del

círculo.

—Buenos días, Danyin Lanza —contestó ella—. Pasa y toma asiento.

Él se acercó a una de las sillas. Tras echar una mirada al consejero, moviendo los bigotes de un lado a otro, Travesuras se hizo un ovillo y se durmió.

—Partiré dentro de unas horas —le informó ella—. Antes, hay algo que tengo que darte. Cógelo.

Le lanzó el anillo a Danyin, que lo atrapó ágilmente en el aire. Mantuvo una expresión afable mientras examinaba el anillo, pero ella leyó en su mente los recelos que aún abrigaba.

«No puedo evitar sentir aprensión respecto a volver a tener a alguien dentro de mi cabeza, aunque se trate de Auraya. Sin embargo, mis responsabilidades exigen que lo haga». Deslizó el dedo en el interior del anillo.

—Protegerá tu mente si algún tejedor intenta invadir tus sueños —le dijo ella.

Él la miró.

—Lo que me permitirá colaborar con ellos en vuestro nombre.

—Así es. —Una preocupación persistente se reavivó en su interior cuando pensó en el hospital—. No será un trabajo tan complicado como imaginas. Tanto los tejedores de sueños como los sanadores muestran una actitud cooperativa en la medida de lo posible. Tengo otro encargo para ti. Los embajadores siyís han solicitado que alguien les enseñe nuestro idioma, y necesitamos personas que sepan hablar el suyo. ¿Te gustaría ser una de esas personas?

Él sonrió.

—Por supuesto. Llegué a entender alguna palabra que otra durante las semanas previas a la batalla.

—Mairae está haciendo las veces de traductora para ellos —declaró Auraya—, lo que la mantiene ocupada. Si aprendes deprisa, te convertirás en su persona favorita en todo Jarime.

—Lo tomaré como una advertencia.

Auraya soltó una risotada.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

—¿Yo? No soy ni por asomo lo bastante guapo para Mairae. Además, mi esposa me mataría.

—Es verdad. ¿Cómo está ella?

Él asintió.

—Bien. —Su sonrisa se ensanchó—. Uno sabe que lleva una buena vida cuando esta no daría pie a un relato emocionante. He aprendido a disfrutar la tranquilidad.

—Esperemos que nada la perturbe. En fin, ¿hay algo que crees que debería hacer antes de marcharme? Algo que pueda hacerse en una hora, para ser exactos.

Danyin reflexionó, girando sin cesar el anillo alrededor de su dedo. A Auraya le remordió la conciencia. No le había revelado toda la verdad al respecto. El anillo haría inaccesibles sus pensamientos para todos excepto para ella, pese a que esta no era la intención original. Aunque se suponía que debía permitir que los otros Blancos le leyeran la mente, no era así. Los Blancos y los encargados de cuidar los árboles de bienvenida nunca antes habían intentado elaborar un anillo semejante, y cuando al fin se habían percatado de su error era demasiado tarde para cultivar otro. Habían tomado la decisión de que Auraya partiría hacia Si, por lo que necesitaba el anillo ya.

Juran le había pedido que ocultara este defecto a Danyin. «Tal vez lo descubra por sí solo —pensó Auraya—. Las circunstancias quizá lo lleven a deducir que los demás Blancos no pueden leerle la mente».

:Dudo que él se aprovechara de la situación —dijo Chaia—. Es de fiar.

:Sí.

:Aun así, el anillo debe ser destruido en cuanto regreses.

Ella reprimió un suspiro. Tendría que acudir de nuevo a la arboleda todos los días para estimular el crecimiento de un anillo de conexión que sustituyese el anterior.

—El único asunto que no hemos tratado es el de Travesuras —dijo Danyin de pronto. Bajó la vista hacia el viz—. ¿Queréis que lo visite a diario, como en ocasiones anteriores?

Ella sacudió la cabeza, risueña.

—Me lo llevo conmigo.

—¿De veras? Los siyís estarán encantados —comentó él con la voz cargada de ironía.

—Y él también. —Recogió a Travesuras, lo depositó en el asiento y se puso de pie—. Gracias por la ayuda que me has prestado estos últimos días, Danyin. Si surge cualquier cosa, comunícate conmigo a través del anillo.

—Así lo haré —aseguró él. Se acercaron a la puerta—. Buen viaje, y tened cuidado en Si.

—Por supuesto —dijo ella, abriendo la puerta.

Él sonrió y salió. Tras cerrar la puerta, Auraya se volvió para contemplar la habitación. No sabía cuándo la vería de nuevo. Al menos esta vez no le preocuparía que el pobre Travesuras estuviera languideciendo de añoranza por ella... o atormentando a Danyin.

La bestezuela levantó la mirada hacia ella, meneando los bigotes.

:¿Volar?

—Sí, Travesuras —dijo ella—. Nos espera un largo viaje, y ya es hora de que lo emprendamos.

Siempre que se le presentaba la oportunidad, Reivan exploraba una parte desconocida del Santuario con la esperanza de familiarizarse con todos sus rincones y pasadizos. Se alegraba de tener aquella mañana libre. Saltaba a la vista que trazar una ruta rápida desde los baños hasta el salón de las Estrellas no había sido una prioridad para los responsables de construir los edificios del Santuario. Había dos posibilidades: un camino largo pero menos intrincado que pasaba por el alojamiento de los Servidores antes de enfilear hacia el Santuario Medio, o un recorrido tortuoso a través de unos almacenes, las cocinas, una biblioteca secundaria y lo que a juzgar por el olor era una curtiduría.

El porqué de que tuviera que dirigirse hacia el salón de las Estrellas era un misterio. El mensajero no le había dado explicaciones. Seguramente iba a celebrarse otro rito al que Imenja quería que asistiera.

Conforme se aproximaba a su destino, notó un hormigueo en el estómago.

Aunque había estado muchas veces en el salón de las Estrellas, siempre que entraba en él sentía un escalofrío. Al doblar una esquina, vio ante sí la angosta entrada de la sala y se detuvo para respirar despacio tres veces. Enderezó la espalda, se alisó la túnica y cruzó el umbral.

De pie sobre la estrella de plata engastada en el suelo se erguía una figura vestida con una túnica negra. A Reivan le dio un vuelco el corazón cuando Nekaun la miró y sonrió. Él hizo un gesto en dirección a un grupo de Servidores novicios.

Mientras ella avanzaba para unirse a ellos, paseó la mirada por la estancia y se fijó tanto en los Servidores como en los Servidores Devotos que estaban alineados a lo largo de las paredes. Al ver que Imenja se encontraba entre ellos, experimentó un alivio momentáneo.

Este se evaporó en cuanto Nekaun se dirigió a los presentes.

—Hoy, ocho hombres y mujeres serán ordenados Servidores de los Dioses. Dichos Servidores novicios se han ganado con su esfuerzo el derecho a servir a los dioses en la medida de sus capacidades. Han superado las pruebas exigidas, y sus progresos han satisfecho a sus maestros. Hoy profesarán los votos que todos hemos pronunciado. Hoy se pondrán el símbolo de los dioses sobre el corazón. Hoy se unirán a nosotros como hermanos nuestros. —Se volvió hacia los novicios y dijo un nombre en voz alta. Un hombre dio un paso al frente. Reivan se percató de que tenía la boca abierta y la cerró de inmediato. Había estado mirando a Nekaun boquiabierto por la sorpresa. Entonces notó que se le formaba un nudo en el estómago.

«¡Van a nombrarme Servidora de pleno derecho!».

Pero hacían falta años para llegar a ser Servidor. Echó una ojeada a los Servidores novicios que la rodeaban. Todos tenían poco más de veinte años, una edad más próxima a la suya. Los alumnos nuevos que habían iniciado su formación con ella eran todos adolescentes.

«Es por los poderes mágicos —pensó—. O, mejor dicho, por mi falta de ellos. Es verdad que Drevva parecía estar quedándose sin cosas que enseñarme. Supongo que la mayor parte de los años de instrucción se centra en las habilidades mágicas».

—Servidora novicia Reivan.

Su corazón dio un brinco, y cuando alzó la vista, advirtió que Nekaun le indicaba con señas que se acercara. Tras respirar hondo, ella avanzó hacia el centro de la estrella.

—Solo eres novicia desde hace unos meses —dijo él—, pero has demostrado poseer conocimientos notables de las leyes y la historia pentadrianas. Hemos decidido que estás preparada para asumir las responsabilidades plenas de una Servidora de los Dioses.

«¿Por qué no me ha avisado Imenja que planeaban hacer esto?». Lanzó una mirada fugaz hacia la Voz Segunda y vio que los labios de la mujer se torcían en una sonrisa.

—Servidora novicia Reivan —repitió Nekaun—. ¿Deseas consagrar tu vida al servicio de los dioses?

Ella fijó los ojos en él.

—Con toda el alma.

—¿Estás dispuesta a sacrificarlo todo por los Cinco?

—Sí, lo estoy.

—¿Renunciarías al amor, la fortuna e incluso la vida por ellos?

—Sí, renunciaría.

—En ese caso, acepta este símbolo de su poder y su unidad. Llévalo siempre encima, pues constituye tu vínculo con los dioses y sus servidores.

Abrió la mano. Sobre su palma descansaba una estrella plateada de cinco puntas. Una cadena atravesaba una de las puntas y colgaba entre sus dedos.

Reivan extendió el brazo y cogió la estrella. Era más liviana de lo que había imaginado. Alzó la cadena y se la puso por la cabeza.

—Entrego mis ojos, mi voz, mi corazón y mi alma a los Cinco —afirmó.

—Sírvelos con alegría y lealtad —finalizó Nekaun.

El joven a quien habían ordenado antes que a ella estaba de pie en el otro extremo de la estrella engastada en el suelo. Reivan se le acercó y se situó a su lado. Una sensación extraña la invadió mientras el siguiente Servidor novicio caminaba y se colocaba ante Nekaun. Notaba un cosquilleo en la frente. Al rascársela, cayó en la cuenta de que la sensación estaba en el interior de su cabeza. Cerró los ojos y se concentró en lo que sentía. De inmediato reconoció que era algo inteligible.

:Bienvenida, Reivan.

Abrió los párpados y miró fijamente a Imenja. No le cabía la menor duda de que era su voz, pero sabía que no la había percibido por los oídos. La Voz Segunda sonrió.

:Sí. Ahora podemos hablarte a través de tu mente.

Imenja no había movido los labios.

:Y... ¿puedo hablaros yo a vosotros?

:Sí.

:¿De modo que es como si estuviera usando magia?

La sonrisa de Imenja se ensanchó.

:En parte, y en parte no. Nadie está totalmente desprovisto de poderes mágicos, Reivan. El colgante no funcionaría si no los tuvieras. Todo el mundo posee alguna habilidad, incluso aquellos a quienes consideramos carentes de ellas. No estás invocando magia ni esforzando tu voluntad para realizar esta tarea, ni has tenido que ejercitar una habilidad para ello, por lo que, en ese sentido, lo que estás haciendo no se parece en absoluto a usar la magia.

Reivan asintió.

:Podrías habérmelo advertido.

:¿Que se celebraría esta ceremonia? Entonces habrías pasado la noche en blanco. Necesito que estés bien despierta y alerta esta tarde.

:¿De verdad? ¿Qué has planeado?

:Oh, nada especial, solo otra aburrida entrevista con un diplomático muriano.

La última Servidora novicia había recibido su colgante de estrella. Una vez que esta se incorporó al grupo que rodeaba a Reivan, Nekaun tomó la palabra una vez más para dar la bienvenida a los nuevos Servidores. Cuando terminó, las personas que estaban dispersas por la sala se dirigieron al frente con el fin de darles su enhorabuena. Aunque Reivan recibió las felicitaciones de todos los maestros con los que había trabajado, notó que no la trataban con la misma calidez que a los otros nuevos Servidores.

«Es sencillamente porque no he tenido tiempo de ganarme sus simpatías —pensó con melancolía—. Aunque no me tuvieran envidia, no se me ha

presentado la ocasión de hacer amigos».

En ese momento Imenja se acercó, y a Reivan le hizo gracia observar el cambio de actitud de los maestros. Algunos se quedaron callados, mientras que otros se deshacían en sonrisas zalameras. La Voz Segunda les dio las gracias por su incansable dedicación a la formación de los Servidores novicios.

«¿Por qué no me sentiré intimidada por Imenja?», se preguntó Reivan.

:Porque ser adulatora no va con tu personalidad —dijo la voz de Imenja en su mente—. Eres demasiado inteligente para estas tonterías.

:Si todo el mundo fuera así, nunca encontrarías a alguien que obedeciera tus órdenes.

:Cierto. ¿Cómo es que tú me obedeces entonces?

:No lo sé. Eres una Voz. Eres sabia y... esto..., sensata. ¿Y porque me reducirías a un montón de cenizas si me negara, tal vez?

Imenja soltó una risita que desconcertó a los otros Servidores. Tras murmurar que necesitaba la ayuda de Reivan, consiguió de alguna manera apartarla de la multitud sin llamar demasiado la atención. Mientras se dirigían hacia la salida del salón de las Estrellas, Imenja se rio de nuevo.

—Creo que obedeces mis órdenes porque soy lo más cercano a los dioses que conoces —dijo Imenja en voz baja—. Tu deseo de aproximarte a los dioses no se debe solo a tu voluntad de servirlos, sino a que eres... o eras... una Pensadora. Los misterios te fascinan.

Reivan movió la cabeza afirmativamente.

—Supongo que es una suerte que no pueda resolver ese misterio, porque si no tal vez me aburriría y buscaría alguna otra cosa ante la que maravillarme.

Imenja arqueó las cejas.

—En efecto.

—Aun así, me gustaría... —Reivan se interrumpió. Un movimiento en su mente la distrajo. Se preguntó si se lo había imaginado incluso mientras esa vibración se transformaba en la percepción inequívoca de otra presencia. Una presencia que ella no reconocía.

:Bienvenida, Servidora Reivan.

Acto seguido, la presencia se esfumó.

—¿Qué... qué ha sido eso?

Recorrió la sala con la vista antes de posarla en Imenja. La Voz Segunda la contemplaba estupefacta. La estupefacción no era una expresión que Reivan hubiera visto a menudo en el rostro de Imenja.

—Creo que Sheyr acaba de expresar su aprobación por tu ascenso a Servidora —musitó la Voz Segunda.

«¿Sheyr? ¿Una de las deidades me ha hablado a mí? —Le pareció que el pasillo se torcía y luego se enderezaba. Miró a Imenja, presa de una sensación abrumadora—. ¿Qué significa eso?».

Imenja sonrió.

—Creo que te vendría bien una copita para celebrar tu ordenación. Busquemos a un criado para que nos traiga una botella de jamya.

—¿Jamyá? Creía que solo se servía durante las ceremonias.

—Y a veces después. —Con la mano sobre el hombro de Reivan, Imenja la guio hacia el Santuario Alto.

Desde hacía un buen rato, Imi estaba convencida de que algo había cambiado. El barco ya no cabeceaba tanto, y ella solo había tenido que achicar un charco de agua poco profundo en la bodega. Los gritos amortiguados de los saqueadores sonaban distintos. Contenían un deje de expectación.

Escuchar y hacer conjeturas había distraído su mente del dolor en sus brazos y hombros. Sin embargo, temía las posibles consecuencias del cambio, y las horas ya no se sucedían gradualmente entre el aburrimiento y la fatiga, sino con una lentitud insoportable a causa del miedo y la ansiedad.

De pronto, la nave dio un bandazo. El balde resbaló de sus manos, y ella cayó al suelo. El agua de mar estaba tibia, le produjo una sensación grata. Imi cerró los ojos y se rindió al agotamiento.

Debió de quedarse dormida. Cuando despertó, las pilas de cajas y las grandes vasijas de cerámica almacenadas en la bodega habían desaparecido. Oyó pasos apresurados y órdenes estentóreas procedentes de arriba. Cuando estos sonidos se apagaron, el color del cielo que ella alcanzaba a ver a través de la abertura había pasado de azul a naranja, y luego a negro. En ningún momento de las semanas anteriores había reinado un silencio como aquel. Imi notó que el sueño se apoderaba de ella otra vez...

... y se despabiló, sobresaltada, cuando una luz inundó la bodega. Se puso

de pie con dificultad, cogió el balde y se agachó para llenarlo. Un par de piernas bajó por la escalera desde la cubierta. A Imi se le secó la boca cuando advirtió que se trataba del líder de los saqueadores. En la bodega ya no quedaba nada aparte de ella. ¿Qué debía de querer?

Cuando llegó al pie de la escalera, el hombre retrocedió un paso. Posó la vista en ella y la alzó hacia la cubierta. Otro par de piernas había empezado a descender. Estaban cubiertas de una tela negra como tinta de tubo marino y pertenecían a un hombre al que ella nunca había visto antes. Cuando el desconocido bajó del último peldaño al suelo irregular, se tambaleó, con un desequilibrio que delataba que no estaba acostumbrado ni siquiera a los movimientos más suaves del barco.

Cuando se fijó en Imi, abrió mucho los ojos, asombrado, y luego sonrió al saqueador. Comenzaron a hablar entre ellos mientras se le acercaban.

Se detuvieron a pocos pasos. Ella apartó la vista, turbada por la manera en que el desconocido la miraba. La conversación se tornó más animada. De pronto, los dos hombres se agarraron de la muñeca antes de dar media vuelta y alejarse.

Cuando subieron a cubierta, Imi soltó el balde. Con un suspiro, se desplomó en el charco.

De nuevo se oyeron ruidos en la escalera. Dos de los saqueadores bajaron a la bodega y se aproximaron a Imi. Ella se levantó trabajosamente, con el corazón desbocado ante aquellas figuras amenazadoras. Uno de ellos sujetaba una tela de tejido basto.

El otro la asió del brazo y la arrastró hacia delante. Cuando el primero desplegó la tela, ella se percató de que era un saco y pretendían meterla en él.

Intentó soltarse, pero el hombre tenía las manos grandes y fuertes, y ella estaba demasiado débil. Le entró un mareo y perdió el equilibrio. Le pasaron el saco sobre la cabeza. Las manos fuertes la aferraron mientras el otro hombre extendía la bolsa hasta sus tobillos. La alzaron en vilo, y ella notó que cerraban el saco por debajo de sus pies.

Cargaron con ella entre los dos. No le quedaban fuerzas para resistirse.

«¿Adónde me llevan? ¿Qué más da? A algún sitio diferente de este. Tal vez a un sitio mejor. Mucho peor no podría ser».

La sangre le bajó a la cabeza cuando la volvieron del revés, seguramente para subirla a la cubierta. Un aire más fresco entró a través de la arpillera. El sonido de pisadas sobre la madera dio paso al sonido de pisadas sobre un terreno más firme. Ella percibió muchas voces, cada vez más fuertes, que acabaron por rodearla.

Luego notó un hedor a humedad. La tumbaron sobre una superficie dura y una puerta se cerró, amortiguando el vocerío. Alguien que se encontraba cerca hizo un comentario lacónico. Otra persona farfulló una respuesta, y se oyeron pasos que se alejaban.

Una voz gritó una palabra. La superficie que Imi tenía debajo se movió de repente, y ella sintió que la transportaban de nuevo. El objeto sobre el que yacía se mecía con suavidad. No era nada parecido al balanceo del barco. Imi se sumió en un estado de semiinconsciencia, demasiado cansada para prestar atención a los ruidos extraños que sonaban a su alrededor. La multitud de voces solo podía indicar que se encontraba entre muchísimos pisatierra. Aunque sabía que debía estar asustada, no tenía energías para sentir miedo.

Las voces se extinguieron de forma gradual. Durante un rato largo, solo se oían unos pasos rítmicos cercanos. El ruido de puertas que se abrían y cerraban acabó por despertarla de nuevo. Notó que unas manos la levantaban y la bajaban otra vez para depositarla en el suelo.

Siguió un silencio. Imi tuvo la vaga sensación de que alguien toqueteaba el saco, cerca de sus pies. La tela que la envolvía se tensó, la alzó en el aire, y la chica soltó un chillido de sorpresa cuando salió deslizándose de la bolsa.

Se zambulló en un agua fresca y agradable que le ayudó a aclarar sus pensamientos. Asomó la cabeza a la superficie e inspeccionó su entorno. Estaba en un estanque redondo en medio de una habitación circular con techo abovedado. En el centro del estanque se alzaba una escultura pequeña y extraña de una mujer con cola de pez en lugar de piernas. Al igual que los pisatierra, tenía pelo en la cabeza.

«Una mujer pez. ¿Se supone que representa a una elay?». Dejó escapar un resoplido de indignación.

El hombre que había bajado a la bodega con el líder de los saqueadores para verla estaba cerca, sonriendo. Levantó los brazos y señaló con un gesto

el espacio en que se encontraban. Ella no entendió lo que pretendía expresarle.

Tras contemplarla durante unos instantes, el hombre salió por una abertura arqueada. Extendió el brazo hacia un lado, agarró una verja de barrotes y la cerró. Se alejó sin dejar de sonreír.

Imi esperó a que sus pisadas se apagaran por completo para salir del estanque. No le resultó fácil, pues el agua tenía una profundidad de un brazo y ella estaba muy fatigada. El esfuerzo la dejó exhausta y se quedó tendida en el suelo, jadeando, hasta que su cabeza dejó de dar vueltas.

Al cabo de un rato, se puso en pie penosamente y caminó hacia la puerta de metal. Aferró los barrotes y empujó. La verja no se movió. Ella examinó el pestillo. Estaba asegurado por una especie de cierre metálico. Al otro lado, todo estaba oscuro.

«Por supuesto —pensó ella. Cayó de rodillas y se volvió hacia el estanque, con su ridícula escultura—. Ahora esta es mi prisión. Soy un adorno, como esa estatua. El mirón seguramente vendrá a admirarme a menudo».

Se dirigió a rastras hacia el borde del estanque. No había una parte poco honda en la que acostarse. Si intentaba dormir allí, se ahogaría. Tendría que despertarse cada pocas horas para humedecerse la piel, o correr el riesgo de deshidratarse y... Se agachó y se llenó de agua la mano ahuecada. Se la llevó a los labios y tomó un sorbo.

«Agua dulce —se dijo—. Me pregunto cuánto tardaré en ponerme enferma».

Sacudió la cabeza. «Estoy demasiado extenuada para pensar en ello». Tras tumbarse sobre el frío suelo de piedra, cayó rendida en un sueño profundo.

Emerahl alzó la vista de su tarea y contempló la lluvia con los párpados entornados. «Qué día tan deprimente —pensó—. Pero el capitán está contento. Hemos hecho una buena pesca con las redes».

El imponente muro formado por los acantilados de Toren se erguía ante

ellos, a la derecha. Se encontraban mucho más lejos de la costa el día anterior, cuando habían pasado el faro. Emerahl había imaginado que sentiría añoranza al contemplar las ruinas de aquella torre blanca y apartada en la que había vivido durante mucho tiempo. En vez de ello, sintió repugnancia.

«Tantos años aislada del mundo, sin otros vecinos que unos contrabandistas despreciables. No entiendo por qué no me morí de aburrimiento. Cuánto me alegro de volver a estar entre gente decente y trabajadora».

Emerahl se concentró de nuevo en limpiar pescado, pero una luz devolvió su atención al acantilado. A medida que dejaban atrás un pliegue de la pared de roca, aparecieron más luces. Aquel era su puerto de destino. Yaril.

Allí —según le habían dicho— vivía un joven al que el Gaviota había salvado de morir ahogado solo seis meses atrás. Había oído ya muchas anécdotas sobre el misterioso muchacho del mar. Todos los habitantes de la costa conocían a alguien que aseguraba haber tenido un encuentro con el Gaviota. En cada pueblo se contaban las mismas historias. Tal vez nadie estaba emparentado con los protagonistas, y los narradores solo afirmaban conocerlos para adornar sus relatos, pero se trataba de poblaciones pequeñas y era posible que todos se conocieran entre sí, aunque solo fuera de forma indirecta.

En realidad, resultaba divertido pensar que esas historias eran nexos que los unían a todos.

Ahora Yaril se abarcaba con la vista. Para los pescadores, no era más que un buen lugar donde vender la pesca. Ella reanudó la limpieza del pescado. El capitán solo había accedido a llevarla a Yaril si hacía algo útil a cambio. A ella no le importaba trabajar. Era una forma de mantener las manos ocupadas mientras reflexionaba sobre todo lo que había averiguado.

Cuando el barco se hallaba más cerca del puerto, la tripulación dejó que Emerahl preparara la mercancía mientras ellos hacían maniobras para entrar en una bahía poco profunda. Tras vaciar a toda prisa los últimos pescados que quedaban, ella recogió sus pertenencias. Su ropa apestaba a pescado, y tenía la piel pegajosa de sudor y agua salada. En cuanto desembarcara, tomaría una habitación, se asearía un poco y lavaría su ropa.

Los marineros condujeron el barco hasta un pequeño embarcadero. En cuanto se hallaba lo bastante cerca, ella saltó a tierra. Miró hacia atrás y dedicó al capitán una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento antes de adentrarse en Yaril con paso decidido.

A diferencia de la mayor parte de las poblaciones costeras de Toren, Yaril no se asentaba en lo alto del acantilado. Detrás del pliegue en la pared de roca, un río angosto había erosionado aquella caída vertical hasta convertirla en una pendiente abrupta y accidentada. En ella se habían construido casas con piedras extraídas del propio acantilado hasta el borde mismo del río, que formaba una cascada.

Era una ciudad que, en vez de calles, tenía escaleras que subían y bajaban, y senderos angostos que atravesaban la pendiente. Emerahl se paró para sonreírle a un hombre que descendía por una escalera y la contemplaba sin disimular su curiosidad.

—Buenos días. ¿Hay algún alojamiento para viajeros por aquí?

El hombre asintió.

—La viuda Laylin alquila una habitación. Número tres, tercer nivel. Es el nivel siguiente, a la derecha.

—Gracias.

Continuó subiendo y enfiló una de las veredas. Se detuvo frente a una casa con un número tres grabado en la puerta y llamó. La puerta se abrió, y una mujer madura y corpulenta miró a Emerahl de hito en hito.

—Tengo entendido que alquilas una habitación —dijo Emerahl—. ¿Está disponible?

A la mujer le brillaron los ojos.

—Sí. Adelante. Te la enseñaré. ¿Cómo te llamas?

—Limma. Limma Ensalmadora.

—Ensalmadora no solo de apellido, sino también de profesión —observó la mujer.

—Así es.

La viuda la guio hasta un cuarto alargado y estrecho con vistas a la bahía. Era una habitación sencilla, pero limpia. Tras regatear hasta obtener un precio que le parecía razonable, Emerahl pidió agua para lavarse.

La mujer envió a su hija a buscarla y lanzó una mirada suspicaz a Emerahl.

—En fin, ¿qué te trae por Yaril?

Emerahl sonrió.

—Busco a un joven llamado Gherid.

—¿Gherid? Tenemos a un Gherid aquí. Salía a pescar con su padre hasta que todos los que iban en el barco murieron, menos él. Ahora trabaja para el cantero. ¿Te refieres a ese?

—Yo diría que sí.

—¿Por qué lo buscas?

—Me han dicho que cuenta una historia interesante.

La mujer soltó una risita, sacudiendo la cabeza.

—Antes la contaba. Se hartó de que la gente le encontrara fallos a su relato, así que ahora no dice una palabra.

—¿No?

—Ni una palabra. Aunque le ofrezcan favores o dinero.

—Ah. —Emerahl paseó la vista por la habitación como preguntándose qué hacía allí.

—Has venido de muy lejos —la tranquilizó la mujer—. No pierdes nada con intentarlo. Tal vez consigas tirarle de la lengua. Te llevaré con él cuando hayas terminado tus abluciones.

Salió de la habitación, y poco después llegó la chica con una jarra y una jofaina grande. Después de asearse, Emerahl se puso su segunda muda de ropa, lavó las prendas sucias y las secó calentando y agitando el aire en torno a ellas con magia.

Una vez que estaban secas, las colgó en el respaldo de una silla y acto seguido se ató su colección de saquitos a la cintura, se envolvió en su tajo y salió de la habitación.

El cuarto contiguo era tan estrecho como el suyo, pero aún más alargado. El espacio estaba compartimentado por mamparas, y resultó que la más alejada ocultaba una cocina. Emerahl encontró allí a la viuda.

—¿Lista? —preguntó la mujer.

Emerahl asintió.

—Ven conmigo entonces. Él estará en casa del cantero.

La siguió hasta la puerta y luego al frío del exterior. Las casas, todas hechas de la misma piedra negra, parecían encorvarse contra la pared de roca como si temieran resbalar hasta el mar. Pese al aspecto siniestro e inquietante del pueblo, todas las personas con que se cruzaban Emerahl y la viuda les sonreían y las saludaban con buen humor.

La escalera se volvía más empinada a medida que se aproximaban a la cima del acantilado. La viuda tuvo que parar tres veces para recuperar el aliento.

—No parece que viva aquí, ¿verdad? —preguntó tras el tercer descanso—. A ti te veo muy fresca.

—Viajar te pone en forma —dijo Emerahl, sonriente.

—Ya veo. Por fin hemos llegado. Vive arriba del todo porque le resulta más fácil bajar su mercancía que subirla.

En vez de un camino había un «patio» sembrado de escombros. Emerahl lo atravesó detrás de la mujer hasta llegar donde dos hombres de pelo gris cincelaban unos grandes bloques de piedra.

—Megrin —dijo la viuda.

Uno de los hombres alzó la vista. Pareció sorprenderse al ver a la acompañante de Emerahl.

—Viuda Laylin —contestó—. No se te ve por aquí arriba muy a menudo. ¿Necesitas encargarnos algún trabajo?

—No, pero mi huésped quiere charlar con Gherid sobre el Gaviota.

El hombre miró a Emerahl y se puso derecho. Ella sonrió, como si intuyera su admiración. El segundo hombre se había vuelto hacia ellas. Tenía un rostro curiosamente juvenil, pero contraído en una expresión de pocos amigos. Al fijarse mejor, Emerahl reprimió una carcajada. El gris de su cabello se debía al polvo que lo cubría. Apenas tenía edad suficiente para considerarlo un hombre.

—Ella es Limma —prosiguió la viuda—. Es curandera.

Megrin posó los ojos en el joven, cuya expresión ceñuda se había acentuado.

—¿Por qué quieres hablar del Gaviota conmigo? —preguntó Gherid.

Emerahl le sostuvo la mirada.

—Me han dicho que lo conociste.

—¿Y qué?

—Me gustaría oír tu historia.

—Vamos, Gherid —lo alentó la viuda—. No seas grosero con una visitante.

Él miró a la mujer y luego al cantero. El hombre mayor asintió. Gherid suspiró y se encogió de hombros, resignado.

—Ven conmigo... Te llamabas Limma, ¿verdad?

—Sí.

Ella lo siguió hasta las escaleras y luego hacia arriba. Emociones intensas empezaron a emanar de él mientras subían, una mezcla de culpabilidad y miedo. Emerahl captó fragmentos de sus pensamientos.

«¡... no puedo matarla! Pero tendré que hacerlo si ella...».

Alarmada, vaciló por unos instantes antes de invocar magia y crear un escudo en torno a sí. ¿Por qué pensaba él que tal vez tendría que matarla? ¿Temía que intentara hacerle daño, o robarle algo? ¿O tal vez la creía capaz de obligarlo a revelar información contra su voluntad?

«Soy una curandera. Una hechicera. Ambas cosas implican que poseo la facultad de forzarlo a decirme cosas que no quiere decirme, por medio de drogas o de la tortura».

Fuera como fuese, resultaba evidente que él tenía algo que proteger. Cuando llegaron a la cima, él avanzó por la orilla sin decir palabra. Emerahl lo observó con atención. Intuyó que estaba tomando algún tipo de precaución. Cuando se detuvieron, cayó en la cuenta de que se habían alejado del pueblo. Ahora se encontraban al borde de un precipicio. «¿Planea tirarme desde aquí?».

—Bueno, ¿qué quieres saber? —preguntó él.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Es cierto que coincidiste con el Gaviota?

—Sí —respondió—. Todo el mundo lo sabe.

Emerahl percibió que le decía la verdad y sintió una punzada de compasión hacia él.

—Nadie te cree, ¿verdad?

—¿Me crees tú?

Ella asintió.

—Pero esa no es la razón por la que ya no cuentas la historia, ¿me equivoco?

Él la contempló con fijeza, con una ansiedad y un sentimiento de culpa crecientes. Por más que conversaran, no se tranquilizaría. Ella decidió arriesgarse.

—Hiciste una promesa —aseveró—. ¿La rompiste?

El joven se sonrojó. Ella empezó a imaginar lo que aquello había supuesto para él. Lo había salvado un ser mítico y, al verse obligado a explicar lo ocurrido, había revelado todos los pormenores del episodio que sabía que no lo ponían en peligro, hasta que un día se le había escapado algún detalle comprometedor.

—¿Por qué quieres saberlo?

Ella arrugó el entrecejo, como si estuviera preocupada.

—No es que quiera, es que necesito saberlo. Los secretos del Gaviota deben permanecer a salvo.

Él abrió mucho los ojos y palideció.

—Creía que tú... Ellos no entendieron lo que les dije. Estoy seguro de que no lo entendieron.

—¿Qué les dijiste?

—Les... les hablé de la Columna. Me echaron algo en la bebida. —La miró con expresión implorante—. No era mi intención. No les dije dónde estaba. No creerás que pueden encontrarla por sí mismos, ¿verdad?

Ella suspiró.

—No lo sé. No sé dónde está la Columna. Llega un momento en que todos debemos guardar un secreto, y ese era el tuyo. ¿Se lo has avisado?

Los ojos de Gherid se desorbitaron.

—¿Cómo?

Ella parpadeó, aparentando sorpresa.

—¿No tienes una manera de ponerte en contacto con él?

—No..., aunque supongo que si regresara allí... Pero está muy lejos, y no

tengo bote.

—Yo tampoco, pero puedo comprar uno. —Sacudió la cabeza y se volvió hacia el mar, con un falso aire pensativo—. Más vale que me lo cuentes todo, Gherid. Estoy muy lejos de mi hogar, y mi sistema para comunicarme con él no funciona aquí. Necesitamos hacerle llegar un mensaje al Gaviota. Quizá la única forma de lograrlo sea que yo viaje hasta la Columna y deje allí ese mensaje de tu parte.

La gratitud que rebosaba el joven la hizo sentirse culpable. Estaba manipulando al pobre chico. «Pero no lo hago con intenciones perversas —se dijo—. Quiero encontrar al Gaviota para que nos ayudemos mutuamente».

Él se acercó a una peña y tomó asiento en ella.

—Es una larga historia. Será mejor que te sientes. ¿Has llevado una embarcación antes?

Emerahl sonrió.

—Muchas, muchas veces.

Devlem se llevó la última rodaja de fruta a la boca y se lamió el jugo dulce de los dedos. Una de las tres criadas que se encontraban de pie a un lado se acercó y le tendió una bandeja de oro. Tras coger la tela húmeda y delicadamente doblada que había encima, Devlem se limpió las manos y la tiró de nuevo en la bandeja.

Unos pasos apresurados resonaron en el patio. Una criada se aproximó corriendo a la mesa de Devlem e hizo una reverencia.

—El envío ha llegado.

«Solo dos días tarde —pensó Devlem—. Si amenazo un poco a los tintores, tal vez consiga sacarlo al mercado antes que Arlem... Siempre y cuando la mercancía no se haya estropeado, claro».

Se levantó y salió del patio con grandes zancadas. Un pasillo abovedado lo condujo a la parte delantera de la casa. Siguió un sendero adoquinado hasta los edificios más sencillos donde guardaban sus mercancías.

Unos tarnes aguardaban fuera. Ya había varios hombres transportando los rollos de tela al interior, vigilados por el supervisor.

Devlem entró en el edificio y examinó el género sin prestar la menor atención a las criadas. La envoltura impermeable de uno de los rollos de tela estaba rasgada.

—Abridlo —ordenó.

Las criadas se apresuraron a cortar la envoltura.

—¡Con cuidado! —bramó Devlem—. ¡Dañaréis el tejido!

Los movimientos de las criadas se tornaron más lentos y delicados. Mientras trabajaban, le lanzaban miradas nerviosas. «Bien —pensó—. Las azotainas que he ordenado les han enseñado por fin a ser más respetuosas. Empezaban a parecerse cada vez más a las mujeres genrianas, con sus gimoteos y sus quejas».

Las mujeres retiraron la envoltura y dejaron al descubierto una tela limpia e intacta. Él se acercó mientras terminaban de desenvolver el rollo.

—¡Maese mercader!

Se oyó el eco de las pisadas de alguien que corría. Devlem alzó la vista, molesto por la interrupción. La intrusa era una de las encargadas de cortar el césped. Era fea para ser de Avven, y él la había enviado a trabajar al jardín para no tener que verla.

—Maese —murmuró ella—. ¡Hay un monstruo en la casa del estanque!

Él suspiró.

—Ya lo sé. Yo lo metí allí.

Ella se mordió el labio.

—Ah. Pero parece estar muerto.

—¿Muerto? —Se irguió, inquieto.

Ella asintió.

Mascullando palabrotas en su lengua materna genriana, pasó junto a ella velozmente, salió del almacén y se dirigió hacia los jardines. La casa del estanque estaba en el centro de una gran extensión de césped. Los encargados de cuidarlo se habían aglomerado en torno a la entrada.

—¡Volved al trabajo! —ordenó Devlem.

Dirigieron la mirada hacia él antes de dispersarse. Cuando llegó frente a la verja de la casa, sacó la llave para abrirla. Vislumbró dentro al joven ser marino, que yacía en el suelo.

La noche anterior, Devlem no había tenido mucho tiempo para examinar su compra con detenimiento. El saqueador le había asegurado que era una niña, pero el único indicio de ello era la ausencia de órganos masculinos. El mercader había ordenado a sus criados que despojaran a la criatura de los

harapos sucios que colgaban de sus hombros. Al inspeccionarla, concluyó que el saqueador estaba en lo cierto y se preguntó si le saldrían pechos, como a las humanas.

Tal vez cuando ella se hubiera desarrollado, él compraría a un macho. Si se reproducían, podría vender las crías por una fortuna.

La cerradura emitió un chasquido. Devlem abrió la verja y se acercó a la criatura. ¿Por qué había salido del agua? Al agacharse sobre ella, comprobó que aún respiraba.

Cuanto más la observaba, más crecía su preocupación. La respiración de la criatura era dificultosa, y tenía la piel agrietada y sin brillo. De haber sido humana, a él le habría parecido peligrosamente escuálida. Además, despedía un olor nauseabundo. Como todos los animales olían mal, él había dado por sentado en un principio que el hedor era natural, pero ya no estaba tan seguro.

La sujetó por la barbilla e hizo girar su cabeza para escudriñarle el rostro. Ella abrió los ojos de golpe al notar el contacto y los cerró de nuevo. Soltó un quejido suave.

«He pagado mucho dinero por ella. —Se puso de pie y clavó la vista en la criatura—. Si está enferma, tengo que encontrar a alguien que la cure. ¿Quién sería capaz de determinar qué es lo que le pasa? Podría mandar llamar a un sanador de animales, pero dudo que haya visto nunca a uno de estos seres del mar. No creo que nadie los haya visto. A menos que...».

Sonrió al recordar que había personas en Glymma que tal vez sabían algo acerca de la gente del mar. Dio media vuelta, cerró la verja con llave y se encaminó a toda prisa hacia la casa, pidiendo a gritos que alguien le enviara a un mensajero.

Mirar levantó una piedra. Nada. La dejó donde estaba y levantó otra. Un bicho salió corriendo. Intentó agarrarlo, pero el animal se metió rápidamente en una grieta entre dos rocas grandes y pesadas.

«Maldición. ¿Cómo captura Emerahl a estas gamillas? Si al menos pudiera...».

—¡Wilar! ¡Tejedor de sueños!

Sobresaltado, alzó la vista. Tyve volaba en círculo por encima de su cabeza. Mirar captó una fuerte sensación de ansiedad y urgencia en el chico. Se puso de pie y, con la mano a modo de visera, observó al siyí mientras aterrizaba.

—¿Qué sucede?

—Sizzi está enferma. Vice y Ziti también. Otros empiezan a encontrarse mal. ¿Puedes venir a la aldea para ayudarnos?

—¿Te ha enviado el portavoz?

—Sí.

Esto no era del todo cierto, a juzgar por la desazón que Mirar percibió en Tyve. Contempló al joven siyí con los párpados entornados.

—¿De verdad?

Tyve lo miró, avergonzado.

—No exactamente. Está demasiado enfermo para hablar. Yo me he ofrecido a pedirte ayuda, puesto que eres sanador. Los demás se han mostrado de acuerdo.

Esta vez a Mirar le pareció que decía la verdad. Asintió.

—Iré contigo. ¿Qué síntomas tienen?

—Ya lo verás cuando estés allí —dijo Tyve con impaciencia—. Debemos partir ahora mismo, si quieres llegar antes de que... Es un largo camino.

—Lo que implicará un largo camino de regreso si tengo que venir a recoger los remedios necesarios —señaló Mirar—. Necesito saber de qué enfermedad se trata para saber qué debo llevar en mi morral. Háblame de ella.

Tyve describió lo que había visto. A Mirar se le cayó el alma a los pies. Los síntomas encajaban con los de una enfermedad llamada «devoracorazones», que de vez en cuando se propagaba entre los pisatierra. Con toda seguridad, un siyí la había contraído durante la guerra y se la había contagiado a su tribu al volver. A Mirar no se le había ocurrido que el contacto de los siyís con forasteros pudiera tener como consecuencia inevitable la transmisión de enfermedades. Maldijo para sus adentros a los Blancos.

«No puedes estar seguro de que los Blancos supieran que eso pasaría», le

recordó Leiard.

«Pero no hay mayor alegría que tener a alguien a quien culpar», repuso Mirar.

—Conozco esta enfermedad —le dijo al joven siyí—. Puedo ayudar a tu tribu a superarla, pero no te prometo que todos sobrevivan.

Tyve palideció. Mirar le posó una mano en el hombro.

—Haré todo lo que pueda. Ahora, dame un momento para preparar mi bolsa antes de guiarme hasta tu aldea.

El siyí se sentó en una roca a esperar con expresión de angustia. Mientras caminaba río arriba, Mirar repasó mentalmente los remedios de los que disponía. Cuando se había marchado del campo de batalla con Emerahl, llevaba consigo su morral de tejedor, pero estaba casi vacío. Ahora estaba lleno. Primero Emerahl y luego él habían pasado muchas horas en el bosque buscando y elaborando remedios, basándose en sus conocimientos de las plantas que crecían allí. No todos eran tan potentes como los que tenía antes, ni producían los mismos efectos. Unos eran más eficaces, otros menos.

Pasó detrás de la cascada y entró en la cueva a través del pasadizo. Miró los objetos apilados a lo largo de las paredes. La cuerda sería esencial, pero llevar el jergón a cuevas resultaría demasiado engorroso. Dormiría vestido en el suelo, lo que significaba que le haría falta ropa de abrigo ahora que empezaba a hacer frío.

«Y comida también», le recordó Leiard.

«Por supuesto». Esbozó una sonrisa torcida y recorrió la cueva, recogiendo lo que iba a necesitar. Cuando terminó, echó un último vistazo a la caverna.

«¿Regresaré pronto, o esta crisis de los siyís me mantendrá lejos durante un tiempo indefinido? Si Emerahl tiene razón, me hará bien estar entre otras personas».

Tras girar sobre los talones, salió a toda prisa para reunirse con Tyve y emprender otro arduo viaje a través de las montañas de Si.

El sol estaba bajo en el cielo cuando Auraya divisó el Claro a lo lejos. No

había avanzado tan deprisa como había previsto, pues había descubierto que Travesuras se asustaba si sobrepasaba una velocidad determinada. Se estremecía y soltaba maullidos de terror, pero mientras su dueña se mantuviera por debajo de esa velocidad, él se acurrucaba plácidamente en la bolsa que ella llevaba sujeta con correas entre los omóplatos.

Debido al retraso, ella no se había detenido a hablar con ninguno de los siyís con que se había encontrado cuando había llegado a Si. Ellos tampoco habían intentado abordarla, ya que seguramente habían advertido que iba demasiado rápido para interceptarla. Ahora, mientras reducía la velocidad al acercarse a la larga franja despejada en la ladera que constituía el principal lugar de reunión de los siyís, la gente del cielo levantó el vuelo para unirse a ella.

Notó que Travesuras se removía tras su espalda.

—¡Vuelan! —declaró—. ¡Vuelan, vuelan!

No tenía una palabra con la que designar a las extrañas personas con alas que planeaban alrededor y detrás de ellos, pero ella percibía su excitación.

—Siyís —le dijo—. Son siyís.

Se quedó callado por un momento.

—Siyís —murmuró.

Auraya reconoció a algunos de sus escoltas espontáneos y a otros no. Intercambió silbidos de saludo con todos. Sus pensamientos destilaban alivio y alegría. Por otro lado, sabían por qué estaba allí, y debido a su preocupación no estaban dedicándole un recibimiento tan entusiasta como en ocasiones anteriores.

Ella descendió a un ritmo constante, en dirección a la zona extensa y lisa situada en la parte central del Claro y conocida como el Llano. Alrededor de él había varios siyís de pie, y ella oía el batir de bienvenida de unos tambores. Dos hombres vestidos de blanco atrajeron su atención. Al igual que la mayoría de los pisatierra, eran casi el doble de altos que los siyís, y sus túnicas níveas los hacían aún más llamativos.

Ella se fijó en una fila de hombres y mujeres apostados cerca del peñasco al que llamaban Roca de los Portavoces. Conforme se aproximaba, empezó a distinguir detalles suficientes para identificar a cada uno de ellos. Todos eran

portavoces —líderes de tribus siyís—, pero no eran más que la mitad. A Auraya esto no le extrañó. Seguramente algunos no habían querido abandonar su pueblo mientras hubiera invasores merodeando por Si, y otros vivían demasiado lejos del Claro para acudir allí cada vez que se celebraba una reunión imprevista. Sin embargo, en el Claro vivían representantes de cada tribu que sin duda se hallaban entre los siyís que aguardaban a la orilla del Llano.

Sirri, portavoz jefe de todas las tribus, dio un paso al frente cuando Auraya se dejó caer en el suelo. Con una sonrisa, le ofreció una taza de madera y un pastelillo. Cuando Auraya los aceptó, Sirri extendió los brazos a los lados. El sol se filtraba a través de las membranas de sus alas e iluminaban una delicada red de venas y arterias entre los huesos que las sostenían.

—Bienvenida de nuevo a Si, Auraya la Blanca.

Auraya le devolvió la sonrisa.

—Gracias, portavoz Sirri, y gracias al pueblo de Si por su cálida acogida.

Se comió el pastelillo dulce y tomó un sorbo de agua antes de devolver la taza. Sirri posó la mirada en el hombro de Auraya y de pronto abrió mucho los ojos.

—Siyi —susurró Travesuras al oído de su dueña.

Conteniendo una risotada, Auraya le rascó la cabeza.

—Portavoz Sirri —dijo—, este es Travesuras. Es un viz. Los somreyanos los domesticaron hace mucho tiempo y los crían como mascotas.

—Un viz —repitió Sirri, acercándose para contemplar a Travesuras—. Sí, recuerdo haber visto a este animal en el campamento militar.

—Saben hablar, aunque de forma más bien limitada. —Auraya miró a la bestezuela—. Ella se llama Sirri —le dijo.

—Siri —respondió él—. *Siyi siri*.

Sirri soltó una risita.

—Un animal encantador. Más vale que me asegure de que ningún siyí decida preparar un plato apetitoso con él. —Se irguió—. Los portavoces me pidieron que convocara una reunión en la Enramada de los Portavoces en cuanto llegaras, pero podemos aplazarla si estás cansada.

Auraya negó con la cabeza.

—Los pentadrianos se adentran más en Si con cada momento que pasa, y estoy igual de ansiosa que vosotros por ocuparme de ellos. Prefiero reunirme con los portavoces ahora mismo.

Sirri asintió agradecida e hizo una seña a los otros portavoces. Cuando estos avanzaron para unirse a Sirri, Auraya dirigió la vista hacia los dos sacerdotes. Ellos realizaron el gesto del círculo. Ella inclinó la cabeza como respuesta.

Al explorar sus mentes, se percató de que estaban deseosos de hablar con ella, aunque ninguno de los dos tenía un asunto urgente que tratar. Pese a que consideraban que los siyís eran hospitalarios, sus costumbres les parecían un tanto extrañas.

«Necesitan que yo les confirme que están haciendo bien su trabajo», comprendió ella.

Dio media vuelta y acompañó a Sirri al bosque, seguida por los otros portavoces y los representantes de las tribus. Pasaron junto a muchas enramadas —armazones de madera recubiertos con una membrana extendida, contruidos al pie de árboles enormes que crecían en el Claro— y junto a muchos siyís curiosos. Sirri no caminaba deprisa, a pesar de la impaciencia de los otros portavoces. Sabía que su pueblo se tranquilizaría al ver a la Elegida de los dioses.

En cuanto se internaron en el bosque despoblado que rodeaba la Enramada de los Portavoces, la portavoz jefe apretó el paso. Recorrieron senderos angostos y sinuosos hasta una enramada grande, y una vez allí entraron en fila. Unos taburetes hechos a partir de tocones tallados estaban dispuestos en círculo. Los portavoces ocuparon sus sitios. Auraya dejó su mochila en el suelo, a su lado. Travesuras se asomó, decidió que no había nada interesante y se hizo un ovillo para dormir.

—Como todos sabemos —comenzó Sirri—, un barco pentadriano fue avistado cerca de la costa del sur de Si hace catorce días. Varios pentadrianos desembarcaron y se dividieron en partidas que han ido avanzando tierra adentro. Al parecer, se valen de sus pájaros para que los guíen hacia las aldeas siyís. —Se volvió hacia Auraya—. Enviamos una petición de ayuda a

los Blancos, y Auraya ha venido de nuevo. Antes de que empecemos a discutir cómo debemos lidiar con los pentadrianos, ¿tienes alguna pregunta, Auraya?

—¿Con qué frecuencia recibís informes sobre los movimientos de los pentadrianos?

—Cada pocas horas. Mi hijo Sreil ha organizado a varios grupos que siguen a los pentadrianos y nos informan con regularidad.

—¿Alguno de ellos ha visto a uno o más hechiceros entre los pentadrianos?

—No.

«Lo que no significa que no los haya». Auraya tamborileó con los dedos sobre sus nudillos.

—¿Los pentadrianos han hecho daño a alguien?

—Aún no.

—¿Han hablado con alguien?

—No. Además, todos los siyís tienen instrucciones de mantenerse alejados de ellos.

—¿Han intentado establecer un asentamiento permanente?

Los portavoces parecieron sorprenderse. Ella leyó en sus mentes que ninguno de ellos se había planteado esta posibilidad.

—Nuestros exploradores dicen que están en movimiento constante —respondió el portavoz Dryss.

Auraya meditó sobre todo lo que le habían contado.

—No tengo más preguntas por el momento. ¿Quiere alguien preguntarme algo a mí?

—Sí —dijo uno de los representantes—. ¿Qué vas a hacer?

Ella juntó las manos y entrelazó los dedos.

—Ofreceros mi consejo y mi ayuda. No he venido para deciros qué medidas debéis tomar. Os protegeré si os atacan, y si decidís que debo expulsarlos de Si, lo haré, o al menos lo intentaré. También os traduciré sus palabras si ellos muestran intenciones de comunicarse con vosotros. Es posible que deseen firmar la paz.

Los siyís intercambiaron miradas, algunos con el ceño fruncido.

—¡Nunca! —siseó uno de los representantes.

—No descartes la posibilidad —le dijo uno de los portavoces veteranos al joven—. Los pentadrianos no son un pueblo que esté a punto de extinguirse. Más vale vivir en paz con ellos que en conflicto.

—Siempre y cuando eso no nos obligue a ceder demasiado.

—Por supuesto.

—Hay otra posibilidad —continuó Auraya—. Una posibilidad que me inquieta. Tal vez pretendan convertir a los siyís a su secta.

—Se llevarán un buen chasco —dijo la portavoz Sirri con firmeza—. No hay un solo siyí que no llore la pérdida de un familiar o un miembro de la tribu. Ninguno nos traicionaría uniéndose al enemigo.

—No me cabe la menor duda —aseguró Auraya—. Pero si estas son sus intenciones, conviene que todos estén prevenidos y listos para no dejarse convencer por palabras seductoras.

—No les daremos la oportunidad de pronunciarlas —declaró el representante joven—. O regresan a su país, o los mataremos.

—Los enviaremos de vuelta a casa, sea cual fuere su propósito —convino Sirri—. Aunque hayan venido en son de paz, el recuerdo de la guerra está aún demasiado reciente para que acojamos a los pentadrianos en Si.

Los demás portavoces expresaron su conformidad.

—Si eso es lo que pensáis hacer —dijo Auraya—, sois vosotros, y no yo, quienes debéis comunicárselo a los pentadrianos. Ellos tienen que saber que la decisión es vuestra y que no obráis al dictado de los Blancos.

Se impuso un silencio tras sus palabras. Ella percibió el miedo y la renuencia de los demás.

—¿Y si nos atacan? —preguntó el líder de una tribu con un hilillo de voz.

—Yo os protegeré. Nos retiraremos y, una vez que estéis a salvo, regresaré para luchar contra ellos.

—¿Debemos ir todos? —inquirió el portavoz Dryss—. He perdido bastante agilidad para surcar los vientos, y temo ser un estorbo si tenemos que retirarnos con rapidez.

—No es necesario que vayáis todos —contestó Auraya—. Elegid a tres de vosotros.

Sirri se aclaró la garganta.

—Preferiría pedir voluntarios.

Al desplazar la vista por la habitación, Auraya advirtió que muchos desviaban la mirada. El representante joven no se inmutó. A ella se le encogió el corazón cuando él se enderezó, preparándose para hablar. «Es un poco testarudo para esto».

—Iré yo —se ofreció.

—Gracias, Rizzi, pero esta es una misión para portavoces —repuso Sirri—. ¿Nos tomarán en serio los pentadrianos si no hablan con ellos los líderes de las tribus? —Extendió las manos a sus costados—. Yo voy. Si nadie más se ofrece voluntario, me veré obligada a exigir que se designe a los enviados o que se saquen los nombres al azar de un...

—Iré yo... si no soy demasiado viejo.

El voluntario era un portavoz de mediana edad, Iriz, de la tribu del lago Verde.

Sirri sonrió.

—Te quedan muchos años por delante, portavoz Iriz.

—Yo también voy —dijo una mujer. Auraya reconoció en ella a la portavoz de la tribu de la cresta del Sol, cuyos miembros habían sufrido un ataque por parte de los pájaros adiestrados de los pentadrianos unos meses antes de la batalla.

—Gracias, portavoz Tyzi —dijo Sirri—. Ya somos tres.

El alivio de los otros siyís envolvió a Auraya, que tuvo que contener una sonrisa. Sirri se dio una palmada en las rodillas con ademán resuelto.

—Partiremos mañana al alba. ¿Hay alguna otra cuestión que tratar con Auraya? —Miró alrededor, pero ninguno de los siyís dijo nada—. Entonces doy por finalizada la reunión. Portavoces Iriz y Tyzi, ¿podéis quedaros? Debemos hablar de los preparativos para el viaje.

Mientras los siyís salían en fila de la enramada, Auraya bajó la vista hacia Travesuras. El viz aún dormía. Ella sonrió y dirigió su atención a los siyís que quedaban. De inmediato la asaltó un temor. Si se encontraba frente a frente con uno de los hechiceros pentadrianos más poderosos, no le sería fácil proteger a aquellos siyís. Debía asegurarse de echar un buen vistazo a los

intrusos antes de que ellos la vieran a ella.

Por el momento, no debía mostrar ante los siyís el menor asomo de duda o miedo.

El mar se encrespaba bajo el bote como intentando sacudirse de encima un bicho irritante. Cuando una ola amenazó con hacerlo volcar, Emerahl invocó magia para volver a poner el casco en contacto con la superficie. Profirió una maldición cuando una ráfaga de viento le arrojó gotas de lluvia contra la cara.

Cayó en la cuenta de que estaba maldiciendo el mar en una lengua olvidada tiempo atrás, de una época en que los pescadores y los marineros adoraban a deidades marinas. No costaba imaginar, sobre todo considerando la rapidez con que se había desatado la tempestad, que aquella extensión de agua embravecida aún estuviera gobernada por una mente superior, empeñada en librarse de aquella intrusa.

Emerahl soltó un resoplido. «Los viejos dioses han muerto. Esto no es más que un temporal. Debería haber hecho caso al vendedor de barcos, que me aconsejó comprar uno más grande y esperar unas semanas a que cambiara la estación».

En otro tiempo había llegado a conocer bien aquel tramo de costa y sabía interpretar las señales que anunciaban mal tiempo. Sin embargo, en mil años cambiaban muchas cosas. Tanto las corrientes como el clima eran distintos. Incluso el perfil del litoral resultaba irreconocible en algunas partes. Conforme avanzaba a lo largo de la costa, había divisado una extraña sucesión de paisajes tanto familiares como desconocidos. Por fortuna, las

colinas que marcaban la frontera entre Toren y Genria aún se alzaban donde debían. A partir de allí, había vuelto la espalda a la costa y navegado mar adentro, tal como Gherid le había indicado.

Una ola reventó encima del bote y la dejó empapada. Extrajo el agua del casco por medio de la magia. Caía una lluvia tan densa que ella apenas alcanzaba a vislumbrar el otro extremo de la embarcación. Debía resistir. No podía izar la vela en aquellas condiciones. No veía dónde estaba, y mucho menos podía localizar su destino o regresar a tierra firme.

Maldijo de nuevo cuando otro golpe de mar estuvo a punto de volcar la barca. El viento sonaba como una voz inhumana. Ella no pudo evitar sentir un atisbo de aprensión supersticiosa. Tal vez no debería blasfemar contra el dios del mar.

«¿Por qué no? No puede hacerme daño —pensó—. Está muerto, como todas las deidades antiguas. Bueno, todas menos las del Círculo». ¿Cabía la posibilidad de que alguno de los cinco que quedaban hubiera aprendido a influir en el mar? ¿Estaría uno de ellos jugando con él en ese momento?

Esta idea no la reconfortaba. Si los dioses eran los causantes de aquello, ¿cuál era su propósito? ¿Habían reparado en la presencia de ella? ¿Intentaban impedir que arribara a su destino? Se aferró al timón. Aunque la lluvia y las nubes espesas ocultaban el sol, una luz grisácea y mortecina conseguía colarse hasta ella. De pronto, esta claridad se esfumó y Emerahl quedó sumida en sombras. Miró en torno a sí, luchando contra un miedo creciente. Cuando vio la causa de las tinieblas, se le heló la sangre. Algo elevado y oscuro se erguía sobre ella.

El temor se disipó en cuanto comprendió de qué se trataba.

«¡La Columna!».

Por azares del destino, la tormenta había impulsado la barca justo hacia el sitio al que ella quería llevarla. Ahora, sin embargo, la corriente la arrastraba en la dirección contraria. Tras echar una ojeada alrededor, se quedó contemplando los remos sujetos a los costados del bote.

«No. No me servirán de nada. He tenido suerte de que el mar no arrojara la barca contra la Columna. Aunque consiguiera acercarme a remo, no podría amarrar el bote. Acabaría saltando en mil pedazos. Esto requiere magia y una

concentración absoluta».

Invocó una cantidad considerable de energía y la proyectó en torno a la barca. Tendría que actuar con celeridad en cuanto tuviera el control sobre el bote, o la ola siguiente lo anegaría.

«Arriba».

El estómago le dio un vuelco cuando la embarcación se elevó en el aire, con ella dentro. Dirigió la vista al frente, donde sabía que se alzaba la Columna, ahora invisible debido a la lluvia.

«Adelante».

No fue un viaje cómodo. Tenía que centrar su mente por completo en manejar el bote. Cada golpe de viento o pequeña distracción ocasionaba que la barca se inclinara o descendiera. Incluso su alivio al ver la Columna emerger de la lluvia provocó un movimiento brusco.

«Más cerca».

Se detuvo cuando vio la superficie rocosa debajo de sí.

«Más alto».

El rugido de las olas al estrellarse contra las rocas se atenuó conforme la barca se elevaba. Aparecieron matas de hierbas marinas resistentes que crecían en grietas y recovecos, y más adelante formaban un manto. Había llegado a la cima de la Columna.

«Adelante».

Pasó con el bote por encima de la hierba marina y, a varios pasos del borde del acantilado, lo hizo bajar hasta el suelo.

No había tiempo para relajarse; el viento amenazaba con despeñar la barca. Emerahl salió de un salto, cogió sus pertenencias, clavó unas estacas en el suelo y ató la embarcación.

Una vez que se convenció de que estaba bien asegurada, se enderezó y miró en derredor. Era posible que hubiera aterrizado en un promontorio de la costa que no fuera la Columna que el muchacho le había descrito. Dejó el bote atrás y se acercó con cuidado a la orilla. La densa cortina de lluvia impedía ver el mar más abajo.

Para marcar su posición, Emerahl arrancó tres manojos de hierba, dejando al descubierto la pálida tierra arenosa de debajo, y después caminó de un lado

a otro a lo largo del borde. Tras dar cincuenta pasos, topó con la hierba desarraigada. A fin de cerciorarse de que no se tratara de una repetición natural de su señal, se apartó de la orilla. Cuando la barca apareció, ella asintió para sí.

«Sabré si es la Columna de la que me habló el chico si hallo la cueva».

Recorrió el borde del acantilado de nuevo, buscando la parte superior de la escalera que descendía hacia la cueva, pero no encontró el menor rastro de ella. Tras la quinta vuelta alrededor de la isla, se dio por vencida y regresó al bote.

Se sentó e invocó magia suficiente para crear un escudo que la resguardara de la lluvia. La ropa empapada le pesaba sobre el cuerpo. Canalizó un poco más de energía para secarse y entrar en calor. Mientras el agua se evaporaba de su vestimenta y su cabello, sintió un escalofrío.

«Más vale que esta no sea una de esas tormentas de tres días —pensó—. Si dura más de unas pocas horas, intentaré dar otra vez con esa escalera».

¿Y si no la encontraba? Tendría que aguantarse y aguardar a que amainara el temporal. Incluso si utilizara magia para mantener la barca a flote e impulsarla por el agua, le sería imposible saber qué rumbo tomar para regresar a la costa.

Con un suspiro de resignación, abrió su morral y sacó unos frutos secos para tener algo que mordisquear durante la espera.

Todas las mañanas, la luz del amanecer hacía brillar la membrana que constituía las paredes de la enramada. Auraya paseó la mirada por el interior de la pequeña vivienda y suspiró complacida. Era agradable volver a estar en Si.

«¿Por qué me siento como en casa aquí? —se preguntó—. Hacía meses que no estaba tan a gusto. Además, anoche no tuve pesadillas —pensó de pronto. Tenía la sensación de haber dejado atrás muchas preocupaciones: las pesadillas, el hospital—. No había caído en la cuenta de cuánto me desasosegaba el hospital».

Rememoró su estancia anterior en Si. Allí siempre se sentía bien al

despertar. «Pero ¿no sería por mis conexiones en sueños con Leiard?».

Leiard. ¿Eran imaginaciones tuyas, o la tristeza que siempre la invadía al pensar en Leiard se había mitigado? Ahora le parecía que él formaba parte de la vida de otra persona. Quizá pronto no sentiría nada.

:Espero que no —dijo una voz conocida en su mente—. Sería terrible para ti que dejaras de sentir, ya sea alegría o pena, placer o dolor.

:Me refería a sentir algo por Leiard —le aclaró a Chaia—. Ya lo sabes.

:Siempre sentirás algo hacia él. El tiempo aplacará el dolor. Nada lo alivia tanto como entregarse a sentimientos nuevos.

«Sí —pensó ella—. Nuevos retos, como el de echar a esos pentadrianos de Si».

:No era eso lo que tenía en mente.

Ella esbozó una sonrisa torcida. «Ya lo suponía. Pero ya sabes lo que dicen: el deber va antes que el placer».

:Te tomo la palabra.

Su presencia desapareció de súbito. Auraya sacudió la cabeza. A veces no entendía a Chaia pero, al fin y al cabo, él era un dios y ella no. Se levantó y se acercó a la colgadura que cubría la entrada de la enramada.

—¿Ohuaya vuela?

Volvió la vista hacia Travesuras, que había decidido que una de las cestas que colgaba del techo de la enramada era un lugar apropiado para dormir. Solo su nariz asomaba por encima del borde.

—Sí. Auraya vuela sola. Ir a reunión peligrosa. Travesuras queda aquí. A salvo.

Travesuras meditó sobre esto durante un buen rato, y entonces su nariz desapareció. Desde el secuestro que había sufrido antes de la batalla, se tomaba en serio todas las advertencias de peligro.

—*Travsras* quedar —murmuró.

Aliviada, Auraya salió y dio un paso hacia la Enramada de los Portavoces. De inmediato, un pequeño grupo de niños siyís surgió del bosque y la rodeó. Ella rio sorprendida cuando comenzaron a arrojarle flores. Unos pocos se atrevieron a extender el brazo para tocarle las manos. De pronto, uno de ellos emitió un silbido estridente, y todos se alejaron corriendo.

Auraya logró descifrar lo suficiente para comprender que huían prudentemente de un adulto que se acercaba. Al volverse, vio que la portavoz Sirri caminaba hacia ella. La líder de los siyís sonreía.

—Te has convertido en un personaje legendario desde tu última visita. Nuestros bardos han compuesto una canción titulada *La dama blanca*, que narra cómo derrotas a los pentadrianos sin ayuda.

Auraya soltó una risita.

—Eso es un poco injusto para los otros Blancos.

Sirri se encogió de hombros.

—Sí. Sin embargo, dio toda la impresión de que tú asestaste el golpe final.

—Lo que sucedió fue algo más... complicado —le dijo Auraya a la portavoz—. Los demás atacaban de formas menos visibles. Simplemente quiso la fortuna que me tocara a mí aprovechar el error del enemigo.

—¿Cuando la hechicera se distrajo?

—Sí. —Auraya vio la sonrisa torcida de Sirri y se concentró en ella. Lo que percibió le pareció tan divertido como sorprendente—. ¿Tryss fue el causante de la distracción? ¿Él la atacó?

Sirri asintió.

—Eso afirma él, y no tengo motivos para dudar de su palabra.

—Qué acto de valentía tan asombroso —dijo Auraya con un suspiro, pensando en el joven y tímido inventor del arnés de caza de los siyís.

—No son muchos quienes lo saben. Él no quiere que lo traten como a un héroe después de que tantos murieran. La guerra lo ha cambiado. Creo que se siente culpable por haber ideado algo que permitió que los siyís participaran en un conflicto que acabó con la vida de tantos de los nuestros. Yo le insisto en que él no es responsable de ello, pero... —Alzó la vista hacia Auraya, preguntándose de pronto si ella también cargaba con el peso de la culpa—. He venido a avisarte de que los portavoces voluntarios nos esperan en el lugar de reunión —le informó Sirri.

Auraya levantó hacia ella una mirada inquisitiva.

—¿Llego tarde?

—No; ellos han llegado temprano. Sospecho que están ansiosos por

encargarse de este asunto cuanto antes.

—En ese caso, no los hagamos esperar más.

Tras guiar a Auraya hasta la orilla del bosque, Sirri se elevó de un salto. La Blanca la siguió y ambas descendieron planeando hasta el Llano, donde las aguardaban los dos portavoces, Iriz y Tyzi. Varios cazadores con el arnés puesto se encontraban de pie a un lado. Sirri había decidido que los acompañaran por si los portavoces quedaban separados de Auraya y los pájaros de los pentadrianos los atacaban.

Iriz y Tyzi irradiaban miedo y a la vez determinación mientras intercambiaban saludos con Auraya.

—¿Con qué grupo de pentadrianos nos encontraremos primero? —preguntó Iriz.

—¿Hacia cuál creéis que debemos dirigirnos? —preguntó a su vez Auraya.

—Hacia el que esté más cerca —respondió Tyzi—. Cuanto antes les digamos que se marchen, mejor.

—El que avanza hacia el noreste entonces.

—El grupo del norte se halla más cerca de una tribu —señaló Iriz—. Si los pentadrianos deciden lanzar una ofensiva contra ellos, tal vez no podamos enviarles una advertencia a tiempo.

—El grupo del norte no sabrá lo que está haciendo el otro grupo —dijo Tyzi. Miró a Auraya con aire dubitativo—. ¿O sí?

—Tienen una manera de comunicarse entre ellos, como los sacerdotes circulianos —dijo Auraya.

Tyzi frunció el ceño.

—Entonces deberíamos ir al encuentro del grupo del norte.

—Para cuando llegemos allí, los pentadrianos que se dirigen hacia el este también estarán cerca de una tribu —objetó Iriz.

—Nuestros exploradores vigilan al enemigo —dijo Sirri—. Todos los siyís saben cómo evitarlos y han hecho preparativos para abandonar sus casas en caso necesario. Ninguna tribu se quedará cruzada de brazos esperando a que la ataquen.

Iriz y Tyzi asintieron en señal de conformidad.

—La tribu más cercana entonces —declaró Iriz.

—Creo que podemos alcanzarlos antes del anochecer —añadió Tyzi.

Auraya se volvió hacia Sirri.

—Y regresar mañana, si todo sale bien.

La portavoz esbozó una sonrisa sombría.

—No nos entretengamos más.

Se acercó a la orilla inferior del Llano, donde una sima no muy alta dividía la cuesta rocosa. Cuando Sirri saltó desde el borde, los demás portavoces y los cazadores se lanzaron tras ella. Auraya invocó magia y se impulsó hacia arriba para unirse a ellos.

Cuando alcanzó la altura de Sirri, percibió otra presencia a su lado.

:Has vuelto.

:Así es, contestó Chaia.

:¿Sabes qué se traen entre manos estos pentadrianos?

:Sí.

:¿Me lo contarás?

:No.

:¿Por qué no?

:Te corresponde a ti encontrarlos y ocuparte de ellos.

:¿O sea, que ni siquiera me dirás dónde están?

:No hace falta. No te costará mucho dar con ellos.

:¿De qué me sirve hablar contigo si no piensas proporcionarme información útil?

:¿Tiene que haber un precio? ¿No te basta con mi compañía?

Ella suspiró.

:Claro que no tiene que haber un precio. Solo me gustaría saber cuán peligrosos son estos pentadrianos. No quiero que estos siyís resulten heridos o muertos.

:Entonces deberías tomar todas las precauciones posibles. —El tono de Chaia ya no era jocoso—. No te confíes solo porque yo haga acto de presencia de vez en cuando. No puedo estar en todas partes a la vez, ni acompañarte en todo momento. Si pudiera, y el mundo estuviera repleto de mortales con grandes dones mágicos dispuestos a hacer lo que yo les pida,

no habríamos tenido que convertirte en lo que eres. —Al cabo de unos instantes, preguntó—. *¿Has tomado todas las precauciones posibles?*

:Sí —respondió ella—. Al menos eso espero.

Cuando él se alejó, la asaltó la ansiedad. Una vez más repasó en su mente todos los posibles desenlaces de la reunión con los pentadrianos.

La Servidora Devota Renva tomó la mano del Servidor Vengel y la aferró con fuerza para que este la izara hasta lo alto de la cresta. La ayudó a estabilizarse mientras ella pugnaba por ponerse de pie. El suelo era un amasijo de surcos y rocas prominentes y puntiagudas, y no había una superficie plana sobre la que poner los pies.

Una vez que logró recuperar el equilibrio, ella miró en torno a sí. La colina era lo bastante alta para que desde la cima se dominara el territorio que tenían ante sí. Renva soltó un gruñido al ver una sucesión de peñascos desnudos y barrancos umbríos que se extendían hacia las montañas.

«¡Esto es una pesadilla! —pensó—. Seguro que solo criaturas dotadas de alas pueden vivir aquí. Es como si el terreno hiciera lo posible por ahuyentarnos».

Deseaba poder complacerlo, pero tenía órdenes que cumplir. Los siyís eran un pueblo primitivo, según le habían contado. Una gente sencilla con costumbres sencillas era fácil de impresionar. Que ella pudiera persuadirlos para que adoraran a los Cinco Dioses dependía de lo deslumbrados que estuvieran con los circulianos y sus deidades falsas.

«Pero antes tenemos que llegar hasta ellos».

Sería mucho más fácil si fueran ellos quienes se aproximaran. Los había avistado a lo lejos en varias ocasiones. A menudo tenía la sensación de que los observaban a ella y a sus acompañantes, y sin embargo nunca se acercaban lo suficiente para estar al alcance de la voz.

«Las gentes sencillas suelen ser asustadizas —se recordó a sí misma—. Hace unos meses éramos sus enemigos. Nos considerarán invasores».

Apartó la mirada del paisaje y comenzó a avanzar a lo largo de la cresta.

—Servidora Devota Renva —la llamó Vengel.

Al volverse, advirtió que él tenía los ojos fijos en algún punto distante. Se volvió hacia ella y señaló. Renva miró en la dirección que él le indicaba, pero no divisó nada.

—¿Qué has visto? —preguntó.

—Siyís —respondió Vengel—. Vuelan bajo, entre los árboles y nosotros.

Ella dirigió la vista más abajo, pero tardó un momento en vislumbrarlos. Unos seres voladores demasiado grandes para ser pájaros planeaban entre las copas de los árboles, demasiado lejos para que ella pudiera distinguir detalles. Eran más de diez y volaban directos hacia ella.

—Ya los veo. —Meditó sobre su posición. Tanto si los siyís venían para hablar como para pelear, su deber era estar con su gente. Puesto que los demás no llegarían a la cresta a tiempo, eso significaba que ella tendría que regresar al estrecho desfiladero de abajo.

Se situó al lado de Vengel y se inclinó sobre el borde.

—Vuelve abajo —le gritó al Servidor que trepaba por la cuerda. El hombre arrugó el entrecejo y comenzó a descender. Ella miró a Vengel—. Quédate aquí e intenta captar su atención, pero procura estar listo por si arremeten contra ti.

Vengel asintió. Pese a su expresión adusta, no dijo nada cuando ella empezó a bajar. Poseía suficientes poderes mágicos para protegerse de las flechas.

En cuanto llegó al fondo del barranco, Renva reunió a los demás.

—Un grupo de siyís se dirige hacia aquí —les informó—. Es posible que vengan a nuestro encuentro o que no tengan idea de que estamos aquí. Debemos estar preparados para un ataque, por si acaso.

Los portadores, que carecían de habilidades mágicas, y los Servidores con menos poderes se colocaron en el centro del grupo. Todos guardaban silencio mientras esperaban. A un grito de Vengel, alzaron la vista y escrutaron el cielo.

Unas figuras aladas se entreveían tras las copas de los árboles. Renva alcanzó a avistar unos ojos que la observaban con suspicacia. Los sobrevolaban en círculo, con un aplomo que resultaba más bien intimidatorio. Al fijarse en una figura más grande —sin alas y blanca—, a Renva se le secó

la garganta.

«La hechicera Blanca. Nekaun me advirtió que tal vez vendría». Se tocó el colgante en forma de estrella que colgaba contra su pecho.

:¡Nekaun!

Aunque el silencio que siguió fue breve, a ella le pareció una eternidad.

:Renva. Veo que ya habéis tenido un encuentro con los siyís.

:Aún no, pero estamos a punto —lo corrigió ella—. La hechicera Blanca los acompaña.

:No es de extrañar. Mientras nadie recurra a la violencia, ella no os atacará. Seguid adelante.

Renva tragó saliva. «Espero que tenga razón». Respiró hondo y se obligó a hablar en voz muy alta.

—Gente del cielo. Siyís. No pretendemos hacer daño a nadie. Bajad para que podamos dialogar con vosotros.

Los agudos silbidos de los seres voladores resonaron en el bosque, intercalados con palabras extrañas. Ella supuso que estaban hablando entre sí. No confiaba en que la hubieran entendido, pero esperaba que hubieran percibido las intenciones pacíficas en su voz. La hechicera Blanca probablemente sí había comprendido. Se decía que ellos sabían leer la mente.

—Soy la Servidora Devota Renva, y estos son mis acompañantes. Venimos de muy lejos con la esperanza de entablar amistad con vosotros —les dijo—. Hemos...

Las hojas se agitaron cuando los tres siyís se lanzaron en picado a través de la parte superior de los árboles. Se posaron en unas ramas muy altas y bajaron la vista hacia Renva y su gente. Ella oyó una voz tras sí.

—Si venís en son de paz, ¿por qué no aprendisteis la lengua local antes?

Renva giró sobre sus talones. La hechicera Blanca se encontraba de pie en la rama baja de un árbol, no muy lejos.

—No teníamos a nadie que nos la enseñara —contestó Renva—. De lo contrario, lo habríamos hecho.

La hechicera Blanca alzó la mirada y pronunció una frase incomprensible. Una siyí respondió desde arriba. Tras esbozar una sonrisa, la Blanca miró de nuevo a Renva.

—He venido únicamente en calidad de escolta y traductora. La portavoz Sirri, líder de los siyís, quiere saber por qué habéis venido a Si sin que os invitaran.

Renva levantó los ojos hacia la siyí que había hablado. «Los gobierna una mujer. ¡Qué interesante!».

—Hemos venido para hacer las paces con los siyís.

La hechicera Blanca tradujo sus palabras. «Al menos eso espero —pensó Renva—. ¿Cómo sabré si tergiversa lo que he dicho para conseguir sus fines?».

:Ten cuidado con la manera en que formulas tus preguntas, le aconsejó Nekaun.

La líder de los siyís habló.

—La portavoz Sirri dice: «Si queréis hacer las paces, dejadnos tranquilos. Marchaos y no volváis» —dijo la hechicera Blanca.

—¿No queréis darnos la oportunidad de salvar la distancia entre nuestros pueblos? —inquirió Renva.

—La distancia es demasiado grande —contestó otro de los siyís—. ¿Cómo esperáis que perdonemos a quienes invadieron las tierras de nuestros aliados y asesinaron a nuestros padres e hijos, madres e hijas?

—Entonces ¿debemos seguir siendo enemigos para siempre?

—Debéis demostrar que sois dignos de nuestra amistad —dijo la líder de los siyís—. Entrar en nuestra casa sin haber sido invitados no os ayudará a ganaros nuestra confianza.

—¿Cómo vamos a ganarnos vuestra confianza? ¿Cómo vamos a aprender vuestro idioma si ni siquiera podemos...? ¿Queréis ir vosotros a Avven en vez de que vengamos nosotros?

Los siyís intercambiaron miradas.

—Quizá algún día, si estamos seguros de que no correremos peligro.

—Juro por los Cinco Dioses que estaréis a salvo —aseguró Renva con seriedad.

Los siyís reaccionaron a esta respuesta con cierta inquietud. El hombre mayor tomó la palabra. La hechicera Blanca pareció sorprenderse y vaciló por un momento antes de traducir.

—El portavoz Iriz dice: «Si intentáis convencer a cualquier siyí de que rinda culto a vuestros dioses, fracasaréis. Huan nos creó, y nunca renegaremos de ella».

:¿*Creen que sus dioses los crearon?*, murmuró Nekaun.

:*Eso parece*, respondió ella.

:*Respetad su voluntad* —dijo él—. *Marchaos*.

:*Sí, reverencia*.

Renva inclinó la cabeza.

—La amistad es el propósito que nos ha traído hasta aquí. Para demostrar que merecemos vuestra confianza, nos iremos, tal como nos habéis pedido. Espero que en el futuro se presente otra ocasión de reconciliarnos.

La hechicera Blanca tradujo sus palabras, y los siyís expresaron su aprobación. Se lanzaron desde las ramas y emergieron velozmente de la espesura. La hechicera Blanca se quedó abajo por unos instantes, midiendo a Renva con la mirada.

—Los exploradores os vigilarán —le advirtió—. Si no os marcháis, lo sabremos.

Se elevó, flotando, y aceleró tan deprisa que la bóveda frondosa que formaba el árbol vibró cuando ella la atravesó. Renva sacudió la cabeza, asombrada. Era increíble que alguien poseyera tales habilidades mágicas que pudiera desafiar la atracción de la tierra.

«Y es deprimente saber el viaje que nos espera de regreso a la costa».

:*Tomaos el tiempo que necesitéis* —dijo Nekaun en su mente—. *Vuestra situación puede cambiar de aquí a entonces*.

«Espero que no», pensó ella, y de inmediato se sintió culpable. Se suponía que debía estar dispuesta a afrontar y soportar cualquier penalidad para servir a los dioses.

:*Pero no tienes por qué disfrutarlo*, señaló Nekaun en un tono desenfadado y divertido. Ella se rio. Cuando sus compañeros de viaje fijaron la mirada en ella, recobró la compostura.

—Desandaremos el camino hasta el anochecer —decidió— y encontraremos un buen lugar donde pasar la noche. —Alzó la vista hacia la cresta—. Será mejor que bajas —le gritó a Vengel, que estaba asomado por

encima del borde, contemplándola—. Nos vamos a casa.

Una sensación de dolor y movimiento invadió a Imi cuando despertó. Le ardía la piel, tenía las articulaciones agarrotadas y el estómago encogido. Una voz llamó su atención; una voz masculina suave y balsámica. Le recordó a su padre.

Se despabiló de golpe. ¿Era posible? ¿Había acudido él a salvarla por fin? Al abrir los ojos, se encontró frente a un rostro desconocido. El hombre, de tez pálida, tenía la cara y el cráneo cubiertos de pelos.

Era un pisatierra, pero no el que la había encerrado allí. Él le sostuvo la mirada, y las dos franjas peludas que tenía sobre los ojos se juntaron cuando frunció el ceño. Imi oyó un chapoteo debajo de sí y se percató de que él estaba de pie dentro del estanque. Empezó a bajarla hacia el agua. Por un momento, entró en pánico y se resistió débilmente. El estanque era demasiado profundo, y ella no tenía fuerzas para salir de él. Se ahogaría.

Unos instantes después de sentir el agua en la espalda notó la superficie dura del fondo del estanque. El pisatierra la soltó, pero permaneció en cuclillas a su lado. Comenzó a salpicarle todo el cuerpo. Primero le produjo picor, luego frescor. Un olor agradable flotaba en el aire; el aroma del mar. Procedía del agua. Ella se llevó la mano a la boca y la probó.

«Agua de mar. Intentan que me ponga bien».

Aunque este pensamiento habría debido aliviarla, no hizo sino llenarla de

temor, un temor exacerbado por la conciencia de su desnudez. ¿Dónde estaba su enagua? ¿Le darían ropa nueva? ¿Qué harían con ella cuando recobrase la salud? ¿Qué la obligarían a hacer? Tal vez sería mejor que no se recuperara. Tal vez sería mejor que se muriera.

«No. Tengo que ponerme bien —se dijo—. Tengo que ponerme bien y estar lista para cuando mi padre venga..., o se me presente una oportunidad para escapar por mi cuenta».

El pisatierra dejó de rociarla. Se irguió y se dirigió hacia un lado del estanque. Tras recoger un plato grande, regresó a su lado caminando por el agua.

Habló de nuevo en voz baja y animada. Cogió algo del plato y se lo ofreció.

Era pescado crudo. Ella hizo una mueca, y él lo devolvió al plato de inmediato.

A continuación le tendió un trozo de pescado cocido. Imi, al notar que le gruñían las tripas, extendió la mano para agarrarlo, pero vaciló.

«¿Y si está envenenado?», se preguntó. Miró al hombre con suspicacia. Este sonrió y murmuró más palabras ininteligibles, intentando tranquilizarla.

«¿Qué más da? —se dijo ella—. Si no pruebo bocado, moriré de todos modos».

Ella cogió la loncha y se la llevó a la boca. Tenía un sabor delicioso. Cuando tragó, un alivio profundo recorrió su cuerpo.

El pisatierra le ofreció más, trozo a trozo, antes de dejar el plato a un lado. Ella aún tenía hambre, pero notaba el estómago demasiado... lleno... para seguir comiendo. Él se le acercó un poco más. Imi sintió una punzada de miedo cuando el pisatierra se arrodilló en el agua, junto a ella. Este le habló con el semblante serio y volvió la vista hacia la verja metálica de la habitación, que estaba cerrada. Devolvió la mirada a Imi y le habló de nuevo, esta vez con voz casi inaudible, pero cargada de emoción. Ella percibió ira, y supo que no iba dirigida contra ella. Él hizo un gesto en torno a la habitación. La señaló a ella, se señaló a sí mismo y agitó los dedos como simulando dos pares de piernas en marcha.

Comprender lo que el pisatierra pretendía decirle fue como zambullirse en

una corriente de agua fresca. Él iba a rescatarla.

Los ojos se le anegaron en lágrimas. Rebotante de gratitud, lo abrazó y rompió a sollozar. Por fin. Aunque él no era su padre, iba a salvarla. Sintió que unas manos le daban palmaditas en la espalda, como hacía su padre cuando le dolía algo o estaba disgustada. Ese recuerdo la hizo llorar más.

Entonces notó que al pisatierra se le tensaba la espalda, y él la apartó de sí con delicadeza. Ella se enjugó las lágrimas. Cuando se le aclaró la vista, vio una figura de pie al otro lado de la puerta metálica, y se le heló la sangre.

Era el pisatierra que la había metido allí, y tenía cara de pocos amigos.

¿Había oído al pisatierra amable decirle que la rescataría? Escudriñó el rostro de este. Él le palmeó el hombro con suavidad y señaló el plato, invitándola a comer más, antes de volverse hacia su captor. Intercambiaron unas palabras. El pisatierra amable salió del estanque y se encaminó hacia la verja.

Continuaron hablando entre sí. Ella percibió la ira contenida en sus voces. Se tendió en el agua y sintió que sus esperanzas se marchitaban cuando ambos subieron el tono en lo que claramente iba a convertirse en una discusión.

Los truenos retumbaban amenazadores a lo lejos cuando Auraya, la portavoz Sirri y los otros siyís aterrizaron en el Claro. Les dio la bienvenida una multitud inquieta, entre la que se encontraban los portavoces y los representantes de tribus que se habían quedado allí.

—Los pentadrianos se marchan —anunció Sirri, provocando un estallido de silbidos y gritos de alegría que la obligaron a alzar la voz para hacerse oír—. Aseguran que han venido a Si para hacer las paces con nosotros, pero Auraya leyó en sus mentes sus intenciones auténticas. Solo pretendían persuadirnos de que adoráramos a sus dioses. Les hemos pedido que se vayan.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no regresarán para atacarnos? —preguntó un portavoz.

—No podemos —respondió Sirri—. Nuestros exploradores los vigilan.

Estamos tan preparados para hacer frente a una agresión como antes, pero ahora contamos con la ayuda de Auraya.

La Blanca consiguió no arrugar el entrecejo al oír esto. Ahora que al parecer los pentadrianos se marchaban, ¿querría Juran que ella regresara a Jarime? Mientras los portavoces se arremolinaban en torno a ellos, se inclinó hacia Sirri.

—Querrán conocer todos los detalles —le musitó—, pero Iriz, Tyzi y tú estáis agotados. ¿Por qué no propones que nos reunamos más tarde esta noche para contárselo todo?

Sirri la miró y le dedicó una sonrisa torcida.

—Buena idea —dijo—. Ha sido un viaje largo —explicó a la muchedumbre—. Creo que ahora mismo a mis compañeros les vendría bien tomarse un rato para descansar y refrescarse. ¿Nos reunimos de nuevo después de la cena, en la Enramada de los Portavoces?

Los líderes tribales asintieron y murmuraron palabras de conformidad. Auraya percibió el alivio que inundaba a Iriz.

—Hablaremos entonces —finalizó Sirri.

La multitud comenzó a dispersarse. Cuando Auraya echó a andar hacia su enramada, Sirri se unió a ella.

—Tengo la sensación de que podría dormir durante una semana entera —reconoció Sirri una vez que se alejaron del gentío—. No estoy acostumbrada a recorrer grandes distancias. Mi cargo me obligaba a quedarme aquí. —Hizo una pausa—. A pesar de todo, dudo que pueda pegar ojo.

—Yo tampoco dormiría bien si mi hijo estuviera al frente de los exploradores que siguen a los pentadrianos. Por otro lado, Sreil es un joven sensato. No correrá riesgos innecesarios.

Sirri dirigió una mirada ansiosa a Auraya.

—¿Crees que los pentadrianos se irán?

Auraya sacudió la cabeza.

—No estoy segura. Capté una conversación mental entre la líder y su superior. Este le indicó que se marcharan, pero le advirtió que sus órdenes podían cambiar. No me parece probable. Dudo que desencadenen otra guerra atacando a los siyís, aunque no descartaría por completo esa posibilidad.

Sirri suspiró.

—No me gusta la incertidumbre en la que viviremos los próximos días.

Auraya asintió.

—A mí tampoco.

—Cuanto antes contemos con sacerdotes, mejor.

—Sin duda.

Habían llegado frente a la enramada de Auraya.

—Por lo menos intenta descansar —le dijo Auraya a la líder siyí con afabilidad—, aunque tengas que escabullirte hacia algún escondrijo para gozar de paz.

Sirri rio entre dientes.

—Tal vez no me quede otro remedio. —Echó un vistazo alrededor. Había pocos siyís a la vista—. Sí, eso también es una buena idea. Nos vemos después de la cena.

Auraya sonrió mientras Sirri se alejaba con paso decidido, adentrándose en el bosque. Apartó la colgadura de la puerta de su enramada y entró. Cuando se dirigía hacia los asientos en el centro de la habitación, centró su mente en su anillo.

:Jur...

Algo cayó sobre su hombro. Ella dio un respingo y respiró aliviada cuando una vocecilla aguda le habló al oído a una distancia incómodamente corta.

—¡Ohuaya! ¡Ohuaya! ¡Ohuaya!

—Sí, Travesuras —dijo ella, quitándoselo de alrededor del cuello—. He vuelto, sana y salva. —Él se aferró a su brazo, con los bigotes temblando—. Y sí, me gustaría jugar contigo, pero ahora mismo debo comunicarme con Juran.

Cuando se sentó, el viz la soltó y se acurrucó en su regazo. Respirando hondo, ella buscó de nuevo la mente de Juran.

:¿Auraya? Ya me parecía que eras tú.

:Sí, acabo de llegar al Claro. —Juran había presenciado el encuentro telepáticamente—. Durante todo el trayecto de vuelta he pensado en lo que averigüé allí. ¿Dispones de tiempo para hablar de ello?

:Sí. ¿Qué has pensado?

:Esa mujer con la que hemos parlamentado cree que Nekaun, su superior, es el líder de los pentadrianos. Ya han elegido al sucesor de Kuar.

:Eso parece —convino Juran—. O los pentadrianos engendran a hechiceros poderosos a un ritmo aterrador, o han elegido a uno no tan poderoso para recuperar la confianza de su pueblo.

:Esto último me parece más probable. Esos pentadrianos fueron enviados a Si para entablar amistad con los siyís a fin de convencerlos de que renieguen del Círculo de los Dioses y rindan culto a sus cinco deidades. ¿Habrán enviado expediciones parecidas a otros países de Ithania con el mismo propósito?

:Es posible. Tendremos que permanecer atentos.

:Yo diría que tienen pocas posibilidades de éxito si estuviera segura de que las divinidades pentadrianas no existen. ¿Han descubierto algo más los dioses?

:No han hablado de ello. ¿Qué hay de Chaia? ¿Sigue «charlando» contigo?

:Sí. Sin embargo, no me ha explicado nada sobre esta cuestión.

:¿Le has hecho preguntas al respecto?

:Sí, pero posee una habilidad extraordinaria para hacer oídos sordos a las preguntas que no quiere responder.

:Te respondería si pudiera.

:¿Tú crees? A veces es un compañero desesperante.

:Te demuestra que gozas de su favor al honrarte con su presencia tan a menudo. Tiene un gran concepto de ti, Auraya. Disfruta la situación; quizá no dure para siempre.

Ella torció el gesto. ¿Estaba siendo desagradecida? No podía revelar la razón por la que las visitas de Chaia le resultaban tan... tan... No se le ocurría una palabra que describiera la mezcla de irritación y curiosidad que sentía.

«Es muy fácil para Juran decirme que disfrute las visitas de Chaia. Seguramente nunca ha tenido que soportar que una deidad le susurre seductoramente al oído —pensó. Entonces frunció el ceño—. ¿O sí? —

Sacudió la cabeza—. Céntrate en el asunto», se dijo.

:Me gustaría quedarme aquí hasta que estemos seguros de que los pentadrianos se han marchado de Si.

:Sí, es lo que debes hacer.

Ella suspiró aliviada. Tras la resistencia inicial de Juran a que ella acudiera en auxilio de los siyís, temía que le ordenara que regresara a Jarime.

:Volveré cuando se hayan ido.

Tras retirarse de la mente de Juran, se tomó un momento para rascar a Travesuras. A continuación, quería preguntarle a Danyin cómo le iba. Sin embargo, algo en la habitación había cambiado. En cuanto se percató de qué era, una voz habló en su mente.

:Danyin está ocupado —dijo Chaia—. Y, como dijiste ayer, el deber va antes que el placer. Ya has hecho suficiente por hoy... ¿O piensas trabajar sin descanso para toda la eternidad?

Auraya sonrió.

:No, a menos que vosotros así lo deseéis.

:Nunca ha sido esa mi intención. Nuestros elegidos deben pasarlo bien de vez en cuando. Si disfrutamos de nuestra compañía mutua, mejor.

Ella notó un toque de magia fugaz en el hombro. Un escalofrío le bajó por la espalda. Era imposible no pensar en el efecto que tendrían aquellas sensaciones si fueran más intensas, o si se trasladaran de su cuello a otras zonas...

:Basta con que me lo pidas para que te lo demuestre.

Ella recordó las palabras de Juran. «Gozas de su favor... Disfruta la situación; quizá no dure para siempre».

No era probable que se estuviera refiriendo a aquello.

:No, pero tiene razón respecto a una cosa: gozas de mi favor, más que nadie.

Un dedo invisible le tocó el labio y trazó lentamente una línea por su cuello y su pecho hasta su vientre..., antes de desvanecerse. Ella cayó en la cuenta de que se le había agitado la respiración.

«Un dios —pensó—. ¿Por qué no? ¿Me resisto solo porque no quiero atraer a otro amante inapropiado?».

:Inapropiado, no —la corrigió Chaia—. Poco corriente tal vez, pero no tienes por qué avergonzarte.

«No es como Leiard —se dijo ella—, pero aun así resultaría... complicado».

:No tanto como temes. No huiré de ti como hizo él, Auraya.

Al percibir su contacto en los hombros, ella cerró los ojos.

:Relégalo al pasado para que no sea más que un recuerdo grato, musitó Chaia.

Sus dedos invisibles se deslizaron por los lados de sus senos.

:Acompáñame a ese lugar situado entre el sueño y la vigilia...

Auraya sintió la boca de él contra la suya. Lo que al principio solo era un roce de magia se convirtió en algo más tangible conforme ella se sumía en el trance onírico.

:... e inicia una nueva etapa conmigo.

:Sí —susurró ella, extendiendo los brazos hacia la figura luminosa que tenía delante—. Muéstrame cómo sería.

Una oleada del placer más intenso que jamás había experimentado la recorrió.

Reivan bostezó mientras retiraba la silla del escritorio. La noche anterior había trasnochado para ayudar a Imenja a conseguir un acuerdo comercial, y ahora iba a empezar tarde sus tareas de la mañana. Arrastraba un dolor de cabeza pertinaz desde antes de acostarse, y el ulular incesante de la tormenta de arena que hacía días que duraba empezaba a irritarla.

Aunque su ascenso a Servidora había puesto fin a su formación, sus nuevas obligaciones ocupaban el tiempo que antes dedicaba a las clases. Imenja le había confiado más responsabilidades. Ahora, Reivan debía organizarle su horario. Esto implicaba entrevistarse con personas que solicitaban audiencia con la Voz Segunda y decidir si su propósito o su posición eran lo bastante importantes para concertar una reunión.

Le habían proporcionado una habitación cerca de la fachada del Santuario para que recibiera en ella a dichas personas. Tenía dos entradas: una pública y una privada. Esta última le permitía ir y venir sin que la abordara la gente que esperaba acceder desde el área pública.

Asimismo, le habían asignado un ayudante, el Servidor Kikarn. Era un hombre feo, tan flaco que parecía tener siempre una expresión severa, aunque ella empezaba a descubrir que poseía una inteligencia y un ingenio agudos. En cuanto Reivan se sentó, él depositó una lista especialmente larga sobre su mesa y ella reprimió un gruñido. «El pasillo debe de estar abarrotado hoy»,

pensó, divertida.

—¿Qué nos trae el viento esta mañana? —dijo.

Kikarn soltó una risita.

—De todo, desde polvo de oro hasta basura —respondió—. El mercader Ario desea sobornar..., es decir, hacerle un donativo sustancioso a la Voz Segunda.

—¿De cuánto?

—Lo suficiente para construir un templo nuevo.

—Impresionante. ¿Qué quiere a cambio?

—Nada, por supuesto.

Ella sonrió.

—Eso está por verse. ¿Qué más?

—Una mujer que fue criada de palacio en Kave asegura que a la esposa del Gran Cacique le ha dado por adorar a una deidad muerta. Dice que tiene pruebas.

—Debe de estar muy segura, o no acudiría a la Voz Segunda Imenja.

—A menos que ignore que las Voces poseen la facultad de leer la mente.

—Ya lo veremos. —Revisó la lista y se detuvo en un nombre conocido—. ¿El Pensador Kuerres?

—Ha venido a hablar con vos.

—¿Con Imenja no?

—No.

—¿Qué quiere?

—No lo dice, pero insiste en que es un asunto urgente. La vida de alguien podría depender de ello.

«Tenía que estar en juego la vida de alguien para que los Pensadores se dignaran dirigirme la palabra otra vez», pensó ella.

—¿Y los otros?

—No son tan importantes como los dos primeros.

—Me llevará un tiempo despacharlos. Que pase Kuerres. Que yo sepa, no acostumbra a exagerar o mentir. Lo más probable es que quieran saber qué he hecho con mis libros e instrumentos.

Kikarn inclinó la cabeza. Mientras se alejaba hacia la puerta, ella repasó

en su mente lo que sabía sobre Kuerres. Nunca se había mostrado desconsiderado con ella, pero tampoco le había hecho demasiado caso. Rebuscó en su memoria datos que pudieran serle de utilidad. Él tenía familia. Mantenía una colección de animales exóticos.

No logró acordarse de más detalles. Aunque reconoció al hombre de mediana edad que entró en la habitación, su actitud no era en absoluto como la recordaba. Él miró alrededor, nervioso, con la cara pálida, retorciéndose las manos.

—Pensador Kuerres —lo saludó ella—. Me alegro de volver a verte. Toma asiento.

—Servidora Reivan —dijo él, trazándose una estrella sobre el pecho. Tras echar un vistazo a Kikarn, se acercó y se dejó caer en la silla.

—¿Qué te trae al Santuario? —preguntó ella.

—Tengo... tengo que denunciar un crimen.

Ella se quedó callada. Había supuesto que la inquietud del hombre se debía a que estaba en el Santuario, hablando con personas importantes. Ahora empezó a preguntarse si Kuerres se había metido en algún lío.

—Continúa —lo animó.

Él respiró hondo.

—Ayer un mercader acudió a nosotros, los Pensadores. Era un comerciante rico que quería información y estaba dispuesto a pagar generosamente por ella. —Kuerres hizo una pausa y clavó los ojos en ella—. Nos pidió que lo ilustráramos sobre los elay.

—¿La gente del mar? Algunos Pensadores ni siquiera creen que existan.

—Así es. Le contamos todo cuanto sabíamos, pero no quedó satisfecho. Preguntó si alguno de nosotros era un experto en el cuidado de los animales salvajes, y yo le ofrecí mis servicios.

Reivan sonrió.

—Deja que adivine: había comprado una especie de criatura marina grande y extraña, y creía que podía ser el origen de la leyenda, ¿verdad?

Kuerres negó con un gesto.

—Más bien lo contrario. Accedí a ayudarlo. Tenía curiosidad. Me llevó a su casa. Lo que encontré allí fue... —se estremeció— una visión

sobrecogedora. Una niña enferma y asustada, pero muy distinta de cualquier otra niña que yo hubiera visto. Su piel era gruesa y negra. Estaba totalmente desprovista de pelo. Presentaba membranas entre los dedos de manos y pies.

—¿Pies? ¿No tenía cola de pez?

—No tenía cola de pez. Tampoco branquias. Pero resultaba evidente que era... un ser acuático. No me cabe la menor duda de que esa niña es una elay.

Reivan sintió un escalofrío a causa de la impresión, pero por costumbre evitó exteriorizarla. Los Pensadores no permitían que la emoción nublara su razón. Era demasiado fácil convencerse a uno mismo de algo si deseaba creer en ello con todas sus fuerzas.

—¿Explicó el mercader dónde la había encontrado?

—No. Se quejó de que le había costado una fortuna y hablaba de ella como si fuera un animal. —Meneó la cabeza con indignación—. No es un animal. Es humana. Al haberla comprado y mantenerla encerrada, él ha quebrantado nuestras leyes.

—Esclavizar a una inocente. —Asintió—. ¿Cómo se llama el comerciante?

Kuerres arrugó la nariz.

—Devlem Ruedero. Es genriano. Se cambió el nombre antes de la guerra.

Reivan movió la cabeza afirmativamente.

—He oído hablar de él. Más tarde informaré a la Voz Segunda sobre este asunto. Estoy segura de que enviará a alguien...

—¡Tenéis que hacer algo ya! —la interrumpió—. Estoy seguro de que él sospecha que lo denunciaré. ¡Es posible que se deshaga de ella... que la mate... antes de que llegéis allí!

Fijó en ella una mirada severa, visiblemente preocupado por la niña del mar. Reivan juntó las palmas de las manos, ensimismada.

Si el mercader consideraba a la niña un animal, alegraría que no había cometido delito alguno. Aun así, no correría el riesgo de que otros llegaran a la misma conclusión que Kuerres. La pena por esclavizar a una persona inocente era la esclavitud. «La matará o la trasladará a otro sitio, según la suma que haya pagado por ella. De cualquier manera, cuanto antes actuemos, más probable será que encontremos a la chica antes de que él le haga algo».

Sin embargo, abandonar el Santuario para rescatar a una niña no formaba parte de sus obligaciones, y ella carecía de la autoridad necesaria para registrar la finca del hombre. Necesitaba la ayuda de Imenja. ¿Era la cuestión lo bastante importante para interrumpir a la Voz Segunda?

«¿O simplemente tengo curiosidad por saber si la niña es una elay?

»Lo sea o no, la tienen encerrada como a un animal. Imenja querrá hacer algo al respecto».

Inspiró profundamente, se llevó la mano al colgante y cerró los ojos.

:¿Imenja?

Aguardó antes de llamarla de nuevo. Debido a su falta de habilidad en el uso de la magia, a menudo tenía que realizar varios intentos antes de conseguir que el colgante funcionara. Finalmente, obtuvo respuesta.

:¿Eres tú, Reivan?

:Sí, soy yo.

:Buenos días. ¿A qué se debe que me llames tan temprano?

:A la denuncia de un delito.

:Cuéntame.

Le refirió la declaración de Kuerres sobre la chica del mar.

:Qué horror. Debes liberar a esa chica. Si no está allí, tráeme al mercader y leeré el paradero de la prisionera en su mente.

:Así lo haré. Creo que tal vez necesitaré ayuda.

:Sí. Que te acompañe Kikarn. Comunícate conmigo en cuanto la encuentres.

:Entendido.

Cuando abrió los párpados, Reivan vio que Kuerres la miraba con fijeza. Tuvo que contenerse para no sonreír por su curiosidad.

—Nos encargaremos de esto de inmediato —le dijo. El Servidor Kikarn emitió un leve gruñido de protesta. Ella supuso que estaba pensando en las visitas que aún esperaban a que las recibiera—. Servidor Kikarn, dile a la criada dekkana que aguarde a mi regreso, pero informa a los demás de que ha surgido un asunto urgente e inesperado del que debo ocuparme y que los atenderé mañana por la mañana. Asegúrale a Ario que será el primero.

Él sonrió e inclinó la cabeza. Reivan se puso de pie, y Kuerres se levantó

de un salto.

—¿Quieres acompañarme? —preguntó ella.

Él titubeó.

—Debería regresar a casa —dijo, indeciso.

Reivan rodeó el escritorio.

—Entonces vete. Ya te enviaré noticias cuando volvamos. Mandaré a un mensajero normal, no a uno del Santuario.

Kuerres se mostró aliviado.

—Gracias, Reivan... Servidora Reivan.

Ella sonrió.

—Gracias a ti por traer esta información al Santuario, Pensador Kuerres. Eres un hombre compasivo, y espero que tu buena acción no tenga consecuencias negativas para ti.

—Hay personas que me apoyan —aseveró él. Se encaminó hacia la puerta, se detuvo y miró hacia atrás—. Del mismo modo que hay personas que os apoyan a vos.

Sorprendida, Reivan lo siguió con la vista mientras se alejaba, deseando ser más osada para preguntarle quiénes la respaldaban, pero consciente de que él no podía revelarle nada más.

Los informes continuos de Tyve sobre el terreno que tenía delante habían permitido a Mirar avanzar más deprisa que cuando había viajado a Si con Emerahl. El muchacho, que volaba en círculos por encima de su cabeza, le advertía de barrancos sin salida y lo guiaba hacia valles que podían cruzarse a pie con facilidad. Cada noche, Tyve se marchaba para visitar su aldea, y cada mañana regresaba, más preocupado que nunca. Otros miembros de su tribu habían caído enfermos. Un recién nacido había muerto, y después su madre, debilitada por un parto difícil. El estado de Vice empeoraba a ojos vistas. Con cada detalle que oía, Mirar se convencía más de que a los siyís los aquejaba una peste. Caminaba desde el alba hasta el anochecer, y solo se detenía para comer y beber, pues sabía que la situación en la aldea empeoraba hora tras hora.

Había visto muchas veces los efectos de la peste. Era bastante sencillo para un hechicero con conocimientos de sanación y fuerza mágica tratar lesiones, heridas y dolencias menores, pero cuando una enfermedad se propagaba rápidamente, el número de sanadores capaces de combatirla no tardaba en resultar insuficiente para atender a todas las víctimas, entre las que a veces se contaban ellos mismos.

«Y aquí en Si eres el único», añadió Leiard.

Mirar suspiró. «Ojalá hubiera impedido que los siyís salieran de la aldea y transmitieran la enfermedad».

Les había enviado este consejo por medio de Tyve, pero las noticias que el muchacho le había comunicado a su regreso eran alarmantes. Algunas familias ya habían huido a otras aldeas. Habían mandado mensajeros al Claro.

«Ya se han dejado llevar por el pánico —dijo Leiard—. Su miedo a enfermar te dará tanto trabajo como la enfermedad en sí».

Mirar no respondió. La cuesta rocosa por la que estaba bajando se había convertido en una escalera enorme y toscamente tallada que requería toda su atención. Saltaba de una roca plana a otra, y su cuerpo entero sufría una sacudida cada vez que sus pies se posaban en la piedra.

Los escalones perdían altura a medida que los árboles que lo rodeaban se hacían más grandes. Al poco rato, caminaba sobre un suelo blando, cubierto de hojas, entre los troncos de árboles gigantes. El aire estaba cargado de humedad. Un arroyo cercano discurría lentamente, se bifurcaba en brazos que más adelante volvían a juntarse y formaba charcas aquí y allá.

Era un paraje apacible en el que le habría resultado agradable acampar, a pesar del olor persistente a heces de animales. La zona debía de ser una vía de paso de la fauna del bosque. Al recordar el propósito de su viaje, apretó el paso de nuevo.

De pronto, oyó un silbido de alerta siyí y se detuvo.

Alzó la mirada y parpadeó sorprendido al ver que había plataformas construidas entre muchas de las ramas. Varios rostros que asomaban por el borde lo observaban, y él percibió una mezcla de miedo, esperanza y curiosidad.

Había llegado a la aldea.

Desde su derecha, un siyí descendió planeando para recibirlo. Era Tyve.

—Algunos han colgado cuerdas para que trepes por ellas —le dijo a Mirar—. Otros desconfían demasiado de ti. Cambiarán de parecer en cuanto se enteren de que has curado a algunos de nosotros.

Mirar asintió.

—¿Cuántos enfermos hay ya?

—No lo sé. Eran diez la última vez que los conté.

—Llévame a ver al que esté peor, y luego vete volando a visitar a todos los habitantes de la aldea para averiguar cuántos están enfermos o muestran los primeros síntomas.

—Sí. Eso haré. Sígueme.

Tyve avanzó unos centenares de pasos entre los árboles. Una cuerda pendía de una de las plataformas. Mirar ató el extremo a las asas de su bolsa.

—¿Quién vive ahí?

Tyve se contuvo y miró hacia arriba.

—El portavoz Vice, su esposa y su hermana.

«El anciano. —Pensó Mirar conteniendo un gesto de agobio—. Incluso entre los pisatierra, la devoracorazones se cobra la vida de los viejos y de los más jóvenes».

Se agarró a la cuerda y comenzó a escalar.

La plataforma estaba muy arriba. A medio camino, él bajó la vista preguntó qué ocurriría si resbalaba y se caía.

«Resultaría herido, seguro. Probablemente de gravedad. Probablemente hasta un punto que sería letal para los mortales».

Pero él no moriría. Su organismo sanaría por sí mismo, aunque de manera gradual.

«Tal como sucedió después de que me sacaran de debajo de los escombros de la Casa de los Tejedores en Jarime. Estaba hecho un saco de huesos rotos, medio vivo, medio muerto. —Mirar se estremeció—. Con la mente centrada exclusivamente en mantenerme con vida durante el tiempo suficiente para regenerarme, con unas partes del cuerpo descomponiéndose mientras otras sanaban...».

«Piensa en otra cosa», le sugirió Leiard.

Mirar respiró hondo y se concentró en el ascenso. Cuando llegó arriba, se aupó a la plataforma y se quedó tumbado boca arriba, jadeando. Una vez que hubo recuperado el aliento, se dio la vuelta y advirtió que tenía a dos ancianas siyís cerca.

«Padecen la enfermedad», observó Leiard.

Estaba en lo cierto. Tenían el rostro pálido y brillante de sudor, y los labios azulados. La enfermedad, a pesar de su nombre, en realidad atacaba a los pulmones. Conforme los corroía, a la víctima le costaba cada vez más respirar y se le debilitaba la sangre. En algunos lugares este mal era conocido como «Muerte Blanca».

Mirar se puso de pie. Sobre la plataforma se alzaba una enramada. Desde su posición elevada, él alcanzó a ver estructuras similares encima de casi todas las plataformas... y a numerosos siyís que lo miraban. Se volvió hacia las dos mujeres.

—Soy el tejedor de sueños Wilar. Intentaré ayudar al portavoz Vice, si os parece bien.

Tras intercambiar una mirada breve, ambas asintieron.

—Gracias por venir. Él está dentro —dijo una de ellas con voz ronca, antes de convulsionarse a causa de un ataque de tos.

Mirar movió la cabeza afirmativamente.

—Subiré mi bolsa de remedios y después entraré para ver qué puedo hacer por él.

Dio media vuelta y comenzó a tirar de la cuerda. Le dio la impresión de que tardaba horas en izar la bolsa. Tras desatarla, la llevó al interior de la enramada.

El portavoz yacía en una manta, en el centro de la habitación. Aunque Mirar nunca había visto al hombre antes, dudaba que lo hubiera reconocido de todos modos. La piel, blanquecina y cadavérica, se tensaba sobre sus huesos. Tenía los labios de color azul oscuro y respiraba de forma rápida y dolorosa.

«Está agonizando», murmuró Leiard.

«Es verdad —convino Mirar—. Pero si no lo salvo, ¿se fiarán de mí los

demás?».

«Tal vez, tal vez no. Será mejor que pongas manos a la obra».

Mirar abrió su bolsa y comenzó a hurgar dentro. Un golpe sordo procedente del exterior lo distrajo. Cuando levantó la mirada, vio a Tyve de pie en la entrada.

—Hay veinte enfermos, doce que se encuentran mal y el resto afirma sentirse bien —informó el muchacho.

Mirar asintió. «Ojalá Emerahl no se hubiera marchado. Su ayuda me vendría bien».

—Quédate por aquí —le indicó al chico—. Es posible que te necesite para... —Frunció el ceño y fijó los ojos en la esposa de Vice—. ¿De dónde sacáis el agua?

La mujer señaló un agujero pequeño en el suelo. A su lado había un cubo y un rollo de cuerda.

—La sacamos del arroyo que fluye debajo.

Mirar recordó el curso serpenteante del riachuelo y el hedor a heces.

—¿Dónde depositáis vuestros residuos corporales?

Ella señaló hacia abajo otra vez.

—La corriente se los lleva.

—No lo bastante deprisa —replicó él.

La mujer se encogió de hombros.

—Antes sí, pero un corrimiento de tierras río arriba desvió parte del agua.

—O despejáis el cauce, o tendréis que trasladar la aldea a otro sitio —dijo él—. Tyve, tráeme agua de algún sitio que esté más arriba, lejos de la aldea. No uses ningún recipiente que haya estado sumergido en el arroyo.

El muchacho hizo un gesto afirmativo y se alejó volando. Mirar percibió indignación en la mujer. Le sostuvo la mirada.

—Más vale estar seguros —le dijo.

Ella bajó los ojos y asintió. Mirar desvió la vista, se acercó a Vice y comenzó a trabajar.

La multitud que rodeaba a los dos sacerdotes estaba formada sobre todo por niños. Auraya leyó en las mentes de los pocos adultos presentes que ambos eran una fuente de entretenimiento para los chiquillos del Claro, aunque los adultos también prestaban atención, conscientes de que lo que aquellos pisatierra estaban enseñando influiría en el futuro de su pueblo.

Había cuatro siyís sentados detrás de los sacerdotes que escuchaban con atención. No solo tomaban nota de las historias y las lecciones, sino también de la forma en que ellos se expresaban. La mayor era una mujer de treinta y cinco años, y el más joven, un muchacho de quince. Todos albergaban esperanzas y la ambición de convertirse en sacerdotes.

Auraya se llenó de orgullo. Si aprendían bien y superaban las pruebas, sus sueños se harían realidad. Serían los primeros sacerdotes siyís.

Magen, el sacerdote que estaba hablando en ese momento, finalizó su relato y realizó el signo del círculo. Tras echar un vistazo a Auraya, anunció a los presentes que la clase había terminado. Esto provocó una oleada de desilusión en los niños, pero cuando se pusieron de pie y comenzaron a hablar con sus cuidadores sobre lo que harían a continuación, este sentimiento se disipó.

Auraya se dirigió al frente para saludar a los sacerdotes. Ellos le dedicaron el gesto formal del círculo con ambas manos, detalle en el que los

aprendices de sacerdotes se fijaron con curiosidad.

—Hoy teníais un público más nutrido —comentó ella.

Danien asintió.

—Así es. Creo que había unos niños nuevos de una tribu visitante.

—Entra —la apremió Magen—. ¿Has comido ya? Una mujer acaba de mandarnos varios guirris asados como agradecimiento por curarle el tobillo roto.

—No, no he comido —respondió Auraya—. ¿Habrá suficiente para todos?

Magen sonrió de oreja a oreja.

—Más que suficiente. Los siyís son de lo más generosos.

El sacerdote hizo una seña a los aprendices y los guio al interior de la gran enramada acondicionada para los pisatierra. Se sentaron en taburetes de madera en el centro de la habitación y se pasaron la comida unos a otros.

—Habéis aprendido la lengua siyí rápidamente —observó Auraya.

Danien asintió.

—Cuando conoces varios idiomas te resulta más fácil familiarizarte con uno nuevo. La lengua siyí no resulta tan difícil una vez que uno capta las semejanzas que tiene con los idiomas pisatierra.

—Nos ha ayudado un joven de aquí... Tryss —le explicó Magen.

—Ah, Tryss —dijo Auraya, moviendo afirmativamente la cabeza—. Un chico inteligente.

—Tus consejos sobre los tabús, las costumbres y los modales también nos han sido útiles —añadió Danien—. Estaba planteándome...

—¿Auraya la Blanca?

Todos se volvieron hacia la entrada. La portavoz Sirri estaba en el umbral, irradiando inquietud. A su lado se encontraba un joven siyí. Auraya leyó en su mente que traía malas noticias. Una enfermedad.

—Portavoz Sirri —dijo Magen, irguiéndose—. Bienvenida. ¿Queréis comer con nosotros tu acompañante y tú?

La portavoz vaciló por unos instantes antes de entrar.

—Sí. Gracias. Este es Rit, de la tribu del río del Norte. —El joven inclinaba la cabeza conforme le presentaban a los ocupantes de la enramada.

—Pasad y sentaos —les invitó Magen, poniéndose de pie para indicarles sus asientos.

Sirri no sonrió mientras se acomodaba.

—Rit ha venido al Claro en busca de auxilio —anunció—. Los miembros de su tribu han contraído una enfermedad de la que nunca habían oído hablar. Nuestros sanadores tampoco han sabido identificar este mal, así que hemos venido a preguntaros si lo conocéis.

—¿Puedes describirnoslo, Rit? —inquirió Auraya.

Se concentró en la mente del joven mientras este hablaba de la enfermedad que aquejaba a su familia y sus parientes, y sintió un escalofrío cuando reconoció los síntomas.

—Sé lo que es —lo interrumpió. El muchacho fijó los ojos en ella, esperanzado. Ella se volvió hacia Magen—. Devoracorazones.

—La Muerte Blanca —murmuró Magen con expresión sombría—. Surgen brotes entre los pisatierra de vez en cuando.

Sirri miró a Auraya.

—¿Tenéis un remedio para eso?

—Sí y no —contestó Auraya—. Hay tratamientos que alivian los síntomas, pero no hacen desaparecer la enfermedad. Es el organismo el que debe encargarse de eso. La sanación mágica da fuerzas al paciente, pero no puede acabar con su dolencia sin riesgo de dañar su cuerpo.

—Los bebés y los niños pequeños son los que están expuestos a un mayor peligro, al igual que los ancianos y los débiles —agregó Magen—. Los adultos sanos pasan unos días con fiebre y se recuperan poco a poco.

—No se están recuperando —lo cortó Rit—. Mi prima segunda murió anteayer. ¡Tenía veintidós años!

Todos se sumieron en silencio e intercambiaron miradas de consternación. Danien se volvió hacia Auraya.

—¿Es posible que la devoracorazones se haya vuelto más virulenta?

—Tal vez. En caso afirmativo, debemos extremar precauciones para que no se propague —advirtió ella—. ¿Ha salido alguien de la aldea aparte de ti? ¿La han visitado forasteros desde la aparición de la enfermedad?

Rit la miró con fijeza.

—¿Aparte de mí? Dos familias se marcharon cuando ya había algunos enfermos. Una se fue con la tribu del bosque del Norte. Los otros vinieron aquí. No hemos tenido visitas, al menos hasta el momento de mi partida.

«¡Había recién llegados entre los niños!», pensó Auraya de pronto. Un instante después, oyó que Magen inspiraba con brusquedad y supo que también había caído en la cuenta de este peligro. Miró a Sirri.

—Tenéis que encontrar a esa familia, aislarla de los demás y averiguar con quién han tenido trato desde su llegada, para aislar también a esos siyís.

—Puede que eso no les guste. ¿Qué hay de las tribus del río del Norte y del bosque del Norte?

—Enviad a alguien a la tribu del bosque del Norte para que averigüe si hay alguien enfermo. En cuanto a la tribu del río del Norte... —Auraya reflexionó. Sería mejor atenderlos en su aldea, pero ¿podía ella abandonar el Claro? ¿Y si los pentadrianos lanzaban un ataque? La noticia llegaría antes al Claro. Posó la vista en Danien y Magen. Ellos podían contactarla a través de sus anillos—. Yo iré a verlos —dijo—. Danien y Magen serán mi enlace contigo. Si hay algo que quieres que yo sepa, se lo dices, y ellos me lo transmitirán.

Sirri asintió.

—Así lo haré. ¿Cuándo partirás?

—Lo antes posible. Tal vez necesites que te ayude a explicar a las familias la razón de su aislamiento. Quiero reunir varios medicamentos. Tenéis algunos que me servirán.

Sirri se puso de pie.

—Dime cuáles son y enviaré a alguien a buscarlos. Ahora, sería conveniente que me acompañaras. Cuanto antes aislemos a esas familias, mejor. ¿Y qué hacemos con Rit?

Auraya contempló al muchacho.

—Es posible que tú también seas portador de la enfermedad —le dijo con delicadeza.

—Se contagia por contacto —aseveró Magen—. Y por la respiración. ¿Con quién has hablado desde que llegaste, Rit?

—Solo con la portavoz Sirri. No la he tocado.

—¿Tendré que aislarme yo también? —preguntó Sirri—. ¿Quién ocupará mi lugar al frente de la tribu?

Auraya caviló por un momento.

—Si tienes cuidado de no tocar a nadie... Magen puede crear un escudo mágico en torno a ti para evitar que tu aliento alcance a otros. Dentro de unos días, si no presentas síntomas, podemos concluir que no has contraído el mal. Esto también es aplicable a todos los demás. —Miró a los aprendices—. Si Rit padece la enfermedad, puede haberos infectado. Manteneos apartados de otros a menos que un sacerdote os envuelva en un escudo.

—¿Puedo volver con mi tribu? —inquirió Rit.

—No veo motivos para lo contrario —dijo Auraya—, siempre y cuando te quedes allí.

—Pero antes descansa y come algo —dijo Magen.

—Sí. —Auraya se levantó—. Más vale que empiece cuanto antes. —Tras despedirse de los sacerdotes con una inclinación de cabeza, salió de la enramada con Sirri a toda prisa.

Aunque Imi llevaba horas en la habitación, no sabía nada del lugar al que la habían trasladado. Había tenido la esperanza de que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, pero no había sido así. A juzgar por el modo en que se reflejaba el sonido, se trataba de una habitación tan grande como la bodega del barco de los saqueadores. El suelo era de piedra fría, pero ella aún no había reunido las fuerzas suficientes para averiguar si las paredes también lo eran.

Solo su intuición le decía que habían transcurrido horas. Era imposible medir el paso del tiempo allí. En su país, la gente consultaba relojes de lámpara a fin de saber la hora que era. En el depósito de aceite estaban marcadas todas las horas. También podían basarse en las mareas para calcular el tiempo. En todas las charcas de marea había marcas de tiempo talladas en la pared.

Le gruñeron las tripas. Se acordó de la bandeja de comida que el pisatierra amable le había llevado. La había dejado allí, y ella se había terminado su contenido poco a poco, a lo largo de las horas siguientes. El

agua salada le había aliviado las molestias de la piel. Ella había empezado a sentirse mejor.

Ahora solo disponía de un recipiente con agua de mar para rociarse. Lo tenía al lado, en la oscuridad.

«¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué estoy aquí?».

Pensó en la discusión entre el pisatierra amable y el pisatierra cruel. Sin duda este había sorprendido al amable cuando planeaba rescatarla y la había encerrado en otro sitio para que no se la llevara.

«Pero ¿por qué me retiene? ¿Quiere que trabaje para él, como el saqueador y los pescadores de campanillas de mar?».

Al recordar las campanillas, sintió una punzada de dolor. «Ojalá no vuelva a ver una campanilla marina en la vida —se dijo—. Las odio. No debería haber salido de la ciudad. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpida? —Se tendió boca arriba y parpadeó para contener las lágrimas—. Debería haber tenido en cuenta los peligros que había fuera de la ciudad. Ese es mi problema. No pienso antes de hacer las cosas.

»Ahora tengo tiempo de sobra para pensar. —Arrugó el entrecejo—. Tal vez hacerlo me sirva para salir de este aprieto. ¿Qué posibilidades hay de que mi padre o algún guerrero apuesto me encuentre? Él no sabe dónde estoy. Tampoco lo sabe el pisatierra amable. Debo dejar de esperar a que alguien me salve, y salvarme yo sola».

Suspiró. «Pero ¿qué puedo hacer? Ni siquiera sé dónde me encuentro. Lo único que sé es que estoy en una habitación en algún lado».

Quizá podría averiguar algo más si exploraba la estancia. Tal vez si hacía ruido, alguien acudiría a investigar qué sucedía.

Se incorporó despacio. Aún sentía un cansancio profundo. Tras ponerse de pie con un gran esfuerzo, avanzó tambaleándose. Le costaba mantener el equilibrio a oscuras, y se cayó varias veces. Finalmente, su mano extendida topó con una superficie dura.

Era piedra. Cuando, por medio del tacto, descubrió unos surcos, supuso que se trataba de juntas de argamasa entre ladrillos. Recorrió el perímetro de la habitación a tientas, buscando alguna diferencia en la superficie. Después de pasar por dos rincones, llegó a la puerta.

Era de madera. Palpó unas bisagras de metal en la parte interior. Respiró hondo y profirió un alarido que retumbó de forma ensordecedora en la habitación, mientras aporreaba la puerta con los puños.

Unos gritos más tarde tuvo que parar. La cabeza le daba vueltas y le dolían los brazos. Se desplomó contra la puerta.

El sonido de unos pasos que se acercaban le llegó del exterior.

Esto le dio nuevas esperanzas y la reanimó. Gritó con renovado entusiasmo. Se oían voces al otro lado de la puerta. Esta vibró mientras manipulaban la cerradura. Ella retrocedió cuando la puerta se abrió y aparecieron dos hombres.

Se le cayó el alma a los pies. Uno de ellos era su captor, y el otro, un desconocido. Cuando este la contempló con ojos inhumanos y codiciosos, todas las esperanzas de Imi se evaporaron. Le flaquearon las piernas. Hizo un gesto de dolor cuando sus rodillas chocaron con el suelo de piedra.

Los dos hombres hicieron caso omiso de ella y comenzaron a hablar en voz baja. Su captor señaló algo en el suelo, fuera de la habitación. El hombre codicioso se agachó para recogerlo.

Era un saco. Cuando el hombre se dirigió hacia Imi, ella refuló, pero estaba acorralada. Intentó resistirse, y él le propinó una bofetada, pronunciando unas palabras ininteligibles pero en un tono amenazador que ella entendió. Después de meterla en el saco, el hombre cargó con ella. Imi notó que la llevaba hacia arriba, y luego vislumbró el sol a través de la tela. La metieron de nuevo en un lugar oscuro, y el suelo comenzó a moverse.

Mareada de debilidad, escuchó los sonidos extraños que la rodeaban. Cada vez eran más numerosos y fuertes. Las voces la apabullaban. El terror se apoderó de ella. Estaba en medio de una multitud de pisatierra. Le resultaba demasiado fácil imaginar que todos eran como los saqueadores y su captor, codiciosos y despiadados.

«El pisatierra amable era diferente —se recordó a sí misma—. Debe de haber otros como él ahí fuera. Tal vez en esta muchedumbre». ¿Y si pedía ayuda a gritos? ¿Y si conseguía salir del saco y del vehículo?

Al forcejear contra el saco, notó que su pierna tocaba algo. Ese algo retrocedió y luego le golpeó la pantorrilla. Ella soltó un jadeo de dolor. Una

voz airada masculló un insulto.

Si gritaba, él le haría daño de nuevo, pero tal vez valía la pena. Hizo acopio de fuerzas para intentarlo, pero se detuvo cuando notó que el suelo dejaba de moverse.

Otra voz sonó cerca. Su dueño y el hombre codicioso entablaron una conversación animada. Unas manos la agarraron y la levantaron. Imi reconoció el olor del mar y al mismo tiempo oyó los chirridos y chapoteos característicos de un barco.

La izaron, luego la bajaron y la depositaron sobre un suelo duro. Permaneció inmóvil, consciente del balanceo que le era tan familiar. Le provocaba mareo. Por encima de ella, sonaban gritos. La gente siempre gritaba en los barcos. Oyó unos pasos que se aproximaban. Alguien movió el saco y lo abrió. Ella pugnó por liberarse, ansiosa por respirar el aire fresco.

Cuando alzó la vista, se quedó helada.

En vez del hombre codicioso, tenía delante a dos mujeres. Ambas llevaban vestimentas negras de varias capas y colgantes plateados. Le sonreían.

—Hola, Imi —dijo la mayor—. Ahora estás a salvo.

Imi la contempló atónita. «¿Ha dicho mi nombre? ¿Cómo sabe cómo me llamo? ¿Y cómo es posible que hable elay?».

La mujer se inclinó hacia delante con la mano tendida.

—Ya nadie te hará daño. Ven con nosotras y te ayudaremos.

Imi notó que le asomaban las lágrimas a los ojos. Por fin habían llegado sus rescatadoras. No eran en absoluto como había imaginado. Ninguna de ellas era su padre o un guerrero poderoso..., ni siquiera el pisatierra amable. Solo eran dos mujeres.

Pero se alegraba de todos modos.

Todos los colores resultaban visibles en el cielo. Por encima del horizonte era de un amarillo claro. Un poco más arriba, adquiría un ligero tono rosáceo. Más arriba aún, surgían colores inesperados: verdes que se hacían más intensos y se convertían en azules que daban paso a un añil oscuro que se extendía en lo alto hasta fundirse con el negro y estrellado firmamento nocturno.

«En teoría, una puesta de sol hermosa es señal de buen tiempo —pensó Emerahl—. Espero que así sea, o me tocará pasar otro mal rato».

La tormenta que había soportado durante los últimos días era una de aquellas que hacían zozobrar los barcos. Cuando había amainado ligeramente, ella había buscado la escalera y la había encontrado. Era estrecha, empinada y enorme. Mientras descendía por ella, se había preguntado si encontraría a alguien en la cueva de la que Gherid le había hablado. Quizá a una víctima de la tempestad. Quizá al mismísimo Gaviota.

La cueva estaba vacía. El temporal había arreciado de nuevo, pero no había acudido nadie para guarecerse en ella, ni tampoco el Gaviota. La tormenta obligaba a Emerahl a quedarse allí, pero no le importaba; no tenía prisa. El interior de la cueva no era cómodo, ni siquiera para alguien acostumbrado a la pobreza, pero al menos estaba seco. Ella imaginó al Gaviota allí dentro. Imaginó que percibía su olor —una mezcla de sudor,

agua salada y pescado— en los toscos muebles hechos con madera y velas arrastradas hasta la costa por las olas.

Nada menos que el Gaviota. Inmortal. Misterioso. Un indómito, como ella.

Cabía la posibilidad de que, consciente de que su refugio había sido invadido, hubiera decidido mantenerse alejado. Emerahl estaba tentada de esperar un poco más por si aparecía. En la cueva había una reserva de alimentos secos, y ella podía pescar.

Pero no quería tocar las reservas. Gherid le había explicado que el lugar era un albergue para las personas que el Gaviota salvaba. Ella no era una superviviente de un naufragio, por lo que no se sentía con derecho a consumir las provisiones que se guardaban allí.

«No, es hora de que prosiga mi camino —pensó—. De todos modos, las probabilidades de que él se presente mientras yo esté aquí son muy bajas. Haré lo que había planeado: dejar un mensaje y marcharme».

Meditó sobre el contenido del mensaje. Como no se le daban muy bien los acertijos, pero se resistía a escribir algo muy concreto —aunque fuera en una lengua antigua y muerta—, había optado por recurrir a un simbolismo que esperaba que el Gaviota comprendiera. Había juntado una madeja de la hierba blanca y filamentosa conocida como «cabello de vieja» y había tejido un cordel con ella. Le había atado la caracola con marcas en forma de media luna. Tras hacer un lazo con el cordel, lo había colgado en la pared del fondo de la cueva.

La cuerda era su manera de decirle al Gaviota «soy la Arpía», y el caparazón indicaba la fase en que estaría la luna cuando ella regresara. En algunos momentos, le parecía demasiado obvio. En otros, le preocupaba que él no lo entendiera. O que ni siquiera lo encontrara.

Ahora el cielo era negro en su totalidad salvo por un brillo cálido en el horizonte. Ella cruzó los brazos y se apoyó en un lado de la entrada a la cueva.

Se le habían ocurrido muchas cosas mientras estaba allí. Para empezar, ni la mente de Gherid ni las de otros que habían conocido al Gaviota estaban protegidas. Cualquiera que fuera capaz de leerles el pensamiento se enteraría

de que el Gaviota aún existía. Eso significaba que los dioses sabían que estaba vivo. Así pues, ¿por qué no lo habían matado?

«Tal vez porque no es fácil de encontrar —pensó—. Los dioses solo pueden actuar a través de humanos que se presten a ello. Si él es capaz de eludir a sus servidores humanos, es capaz de eludir a los dioses.

»O tal vez han decidido que no representa un peligro para ellos. Quizá incluso lo vean con buenos ojos, ya que salva vidas de circulianos y nunca ha animado a los mortales a adorarlo».

Frunció el ceño. «¿Es distinto de mí en ese sentido? Yo sano a la gente. No constituyo una amenaza real para las deidades. Nunca he deseado que me adoren. Quizá mi temor hacia ellos sea infundado. Quizá me dejarían con vida aunque supieran mi paradero.

»De ser así, ¿por qué comenzaron a perseguirme los sacerdotes cuando descubrieron que una hechicera sospechosamente longeva vivía en el faro? ¿Por qué otorgaron los dioses la facultad de leer mentes a un sacerdote para que me encontrara con más facilidad?».

Tal vez no tenían la intención de matarla, sino solo de interrogarla.

«No es probable. —Soltó un resoplido suave—. Las divinidades detestan a los inmortales. Siempre los han detestado». Lo que le recordó otra cuestión a la que había estado dando vueltas. Una pregunta que se había hecho muchas veces en el pasado.

«¿Por qué nos odian los dioses? No tienen nada que temer de nosotros. No podemos hacerles daño. Podríamos conspirar en contra de ellos, pero nuestros esfuerzos rara vez han rendido fruto. ¿O es que a lo mejor tienen motivos para temernos? —Sacudió la cabeza. Era fácil ver más motivos tras la animadversión de los dioses hacia los inmortales de los que había en realidad—. Nos matan porque quieren un control absoluto sobre los mortales. Quieren que sus adoradores acudan a los sacerdotes para que los curen, no a los tejedores de sueños o a mí».

Una claridad tenue despuntaba en una zona distinta del horizonte. Ella dejó a un lado los pensamientos sobre los dioses y contempló la salida de la media luna. Una vez que esta había emergido y flotaba por encima del mar, Emerahl miró en torno a sí. Había luz suficiente para navegar. Recogió su

morral, echó una última ojeada a la cueva y emprendió el ascenso por la escalera hacia lo alto de la Columna.

Era estrecha, y en las partes no iluminadas por la luna, la oscuridad ocultaba todos los detalles, lo que la obligó a crear una luz pequeña. La superficie cubierta de hierba de la cima le pareció mucho más reducida ahora que no estaba velada por la lluvia. Comprobó aliviada que el bote seguía allí. Las cuerdas lo habían mantenido bien sujeto, a pesar de la tormenta. Ella las desató, extrajo las estacas y arrastró la barca hacia un lado de la Columna. Tras subir a bordo, respiró hondo varias veces y despejó su mente.

Tras absorber magia del mundo que la rodeaba, elevó la embarcación en el aire, la desplazó por encima del borde del acantilado y la hizo descender despacio hasta el agua.

En cuanto notó que el mar acariciaba el casco de la barca, la soltó. De inmediato, la corriente empezó a alejarla de la costa. Mientras observaba que la Columna empequeñecía, pensó en el mensaje que había dejado y se preguntó si el Gaviota lo creería.

«Y, si lo cree, ¿responderá a él?».

Meeran, presidente del Consejo de Somrey, inspiró profundamente y exhaló despacio. Las reuniones del Consejo lo dejaban agotado últimamente. No le gustaban estas señales de una vejez que se le venía encima, por lo que siempre se obligaba a charlar con quienes se quedaban después.

La fachada del majestuoso y antiguo edificio del Consejo estaba orientada hacia el puerto de Arbim. Los altos ventanales ofrecían una vista espectacular de la ciudad y la bahía. Luces diminutas se deslizaban sobre el agua, y cada grupo de ellas indicaba la posición de un barco. Dos figuras se encontraban de pie frente a uno de los ventanales, hablando en voz baja.

Meeran pestañeó, sorprendido. Una prenda circular blanca colgaba de los hombros de una de las figuras. La otra llevaba ropa más modesta: un chaleco de piel sobre un jubón tejido sin adornos. Meeran entornó los párpados. No era habitual que la representante de los tejedores y el representante circuliano del Consejo se dejaran ver en público el uno en compañía del otro. Por lo

general, cada encuentro entre los dos acababa requiriendo una intervención rápida por parte de Meeran. En esta ocasión, sin embargo, parecían estar manteniendo una conversación amistosa.

Las apariencias solían ser engañosas, y las situaciones podían cambiar de un momento a otro. Meeran decidió que lo más prudente sería investigar. Nadie lo abordó mientras atravesaba la sala. Su sospecha de que la causa era que los demás habían reparado en la presencia de la pareja frente al ventanal se vio confirmada cuando el representante Timbler captó su atención y le dedicó una sonrisa comprensiva.

Cuando Meeran se hallaba cerca del ventanal, Arlij se volvió hacia él y esbozó una sonrisa torcida.

—Estábamos hablando de nuestros nuevos vecinos, presidente —dijo.

Al echar un vistazo por la ventana, él vio el objeto de su interés. Una nave grande estaba amarrada al muelle. Tanto el casco como las velas eran negros. Unas figuras minúsculas desembarcaban con voluminosas cargas a cuestas.

—Son unos necios si creen que podrán convertir a los somreyanos tan poco tiempo después de la guerra —murmuró el sacerdote superior Halid.

Meeran posó los ojos en el anciano.

—¿Creéis que los pentadrianos han venido para eso?

—¿Para qué si no? —repuso Halid con hosquedad.

—Claro que han venido para eso. —Arlij dirigió a Halid una mirada burlona—. Están convencidos de que sus dioses son los únicos verdaderos. Ya sabemos lo exaltados que pueden ser quienes profesan creencias así.

Halid alzó la barbilla.

—Fracasarán —aseveró—. Nuestros dioses son reales; los suyos, no. Tienen que ser más persuasivos o astutos para convencer a otros de que se unan a ellos. Mientras lo intenten, ocasionarán muchos problemas.

Arlij emitió un gruñido de incredulidad.

—¿Acaso no estáis de acuerdo? —preguntó el sacerdote.

—Estoy de acuerdo en que provocarán conflictos aquí —respondió ella—. Pero me pregunto cómo podéis estar tan seguro de que sus dioses no son reales.

—Porque los miembros del Círculo nos han dicho que ellos son los

únicos.

Arlíj arqueó las cejas.

—Los únicos que sobrevivieron a la Guerra de los Dioses, para ser más exactos. Es posible que hayan surgido deidades pentadrianas después.

—El Círculo se habría enterado.

—Tal vez no.

Meeran levantó las manos en un gesto pacificador, aunque la conversación no parecía estar derivando hacia una disputa enconada.

—Podríamos pasarnos toda la noche discutiendo sobre esto. Me interesa más saber qué consecuencias creéis que tendrá la decisión del Consejo de permitirles que se establezcan aquí.

Halid bajó la vista hacia el barco y frunció el entrecejo.

—Problemas, como ya he dicho. Primero los dejamos entrar en nuestro país, ¿y luego qué? ¿Les ofrecemos un puesto en el Consejo?

Arlíj sonrió.

—Si reúnen a suficientes seguidores para convertirse en una religión legítima, no podemos negarles un puesto. Nuestras leyes y tradiciones así lo dictan.

—Tal vez vaya siendo hora de cambiar esas leyes —dijo Halid en tono amenazador—. O de aumentar el número mínimo de fieles exigido.

Una sombra cruzó el rostro de Arlíj. «Le preocupa que el odio hacia los pentadrianos convenza a los somreyanos de que apoyen esta medida —comprendió Meeran—. Los tejedores de sueños son poco numerosos comparados con la cantidad de pentadrianos que podrían llegar a venir. Una ley como esa le arrebataría a Arlíj su puesto en el Consejo pero no impediría que los pentadrianos acumularan poder».

—La gente nunca daría su aprobación a eso, por mucho que los asusten nuestros visitantes —declaró Meeran.

—De modo que tendremos que aguantar su presencia aquí —farfulló Halid.

—No necesariamente —dijo Arlíj por lo bajo—. Basta con que cometan un solo acto de agresión para que podamos expulsarlos. Y nos corresponde a nosotros decidir qué constituye un acto de agresión.

Halid la miró con un respeto teñido de envidia. Ella le dirigió una sonrisa. Meeran desplazó la vista de uno a otro y sacudió la cabeza. El ingenio de ambos se había afinado tras años de enfrentamientos entre ellos. La idea de lo que podrían llegar a hacer si se unían resultaba más que un poco inquietante.

—Ellos aseguran que han venido en son de paz —les recordó Meeran—. Por muy poco creíble que sea esa afirmación, considero que al menos deberíamos darles la oportunidad de demostrarla.

Los dos representantes lo miraron, y aunque su expresión mostraba su disconformidad a las claras, ambos asintieron.

Auraya advirtió que ya había nieve en las montañas del norte. Las pequeñas zonas nevadas reflejaban la luz de la luna, lo que daba a los picos un aspecto moteado. Pronto esas zonas crecerían y se juntarían unas con otras hasta que las montañas quedaran cubiertas con un manto blanco.

Ella frunció el ceño al pensar en los efectos que un invierno temprano y crudo tendría sobre los siyís si estaban debilitados por la devoracorazon.

«No será tan terrible si logro evitar que la enfermedad se propague», se dijo.

Pero eso no siempre resultaba sencillo. Aunque los sacerdotes sanadores tenían algunos conocimientos sobre las pestes, la gente de a pie veía la transmisión de dichas enfermedades con miedo y superstición. Ella había descubierto ese día que los siyís no eran diferentes en ese sentido.

La familia que pertenecía a la tribu del río del Norte se había negado a marcharse del Claro, pese a que le habían ofrecido enramadas en un lugar cercano y garantías de que solo tendrían que permanecer aislados hasta que todo el mundo quedara convencido de que no estaban enfermos. Cuando Sirri les había ordenado que se fueran, ellos habían obedecido, aunque con resentimiento.

Los siyís que vivían en torno al Claro habían reaccionado a la situación de formas dispares. Algunos tenían miedo, y Auraya sospechaba que Sirri pasaría muchos apuros para disuadirlos de que se marcharan. Otros creían que la familia del río del Norte estaba recibiendo un trato injusto, y

manifestaban su descontento sin tapujos.

Por fortuna, ninguno de los visitantes mostraba indicios de padecer el mal. En cambio, el mensajero estaba cansándose más de lo normal durante el viaje de vuelta a la aldea de la tribu del río del Norte. Auraya dirigió la vista hacia Rit con aire pensativo.

«Debe de haber salido de la enramada de los sacerdotes no mucho después que yo —recordó—. Percibo que tiene hambre. Quizá no ha comido mucho y no ha descansado. Tal vez su único problema sea la fatiga».

Aunque él había partido unas horas antes que Auraya, a ella no le había costado mucho alcanzarlo. Ahora se debatía entre adelantarse y permanecer volando a su lado. ¿Y si su estado se agravaba de forma repentina? ¿Y si se desmayaba y se precipitaba hacia su muerte?

¿Y si solo estaba cansado y ella llegaba demasiado tarde para salvar a un miembro de la tribu?

Era una decisión imposible. Se lamentó de no saber qué ocurría en la aldea, si alguien sufriría a causa del retraso.

Tal vez había una manera de averiguarlo. Había alguien a quien podía preguntárselo. Quizá no respondería a sus preguntas, o ni siquiera a su llamada, pero no le quedaba más remedio que intentarlo.

:Chaia.

Aguardó unos instantes antes de llamarlo de nuevo. Como sus sentidos no detectaron ninguna presencia familiar, ella suspiró y caviló sobre su dilema. Quizá debía repasar lo que sí sabía respecto a la situación en que se encontraba. «Lo único que sé es que un agotamiento peligroso se ha apoderado de Rit». Por tanto, debía basar su decisión en este dato.

«Me quedaré con él, por si acaso, al menos hasta que sepa algo más. Aún cabe la posibilidad de que Chaia se presente».

Un escalofrío le bajó por la espalda ante la idea de volver a estar en presencia del dios. Muchas cosas habían cambiado en los últimos días.

«Ya no echo de menos a Leiard —pensó, sonriendo—. Chaia tenía razón sobre eso».

Nunca antes había sentido un placer semejante. Sus experiencias con Chaia eran como las conexiones en sueños, pero mucho más complejas. Las

conexiones en sueños se fundamentaban en los recuerdos de goce físico. Los ratos que había pasado con Chaia habían sido momentos de descubrimiento y de un éxtasis que jamás había experimentado. Aunque el contacto del dios solo podía ser de naturaleza mágica, esto cambiaba cuando la mente y la voluntad de ambos se fusionaban. La magia se transformaba en sensación. Él podía responder a su deseo más nimio y al mismo tiempo estimularla de maneras que no imaginaba que fueran posibles.

Había temido que el mundo le pareciera anodino en comparación con sus encuentros con Chaia, pero, por el contrario, era como si sus sentidos se hubieran aguzado. Todos los objetos le parecían fascinantes; todos los seres vivos, hermosos y vibrantes.

Por fortuna, este efecto se atenuó. Ella no quería que la belleza de un insecto la distrajera mientras intentaba tratar asuntos importantes con los siyís. Verlos con sus sentidos avivados no había hecho más que reforzar su deseo de protegerlos.

No obstante, también había cobrado mayor conciencia de los aspectos que la diferenciaban de los siyís. Ella era alta y carecía de alas; ellos eran mortales. Percibir esas diferencias con tanta claridad la entristecía. ¿Era inevitable que, al intimar con un dios, se distanciara de los mortales? Este pensamiento le resultaba perturbador.

«Pero es agradable volver a esperar la noche con ilusión —pensó—. Y no tiene mucho sentido que me desasosiegue por eso ahora mismo». Sonriendo para sí, dejó a un lado todas sus preocupaciones y se sumió en fantasías sobre su siguiente encuentro con Chaia.

—¡Soy genriano! —gritó Devlem Ruedero—. ¡No podéis hacerme esto!

—Puede que seas genriano —repuso Reivan con serenidad—, pero mientras vivas en Avven tendrás que respetar nuestras leyes. Has residido aquí durante el tiempo suficiente para saber que está prohibido esclavizar a alguien que no sea un delincuente.

—Pero si no es humana —insistió él—. Es un animal, una criatura del mar. Es evidente; basta con verla.

Ella clavó la vista en él.

—Basta con hablar con ella para saber que es humana. Y a juzgar por lo que nos ha contado —sacudió la cabeza con tristeza—, es a ti a quien yo describiría como inhumano.

El hombre profirió un alarido de rabia. Se abalanzó hacia delante. Reivan se encogió de forma instintiva, y las manos extendidas hacia ella no llegaron a tocarla. Chocaron con una barrera invisible.

Magia. Reivan se volvió hacia el Servidor Kikarn. La expresión de desaprobación de él se suavizó cuando se miraron a los ojos. La comisura de sus labios se curvó hacia arriba. En cuanto se recuperó de la sorpresa, ella inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—¡No podéis convertirme en esclavo! —bramó Devlem—. ¡Mi familia tiene contactos en las casas nobles de Genria!

—Que venga el Servidor Grenara —ordenó Reivan.

Pese a su baja estatura, el porte y los ademanes del capataz de los esclavos del Santuario denotaban que era un hombre acostumbrado a hacerse obedecer. Tras saludar a Reivan con la señal de la estrella, centró su atención en Devlem y examinó al mercader con los ojos entornados.

—Ven conmigo, Devlem Ruedero.

Devlem lo fulminó con la mirada.

—Si crees que voy a seguirte como un arem sin voluntad propia, estás... estás...

El hombre se encogió de hombros.

—Tú mismo. Algunos lo aceptan con dignidad; a otros hay que atarlos y llevarlos a rastras.

Al oír las palabras «a rastras», la mirada furiosa de Devlem perdió parte de su fuerza. Retrocedió un paso para apartarse del capataz, enderezó la espalda y salió de la habitación con paso decidido. Grenara salió tras él.

Una vez que la puerta se cerró, Reivan exhaló un largo suspiro.

—Gracias, Servidor Kikarn —dijo.

Él la miró con perplejidad fingida.

—¿Por qué, Servidora Reivan?

Ella sonrió. «Al parecer, he conseguido un aliado aquí».

—Hemos trabajado más que suficiente por hoy. Nos vemos mañana por la mañana.

Kikarn inclinó la cabeza y realizó el gesto de la estrella. Ella salió por la segunda puerta mientras él se quedaba para ordenar la habitación.

Los pasillos del Santuario Bajo estaban prácticamente desiertos. Casi todos los Servidores se habían recogido ya. Aunque Reivan anhelaba descansar, no se encaminó hacia sus aposentos.

Tras recorrer varios pasillos y subir varias escaleras, llegó al Santuario Alto. El camino hacia el patio principal estaba iluminado por antorchas. Cuando salió al aire nocturno, Reivan se detuvo por un momento para contemplar lo que tenía delante. En el centro del patio, donde una fuente refrescaba el ambiente durante el día, ahora se alzaba una tienda de campaña grande. Dentro, unas lámparas proyectaban sombras de una mujer y una niña

sobre las paredes de tela. Las voces del interior articulaban palabras extrañas, agudas, incomprensibles. Reivan se acercó a la entrada de la tienda.

—¿Puedo pasar? —dijo en voz muy alta.

—Sí —respondió Imenja—. Estábamos hablando del hogar de Imi. Da toda la impresión de ser un lugar fascinante.

Reivan apartó la cortina de la puerta y entró. La joven elay se encontraba acodada en la fuente, que ahora estaba llena de agua marina que los esclavos habían subido hasta allí. Su piel parecía aún más oscura a la luz de las lámparas. Al recordar los dibujos de la gente del mar que había visto en los libros de los Pensadores, le asombró la cantidad de errores que contenían. La muchacha no tenía cola de pez ni largas cabelleras. Estaba totalmente desprovista de pelo y contaba con un par de piernas normales.

«Casi normales», rectificó Reivan. Las manos y los pies de Imi eran desproporcionadamente grandes, y entre los dedos se extendía una membrana gruesa. Presentaba otras deformaciones que parecían indicar más diferencias. Era ancha de pecho para tratarse de una niña. A Reivan no le habría sorprendido descubrir que los elay tenían pulmones mucho más grandes que los humanos normales.

Los autores de ilustraciones tan imaginativas se habrían llevado una desilusión si hubieran visto a Imi. En general, las deformaciones y la falta de pelo no contribuían al atractivo de su raza. Ni siquiera el bonito sayo que llevaba disimulaba su fealdad. Cuando la chica sonrió, dejando al descubierto unos dientes blancos y ligeramente puntiagudos, Reivan tuvo que contener un estremecimiento.

—Reivan —dijo Imi, pronunciando despacio.

—Imi —respondió Reivan—. ¿Cómo te encuentras?

Imenja tradujo sus palabras. La niña echó un vistazo a su piel descamada y una expresión afligida empañó su mirada cuando contestó.

—Se siente más fuerte —le dijo Imenja a Reivan—. Ha vivido experiencias muy duras. Primero la capturaron unos pescadores, y luego unos piratas que la obligaron a trabajar para ellos. Después, la vendieron al mercader... ¿Te has encargado ya de él?

—Sí. Alega que ella es un animal y que por tanto no estaba infringiendo

la ley. El capataz se lo ha llevado.

—Bien. La estupidez no justifica la crueldad. Ninguno de sus captores intentó hablar con ella. Solo le daban de comer pescado crudo y dejaban que se deshidratara. Los elay...

Imi dijo algo. Sonriendo, Imenja intercambió unas frases con ella antes de volverse de nuevo hacia Reivan.

—Los elay necesitan pasar un rato sumergidos en agua salada todos los días. Se sustentan de alimentos variados, como nosotros, no solo de productos del mar. —Hizo una pausa—. Jamás adivinarías quién es.

Reivan soltó una risita.

—No, dudo que lo adivinara.

Imenja posó los ojos en Imi.

—Es la hija del rey de los elay.

Sorprendida, Reivan bajó la vista hacia la muchacha, que sonrió con aire inseguro.

—¿Cómo acabó en manos de humanos?

—Se escabulló de su niñera a fin de ir en busca de un regalo para su padre.

—¿Sabe él que fue hecha prisionera?

—Tal vez, tal vez no. Lo que es seguro es que no será el único elay que celebre su regreso.

—A menos que sus enemigos tramaran su secuestro.

Imenja arrugó el entrecejo.

—Es posible.

—Ten cuidado cuando la devuelvas.

—¿Yo? —Imenja arqueó las cejas—. ¿Qué te hace pensar que yo la llevaré a su hogar?

—Es hija de un rey. La compró alguien que vive en nuestro país. Si regresa y relata lo ocurrido, nos culparán en parte de sus penalidades a menos que presentemos disculpas de forma oficial. Además —añadió Reivan, sonriente—, como los elay no se vieron envueltos en la guerra, no albergan un resentimiento que te impida hablarles de los Cinco.

Imenja contempló a Reivan con asombro y aprobación.

—Tienes razón. —Se volvió hacia Imi y sonrió—. Yo misma debo llevarla de vuelta a su hogar. Y tú vendrás conmigo. Tendré que persuadir a Nekaun, por supuesto, pero la posibilidad de ganar un aliado seguramente lo convencerá. Si todo sale bien, nadie se atreverá a protestar cuando te nombre mi Acompañante.

Imi le sostuvo la mirada a Imenja. Y formuló una pregunta con sus extrañas palabras. La respuesta de Imenja hizo que una sonrisa de alivio asomara a su rostro.

—Está cansada —declaró Imenja—. Deberíamos dejarla descansar. —Tras despedirse de la niña, se levantó y salió de la tienda, seguida por Reivan—. Ahora hablaré con Nekaun. Más vale que tú te vayas a dormir. Si él me da su visto bueno, tendrás que organizarnos un viaje por mar en la mañana.

—¡Más trabajo! —gruñó Reivan, fingiendo que esto la agobiaba. La Voz Segunda soltó una carcajada y la apremió para que se fuera. Risueña, Reivan echó a andar hacia sus aposentos.

«Voy a conocer el país de los elay —pensó sin poder evitarlo—. ¡Qué envidia me tendrán los Pensadores!».

Mirar respiró hondo y saltó desde la plataforma. Por un instante, se precipitó en el vacío, hasta que notó que la cuerda en torno a su pecho y espalda se tensaba y aguantaba su peso. La soga más gruesa a la que estaba sujeta su correa se curvó y lo hizo botar arriba y abajo. Cuando dejó de moverse, comenzó a trepar por ella.

La idea de tender cuerdas entre las plataformas se le había ocurrido a Tyve. La impaciencia del muchacho ante el tiempo que tardaba Mirar en descender de una plataforma y escalar a otra lo había llevado a barajar varias posibilidades para transportar con rapidez a un pisatierra entre los árboles. Su primera idea consistía en que varios siyís volaran de una plataforma a otra llevando a Mirar en una red, pero había comprendido lo inviable que era al descubrir cuánto pesaba el tejedor de sueños.

El joven estaba decidido a encontrar una manera. Murmuraba de forma incesante frases como «Tryss sabría cómo» y «¿qué haría Tryss?». Al

parecer, Tryss —el siyí que había inventado el arnés para cazar— era el héroe y la fuente de inspiración de Tyve.

Ahora habían colgado cuerdas entre casi todos los árboles. Su elaboración había mantenido ocupados a los siyís más sanos, que estaban confinados en sus plataformas. Tyve era el único al que Mirar permitía ir de un lado a otro, con instrucciones estrictas de no tocar ni acercarse demasiado a nadie, lo que lo pondría en peligro de respirar el aire infectado que ellos exhalaban.

Aunque tampoco habría supuesto una gran diferencia. La mayoría de los siyís ya se había contagiado.

Desde la llegada de Mirar, ninguno había fallecido aún. El portavoz Vice había estado al borde de la muerte, pero Mirar lo había salvado por medio de la sanación mágica. Sin embargo, el organismo del anciano seguía sin mostrar signos de combatir la enfermedad, lo que planteaba un dilema a Mirar.

Lo mejor para el paciente era que su cuerpo aprendiera a hacer frente a la dolencia. Mirar podía utilizar la magia para paliar los síntomas y dar fuerzas al paciente, pero siempre era reacio a usarla para expulsar la enfermedad en sí, pues de ese modo el paciente quedaba expuesto a contraerla de nuevo. En una aldea en que la peste se propagaba con tanta facilidad, era un riesgo bastante elevado. Si el organismo de un paciente no aprendía a luchar contra la enfermedad, la expulsión mágica seguida de aislamiento era la única solución. Mirar lo haría en caso necesario, pero solo como último recurso.

Se aproximaba al otro extremo de la cuerda. La luz de una lámpara alumbraba una pequeña plataforma que sostenía una única enramada. La plataforma anterior era más grande y ligeramente más alta que esta. Mirar la alcanzó y se quedó colgando a poca altura por encima del suelo de madera. Alzó los brazos para soltarse del lazo.

Al oír el golpe sordo de la caída, una niña salió a toda prisa de la enramada. Tras mirarlo por unos instantes, lo agarró del brazo y lo condujo al interior.

Una mujer yacía en un jergón en el suelo, con los ojos cerrados. Tyve, sentado a su lado, le sujetaba la mano. Cerca había un cuenco con agua humeante y volutas de aceite en la superficie. Un olor dulce y fresco a

esencia de brei impregnaba el aire.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Mirar.

—Respira de forma agitada —le informó Tyve— y con un ligero borboteo. Tiene los dedos fríos, y sus labios empiezan a amoratarse. Le daré un poco de malina.

«Está aprendiendo deprisa», se dijo Leiard.

A Mirar se le escapó una sonrisa, pero se puso serio de inmediato cuando Tyve alzó la vista hacia él.

—Sé que me advertiste que no tocara a nadie, pero ella me ha tomado de la mano. No ha sido algo deliberado por mi parte. Cuando me he percatado, era demasiado tarde.

Mirar asintió.

—La compasión siempre es una cualidad positiva en un sanador, no una flaqueza. —Dirigió una mirada significativa a la niña que lo tenía cogido del brazo—. Solo debes acordarte de lavarte las manos.

Tras soltarse de las manos de la pequeña, se arrodilló junto a la mujer. Le posó la palma en la frente, se sumió en un trance sanador y proyectó su mente al interior de su cuerpo.

Comprobó aliviado que el organismo de la mujer estaba combatiendo la enfermedad. Solo necesitaba un poco de ayuda. Después de invocar magia, redujo con ella la inflamación de los pulmones y estimuló el corazón para que latiera más deprisa a fin de que bombeara más sangre hacia las extremidades.

Aunque su cuerpo estaba luchando contra la dolencia, Mirar no tenía manera de saber si la habría vencido sin su ayuda. La devoracorazones no producía un efecto tan devastador en los pisatierra. ¿Se enfrentaban a una versión más agresiva de la enfermedad? De ser así, una peste terrible podía abatirse sobre los pisatierra si llegaba a transmitirse más allá de Si. Por otro lado, era posible que los siyís fueran más vulnerables a la devoracorazones. Si bien el mal se había propagado en varias ocasiones por territorio pisatierra, quizá era la primera vez que los siyís lo padecían. ¿Significaba eso que una raza determinada podía llegar a acostumbrarse a una enfermedad?

Era una idea interesante, aunque no muy prometedora para los siyís.

Retrajo su mente del cuerpo de la mujer siyí. Ahora ella respiraba con

mayor normalidad y ya no estaba pálida. Tyve le acarició la mano.

—Tiene los dedos calientes —dijo, levantando los ojos hacia Mirar, maravillado—. ¿Cómo lo haces? Es... es... —Sacudió la cabeza—. Daría cualquier cosa por tener esa habilidad.

Mirar esbozó una sonrisa torcida.

—¿Cualquier cosa?

Tyve echó un vistazo a la mujer y asintió.

—Sí —respondió.

«Ya empezamos», pensó Mirar, recordando momentos parecidos que había vivido a lo largo de los siglos. Hombres o mujeres jóvenes, embriagados por la ilusión de salvar vidas. Más tarde, cuando la euforia se extinguía y él les explicaba en qué consistía la vida de un tejedor de sueños, la mayoría cambiaba de idea.

«Si Tyve no cambia de idea, ¿lo instruirás?», preguntó Leiard.

«No hay mucho más que hacer por aquí —contestó Mirar—. Eso me mantendrá ocupado mientras intento permanecer alejado de los Blancos».

«¿Qué hay de Jayim?».

Mirar torció el gesto al pensar en el muchacho que Leiard había tomado como discípulo en Jarime.

«Arlij habrá encontrado a alguien que termine su formación. Para mí es del todo imposible hacerlo».

«Cierto, pero si las circunstancias te fuerzan a interrumpir la instrucción de este chico, no puedes confiar en que Arlij te sustituya», señaló Leiard.

«Sí que podría. Tal vez a Arlij no le haga mucha gracia, pero puedo enviar a Tyve a Somrey. Quizá ella me maldeciría por endosarle otro discípulo, pero reconocerá las ventajas de contar con tejedores siyís».

«Eso no entusiasmará a los Blancos —le advirtió Leiard—. Si los dioses se enteran de que un tejedor de sueños está adiestrando a un siyí, harán averiguaciones. Cuando descubran que Tyve recibe enseñanzas de alguien cuya mente no pueden leer, concebirán sospechas sobre tu identidad».

Mirar reflexionó.

«Si Tyve decide convertirse en tejedor de sueños, tendrá que comprender y aceptar que debe guardarlo en secreto, y que yo tal vez me vea obligado a

enviarlo a Somrey a completar su entrenamiento».

«Donde ya no sería necesario ocultarlo. Eso te gustaría, ¿verdad? Te encantaría que los Blancos se enteraran de que mientras ellos formaban a los primeros sacerdotes siyís, tú formabas al primer tejedor de sueños siyí».

«Me complacería bastante», admitió Mirar.

—¿Wilar?

Alzó la vista hacia Tyve.

—¿Qué tengo que hacer? —inquirió el joven.

Mirar sonrió.

—Te lo diré, pero ahora no. Nos queda trabajo por hacer.

Tyve movió la cabeza afirmativamente. Miró a la niña, que estaba sentada a un lado, con las piernas cruzadas.

—Está mostrando los primeros signos de la enfermedad. ¿Qué hacemos?

Mirar posó los ojos en la chiquilla y le hizo una seña.

—Ven aquí, pequeña. ¿Cómo te llamas?

Pese a que al este se divisaba un resplandor cálido sobre el horizonte, hacía frío. Auraya se volvió para mirar a Rit, que no estaba junto a ella. Una inquietud repentina la asaltó, y buscó al mensajero con la vista. Este iba volando por debajo de ella. Para su gran alivio, Auraya comprobó que él no estaba sucumbiendo al agotamiento o la devoracorazones, sino descendiendo hacia su destino.

Bajando tras él, atravesó una abertura en el frondoso techo del bosque y esquivó las ramas de árboles gigantescos.

Rit emitió un fuerte silbido. Se oyeron unas respuestas débiles. Al mirar alrededor, Auraya vio enramadas construidas en plataformas, a gran altura entre los árboles. El mensajero bajó en picado hacia una de ellas.

Se dirigía hacia la enramada del líder de la tribu. Auraya se posó en la plataforma un momento después que el joven siyí y sonrió cuando una anciana salió de la enramada arrastrando los pies. Leyó en su mente que era la esposa del portavoz. Su sonrisa se desvaneció cuando reconoció los síntomas de la enfermedad.

—He traído ayuda —dijo Rit en tono cansino. Se volvió hacia Auraya—. Auraya la Blanca ha venido a prestarnos auxilio. Esta es Tryli, la esposa del portavoz Vice.

La anciana le dedicó una sonrisa que denotaba cansancio.

—Bienvenida, Auraya la Blanca. Vice te recibiría a la manera tradicional, pero está enfermo, así que me corresponde a mí darte las gracias por venir.

Auraya inclinó la cabeza.

—¿Cuántos han caído enfermos?

—La mayoría, pero no hemos perdido a nadie desde que llegó el sanador.

Rit se puso derecho y sonrió.

—¡Tyve lo convenció de que viniera!

Auraya parpadeó, sorprendida. Al explorar los pensamientos de la mujer, descubrió que un hombre había acudido a atender a los enfermos.

—¿Un pisatierra? —inquirió, alarmada. ¿Se había quedado un pentadriano en Si? ¿Habían infectado los pentadrianos a los siyís?

—Wilar —dijo Tryli, asintiendo—. Llegó anteayer y lleva dos noches y un día trabajando sin pausa. Has venido en el momento oportuno. Yo tenía miedo de lo que le ocurriría si no descansaba un poco, pero también de lo que nos pasaría a nosotros si lo hacía. Y Tyve...

Un silbido estridente ahogó sus palabras. Todos se volvieron hacia un joven siyí que descendía velozmente hacia ellos.

—¡Tyve! —exclamó Rit, con la voz fortalecida por el alivio. Cuando el recién llegado aterrizó, Auraya sonrió. Aunque no hubiera leído la mente de Rit, habría sabido que el otro siyí era su hermano. Ambos se parecían mucho.

—¡Rit! —respondió Tyve—. Has podido venir. ¡Espera! —Extendió las manos para evitar que su hermano lo abrazara—. Debemos tener cuidado. He estado cerca de muchos enfermos. Es posible que haya pillado la enfermedad. No quisiera contagiártela.

Rit se quedó mirando a Tyve, horrorizado.

—¿Estás enfermo...?

Tyve se encogió de hombros.

—No lo creo, pero Wilar dice que debemos procurar no tocarnos o echarnos el aliento unos a otros, por si acaso. —Fijó los ojos en Auraya—. Bienvenida, Auraya la Blanca. ¿También has venido en nuestro auxilio?

Auraya asintió.

—Así es. Tryli me comentaba que un sanador os está ayudando. ¿Podrías llevarme a verlo?

Una gran sonrisa se dibujó en los labios de Tyve.

—Por supuesto. Sígueme.

Se lanzó desde el borde de la plataforma, y ella saltó tras él. Sortearon las cuerdas tendidas entre los entarimados volando por encima y por debajo. Al examinar los pensamientos de Tyve, Auraya descubrió que se le había ocurrido la idea de una correa deslizante que permitía al sanador desplazarse con mayor facilidad de una plataforma a otra.

Una corriente ascendente familiar permitió a Tyve elevarse un poco. Tras rodear una rama con rapidez, planeó hasta una plataforma extensa sobre la que había tres enramadas. Se posó en el suelo, aguardó a que ella llegara y la guio hacia la entrada de una de las casas.

El interior estaba tenuemente iluminado por una única lámpara. Había dos niños siyís acostados en camas colgantes, y una mujer yacía en otra, detrás de ellos. Enfrente, dando la espalda a Auraya, estaba un tejedor de sueños.

«Claro —pensó ella—. Tenía que tratarse de un tejedor. ¿Quién más se molestaría en viajar a un lugar lejano y salvaje para sanar a alguien?».

Había algo extraño en él. Tardó un momento en caer en la cuenta de qué era.

«¡No puedo leer su mente! ¡No percibo sus pensamientos ni sensaciones! No puedo...».

Cuando el hombre se volvió hacia ella, se quedó helada.

«¡Leiard!».

Tenía el cabello negro e iba bien afeitado. Había engordado. Pero no cabía duda de que era él. Se le cayó el alma a los pies, y a la vez se le levantó el ánimo. Una parte de ella consiguió conservar la objetividad suficiente para divertirse ante aquella reacción tan contradictoria. «¿Me alegro de verlo... o no?».

Sin embargo, no le hizo falta leerle el pensamiento para advertir que él no se alegraba en absoluto. Había clavado en ella una mirada fría. Su boca se había torcido despacio para esbozar una sonrisa desprovista de humor.

Tyve lo señaló con un gesto.

—Te presento a Wilar, el tejedor —dijo, disfrutando con la solemnidad de la presentación—. Tejedor Wilar, te presento a...

—Auraya la Blanca —dijo Leiard en voz baja—. Ya hemos coincidido alguna vez.

Tyve irradiaba sorpresa y curiosidad.

—¿Os conocéis?

—Sí —respondió ella—, aunque en aquella época se hacía llamar de otra manera.

«Y no tenía el pelo negro —añadió para sus adentros—. No lo favorece».

—He dejado atrás ese nombre —contestó él—, junto con los errores que cometí. Prefiero que no menciones mi nombre antiguo —le dijo—. Ahora me llamo Wilar.

—Wilar. Entendido —dijo ella.

«¿Errores? ¿Se refiere a nuestra relación, o a la manera desconsiderada en que le puso fin, huyendo y entregándose a los brazos de una ramera? —Sintió una rabia creciente, pero la dejó a un lado—. Da igual. No quiero que los siyís se enteren de nuestro pasado, así que si quiere que lo llame Wilar, me parece bien. De todos modos, no me sobra tiempo para recrearme en ello. Hay siyís enfermos que atender. Son más importantes».

Cruzó los brazos.

—Bien, tejedor Wilar. ¿En qué situación se encuentra esta tribu, y dónde resultaría más útil mi ayuda?

Un viento intenso del sudoeste había impulsado a Emerahl a lo largo de la costa de Genria a un ritmo que le habría parecido inmejorable de no ser porque no tenía prisa ni un destino concreto. El viento constante parecía impaciente por llevarla en aquella dirección, y ella aún se resistía a pasar más de un par de días en cada población costera, así que se había sometido a su capricho. Su única preocupación era que si avanzaba con demasiada rapidez, y el Gaviota la seguía tras haber encontrado su mensaje, este no fuera capaz de alcanzarla.

El sol abrasador estaba alto en el cielo cuando Aime apareció más adelante, tras un acantilado. Al igual que Jarime, esta ciudad había crecido en torno a un estuario, aunque tenía una desembocadura mucho más amplia. Los

afluentes del río eran demasiado anchos para tender puentes sobre ellos, o por lo menos nadie había conseguido construir uno desde la última vez que Emerahl había estado allí. Cuando divisó una parte más grande del estuario, vio que el agua estaba tan atestada de balsas como de costumbre.

En cada porción de tierra se alzaba un conjunto de edificios. Ella supuso que las cosas no habían cambiado, y que cada islote seguía siendo tan independiente de los demás que podía considerarse una ciudad en sí mismo. Cada uno contaba con sus propios muelles, mercado, leyes y familia dirigente.

Cuando apareció otro cúmulo de casas, Emerahl sonrió al reconocerlo. La isla de los Reyes estaba igual que antes, salvo tal vez por unos edificios más en la zona ajardinada. Los estandartes de colores con un emblema antiguo le indicaron que el rey de Genria aún vivía allí, aunque al parecer ahora gobernaba otra familia.

«Todo está tal como lo recuerdo —pensó Emerahl—. Me imagino que el idioma habrá evolucionado, como en Toren. Los cambistas me aplicarán una tasa de cambio abusiva. Siempre será así... ¿Qué es eso?».

Irguió la espalda ante una imagen del todo inesperada. Un buque grande con velas negras estaba fondeado en el estuario. Tenía pintada en el costado una estrella blanca grande.

«¡Pentadrianos! ¿Qué están haciendo aquí?». Dirigió su pequeña barca hacia la extraña nave. Quizá los genrianos la habían capturado. Mientras se acercaba, avistó en la cubierta a dos hombres con túnica negra que hablaban con cuatro habitantes locales bien vestidos. Un barco genriano de menor tamaño estaba amarrado junto a la nave. Varios estibadores acarreaban cajas desde la nave hasta el barco.

«Se trata de algún tipo de transacción —pensó Emerahl—. Hace menos de un año que terminó la guerra, y ya todos son tan amigos que comercian entre ellos. —Cambió de rumbo hacia los desembarcaderos más cercanos—. Tal vez no sean tan amigos. —Se corrigió—. La nave está muy lejos de tierra. El rey debe de haberles prohibido que atraquen. Pero tal vez su autoridad no sea lo bastante fuerte para ilegalizar el comercio con los pentadrianos. Me pregunto qué familia ha decidido entablar negocios con

ellos, y si lo han hecho porque la mercancía vale la pena o solo para disgustar al rey».

Guio su barca hacia el extremo izquierdo de la ciudad y eligió una de las zonas de amarre más pequeñas, donde se habían construido muelles de madera para embarcaciones menores, como la suya. Varias lanchas de pesca estaban amarradas allí y todo estaba en calma, pues sus ocupantes sin duda se habían encaminado hacia los mercados horas antes. Cuando ella se encontraba cerca de la estructura de madera, un hombre orondo y de aspecto jovial salió de un edificio y se acercó al borde del embarcadero.

—Buenos días —saludó ella—. ¿Eres por ventura el encargado de los muelles?

—Lo soy —respondió él con una amplia sonrisa—. Me llamo Toor Timonero.

Ella sonrió.

—Salud, Toor Timonero. ¿Cuánto me cobras por amarrar aquí?

Él se mordisqueó el labio inferior.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Unos días. Quisiera ganar un poco de dinero con mis habilidades de sanación antes de irme.

Toor arqueó las cejas.

—¿Conque habilidades de sanación, eh? Correré la voz de que estás aquí. ¿Cómo te llamas?

—Qué amable. Me llamo Limma. Limma Ensalmadora.

Él se mordisqueó de nuevo el labio.

—Dos monedas de cobre al día. Pero ojo, no se lo digas a nadie, o vendrán a reclamarme por alquilar el amarre tan barato.

Ella se llevó el dedo a los labios.

—Seré una tumba.

Toor sonrió de oreja a oreja.

—¿Te ayudo a subir?

—Sí, gracias. —Tras meter en su bolsa sus últimas pertenencias, le tendió la mano y dejó que él la aupara al embarcadero. Se echó la bolsa al hombro y comenzó a caminar hacia la ciudad, con el encargado de los muelles al lado.

—¿Cuánto cobras por tus servicios? —preguntó él—. ¿Crees que podrías hacer algo por mi pierna?

Ella se volvió hacia él.

—Se me quedó atrapada entre un barco y el muelle, hace mucho tiempo. Me las había apañado bastante bien, pero en los últimos años le ha dado por dolerme.

—Puedo venderte un remedio para el dolor —ofreció ella—. Tal vez podría aplicar magia sanadora a tu pierna, pero no sabré si eso dará resultado hasta que la vea.

Cuando llegaron al final del muelle, se detuvieron. Al dirigir la vista hacia el estuario, ella advirtió que la nave pentadriana estaba desplegando las velas. El hombre siguió la dirección de su mirada y arrugó el entrecejo.

—Ya era hora de que se marcharan —farfulló—. Nadie se sentía a gusto con su presencia, que se cernía como un nubarrón sobre la ciudad. Espero que no vuelvan nunca.

—Volverán —aseveró ella.

Él la miró con una ceja enarcada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Han encontrado compradores para su mercancía. Los he visto descargarla mientras navegaba hacia aquí.

El hombre frunció el ceño.

—¡Eso contraviene la orden del rey! ¿Has visto quiénes eran?

Ella sacudió la cabeza.

—Hacía años que no venía a Genria. No reconocería a un miembro de las familias dirigentes aunque me topara de narices con él.

—¿De qué colores estaba pintado el barco?

—Tenía unas rayas azules y negras en medio del casco.

—¡Ajá! La familia Deore. No podía ser de otra manera. —Posó los ojos en ella y sonrió—. Son muy poderosos. Los únicos lo bastante poderosos para desobedecer al rey.

«Deore» era un nombre de familia que ella nunca había oído. Debía de tratarse de una rama nueva, menos inclinada a seguir las tradiciones y lo suficientemente ambiciosa para causar problemas.

—Espero no haber elegido un mal momento para visitar Aime.

El hombre se rio.

—No, es lo normal por aquí. Las familias dirigentes siempre intentan sacarse de quicio unas a otras. De todos modos, tú solo te quedarás unos días.

—Sí —convino ella—. ¿Quieres que te examine la pierna ahora?

—Si no te importa... —contestó él—. Y si me haces un buen precio, a lo mejor nos olvidamos del alquiler del amarre.

Ella soltó una risita.

—Dependerá del tratamiento. Sentémonos y echemos un vistazo.

Tyve aterrizó justo cuando Wilar salía de la enramada. En vez de mirar al muchacho, el tejedor desplazó la vista por las otras construcciones.

«Ahora hace eso constantemente —pensó Tyve—. Busca a Auraya a todas horas. —Tyve se había pasado la mañana llevando y trayendo mensajes entre el tejedor de sueños y la Blanca. Los dos pisatierra no se habían dirigido la palabra desde que ella había llegado—. Da la impresión de que no se tienen mucho aprecio, y a Wilar parece molestarle la presencia de Auraya. Me pregunto si... debería preguntárselo. Tengo la sensación de que él no querrá hablar del tema. Y no creo que deba hacerle preguntas tan personales a una Blanca, aunque parece simpática».

Tyve dio un paso hacia Wilar y se detuvo cuando un mareo repentino le hizo perder el equilibrio. Respiró hondo, pero no sirvió de nada. Algo se alojó en sus pulmones, provocándole un acceso de tos.

—Tyve, siéntate.

Unas manos firmes lo sujetaron mientras el mundo daba vueltas en torno a él. Cayó de rodillas. El impulso irrefrenable de toser remitió poco a poco, pero la incomodidad cedió el paso al terror. Alzó la mirada hacia Wilar.

—La he pillado, ¿verdad?

Wilar asintió, con los labios apretados en un gesto sombrío.

—Eso parece. No te preocupes, no dejaré que mueras.

Tyve asintió.

—No estoy preocupado. —En realidad, no tenía tanto miedo como habría

imaginado. El hecho de haber aprendido más sobre la dolencia y saber que seguramente sobreviviría lo tranquilizaba un poco. Su sentimiento dominante era la desilusión.

—Ya no podré seguir ayudándote, ¿verdad? Contagiaría la enfermedad a otros.

—No, pero no por ese motivo. Aquí no queda una sola familia que no tenga un miembro enfermo, así que no hay muchas posibilidades de que alguien se libre de contraerla. Nuestro objetivo era frenar un poco su propagación a fin de tener tiempo para tratarlos a todos.

—Entonces ¿podré ayudarte?

—No. No tardarás en perder las fuerzas. ¿Qué pasaría si te desmayaras en pleno vuelo? Podrías caer y matarte.

Tyve se estremeció.

—Pues menos mal que ha venido Auraya, o te quedarías sin ayudantes.

La boca del tejedor de sueños se curvó en una sonrisa torcida.

—No sé si ella sería una buena ayudante. A los Blancos no se les da bien recibir órdenes, excepto las de sus dioses. —Su voz reflejaba amargura y humor a partes iguales.

Tyve se ruborizó al comprender su error.

—Me refería a que Auraya podría ayudar...

—Sé a qué te referías —le aseguró Wilar. Apartó la vista y suspiró—. Tu aldea necesita toda la ayuda posible. Los inconvenientes de tenerla cerca solo me conciernen a mí. El daño, si es que lo hay, ya está hecho. Por lo pronto...

—Devolvió su atención a Tyve—. Por lo pronto, he de encontrar otro mensajero. ¿Tienes energías suficientes para volar de regreso a la enramada de tu familia, Tyve?

El joven meditó.

—Está un poco más abajo. Puedo llegar hasta ahí planeando, sin apenas mover las alas. —Se levantó, avanzó unos pasos y se volvió. El mareo se le había pasado—. Sí, estoy en condiciones.

—Bien. Vete y descansa. Envíame a Rit cuando se despierte... si se encuentra bien.

Tyve se acercó al borde de la plataforma. Al mirar atrás, se percató de que

Wilar lo observaba con detenimiento.

—A lo mejor cuando vengas a atenderme, podrás explicarme qué debo hacer para convertirme en sanador.

A Wilar le brillaron los ojos, aunque no sonrió.

—A lo mejor. Pero no esperes que a Auraya le entusiasme la idea.

—¿Por qué no?

El tejedor de sueños sacudió la cabeza.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora, vete, antes de que te eche yo mismo de un empujón.

Tyve desplegó una sonrisa. Tras volver la vista al frente, se inclinó hacia delante, extendió los brazos a los lados y notó el fluir del viento sobre sus alas mientras se alejaba deslizándose por el aire.

Imi contempló la bandeja y decidió, pesarosa, que no podía tomar un solo bocado más. Miró a la criada que estaba de pie a un lado y agitó la mano hacia la comida para indicarle que se la llevara, un gesto que había visto hacer a Imenja. La mujer se acercó, recogió la bandeja y, tras ejecutar una reverencia, se marchó.

Imi lanzó un suspiro de satisfacción y se sumergió de nuevo en el estanque. Ahora se sentía mucho mejor, y no solo por los alimentos y el agua salada. Aquellas personas de túnica negra la trataban muy bien. Era de lo más reconfortante no estar asustada en todo momento.

La cortina en la entrada de la tienda de campaña se abrió. Una silueta femenina conocida se recortaba contra la luz dorada del atardecer. Imi se incorporó y sonrió mientras Imenja caminaba hacia la orilla del estanque.

—Hola, princesa Imi —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor.

—¿Tienes fuerzas suficientes para andar?

Imi la miró, sorprendida. «¿Andar? —Flexionó los músculos de las piernas—. Seguramente podría, si no es una distancia muy grande».

—Puedo intentarlo —respondió.

—Quiero llevarte a un lugar. No está lejos —le aseguró Imenja—. La Voz Primera Nekaun, el líder de mi pueblo, desea conocerte. ¿Te parece

bien?

Imi asintió. Era la hija de un rey. Tenía sentido que el gobernante de aquel país quisiera hablar con ella. Sin embargo, su entusiasmo se desvaneció cuando se imaginó a sí misma frente a aquel hombre tan importante. De pronto, deseó ser mayor, tener más conocimiento del mundo. ¿Qué debía decirle? ¿Qué debía evitar decirle? Nadie le había enseñado cómo comportarse frente a los gobernantes de otros países.

«Supongo que mi padre no creía que fuera a hacerme falta».

Lentamente, apoyó los pies en el suelo y se levantó. Notaba cierta debilidad en las piernas, pero no peor que cuando la habían subido a bordo del barco de los saqueadores. Salió del estanque al pavimento seco y miró a Imenja con expectación. La mujer sonrió y le tendió la mano. Imi se la tomó y salieron de la tienda la una junto a la otra.

El patio tenía el mismo aspecto distinto que cuando ella había llegado, salvo porque ahora casi era de noche. Imenja la guio hasta un balcón situado a un lado y a través de una puerta abierta. El interior estaba fresco. Los círculos de luz de unas lámparas iluminaban un pasillo largo. Avanzaron por él hasta unas escaleras. Aunque no eran muy altas, Imi respiraba con dificultad cuando llegaron arriba. Imenja hizo un alto frente a una hornacina para hablarle a Imi de la técnica especial con que se había esculpido la estatua que había dentro. Cuando reanudaron la marcha, la respiración de Imi se había normalizado.

Otro pasillo. Tras detenerse ante una entrada grande y arqueada, Imenja la señaló.

—La Voz Primera te espera al otro lado —murmuró—. ¿Estás lista?

Imi asintió. Atravesaron el umbral y entraron en una estancia espaciosa de techo abovedado. Imi soltó un jadeo de asombro.

El techo, el suelo y las paredes estaban pintados de colores vibrantes. La cúpula era azul, con nubes, pájaros e incluso algunos siyís de aspecto extraño. Las paredes representaban paisajes distintos, y el suelo simulaba en parte un vergel, en parte agua. Por doquier había imágenes de pisatierra en jardines y casas, navegando en barcos o llevados a costas por esclavos. Múltiples animales, algunos normales y corrientes, otros desconocidos y fantásticos,

ocupaban jardines, bosques, mares y ríos. Al examinarlos más de cerca, Imi descubrió que los dibujos y las figuras se componían de innumerables fragmentos diminutos de una sustancia brillante.

Al oír un sonido, alzó la vista y dio un respingo cuando vio a un hombre de pie en el centro de la sala. Vestido con una túnica negra igual que la de Imenja, admiraba las pinturas, pero, tan pronto como Imi reparó en su presencia, posó la mirada en ella y sonrió.

—Te saludo, princesa Imi —dijo con una voz cálida y agradable—. Soy Nekaun, Voz Primera de los Dioses.

Sin saber qué decir, ella imitó su forma de hablar.

—Te saludo, Nekaun, Voz Primera de los Dioses. Soy Imi, princesa de los elay.

—¿Cómo estás?

—Mejor —contestó ella.

Él asintió, y sus ojos parecieron titilar como estrellas.

—Me alegra oírlo —declaró—. Iba a visitarte esta noche, pero he pensado que quizá sería más agradable mostrarte este lugar, si tenías fuerzas para ello. Hay algo que creo que te resultará interesante. —Le hizo una seña para que se acercara.

Imi caminó hacia él, concentrándose en mantener un porte digno, pero consciente de lo grandes que eran sus manos y sus pies.

—Si me he recuperado, ha sido gracias a Imenja y a Reivan —le dijo, colocándose a su lado—. También gracias a ti, por haberme permitido alojarme aquí.

Sus miradas se encontraron, y él movió la cabeza afirmativamente con expresión grave.

—Debo pedirte disculpas por los malos tratos que sufriste antes de que Imenja te encontrara.

Ella frunció el ceño.

—Pero si no fue por culpa tuya.

—Ah, lo cierto es que soy responsable en parte de lo que les ocurre a quienes visitan mi país. Cuando las leyes que dictamos para disuadir a los malhechores no surten el efecto deseado, es un fracaso para nosotros.

Su padre seguramente opinaría lo mismo si un visitante —sobre todo un visitante importante— sufría algún daño injustificado a manos de sus súbditos. Decidió que ese hombre le caía bien. Era amable y la trataba con respeto, como a una adulta.

—En ese caso, agradezco tus disculpas —dijo, preguntándose si estaba logrando expresarse como una persona mayor—. ¿Qué querías enseñarme? —inquirió.

Él señaló el suelo.

—No te ofendas; es fruto de la fantasía de un artista que nunca tuvo contacto con vuestro pueblo.

Imi bajó la mirada. Estaban de pie sobre una pintura del mar, visto desde arriba, con las aguas totalmente tranquilas. El espacio azul estaba repleto de peces, algunos de los cuales nadaban de costado para lucir su colorido. Corales y algas crecían en la orilla de forma poco realista. Bajo sus pies había una mujer pisatierra con cola de pez en vez de piernas. Su cabellera, de color amarillo claro, se arremolinaba en torno a su cuerpo para ocultar sus pechos y su entrepierna.

A Imi se le escapó una risita y de inmediato se tapó la boca.

Nekaun rio entre dientes.

—Sí, es muy ridículo. Pocos pisatierra han visto alguna vez a un elay. Como lo único que saben es que vivís en el mar, se imaginan que sois mitad peces, mitad humanos. —Meneó la cabeza—. Por eso el hombre que te compró te trataba como a un ser infrahumano.

Ella asintió, aunque no entendía por qué aquel dibujo podía llevar a una persona a pensar que otra no era humana. Si alguien poseía dedos, llevaba ropa y hablaba, tenía que serlo. Ella nunca habría tomado a un pisatierra o un siyí por un animal.

Nekaun dio un paso a un lado.

—Ven conmigo. Hay otra cosa que quiero mostrarte.

Imi caminó junto a él mientras se dirigía con andar tranquilo hacia una puerta que había en una de las paredes. Imenja los seguía a pocos pasos de distancia.

—La gente de otros países también cree cosas extrañas sobre mi pueblo

—dijo Nekaun—. Como ven que tenemos algunos esclavos, suponen que esclavizamos a quien nos viene en gana. Solo privamos de libertad a los criminales. Esclavizar a un inocente es un delito grave. Aunque el hombre que te compró no era de este país, conocía la ley.

—¿Es eso lo que le ha ocurrido? ¿Lo habéis convertido en esclavo?

—Sí.

Ella asintió para sí. A su padre le habría parecido bien.

—Tenemos otras costumbres que los extranjeros malinterpretan. Algunos de nuestros ritos requieren que respetemos la intimidad de los participantes. Como guardamos discreción al respecto, los extranjeros creen que los ritos son vergonzosos o inmorales. —La miró con expresión triste—. No olvides esto, si algún día oyes a otros pisatierra difundir rumores parecidos sobre nosotros.

Imi asintió. Si algún pisatierra le decía que la gente de Nekaun era mala, ella lo desmentiría.

Atravesaron la puerta y entraron en una habitación más sencilla. Los cuadros en las paredes representaban a grupos de personas. En cada uno aparecían un hombre, una mujer y un niño. Cada persona llevaba un atuendo ligeramente distinto, y tenía la tez y el cabello de colores diferentes. Una de las familias estaba dotada de alas grandes con plumas. De pronto, ella comprendió por qué los siyís de la otra sala le habían parecido extraños. Se llevó la mano a la boca.

—Sí —dijo Nekaun, aunque esta vez ella no había emitido sonido alguno—. No nos habíamos percatado hasta hace poco de lo inexacta que es esa pintura. Me estoy planteando si mandar que la arreglen o no. —Bajó la vista—. Aunque no es eso lo que quería que vieras. Fíjate en el suelo. El dibujo representa un mapa de toda Ithania.

Ella miró hacia abajo y se le cortó la respiración. Grandes formas flotaban en el centro de un suelo azul. Estaban repletas de figuras de montañas, lagos, ciudades insólitas al aire libre y comunicadas entre sí por caminos de tierra. Nekaun señaló una silueta grande semejante a una punta de lanza.

—Es Ithania del Sur. —Se acercó al lugar donde la punta de lanza se unía con una forma mucho más grande y apuntó con la sandalia a una ciudad—.

Nosotros estamos aquí: en Glymma.

—¿Dónde está Borra?

—No lo sé con exactitud. Esperaba que tú me lo indicaras.

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca he contemplado el mundo desde arriba. Es tan... Jamás había visto algo parecido.

—Entonces tal vez tardemos más de lo que habíamos previsto en llevarte de vuelta a tu hogar.

—¿Por qué no preguntáis a los saqueadores dónde me encontraron?

Él soltó una risita.

—Ojalá pudiéramos, pero no hemos hallado el menor rastro de ellos en el puerto de Glymma. O se marcharon después de venderte, o decidieron huir en cuanto se enteraron de tu rescate y de los problemas que ocasionó a vuestro comprador. Necesitamos que nos digas dónde está tu hogar, Imi.

Ella examinó el mapa con atención, buscando algo que le resultara familiar. Las figuras de unos siyís en una zona montañosa atrajo su mirada. Se acercó a la costa. Se tardaba unos días en alcanzar Si a nado desde Borra.

—En el mar, en algún sitio al sur de Si —dijo.

—El sur es esa dirección —señaló él.

Cuando Imi contempló aquella enorme extensión azul, se le cayó el alma a los pies. No había islas marcadas. ¿Cómo se suponía que iba a mostrarles la ubicación de Borra si no aparecía en el mapa? «Pues claro que no aparece en el mapa —pensó—. ¡De lo contrario, no tendrían que preguntarme dónde está!».

—¿Tu pueblo ha tenido tratos con los siyís? —inquirió Imenja.

Imi alzó la vista hacia la mujer y asintió.

—Comerciamos con ellos.

—¿Sabrían ellos dónde está tu hogar?

—Tal vez. Si no lo saben, podría quedarme con ellos a esperar la siguiente visita de los mercaderes elay. No... No sé con qué frecuencia viajan hasta allí. —Imi bajó la mirada hacia el mapa y sintió una punzada de nostalgia. Había recorrido un largo camino, y ahora que era libre de volver a casa no sabía muy bien cómo llegar.

—Bien, eso es lo que haremos —afirmó Imenja.

Imi notó que la esperanza renacía en su interior.

—¿De verdad?

—Sí. Te llevaremos a casa, Imi —le aseguró Nekaun—. En cuanto podamos. Imenja dice que dentro de unos días te habrás recobrado lo suficiente para partir.

Ella posó en él los ojos, centelleantes de entusiasmo.

—¿Tan pronto?

Nekaun sonrió.

—Sí. Imenja te llevará en uno de nuestros barcos. Hará todo cuanto esté en su mano para que vuelvas con tu padre y tu pueblo.

Parpadeando para contener las lágrimas, Imi dedicó una sonrisa a Imenja y Nekaun, abrumada por la gratitud.

—Gracias —musitó—. Muchas gracias.

El hombre respiraba de forma dolorosa y anhelante. Auraya se sentó sobre sus talones y exhaló un largo suspiro. Había imaginado que se encontraría con una versión más fuerte de la devoracorazones, pero no con una tan virulenta. Todos los miembros de la tribu estaban o habían estado enfermos de gravedad. Algunos habían superado la peor fase, pero solo gracias a la ayuda de Leiard.

«Wilar», se corrigió ella.

Ahora que se había recuperado de la sorpresa por haber topado con él en Si, había empezado a especular sobre la presencia del tejedor de sueños en ese lugar. Era imposible que él estuviera enterado de la peste antes de viajar a Si. El brote de la enfermedad entre los siyís se había producido solo un par de semana antes, y él habría tardado meses en llegar a la aldea desde fuera del país. Lo que significaba que seguramente ya se encontraba allí antes.

«¿Por qué? Entiendo que quisiera permanecer alejado de Jarime y Juran, pero dudo que fuera necesario que cambiara de nombre y de aspecto y que se marchara a vivir a uno de los lugares más remotos de Ithania del Norte. ¿Temía que nuestro amorío se convirtiera en la comidilla de todo el mundo y

que alguien intentara hacerle daño? ¿Tenía miedo de que yo pretendiera castigarlo por su infidelidad?».

Ella quería hacerle muchas preguntas, pero eso significaba abordar temas espinosos. Las respuestas habrían sido fáciles de averiguar. Ella habría podido leerle la mente, pero era imposible. Él tenía la mente protegida. Auraya nunca se había encontrado con alguien capaz de eso. ¿Había sabido desde siempre cómo hacerlo, o era algo que había aprendido recientemente? ¿Podían otros tejedores adquirir este conocimiento de él? ¿Y si todos ellos aprendían la manera de ocultar sus pensamientos? Los Blancos perderían una de las ventajas que tenían sobre ellos.

Al acordarse del hospital, la asaltó un sentimiento de culpa. Saber que estaba luchando por despojar de su poder a los tejedores de sueños hacía que le resultara más difícil darle la cara a Leiard. Era otra razón por la que lo evitaba y le enviaba mensajes, primero a través de Tyve y luego por medio de Rit.

Mandaba llamar a Leiard más a menudo de lo que habría querido. Una de las medicinas que él administraba daba mejores resultados para expulsar las mucosidades de los pulmones de las víctimas que cualquiera de las que ella había traído consigo. Unas horas antes, una paciente que deliraba a causa de la fiebre había insistido en que no la atendiera nadie más que «el hombre de los sueños». Ahora, ella tenía que enviar de nuevo a alguien a buscarlo.

El paciente que tenía delante, un padre de familia de mediana edad, se agravaba a ojos vistas. Los esfuerzos de su cuerpo por combatir la enfermedad eran lastimosos. Ella estaba segura de que moriría pronto, pero le parecía prudente dejar claro a los siyís que el sanador compartía su dictamen. Si un paciente al que ella atendía fallecía, tal vez los demás decidirían también que solo querían ser tratados por el tejedor.

Al oír un golpe sordo a su espalda, se volvió y dirigió la vista al exterior de la enramada. Rit estaba fuera, de pie sobre la plataforma, tosiendo por lo bajo. Tenía la atención puesta en Leiard, que pendía de una correa sujeta a las gruesas cuerdas tendidas entre esa plataforma y otra que estaba más a la derecha. El tejedor de sueños se deslizaba hacia delante agarrándose de las cuerdas gruesas y tirando de ellas. Cuando llegó al entarimado, ella advirtió

que tenía las manos enrojecidas y en carne viva. Su morral colgaba de un cordel que llevaba atado a la cintura.

Rit lo ayudó a subir a la plataforma y luego a soltarse de la correa. Sin perder un segundo, Leiard entró en la enramada. Sus ojos se fijaron en los de Auraya por un momento, pero su expresión severa no se suavizó. Se inclinó junto a ella, posó la mano en la frente del hombre y cerró los ojos.

Esto despertó en Auraya un recuerdo inesperado de las pocas ocasiones en que había visto dormir a Leiard. Un anhelo que creía olvidado se apoderó de ella, haciendo que apretara los dientes. «No es más que una reminiscencia del deseo que sentía en otra época». Se obligó a pensar en las noches de placer que había pasado con Chaia. Sacudió la cabeza. Eso la distraía demasiado, cuando debía concentrarse en el paciente.

Al bajar la vista, se estremeció de sorpresa y esperanza. Aunque el hombre aún tenía la piel pálida, la lividez de sus labios y sus dedos había desaparecido. Sus resuellos habían cedido el paso a una respiración más tranquila y profunda.

«¿Cómo es posible? —se preguntó—. Le proporcioné toda la fuerza que me fue posible por medio de la magia, pero su organismo no luchaba contra el mal que lo aqueja. Había hecho estragos en él. Leiard no puede estar creando carne allí donde ha sido corroída. No puede estar logrando que el cuerpo combata a la enfermedad. No puede estar destruyendo la enfermedad en sí».

¿O sí? Las habilidades sanadoras de los tejedores de sueños eran superiores a las de los circulianos. Cuando era niña, Leiard solo la había iniciado en los remedios, no en los métodos de sanación de los tejedores. Desde entonces, no se le había presentado la ocasión de observar a un tejedor tratar a un hombre tan enfermo como aquel.

La recorrió un escalofrío de emoción. Si los tejedores sabían cómo regenerar la carne dañada, conseguir que el organismo luchara contra una dolencia o eliminar la dolencia en sí, los sacerdotes podían aprender de ellos esta habilidad. Esto permitiría a los sanadores circulianos salvar innumerables vidas.

«Tal vez no debería rehuir a Leiard —pensó—. Tal vez debería intentar

reclutarlo..., de nuevo. —Torció el gesto al pensarlo—. Es una pena que no pueda leerle la mente, pues de lo contrario averiguaría ahora mismo cómo lo ha hecho y podría seguir evitándolo».

Leiard inspiró lenta y profundamente y exhaló. Apartó la mano de la frente del hombre y se irguió. De entre las sombras, donde había estado aguardando en silencio, emergió la esposa del hombre. Ella apenas había salido de la convalecencia. En sus manos tenía una hogaza redonda y plana.

—Come, Wilar —le dijo—. Rit me dice que no te ha visto probar bocado ni dormir.

Leiard posó la vista en la mujer y luego en Auraya. La mujer siguió la dirección de su mirada.

—Tú también, señora, por supuesto —añadió.

Auraya sonrió.

—Gracias. —Escrutó el rostro de Leiard. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos—. Es verdad que parece necesitarlo.

Tras vacilar por un momento, Leiard se volvió hacia Rit.

—Ve a ver cómo sigue Vice —le ordenó. El muchacho asintió y se alejó volando.

Mientras el tejedor de sueños se sentaba, la mujer partió el pan y entregó un pedazo a cada uno. Estaba duro. Seguramente a ella no le había sido posible preparar comida desde hacía días. Muchos siyís debían de estar quedándose sin provisiones frescas.

«Debemos hacer algo al respecto», pensó Auraya.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó la mujer, mirando a su esposo.

—No dejes de aplicarle la esencia —le indicó Leiard.

—¿Se pondrá bien?

—Le he dado una segunda oportunidad. Si no mejora, quizá tenga que aislarlo hasta que los otros miembros de la tribu se hayan recuperado.

—¿Por qué? —preguntó Auraya.

Él clavó los ojos en ella.

—Correrá peligro de contraerla otra vez.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿De modo que estás destruyendo la enfermedad dentro de su cuerpo?

—Solo cuando es necesario —admitió él, claramente de mala gana.

—No conozco a nadie más que sea capaz de hacer eso. Posees más habilidades de las que creía.

Él desvió la vista.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.

La mujer arqueó las cejas al oír su tono hosco. Se levantó con brusquedad y salió de la habitación. Auraya contempló a Leiard. Su expresión distante la irritó.

—¿Como cuáles? —inquirió—. O debería preguntar: ¿qué otras?

El tejedor le lanzó una mirada fría, pero la suavizó al ver sus ojos fijos en él.

—Lo siento —murmuró—. Sabía que me buscarías. Debería haber sido más... considerado respecto al lugar y la situación en que podías encontrarme. Era la única manera de asegurarme de que no intentaras un acercamiento. No me fiaba... de mí mismo. Dudaba de mi fuerza de voluntad para marcharme.

Ella se quedó mirándolo, atónita.

Leiard estaba pidiendo disculpas. Y lo más sorprendente era que ella aceptaba sus disculpas en su fuero interno. Aún estaba dolida por el modo en que él había huido de ella para meterse en la cama de una prostituta, pero ahora tenía que reconocer que había entendido sus motivos desde un principio. Ella había sido incapaz de terminar con su relación, pese a que era consciente de las consecuencias negativas que podía tener.

«¿Lo estoy perdonando? En caso afirmativo, ¿qué significaría eso para nosotros? —Apartó la vista—. Nada. No podemos volver a empezar. No podemos estar juntos. Además, ¿por qué querría estar yo con él? Tengo a Chaia».

Leiard la observaba con detenimiento. Una expectación tensa se palpaba en el ambiente.

Unos ruidos en la habitación contigua le recordaron la presencia de la mujer siyí. «¿Nos habrá oído?». Al concentrarse, Auraya percibió curiosidad y desconcierto. A la mujer lo poco que había oído le parecía incomprensible.

—Ya... ya entiendo —dijo Auraya—. Eso es agua pasada. En fin, Lei...

—Wilar —la interrumpió él.

—De acuerdo, Wilar. ¿Cómo es que tienes la mente bloqueada?

Él adoptó de pronto una expresión reservada. Auraya sintió una chispa de atracción, para su disgusto. «Es por su aura de misterio —pensó de repente—. Me intriga. Los demás son demasiado transparentes para mí. Podría saberlo todo sobre ellos si quisiera, mientras que con Leiard siempre he tenido la sensación de que hay más cosas por descubrir, incluso cuando podía explorar su mente. Ahora que no puedo, me pica aún más la curiosidad».

—Una vieja amistad me enseñó el truco. No me había parecido necesario utilizarlo hasta hace poco.

«¿Una vieja amistad?». Ella sonrió al intuir a quién se refería.

—¿Sigue acechando Mirar en el fondo de tu mente?

Él torció los labios en una sonrisa irónica.

—No.

—Ah. Me alegro. Querías deshacerte de él.

El tejedor asintió, sin quitarle los ojos de encima. Un golpe seco en el exterior de la enramada llamó su atención. Rit se encontraba fuera.

—El estado de Vice vuelve a empeorar.

Con el ceño fruncido, Leiard se levantó.

—Gracias por la comida —le dijo a la mujer. Acto seguido, sin una palabra de despedida, salió con paso decidido, se colocó la correa que Rit sujetaba para él y se alejó deslizándose.

La habitación que le habían asignado a Reivan en su calidad de Servidora de pleno derecho era el doble de grande que la que tenía antes, lo que no significaba que fuera especialmente grande. Era tarde y ella estaba rendida de sueño, pero en cuanto entró en sus aposentos, oyó unos golpes en la puerta. Suspiró. Había sido un día lleno de interrupciones. Regresó hacia la puerta para abrirla, decidida a decirle a quien estuviera al otro lado que volviera por la mañana.

Era Nekaun. Ella se quedó mirándolo, extrañada.

—Tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Puedo pasar?

Cuando se recuperó de la sorpresa, ella abrió la puerta de par en par.

—Desde luego, reverencia.

Mientras él entraba en su habitación, la emoción invadió a Reivan. ¿Qué dirían los otros Servidores sobre su prestigioso visitante? Se le encogió el estómago al pensar que tal vez sospecharían que se trataba de un encuentro amoroso. Echó un vistazo por encima del hombro antes de cerrar la puerta. Nekaun estaba aún más guapo a la luz del farol con el que ella había iluminado su camino a través del Santuario. Se le aceleró el corazón. «¿Y si ha venido para algo más que para hacerme preguntas? ¿Me molestaría?».

Sacudió la cabeza. «No seas ridícula... ¡y deja de pensar en ello! —se dijo—. Puede leerle la mente, necia». Avergonzada, se apresuró a encender

otra lámpara, que inundó la pequeña habitación de una claridad reconfortante.

—Por favor, toma asiento, Voz Primera —dijo—. ¿Quieres un poco de agua?

—No —contestó él mientras se inclinaba para acomodarse en la única silla que había—. Gracias.

Tras servirse un vaso de agua, Reivan se sentó en el borde de la cama. Él le dedicó una sonrisa cálida, y ella bajó los ojos, repentinamente cohibida.

—Quería consultarte acerca de los siyís —dijo Nekaun—. Al parecer, piensan que fueron creados por una de las deidades circulianas. ¿Crees que es posible convencerlos de lo contrario?

Reivan arrugó el entrecejo.

—Tal vez. Será mucho más difícil convertirlos, pero con tiempo y esfuerzo, quizá logremos que comprendan que sus creencias están equivocadas.

—Tiempo y esfuerzo. ¿Conviene más un esfuerzo prolongado o un esfuerzo realizado en los momentos oportunos?

Ella lo miró.

—Supongo que, a la larga, el resto de Ithania acabará adorando a los Cinco. Entonces será más sencillo persuadir a los siyís para que abandonen el paganismo.

Nekaun se quedó pensativo.

—La espera podría valer la pena, siempre y cuando ellos no se revelaran mientras tanto como una amenaza para nosotros.

—¿Hay alguna alternativa? —inquirió ella.

Él guardó silencio por unos instantes, se puso en pie de golpe y comenzó a caminar de un lado a otro por el reducido espacio entre la silla y la puerta. Dos pasos de ida, dos pasos de vuelta.

—Muchos siyís murieron en la guerra. Ahora mismo se encuentran en una posición vulnerable.

—¿Pretendes atacarlos? —preguntó ella, sorprendida. Una decisión tan expeditiva y belicosa sería impropia de él. Hasta entonces, sus planes habían sido sutiles e incruentos.

—Preferiría no hacerlo —respondió—, entre otras cosas porque podría

desencadenar una guerra.

—¿«Podría»? —Reivan sacudió la cabeza—. Desencadenaría una guerra, seguro.

Él detuvo sus idas y venidas y se volvió hacia ella con los párpados entornados. Al cabo de un momento, relajó las facciones y sonrió.

—Ah, Reivan. Imenja acertó al elegirte. Tu franqueza es de lo más refrescante. Yo mismo estoy tentado de nombrarte mi Acompañante.

Ella notó que se le encendían las mejillas y apartó la vista, con el corazón latiéndole a toda prisa al imaginarlo. «¡Yo, una mujer sin habilidades mágicas, ¿acompañante de la Voz Primera?!».

Pero no era solo la ambición lo que le había acelerado el pulso. Respirando despacio, se obligó a sí misma a tranquilizarse.

—Me siento... halagada —dijo—. Sería un gran honor.

Él soltó una risita.

—Imenja está resuelta a mantenerte a su lado y te llevará consigo a Elay. Tendré que encontrar a otra persona que me dé su opinión de forma sincera y directa cuando la necesite. —Se le acercó con la mano tendida. Ella la tomó, y Nekaun la ayudó a levantarse, pero sin retroceder para hacerle sitio. Estaban tan cerca el uno del otro que ella notaba la calidez de su aliento en la cara. Él sonrió—. Gracias por compartir tus reflexiones conmigo.

A ella se le heló la voz en la garganta. Asintió, rehuendo la mirada que buscaba sus ojos. El corazón volvía a latirle con rapidez, pero esta vez ella fue incapaz de calmarlo. Nekaun extendió el brazo y le rozó la mejilla.

—No te entretendré más. Buenas noches, Reivan. —Le soltó las manos y atravesó la habitación con grandes zancadas. Abrió la puerta, se detuvo por un momento para sonreírle a Reivan y salió.

Cuando la puerta se cerró, ella exhaló lentamente el aliento que estaba conteniendo sin darse cuenta. «No hay la más mínima posibilidad de que no sepa el efecto que produce en mí», pensó. Se rio con sorna al recordar sus palabras. «Gracias por compartir tus reflexiones conmigo». ¿Estaba gastándole una broma?

Suspiró y se sentó. «¿Qué posibilidades tengo de superar este encaprichamiento mientras esté fuera? Seguro que unos meses en el mar me

bastarán para entrar en razón.

»Más vale que así sea —se dijo—, o esto hará que la vida en el Santuario sea muy, muy incómoda».

«Debo de estar loco —pensó Mirar mientras se deslizaba a lo largo de la cuerda—. Debería haber imaginado que Auraya vendría en cuanto se enterara del brote de devoracorazones. Debería haberme ido antes de que llegara».

«¿De verdad te habrías marchado?», inquirió Leiard.

Mirar frunció el ceño.

«Eso habría significado abandonar a los siyís. Los que no son capaces de combatir la enfermedad habrían muerto sin mi ayuda».

«Sí. Y por eso te has quedado después de que viniera Auraya».

«No me habría ido lejos. Ella me habría encontrado. Y si me hubiera marchado antes de su llegada, habría oído historias sobre un tejedor de sueños y habría salido en mi busca».

«Habría estado demasiado ocupada sanando siyís para buscarte —señaló Leiard—. Y también lo estará si te vas ahora. Así que ¿por qué te quedas?».

Mirar suspiró.

«El daño ya está hecho. Auraya debe de haberse percatado de que mi mente está protegida en el momento en que me vio. Eso debería haber despertado sus sospechas».

«Pues no fue así. Su actitud era de desconcierto, no de suspicacia. Tu explicación la convenció. Ella no entiende las implicaciones del escudo mental».

«O los dioses no le han hablado de ello, o ella disimula bien sus sospechas».

«¿Por qué habría de disimularlas?».

«Porque me necesita. Solo sabe que soy capaz de ocultar mis pensamientos».

«Y de llevar a cabo sanaciones mágicas que solo los inmortales pueden realizar. ¿Por qué le revelaste eso?».

«Porque la alternativa era dejar morir a alguien. La sanación pareció

asombrarla, no alarmarla. Tampoco creo que entienda las implicaciones de esto».

«Pero los dioses sí».

«Cierto. Pero solo saben que soy un tejedor de sueños que casualmente posee un poder que le permite sanar con magia. No saben que también he aprendido a frenar mi envejecimiento. Si me comporto como si tuviera algo que temer, ellos sospecharían que sé más de lo que debería. Por eso no puedo huir». Reanudó su deslizamiento por la cuerda.

«No se arriesgarán a descartar la posibilidad de que te hayas convertido en un inmortal —le advirtió Leiard—. Están aguardando el momento oportuno. Por ahora les resultas útil, pero en cuanto los siyís estén a salvo, los dioses ordenarán a alguien que te mate».

«¿A quién? ¿A Auraya? Sería pedirle demasiado a su Blanca más reciente que liquide a su examante, ¿no crees?».

«Estás corriendo un riesgo enorme. Si ella averiguara tu verdadera identidad, no vacilaría en matarte».

«Pero no soy tan estúpido para decírselo. Ni para quedarme aquí más tiempo del necesario. Tan pronto como los siyís se curen, me iré».

Como de costumbre, Rit esperaba a Mirar en la plataforma siguiente. Mientras este se deslizaba por la cuerda, el muchacho se sostenía en el aire por encima del borde. Cuando el tejedor se encontraba cerca de la plataforma, el chico se dirigió a su encuentro.

De golpe, Rit se volvió en otra dirección y emitió un sonido áspero. Mirar le posó una mano en el hombro y notó una sacudida cada vez que él tosía.

—Vete dentro a descansar.

—Si me acuesto, tal vez ya no pueda levantarme.

—Eso es lo que te pasará si no descansas.

Una expresión de preocupación asomó al rostro de Rit.

—¿Quién comprobará el estado de los enfermos? ¿Quién llevará mensajes a Auraya?

—Hay otros siyís lo bastante sanos para ocuparse de esas tareas. Ahora,

veamos cómo sigue tu hermano.

—Está mejor —dijo una voz desde el interior de la enramada.

Al volverse, Mirar vio a la madre de Rit apoyada en la puerta. Sacudiendo la cabeza, el tejedor caminó hacia ella.

—Tú también deberías descansar —la reprendió.

—Me dijiste que me estaba recuperando —replicó ella.

—No a un ritmo tan rápido.

—Alguien tiene que dar de comer a los chicos.

Él la tomó de la mano, la guio hacia dentro y la ayudó a meterse de nuevo en la cama. Una vez que la mujer se acomodó, Mirar dejó a Rit hablando con ella y pasó a la otra habitación. A un lado había dos camas colgantes, una de ellas vacía. El muchacho que ocupaba la otra dormía. Su respiración era lenta y regular, y tenía la piel pálida, pero no azulada.

«Al parecer tu futuro discípulo ha superado la enfermedad», dijo Leiard.

«Sí», respondió Mirar. Se volvió y llamó a Rit.

El chico llegó a toda prisa y miró a su hermano con ansiedad.

—La ha vencido —le informó Mirar—. Dentro de unos días habrá recobrado la energía suficiente para andar. —Señaló la cama vacía—. Ahora te toca a ti. Descansa.

Tras vacilar por unos instantes, Rit se acostó de mala gana. Mirar se acercó a Tyve y, mientras fingía examinar al chico dormido, observó a su hermano. Rit suspiró y tosió un poco antes de empezar a respirar más despacio y sumirse en un sueño profundo fruto del agotamiento.

—¿Se ha contagiado Rit?

Mirar se sobresaltó al oír la voz. Dirigió la vista hacia Tyve y advirtió que el muchacho lo miraba.

—No temas por él —murmuró—. Me aseguraré de que se ponga bien.

Tyve asintió. Cerró los ojos y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Lo sé.

—Tú ya has pasado lo peor —le aseguró Mirar.

—Estoy muy cansado. ¿Cuándo podré volver a volar?

—Dentro de unos días tal vez empezarás a recuperar la fuerza en los brazos.

Unos pasos ligeros atrajeron la atención de Mirar hacia la entrada de la habitación. La madre de los muchachos entró con un cuenco lleno de agua. Él suspiró y cruzó los brazos.

—¿Qué tengo que hacer para que te quedes en la cama?

—¿Cuándo ha sido la última vez que Rit ha comido algo? —contraatacó ella.

Él sintió una punzada de culpabilidad; no lo sabía. La mujer le escrutó el rostro y movió la cabeza afirmativamente.

—Lo suponía. La señora Blanca ha traído comida y agua fresca. Tengo entendido que no es una sanadora tan buena como tú, pero puede volar. Eso resulta... útil.

Mirar tomó el cuenco de entre sus manos.

—¿Cómo sabes lo que comentan los aldeanos? —preguntó, temeroso de que estuvieran visitándose unos a otros a escondidas.

—Rit no solo transmite tus mensajes, sino también cotilleos.

Él rio entre dientes y se volvió hacia Tyve. El chico cogió el cuenco y se bebió toda el agua con avidez. Esto pareció reanimarlo un poco.

—¿De qué conocías a Auraya antes? —quiso saber Tyve.

—Es un asunto privado del que preferiría no hablar —contestó Mirar.

Las cejas de Tyve se elevaron antes de juntarse en una expresión ceñuda.

—No te cae bien.

Mirar negó con la cabeza de forma casi automática.

—No es verdad. —Le quitó el cuenco vacío y se lo entregó a su madre, que se fue a buscar más.

—¿La odias, directamente?

—No.

«Es un poco entrometido, ¿no?», observó Leiard.

—Entonces ¿qué opinas de ella?

Mirar se encogió de hombros.

—Es una mujer competente. Poderosa. Inteligente. Compasiva.

—No me refería a eso —repuso Tyve con cara de exasperación—. Si no la odias, ¿qué sientes hacia ella?

—Ni simpatía ni animosidad. Supongo que siento respeto.

—¿O sea, que la aprecias?

—Si «respetar» significa lo mismo que «apreciar», supongo que sí.

Tyve emitió un gruñido de insatisfacción y apartó la vista, entornando los párpados.

—Si yo fuera tu discípulo, ¿vería mundo?

Mirar soltó una carcajada.

—¿Quién dice que te aceptaré como discípulo?

—Nadie, por ahora. Pero si lo fuera, ¿conocería a más personas importantes como Auraya?

—Espero que no.

El chico arrugó el entrecejo.

—¿Por qué lo dices?

—Las personas importantes siempre están abrumadas por sus problemas, cuando no son ellas mismas las que los causan. Mantente alejado de ellas.

«Empiezas a parecerme a mí», terció Leiard.

A Tyve le brillaron los ojos.

—¿Fue eso lo que te ocurrió? ¿Auraya te causó algún tipo de problema?

Mirar dio un paso hacia la puerta.

—Eso no te incumbe. Espero que recuperes el respeto a los mayores y a las visitas cuando recobres la salud, Tyve. De lo contrario, me temo que te convertirás en un cotilla desvergonzado. —Dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y oyó chirriar la cama de Tyve cuando este se incorporó.

—Pero...

Mirar se volvió hacia atrás, se llevó un dedo a los labios y lanzó una mirada significativa a la figura durmiente de Rit. Mordiéndose el labio, Tyve se tumbó de nuevo con un suspiro.

Mirar se encontró con la madre de los chicos en la habitación contigua.

—Tienes razón —dijo—. Tyve se encuentra mejor. Sospecho que te costará conseguir que guarde cama. Procura evitar que vuele hasta que se haya restablecido por completo.

Ella asintió.

—¿Y Rit?

—No le quites ojo.

—De acuerdo. —Pasó junto a él con el cuenco que había vuelto a llenar.

Tras salir de la enramada, Mirar se acercó a la correa. Se paró a meditar quién podría ser un buen sustituto de Rit como mensajero. Oyó a su espalda el golpe sordo de unos pies al topar con la madera. Cuando volvió la cabeza, vio a Auraya a unos pasos de distancia.

—Lei... Wilar —dijo—. El estado del portavoz Vice se agrava otra vez. Necesita tu ayuda.

Mirar descubrió que estaba abatido y a la vez complacido. La noticia lo consternaba, pero por algún motivo que no tenía claro, le alegraba que Auraya hubiera acudido a él. Tal vez solo porque era una manera de reconocer que las habilidades del tejedor eran superiores a las suyas.

«No —dijo Leiard—. Esa no es la razón. Eres vanidoso, pero no tanto. Es porque ella ya no te evita. Te gusta».

—Será mejor que vaya a verlo —masculló. Se aproximó a la correa y se la ciñó al cuerpo. Trazó en su mente una ruta hacia la plataforma del portavoz. Esta se hallaba a tres tramos de cuerda como mínimo. Mirar cayó en la cuenta de que Auraya aún lo observaba.

—Nos vemos allí —dijo él.

Ella asintió, se acercó al borde de la plataforma y saltó. Planeando para imitar el elegante vuelo de los siyís, aunque no tenía necesidad de ello, llegó a la plataforma del portavoz en unos instantes. Lo había hecho con tal desenvoltura y naturalidad que Mirar no pudo evitar que se avivaran los rescoldos de su antigua admiración hacia ella.

«Tu admiración no —lo corrigió Leiard—. La mía».

«Yo también la admiraba —repuso Mirar—, solo que no hasta el extremo de convertirme en un imbécil rematado».

Se descolgó de la plataforma y comenzó a avanzar hacia la siguiente. Como el tramo era de subida, al poco rato estaba jadeando debido al esfuerzo. Le dolían las desolladuras que la áspera cuerda le había hecho en las manos.

«A pesar de todo, esto es mejor que pasarse el día y la noche trepando y bajando por cuerdas», señaló Leiard.

Cuando llegaron a la plataforma siguiente, Mirar se quitó la correa y se acercó a otro cordel. Tras ponerse la segunda correa en torno a los hombros,

se deslizó hasta una estructura más pequeña. A partir de allí le esperaba un trayecto más difícil hasta la casa del portavoz. Auraya no lo perdía de vista, lo que le hizo cobrar una mayor conciencia de lo torpe y desmañado que debía de parecer. Se ajustó el tercer cinturón y comenzó a halarse hacia delante.

De pronto, la correa empezó a moverse sola. Al alzar la mirada frente a sí, él vio a Auraya de pie en la plataforma, con la mano tendida.

«Te está desplazando con magia. ¿Cómo no se te había ocurrido?», preguntó Leiard.

«Me preocupaba que las cuerdas sufrieran algún daño si me deslizaba demasiado deprisa —contestó Mirar—. Lo sabes».

«El desgaste sería el mismo al margen de la velocidad —dijo Leiard—. Estoy seguro de que lo sabes».

Mirar puso mala cara.

«Tú ganas. No se me había ocurrido. Soy un idiota. ¿Satisfecho?».

Cuando se encontraba cerca de la plataforma, reparó en que Auraya sonreía. El estómago le dio un vuelco.

«Es maravillosa», murmuró Leiard.

«No vuelvas a las andadas», le advirtió Mirar.

Un momento después, sus pies estaban apoyados en la plataforma y Auraya lo ayudaba a despojarse de la correa. Su sonrisa había cedido el paso a una expresión de preocupación.

—Su cuerpo sencillamente no puede luchar contra la enfermedad —declaró ella—. Quizá esta sea una de esas ocasiones de las que me hablabas, en las que hay que echar mano del último recurso.

Él asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo que... —Hizo una pausa y sacudió la cabeza.

Él la miró con fijeza.

—¿Qué?

Ella meneó la cabeza de nuevo y suspiró.

—Tengo que preguntártelo. Considerando todas las vidas que podría salvar, no debo dejar que... otras cosas... interfieran en mi deber. —Echó los

hombros hacia atrás—. ¿Querías enseñarme a destruir una enfermedad dentro del cuerpo?

Él le clavó los ojos. Ella le sostuvo la mirada.

«Es imposible que comprenda las implicaciones de la sanación», pensó Mirar.

«No, debe de creer que lo que pide es que le desveles uno de los mayores secretos de los tejedores de sueños —dijo Leiard—. Creo que si te negaras, lo comprendería».

«Sí —convino Mirar—. Pero ¿de verdad puedo negarme? Cuando pienso en el futuro... Los circulianos han venido para quedarse, me guste o no. Solo hay una persona con mis conocimientos en el mundo, y no soy libre de ir allí donde se me necesita. Ella tiene razón al decir que podría salvar muchas vidas. Al enseñárselo yo no estaría revelando más sobre mí mismo de lo que ella ya sabe».

«Pero ¡seguramente los dioses no lo permitirían!».

«¿Por qué no? Ella ya es inmortal. —Hizo una pausa—. Deben de tener otro sistema para impedir que envejezca. Si Auraya puede desafiar el tiempo como nosotros los inmortales, ya debería ser capaz de sanar por medio de la magia».

«Si ha alcanzado la inmortalidad por medios distintos que nosotros, no puedes dar por sentado que será capaz de curar con magia —concluyó Leiard—. Tal vez por eso los dioses no le hayan concedido aún ese don. Lo que resulta extraño. Sin duda la facultad de sanar a la gente representaría una ventaja enorme para una Blanca. Quizá haya una razón por la que no quieren, y si tú se lo enseñas tal vez se enfurezcan y...».

Auraya tenía el ceño fruncido. Al percatarse de que llevaba un rato mirándola, él apartó la vista.

—Lo... lo pensaré —le aseguró.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Gracias. —Acto seguido, se volvió hacia la enramada y lo guio hacia el interior para ver al portavoz Vice.

Aime había resultado ser un lugar donde una sanadora visitante podía obtener buenos beneficios. En un principio, Emerahl había supuesto lo contrario, puesto que la ciudad estaba atestada de sacerdotes, el templo no estaba lejos del mercado e incluso había visto a algún que otro tejedor de sueños. Sin embargo, en su mayoría eran hombres. Los clientes de Emerahl habían sido mujeres de todas las edades, demasiado tímidas o avergonzadas para consultar a un sanador varón sobre sus dolencias más íntimas, o simplemente mujeres que preferían que las tratara alguien de su sexo.

Había alquilado una habitación al encargado de los muelles, que se había mostrado ansioso por ayudarla después de que ella restableciera el flujo de sangre en su pierna, obstruido por el tejido cicatrizante. Al cabo de varios días, Emerahl tenía una bolsa repleta de monedas, pero la luna había menguado hasta semejar de nuevo un arco muy fino, por lo que ella había tenido que marcharse para regresar a tiempo a la Columna.

La noche anterior, una tormenta breve la había obligado a refugiarse en una bahía. Era lo bastante grande para albergar una aldea de pescadores de tamaño considerable, donde ella había tomado una habitación. Se dirigía de regreso hacia su barca cuando alguien le tiró de la manga.

Se volvió, suponiendo que se trataba de una nueva clienta. El chiquillo flaco y mugriento con ropas remendadas que le llegaba a la altura del codo no

era lo que ella esperaba.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó, disimulando su desilusión. Saltaba a la vista que era un niño de la calle, por lo que era dudoso que él, o quienquiera que le hubiera pedido que la abordase, pudiera pagarle.

—Ven a ver —dijo él, sin dejar de darle tirones en la manga.

—¿A ver qué? —preguntó ella con una sonrisa.

—Ven a ver —repitió el crío, con los ojos muy brillantes.

Ella percibió en él determinación y urgencia.

—¿Se ha hecho daño alguien? —inquirió.

—Ven a ver. —Continuó tironeándole la manga.

Ella enderezó la espalda. Quizá el crío era un débil mental al que alguien había enviado en busca de un sanador. Los saquitos de remedios que ella llevaba al cinto eran indicadores tan claros de su profesión que incluso un niño idiota era capaz de reconocerlos.

Emerahl asintió.

—De acuerdo. Voy contigo.

Él la tomó del brazo y echó a andar.

Ella se alegró de estar a punto de marcharse. Quienquiera que hubiera enviado al chiquillo seguramente no tenía dinero, pero tal vez podría pagarle de otra manera. En numerosas ocasiones había descubierto que si se corría la voz de que curaba a los pobres y desvalidos sin cobrar, siempre acababan por encontrarla hordas de enfermos menesterosos. Poco después, los clientes que podían pagar empezaban a exigirle que los sanara gratis. Daba igual que la ciudad fuera grande o pequeña: la situación se ponía difícil en cuestión de horas.

El niño la había guiado a una callejuela tan estrecha que en algunas partes Emerahl tenía que caminar de costado. Entreveía caras delgadas en los resquicios de las puertas y ojos que la espiaban con curiosidad. Invocó magia y se rodeó de una barrera de luz.

Salieron a otra calle. El muchacho la enfiló, y juntos bajaron por varias escaleras hasta una vía más ancha. Esta los condujo hasta unas dunas cubiertas de hierba que bordeaban la bahía. Sujetándole aún el brazo, el chico se encaminó por un sendero hacia una punta rocosa.

Conforme se acercaban, ella cobró conciencia del rugido del mar. El crío la apartó del sendero y le soltó el brazo. Se dirigió apresuradamente hacia las peñas y saltó de una a otra.

«¿Se habrá hecho daño alguien al caer desde esas rocas? —se preguntó Emerahl—. O tal vez se ha ahogado. Espero que no». A veces quienes padecían debilidad mental no comprendían lo sucedido cuando veían morir a una persona. Creían que simplemente estaba enferma.

El muchacho se volvió hacia ella y le hizo una señal. Su voz apenas resultó audible por encima del bramido de las olas.

—Ven a ver.

Ella empezó a caminar con zancadas más largas. El niño esperó a que se aproximara antes de seguir adelante. Las rocas eran cada vez más grandes e irregulares. Avanzar por encima de ellas requería casi toda su concentración. El rugido del mar se hizo más fuerte. Cuando ella calculaba que le faltaba medio camino para llegar al final de la punta rocosa, el muchacho se detuvo de pronto y dejó que lo alcanzara.

A pocos pasos de distancia, un chorro de agua brotaba ruidosamente del suelo.

Se elevaba hasta el doble de la altura de un hombre y se quedaba flotando en el aire por unos instantes antes de caer salpicando en una amplia depresión, donde desaguaba a través de un agujero en las rocas. Emerahl se percató de que se había quedado rígida de indignación, con el corazón desbocado.

El chico sonreía de oreja a oreja. Se acercó a las peñas que los rodeaban y trepó a la más alta. Se sentó, haciéndole señas de que se acercara.

«¿Me ha traído solo por eso?», pensó Emerahl.

—Sube —gritó él.

Ella respiró hondo, dejó a un lado su irritación y comenzó a escalar. Cuando llegó arriba, el niño sonrió y dio unas palmaditas en la roca, a su lado.

—Siéntate, Emerahl.

Ella se quedó helada, por la impresión de oír su nombre y porque había caído en la cuenta de que él hablaba en una lengua muerta hacía mucho

tiempo. En cuanto comprendió frente a quién estaba, no pudo hacer otra cosa que clavar los ojos en él. Él alzó la vista y le sonrió. El brillo excesivo de su mirada no se debía a deficiencia alguna, sino a una mente mucho más vieja de lo que su cuerpo aparentaba.

—¿Tú eres...? —Dejó la pregunta en el aire de forma deliberada. Darle un nombre que él pudiera repetir no tenía sentido, si no era la persona que buscaba.

—¿Gaviota? —dijo él—. Sí. ¿Quieres que te lo demuestre? —Hizo bocina con las manos y silbó.

Un momento más tarde, algo pasó como una exhalación junto a la oreja de Emerahl. Por unos instantes, un ave marina se sostuvo en el aire encima de las manos ahuecadas de él, batiendo las alas, y ella vio que dejaba caer un objeto de sus garras antes de alejarse veloz. Él alzó las manos. En ellas había una caracola engarzada en un cordel hecho de «cabello de vieja». Arrancó una hebra de hierba y dejó que el viento se la llevara.

Emerahl se sentó.

—Te dábamos por muerta —dijo él.

Emerahl se rio.

—Yo creía que el que había muerto eras tú. Un momento... Has dicho «dábamos». ¿Acaso quedan otros inmortales de la era pasada?

—Sí. —Desvió la mirada—. No te diré quiénes son. No me corresponde a mí revelarlo.

Ella asintió.

—Por supuesto.

—Entonces ¿por qué te has revelado ante mí?

Emerahl inspiró profundamente y exhaló despacio mientras meditaba por dónde empezar.

—Me he pasado buena parte del último siglo viviendo como una ermitaña. Y así seguiría si un sacerdote no hubiera decidido visitarme. Puse tierra por medio y no he dejado de viajar desde entonces.

—Los circulianos te persiguieron —dijo el Gaviota.

Ella lo contempló, asombrada.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—«Entre los marineros, los chismes se propagan más deprisa que la peste» —citó él.

—Ah, entonces sabrás que logré burlarlos.

—Sí. Te perdieron el rastro en Porin por los mismos días en que llegó la noticia de la invasión pentadriana. ¿Adónde fuiste entonces?

—Pues... yo... seguí al ejército torenio.

Él enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Me uní a un prostíbulo. Era el mejor lugar donde podía esconderme en aquellos momentos. —Advirtió que la expresión del Gaviota no reflejaba alarma ni desaprobación—. El prostíbulo viajaría con el ejército de Toren, y concluí que era una buena oportunidad para salir de la ciudad sin que me descubrieran.

A él le brillaron los ojos.

—¿Presenciaste la batalla? —preguntó, ansioso como un muchacho emocionado ante la idea de contemplar una guerra real.

—Casi toda. Me marché hacia el final, cuando topé con... un viejo amigo. Pasé un tiempo en Si antes de decidirme a salir en tu busca.

—¿Conque un viejo amigo, eh? —Entornó los ojos—. Si has vivido como una ermitaña durante el último siglo, debe de ser realmente muy viejo.

—Tal vez. —Sonrió—. Quizá no me corresponda a mí revelarlo.

Él soltó una risita.

—Interesante. Qué irónico sería que ese amigo tuyo resultara ser también el mío.

—Sí, pero no es posible.

—¿Ah, no? Eso significa que somos unos cuantos los que hemos conseguido eludir a los dioses.

Emerahl asintió.

—Valiéndonos de medios distintos.

—Sí. Para mí fue sencillo. Hace mucho tiempo que no soy fácil de encontrar. Simplemente me encargué de que resultara aún más difícil.

Ella miró al chico.

—Y sin embargo has acudido a mi encuentro.

—Es verdad.

—¿Por qué?

—¿Por qué me has buscado tú a mí?

—Para saber si otros inmortales habían sobrevivido, y cómo lo habían logrado. Para ofrecerte mi ayuda, si algún día la necesitabas. Para averiguar si yo podía pedirte ayuda a ti.

—Si has sobrevivido durante tanto tiempo, dudo que necesites ayuda —repuso el Gaviota en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo llevar vida de ermitaña por toda la eternidad.

—Y por eso buscas compañía.

—Sí, además de las ventajas de tener amigos poderosos.

Él desplegó una gran sonrisa.

—No estás sola en esto. Me gustaría contarte entre mis amigos poderosos.

Ella sonrió a su vez, más complacida y aliviada de lo que había imaginado que estaría. «Tal vez me siento sola, después de vivir tantos años aislada».

—Por otro lado —prosiguió él, asumiendo de pronto un semblante grave—, no sé si a mis amigos les parecerá bien. Si ellos no están de acuerdo, seguiré su consejo. Valoro mucho su opinión. Debes ganarte su aprobación. De lo contrario... —agregó con seriedad—, no podré volver a hablar contigo.

—¿Qué debo hacer para ganarme su aprobación?

El niño frunció los labios.

—Ve a las Cuevas Rojas de Sennon. Si transcurre un día sin que veas a nadie, significará que no te han otorgado su aprobación.

—¿Y si me la otorgan?

—Conocerás a mi amigo —respondió él, sonriente.

Emerahl asintió. Sennon se encontraba en el otro extremo del continente. Tardaría meses en llegar hasta allí.

—No ves a tu amigo muy a menudo, ¿verdad? —preguntó ella en tono irónico.

—En persona, no.

—Si dan su visto bueno, ¿cómo volveré a contactar contigo?

—Ellos te dirán cómo.

A Emerahl se le escapó una risotada.

—Qué maravillosamente misterioso es todo esto. Haré lo que me dices. —Posó la vista en él y suspiró—. No tengo que partir de inmediato, ¿verdad? ¿Podemos charlar un rato?

Él sonrió y movió la cabeza afirmativamente, con la mirada fija en un punto distante.

—Claro. Dame solo un... —El borboteo del chorro de agua que brotó de nuevo del suelo ahogó sus palabras. Cuando el agua cayó con gran estrépito, él rio entre dientes.

—Los lugareños dicen a los visitantes que este sitio se llama «la escupidera de Lore», pero tienen un nombre incluso más soez para los chorros de agua.

Emerahl soltó un resoplido.

—Ya me lo imagino.

—Dan por sentado que siempre estará aquí. Tarde o temprano, el mar erosionará la roca y ya no habrá presión suficiente en la cueva de abajo para expulsar el agua por el agujero. En Genria hubo durante una época un chorro que habría hecho que este pareciera pequeño.

—Ah, lo recuerdo. ¿Qué le ocurrió?

—Un hechicero creyó que al agrandar el agujero conseguiría que el chorro fuera más grande. —Meneó la cabeza—. A veces los mayores dones se conceden a los mayores necios.

Emerahl pensó en Mirar y en las trastadas por las que era célebre, y asintió.

—Ya lo creo.

Auraya subió a la cama colgante y se quedó tendida sin moverse hasta que dejó de balancearse. Aunque ya era por la tarde, ella aún percibía señales de que la aldea siyí estaba volviendo a la vida. Quienes se habían recuperado lo suficiente retomaban sus viejas rutinas. La ropa lavada ondeaba al viento. El olor a comida cocinándose llegaba hasta su nariz. Las risas de los niños

llegaban hasta sus oídos.

Cerró los ojos y dejó que el sueño se apoderara de ella.

:Auraya.

Ella abrió los párpados, y sus ansias de dormir se disiparon en el acto.

:¡Chaia! Llevaba días sin saber de ti.

:Estaba ocupado. Al igual que tú.

:Sí, creo que lo peor ha pasado. Hemos aislado a aquellos cuyos cuerpos no pueden luchar contra la enfermedad. En cuanto todos estén curados, dejaremos que se reúnan con la tribu. Si algún portador de la enfermedad visita la tribu, estarán en peligro de recaer.

:No puedes quedarte aquí solo por si surge esa eventualidad, le advirtió Chaia.

:Lo sé. Sin embargo, tal vez Leiard se quede.

:¿Estaba aquí cuando llegaste?

:Sí. —Hizo una pausa—. No puedo leerle la mente. ¿Cómo es posible?

:Te está bloqueando. Es un don único.

:Su habilidad para sanar es extraordinaria.

:En efecto. Es más poderoso de lo que parece a primera vista. Sus poderes de sanación también son únicos.

:Es una lástima que no se ordenara sacerdote. —Auraya cerró los ojos—. Sería un sacerdote sanador excepcional. Entonces podría ayudar a muchas más personas. Le he pedido que me enseñe esta habilidad sanadora. ¿Te parece bien?

Chaia guardó silencio por un momento antes de responder por lo bajo.

:Lo pensaré. ¿Qué sentimientos albergas hacia él ahora?

Ella frunció el ceño.

:Han cambiado. Ya no estoy enfadada. Me ha pedido disculpas. Eso ha influido en mí más de lo que habría imaginado.

:¿En qué sentido?

:No lo sé. Lo aprecio más por ello. Creo... creo que me gustaría tenerlo como amigo..., o al menos que mantuviéramos el contacto.

:Aún te sientes atraída hacia él.

:¡No!

:Mientes. No puedes ocultármelo.

Auraya suspiró.

:Entonces debes de tener razón. ¿Estás...? ¿Te molesta?

:Por supuesto, pero eres humana. Mientras tengas ojos, admirarás a otros hombres, lo que no quiere decir que intentes seducirlos.

:No, desde luego no intentaré seducir a Leiard. Fue un error que no volveré a cometer.

:Me alegro. No quiero que te haga daño. Y ahora, duerme, Auraya — susurró Chaia—. Duerme y sueña conmigo.

Mientras desmontaban la tienda de campaña, Imi sintió un hormigueo en el estómago. Inspiró a fondo y exhaló de golpe.

«¡Me voy a casa!».

Cuando su entusiasmo se moderó, le sorprendió notar un ligero pesar. Los pentadrianos se habían portado muy bien con ella. Si todo el tiempo que había pasado lejos de casa hubiera sido así, ella no habría tenido tanta prisa por regresar. Había descubierto muchas cosas maravillosas: comida deliciosa, objetos hermosos que nunca antes había visto, músicos y artistas excelentes. El palacio de Elay le parecería vulgar y aburrido en comparación, pero echaba de menos a su padre, a Teiti, a los guardias y a los niños con los que jugaba.

Imenja se apartó de los criados, que estaban plegando la tienda con cuidado, y atravesó el patio hacia Imi.

—¿Estás lista?

—Sí —asintió Imi.

—¿Tienes todas tus pertenencias?

Imi bajó la vista y señaló una caja pequeña a un lado de sus pies. Contenía los regalos con que Imenja y Nekaun la habían obsequiado.

—Las he metido ahí. —Se agachó para recogerla, pero Imenja extendió una mano para impedirselo.

—No, eres una princesa. No debes cargar con tu propio equipaje. —Alzó la mirada hacia Reivan, que sonrió y se inclinó para levantar la caja. Imi no tenía idea de cómo esta había comprendido lo que Imenja quería. A veces se preguntaba si se comunicaban mediante un código secreto de gestos. Imenja se volvió hacia la puerta más cercana—. Es hora de partir.

Recorrieron numerosos pasillos y escaleras. Para alivio de Imi, casi todo del camino era cuesta abajo. Aunque había recuperado buena parte de sus fuerzas, aún se cansaba con facilidad. Tras cruzar un patio extenso, entraron en una sala repleta de hombres y mujeres vestidos con túnica negra. Al otro lado de los arcos de la pared del fondo, ella vislumbró muchas casas de pisatierra. Oía voces, innumerables voces. Debía de haber una multitud enorme fuera.

Ella hizo un esfuerzo por apartar su atención del exterior. Un hombre conocido de túnica negra se dirigió a su encuentro.

—Princesa Imi —saludó Nekaun—. Ha sido un honor tenerte en nuestro Santuario.

Ella tragó en seco e intentó pensar una respuesta con presteza.

—Nekaun, Voz Primera de los Dioses, te doy las gracias por tu hospitalidad y por haberme salvado.

Él sonrió, con los ojos centelleantes, y sin desviar la mirada indicó a las personas que tenía detrás que se acercaran. Dos hombres se aproximaron, llevando un arcón entre ambos. Después de depositarlo en el suelo, delante de ella, retrocedieron.

—Es un regalo para tu padre —le informó Nekaun—. ¿Lo aceptas en su nombre?

—Lo acepto —respondió Imi, contemplando el baúl y preguntándose qué contenía—. Me aseguraré de que él lo reciba.

Nekaun hizo un gesto en dirección al arcón. Imi observó pestañeando que la tapa se abría sola. «No, por arte de magia —rectificó—. Él sabe hacer magia, como Imenja».

Se olvidó de todo lo demás en cuanto vio lo que había dentro: copas y jarras de oro; telas finas de colores vistosos; tarros repletos de los frutos secos dulces a los que ella se había aficionado; y unas bonitas botellas de vidrio

que, a juzgar por los aromas que emanaban del baúl, estaban llenas de perfume.

—¡Gracias! —exclamó. Miró de nuevo a Nekaun y enderezó la espalda—. Acepto y te doy las gracias en nombre del rey Ais de Elay.

Él asintió con formalidad.

—Que el viaje a tu hogar sea breve, la mar serena y el tiempo propicio. Que los dioses velen por ti y te protejan. —Trazó con las manos sobre su pecho el dibujo que según Imenja representaba una estrella, y los demás pentadrianos lo imitaron—. Adiós, princesa Imi. Espero que volvamos a vernos.

—Yo también —contestó ella.

A una señal de Nekaun, los dos hombres levantaron el arcón.

—Os acompañaré hasta los palanquines.

Flanqueada por Nekaun e Imenja, Imi se encaminó hacia las puertas arqueadas. Cuando salieron del edificio, ella se quedó sin aliento.

Al pie de una amplia escalinata había una gigantesca masa humana. Un interminable mar de rostros se extendía entre las casas. En cuanto vio aparecer a Nekaun, Imenja e Imi, el gentío gritó y agitó los brazos. Las voces se unían en un rugido tan impresionante como aterrador. Imi nunca había visto a tantas personas juntas.

Tras vacilar por un momento, se obligó a seguir descendiendo los escalones. Abajo, unos pisatierra con el torso descubierto se encontraban de pie junto a una plataforma rutilante cubierta de cojines. Imenja le dedicó una sonrisa a Imi y la guio hacia el entarimado. Al ver que se acomodaba sobre los cojines, la chica siguió su ejemplo. Nekaun se quedó en la escalinata.

Los hombres de torso desnudo se agacharon para asir las varas que sobresalían a los lados de la plataforma. Cuando otro hombre gritó una orden, la estructura se elevó. Imi se agarró de los costados. Aunque los movimientos de los hombres eran suaves y lentos, ella no podía evitar la sensación de que estaban alejándola demasiado del suelo.

Dos columnas de hombres y mujeres con túnicas negras bajaron por las escaleras y pasaron por los lados de la plataforma. La muchedumbre se separó para dejar que los hombres transportaran a Imenja y a Imi calle abajo.

Imi volvió la vista hacia Nekaun, que alzó una mano en señal de despedida.

Cuando ella se disponía a alzar la mano a su vez, varios objetos de colores vivos estallaron en torno a ella. Dio un respingo, y acto seguido rio encantada cuando una lluvia de pétalos cayó sobre la plataforma.

—¿Siempre hacen esto? —preguntó mientras más pétalos revoloteaban alrededor.

—Depende del acontecimiento —respondió Imenja—. La gente tiende a reunirse aquí cuando sabe que hay posibilidades de ver a alguna de las Voces, sobre todo a Nekaun. Sin embargo, a nosotros no nos lanzan flores. Las han traído en tu honor.

—¿Por qué? —preguntó Imi, tan halagada como atónita.

—Eres una princesa. Las grandes muestras de cariño hacia la realeza son una tradición. En otras épocas, se esperaba de un monarca y su familia que tiraran monedas a cambio, pero esa tradición murió junto con el último rey avveniano, hace casi un siglo.

—¿Ya no tenéis rey?

Imenja sacudió la cabeza.

—No desde entonces. Ese soberano falleció sin herederos, y el pueblo decidió que prefería que lo gobernáramos las Voces. También gobernamos en Mur, que está al norte, a través de un Servidor Devoto elegido por los Servidores locales. En Dekkar, al sur de aquí, la gente aún está sujeta al dominio de un Gran Cacique, aunque su sucesor es elegido por los dioses, no por linaje.

—¿Cómo comunican los dioses su decisión a la gente?

—Los candidatos deben someterse a pruebas de habilidad, educación y liderazgo. Quien supera todas las pruebas es nombrado Gran Cacique.

—De modo que los dioses se aseguran de que su elegido las supere.

—Así es —asintió Imenja.

—No entiendo cómo no se me había ocurrido hacer estas preguntas antes —dijo Imi—. Me parece que una princesa debería saber estas cosas. Supongo que no soy una buena princesa.

—Eres una princesa maravillosa —aseveró Imenja, sonriente—. Si no te enseñaron a plantear este tipo de preguntas es porque tu padre suponía que

nunca tendrías la necesidad de hacerlas.

Imi se puso visiblemente nerviosa al pensar en su padre.

—Estará furioso conmigo.

La sonrisa de Imenja se ensanchó.

—¿Por qué?

—Porque infringí leyes y me metí en un lío.

—No creo que eso le importe en absoluto. Cuando te vea simplemente estará feliz de tenerte de nuevo a su lado.

Imi suspiró.

—Y yo estaré feliz de haber vuelto a casa. Me da igual si tengo que quedarme en mi habitación o tomar clases adicionales durante un año. Jamás volveré a incumplir una norma.

Cuando la plataforma dobló una esquina, Imi vio que las llevaban por una calle diferente. Divisó a lo lejos el mar y las formas diminutas de barcos. Cuando se produjo otra lluvia de pétalos en torno a ellas, sintió que se le alegraba el corazón.

«Ojalá papá pudiera ver esto —se dijo—. Quizá cambiaría de opinión respecto a los pisatierra. No todos son malos. —Sonrió—. Cuando conozca a Imenja, se percatará de ello por sí mismo».

El portavoz Vice salió de la enramada en el momento en que Auraya se posaba en la plataforma.

—Gracias, Auraya la Blanca —dijo cuando ella le entregó unos odres de agua y cestas llenas de fruta, fiambres y pan.

Ella sonrió.

—No podemos permitir que muráis de hambre después de todo el trabajo que hemos invertido en vosotros. —La luz intensa y veteada del sol que bañaba la plataforma y la enramada impedía ver bien el penumbroso interior—. ¿Cómo están todos?

—Bien. Según Wilar, estamos todos curados. Dice que debemos esperar a que todos los vecinos se recuperen antes de salir. Tenemos que permanecer en la aldea y evitar el contacto con visitas hasta que la enfermedad se haya

erradicado de Si.

—Tiene razón —dijo ella—. Cuesta tener paciencia, pero puedes estar seguro de que si alguno de vosotros contrae de nuevo la enfermedad, morirá sin remedio. Debéis tener cuidado, sobre todo con las visitas.

Él asintió, suspirando.

—Lo tendremos. No queremos que vuestros esfuerzos hayan sido en vano, como has dicho antes. —Se acercó al borde de la plataforma y tendió la vista hacia las otras enramadas—. Wilar y tú nos habéis salvado. Estamos en deuda con vosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No me debéis nada. Me...

:¿Auraya?

:¿Sacerdote Magen?

:Soy yo. ¿Cómo se encuentra la tribu del río del Norte?

:Se recuperan de forma satisfactoria.

:Acabo de recibir una mala noticia. Los siyís me han traído a tres niños infectados. Todos padecen devoracorazones. Al parecer, visitaron a sus amigos enfermos, los que aislamos a las afueras del Claro, y contrajeron el mal. Temo que la hayan transmitido por una zona más amplia.

Auraya exhaló un suspiro.

:En ese caso, será mejor que regrese.

:Tal vez quieras dar un rodeo —añadió él—. Un siyí de la tribu del bosque del Norte acaba de llegar. Nos informa de que sus vecinos también están cayendo enfermos. No he podido determinar si se trata o no de la misma dolencia.

:Es lo que temía. Muy bien. Visitaré esa tribu de camino hacia allí. ¿Podréis encargáros Danien y tú del brote de la enfermedad en el Claro?

:Lo intentaremos.

:Gracias, Magen.

Cuando se volvió hacia el portavoz Vice, consiguió esbozar una sonrisa sombría.

—Tengo que marcharme —anunció—. La peste ha resurgido en el Claro, y la tribu del bosque del Norte también está enfermando.

El anciano palideció.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con Leiard..., es decir, con Wilar. Volveré.

Caminó hasta el borde de la plataforma y saltó. Mientras buscaba a Leiard, envió una comunicación mental.

:¿Juran?

:Auraya. ¿Cómo siguen los siyís?

:La tribu del río del Norte casi se ha recobrado del todo, pero acabo de recibir noticias de dos nuevos brotes. Espero que Leiard acceda a ocuparse de uno de ellos.

:entonces es una suerte que los dos estéis ahí..., aunque no dejo de preguntarme por los motivos de su viaje a Si. ¿Has pensado que tal vez se trasladó hasta allí con la esperanza de verse contigo en secreto?

Ella notó que le ardían las mejillas. Había evitado mencionar el nombre de Leiard a Juran durante el máximo de tiempo posible, pues no deseaba tener que responder a preguntas como aquella.

:No me recibió con los brazos abiertos, ni ha intentado retomar... nada.

:Bien. Debo dejarte.

Leiard había salido de una enramada. Ella descendió y aterrizó a su lado, sobresaltándolo.

—Acaban de darme una mala noticia —le informó.

—¿Qué ocurre?

—Una enfermedad aqueja a la tribu del bosque del Norte. No saben si se trata de devoracorazones o no.

Él asumió una expresión grave.

—¿Y quieres que yo vaya allí?

—Sí. Además, el mal ha reaparecido en el Claro, a pesar de los denodados esfuerzos de Sirri y los sacerdotes.

Él arrugó el entrecejo.

—¿De modo que quieres que te enseñe a sanar con magia?

Ella meditó por unos instantes. No tenía planeado pedirselo de nuevo mientras no contara con el permiso de Chaia. Sin embargo, si Leiard estaba dispuesto a enseñárselo y había tiempo de preguntárselo a Chaia...

—Sí.

—¿Has pensado en la posibilidad de que los dioses no te otorgaran esta habilidad porque no quieren que la poseas? —inquirió Leiard.

Ella parpadeó, sorprendida. ¿Había aprendido él a leer los pensamientos de otros, además de ocultar los suyos?

—Es posible. Tendré que consultarlos.

Él asintió.

—Si están de acuerdo, te enseñaré.

Él se animó y ella sonrió.

—Solo dame un momento.

:¿*Chaia*?

Aguardó una respuesta. Leiard había retrocedido un paso, y una mirada de decepción asomó a su rostro antes de ceder el paso a la resignación. Ella llamó de nuevo y sintió que la magia del mundo se estremecía con una presencia poderosa.

:*Auraya*.

No era *Chaia*, sino *Huan*.

:*Huan* —dijo, extrañada—. *Gracias por responder a mi llamada.*

:*Deseas aprender el don de la sanación de ese tejedor de sueños* — aseveró la diosa.

:*En efecto.*

:*Ojalá fuera posible, pero no podemos permitirlo. La magia de esta índole altera el equilibrio entre la vida y la muerte en el mundo. Si la gente comprendiera lo que puede lograrse por medio de esa magia y supiera que los Blancos podrían practicarla, os plantearían exigencias poco razonables.*

A *Auraya* se le cayó el alma a los pies.

:*Pero ¿y los *siyís*...?*

:*No morirán todos. Es el precio que desafortunadamente deben pagar para que se mantenga el equilibrio entre la vida y la muerte. Lo único que puedes hacer es actuar con presteza para evitar que se propague la enfermedad.*

:*¿Y Leiard? ¿También altera el equilibrio entre la vida y la muerte?*

:*Sí, pero no es más que un tejedor de sueños y, a diferencia de ti, no*

ocupa una posición de autoridad. El daño es mínimo.

:Podría instruir a otros.

:Fracasaría en el intento. Pocos son capaces de aprender este don. Tal vez tú podrías, pero las consecuencias serían mucho más graves.

Ella suspiró.

:Entonces debo rechazar su oferta.

:Lamentablemente, sí.

Cuando la presencia de la diosa se desvaneció, Auraya alzó la vista hacia Leiard.

—Se han negado —aventuró él.

—Sí. Tenías razón. No estoy destinada a poseer ese don. —Sacudió la cabeza, apesadumbrada—. Iré al Claro. Hará falta alguien con autoridad para impedir que el mal se extienda allí. La tribu del bosque del Norte es la más cercana a esta. Será mejor que te ocupes de ella. —Reparó en su cara de preocupación—. ¿Qué sucede?

Él apartó la mirada.

—Había decidido marcharme de Si.

Ella le dedicó una sonrisa comprensiva.

—La devoracorazones también ha estropeado mis planes. —Frunció el ceño al ver el recelo en su semblante—. ¿Sigues pensando en irte? Ah... Te vas por mí.

Él se encogió de hombros.

—Tengo órdenes de mantenerme alejado de ti.

—¡No digas tonterías! —Puso los brazos en jarras—. Juran nunca querría que dejaras a los siyís abandonados a su suerte por... Además, yo no estaré con la tribu del bosque del Norte. Él no te ordenó que te marcharas de un país cada vez que yo entrara en él, ¿verdad?

Leiard bajó la vista al suelo y volvió a posarla en ella, con expresión severa.

—No exactamente. No fue tan explícito. —Hizo una pausa—. Si acudo en socorro de la tribu del bosque del Norte, lo que implica quedarme en Si, ¿me prometes que no sufriré daño alguno?

Ella lo miró con fijeza. ¿Tanto temía las represalias?

—Claro que no sufrirás daño alguno.

—Prométemelo —insistió él—. Júralo por los dioses.

Ella tardó unos instantes en responder, pues la desconfianza de Leiard la había dejado demasiado dolida para hablar. «Si es lo que hace falta para que se quede y ayude a los siyís...».

—Juro, en nombre de Chaia, Huan, Lore, Yranna y Saru, que mientras Leiard, el tejedor de sueños, permanezca en Si ayudando a los siyís a combatir la devoracorazones, nadie le hará daño.

Ahora fue él quien la miró con fijeza. Poco a poco relajó el semblante, y finalmente sonrió.

—No puedo creer que hayas hecho eso —dijo—. Por mí.

Ella soltó un resoplido de exasperación.

—Y yo no puedo creer que me lo hayas pedido. ¿Irás a ver a la tribu del bosque del Norte?

Él asintió.

—Sí. Por supuesto. Recogeré mis cosas... y más vale que avise a Tyve.

—Se llevó a los labios un silbato que llevaba al cuello, colgado de un cordel, y sopló con fuerza. Auraya disimuló una sonrisa. A Tyve parecía gustarle que lo llamara de aquella manera, pero ella se preguntaba cuánto tardaría en hartarse.

—¡Wilar!

Al volverse, Auraya vio a Tyve descender en picado y aterrizar en la plataforma.

—Prepara tus bolsas de viaje —le dijo Leiard al muchacho, sonriendo—. Tenemos que ir a atender a los miembros de otra tribu. —Tyve abrió mucho los ojos al comprender lo que esto significaba—. Auraya debe regresar al Claro y frenar el avance de la enfermedad allí.

Leiard la miró, y su boca se curvó en una ligera sonrisa. Auraya recordó la frialdad de su mirada cuando ella había llegado a la aldea.

«Me alegro de que eso haya cambiado —pensó—. Prefiero que nos despedamos como amigos».

—Le hablaré al portavoz Vice de nuestros planes —comentó Auraya—. Id con cuidado.

Leiard asintió.

—Así lo haremos. Buena suerte.

—Gracias.

Ella se acercó al borde de la plataforma y se elevó en el aire.

Las torres y murallas de Glymma habían desaparecido tras una nube de polvo poco después de que el barco zarpara. La línea baja de la costa de Avven desfilaba a su izquierda, mientras, a la derecha, se divisaba el horizonte, regular y poco definido. Reivan, acodada en la borda, pensó en lo que había al otro lado.

«Las montañas poco elevadas del sur de Sennon —se dijo—. Luego, el desierto, más montañas, y por último las exuberantes tierras de los circulianos».

No todo el territorio de Ithania del Norte que se extendía tras la cordillera era fértil o aprovechable. Había un páramo en el centro, y las montañas de Si eran prácticamente infranqueables. Aun así, los circulianos disponían de una superficie mucho mayor de tierra utilizable. Mur estaba encajonada entre la escarpa y el mar, Avven sufría sequías, y las riquezas de Dekkar procedían de una selva despojada de vegetación, pero, al cabo de pocos años, el suelo se había vuelto incultivable.

«¿Cómo será el país de Imi?».

Reivan había recabado un poco de información de Imenja.

—Borra es un círculo de islas —le había explicado esta—, pero ellos no suelen visitarlas por temor a los ataques de los saqueadores. En cambio, viven en una ciudad a la que se accede a través de un túnel submarino.

«¿Cómo entraremos entonces?», se preguntó Reivan.

—Hay otra entrada, sobre el nivel del suelo.

Reivan dio un respingo y, al volverse, se encontró a Imenja a su lado.

—Entiendo —respondió—. Me alegra oírlo.

—Ah, seguramente no la usaremos. Los elay no se fían de los pisatierra, así que dudo que nos reciban en la ciudad.

—Entonces ¿dónde nos entrevistaremos con el rey?

—En las islas, tal vez. —Imenja se encogió de hombros—. Ya lo veremos cuando lleguemos.

—¿Se ha instalado Imi?

Imenja sonrió.

—Sí, está en el pabellón, poniéndose ropa más cómoda. Me imagino que pronto se reunirá con nosotras. Al parecer hasta los elay se marean en los viajes por mar. ¿Tú cómo te sientes?

Reivan hizo una mueca. Estaba intentando ignorar el malestar persistente que notaba en el estómago.

—Podría estar peor.

—Te pondrás bien en unos días. —Imenja se volvió hacia el mar—. Tengo una tarea para ti.

Reivan miró a su patrona, sorprendida. ¿Qué podía querer encomendarle? Iban a pasarse meses encerradas en aquel barco.

—¿De qué se trata?

—Quiero que aprendas el idioma de Imi. Sería conveniente para todos que yo no fuera la única capaz de comunicarse con los elay.

Aliviada, Reivan sonrió.

—Eso puedo hacerlo, aunque la fluidez con que llegue a hablarlo dependerá del tiempo de que disponga. ¿Está Imi dispuesta a enseñarme?

Imenja asintió.

—Sí. Hemos hablado de ello. Eso os mantendrá entretenidas a las dos durante la travesía.

—Y yo que había traído un montón de libros pensando que tendría mucho tiempo libre para leer —suspiró Reivan.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la Voz.

—También habrá tiempo de sobra para eso. Además, debes impedir que yo enloquezca de aburrimiento.

—Eso sí que no puedo permitirlo. —Reivan miró a Imenja de soslayo—. Quedarme atrapada en un barco con una Voz desquiciada no es una perspectiva muy agradable.

Imenja soltó una risita. Tendió la mirada hacia el mar de nuevo y tamborileó con los dedos sobre la barandilla.

—Imi no se ha percatado todavía de que puedo leerle la mente. Le extraña que yo supiera su nombre y que hable su idioma, pero no ha comprendido el porqué.

—¿Se lo explicarás?

—Aún no. Sospecho que si los elay se enteran de que puedo leer mentes, se fiarán incluso menos de mí que de los pisatierra comunes.

—Tal vez, pero es posible que Imi lo deduzca en el futuro. Quizá crea que se lo ocultaste de forma deliberada para engañarla.

—Sí. —Imenja arrugó el entrecejo—. Nos costaría mucho recuperar su confianza. Debo idear una explicación que sea creíble.

De pronto, una ola levantó el buque con brusquedad. Reivan tuvo la sensación inquietante e incómoda de que se le revolvían las tripas.

—Creo que voy a vomitar —murmuró de manera casi inconsciente.

Imenja le posó una mano en el hombro.

—Fija la vista en el horizonte. Eso te ayudará.

—¿Qué se supone que debo hacer de noche, cuando no pueda verlo?

—Intenta dormir.

—¿Que lo intente? —Reivan se rio y se agarró a la barandilla cuando el barco descendió de golpe por el otro lado de la ola.

—Otra cosa —dijo Imenja—. No te inclines demasiado sobre la borda. Podrías perder el colgante. O caerte al agua.

Reivan contempló la estrella de plata que colgaba de la cadena que llevaba al cuello.

—Entonces simplemente me harías otro, ¿verdad?

—No puedo —repuso Imenja—. Cada colgante contiene un fragmento diminuto de coral cultivado con esmero por medio de métodos secretos que

solo conocen las Voces y algunos Servidores selectos. El coral tiene la costumbre natural de enviar una señal telepática a otros corales, una noche al año, lo que desencadena una liberación masiva de semillas de coral. Hemos criado una variedad especial de coral que nos permite canalizar nuestras señales. —Imenja rio por lo bajo—. No llevo trozos de coral de repuesto, así que no pierdas el colgante.

Reivan dio la vuelta a la estrella entre sus dedos. El dorso era liso salvo por una pequeña mella en el centro, en el que había engastado un material negro y duro. Ella se había preguntado a menudo qué era, pero su miedo a toquetear algo que era sagrado para los dioses había prevalecido sobre su viejo hábito de investigarlo todo como Pensadora.

—Coral —dijo—. Me gustaría saber qué opinarían los elay sobre eso.

—No se enterarán —dijo Imenja con firmeza—. Te recuerdo que es un secreto.

—Por supuesto. —Reivan soltó el colgante, que se balanceó y rozó su pecho.

Imenja tamborileó de nuevo sobre la borda.

—En fin, ¿qué libros has traído? No serán todos libros de Pensadores, ¿verdad?

Reivan se apartó de la barandilla con cara de exasperación.

—Ven, te los enseñaré.

A Mirar se le escapó una risita.

«Estás muy satisfecho de ti mismo, ¿no?», preguntó Leiard.

«Esa promesa que le he arrancado a Auraya resuelve todos nuestros problemas —respondió Mirar—. No tengo que marcharme. Puedo quedarme y seguir ayudando a los siyís. Ella no incumplirá una promesa que ha hecho en nombre de los dioses».

«¿Ah, no? Creía que aquí el ingenuo confiado era yo».

«Lo eres. Tú no le habrías pedido que hiciera esa promesa».

«Porque sé que la rompería si los dioses se lo ordenaran».

«¿Aunque lo haya prometido en nombre de ellos?».

«¿Quién lo sabría? No había testigos».

«Auraya lo sabría. Le perderían el respeto».

«Y tú acabarías muerto de todos modos».

«No a menos que les dé un motivo para matarme. Estaré a salvo mientras los siyís sigan enfermos. En cuanto hayamos erradicado la peste, intentaré desaparecer de nuevo. Y tendré posibilidades de conseguirlo si Auraya está en otra parte».

Con cada paso, a Mirar se le embadurnaban los pies de barro, que se hacía más y más profundo. El aire apestaba a podrido. Maldijo a Tyve entre dientes. Sin duda el chico lo había enviado a aquel desfiladero porque discurría en dirección a la aldea del bosque del Norte o porque era menos accidentado que el terreno circundante. Por desgracia, seguramente Tyve no había alcanzado a ver el suelo cenagoso a través de la densa vegetación.

Al dar un paso, Mirar notó que su pie resbalaba y se agarró al tronco de un árbol para evitar caer en el fango. Acabó sentado en un charco de lodo.

Soltó otra maldición y se levantó con dificultad. Al dirigir la mirada hacia delante, vio un bosque interminable de troncos finos que serpenteaba bordeado de matas de hierba. El suelo que se vislumbraba entre ellas relucía.

«Tienes que regresar», dijo Leiard.

Mirar suspiró. La hierba que flotaba en el barro lo hacía parecer más sólido de lo que era. Observó su ropa. El lodo cubría sus pantalones y goteaba de la parte de abajo de su chaleco de tejedor de sueños.

«Si Auraya me viera ahora...», pensó.

«... se partiría de risa a nuestra costa», completó la frase Leiard.

«Sí». No pudo evitar sonreír. Sacudiendo la cabeza, dio media vuelta y comenzó a desandar el camino.

«Te gusta», dijo Leiard.

«Nunca he dicho lo contrario».

«No, pero esta vez lo has comprendido por ti mismo. Has llegado a la conclusión sin que yo influyera en ti. Sabes que esos sentimientos son tuyos, no míos».

Mirar reflexionó sobre esto y asintió.

«Sí, entiendo a qué te refieres».

El camino se volvió más empinado. Al pensar en el descenso resbaladizo hacia el barranco e imaginar lo difícil que le resultaría salir, soltó un gruñido.

«Seguramente Auraya ha llegado ya a su destino», pensó con ironía.

Le vino a la mente el recuerdo de Auraya saltando desde una plataforma y acelerando hacia arriba en un ángulo que a los siyís les habría sido imposible emular. Mirar la había observado hasta que ella había desaparecido tras las copas de los árboles, preguntándose cómo podía seguir asombrándole su capacidad de volar.

«La admiras —sentenció Leiard—. Esa es la razón».

Mirar se encogió de hombros.

«Sí».

No era solo por la facilidad aparente con que se servía de su extraordinario don, sino por la manera en que acometía todas sus tareas. Era competente, pero no se envanecía de sus habilidades; eficiente, pero no carecía de compasión.

«No le falta atractivo —añadió—. Aunque es evidente que los Blancos no elegirían a gente fea como representantes».

Sin embargo, su belleza no era obvia. «Algunas personas opinarían que tiene los rasgos demasiado angulosos».

«Las personas que prefieren a las mujeres rollizas y pechugonas», convino Leiard.

«Tampoco es toda ángulos. Tiene sus curvas».

«¿Así que te has fijado en sus curvas?», preguntó Leiard.

«Sí —resopló Mirar—. Soy un hombre; me fijo en las curvas. ¿Estás celoso?».

«¿Cómo voy a estarlo? Soy tú».

Sintió un escalofrío. Alzó la vista y se esforzó por examinar la empinada pared de piedras y plantas que tenía ante sí. Todo estaba mojado y resbaladizo. Buscó puntos de apoyo para las manos y los pies y comenzó a escalar.

«Si eres yo, no amas a Auraya», pensó Mirar casi sin darse cuenta.

«Pero lo cierto es que la amo».

Él meneó la cabeza.

«¿O sea, que yo también?».

«Sí».

Aquel ascenso era como subir a gatas por un muro medio derruido. Mirar sacudió la cabeza, exasperado, tanto por tener que trepar como por los ridículos comentarios de Leiard.

«Entonces ¿por qué no siento lo mismo?».

«Te has cerrado a ello. Has enterrado tus sentimientos».

«¿De veras? Menuda afirmación. Podría pasarme el resto de mi vida buscando sentimientos que no tengo, y tú podrías alegar eso cada vez que no consiga encontrarlos. “Ahonda más en tu interior”, me dirás. “Búscalos con un poco más de ahínco”».

«Pero es que nunca los has buscado —señaló Leiard—. Podrías valerte de tus habilidades de tejedor para explorar tu subconsciente, pero no lo haces. Te dan miedo las consecuencias. ¿Qué más da que yo tenga razón? No puedes ir tras ella de todos modos».

«Si tienes razón, saberlo solo me causará sufrimiento. ¿Por qué habría de correr ese riesgo?».

«Porque no te librarás de mí hasta que lo hagas».

Mirar se quedó callado. Le faltaba poco para llegar arriba. «Debería concentrarme en la escalada», pensó.

En cambio, cerró los ojos y comenzó a respirar más despacio. Condujo su mente hacia un trance onírico, y se sumió en él lentamente y de mala gana. Se obligó a pensar en Auraya. Una serie de recuerdos acudió a su memoria. Auraya practicando la sanación. Auraya volando. Auraya hablando, discutiendo, riendo. Visualizó el pasado, tanto el lejano como el reciente, incluso mientras reanudaba su ascenso. Evocó sus conversaciones sobre la paz entre los tejedores de sueños y los circulianos, y sintió respeto hacia ella. Rememoró momentos divertidos en que habían jugado con Travesuras, y sintió afecto hacia ella. La recordó llena de poder y habilidades, y sintió asombro y orgullo. La imaginó volando y... le vino a la memoria la sospecha que había abrigado respecto a esa facultad. Casi lo distrajo de su propósito, pero hizo un esfuerzo por dejarla a un lado. Si quería hacer bien aquello, debía darse el gusto de revivir solamente los momentos de proximidad que

habían compartido, como las experiencias de intimidad, placer y exploración; sentimientos más profundos, la sensación de pertenencia, de no querer estar en ningún otro lugar, de haber establecido un vínculo con otra persona. De confianza.

De amor.

De pronto, se encontraba de pie en lo alto de la cuesta, jadeando de cansancio, aterrado y eufórico por haber cobrado conciencia de la verdad.

«Ahora lo entiendo. Emerahl tenía razón, y a la vez estaba equivocada».

Para convertirse en Leiard él no había creado rasgos nuevos en su personalidad. No, había bloqueado los que creía que eran más identificables para los demás. Al mismo tiempo, había liberado otros que había reprimido durante años.

«Leiard soy yo. Yo soy Leiard. Él es la persona en quien me convertí cuando inhibí la faceta de mi carácter que refrenaba los sentimientos que me parecían peligrosos. Sentimientos como el amor».

Sentimientos de los que había aprendido a desconfiar. El amor no había sido para él —un inmortal en un mundo de mortales— más que una fuente inagotable de dolor. Al transformarse en Leiard, había abierto de nuevo la puerta al amor.

«Yo soy Leiard. Leiard soy yo. —Se llevó las manos a la cara—. Amo a Auraya».

Rio con amargura ante esta ironía. Siglos atrás, había construido una muralla en torno a su corazón para no volverse a enamorar de una mujer condenada a morir. Ahora se había enamorado de una inmortal; una hechicera asombrosa, bella e inteligente con dones extraordinarios, que en otro tiempo había correspondido a su amor.

—Pero ¡si es una maldita sacerdotisa de los dioses! —gritó.

El sonido de su voz lo sobresaltó y lo arrancó de su trance, devolviendo su atención a la realidad inmediata. Inspiró profundamente y exhaló.

«Me avisaste que sería doloroso», le dijo a Leiard.

No obtuvo respuesta. Quizá Leiard estaba gastándole una pequeña broma. Esperó un poco más. Nada.

«Tal vez haya desaparecido. —Sacudió la cabeza—. No, no ha

desaparecido, pero ya no es un ser separado de mí, ni yo un ser separado de él».

Tras mirar alrededor, echó a andar. No podía hacer otra cosa que seguir adelante. Solo. Sintió una punzada de arrepentimiento. Tenía la corazonada de que no volvería a saber de Leiard.

«Creo que lo echaré de menos. No puedo estar con Auraya, y ya no tengo a Leiard para conversar».

Este pensamiento habría debido hacerle gracia, pero en cambio lo dejó con una triste sensación de vacío.

En las habitaciones superiores de la Torre Blanca, Juran caminaba de un lado a otro. Cada vez que pasaba junto a las ventanas, bajaba la vista hacia la ciudad. Hacía mucho que había renunciado a conservar en la memoria una imagen de Jarime en sus inicios, o en diferentes épocas de los últimos cien años. Aunque él no envejecía físicamente, sus recuerdos eran tan frágiles como los de cualquier mortal.

Y esta era la causa de su disgusto en aquel momento.

:No me acuerdo —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. Es como intentar recordar el aspecto que tenía la doncella de mis padres..., y a ella la vi miles de veces más que a Mirar cuando estaba vivo. ¿Por qué quieres que me acuerde de cómo era él?

:Por una sospecha. O está vivo, o hay otro tejedor de sueños en el mundo con habilidades que por lo general solo poseen los inmortales, dijo Huan.

A Juran le dio un vuelco el corazón.

:No estoy seguro de cuál de las dos cosas sería peor. ¿De modo que no lo reconoces?

:Solo lo veo a través de los ojos de otros. No puedo reconocerlo a menos que el observador lo reconozca. Y tú eres la única persona viva capaz de identificarlo.

:Si se tratara de Mirar, lo sabrías al leerle el pensamiento, ¿no?

:No puedo penetrar en su mente.

Juran se paró en seco, y un escalofrío le bajó por la espalda.

:¿El tejedor de sueños en cuestión es Leiard?

:Sí.

:¡Es imposible que Leiard sea Mirar! He explorado su mente.

:Una mente que ahora está totalmente protegida. Si es capaz de eso, tal vez fuera capaz de ocultar partes de su mente antes. Además, practica la sanación a la manera de los inmortales —añadió Huan—. Tal como lo hacía Mirar. Y hay otro factor sospechoso.

:¿Cuál?

:Guarda los recuerdos de Mirar y ha reconocido haber oído su voz en su mente.

:Pero ¡no puede ser Mirar! ¡Yo lo habría reconocido!

:No sé si podrías. Cien años son mucho tiempo. No habíamos observado los efectos de la pérdida de memoria en inmortales creados por nosotros hasta ahora. ¿Se conserva algún retrato de Mirar?

:Casi todos fueron destruidos, aunque es posible que queden algunos en los archivos. Pero... encontramos su cadáver.

:Encontrasteis un cadáver aplastado y desfigurado. Tal vez no era el suyo.

:¿Y si Leiard no es Mirar?

:Podría ser un nuevo indómito.

:¿Eso lo convertiría en alguien peligroso?

:Sí.

:¿Está Auraya a salvo?

:Chaia la vigila.

Juran se acercó a una ventana y contempló la ciudad de nuevo. Si Leiard era un nuevo indómito y se veían obligados a matarlo, Auraya quedaría destrozada. Tal vez no le afectaría tanto ahora que no estaba enamorada de él, pero le costaría entender el razonamiento de los dioses de que todos los indómitos eran peligrosos.

:No encontramos a todos los indómitos. Los que lograron burlarnos no nos han causado problemas, dijo.

:Aún no. Recuerda que el poder corrompe. Los inmortales no reconocen nuestra autoridad. Como creen que sus almas nunca tendrán que sobrevivir

a la muerte de su cuerpo, no sienten la necesidad de obedecernos. Son poderosos y capaces de hacer mucho daño. Será mejor librarnos de ellos ahora que esperar a que desarrollen todo su potencial.

:¿Qué haríamos si un circuliano se volviese inmortal... sin vuestra ayuda?

:Quizá, si se mantiene leal a nosotros, podríamos perdonarle la vida.

Juran apoyó la frente en el frío vidrio.

:De modo que debemos ejecutar a Leiard. No tenemos elección.

:Así es, si se demuestra que es un nuevo indómito.

:¿Cómo podemos confirmarlo?

:Lo observaremos con atención. No alertes todavía a Auraya o a los otros Blancos sobre la posibilidad de que sea un indómito. Leiard se ha ofrecido a enseñarle a sanar por medio de la magia. Eso requerirá una conexión mental que tal vez nos permita ver más allá del escudo que oculta sus pensamientos. Debemos estar seguros de que es Mirar antes de actuar.

:¿Cuándo sucederá esto?

:Aún no lo hemos decidido. Eso entraña riesgos. Antes, buscaremos otras maneras de descubrir su verdadera identidad. Cuando hayamos tomado una decisión, te la comunicaremos. Buenas noches, Juran.

Tras apartarse de la ventana, Juran se dirigió hacia el pequeño armario donde guardaba bebidas para los invitados. Se sirvió una copa de tipli torenio. Aunque sabía que no lo embriagaría, la apuró de un trago y se sirvió otra. El sabor ácido resultaba tan tonificante como fresco.

:Por el bien de Auraya, espero que te equivoques, Huan.

La diosa no respondió.

TERCERA PARTE

Vistos desde arriba, los azules lagos de Si semejaban joyas relumbrantes ensartadas en hilos de plata. El lago hacia el que Auraya se dirigía tenía forma de media luna. Al observar con más detenimiento, avistó pequeños barcos en el agua. Al principio le había sorprendido descubrir que los siyís eran tan aptos para la navegación y la pesca como los pisatierra. Que fueran un pueblo del cielo no significaba que no pudieran manejar una barca o lanzar redes.

Más insólita era la visión del terreno llano y cultivado en torno al lago. La tribu del lago Azul vivía alejada de las fronteras de Si, por lo que no había tenido que recuperar sus tierras productivas de manos de los colonos torenios. Daba la impresión de que la zona se había despojado de vegetación hacía mucho tiempo con el fin de hacer lugar para los sembradíos. Se divisaban hileras de color verde oscuro: los frondosos cultivos de invierno que los siyís plantaban cada primavera para mejorar la calidad del suelo.

Durante los últimos dos meses, Auraya había observado a los habitantes del lugar prepararse para el invierno. Almacenaban alimentos cuidadosamente, reparaban las enramadas, tejían ropa de abrigo. Las enramadas de allí no necesitaban el soporte de un árbol en el centro. Ella se dirigió hacia la más grande, suponiendo que era un sitio de encuentro o por lo menos el hogar del portavoz de la aldea.

Se percató de que la habían avistado porque los silbidos llenaron el aire, y los siyís comenzaron a salir de los campos y las enramadas con el rostro vuelto hacia ella. Caminaban en dirección a una plataforma de madera, de modo que ella desvió su curso hacia allí.

Los silbidos y gritos de bienvenida atronaron sus oídos cuando aterrizó. Comprobó aliviada que la mayoría de los miembros de la tribu parecían estar sanos. El portavoz emergió de la enramada grande que, según Auraya leyó en su mente, era un almacén de provisiones del poblado.

—Bienvenida a la aldea del lago Azul, Auraya la Blanca. Soy el portavoz Dyli. —El líder cogió la taza llena de agua y el tradicional pastelillo de bienvenida que le entregaron dos aldeanas, y se los ofreció a Auraya.

Ella se comió el pastelillo y tomó un sorbo de agua.

—Me alivia veros a todos en buena forma.

La expresión del portavoz se tornó seria.

—Lloramos la muerte de nueve miembros de la tribu, mujeres y niños, pero habríamos perdido muchas más vidas si no hubiéramos seguido el consejo que enviasteis sobre no transmitir la enfermedad a otros..., y si el tejedor de sueños no hubiera venido.

Auraya sonrió.

—Wilar. Me enteré de que había viajado hasta aquí, y por eso no vine antes. Estáis en buenas manos. Me gustaría verlo.

—Entonces te llevaré hasta él.

El portavoz le indicó que lo siguiera y bajó de la plataforma. Al advertir que ella lo miraba con curiosidad, soltó una risita.

—Casi todas las tribus viven en árboles, o en terrenos desiguales como el del Claro. Aquí tenemos un suelo llano. Como a los mayores les resulta agotador elevarse del suelo, construimos esto para ellos.

Auraya asintió en señal de que entendía. Aunque los siyís podían correr y saltar para alzar el vuelo, al hacerlo consumían mucha energía. Dejarse caer desde una rama o un precipicio era mucho más fácil, sobre todo para los ancianos. La plataforma cumplía la misma función.

La multitud caminaba tras ellos, y los niños parloteaban entre sí. A la orilla de los sembradíos se habían levantado tres enramadas nuevas. Los

adultos de la muchedumbre se detuvieron a varios pasos de distancia y dijeron a los niños que se quedaran con ellos. Auraya y el portavoz siguieron adelante.

—Yo no he estado enfermo, así que debo mantenerme alejado —le explicó él—. Por favor, saluda de mi parte al tejedor de sueños Wilar.

Ella asintió, sonriendo.

—Muy bien. Si puedo ayudar en algo, lo haré.

Él inclinó la cabeza, agradecido. Ella dio media vuelta y recorrió despacio el trecho que quedaba hacia las enramadas, explorando las mentes cercanas. La incomodidad, el dolor y el miedo de los siyís enfermos contrastaba de forma impactante con la alegría saludable del resto de la tribu. Al cabo de un momento, encontró lo que buscaba: una mente consciente de la presencia de un hombre a quien ella no podía percibir. Se detuvo frente a la enramada.

—¿Puedo pasar?

Tras unos instantes de silencio, una voz conocida respondió:

—Claro, Auraya.

Al oírla, a Auraya se le alegró el corazón. Apartó la colgadura de la puerta y entró en un espacio tenuemente iluminado. Había cuatro camas colgadas entre un grueso poste central y los soportes exteriores de la enramada, dos a cada lado. Leiard estaba de pie junto a una de ellas, dándole a una mujer cucharadas de un líquido que tenía en un cuenco. Lanzó una mirada breve a Auraya antes de seguir trabajando.

—Echa un vistazo —la invitó.

Ella fue de una cama a otra, comprobando el estado de cada paciente. Se encontraban en la peor fase de la enfermedad, pero sus organismos la combatían, aunque con lentitud.

—Los convalecientes están en la enramada de la izquierda, y aquellos que no pueden luchar contra la dolencia están en la otra —murmuró Leiard.

Al oír sus pasos, ella alzó la vista. Leiard dejó la cuchara y el cuenco en un gran recipiente de piedra lleno de agua y clavó los ojos en ella. El agua comenzó a despedir vapor y luego a burbujear. Él levantó el recipiente, se acercó a la puerta y miró a Auraya por encima del hombro.

—¿Quieres verlos? —preguntó.

Ella asintió. Cuando salió detrás de él, reparó en unos niños siyís que los observaban desde lejos mientras se dirigían hacia otra enramada.

Auraya tardó un momento en asimilar la escena con la que se encontró. A diferencia de la enramada anterior, aquella estaba repleta de muebles. Un siyí de aspecto saludable, sentado con las piernas cruzadas en el centro de la habitación, trabajaba en un arnés de dardos. Otro se encontraba frente a un telar, moviendo las manos con agilidad. Dos mujeres preparaban tarros de fruta en conserva, y, al fondo de la enramada, un niño y una niña jugaban. Todos levantaron la mirada cuando Auraya y Leiard entraron.

Mientras Leiard la presentaba, Auraya comprendió poco a poco por qué estaban allí aquellas personas. Había supuesto que se encontraría con siyís enfermos, pero saltaba a la vista que ellos estaban totalmente curados. Leiard había acabado con la enfermedad dentro de sus cuerpos, pero no podían relacionarse con los otros siyís por el peligro de contraerla de nuevo. Sin embargo, podían reanudar sus labores domésticas, incluidas las de cocina.

—¿Cuánto tiempo deben permanecer ahí encerrados? —le preguntó Auraya cuando salieron de la enramada.

—Les he dicho que podrán irse cuando no quede un solo enfermo en la aldea. Saben que eso no garantizará su seguridad, pero no pueden mantenerse aislados para siempre.

Auraya movió la cabeza afirmativamente.

—¿Son conscientes de la suerte que tienen? Todos los habitantes del Claro y de otras aldeas que estaban en su misma situación han muerto.

Leiard torció el gesto y la miró a los ojos.

—¿Cuántos hasta ahora?

—Uno de cada cinco, aproximadamente.

Él se apartó de la enramada y se sentó en un tronco a la orilla del bosque. Auraya tomó asiento a su lado. Escudriñó su perfil. Su rostro no le pareció tan apergaminado como lo recordaba, aunque aún tenía arrugas en torno a los ojos debidas a las repetidas sonrisas. El tinte de su cabello se había desvaído en parte, dejándolo de un color rubio ceniza.

—He venido para preguntarte si tu oferta sigue en pie —le dijo—. La devoracorazon es está causando estragos. Se está cobrando demasiadas vidas.

Vengo de la montaña del Templo. La tribu de allí no se ha mostrado muy dispuesta a colaborar, y su sistema de cuevas es demasiado pequeño para albergar a tanta gente. El hacinamiento... no es bueno para prevenir la propagación de una enfermedad.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—No. —Desvió la mirada antes de fijarla de nuevo en ella, con los párpados entornados—. O sea, ¿que los dioses ya no lo prohíben?

—No. Solo puedo utilizar tu don de sanación con su permiso, y únicamente en momentos de necesidad extrema, como este.

Él asintió.

—Es una solución de compromiso.

Ella se volvió hacia él pero no supo qué decir. En los últimos meses, presa de la desesperación, había experimentado sin éxito con siyís moribundos. Descubrió que no podía destruir una enfermedad que no percibía con facilidad como un ente separado del cuerpo al que atacaba.

—¿Podrías volver esta noche? —preguntó Leiard—. Tyve ha salido a recoger hierbas para elaborar remedios y necesitare que atienda a los enfermos mientras trabajamos.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo nos llevará?

Él se encogió de hombros.

—Dependerá de tu capacidad para asimilar los conceptos y tu rapidez para ponerlos en práctica. Tal vez una hora. Tal vez varias noches.

Auraya hizo un gesto afirmativo.

—Debo visitar a otra tribu, pero regresaré esta noche.

—Empezaremos entonces. Ten en cuenta que pocas personas llegan a comprender los conceptos necesarios. No es cuestión de fuerza mágica, sino de destreza mental. Es posible que carezcas de ella.

—Tengo que intentarlo —dijo Auraya con una sonrisa irónica—. Hasta ahora, no hay un solo don que no haya podido aprender.

Él arqueó las cejas.

—¿De veras?

—Sí.

—Me pregunto qué harás si no lo consigues.

—Intentar llevar la desilusión con dignidad.

La comisura de los labios de Leiard se curvó hacia arriba.

—Eso será interesante observarlo.

Ella lo miró a los ojos.

—Tal vez dependa de si te mofas de mí por ello o no.

—¿Me crees capaz de algo así?

—No lo sé.

Él rio entre dientes.

—Me esforzaré por mostrarme comprensivo. —Se levantó y dirigió la vista hacia las enramadas—. Si tienes tiempo, te presentaré al tercer grupo. Aún están en la fase inicial de la enfermedad. Entre ellos hay una mujer que sabe más acerca de las plantas medicinales de la zona que nadie a quien haya conocido. Creo que te caerá bien.

—¿Ah, sí?

—Tal vez.

—Vayamos a averiguarlo. —Sonriente, Auraya se puso de pie y lo siguió al interior de las enramadas.

Apoyada en la borda, Reivan contempló las lejanas montañas de Si. El capitán del buque había navegado cerca de la costa durante los últimos días, lo que a Reivan le resultaba tan tranquilizador como frustrante. Estar mar adentro sin avistar tierra tenía algo de desconcertante, pero verla ahí en todo momento, seca y firme, era un tormento, sobre todo sabiendo que no podían poner un pie en ella sin arriesgarse a enfurecer a sus habitantes.

Pensó en el recibimiento que los siyís habían dado a los Servidores que habían viajado a Si. Como era de esperar, la gente del cielo no había reaccionado con entusiasmo a las ofertas de paz y amistad de los pentadrianos.

«A mí tampoco me entusiasmaría una visita de personas que hubieran invadido a mis aliados y matado a mis compatriotas, fueran cuales fuesen sus intenciones declaradas —se dijo—. Si la hechicera Blanca posee de verdad la facultad de leer la mente, sin duda descubrió que la paz no era lo único que

buscaban los Servidores».

Reivan tendía a estar de acuerdo con Nekaun en que intentar convertir a los siyís no valía la pena por el momento. Si creían que los había creado una deidad circuliana, no aceptarían la idea de que su creadora no era real y de que debían rendir culto a los Cinco en vez de a ella.

«Me pregunto cómo se imbuyeron de esa creencia. ¿Cuál habrá sido el verdadero origen de su raza?».

El palmeo de unos pies descalzos sobre la cubierta la arrancó de su ensimismamiento. Al volverse advirtió que Imi, con su piel negra reluciente y cubierta de gotas de agua, caminaba hacia ella. La chica había engordado un poco en los últimos meses. Andaba con paso seguro, sin rastro de debilidad y sin perder el equilibrio por el cabeceo del barco.

—Salud, Reivan —dijo Imi con gravedad.

—Salud, princesa Imi —respondió Reivan.

La niña se quedó callada y sonrió.

—¿Me has llamado así porque estoy demasiado seria?

—Es el título que te corresponde. Debería acostumbrarme a referirme a ti así, ahora que estamos próximos a tu hogar.

—¿De verdad? —preguntó Imi, ansiosa—. Supongo que estamos más cerca que antes.

Reivan señaló las montañas con un movimiento de la cabeza.

—Eso es Si. Cualquier día divisaremos siyís. Entonces podremos desembarcar y pedirles... pedirles...

—Indicaciones —terminó Imi la frase. Durante aquellos meses, Reivan había adquirido suficientes conocimientos de la lengua elay para mantener conversaciones, aunque aún tenía un vocabulario limitado.

—Sí —dijo Reivan—, pero me preocupa que los siyís se nieguen a ayudarte por venir en nuestra compañía.

—¿Serían capaces?

Reivan suspiró.

—Por la guerra.

—Ah, sí. —Imi frunció el ceño—. Los siyís son aliados de los hechiceros Blancos. Deben de considerar enemigos a los pentadrianos.

—La Voz Cuarta Genza viajó a Si antes de la guerra para investigar todo lo posible acerca de los siyís, pero antes de que pudiera averiguar si serían o no buenos aliados, los Blancos enviaron allí a una de sus hechiceras. Ella posee una habilidad poco común que le permite volar. Genza no pudo ganárselos después de eso.

Imi alzó la vista hacia ella y un brillo asomó a su mirada.

—Es la misma hechicera que fue a Elay. Nos ofreció ayuda para librarnos de los saqueadores a cambio de que colaboráramos con su gente. —Abrió mucho los ojos—. Si lo hubiéramos hecho, seríamos vuestros enemigos también. Menos mal que mi padre le dijo que se marchara.

Reivan sintió un escalofrío de emoción.

—¿Eso hizo?

—Sí. A papá no le gustan los pisatierra. No se fiaba de ella.

—¿Crees que se fiará de nosotros?

Imi se encogió de hombros.

—No lo sé. Le alegrará que me hayáis traído de vuelta. —Entornó los párpados—. ¿Estáis pensando en pedirle que sea aliado vuestro?

Reivan reprimió una sonrisa ante la aguda pregunta de la chica.

—Tal vez. No nos aliamos con cualquiera.

Una sonrisa llena de determinación se dibujó en la boca de la niña. Reivan apartó la vista, esperando que su expresión no delatara sus ganas de reír.

—¿Volveréis a intentar ser amigos de los siyís? —preguntó Imi.

Reivan negó con un gesto.

—Si lo intentamos, será dentro de mucho tiempo. Se aferran demasiado a sus costumbres.

—Sería bueno que lo hicierais. Los siyís y los elay siempre hemos sido amigos. Tenemos más cosas en común entre nosotros que con los pisatierra. Ambos tenemos problemas con ellos. —Hizo una pausa, claramente meditando sobre esto—. Y a ambos nos creó Huan.

—¿Los elay creen que fueron creados por una diosa circuliana? —inquirió Reivan, escrutando el rostro de Imi.

La chica alzó los ojos.

—Es lo que dicen los sacerdotes.

—Qué interesante. —Reivan trató de mostrarse más pensativa que preocupada. Se le había acelerado ligeramente el pulso. ¿Nekaun estaba al corriente de esto? De haberlo estado, seguramente no habría creído que valía la pena llevar a Imi de vuelta a su país con la esperanza de ganarse la simpatía de los elay.

«Si Imi hubiera pensado en ello, Imenja o él se habrían enterado. Por tanto, si no lo saben, es porque probablemente ella no pensó en ello..., al menos en su presencia». A pesar de todo aquello por lo que había pasado, la muchacha no debía de tener muy presente a su diosa durante su estancia en el Santuario. A lo mejor la religión no era importante para los elay.

—¿Rezas a esa diosa? —preguntó Reivan.

Imi arrugó la nariz.

—No, a menos que los sacerdotes me obliguen. De pequeña solía rezarle cuando quería algo, pero, según los sacerdotes, Huan está demasiado ocupada para asegurarse de que las niñas reciban los regalos que quieren. Decidí que solo rezaría si necesitaba algo importante.

—¿Rezaste mientras te mantenían prisionera?

—Algunas veces. —El semblante de Imi se entristeció—. Supongo que había perdido la práctica. Mi padre no reza mucho, y a veces se enfada y dice que, si le importáramos a Huan, no permitiría que los saqueadores nos impidieran vivir en nuestras propias islas. Cree que ella nos abandonó hace años.

Reivan asintió con ademán comprensivo. Abrió la boca para mostrarse de acuerdo, pero se contuvo. ¿Cómo iba a criticar la inacción de otra deidad —aunque fuera una deidad inexistente— cuando sus propios dioses habían permitido que su pueblo fuese derrotado en la guerra?

—Las divinidades son misteriosas —comentó finalmente—. No siempre entendemos los motivos por los que hacen o dejan de hacer algo. Su visión del mundo es como la de un padre. A veces, los actos de un padre le parecen crueles e injustos al hijo, pero más tarde este comprende que el padre obró así por su bien.

Imi asintió despacio, con las facciones tensas a causa de la concentración.

—¡Ah! ¡Tenemos compañía!

Era la voz de Imenja. Reivan se volvió para ver a la Voz Segunda caminar hacia ellas. Imenja señaló al cielo.

—Vienen a inspeccionarnos —anunció.

Imi miró en la dirección en que apuntaba Imenja y soltó un grito ahogado. Reivan también dirigió la vista hacia allí y vislumbró a cinco pájaros grandes que planeaban hacia el buque.

«No son pájaros, sino siyís».

—Más vale que te escondas, Imi —le aconsejó Imenja cuando llegó junto a ellas—. Aún no sabemos cómo reaccionarán a nuestra presencia, o al hecho de que estés con nosotras. No reduzcamos tus posibilidades de conseguir su ayuda.

De mala gana, la chica dejó que la mujer la condujera al pabellón que se alzaba en el centro del barco. Imenja regresó junto a Reivan. Los siyís estaban lo bastante cerca para que Reivan alcanzara a ver el óvalo de sus rostros.

—Imi acaba de decirme que los elay, al igual que los siyís, creen que la diosa circuliana Huan los creó —le informó Reivan.

—Lo sé —contestó Imenja.

—¿En serio?

—Claro.

—Pues me sorprende que Nekaun nos permitiera realizar este viaje.

Imenja rio por lo bajo.

—Nekaun no lo sabe.

Reivan miró a Imenja con fijeza. Dudaba que Nekaun quedara muy complacido cuando se enterara de que ella había omitido mencionarle algo tan trascendental.

—¿Por qué no?

—Tú misma lo has dicho. Imi es una princesa, y debe ser escoltada hasta su patria con gran boato y solemnidad por alguien no menos importante que una Voz.

—Yo no he dicho eso.

—No con esas palabras textuales, pero el sentido era el mismo.

—Esa no es la razón por la que le has ocultado esto a Nekaun, ¿verdad? Imenja sonrió.

—¿Quién es la que sabe leer mentes aquí? —Su sonrisa se atenuó—. Yo no renuncio tan fácilmente a explorar la posibilidad de establecer una alianza con los elay. Aunque sean poco numerosos y adoren a una falsa diosa, no conoceremos su potencial real hasta que nos reunamos con ellos. Recuerda la eficacia de los siyís en la batalla. Podría resultarnos tanto o más beneficiosa una alianza con guerreros del mar. ¿Qué más da a quién rindan culto?

—Dudo que nuestros dioses...

El batir de unas alas atrajo la atención de Imenja hacia arriba. Los siyís habían alcanzado el barco y volaban en círculo, con arrugas de recelo en sus fieros rostros. Aunque los artilugios que llevaban atados al pecho con correas parecían frágiles, Reivan sabía lo letales que podían ser.

—Hace falta valor para acercarse tanto —dijo Imenja.

Reivan recorrió la cubierta con la mirada y advirtió que algunos miembros de la tripulación empuñaban arcos.

—No atacéis ni respondáis a provocaciones —gritó Imenja—, a menos que yo os lo ordene.

Tras dar tres vueltas en torno al buque, todos los siyís menos uno se dirigieron velozmente hacia la costa. El que quedaba voló directo hacia Imenja y Reivan. Un objeto salió disparado del arnés del siyí. Reivan retrocedió un paso, pero Imenja permaneció inmóvil. El proyectil impactó con un golpe seco y se clavó en la cubierta, a los pies de Imenja. El siyí agitó las alas con fuerza para evitar las jarcias y se alejó, describiendo una curva hacia las montañas.

Imenja dio un empujoncito al dardo con la punta de su sandalia.

—¿Cómo interpretas esto?

—Como una advertencia —respondió Reivan, con un ligero temblor en la voz—. Y un recordatorio de que no somos bienvenidos en Si.

—Estoy de acuerdo —declaró Imenja—. El problema es que tenemos que desembarcar a Imi para que averigüe dónde está su hogar. ¿Cómo lo haremos?

—Tal vez deberíamos preguntárselo.

Imenja miró a Reivan y sonrió.

—Por supuesto. Lo hablaremos con ella esta noche.

Después de sentarse con los codos apoyados sobre las rodillas y la barbilla sobre los puños, Mirar pensó en Auraya.

Hasta que ella lo había visitado aquella mañana, llevaba dos meses sin verla. Aunque él había esperado topar con ella de nuevo mientras luchaban contra la devoracorazones, también sabía que un encuentro no entrañaría más que riesgos. No era fácil convivir con la fascinación que sentía por Auraya desde que había aceptado a Leiard como una parte de sí. De hecho, era un auténtico engorro. Repetía continuamente para sus adentros que debía superarlo, y cuanto antes mejor. Sin embargo, cuando ella había pronunciado su nombre en voz muy alta y había entrado en la enramada, su corazón había realizado toda clase de acrobacias, y él sabía que tardaría más de dos meses de separación en recuperar del todo el control sobre sí mismo.

Lo último que imaginaba era que ella acudiría para pedirle que le enseñara su técnica de sanación mágica. Desde que se había separado de la tribu del río del Norte, Mirar había maldecido a los dioses repetidamente por no permitir que Auraya accediera a ese conocimiento. Conforme la enfermedad se extendía a más tribus, morían muchos siyís que ella habría podido salvar.

«¿Por qué ahora? —se preguntó él—. ¿Por qué han cambiado de idea?».

La respuesta era clara. La enfermedad se había convertido en una peste.

Tal vez los siyís habían oído hablar de su habilidad sanadora y habían empezado a preguntarse por qué los Elegidos de los dioses no la poseían.

«En ese caso, ¿por qué no la instruyen los dioses?».

Se había pasado todo el día dando vueltas a esta pregunta en su cabeza. La única conclusión a la que había llegado era que los dioses no podían. Eran seres de magia. Tal vez los seres incorpóreos no podían sanar cuerpos físicos, ni siquiera a través de un humano que diera su consentimiento.

Enseñarle aquella técnica conllevaba riesgos. Era similar al método que utilizaban todos los indómitos para frenar su envejecimiento. Auraya tal vez se percataría de esto. Los dioses se darían cuenta sin duda alguna.

«Me cuesta creer que ella pueda hacerme daño si sospecha que soy inmortal. Una sospecha no es una certeza, y ella no es el tipo de persona que actúa basándose en suposiciones. Me prometió que yo no sufriría ningún mal. Además, sentirá que me debe algo por conferirle la facultad de salvar vidas. Tal vez solo la oportunidad de abandonar Ithania del Norte».

Durante una conexión en sueños, le había hablado a Emerahl de su encuentro con Auraya, y ella le había insistido en que abandonara a los siyís y huyera. Le sugirió que fuera a Ithania del Sur, donde se toleraba e incluso se respetaba a los tejedores de sueños. En el momento en que él había admitido que se había ofrecido a enseñarle a Auraya su método de sanación, Emerahl lo había llamado idiota, pero no se le había ocurrido una razón para que no lo hiciera..., aparte de las que él ya había pensado.

Oyó el golpe sordo de unos pies contra el suelo. Al levantar la mirada, no vio más que oscuridad, pero unos instantes después Auraya emergió de las sombras como un rayo de luna que cobrara forma. Un escalofrío bajó por la espalda de Mirar. El bajo de su cirque de sacerdotisa ondeó hacia fuera, movido por la brisa. El cabello suelto se le arremolinó sobre la cara, y ella alzó la mano para cogerlo y colocárselo detrás de la oreja.

«Aparta la vista —se dijo él—. Si te pilla mirándola así, tal vez sospeche que aún estás loco por ella».

Respirando hondo, se levantó.

—Te saludo, Auraya la Blanca.

Ella arqueó una ceja, divertida ante su formalidad.

—Te saludo, tejedor de sueños Wilar.

Él la acompañó hasta una de las dos mantas que había extendido en el suelo. Ella se sentó y lo siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la tienda de en medio. Dentro, Tyve estaba sentado junto a un siyí que yacía inconsciente en una camilla. El muchacho se puso de pie, se agachó para coger un extremo de la camilla y ayudó a Mirar a llevarla fuera.

Después de depositarla en el suelo entre Auraya y la otra manta, Tyve regresó a la enramada. Mirar se sentó.

Auraya se inclinó hacia delante y posó la mano en la cabeza del hombre. Su mirada se tornó distante mientras evaluaba el estado del siyí. Un leve temblor de sus labios reveló a Mirar que había visto los estragos que había causado la enfermedad. Alzó la vista hacia él con expectación.

—¿Y ahora qué?

—Podría explicártelo con palabras y guiarte para que descubrieras el don por ti misma, pero eso nos llevaría meses o años, y ni tú ni yo tenemos tiempo que perder. Debemos entablar una conexión.

Ella enarcó las cejas.

—¿Una conexión mental?

—No exactamente. Nos tomaremos de las manos, pero, a diferencia de lo que ocurre con una conexión mental, no hará falta que abras la mente. Será algo parecido a una conexión en sueños, pero más sencillo, puesto que no tendrás que estar en trance o medio dormida. El contacto físico lo hace innecesario. Te proyectaré mis instrucciones, y tú responderás de la misma manera. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Auraya movía ligeramente la comisura de la boca mientras cavilaba. Al cabo de un momento, asintió para sí y le tendió las manos. Él no se sorprendió. Ella había aceptado establecer conexiones en sueños antes, pese a que estaban prohibidas, y sin duda había decidido que valía la pena saltarse la ley para adquirir aquella habilidad.

Él la cogió de las manos, cerró los ojos y buscó con la mente la presencia de Auraya ante sí. Percibió una mezcla de interés e incertidumbre procedente de ella.

:¿Auraya?

:¿Leiard? ¿O debería llamarte Wilar?

:Como prefieras, respondió él.

:No pienso en ti como Wilar, así que te llamaré Leiard. Pero... te noto diferente.

:¿He cambiado?

:Sí y no. Pareces más tú mismo. Sé que eso suena extraño, pero antes estabas tan... inseguro de ti mismo. Ahora no lo estás.

Estas palabras produjeron una curiosa satisfacción a Mirar.

:Es cierto. No soy la persona que era.

:Seguramente yo era la causa de esa inseguridad —prosiguió ella con tristeza—. Tal vez no deberíamos hablar de ello.

:Tal vez sí, tal vez no —contestó él—. Podría resultar tan perjudicial como beneficioso.

:Es verdad. —Se quedó callada y, antes de que a él se le ocurriera otro tema para cambiar el rumbo de la conversación, habló de nuevo—: Te perdoné —le dijo—. Estaba enfadada, pero ya no, desde que trabajamos juntos en el río del Norte. Me gustaría que fuéramos amigos.

:A mí también, aseguró él, tal vez en un tono demasiado emotivo.

:No temas que eso ocasione problemas a ti o a tu pueblo. Los dioses saben a quién pertenece ahora mi corazón.

Esto sorprendió a Mirar. ¿Había encontrado Auraya a otro amante? Pugnó por reprimir los celos. «No —se dijo—. Acéptalo. —Examinó el sentimiento antes de apartarlo de sí—. Es mejor que sea feliz. O por lo menos, que ya no sea infeliz por mi culpa».

Luego cayó en la cuenta de que tal vez ella no se refería a un amante, sino simplemente a que su corazón pertenecía a los dioses. Solo había una forma de averiguarlo...

:Espero que él sea digno de ti, dijo.

Una oleada de vergüenza emanó de ella. Él sonrió; su suposición era correcta.

Sin embargo, la vergüenza era lo único que percibía. Ella debió irradiar también un sentimiento de alegría o júbilo, pero no fue así. «No durará», pensó él con una satisfacción irreflexiva. Esta vez anuló por completo sus

sentimientos. Había llegado el momento de desviar la atención.

:La magia puede utilizarse de maneras distintas para sanar —le dijo—. Los tejedores las clasifican en tres niveles de dificultad. El primero es el más sencillo: el uso de la magia para sujetar, calentar o mover. El segundo aprovecha los mismos dones pero en situaciones más complicadas, así como para proporcionar más fuerzas al organismo. El tercero es tan difícil que requiere una gran concentración, además de conocimientos sólidos y experiencia respecto a todos los procesos del organismo. Permite al tejedor influir en los tejidos del cuerpo con la precisión suficiente para realinear carne y hueso y conseguir que sanen de inmediato. —Mirar hizo una pausa. Como Auraya no dio señales de estar confundida, continuó—. Lo que intentaré enseñarte está un paso más allá del tercer nivel. No requiere invocar una gran cantidad de magia, ni siquiera adquirir grandes conocimientos o experiencia sobre los sistemas corporales. Lo que requiere es una mente capaz de percibir y comprender el organismo, tanto en sus más pequeños detalles como en su totalidad. Una vez que lo comprendes, puedes influir en él.

Bajó una de las manos de Auraya hacia el siyí y la posó sobre el pecho del hombre.

:Fíjate bien.

Para mostrárselo, Mirar debía dejar a un lado el escudo que rodeaba su mente e impedía que ella leyera sus pensamientos. Tuvo cuidado de desactivarlo solo mientras se concentraba en la sanación, abriéndolo y cerrándolo como una persiana cada vez que quería transmitir a Auraya imágenes e ideas sobre lo que veía y hacía.

El cuerpo del hombre inundaba su conciencia. Tanto los daños que había sufrido como el efecto que estos producían en el conjunto saltaban a la vista. Detectó algo que estaba fuera de lugar —la forma de vida diminuta pero peligrosa que no debía estar allí— y le comunicó a ella todo lo que percibía.

:Te toca.

Auraya no le transmitió sus percepciones. Guardó silencio durante largo rato, hasta que él sintió una oleada de emoción procedente de ella.

:¡Ya la veo! ¡Veo la enfermedad! Enséñame a destruirla.

Mirar se concentró de nuevo en el hombre y le mostró a la Blanca cómo encauzar la magia para eliminar la dolencia sin perjudicar al organismo. A continuación, estudió los actos de Auraya observando los efectos que estos obraban sobre el siyí. Le sorprendió y alegró comprobar que ella había entendido todo cuanto le había explicado.

Sin embargo, su ataque no era ordenado, por lo que él le demostró cómo trabajar de forma sistemática a través del cuerpo para no dejar el menor rastro de la enfermedad. Comenzaron a colaborar, de manera que uno complementaba o reforzaba los actos del otro. Era como una danza. Resultaba de lo más estimulante.

«Lo hace de un modo natural —pensó él de pronto—. Es como un don innato. Seguramente está lo bastante dotada para convertirse en inmortal sin ayuda de los dioses. —Se estremeció al pensar en lo que ambos podrían haber sido. Amantes inmortales...—. Pero eso no ocurrirá. La enemistaría con los dioses a los que ama. Y yo soy el odiado Mirar. Incluso si ella pudiera perdonar el engaño...».

Estaba absorta en la sanación. Mirar dejó que siguiera adelante sola mientras él observaba. Como aquel método era nuevo para ella, era imposible que estuviera utilizándolo para frenar su propio envejecimiento. Quizá los dioses se servían del anillo que llevaba para impedir que envejeciera sin que ella se diera cuenta de cómo lo hacían.

«Me pregunto cuánto tardará en relacionar una cosa con la otra —pensó él—. ¿Es esa la razón por la que las deidades no enseñan a los Blancos a sanar con magia?».

: ¡La enfermedad ha desaparecido!, exclamó ella.

Él examinó al siyí con detenimiento.

:Sí, respondió.

: Ha sido... más fácil de lo que esperaba. Tu sistema para percibir el cuerpo es... asombroso. Y lógico. No comprendo por qué nunca se me había ocurrido antes. Pero... este hombre aún agoniza.

: Sí. Queda más por hacer.

Dirigió de nuevo su atención hacia el organismo del siyí. Utilizó energía de las reservas de grasa para acelerar la regeneración del tejido pulmonar.

Ella lo imitó. Una vez curados los pulmones, la calidad de la sangre comenzó a mejorar y el corazón empezó a fortalecerse. La circulación se avivó, y los dedos y las extremidades recuperaron su calor. Mirar percibió la sorpresa y el júbilo de Auraya.

Por último, él se centró en la mano del hombre. Tiempo atrás, se le había roto un dedo y no se había soldado bien. Mirar lo enderezó, recolocando con cuidado las fibras de hueso. Notó que el pasmo de Auraya cedía el paso a un entusiasmo radiante.

:Podrías sanar cualquier afección con este procedimiento —dijo ella—. Podrías otorgarle el don de la vista a un ciego de nacimiento. Podrías devolver la movilidad a un lisiado. Podrías resucitar a un muerto.

:Sí, pero en este último caso tendría que actuar de forma inmediata. La memoria se deteriora en cuestión de minutos tras la muerte, y no puede repararse.

:¿Puedo sanarme a mí misma con este sistema?

:Por supuesto —le aseguró él. Necesitaba impedir que ella siguiera este hilo de razonamiento—. Has asimilado mis enseñanzas con una sagacidad y una rapidez excepcionales.

:Creías que tardaría más.

:Así es. Como de costumbre, has superado mis expectativas. Ojalá todos mis discípulos aprendieran tan deprisa.

:Si eso es todo lo que necesito saber, debería regresar de inmediato con la tribu de la montaña del Templo. Muchos podrían morir esta noche si no los sano de esta manera.

:En ese caso, no te entretendré más.

Sus manos se separaron, y la percepción de la presencia de Auraya se desvaneció. Cuando Mirar abrió los ojos, advirtió que ella lo contemplaba con una amplia sonrisa. El corazón le dio un vuelco, y él se apresuró a bajar la vista hacia el siyí.

—Gracias, Leiard. Cada vida que salve con este don será una vida que tú has salvado.

Él levantó la mirada hacia ella.

—No se lo comentes a los dioses. Su compañía no es muy agradable

cuando se ponen celosos.

Ella abrió la boca para replicar, pero entonces posó los ojos en el siyí.

—Está despierto.

Mirar se volvió hacia el hombre, que los observaba con curiosidad.

—Buenas tardes —dijo—. Auraya y yo te hemos curado, pero tendrás que vivir en la primera enramada hasta que el resto de la aldea se ponga bien. Te sentirás cansado durante un par de días. Duerme y recobra las fuerzas.

El hombre asintió débilmente y cerró los ojos de nuevo.

Auraya se puso de pie.

—Te ayudaré a llevar a nuestro amigo aquí presente pero después debo irme.

Levantaron juntos al hombre y lo transportaron hasta la enramada de los siyís curados. Auraya volvió a salir. Desde la puerta, Mirar la observó alejarse unos pasos. Tras dedicarle una sonrisa, ella se elevó en el aire y desapareció en la oscuridad de la noche.

Él suspiró. Auraya ya veía el potencial de aquel don momentos después de haberlo aprendido. No tardaría mucho en regresar junto a Mirar con preguntas.

El barco de Imenja era más grande que el de los saqueadores. Su forma también era distinta. Reivan le había explicado a Imi que estaba construido con un casco estrecho para que navegara con más rapidez. Casi todos los barcos se usaban para transportar mercancías, de modo que tenían bodegas amplias en las que almacenarlas. Aquel navío, en cambio, solo las trasladaba a ellas, además de la tripulación y sus provisiones.

El buque entero estaba hecho de una madera negra procedente de la zona más meridional del continente del sur. En el casco, trazada con pintura blanca, había una estrella similar a la que Imenja y Reivan llevaban al cuello. Las velas también eran negras, con una estrella blanca. Imi imaginaba lo imponente que aquella nave descomunal y alargada debía de parecerles a los comerciantes y piratas. Casi deseaba que se toparan con los saqueadores que la habían raptado. Tal vez Imenja los castigaría con su magia.

En la parte de la cubierta en la que el barco de los saqueadores tenía un agujero grande que daba acceso a los botines guardados en la bodega, el de Imenja tenía una concavidad poco profunda que formaba una especie de zona de asientos cubierta por algo semejante a una tienda de campaña. Allí se resguardaban o dormían Imenja y Reivan cuando llovía. El resto del tiempo lo pasaban sentadas en la cubierta con Imi, intentando no estorbar a la tripulación. En la bodega había un balde para achicar agua, pero el buque estaba tan bien construido que apenas tenía vías de agua. Su reclusión en el navío de los saqueadores se le antojaba ahora el recuerdo lejano de una historia que le habían contado, aunque en ocasiones tenía pesadillas sobre ello.

Las cuantiosas provisiones de la bodega se habían reducido a la mitad desde que habían zarpado unos meses atrás. Aunque la comida era mucho mejor que la que le daban cuando estaba prisionera, no era tan buena como la que había disfrutado en el Santuario. La carne que habían cenado aquella noche estaba demasiado salada, y solo había nueces y frutas desecadas para acompañarla. Ella se sorprendió a sí misma fantaseando con carne de rastrero envuelta en algas secas y sonrió al percatarse de que se moría de ganas de comer alimentos que antes la aburrían.

Un miembro de la tripulación estaba llevándose los platos y cubiertos cuando Imi alzó la vista y vio que Imenja desenrollaba un mapa grande. Lo había visto muchas veces, pero siempre despertaba su curiosidad. Aunque reflejaba la manera en que los siyís veían el mundo, a la vez resultaba útil para los pisatierra.

El capitán desplegó sus propios mapas, que estaban repletos de líneas que no tenían sentido para Imi, y colocó varios objetos encima para que el viento no se los llevara. Las lámparas en el interior de la tienda se mecían de un lado a otro debido al cabeceo del barco y proyectaban sombras en movimiento por todas partes. Tras señalar un punto en uno de sus mapas y otro en el de Imenja, el capitán habló.

Reivan miró a Imi e hizo las veces de intérprete.

—Dice que estamos lo bastante lejos de la costa para no alcanzar a avistarla desde el mástil.

—¿Una barca de remos podría llegar a la costa desde donde estamos? — le preguntó Imi al capitán, y Reivan tradujo sus palabras en voz baja.

—Sí, pero tardaría muchas horas. Si tenemos la corriente en contra, sería aún peor.

—¿Hay riesgo de que nos descubran?

—Muy grande durante el día.

—¿Y de noche? —inquirió Reivan.

—La luna casi está llena —les recordó el capitán—. Tampoco podremos ver si hay escollos cerca de la playa.

—No hace falta que me llevéis hasta allí —dijo Imi en cuanto Reivan terminó de traducir—. Puedo cubrir parte del trayecto a nado.

Todos clavaron los ojos en ella con el ceño fruncido.

—¿Eres lo bastante fuerte para eso? —preguntó Reivan.

El capitán dijo algo en tono de advertencia.

—Dice que podría haber depredadores marinos. Lomospinas, a los que si no me equivoco vosotros llamáis flarkes.

Imi sintió una punzada de miedo, pero enderezó la espalda.

—Los únicos seres marinos realmente peligrosos son los flarkes, y se alimentan de presas más pequeñas. Solo atacan a personas cuando están heridas o no encuentran otro alimento. Si los siyís os ven, intentarán mataros. Vosotros correríais más peligro que yo.

Cuando Reivan tradujo las palabras de Imi, el capitán esbozó una sonrisa torcida. Miró a Imi con lo que a ella le pareció admiración.

—Esperemos que en la costa haya siyís a los que puedas pedir ayuda — señaló Reivan.

—Me bastará con nadar a lo largo de ella hasta dar con alguno. ¿Cómo os encontraré si el buque y la barca no se divisan desde la orilla?

Imenja y Reivan intercambiaron una mirada.

—Debemos acordar un momento y un lugar —dijo Reivan—. Acercaremos a Imi a la costa por la mañana y la recogeremos por la noche.

—¿Cómo os localizaré en la oscuridad? —quiso saber Imi, estremeciéndose al imaginar lo que sería avanzar en el agua a oscuras—. Prefiero nadar de día.

Imenja sonrió.

—En ese caso, te llevaremos al amanecer y te recogeremos a última hora de la tarde —dijo—. Si no topas con siyís ese día, navegaremos hacia el oeste al día siguiente y volveremos a intentarlo.

Imi asintió.

—Eso dará resultado.

Reivan repitió la conclusión en el idioma del capitán, que movió la cabeza afirmativamente. Se volvió hacia un marinero que se hallaba cerca y le dijo algo. El hombre se alejó y regresó con una botella y unas copas gruesas. Imi pugnó por reprimir una mueca. La bebida que se servía al final de las comidas formales era demasiado fuerte y ácida para ella, pero siempre hacía el esfuerzo de tomar un sorbo por miedo a ofender a su anfitrión. Por otro lado, le producía una somnolencia agradable, muy preferible a dar vueltas durante horas en el depósito de agua que habían colocado en la bodega a manera de cama para ella. Aunque la mantenía mojada, no era fácil relajarse en agua que se movía sin parar.

Seguramente aquella noche la pasaría en vela, a pesar de la bebida, pensando en la aventura que la esperaba. ¿Habría siyís en la costa? ¿La ayudarían?

«¿Y qué haremos si no saben dónde está Borra?».

En cuanto Juran abrió la puerta de sus aposentos, Dyara se puso nerviosa. Aunque él se mostraba tranquilo, se le habían formado arrugas en el rostro que solo aparecían cuando estaba angustiado. Juran pasó al interior y, sin decir una palabra, le indicó con un gesto que entrara. Rian y Mairae ya estaban allí. Ambos parecían desconcertados.

Dyara se sentó y aguardó mientras Juran caminaba lentamente de un lado a otro de la habitación, claramente intentando poner en orden sus pensamientos. Ella lo conocía mejor que los otros Blancos, pero no era de extrañar. Llevaban setenta y seis años trabajando juntos. Cada una de las muestras de inquietud de Juran la desasosegaba aún más, hasta tal punto que tuvo que luchar por mantener el dominio de sí misma para no exigirle que les

explicara de una vez qué le preocupaba.

—Durante los últimos meses, Huan y yo hemos estado observando a... a cierto individuo —comenzó—. Esperábamos una señal que confirmara o desmintiera nuestras sospechas sobre él. Esta noche hemos comprobado que eran acertadas.

—¿De quién se trata? —preguntó Dyara.

Juran se detuvo y la miró. Respiró hondo, y su expresión se endureció.

—El hombre al que hemos estado observando es Mirar.

Dyara lo contempló con incredulidad. La habitación quedó en silencio por unos momentos.

—Está muerto —aseveró Rian.

Juran sacudió la cabeza despacio.

—No lo está. No sé cómo es posible, pero es cierto.

—¿Estáis seguros? —preguntó Dyara.

—Ahora sí.

—Pero si encontrasteis su cadáver.

—Encontramos un cadáver aplastado. La estatura y el color del cabello coincidían con los de Mirar, pero nadie habría podido reconocer su rostro. Pese a que había varios testigos, ninguno lo vio salir de la casa en ruinas.

—Pero no había manera de demostrar que el cuerpo era el de Mirar —concluyó Dyara.

—No.

Mairae se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Cómo os enterasteis de que Mirar sigue con vida?

Con un suspiro, Juran se acercó a una silla.

—Más vale que explique esto paso a paso. Auraya descubrió a Mirar en Si hace unos meses, aunque, naturalmente, no lo identificó. Estaba atendiendo a los siyís y...

—¿Ella sabe quién es? —lo interrumpió Dyara, alarmada—. ¿Está a salvo?

Juran sonrió.

—No lo sabe, pero está más que a salvo. Chaia vela por ella.

—Cree que Mirar es un tejedor normal y corriente —aventuró Rian.

—En efecto.

Dyara asintió para sí. «Por supuesto». De pronto, una posibilidad le vino a la mente y ella se volvió hacia Juran, pero él tenía su atención puesta en Rian.

—Auraya le pidió que le enseñara su método de sanación —prosiguió Juran—. Al principio, Huan lo prohibió, pero hace poco decidió que valía la pena correr el riesgo para corroborar nuestras sospechas. Era poca la información peligrosa que él podía extraer de la mente de Auraya, mientras que nosotros podíamos averiguar muchas cosas examinando la suya.

—Un momento —lo cortó Dyara—. ¿Ni Auraya ni la propia Huan pueden leer su mente?

—No. La tiene protegida.

—Con razón sospechabais de él —comentó Mairae.

—¿Y aun así animasteis a Auraya a aprender de él? —añadió Dyara.

Juran la miró a los ojos y asintió.

—Teníamos que saber si mis recelos eran fundados. Hoy Mirar ha accedido a instruirla. Huan y yo hemos permanecido conectados con ella durante la lección..., aunque Auraya no era consciente de ello.

A Mairae se le entrecortó la respiración.

—¿Por qué no la habéis informado de lo que hacíais?

—Ella tenía que conectarse con Mirar para adquirir el don de la sanación. Si hubiera albergado sospechas acerca de su identidad o hubiera sabido que Huan y yo la vigilábamos, Mirar tal vez se habría dado cuenta.

—Si podía enterarse de eso a través de ella, ¿qué más puede haber descubierto? —inquirió Rian por lo bajo.

—Nada —le aseguró Juran—. Estábamos preparados para interrumpir la conexión, pero no ha sido necesario. Ella ha protegido bien su mente. En cambio, lo que Huan y yo hemos visto en la de él... —Sacudió la cabeza—. Mientras Auraya se concentraba en lo que estaba aprendiendo, Huan y yo hemos alcanzado a percibir pensamientos sueltos de Mirar. En cierto momento, cuando Auraya estaba distraída, él incluso ha reflexionado sobre qué haría si ella se enteraba de que en realidad era Mirar.

Las preguntas se agolparon en la mente de Dyara. «¿Cómo logró

sobrevivir Mirar? ¿Juran tendrá que matarlo de nuevo, o los dioses se apiadarán de él y nos enviarán a Rian o a mí a hacerlo? ¿O quizá a Auraya, puesto que está en Si?».

Entonces recordó la posibilidad que se le había ocurrido antes.

—¿Por qué querría Mirar enseñarle una habilidad semejante a uno de los nuestros? ¿Por qué iba a ayudar a Auraya o a fiarse de ella?

Juran posó la vista en ella, y las arrugas de aflicción en su cara se hicieron más profundas.

—La conoce bien, y nosotros lo conocemos a él. Él... es Leiard.

Un silencio cargado de estupor se impuso en la habitación. Dyara asintió con amarga satisfacción. Había estado en lo cierto.

—¡Leiard! —exclamó Mairae—. Pero ¿cómo es posible? Todos coincidimos con él. Todos le leímos la mente. ¿Cómo es que no descubrimos su verdadera identidad?

Juran extendió las manos a los costados.

—No lo sé. Si es capaz de ocultar sus pensamientos a los dioses, quién sabe qué otros dones posee. Tal vez haya adquirido la facultad de encubrir su personalidad tras una identidad falsa.

—Pero tú sabes qué aspecto tiene —señaló Rian—. ¿Por qué no lo reconociste?

—Su apariencia ha cambiado desde que lo conocí. —Juran suspiró—. Han pasado cien años, y mi recuerdo de él se ha debilitado. —Se acercó a una mesa y cogió una hoja de pergamino—. Tras la muerte de Mirar, casi todas las estatuas o retratos de él fueron destruidos. Envié a sacerdotes a todos los rincones de Ithania del Norte en busca de imágenes suyas. Este es el bosquejo de una escultura encontrada entre las ruinas de una antigua Casa de los Tejedores hace unos años.

Le pasó el dibujo a Dyara. Al ver el retrato, se le escapó un grito ahogado. Aunque aquella cara era más tersa y redonda que la de Leiard, y carecía de barba, aún resultaba reconocible. Le alargó el dibujo a Rian, que frunció el ceño al reconocer también el rostro.

Arrellanándose en su asiento, Dyara se retrotrajo al momento en que Leiard había llegado a la ciudad y a épocas anteriores. Él había conocido a

Auraya cuando era una niña. La había buscado después de que ella se convirtiera en Blanca. Ella lo había nombrado tejedor asesor. Cuando comprendió las implicaciones de que Mirar hubiera ocupado un cargo desde el que podía ejercer tanta influencia sobre los circulianos, soltó un gruñido.

—¿Cuándo comenzó todo? —preguntó—. ¿Sabía él que Auraya llegaría a ser una Blanca? ¿Fue una casualidad, o planeó que ella viniera aquí para utilizarla sin que se diera cuenta?

Juran fijó los ojos en Dyara.

—Sería difícil de creer.

—Debemos contemplar esa posibilidad —dijo ella.

—Dudo que él lo planeara todo desde un principio —dijo Rian—, pero cuando se enteró de que Auraya había sido elegida como Blanca, seguramente no pudo resistir la tentación de inmiscuirse. La siguió hasta aquí para ganarse su confianza.

—¡Y meterse en su cama! —siseó Dyara. Llena de rabia, miró a Juran—. No cabe duda de que es el mismo canalla que conociste. Se aprovechó de su influencia sobre ella para fomentar la aceptación de su pueblo entre los circulianos. —Sintió un estremecimiento de triunfo—. Pero llevó las cosas demasiado lejos. Acostarse con ella fue un error. Cuando su relación fue descubierta, se marchó a Si, sabiendo que ella volvería allí. Ahora está seduciéndola de nuevo, usando sus conocimientos de magia como cebo. —Se volvió hacia Juran, que negó con la cabeza, aunque ella no supo si era un gesto de desaprobación ante el ardid de Mirar o sencillamente de espanto ante la situación.

Él echó a andar otra vez de un lado a otro.

—Lo que dices puede ser cierto, Dyara, pero también es posible que no lo sea. Cuando me encaré con Leiard tras enterarme de sus amoríos con Auraya, exploré su mente y no encontré indicio alguno de que fuera Mirar, ni grandes maquinaciones para perjudicarnos. Lo que vi fue a un hombre enamorado de Auraya. Era un amor sin esperanzas y temeroso, pero auténtico. Es imposible que se inventara algo así.

—Y ella lo ama a él —murmuró Mairae—. O al menos lo amaba.

—Lo que amaba era una mentira —señaló Rian.

—Entonces es una suerte que ya no lo ame —comentó Dyara—. Porque tendrá que matarlo.

Todos los presentes se quedaron callados de nuevo. Mairae tenía los ojos desorbitados de horror. Miró a Juran.

—No hablaréis en serio.

—Auraya está en Si —dijo Juran en tono cansino—. Cualquiera de nosotros tardaría meses en llegar hasta él.

—No podéis pedirle que haga eso —insistió Mairae—. Aunque sepa que él no es el hombre al que amó, sería demasiado cruel obligarla a ejecutarlo.

—¡Cuando se entere de quién es en realidad y cómo la ha manipulado, comprenderá que no puede seguir con vida! —declaró Rian con vehemencia.

Dyara crispó el rostro. En realidad, estaba de acuerdo con Mairae.

—¿Qué desean los dioses que hagamos?

Juran sonrió con frialdad.

—Están deliberando.

—Si nos lo ordenan, yo estoy dispuesta a cumplir su voluntad en lugar de Auraya —se ofreció Dyara—. Coincido con Mairae en que sería demasiado duro pedírselo a ella. Hay otras formas de resolver esto. Podríamos utilizar a Auraya para conseguir que Mirar salga de Si, por ejemplo.

Juran asintió.

—Propondré esa posibilidad. Gracias.

Los cuatro guardaron silencio, absortos en aquella nueva revelación y en sus posibles consecuencias. Al cabo de un rato, Dyara se rebulló y paseó la vista alrededor.

—No nos queda más que aguardar la decisión de los dioses. Regresemos a nuestros aposentos y reunámonos de nuevo mañana.

Cuando se puso de pie, Mairae y Rian siguieron su ejemplo. Abandonaron la habitación en fila, sin decir una palabra. Desde la puerta, Dyara se volvió hacia atrás. Juran esbozó una sonrisa lúgubre. Ella sintió una punzada de compasión por él mientras salía. El líder de los Blancos no pegaría ojo aquella noche. Era evidente que los fantasmas de su pasado habían vuelto para atormentarlo.

«Nunca se ha perdonado a sí mismo el haber matado a Mirar —pensó

Dyara—. Ahora sabe que lleva cien años sintiéndose culpable por algo que no hizo».

Habían transcurrido muchos siglos desde que Emerahl había navegado por el golfo de la Congoja. Sennon, con sus desiertos y ciudades grises, no tenía atractivo para ella. A lo largo de su prolongada vida, no había abandonado el continente de Ithania del Norte salvo para visitar la nación insular de Somrey, que en la actualidad se consideraba una parte de Ithania del Norte de todos modos.

Si hubiera estado navegando por el medio del golfo y el aire hubiera sido menos brumoso, tal vez habría alcanzado a ver Ithania del Norte y del Sur a la vez, pero la necesidad de fondear de vez en cuando para reponer provisiones la mantenía cerca de la costa de Sennon. Habría podido adquirir comida en Avven, pero no sabía qué clase de recibimiento le darían en el continente meridional, y su desconocimiento absoluto del idioma local dificultaría las compras. Sennon, por otro lado, seguía siendo muy similar a como lo recordaba. Ni siquiera la lengua había cambiado mucho desde su última visita, unos cientos de años atrás.

En todas direcciones, el horizonte aparecía borroso a causa del polvo levantado por el viento, que impulsaba su barca hacia el este. Más adelante se encontraba el istmo de Grya, una faja de tierra que separaba el golfo de la Congoja del golfo de Fuego. La ciudad de Diamyane se asentaba en el punto en que el istmo se unía a Sennon. Allí finalizaría su viaje por mar.

Emerahl se mordisqueó el labio y dio unas palmaditas a la caña del timón. La pequeña embarcación había recorrido grandes distancias durante los últimos meses. Había capeado tormentas y soportado la tensión de los ocasionales empujones de magia para avanzar más deprisa. Ella la echaría de menos. La única manera de conseguir que una barca atravesara el istmo era pagarle a alguien para que la llevara a rastras hasta el otro lado, y ella dudaba que le alcanzara el dinero para eso. Una vez que vendiera el bote, Emerahl se uniría a una caravana de mercaderes que se dirigiera hacia el este o, si podía permitírselo, compraría un pasaje en un buque.

Dejó a un lado la pesadumbre, recordándose que había tomado la decisión hacía meses y que no tenía sentido cambiar de idea. Habría podido rodear Ithania del Sur por mar, pero eso habría alargado varios meses su viaje. También habría podido circundar Ithania del Norte por arriba, pero para ello habría tenido que pasar por Jarime, y ella prefería no acercarse a un país gobernado por los Blancos.

Mirar le había avisado en una conexión en sueños que los siyís vigilaban la costa con celo desde que, unos meses atrás, los pentadrianos habían desembarcado y ellos les habían pedido que se marcharan. También le había advertido que Auraya se encontraba en Si. Emerahl había llegado a la conclusión de que pasar cerca de una Blanca era mejor que pasar cerca de cuatro. Había cargado provisiones abundantes para no tener que atracar en Si. No había recibido ninguna visita de una hechicera vestida de blanco, y los vientos habían soplado a su favor durante buena parte de la travesía. Por el momento, no tenía motivos para lamentar su decisión.

Unas formas extrañamente regulares emergieron de la bruma polvorienta, más adelante. Conforme Emerahl se acercaba, estas se revelaron como edificios. Emerahl puso rumbo hacia ellos. Avanzó sin prisa, retrasando el momento en que tendría que renunciar a su barca. Antes de lo que hubiera querido, se encontraba frente a un embarcadero y tuvo que lanzar una cuerda a los muchachos del puerto, que tiraron de la barca y la amarraron a los norayes con una rapidez fruto de la práctica. Ella trepó al muelle, les dio unas monedas y les preguntó dónde estaban los remolcadores de embarcaciones.

Tenían su establecimiento junto al muelle. Cuando ella entró, percibió

que un júbilo avaricioso se apoderaba de los remolcadores. Mientras tomaban varias tazas de una bebida local caliente y amarga, ella los convenció de que una mujer podía regatear tan bien como los hombres. Sin embargo, aunque sus sentidos le decían que había conseguido que le rebajaran el precio considerablemente, este seguía siendo demasiado elevado.

A continuación buscó un comprador para su bote y descubrió que no había demanda para embarcaciones tan pequeñas. Allí los barcos se utilizaban sobre todo para transportar mercancías, y el de ella era demasiado reducido para eso. Aun así, un hombre se mostró dispuesto a pagarle una cifra irrisoria. Emerahl quedó con él más tarde, para que echara un vistazo a la barca.

Pasaron las horas. Ella se acercó al mercado con el fin de cambiar algo de dinero por canares, la moneda local. Tras comprar alimentos y una medida de kahr, el licor del lugar, trató de vender con poco entusiasmo sus servicios como sanadora. Varios sanadores que ya trabajaban en el mercado le lanzaron miradas hostiles. Ella supo que no podría permanecer mucho tiempo allí sin que la molestaran. En Sennon todo el mundo era libre de vivir como le viniera en gana y de venerar a quien quisiera, siempre y cuando no infringiera alguna de las leyes esenciales del país. Mientras se dirigía hacia el mercado, Emerahl había visto una Casa de los Tejedores y a numerosos tejedores de sueños. Los habitantes de Toren se le acercaban para pedirle ayuda; los de allí la ignoraban, claramente satisfechos con los servicios de sanación disponibles.

«De modo que debo captar su atención con productos mejores o menos corrientes», se dijo.

—Remedios para la infertilidad —voceó a la multitud—. Eliminación de cicatrices. Afrodisiacos.

Un hombre y una mujer se volvieron hacia ella. La mujer llevaba un bebé en brazos, y el hombre iba de la mano de un niño pequeño. Tras intercambiar una mirada, se encaminaron hacia ella a toda prisa. Emerahl se preguntó cuál de los tres servicios deseaban. No parecían necesitar un tratamiento para la infertilidad. Tal vez les interesaran los afrodisiacos, pero era igual de probable que quisieran librarse de alguna cicatriz.

—¿Eres Emmea, la sanadora que quiere vender una barca? —inquirió el hombre, refiriéndose a ella por el nombre que había dado a los remolcadores. Había dejado de hacerse llamar «Limma» en cuanto había llegado a Sennon. Emplear un nombre distinto cuando estaba en el otro extremo del continente dificultaría las cosas a quien intentara seguirle la pista.

Tras parpadear sorprendida, asintió.

—Sí. ¿Queréis comprarla?

—No —respondió el hombre—. Permíteme que me presente. Me llamo Tarsheni Drayli, y ella es mi esposa Shalina. Deseamos comprar pasaje para nosotros y nuestros hijos.

Sus palabras desilusionaron a Emerahl.

—Ah. No puedo ayudaros. No me dirijo hacia el oeste.

—No deseamos ir al oeste —repuso el hombre, sonriente—, sino al este.

—Aun así, no puedo ayudaros —dijo ella en tono de disculpa—. No puedo permitirme pagar a los remolcadores.

—Ah, pero no tienes que pagarles —aseveró él—. Hay un túnel estrecho que atraviesa el istmo. Lo abrieron hace pocos años. Solo las embarcaciones pequeñas caben en él. El peaje cuesta mucho menos que remolcar la barca hasta el otro lado.

—¿De veras? —Nadie le había hablado de ese túnel, pero no le sorprendía que los remolcadores hubieran omitido mencionárselo—. ¿Cuánto cuesta?

—Doce canares por barca —dijo el hombre.

Emerahl asintió. No percibió deshonestidad en él. Sin embargo, doce canares seguían siendo demasiados. Podía pagarlos, pero entonces no le quedaría dinero para comprar comida..., a menos que llevara a aquellas personas al este. Se maldijo para sus adentros por no haberse informado sobre el precio del pasaje en un barco. No tenía idea de cuánto debía cobrarle a esa gente.

—Mi propuesta es la siguiente —anunció el hombre antes de que ella pudiera decir algo—: nosotros pagamos el peaje para atravesar el túnel, y, a cambio, tú nos llevas al este, hasta Karienne.

Emerahl sonrió.

—Me parece razonable. El pasaje en un barco sin duda cuesta mucho más que doce canares.

Él hizo un gesto afirmativo, y ella no detectó sentimiento alguno relacionado con el engaño; solo esperanza.

Emerahl frunció los labios mientras meditaba sobre el trato. El hombre, Tarsheni, la miraba con impaciencia.

—Debéis traer vuestra propia comida y agua. No tengo dinero para cubrir vuestras necesidades básicas —le previno ella.

—Así lo haremos, por supuesto —contestó Tarsheni.

—Y aunque no creo que planeéis robarme la barca, debo advertiros de algo para que no se os ocurran ideas parecidas en el futuro. Los dones que poseo no son despreciables.

Tarsheni sonrió.

—No tienes nada que temer por nuestra parte.

Emerahl asintió.

—Lo mismo os digo. Tengo una última pregunta: ¿cuál es el motivo de vuestro viaje?

La pareja intercambió una mirada, y Emerahl percibió aprensión. Con los brazos cruzados, fijó la vista en ella, expectante. Tarsheni encorvó la espalda.

—Tal vez te parezca una tontería —dijo—, pero nos han contado que en Karienne hay un hombre con conocimientos profundos y maravillosos. Queremos viajar allí para oírlo hablar.

Aunque Emerahl no percibió falsedad en sus palabras, supuso que ocultaban algo.

—¿Por qué es tan especial ese hombre? —preguntó.

—Es... —comenzó Tarsheni.

—¿Eres circuliana? —quiso saber su esposa.

Emerahl contempló a Shalina con sorpresa y prudencia.

—No —reconoció, esperando que eso no implicara la ruptura del trato.

—No eres pentadriana —observó Shalina, con un brillo de astucia en los ojos—. ¿Eres pagana o no creyente?

Emerahl le sostuvo la mirada.

—¿El hombre al que queréis ver venera a una de las deidades muertas?

Shalina sacudió la cabeza.

—Sostiene que los dioses fueron creados por un ser superior —explicó Tarsheni—. Quizá se equivoque. Por eso queremos ir allí a averiguarlo.

—Entiendo —dijo Emerahl—. Qué idea tan interesante —añadió con curiosidad sincera. Si esta teoría se popularizaba, tal vez daría lugar a la primera religión surgida en los últimos milenios, sin contar el culto que le habían rendido los indeseados y poco escrupulosos adoradores de la Arpía, muertos tiempo atrás.

—Bueno —dijo, devolviendo su atención a la familia—, ¿cuándo queréis partir?

La pareja desplegó una gran sonrisa.

—Solo tenemos que pagar por nuestra estancia en la casa de huéspedes y recoger nuestras pertenencias —dijo Tarsheni—. Y comprar algo de comida. ¿Cuánta debemos llevar?

Emerahl sonrió a su vez. Eran viajeros jóvenes y sin experiencia, seguramente acostumbrados a las comodidades. El viaje les resultaría demasiado duro. Más valía que ella se asegurara de que se prepararan debidamente.

—Llevad la suficiente para varios días. Nunca se sabe cuánto se tardará en llegar a la siguiente aldea. No llevéis alimentos perecederos y cercioraros de que todo esté bien envuelto. En el mar a veces hace calor, y si estalla una tempestad, todo se mojará. ¿Tenéis abrigo impermeable? ¿No? Será mejor que os acompañe a la casa de huéspedes. Echaré una ojeada a lo que queréis llevar y os enseñaré cómo hacer el equipaje. Y necesitaréis algo para el mareo...

Más animada de lo que se había sentido en todo el día, Emerahl salió del mercado, seguida por la familia. No solo no tendría que renunciar a su barca, sino que quizá ganaría algo de dinero al transportar a aquellas personas a Karienne.

Cuando Auraya regresó a la montaña del Templo, seis siyís más habían enfermado de devoracorazones, y otros dos habían informado de que

miembros de su familia estaban incubando la enfermedad. Aunque Auraya ya se había valido de su nuevo don sanador muchas veces, los siyís de la montaña del Templo estaban menos dispuestos y preparados para aislarse unos de otros. Ya había indicios de reinfecciones.

Al mismo tiempo, llegaban noticias de que el mal había aquejado a algunos miembros de tribus que habían eludido la enfermedad hasta entonces. Ella sabía muy bien que sus esfuerzos rendirían mejores frutos en tribus menos numerosas y con un espíritu más cooperativo, pero estaba decidida a mejorar la situación en que se encontraba la tribu de la montaña del Templo.

—La enfermedad pondrá a prueba la fortaleza de cada uno de nosotros —dijo con resignación el portavoz Ryliss mientras llenaba la estufa de aceite.

—Sí, si le damos libertad para propagarse —convino Auraya.

—¿Cómo podemos detenerla?

—Enviando lejos a todos aquellos que se hayan recuperado de la enfermedad.

Él arrugó el entrecejo.

—Dijiste que quienes se habían recuperado del todo no podían contagiar a nadie. Lo que propones supondría expulsar a personas que no representan riesgo alguno para los demás.

—Pero que ocupan demasiado espacio, lo que nos impide aislar adecuadamente a los enfermos. Si obligas a quienes nunca han padecido el mal a que se marchen, correrás el riesgo de que algunos de ellos estén infectados pese a no presentar aún los síntomas.

—Pero eso de expulsar a la gente... ¿de verdad es necesario?

—En esta aldea la gente vive hacinada —le dijo ella, no por primera vez.

—No más que en otras, ciertamente.

—Casi todas las tribus han visto reducida su población en el último año, puesto que perdieron a varios de sus miembros en la guerra. Muchos de los siyís que viven en esta aldea se trasladaron aquí hace poco, ¿verdad?

Ryliss asintió.

—Sí. Vinieron para instruirse sobre los dioses y servirlos.

Ella alzó la vista hacia él, estupefacta.

—¿Por qué no acudieron a los sacerdotes del Claro?

Él se encogió de hombros.

—Vinieron aquí antes de que los sacerdotes llegaran. Además..., sin ánimo de ofender, algunos siyís prefieren aprender de otros siyís las formas de culto propias.

Ella sonrió.

—Me parece comprensible. ¿Sería útil que los sacerdotes vinieran aquí? ¿Estarían dispuestos los veladores a impartir sus enseñanzas codo con codo con los pisatierra?

—Se lo preguntaré.

—Gracias. —Auraya se apartó de un paciente y se acercó al siguiente—. Estos recién llegados son jóvenes y fuertes. Sus cuerpos combaten la enfermedad. —Se puso derecha y lo miró a los ojos—. Así pues, ¿pedirás a algunas de las personas de aquí que se marchen?

En el rostro del hombre se formaron arrugas de renuencia, pero Auraya no oyó su respuesta. Otra voz inundó su mente.

:Auraya, ven al templo.

La presencia de Huan se desvaneció tan bruscamente como había aparecido. Ryliss no había dejado de hablar. Auraya advirtió que seguía alegando excusas.

—Lo siento, portavoz —lo interrumpió—. Tengo que dejarte. Huan reclama mi presencia.

Él abrió mucho los ojos.

—Será mejor que no la hagas esperar.

—En efecto. —Salió de la habitación con grandes zancadas y enfiló un pasillo. El sistema de cuevas era poco profundo, por lo que solo tardó unos momentos en llegar a un lugar donde había una abertura en el techo. Tras echar un vistazo hacia arriba para asegurarse de no chocar con algún siyí que estuviera a punto de lanzarse desde un hueco en la pared de roca, se concentró en su percepción del mundo y se propulsó hacia las montañas más cercanas.

El viento, fresco y agradable, le azotó la cara. Al aproximarse, alcanzó a distinguir la forma del templo. Aunque ya lo había visto varias veces, siempre se maravillaba al contemplar aquella pequeña estructura tallada en la

cima de la montaña. Su origen era un misterio. Ryliss le había asegurado que era más antigua que la raza siyí. Quien la había esculpido debía ser un escalador experto o alguien con la facultad de volar. El motivo por el que lo había hecho era un misterio aún mayor.

Cinco columnas sostenían un techo abovedado. Auraya aterrizó en el centro del suelo circular. Respiró hondo y desplazó la vista alrededor, con el pulso acelerado por la expectación. Aunque se había acostumbrado a la compañía de Chaia, la perspectiva de estar en presencia de los otros dioses le resultaba tan emocionante como sobrecogedora.

:Huan, estoy aquí, la llamó.

Auraya se concentró en su percepción de la magia circundante. Sintió una presencia que se acercaba a gran velocidad. La magia se agitaba a su paso, y ella tuvo que resistir el impulso instintivo de retroceder. Se detuvo de golpe a solo unos pasos de ella, y el aire que la rodeaba comenzó a brillar. La luz se materializó en la figura de una mujer de expresión severa. Auraya se postró ante ella.

:En pie, Auraya —dijo Huan—. Tenemos una misión para ti.

—¿Qué debo hacer? —Auraya se irguió de cara a la diosa.

:Hemos descubierto un grave error que se cometió hace mucho tiempo. Debes repararlo..., pero cuidado: no será una tarea fácil ni placentera. Nos hemos enterado de que un enemigo al que creíamos muerto tiempo atrás continúa con vida. Por si esto fuera poco, ha estado interfiriendo en los asuntos del mundo.

A Auraya el corazón le dio un vuelco cuando intuyó de qué enemigo podía tratarse.

—¡Kuar! Pero ¿cómo sobrevivió? ¿Cómo voy a derrotarlo?

:No se trata de Kuar. Si Kuar hubiera sobrevivido, no te enviaríamos a ti a luchar contra él. Era más poderoso que tú. Estamos hablando de un enemigo menor y más viejo. Juran fue el último en enfrentarse con él. Se llama Mirar.

Auraya fijó los ojos en Huan, atónita.

—¿Mirar? ¿Cómo es posible? —Cuando adivinó lo que los dioses iban a pedirle, se le cayó el alma a los pies. «Oh, Leiard. ¿Podrás perdonarme algún

día?».

:No te perdonaré —aseveró Huan—. Leiard es Mirar.

—¡Leiard! —exclamó Auraya. Por unos instantes, fue incapaz de pensar. Entonces soltó una carcajada de incredulidad—. Eso es imposible. Le he leído la mente. Bueno, se la leí antes de que se...

:Mirar es Leiard. Nos engañó. Engañó a los Blancos y, lo que es peor, te mintió y te utilizó a ti. No sabemos a ciencia cierta cómo consiguió ocultarse tras el personaje de Leiard, pero estamos seguros respecto a su auténtica identidad. Cuando conectaste con él para aprender el don de la sanación, descubrí la verdad.

—¿Tú estabas allí...?

:Sí.

Auraya sacudió la cabeza, sin dar crédito a sus oídos. Había captado pensamientos sueltos de Leiard durante la conexión. Nada de lo que había visto le había revelado otra cosa que conocimientos sobre la sanación.

:Mientras estabas distraída, él bajó la guardia, creyendo que estaba a salvo.

Ella repasó sus recuerdos de Leiard. Primero, recordó cómo era cuando vivía en el bosque, cerca de su aldea, y le daba lecciones sobre remedios y sobre el mundo. ¿Había mostrado alguna señal de que en realidad era Mirar? A Auraya no le venía ninguna a la memoria.

A continuación, reflexionó sobre el hombre que había sido su asesor en Jarime. Se había sentido de lo más incómodo en el templo. Ella había supuesto que cualquier otro tejedor de sueños se habría sentido igual. ¿Su miedo a todo lo relacionado con los circulianos era un indicio de su verdadera identidad? Él había superado ese miedo y se había convertido en tejedor asesor. Sin embargo, la idea no había sido suya, sino de Auraya. Su trabajo había beneficiado a los tejedores, pero eso no tenía nada de extraño o de malo. Cualquiera de sus correligionarios habría aspirado a lo mismo.

Aunque cabía la posibilidad de que se hubiera valido de su cargo para obtener otras ventajas sin que ella se enterase...

:No alcanzas a comprender la profundidad de su engaño, Auraya. Leiard no existe. Jamás ha existido. El hombre que conociste era un invento

concebido para manipularte.

Auraya frunció el ceño. Estaba buscando signos extraños en la conducta de Leiard, cuando lo que debía examinar era el comportamiento de Mirar. Si él había inventado a Leiard con el fin de engañarla, lo había conseguido. Se había ganado su amistad, su confianza, y más tarde su amor. Pensó en las conexiones en sueños, las declaraciones de amor, las promesas. Nada de eso había sido real. Se estremeció. Había hecho... cosas con un hombre al que en realidad no conocía, que no podía albergar buenas intenciones hacia ella, los dioses o los circulianos.

«¿Cuál era entonces el auténtico propósito de Mirar? ¿Frustró Juran sus planes cuando descubrió nuestros devaneos y lo expulsó? ¿Vino Mirar a Si con la esperanza de encontrarse conmigo y retomar nuestra relación?».

Conforme las posibilidades le venían a la mente, su rabia iba en aumento. «¡Estaba dispuesta a arriesgar tanto por Leiard! Pero noté que había cambiado —recordó de pronto—. Cuando conectamos para que él pudiera instruirme, percibí una diferencia. ¿Qué fue lo que dijo? “No soy la persona que era”».

:Por fin has comprendido la verdad —dijo Huan—. Te resultará doloroso. Desearíamos que no fuera así. Sería preferible que este error jamás se hubiera cometido. Aférrate a la ira. La necesitarás para hacer lo que debe hacerse. Los otros Blancos están demasiado lejos para actuar. Tú estás cerca, y tienes a tu favor el elemento sorpresa. No se esperará que seas la elegida para ejecutarlo.

—¿Ejecutarlo? —A Auraya se le heló la sangre.

:Sí. Tienes aversión a matar. Eso es bueno; lo contrario nos decepcionaría. Pero él debe morir, y esta vez de verdad. Yo te guiaré.

—¿Cuándo?

:Ahora.

—Pero ¿y los siyís...?

:No te llevará mucho tiempo, Auraya.

—Ah —dijo con una extraña sensación de desorientación. «No dispondré de tiempo para acostumbrarme a lo que tengo que hacer, ¿verdad? Tendré que aclarar en mi mente el significado de todo esto más tarde».

:Sí. No debes dejar que nada te distraiga —le advirtió Huan—. Él es fuerte. No te lo pondrá fácil. Intentará manipularte. Hará todo lo posible por impedir que cumplas con tu cometido.

«Por supuesto que lo hará —pensó ella—. Dudo que tenga ganas de morir».

:Yo te guiaré. Adelante, Auraya. Encuéntralo.

Aunque el aliento de los remeros se condensaba en el aire, Imi no tenía frío. En un principio se había preguntado por qué Imenja no calentaba con magia la brisa que envolvía a la tripulación, pero en cuanto reparó en que los hombres tenían la frente brillante de sudor, comprendió que sus esfuerzos les proporcionaban calor suficiente. Habrían estado incómodos en el interior de la zona caldeada de Imenja.

A un lado se divisaban nubes sobre el horizonte que atenuaban la luz del amanecer que se avecinaba. El mar, el barco, incluso los rostros curtidos de los remeros, estaban teñidos de un gris malsano. Todos los colores parecían haber sido filtrados del mundo.

La costa era una línea montañosa oscura surgida del cielo nocturno, separada del agua por una faja de arena pálida. Imenja se volvió hacia Imi. Con la mirada fija y sin sonreír, le posó una mano en el hombro.

—Es lo máximo que podemos aproximarnos sin correr el riesgo de que nos descubran —declaró—. ¿Estamos lo bastante cerca de la costa?

Imi asintió.

—Eso creo.

—No te expongas a peligros innecesarios.

—No lo haré.

—Regresaremos aquí esta tarde. Buena suerte.

Imi sonrió.

—Nos veremos entonces.

Se acercó al costado del buque. Este cabeceaba demasiado a causa de las olas y resultaba peligroso lanzarse al agua. Decidió que la mejor manera de zambullirse sería sentarse en la borda de cara al mar y dejarse caer cuando el barco se inclinara hacia aquel lado.

Dio resultado, aunque no fue precisamente una retirada elegante para una princesa. El agua estaba deliciosamente fría. Tras respirar hondo, Imi se sumergió y comenzó a nadar hacia la costa.

Aunque la distancia le había parecido corta desde el buque, ella tardó más de lo que esperaba en llegar a tierra. El agua estaba turbia, y la claridad del alba apenas alumbraba lo que había bajo la superficie. Imi había estado pocas veces en un espacio tan abierto, y nunca a solas. No podía evitar imaginar que algo emergería de la penumbra que la rodeaba, algo grande y pesado. O quizá algo más pequeño y veloz, como un flarke, que ella apenas alcanzaría a vislumbrar antes de que la atacara.

Sintió que iba a recorrerla un escalofrío, como cuando notaba que estaba a punto de estornudar pero no llegaba a hacerlo.

De pronto, el agua se iluminó. Ella asomó la cabeza a la superficie, suponiendo que el sol había salido, pero nada había cambiado. La playa se extendía ante ella, formando un arco en torno a una bahía poco profunda. Al bajar la vista de nuevo, ella se percató de que podía ver el blanquecino fondo del mar. Continuó avanzando.

Al poco rato, el agua que la rodeaba empezó a arrastrarla de un lado a otro. Se agitaba por encima de ella, arremolinándose y cambiando de dirección. Aunque sabía que existía el oleaje, nunca había intentado nadar en él. Un danzante del agua le había hablado de ello. Le había dicho que uno podía cabalgar las olas, siempre que supiera cómo hacerlo. Subió hasta la cresta de una de ellas, buscando la parte adecuada para cabalgarla. Supo que la había encontrado cuando sintió que la fuerza de la ola la elevaba y la impulsaba hacia delante.

Aquella sensación resultaba estimulante, pero terminó demasiado pronto. Imi notó arena bajo los pies y se levantó. Miró hacia atrás acariciando la idea

de adentrarse de nuevo en el mar para dejarse llevar por otra ola.

«No, debo empezar a buscar siyís. No sé cuánto tardaré en encontrarlos».

Tras salir del agua, atravesó la playa hasta donde comenzaba la hierba. El sol por fin apareció en el espacio que mediaba entre las nubes y el horizonte, y bañó todo en una luz dorada. Imi subió a una duna y descubrió que al otro lado había más dunas que se extendían hasta donde abarcaba la vista.

Los mercaderes elay que le habían contado historias sobre los siyís le habían dicho que los seres alados vivían en casas extrañas que semejaban burbujas medio enterradas. Ella dudaba que aquellos comerciantes hubieran llegado a alejarse mucho del mar por miedo a deshidratarse, así que esperaba que las casas de los siyís resultaran visibles desde la playa. Echó a andar por la costa, siguiendo el amplio arco de la bahía hasta una punta rocosa, al otro lado de la cual se encontró con una bahía más grande. Al cabo de un rato, le dio sed, y bebió de la cantimplora que le había facilitado Imenja. Aunque el sol estaba tapado por las nubes, y el aire era húmedo debido a las olas, Imi empezó a notar una resequedad incómoda en la piel. Regresó al agua y nadó paralela a la playa.

«Podría caminar durante horas antes de topar con algún siyí —pensó—. Quizá debería ir a nado y detenerme en medio de cada bahía para buscar siyís. De ese modo no me deshidrataré y podré cabalgar las olas hacia la playa cada vez».

Durante las horas siguientes, nadó a lo largo de la costa. Poco a poco, las lenguas de tierra que separaban las bahías se tornaban más rocosas. En todo momento, Imi evitó acercarse a ellas. Al ver las olas romper contra las rocas, sabía si estaba nadando demasiado cerca y corría el peligro de verse arrojada también contra ellas.

Por lo demás, había poca variación entre cada bahía y la siguiente. Aunque las nubes mantenían un velo celoso sobre el sol, ella tenía la sensación de que el día se acercaba a su fin. Tras detenerse para examinar otra extensión de dunas cubiertas de hierba, suspiró y meneó la cabeza.

«Si no doy media vuelta pronto, oscurecerá antes de llegar al sitio donde me he despedido de Imenja. —Arrugó el entrecejo y sintió una punzada de pánico—. ¿Cómo voy a reconocer la bahía?».

El viento soplaba y silbaba alrededor de ella. Levantó la mirada... y se sobresaltó al avistar las figuras que volaban en círculo por encima de su cabeza.

«¡Siyís!».

Su aspecto era tal como lo habían descrito los mercaderes. Pese a su pequeño tamaño, ella alcanzó a distinguir que se trataba de dos varones adultos. Uno de ellos tenía el cabello cano, mientras que el otro era más joven. Llena de alegría, agitó las manos en un gesto que esperaba que ellos interpretaran como una amistosa invitación a acercarse.

Los dos siyís descendieron, y sus pies se posaron en el suelo y lanzaron arena al aire. Ambos se enderezaron y contemplaron a Imi con cautela y curiosidad.

—Salud, mujer del mar —dijo pausadamente el siyí mayor en el idioma elay—. Soy Tyrli, portavoz de la tribu de la Arena. Mi acompañante es mi nieto Riz.

—Salud, gente del cielo —respondió ella—. Por favor, perdonad que haya entrado en vuestro país sin haber sido invitada. Soy Yli, hija del cazador Sei.

Imenja le había aconsejado que no revelara a los siyís su condición de princesa. Se negarían a dejar que se marchara sola hacia su hogar. Si no podía regresar a bordo del barco, tendría que esperar a que llegara el siguiente grupo de mercaderes elay. Quizá tendría que hacerlo de todos modos, si los siyís no podían indicarle dónde estaba Borra, pero le hacía mucha más ilusión que su padre tuviera la oportunidad de conocer a Imenja y Reivan.

—Te perdonamos, mujer del mar —dijo el hombre, risueño—. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí sola?

Ella inclinó la cabeza.

—Me he perdido —reconoció—. Por mi culpa. Me escabullí cuando mis mayores estaban distraídos. Unos saqueadores me capturaron, pero escapé. Ahora me doy cuenta de que no sé cómo llegar a casa. Nunca había estado tan lejos. Confiaba en encontrar algún siyí que pudiera señalarme el camino. —Era la verdad, o algo muy parecido. Vio comprensión en el rostro de los siyís.

—Eres afortunada —aseguró Tyrli—. Tienes suerte de que los saqueadores no te mataran y de haber podido escapar.

—Los Blancos deberían encargarse de ellos —comentó el joven, con expresión ceñuda.

—También tienes suerte de haber dado con nosotros —prosiguió Tyrli—. Estamos a unas horas de vuelo de nuestra aldea, patrullando la costa por si se aproximan invasores pentadrianos. Habrías tardado días en llegar a donde está nuestra tribu.

—¿Sabéis por dónde queda Borra?

—Puedo darte indicaciones aproximadas.

Ella suspiró, aliviada.

—Pues sí que soy afortunada.

Él soltó una risita.

—Debes de estar cansada y hambrienta. Hemos acampado cerca de aquí. Ven y cena con nosotros. Podrás descansar esta noche en un lugar seguro y emprender el viaje a tu hogar mañana.

—Me encantaría, pero tengo que regresar a... —Se interrumpió al percatarse de que no podía decirle que debía reunirse con Imenja. No se le ocurría un buen pretexto para volver nadando a lo largo de la costa.

Él le dedicó una cálida sonrisa.

—Estás ansiosa por llegar a casa. Lo comprendo, pero está a muchos días a nado de aquí, y pronto anochecerá. Quédate con nosotros esta noche.

Tal vez podría marcharse con disimulo una vez que se hubiera informado sobre la ubicación de Borra. Sonriendo de forma forzada, Imi asintió.

—Sí, eso haré. Gracias.

Él le hizo una seña para que caminara a su lado por la playa. Al dirigir la mirada hacia el mar, la invadió un pánico creciente.

«Imenja se preocupará mucho cuando no me vea aparecer, pero ¿qué puedo hacer? Si presiono a Tyrli para que me dé las indicaciones ahora, quizá sospeche de mí. —Se mordisqueó el labio—. Por otro lado, si no acudo al encuentro de Imenja, tal vez desembarque para buscarme».

Tyrli le dio unas palmaditas en el brazo.

—No te preocupes —le dijo en tono tranquilizador—. Te ayudaremos a

llegar a tu hogar.

Cuando Auraya se aproximaba a la aldea de la tribu del lago Azul, aminoró el paso y notó que su ira remitía ligeramente. Había siyís por todas partes; en la aldea, en los campos y, por supuesto, en las enramadas donde se atendía a los enfermos. Era fácil imaginar lo confundidos y asustados que se quedarían si la veían atacar al tejedor de sueños que estaba ayudándolos.

:*Huan*, dijo. La diosa permanecía cerca, pero callada.

:*Estoy aquí* —respondió—. *Ah, comprendo tu inquietud. Sería conveniente no perturbar la tranquilidad de los siyís. Busca una manera de convencer a Mirar de que salga de la aldea.*

El alivio de Auraya duró poco. Él se negaría a abandonar a los siyís enfermos y la aldea a menos que ella le diera una buena razón para ello. Si se encaraba con Mirar, quizá él intuiría que algo no iba bien. ¿Y si le pedía a otra persona que le entregara un mensaje? ¿Qué debía decirle en él?

«Solo que deseo entrevistarme con él en privado —pensó. Sintió náuseas al darse cuenta de que él tal vez lo interpretaría como una invitación a reanudar sus amoríos—. Parece injusto, pero también lo fue engañarme para hacerme creer que era otra persona». Esta idea reavivó su rabia.

Se concentró en las mentes de las personas que había abajo y localizó al portavoz Dyli en el interior de su enramada. Se posó en el suelo junto a la entrada.

—¿Portavoz Dyli? —llamó.

—¿Auraya la Blanca? —respondió él. Lo oyó acercarse a la puerta.

—Sí —contestó. Cuando Dyli apartó la cortina de la entrada, sonrió—. ¿Podrías transmitirle un mensaje a Wilar de mi parte?

Él asintió.

—Desde luego, pero no puedo decirte con certeza cuándo lo recibirá. Se marchó hace unos días a recolectar ingredientes para sus remedios. Tyve está aquí. ¿Puede ayudarte él?

—No.

«Mirar se ha ido. —La recorrió una oleada de emoción y descubrió que se

trataba de alivio—. No quiero matarlo —comprendió—. Aunque lo merece. Lo que no me gusta es tener que matar a alguien. Tal vez no haga falta. Huirá de Si, y darle caza será responsabilidad de Juran». No obstante, en cuanto este pensamiento le vino a la mente, supo que no podría eludir su deber tan fácilmente.

—¿Sabes hacia dónde se dirigía? —se obligó a preguntarle a Dyli.

Él negó con la cabeza.

Auraya asintió.

—No puede haber ido muy lejos. Tendré que volar por los alrededores hasta encontrarlo.

—Buena suerte, Auraya la Blanca —le deseó el portavoz con una sonrisa.

—Gracias.

Tras elevarse velozmente hacia el cielo, oteó la aldea y los lagos y bosques que la rodeaban. Cuando los siyís buscaban presas de caza, a menudo volaban en círculos cada vez más amplios. Decidió probar esta táctica y explorar al mismo tiempo los pensamientos de cualquiera que pudiera haber visto a Mirar o lo tuviera delante.

La búsqueda le dio tiempo para pensar. Meditó sobre todo lo que Huan le había explicado. La diosa había detectado a Mirar a través de la conexión mental de Auraya con él. «Es curioso que ella no me lo comunicara en su momento —pensó—. También me parece un poco raro que Chaia no haya mencionado el tema. Tal vez no quiera empañar nuestra relación dejando demasiado claro que quiere que mate a mi examante».

Recapacitó sobre su renuencia a matar a Mirar. «Es porque no he asimilado del todo que él no es Leiard —se dijo—. Me parece increíble. No tengo tiempo para quedarme sentada dándole vueltas. Debo confiar en lo que me dice Huan. Tal vez me resultaría más fácil si conociera los motivos de Mirar —pensó—. Me pregunto si puedo tenderle una trampa para que me revele sus planes».

:Sería una imprudencia que creyeras lo que él te dijera —le advirtió Huan—. Un villano auténtico no se jacta de sus logros y maquinaciones salvo para confundir. Debes asumir que algunas preguntas quedarán sin respuesta.

Auraya suspiró. «¿Por qué yo? —se preguntó sin poder evitarlo—. ¿Por qué me eligió a mí como objetivo? No habría podido engañar a los otros Blancos con tanta facilidad. ¡Soy una necia!».

:No, Auraya. No elegimos a necios como representantes nuestros. Si nosotros no fuimos capaces de descubrir el engaño, mal habrías podido descubrirlo tú. Por eso él debe morir. Sus habilidades y su odio hacia nosotros lo convierten en un peligro para los mortales.

Auraya torció el gesto. Sus habilidades incluían un don extraordinario para sanar; un don que le había enseñado a ella y que había salvado a cientos de siyís. ¿Por qué lo había hecho? ¿Había una trampa oculta en ello que podía perjudicarla a ella o a sus pacientes? Lo habían desenmascarado cuando estaba instruyendo a Auraya. ¿Era consciente del riesgo que corría al hacerlo?

Un movimiento bajo el follaje de los árboles altos captó su atención. Redujo la velocidad y se le erizó el vello cuando divisó una túnica de tejedor de sueños. Mirar seguía el curso de un arroyo que corría por el fondo de un barranco angosto, cargado con su morral y un pesado rollo de cuerda.

De pronto, a Auraya se le desbocó el corazón.

:No tengas miedo —le dijo Huan—. Te proporcionamos fuerza suficiente para vencer a un indómito.

:Eso no lo dudo, repuso Auraya.

:Y sin embargo, tienes miedo. Solo puede hacerte daño con sus palabras. Ten presente el engaño al que te sometió. Acalla sus mentiras para siempre.

Auraya respiró hondo, armándose de ira y determinación. «No es Leiard, sino Mirar. —Otro pensamiento la asaltó de pronto—. Los tejedores no merecen que este hombre arruine su futuro y su reputación».

Se dejó caer entre los árboles y aterrizó unos pasos por delante de Mirar. Cuando este alzó la vista hacia ella, sus ojos se desorbitaron de sorpresa.

—Auraya —dijo.

Entonces sonrió. Era una sonrisa de lo más tranquila y familiar. Toda la indignación y la rabia que ella estaba sintiendo se encendieron en lo más profundo de su ser. Se aferró a ellas y notó que reforzaban su decisión.

—Mirar —respondió ella con frialdad.

Al ver la mirada de comprensión de él, Auraya notó que las pocas

esperanzas que le quedaban de que Huan estuviera errada se desvanecían. La sonrisa de Mirar desapareció. Ambos se contemplaron durante un largo rato.

—De modo que ya lo sabes —dijo él.

—Sí. Y tú no lo niegas.

—¿Me serviría de algo?

—No. Huan descubrió tu identidad durante las lecciones de sanación.

—Ah —murmuró él con una mueca.

De pronto, ella se sintió vacía. Había esperado que los dioses estuvieran equivocados, que Leiard le diera una explicación creíble y demostrara que no era Mirar. Pero él prácticamente lo había confesado. No era Leiard. La persona que ella había amado solo había existido como una ilusión, una mentira.

Curiosamente, esta conclusión trajo consigo una oleada de alivio. No conocía a ese hombre. No era más que el legendario hechicero embaucador, el hombre del que el mundo se había librado tiempo atrás y debía volver a librarse.

«Puedo matarlo», se dijo. Pero en vez de acumular magia para lanzar un azote contra él, no pudo contener el impulso de espetarle una pregunta.

—¿Por qué lo hiciste?

Él alzó el mentón.

—Si te lo dijera, no me creerías.

Su expresión retadora provocó a Auraya un escalofrío de alerta.

—No, porque no tendría manera de saber si lo que dices es cierto.

«Huan está en lo cierto. Es inevitable que mis preguntas queden sin respuesta». De repente, estaba ansiosa por acabar con todo aquello lo antes posible.

:Bien —dijo Huan—. Cuanto más hables con él, más vulnerable serás a sus embustes. Atácalo ahora.

Auraya bajó la mirada y absorbió magia, preguntándose cómo acometerlo.

Él habría creado un escudo, pero quizá no sería lo bastante fuerte para rechazar un ataque potente. Si no conseguía fortalecer la barrera a tiempo, todo habría terminado en cuestión de segundos. Ella lo oyó acercarse.

—Hay una forma en que puedes averiguarlo... —empezó a explicar.

Sin alzar la vista, ella emitió un rayo de energía. Con un chillido de sorpresa, él se tambaleó hacia atrás. Su escudo resistió.

—Espera... —exclamó, recuperando el equilibrio—. ¡Auraya!

Ella lanzó otro azote. Aunque ya sabía quién era él en realidad, no pudo evitar asombrarse ante su fuerza. Había comprobado que Leiard era poderoso, pero no tanto.

—¿Qué me dices de tu promesa? —preguntó él, casi gritando—. Me aseguraste que no sufriría daño alguno. ¡Lo juraste por los dioses!

Tras hacer una pausa, ella lo azotó de nuevo con magia.

—Juré que Leiard no sufriría daño alguno. Tú no eres Leiard.

Mirar no se defendía. «Sin duda es consciente de que no tiene posibilidades de ganarme —pensó ella—. Me basta con aumentar la fuerza de mi ataque para arrollarlo». Cuando Auraya invocó más magia, él adoptó una expresión resuelta, y ella se preparó para un contraataque.

—En realidad, sí que lo soy —repuso él por lo bajo—. Es hora de que conozcas la verdad.

Donde antes no había nada, de pronto ella percibió una mente. La invadió un torrente de recuerdos e imágenes, intenciones y emociones.

:¡No! —siseó Huan—. *¡Ignóralo!*

Era demasiado tarde. Las respuestas a todas las preguntas de Auraya desfilaban ante sus ojos. La voz mental de Mirar le hablaba, y ella no podía evitar escucharla.

:Así fue como morí...

Ella vio a Jurar luchando y sintió la incredulidad y la incompreensión de Mirar conforme sus fuerzas se agotaban. El tejedor repasaba en su memoria todos sus actos, sin encontrar un motivo que justificara su ejecución. Su único delito había sido irritar a los dioses. Nadie había muerto. Nadie había resultado herido. Él solo había animado a la gente a poner en duda sus creencias y le había ofrecido una alternativa. Y, a cambio...

Auraya vio una explosión de polvo y piedras, y experimentó una leve reminiscencia del dolor agudo de ser aplastado. Comprendió que Mirar había absorbido magia suficiente para mantener con vida un fragmento de su ser, y

que había logrado burlar a los dioses y a Juran reprimiendo su personalidad y sustituyéndola por otra que había creado.

:Fue en esto en lo que me convertí.

No era el hombre al que ella había conocido como Leiard, al menos en un principio. Con el cuerpo retorcido y cubierto de cicatrices, había vagado por el mundo como un miserable tullido. Había tardado muchos años en recobrar de sus lesiones físicas. No fue hasta que llegó a Jarime y se convirtió en tejedor asesor que su verdadera identidad comenzó a despertarse.

:Esta fue la razón por la que recuperé la memoria.

Su personalidad falsa se había resquebrajado gracias a ella. Sus instintos, creados cuando él había inventado a Leiard, lo impulsaban a mantenerse alejado de Jarime, pero el deseo de permanecer junto a ella era más intenso. A Auraya se le encogió el corazón. Leiard la había amado de verdad. No la había engañado. Pero Leiard no era real.

:Lo es. Es la persona en la que me he convertido.

Ella vio con claridad lo que antes solo había intuido. Los recuerdos de conexión de Mirar eran los esfuerzos de su identidad auténtica por volver, pero Leiard había dedicado un siglo a consolidarse como una persona real. Después de la batalla, había viajado a Si con una amiga. Al fijarse en aquella joven hermosa, Auraya sintió una punzada de celos. «¿Quién será?». La amiga lo había ayudado a darse cuenta de que Leiard solo podía ser lo que Mirar era capaz de ser. En el momento en que había aceptado que si Leiard amaba a Auraya, él debía amarla también, había vuelto a ser una sola persona. Saber que no podía estar con ella le resultaba doloroso, pero tampoco soportaba la idea de perjudicarla, así que había decidido marcharse muy lejos de Ithania del Norte en cuanto los siyís se recuperaran.

:Soy Leiard —aseveró Mirar—. También soy Mirar. Ni él ni yo somos los mismos de antes, pero lo que...

:¡No! —Auraya se sobresaltó cuando la voz de Huan ahogó la de Mirar. Una figura luminosa se materializó a su lado con un destello—. Que hayas cambiado en el último siglo no te hace menos culpable de los crímenes que cometiste antes.

:¿Qué crímenes? —preguntó él, desafiante—. ¿Ser un fastidio? ¿Dar a la

gente otra opción que la de adoraros ciegamente? ¿Contarles la verdad sobre vuestro pasado? Tus compañeros y tú sois culpables de crímenes mucho peores que los míos.

Auraya frunció el ceño al entrever recuerdos terribles en la mente de Mirar. Él se volvió hacia ella y los hizo a un lado.

:Te los mostraría —dijo—, pero te ocasionarían un gran dolor.

No obstante, por lo que Auraya había alcanzado a ver, sabía que él consideraba a los dioses capaces de actos crueles e injustos. Además estaba convencido de que no había hecho nada para merecer la muerte.

Ella también sabía que Mirar no había obrado contra los Blancos o contra ella movido por el rencor o la malicia. Había errado de un lado a otro, enfrentándose al retorno de su identidad verdadera, entrando en conflicto consigo mismo.

:¡Auraya!

Ella se volvió hacia la diosa, aturdida por todo lo que había descubierto.

:¿Acaso no es un crimen negarle la inmortalidad a un alma? Mirar alega que ofrecía a los mortales una posibilidad distinta, pero no podía ofrecerles una vida después de la muerte. Engañar a un mortal para que nos dé la espalda es arrebatarse la eternidad. Lo sabes.

Mirar sacudió la cabeza.

:Algunos preferirían eso a pasar la eternidad encadenados junto a vosotros. Tal vez yo no pueda salvar sus almas, pero tampoco utilizo ese poder como recompensa o castigo. Quizá sí que debería mostrar a Auraya algunas de las cosas que has hecho...

:Cosas que hice en un pasado remoto. La Era de los Múltiples dioses finalizó hace mucho tiempo —declaró Huan con la frente en alto—. Los excesos de aquella época han quedado olvidados. Incluso tú debes reconocer que los circulianos hemos instaurado la paz y la prosperidad en el mundo durante el último siglo.

Mirar hizo una pausa.

:Es verdad —admitió él—. Pero si vuestro pasado puede ser olvidado, ¿por qué el mío no?

Auraya notó una leve sonrisa. No le faltaba razón.

De pronto, la figura luminosa de Huan brilló con más fuerza.

:Porque no dejas de actuar contra nosotros, inmortal. ¡Fíjate, Auraya, cómo manipula nuestras palabras! —Dio media vuelta y caminó hacia ella—. *Te ha confundido con medias verdades y mentiras disimuladas. Ríndeme tu voluntad.*

El corazón de Auraya dejó de latir por unos instantes. Rendirle su voluntad... ¿Acaso Huan pretendía poseerla? Retrocedió un paso mientras la diosa se acercaba. En vez de chocar con ella, la figura resplandeciente la atravesó. Auraya se encontró rodeada de luz.

:Entrégame tu voluntad, le ordenó Huan.

Mirar la observaba con fijeza. Varias expresiones asomaron a su rostro: primero espanto, luego miedo y, por último, resignación.

«Debo hacer lo que ella me pide —se dijo Auraya—. No tengo elección».

Sería tan sencillo traspasar la responsabilidad de la muerte de Mirar a la diosa... Daría igual que matarlo fuera... fuera...

Injusto. Cruel. Había hecho cosas que ella no aprobaba, pero nada que mereciera la muerte. Los circulianos, al menos los que respetaban la ley, no ejecutaban a nadie sin una buena razón. Siempre había castigos alternativos para los delitos menores: la prisión o el exilio.

:Obedéceme, Auraya.

Se tapó la cara con las manos y soltó un gruñido.

:No puedo. Eso contravendría las leyes que vosotros mismos dictasteis y que nos encargasteis defender y mejorar. Matar sin causa justa es asesinato. No puedo matar a Mirar. No puedo permitir que sea asesinado.

Aguardó una respuesta de Huan, pero no la obtuvo.

—¿Auraya?

Se apartó las manos del rostro y miró al hombre que tenía delante. Tanto daba si era Leiard o Mirar: le había ocasionado más problemas que nadie en su vida. Quería perderlo de vista.

—Vete —le dijo—. Márchate de Ithania del Norte antes de que cambie de idea. Y no vuelvas jamás.

¡Auraya! —atronó la voz de Huan—. *¡No te rebeles contra mí!*

Mientras Mirar se alejaba a toda prisa, con sus botas salpicando en el

arroyo, a Auraya le fallaron las rodillas. Se desplomó en el suelo, presa del malestar y la desolación, pero a la vez llena de una satisfacción amarga e inquietante.

«Si he tomado la decisión correcta y justa, ¿por qué me siento tan mal? — Sacudió la cabeza—. Porque he desobedecido a una deidad y, por un momento, me he enorgullecido de ello.

»Y es imposible que Huan no se haya dado cuenta».

La familia Drayli llevaba tanto equipaje que Emerahl sospechaba que habían traído consigo todas sus pertenencias, salvo su casa. Se habían llevado un chasco al enterarse de que tendrían que venderlas o tirar por lo menos la mitad.

—Mi barca es pequeña —les había recordado ella—. Si la cargamos con todos estos trastos, no solo no quedará espacio para vosotros, sino que seguramente la sumirá tanto en el agua que la ola más pequeña la anegará y lo perderéis todo. ¿Sabéis nadar? No se me había ocurrido preguntároslo hasta ahora.

Shalina se puso blanca, lo que indicó a Emerahl que su pregunta había producido el efecto deseado.

—No son más que cosas —le dijo Tarsheni a su esposa en voz baja—. Posesiones. No podemos dejar que unos meros objetos se interpongan en nuestra búsqueda de la deidad verdadera.

Habían tardado un rato frustrantemente largo en seleccionar las pertenencias de las que estaban dispuestos a prescindir, y luego Emerahl había tenido que acompañarlos al mercado para supervisar la venta. La inocencia y generosidad amistosas de la pareja compensaban su convencimiento de que ella los ayudaría con todos los pormenores. Al caer la tarde, Tarsheni había insistido en pagarle una cena y una habitación en la casa

de huéspedes. No querían buscar el túnel a oscuras, pues les preocupaba que sus hijos se asustaran.

Ahora, mientras los observaba subir a su barca con movimientos vacilantes, empezó a preocuparle su capacidad para soportar un viaje por mar. Percibió determinación y entusiasmo en ambos adultos, y curiosidad en su hijo. El bebé parecía felizmente ajeno a la aventura que su familia estaba a punto de emprender. Contemplaban las otras embarcaciones mientras Emerahl maniobraba para alejarse del muelle.

Se inclinó hacia delante y le pasó una botella pequeña a Shalina.

—¿Qué es? —preguntó la mujer.

—Un remedio para el mareo —le explicó Emerahl—. Tomaos el contenido de un tapón cada uno y llenad otro para el chico. A la criatura dadle una gota diluida en agua y, si empieza a ponerse roja, avisadme.

—No me siento mareado en absoluto —afirmó Tarsheni—. Dudo que lo necesite.

—Lo necesitaréis cuando llegemos a donde hay olas. El remedio tarda un rato en hacer efecto y no resulta tan eficaz cuando uno ya está mareado, así que más vale que os lo toméis ahora.

Siguieron sus indicaciones. Tras salir del puerto, Emerahl navegó paralela al istmo. El muchacho asedió a sus padres a preguntas sobre temas marítimos. Emerahl se aguantó la risa ante algunas de sus respuestas.

—¿Qué nos impulsa? —inquirió Tarsheni de pronto—. La vela está arriada, y tú no estás remando.

—La magia —contestó Emerahl.

Él arqueó las cejas.

—Un don muy útil para una mujer de mar.

Ella soltó una carcajada.

—Sí. Una suele formarse y ejercitarse en lo que le resulta útil para su profesión. ¿Tú posees algún don?

Él se encogió de hombros.

—Unos cuantos. Soy escriba, al igual que todos mis antepasados. Nos transmitimos de generación en generación los dones de preparar tinta y pergaminos, afilar los utensilios de escritura y defendernos.

—¿Defenderos?

—En ocasiones las cartas que entregamos no son bien recibidas, pese a que no las dictamos nosotros.

A Emerahl se le escapó una risita.

—Sí, me imagino que eso debe ocurrir con cierta frecuencia.

—Deseo poner por escrito las palabras del Hombre Sabio de Karienne.

—Da la impresión de que ya sabes muchas cosas sobre él —comentó ella. Su discreto entusiasmo había impresionado a muchos clientes de la casa de huéspedes la noche anterior. Emerahl casi había creído que al día siguiente se encontraría con una fila de barcas dispuestas a seguirla por el túnel.

—Solo lo que me han contado otros que lo han escuchado —reconoció él—. A veces los testimonios se contradicen. Si transcribo sus palabras, nadie podrá tergiversarlas.

—En teoría. Otros pueden alterar tu obra más tarde.

Él asintió con un suspiro.

—Es posible. Si poseyera un don que pudiera usar para evitarlo, consagraría mi vida a aprenderlo.

—Anoche dijiste que esa divinidad había creado el mundo, a los dioses, a todos los seres y todas las personas. Si creó a los humanos, o bien fue su voluntad que estos fueran capaces de cometer crueldades y asesinatos, o bien se equivocó en algo.

Tarsheni arrugó el entrecejo.

—Es una pregunta que deseo formularle al Hombre Sabio.

—Si no se trata de una equivocación, dudo que me gustara esa... ¿Creéis que eso es el túnel?

Emerahl notó que la barca se movía ligeramente cuando la familia se volvió para seguir la dirección de su mirada. Había avistado un pliegue en la pared abrupta del istmo, más adelante. Mientras se aproximaban, advirtió que un sendero descendía hacia la abertura.

—Eso parece —respondió Tarsheni.

—Sí —convino Emerahl—. No, no muestres eso todavía —añadió cuando él sacó su monedero—. Primero veamos qué nos encontramos.

Él contempló el túnel, nervioso.

—¿Crees que podría ser una trampa?

—Solo quiero ser prudente.

El pliegue se hizo más profundo y, cuando llegaron a él, vieron un túnel con lámparas colgadas a ambos lados y un semicírculo de luz al final. Las paredes eran de ladrillo y parecían haber sido reparadas recientemente cerca de la entrada. En lo que Emerahl calculó que era el centro, una gran verja de metal obstruía el paso. El sendero daba acceso a una cornisa que discurría por un lado del túnel.

Ella divisó unas figuras más adelante y percibió su interés en el momento en que se percataron de que la barca entraba en el túnel. Notó un picor en la piel cuando su interés se trocó en avaricia y expectación.

—¿Cómo te enteraste de que existía este túnel, Tarsheni?

—Un hombre nos habló de él. Nos propuso llevarnos en barco al norte si pagábamos el peaje del túnel.

—¿Por qué no aceptasteis?

—No nos gustó su aspecto.

—Hummm. Me da la impresión de que hay demasiado poco tráfico en este túnel para costear su construcción y mantenimiento.

—Tal vez sea aún demasiado temprano.

—Hummm.

Reflexionó sobre quiénes podían ser los usuarios del túnel. Tal vez les resultaría útil a los pescadores, pero era demasiado estrecho para embarcaciones más grandes que la suya. Solo los viajeros como ella, ya fuera a solas o en grupos pequeños, intentarían pasar por allí.

—¿Qué más os contó sobre el túnel?

Tarsheni se encogió de hombros.

—Que había muchos otros que atravesaban el istmo, en su mayoría excavados por contrabandistas, pero que la gente había empezado a temer que se hundieran y que el mar se llevara el istmo por delante. Acabaron por rellenarlos.

Emerahl recordó las reparaciones en los muros de ladrillo que rodeaban la entrada. ¿Había estado obstruido ese túnel y lo habían reabierto hacía poco?

—¿Os comentó si alguien se opuso a la reapertura de este túnel?

—No —contestó Tarsheni. Hizo una pausa antes de agregar—: No es probable que se derrumbe, ¿verdad?

Emerahl examinó el techo abovedado.

—Me parece bastante sólido.

Cuando se encontraban más cerca de la verja, Emerahl vio a cuatro hombres de pie en la cornisa. Sus expresiones reflejaban la codicia que sus mentes rebosaban. Ella invocó un poco de magia y creó un escudo defensivo en torno a la barca. Tras detenerla frente a la verja, miró a los ojos a cada uno de los cuatro hombres.

—Salud, guardianes del túnel. Mis pasajeros y yo quisiéramos pagar el peaje.

Un hombre corpulento al que le faltaban varios dientes enganchó los pulgares al cinto y le dedicó una amplia sonrisa.

—Buenas, señora. ¿La barca es tuya?

—Sí.

—No *fienen mucha mujere* de mar por aquí.

Los otros hombres se acercaron para escrutar a la familia y sus pertenencias. Uno de ellos empezó a bajar de la cornisa hacia la barca, pero su rodilla chocó contra la barrera de magia. Dolorido, soltó una palabrota y se tambaleó hacia atrás.

—Nadie sube a mi barca sin mi permiso —dijo Emerahl, devolviendo su atención al hombre mellado, que entornó los párpados.

—*Pue má fale* que nos des tu permiso, o no podrás *pasá*.

—No tenéis por qué subir a bordo —replicó ella con firmeza.

El mellado sacó pecho.

—*Asín* que tienes dones. Ameri, aquí presente, también. —Señaló a uno de los hombres, un joven delgado con cara de pocos amigos.

—Te propongo una cosa: tú me rebajas el peaje a diez canares, y yo dejo la verja en pie. —Cayó en la cuenta de que estaba deseando que rechazaran su oferta. Probablemente estaban acostumbrados a tratar así a los viajeros. Aunque ella no podía poner fin a sus manejos por completo sin dilatar el viaje, quería darse el gusto de aguarles la fiesta, al menos por un rato.

El hombre achicó los ojos.

—Ameri —dijo sin apartar la vista de Emerahl—. Anímalos a cooperar.

El hombre delgado extendió la mano hacia ella en un gesto teatral y ridículo. La magia se estrelló contra su escudo. Ameri era más fuerte que un hombre o una mujer medios, y un ataque semejante habría herido o incluso matado a la mayoría de los viajeros. Ella le clavó una mirada desafiante. La situación había dejado de resultarle divertida.

Cuando él terminó, Emerahl lanzó contra él y sus compañeros un azote tan fuerte que los estampó contra la pared y los retuvo allí. Ella se volvió hacia la verja y proyectó una ola de calor. Pronto esta se puso al rojo vivo y comenzó a combarse. Trozos de metal fundido cayeron al agua, y el túnel se llenó de vapor. El escudo de Emerahl protegía la barca, pero los hombres prorrumpieron en alaridos. Ella los liberó y dejó que huyeran por el túnel.

Cuando lo que quedaba de la verja se hundió en el agua, Emerahl hizo avanzar la barca, con cuidado de no chocar con las paredes candentes del túnel. Solo cuando hubieron salido por el otro lado, se relajó y se volvió hacia sus pasajeros.

La contemplaban atónitos.

Ella se encogió de hombros.

—Ya os lo dije: mis dones no son despreciables. Y no siento mucha simpatía por los ladrones.

Auraya pasaba de una hamaca a otra, examinando una vez más a los siyís. Dos de los enfermos estaban venciendo la devoracorazon; los otros dos continuaban luchando contra ella. No quería utilizar el don sanador de Mirar con ellos hasta estar segura de que no podían derrotar la enfermedad por sí solos.

«Ahora lo llamo “el don sanador de Mirar” —pensó—. No “de Leiard”. Supongo que Mirar lleva usándolo cientos, tal vez miles de años. Le pertenece más a él que a Leiard».

Tyve la observaba, lleno de curiosidad y preocupación. Ella no podía dejar de moverse. Iba de enramada en enramada, intentando encontrar una distracción que le impidiera pensar en lo que había hecho.

«He desobedecido a Huan. He desobedecido a los dioses a los que juré servir».

La alternativa era matar a un hombre que no merecía morir. «Eso no debería importar. Debería confiar en que los dioses tienen una buena razón para desear su muerte. Juran confió en ello hace mucho tiempo».

Este pensamiento, lejos de reconfortarla, la hizo sentirse aún más incómoda. «No puedo creer que Juran intentara matar a Mirar sin estar seguro de que estaba justificado. —Aunque sabía que era el deber de Juran cumplir la voluntad de los dioses, cayó en la cuenta de que esto enturbiaba el concepto que tenía de él—. Me pregunto si se ha enterado ya de lo sucedido...».

Una siyí despertó y pidió agua. Tyve no se movió mientras ella se apresuraba a llevarle un cuenco a la mujer. Cuando se lo acercó a los labios, una terrible sensación de pavor se apoderó de ella y la dejó paralizada.

Una presencia familiar se aproximaba. Auraya soltó un jadeo de alivio al reconocer a Chaia.

:Auraya, dijo él.

:¡Chaia!

:Veo que no hace falta que te diga que estás en aprietos, declaró. Aunque hablaba en un tono desenfadado, ella percibió una inquietud más profunda.

:No, convino.

Una mano tocó la suya. Cuando, sobresaltada, Auraya alzó la mirada, vio que Tyve le quitaba el cuenco y agitaba la mano para indicarle que se apartara de la paciente. Auraya se dirigió hacia la puerta de la enramada.

:¿Por qué lo he hecho? —le preguntó a Chaia—. O, mejor dicho, ¿por qué no lo he hecho?

:Tienes conciencia —aseveró él—. Necesitas la certeza de que tus actos están justificados. Para ti, la justicia y la razón son más importantes que la obediencia. Es un aspecto de tu carácter que me gusta. Por desgracia, los demás no comparten mi punto de vista.

:¿Todos los demás, o solo Huan?

:Tenemos opiniones distintas, pero siempre estamos unidos en nuestras decisiones, Auraya. No te corresponde a ti conocer nuestras opiniones

individuales.

Ella salió. Hacía demasiado sol. Se dirigió hacia la sombra.

:Los otros dioses y tú debíais de saber que esa era mi forma de ser. ¿Por qué me elegisteis como Blanca?

:Porque los Blancos no pueden ser todos iguales. Cada uno posee sus propios puntos fuertes y sus defectos. Cuando trabajáis juntos, vuestros defectos se minimizan y vuestros puntos fuertes se suman. Tu punto débil, la compasión, es al mismo tiempo tu mayor virtud. Un líder que es capaz de matar sin cuestionarse el porqué difícilmente tendrá la empatía y solidaridad necesarias para negociar alianzas en beneficio mutuo y ayudar a otras personas a superar sus diferencias.

:Entonces ¿por qué me eligió Huan para esta misión?

:Me temo que eras la Blanca equivocada, en el lugar y el momento equivocados. No eras la persona indicada para ejecutar a Mirar, y no solo porque en otra época estuviste enamorada de una parte de él.

Auraya concibió un rayo de esperanza.

:Entonces ¿me perdonaréis?

:No exactamente —contestó Chaia—. Algunos creemos que los Blancos deben ser obedientes, sean cuales sean sus inclinaciones naturales. Si los Blancos tienen caracteres diferentes, es inevitable que en ocasiones no se pongan de acuerdo. Cuando surja un conflicto, deben acudir a nosotros para que lo solucionemos. Deben obedecernos, pues, de lo contrario, su unidad se romperá.

A Auraya se le cayó el alma a los pies.

:Huan todavía quiere que yo asesine a Mirar.

:Que lo asesines no, que lo ejecutes.

Mientras sus esperanzas se desvanecían, le sorprendió notar que la rabia crecía en su interior.

:¿Y si vuelvo a negarme?, preguntó sin pensarlo.

:Serás castigada. El grado de severidad lo ignoro. Me ha llevado un buen rato persuadir a los demás para que te concedieran una segunda oportunidad. También he insistido en que te dieran un día para reflexionar sobre la tarea y las consecuencias de tu negativa a obedecer. Mientras

meditas sobre ello, ten en cuenta una cosa: a veces nos encontramos ante problemas cuyas soluciones posibles son todas desagradables. En esos casos debemos elegir la opción menos perjudicial. Piensa cuál es la opción menos perjudicial para la gente a la que juraste proteger.

:Mirar no tiene ninguna intención de obrar contra nosotros.

:¿Ah, no? Tal vez no en este momento, pero eso no significa que no vaya a intentarlo en el futuro. Sabes que es astuto y poderoso. Nos detesta, y eso también lo sabes. ¿Puedes estar segura de que, si se le presenta la oportunidad de causarnos problemas, no la aprovechará?

Auraya sacudió la cabeza.

:Plantéate qué ocurriría si decidiera recuperar su posición como líder de los tejedores —la apremió—. Puede influir en ellos y dirigirlos desde otro país por medio de los sueños.

A Auraya se le hizo un nudo en el estómago. Ni siquiera el exilio era una alternativa factible.

:Y considera la posibilidad de que aún ames a Leiard.

:No lo amo, replicó ella.

:¿Ah, no? Conozco tu corazón, Auraya. Sé que aún alberga un deseo y un afecto confusos y no resueltos. Él mantendrá los lazos que te unen a él si puede, no solo porque aún está embelesado contigo, sino porque sabe que no le harás daño mientras no tengas claros tus sentimientos. No serás libre para amar a otro hasta que esos lazos hayan desaparecido.

Auraya se abrazó el torso. Se sentía enferma, infeliz, destrozada.

:No puedo consolarte, Auraya. Ojalá pudiera —dijo Chaia con tristeza—. No puedo mostrarme cariñoso ni ahuyentar tus pesadillas, pues los demás creerían que recompenso tu desobediencia. Han accedido a que yo hable contigo, pues me conoces mejor que a ellos. Te lo pido, como amigo y como amante: haz lo que te pide Huan.

Se alejó. Tras permanecer largo rato sentada a solas, pensando en todo lo que él le había dicho, se levantó y regresó a la enramada. Necesitaba pensar, pero los siyís necesitaban su ayuda aún más.

Mirar absorbió magia y caldeó el aire que lo rodeaba. Durante los meses en que había atendido a los siyís, apenas había reparado en los cambios de estación, pues estaba enfrascado en su trabajo. Ahora sentía la gelidez del invierno en el aire, sobre todo en las últimas horas previas al amanecer. Se recostó contra un árbol y cerró los ojos.

Aunque había caminado durante todo el día y casi toda la noche, no había hecho aquella parada para descansar o dormir. Tras despejar su mente, se sumió en un trance onírico.

:¿Emerahl?

Se habían comunicado a través de conexiones en sueños cada pocos días desde que ella se había marchado. Recientemente, se había vuelto muy reservada respecto a su ubicación y su destino. Él esperaba que eso significara que había logrado encontrar a otros inmortales pero aún no podía hablarle de ello.

:¿Mirar?, respondió ella.

:¿Cómo está mi amiga viajera?

:Como hace unos días. No hago más que navegar, navegar más y también navegar.

:O sea, que te aburres, ¿no?

:No, llevo unos pasajeros bastante interesantes que además me pagan. ¿Y

tú?

:Mi vida se ha vuelto mucho más emocionante —declaró él—. Los dioses saben quién soy.

:¡¿Qué?! ¿Cómo se han enterado?

:Le enseñé a Auraya a sanar con magia. Ellos debían de estar vigilando.

:¿Serás idiota?

:Sí. ¿Te he decepcionado?

Ella guardó silencio por un momento.

:No, no me sorprende. Tendrías que haberte marchado en cuanto ella apareció, pero no lo hiciste. Sé que te quedaste por los siyís, y me imagino que se lo enseñaste por el bien de ellos.

:Así es.

:Sospecho que no fue el único motivo por el que dejaste a un lado toda precaución. En fin, ¿cómo se tomó Auraya la noticia?

:Intentó matarme.

:Ah. —Se quedó callada por unos instantes—. Así que estaba dispuesta a romper su promesa.

:Como bien señaló ella, la promesa se la había hecho a Leiard.

:Ah. Obviamente, no consiguió su propósito de matarte. ¿Por qué?

:Porque le abrí mi mente y le mostré la verdad.

:¿Y eso la disuadió? Qué interesante. ¿Crees que la idea de matarte fue de ella o de los dioses?

:De los dioses. Huan se le apareció y la apremió para que lo hiciera.

:¿Y Auraya la desobedeció?

:Sí.

:Eso es aún más interesante. Bueno, ¿y logró aprender?

:¿Aprender a qué?

:A sanar con magia.

:Sí.

:Supongo que sabes lo que eso significa.

:Que está lo bastante dotada para convertirse en inmortal. Ya lo es, Emerahl.

:Sí, pero lo importante es que podría serlo aun sin la intervención de los

dioses. Es una indómita. Las implicaciones que esto tiene para ella dependerán de por qué nos odian. Si se trata de un odio puro hacia todos los indómitos, la matarán.

Mirar se quedó helado. ¿Había condenado a Auraya a morir simplemente por enseñarle a sanar?

:Hay otra cosa que debo decirte. Es posible que los dioses hayan visto más de lo que yo pretendía mostrar.

:O sea, ¿que se te escaparon algunos secretos?

:Sí. Cuando le expliqué cómo nos fusionamos en una sola persona Leiard y yo, pensé en ti, aunque solo como mi ayudante. Traté de no...

:Crees que los dioses adivinarán quién era esa ayudante.

:Sí. Lo siento. Puede que estés en peligro.

Ella guardó silencio durante largo rato.

:No tanto como tú. Saben que sigo viva, pero desconocen mi paradero. En cambio, conocen el tuyo.

:Solo saben que estoy en Si.

:¿Hacia dónde te diriges?

:Auraya me exigió que me marchara de Ithania del Norte. Voy hacia la costa.

:Tal vez Auraya no quiera matarte, pero yo en tu lugar no confiaría en que los Blancos tengan los mismos escrúpulos. Huan ordenará a los siyís que salgan en tu busca y enviará a los Blancos a por ti en cuanto te localicen. ¿Crees que podrás eludir a los siyís?

:Si camino de noche, tal vez, pero no será fácil sin luz.

:Es una pena que no te encuentres cerca de la costa aún. Podrías construir una barca y alejarte mar adentro. Seguro que los siyís no pueden volar más allá de cierta distancia. En cuanto ellos abandonaran la persecución, podrías regresar a la costa. Mientras nadie te viera, los dioses no sabrían dónde has desembarcado. Pero temo que los Blancos estarían esperándote en cuanto llegaras a la orilla. —Hizo una pausa—. Tarde o temprano tendrás que acercarte al mar para marcharte de Ithania del Norte. Elegir el momento oportuno será esencial. Deja que piense en ello. Arribaré a mi destino dentro de unos días. Quizá me entere de algún lugar seguro

donde puedas refugiarte.

:¿Conque tu destino, eh? Ya vuelves a ponerte misteriosa.

:Acabas de revelar mi existencia a los dioses. ¿Esperabas que te dijera dónde pueden encontrarme?

:No, esperaba que me acribillaras la mente con improperios telepáticos.

:Si no creyera que seguramente morirás como te mereces cualquier día de estos, lo haría.

:Eso me tranquiliza.

:¿De veras? No era mi intención. Y ahora, despierta y lárgate de Si.

:Sí, oh, sabia y santa mujer, respondió él en tono burlón.

Ella interrumpió la conexión con una brusquedad deliberada que arrancó a Mirar del trance. Cuando se disponía a levantarse, un recuerdo de Auraya envuelta en luz acudió de pronto a su mente. ¿Esta Blanca se había negado a rendir su voluntad a Huan, tal como él suponía? ¿La castigarían los dioses, o la matarían ahora que resultaba evidente que era una indómita?

«Podría estar muerta ya —pensó—. Por mi culpa».

Tenía que averiguarlo. Solo había una manera. La había contemplado y descartado en innumerables ocasiones durante el trayecto. Si Auraya seguía con vida y él la contactaba en sueños, ¿estaría ella dispuesta a responderle? ¿Supondría eso un peligro aún peor para ella, o para él?

«Mientras no le revele dónde estoy, estaré más o menos a salvo».

Cerró los ojos y proyectó su mente para buscar a la mujer que había intentado matarlo.

:¿Auraya?

Ella tardó más que Emerahl en responder. El silencio incrementó su temor de que ella estuviera muerta. Entonces oyó su nombre, pronunciado con sorpresa.

:¿Mirar?

:Sí.

:¿Por qué conectas en sueños conmigo?

:Estoy preocupado por ti.

:¿Preocupado por mí? ¡Acabo de intentar matarte!

:Puede que sea un poco distinto del Leiard que conociste, pero aún me

importas.

:Esto me resulta demasiado extraño.

:¿Crees que esto es extraño? Yo he despertado después de cien años para descubrir que no era la misma persona que antes. Me entero de que he hecho algunas estupideces: ir a Jarime, trabajar para los Blancos, enamorarme de una de las Servidoras más poderosas de los dioses... Lo más curioso es que no me arrepiento de nada de eso. Lo único que lamento es no poder estar contigo. Tengo miedo de lo que pueden hacerte por haberme dejado escapar. ¿Te han castigado?

Ella se quedó callada por un rato considerable.

:Todavía no.

:¿Lo harán?

:No lo sé.

:No esperes a averiguarlo. Ven conmigo. Nos iremos de Ithania en busca de los continentes lejanos.

Percibió que ella reaccionaba con sorna.

:¿Pretendes que deje atrás todo lo que tengo, a la gente que protejo y a los dioses, por ti? ¿Que abandone a los siyís en el peor momento de la enfermedad?

:¿No? Bueno, tenía que intentarlo.

:Por desobedecer a los dioses, recibiré el castigo que ellos juzguen apropiado.

:¿Incluso la muerte?

Ella hizo otra pausa, pero menos larga.

:No. No me matarán por esto. Eso querría decir que cometieron un error al elegirme. Si los circulianos se enteraran de que he desacatado una orden de los dioses, les asaltarían dudas respecto a los otros Blancos. No, será un castigo sutil. Temo... temo que me priven de la facultad de volar.

«Volar. —Se estremeció con una iluminación repentina e inesperada—. ¡Su don para volar! ¡Ningún otro Blanco lo tiene! ¡Si Emerahl está en lo cierto y Auraya es una indómita, es posible que la capacidad de volar sea su don innato!».

:Sin embargo, si me marchara contigo —prosiguió ella—, los dioses se

enfadarían. Aunque no enviaran a los otros Blancos a perseguirme, tal vez podrían castigarme de todos modos. Piensa en el anillo que llevo. Si son capaces de hacerme inmortal a través de él, quizá puedan utilizarlo para matarme. Ni siquiera sé qué ocurriría si me lo quitara, en realidad. En el mejor de los casos, dejaría de ser inmortal. Perdóname si creo que quedarme aquí y aceptar el castigo que elijan es la mejor opción.

:Pero si eres...

Hizo un esfuerzo por callar. Ardía en deseos de decirle que podía volverse inmortal por sí misma, que para ello bastaba con aplicar de un modo distinto su método de sanación. Ansiaba revelar que era una indómita y que los dioses podían matarla solo por eso.

Por otro lado, sabía que ella tenía razón: los dioses no correrían el riesgo de que su muerte debilitara la fe de los circulianos en la infalibilidad de los dioses. Sin duda habían notado que era lo bastante poderosa para ser una posible indómita. ¿Qué importancia tenía eso, ahora que era una Blanca?

De nuevo lo invadió el entusiasmo de un esclarecimiento repentino. Los dioses sabían que era probable que aparecieran más indómitos con el tiempo. Los hechiceros poderosos tendían a ordenarse sacerdotes. ¿Era una manera de asegurarse de que los indómitos nunca llegaran a desarrollar todo su potencial? ¿Habían elegido a Auraya simplemente para controlarla? ¿Los otros Blancos eran también indómitos en potencia?

:¿Soy qué?, preguntó ella.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Mirar. Los otros Blancos no habían manifestado poderes especiales. Solo Auraya. Ahora, había mostrado que era capaz de rebelarse. Peor aún: se había rebelado para proteger a otro indómito. Los dioses debían de estar sopesando las consecuencias de deshacerse de ella y los riesgos de dejarla con vida. Y, mientras tanto, ella permanecía ajena a todo ello.

Tal vez era lo único que la había salvado.

Él tenía dos opciones: o mantenerla en la ignorancia con la esperanza de que los dioses no le hicieran daño mientras Auraya desconociera su auténtica condición, o intentar convencerla de que huyera con él. Ella desconfiaba demasiado de él y estaba demasiado unida a los dioses y los Blancos. No le

creería si él le exponía sus sospechas, al menos no de inmediato. Y aunque creyera sus palabras y lo acompañara en su huida, él estaría apartándola de la vida que amaba y arrastrándola al peligro.

:Mirar —insistió ella—. ¿Qué decías?

:Que eres más valiente que yo —declaró él—. Gracias por perdonarme la vida. Espero poder devolverte el favor en alguna oportunidad.

:No me des las gracias todavía, Mirar, le advirtió ella.

:¿No? ¿Los otros Blancos se dirigen hacia aquí para apresarme?

Ella no respondió.

:Lo único que puedo prometerte es que si te encuentran, tu muerte será rápida. Y definitiva.

Ella interrumpió la conexión. Cuando Mirar abrió los ojos, vio que estaba envuelto en una niebla teñida de blanco por la tenue claridad del alba. Sintió un escalofrío, pero no por el tiempo invernal.

Las últimas palabras de Auraya habían sido un aviso. No podía ayudarlo. Los otros Blancos se aproximaban. Él debía poner tierra por medio, a toda prisa. La bruma lo ocultaría a los ojos de cualquier siyí que estuviera buscándolo. Tras ponerse de pie y desperezarse, echó a andar entre los árboles.

Los destellos del sol en las olas hacían que a Reivan le escocieran los ojos. La noche había sido larga e incómoda, y el día no se presentaba mejor, a juzgar por el calor cada vez más intenso.

«Estoy de mal humor —pensó—. Es por la falta de sueño y por haberme pasado buena parte del día metida en una barca. Eso pondría de mal humor a cualquiera».

Cada vez que pensaba en Imi, se olvidaba de la incomodidad y del cansancio. Como la princesa no había regresado la tarde anterior, habían permanecido toda la noche en la chalupa. Imenja estaba sentada en la proa, callada y en actitud vigilante. Se volvió hacia ella.

—¿Qué me aconsejarías, Reivan? —murmuró—. ¿Deberíamos ir a la costa a buscarla, o regresar al buque?

Reivan caviló.

—Prometimos llevarla a su hogar. También accedimos a no desembarcar en Si. Eso no significa que no podamos acercarnos remando a la costa para buscarla. Mientras no pongamos un pie en tierra, no podrán acusarnos de invasión.

Imenja soltó una risita.

—No, dudo que los siyís lo vean de ese modo. Pensarán que... —Frunció el ceño y alzó la vista—. Ah.

Reivan siguió la dirección de su mirada. Al este, tres puntos cruzaban el cielo hacia el horizonte, por encima del mar.

—Han divisado el barco.

Reivan miró hacia atrás. El buque no estaba a la vista.

—¿Cómo?

—Están a mayor altura que nosotros.

—Claro. —Reivan sacudió la cabeza.

«Estoy cansada —pensó—. Debería haber pensado que los siyís abarcarían más extensión con la mirada».

—No importa. Están... —Imenja entornó los ojos y acto seguido sonrió—. Están intentando distraernos para que no reparemos en la chica elay que nada hacia su hogar.

—Imi.

—Sí.

—¿Nos ha abandonado? ¿La habrán convencido de que somos el enemigo y de que debe seguir su camino sola?

Imenja negó con la cabeza.

—Esos siyís no saben que viajaba con nosotros.

—Tal vez les ha dicho que se dirigía al este para poder nadar hacia aquí sin atraer sobre nosotros la atención de los seres alados.

—No nos queda otra opción que esperar a ver qué pasa. Si ella no aparece en unas horas, sabremos que ha proseguido el viaje sola.

Aguardaron en silencio. Los siyís lejanos regresaron a la costa sin avistar la barca.

—La oigo —dijo Imenja de pronto.

Con un suspiro de alivio, Reivan escudriñó la extensión de mar que las rodeaba. Cada vez que oía un ruido en el agua, volvía la mirada hacia allí. De pronto, una cabeza asomó por encima de la borda de la chalupa. La muchacha desplegó una gran sonrisa, aunque resollaba por el cansancio.

—Lo siento —comentó jadeando—. No podía... escabullirme... Insistían... en que me quedara... a comer... y descansar.

—Entiendo —dijo Imenja, devolviéndole la sonrisa. Se levantó y le tendió la mano. La chica la tomó y soltó un chillido de sorpresa cuando la Voz la sacó del agua de un tirón para subirla a bordo.

—¡Eres muy fuerte! —exclamó.

—Cuando hace falta —convino Imenja. Tras ordenar a los remeros que las llevaran de vuelta al barco, se sentó—. ¿Te han indicado cómo se llega a Borra?

—Sí. Y no quieren mucho a los pentadrianos. Me han advertido que me mantenga alejada de vosotros.

Imenja asintió.

—Es la desafortunada consecuencia de haber luchado contra ellos en una guerra absurda —dijo con pesar.

Reivan fijó los ojos en Imenja, sorprendida de que la Voz expresara semejante opinión en presencia de otras personas. Entonces se acordó de que estaban hablando en elay, idioma que los remeros no entendían.

—Quería decirles que se equivocan respecto a vosotros —aseguró Imi—, pero no me he atrevido.

Imenja le dio unas palmaditas en la mano.

—Ya se percatarán con el tiempo.

—Eso espero. —Imi dio un gran bostezo.

—Estás cansada —observó Imenja—. Acuéstate a dormir. Te despertaré cuando lleguemos al barco.

Imi movió la cabeza afirmativamente y se recostó en uno de los bancos. Reivan remojó una manta en el mar y envolvió con ella a la chica para protegerla del sol. Al alzar la vista, vio que Imenja asentía en señal de aprobación. Intercambiaron una mirada de alivio y se sumieron en un silencio absoluto, fatigadas.

Cuando Mairae entró en los aposentos de Juran, se encontró con una escena que empezaba a parecerle habitual. Juran caminaba de un lado a otro, y Dyara estaba sentada al borde del asiento, con la espalda recta y la frente arrugada. Mientras Rian seguía a Mairae hasta las sillas, Juran se detuvo, los miró a ambos y suspiró.

—Os he convocado para informaros de la situación en Si —dijo—. Los dioses decidieron que, puesto que Auraya era quien estaba más cerca, debía ser quien encontrara y ejecutara a Mirar.

Mairae soltó un grito ahogado de sorpresa que atrajo la atención de Juran.

—Estaba más cerca —repitió este—. Ninguno de nosotros habría podido llegar allí lo bastante deprisa.

«Pobre Auraya —pensó Mairae—. ¿Acaso no ha sufrido lo suficiente tras descubrir que su examante es un enemigo de los dioses?».

—¿De modo que vas a decirnos que está abatida por ello y debemos expresarle nuestras condolencias? —preguntó con sequedad.

—No —dijo Juran, crispando el rostro.

Mairae parpadeó, extrañada.

—¿No está abatida? Tiene más entereza de lo que me imaginaba. Supongo que si estaba lo bastante furiosa...

—No ha matado a Mirar —la interrumpió Juran—. Lo ha dejado marchar.

—Ah. —Mairae se volvió hacia Dyara, que tenía los labios apretados en un gesto de reprobación. Rian miraba a Juran con lo que parecía una mezcla de conmoción y rabia—. ¿Por qué?

Juran sacudió la cabeza.

—Mirar le abrió su mente. La convenció... de muchas cosas: de que había enterrado su identidad e inventado la de Leiard para ocultarse de los dioses, que no tenía mala intención y que planeaba irse de Ithania del Norte, que no merecía ser ejecutado. —Exhaló un suspiro—. Ignoro si algo de ello es cierto. Tal vez sea capaz de llenarse la mente de mentiras de tal manera que parezca estar revelando la verdad. Que lo sea o no es irrelevante. Los dioses ordenaron a Auraya que lo matara, y ella no lo hizo.

El silencio se adueñó de la habitación. Mairae experimentó una punzada de compasión por Auraya, pero al mismo tiempo se sentía decepcionada. No la habría sorprendido enterarse de que a Auraya le había resultado difícil y angustioso matar a Mirar, pero no esperaba oír que se había negado a hacerlo.

—Un momento... —dijo—. ¿No lo hizo porque no logró reunir el valor suficiente, o porque se negó?

—¿Qué más da una cosa que otra? —farfulló Rian.

—Hay una diferencia entre vacilar y negarse. A un guerrero curtido pueden asaltarlo las dudas en batalla cuando se encuentra ante algo inesperado, como que su adversario sea su amigo, por ejemplo. Lo que Mirar le enseñó a Auraya la hizo vacilar. Si hubiera tenido tiempo, ella tal vez habría desechado sus dudas. Hay que darle una segunda oportunidad.

—Se le ha dado —aseveró Juran—. Tiene hasta esta tarde para recapacitar sobre sus actos, y después deberá cumplir con su cometido. Mirar no puede haber ido muy lejos. Varios siyís han sido enviados en su busca.

—¿Y si ella se niega de nuevo? —preguntó Rian.

—Será castigada —afirmó Juran en tono sombrío.

Mairae meneó la cabeza.

—Sigo pensando que es pedirle demasiado. No lleva mucho tiempo en el cargo. Uno de nosotros debería ir allí y relevarla de la tarea.

—Debe demostrar su lealtad hacia los dioses —sentenció Rian.

—Tiene razón —dijo Dyara—. Si la gente se enterara de que ella los ha desobedecido...

—¿Quién va a decírselo? —preguntó Mairae—. Esto ha sucedido en un lugar remoto —posó los ojos en Juran—, y cabe suponer que no hubo testigos. Nadie aparte de los dioses y nosotros lo sabe.

La expresión de Dyara se endureció.

—Si los dioses le piden algo así a Auraya, es porque debe de ser necesario. Ellos ven lo que ocurre en nuestra mente y nuestro corazón. Saben cuándo hace falta poner a prueba nuestra lealtad.

Mairae contempló con fijeza a Dyara. La mujer mayor podía ser severa y dominante, pero no solía mostrar tan poca indulgencia. Sus palabras parecían más propias de Rian.

—¿Te resultaría fácil matar a tu consejero si los dioses te lo ordenaran?

Dyara abrió mucho los ojos, presa de la estupefacción y la ira.

—Timare es un sacerdote, no un... un sucio indómito.

—¿Cómo lo sabes? No detectaste la mente de Mirar tras la de Leiard.

—Conozco a Timare desde hace cuarenta años. ¿Conoces igual de bien a tus amantes?

Mairae se encogió de hombros.

—No. No me hace falta.

—Me da la impresión de que hay muchas personas en este mundo a las que te resistirías a matar.

—Los utilizo como compañeros sexuales, Dyara. No me enamoro de ninguno.

—¡Mairae! —protestó Juran—. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

Ella alzó la vista hacia él y le dedicó una sonrisa de disculpa, consciente de que discutir con Dyara no la ayudaría a ganar apoyos para Auraya. De todos modos, en las disputas entre ambas, Juran siempre tendía a ponerse del lado de Dyara.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Rian.

Juran se volvió hacia él.

—Debemos prepararnos por si Auraya se niega otra vez o necesita nuestra ayuda para encontrar y matar a Mirar. Dyara y tú viajaréis al sur por mar. Sabemos que Mirar pretende salir de Ithania del Norte, así que seguramente se desplazará hasta la costa.

Rian se enderezó en su asiento.

—Yo no vacilaré. Será un placer para mí servir a los dioses.

Mairae reprimió un suspiro. «Espero que encuentres la fuerza de voluntad para hacerlo, Auraya —pensó—. Rian se volverá aún más insoportable si mata a alguien tan famoso como el gran Mirar».

La luz de la mañana reveló unas nubes amenazadoras que ocultaban las montañas en torno a la aldea del lago Azul. El aire era gélido, y la escarcha cubría de una capa blanca la vegetación que rodeaba las enramadas. Auraya invocó magia y secó un leño con una ráfaga de aire caliente. Al sentarse, cayó en la cuenta de que solo habían transcurrido unos días desde que había descansado allí junto a Mirar. Le parecía que aquello había ocurrido hacía mucho más tiempo.

«Supongo que tengo esa impresión por todas las horas que he pasado en vela pensando». La noche anterior apenas había conseguido dormir cerca de una hora antes de que Mirar conectara en sueños con ella. Después se había despertado del todo. Algo le causaba desazón. Finalmente, cuando la claridad del amanecer se filtraba a través de la membrana de la enramada, había caído en la cuenta de qué era.

Ver la mente de Mirar había sido como ver a un desconocido que sin embargo le resultaba familiar; como reencontrarse con alguien con quien se había relacionado en su infancia y que se había convertido en un adulto extraño para ella. Al percibir rastros de Leiard, había comprobado que ya no era la persona con la que había tratado. Leiard vivía en su interior, pero solo como parte de una persona a quien ella no conocía... ni amaba.

«Te equivocas, Chaia —pensó—. Tú ves los vestigios del amor que sentía

por Leiard. No has tenido oportunidad de ver que ni Mirar, ni aquello en lo que se ha convertido, me atrae de la misma manera».

Si Chaia no veía esto, tal vez tampoco advertía que Mirar no era la misma persona que un siglo atrás. Lo que había hecho para sobrevivir lo había cambiado, lo había transformado en un hombre distinto. Por tanto, merecía que lo juzgaran por sus propios actos y su nueva personalidad.

«Huan dijo que había que olvidar el pasado. Es aún más cierto en el caso de Mirar que en el de los dioses. Ellos no han cambiado; él sí. Es injusto castigarlo por los crímenes que otra persona cometió en el pasado».

Sin embargo, Mirar no era una persona totalmente nueva, por lo que ella no dudaba que una faceta de él fuera culpable y poco digna de confianza. Pero cuando reflexionaba sobre lo que le habían contado acerca de sus crímenes, no le parecía que mereciera la muerte. Mirar había actuado contra los dioses y la institución de la clase sacerdotal circuliana al sembrar dudas sobre el destino de las almas en manos de las deidades y difundir historias sobre atrocidades terribles atribuidas a los dioses. Una de las maneras en que se comunicaba con la gente era por medio de los sueños.

Cuando había examinado su mente, ella había visto que él reconocía haber hecho todas esas cosas. También había comprendido que las había hecho porque le preocupaba que los humanos estuvieran dominados por unos seres a los que consideraba capaces de obrar con maldad. Las conexiones en sueños no estaban prohibidas en aquel entonces; no había infringido la ley. Los circulianos habían propagado mentiras sobre los tejedores, y él se había servido de sueños, como era su costumbre, para proclamar los buenos propósitos de estos sanadores.

No había incitado a nadie a matar sacerdotes, y en cambio ella sabía que algunos circulianos fomentaban el odio hacia los tejedores, lo que había desembocado en la muerte de miles de ellos.

Por otra parte, la inquietaba la convicción de Mirar de que los dioses habían perpetrado actos espeluznantes en el pasado. No obstante, él no había especificado en qué habían consistido esos actos. «Su temor a que las divinidades hicieran daño a los mortales a través del establecimiento del clero circuliano resultó infundado —se dijo Auraya—. Los sacerdotes han hecho

mucho bien. Tal vez las barbaridades de las que él los acusa no eran más que otras formas de animar a los mortales a rendirles culto, un objetivo que al parecer él considera condenable».

Suspiró. Persuadir a la gente para que no adorara a los dioses era un error porque privaba de vida eterna a sus almas. Mirar no había obligado a nadie a renegar de los dioses; les había ofrecido una alternativa. Ese no era un crimen que justificara su ejecución. De lo contrario, miles de personas morirían a diario. La gente se resistía a la voluntad divina de muchas maneras sutiles.

«¿Qué tan fácil es creer que resistirse a la voluntad de los dioses no es un crimen cuando uno mismo es culpable de ello?», pensó.

El sacerdocio existía para orientar a los mortales hacia una vida piadosa y respetuosa de la ley. Los Blancos eran los sacerdotes superiores.

«Por tanto, mi crimen es peor que el de Mirar. Él nunca juró servir a los dioses. Si yo no merezco morir, él tampoco. Tal vez por eso le preocupaba que los dioses me mandaran a ejecutar. Quizá su preocupación esté justificada...».

Se estremeció. «Aún no estoy muerta. Me han ofrecido una segunda oportunidad. Puedo encontrarlo y...».

Se le revolvió el estómago y la recorrió un escalofrío. Su frustración aumentó. «¿Por qué soy incapaz de hacer esto? ¿Por qué me repele tanto la mera idea de matar a Mirar?».

Se mordió el labio con suavidad. ¿Cómo se sentiría y qué pensaría de los dioses si mataba a Mirar? Cada vez que se planteaba esta pregunta, la asaltaba un mal presentimiento.

«Me sentiría como si hubiera asesinado a alguien, al margen de lo que digan los dioses. También cambiarían mis sensaciones respecto a ellos. Tendría miedo de lo que pudieran hacerme a continuación. Ya no pensaría en ellos como en unos seres benévolos y justos. No me sentiría digna de gobernar a otros si dejo que me induzcan a cometer un asesinato».

Frunció el entrecejo. «¿Y cómo afectaría esto a los circulianos si se enteraran? No soy tan ingenua para creer que alguien plantaría cara abiertamente a los dioses o discutiría su decisión, pero se produciría un cambio. Algunos tendrían muy claro que matar a Mirar sin un juicio previo

que estableciera su culpabilidad más allá de toda duda sería una injusticia. Además, su fe en la justicia de los dioses también flaquearía. Aquellos que creían que los dioses siempre eran correctos reconocerían que los actos injustificados eran aceptables. Pensarían que ellos mismos podían ejecutar acciones arbitrarias».

Además, si la gente se enteraba de que una Blanca había incumplido el designio de los dioses, la fe en estos y en los Blancos de perdería. Se preguntarían si las deidades se habían equivocado al elegirla, y quizá concebirían dudas sobre los otros Blancos. Razonarían que si una Blanca podía desobedecer de vez en cuando, los circulianos también.

«Pero no es necesario que la gente se entere de mi acto de rebeldía —pensó—. Solo los Blancos y los dioses lo sabrán. He meditado sobre cómo me sentiría si los obedeciera, pero... ¿y si los desobedezco?».

Sabía que se sentiría culpable, pero también aliviada. Se respetaría a sí misma por haber defendido lo que creía correcto, y a la vez se reprocharía el no haber cumplido el mandato de los dioses. Sin embargo, prefería sentirse decepcionada consigo misma que con ellos.

«No espero que los dioses celebren un juicio público, solo que dejen que Mirar se marche de Ithania del Norte. Si él regresa..., me encargaré de él. Si me castigan, mala suerte».

Este pensamiento la consoló un poco. «¿Es esta mi decisión? —se preguntó—. ¿Estoy preparada para aceptar cualquier castigo?».

¿Qué castigo elegirían? Dudaba que la mataran, como temía Mirar. Tampoco le retirarían el cargo de Blanca; eso escandalizaría tanto a la gente como si la ejecutaran. No, cada vez que intentaba imaginar la peor pena a la que podían condenarla, solo se le ocurría una: que la despojaran de su facultad de volar.

El mero hecho de contemplar esta posibilidad la hacía sentirse como si le arrancaran el corazón.

«Si lo hacen, más te vale que sepas apreciar mi sacrificio, Mirar —pensó—. Vete de Ithania del Norte para no volver jamás, porque si vuelves, te mato».

Cerró los ojos y suspiró. «Creo que eso significa que he tomado una

determinación. ¿Y ahora qué? ¿Llamo a Chaia y...?».».

Dos siyís que aterrizaron a varios pasos de distancia interrumpieron sus pensamientos. Se le acercaron presurosos, irradiando ambos una sensación de urgencia y miedo.

—Auraya la Blanca —dijo el más alto, realizando la señal del círculo.

—Decidme, ¿qué ha sucedido?

Un buque pentadriano fue avistado desde la costa hace unos días. Cerca de la aldea de la tribu de la Arena.

—¿Desembarcaron?

—No. Una nave fue divisada al este unos días antes.

—¿Otra nave o la misma?

—No lo sabemos.

Ella se puso de pie.

—Volaré al sur para investigar.

—Gracias —dijo el siyí más alto.

Mientras se alejaban hacia el centro de la aldea, ella entró con paso veloz en la enramada. Tyve asintió y le dedicó una sonrisa socarrona cuando Auraya le avisó que se iba: sabía que él estaba preguntándose si alguna vez descubriría qué había entre Wilar y ella. Dio media vuelta y salió rápidamente.

Mientras se propulsaba hacia el cielo, la tristeza se apoderó de ella. «Tal vez sea mi último vuelo. Será mejor que lo disfrute mientras pueda. —Entonces soltó una carcajada—. Si Mirar está en lo cierto, y los dioses deciden matarme, les bastaría con arrebatarle mis dones mientras estoy en el aire».

Imi había subido a cubierta cuando había aparecido la primera isla en el horizonte, y se había quedado apoyada en la borda pese a la lluvia. Hasta entonces, el barco solo había pasado cerca de unos peñascos que apenas merecían el nombre de islas. Ahora se alzaban ante ella formas más grandes que le resultaban familiares por los cuadros que había en el palacio.

—El islote Pedregoso —murmuró cuando pasaron junto a una isla

desprovista de vegetación. A lo lejos se vislumbraba una porción de tierra baja cubierta de árboles—. La isla de la Doncella.

Oyó unos pasos tras ella y, al volverse, vio que Imenja y Reivan se aproximaban. Se unieron a ella junto a la borda.

—¿Es allí donde vives, Imi? —preguntó Imenja.

Imi asintió.

—Sí. —Tras dejar atrás el islote Pedregoso, el buque entró en un círculo formado por islas—. Esto es Borra.

—¿Sabes si queda algo de los antiguos poblados en las islas? —preguntó Reivan.

Imi se encogió de hombros.

—No lo sé. No hemos podido vivir fuera de la ciudad desde hace mucho tiempo. Algunos lo intentaron, y los saqueadores los mataron. —Sonrió—. Pero los saqueadores tampoco han podido establecerse allí, pues quemamos sus casas.

—¿Construyó tu gente defensas alrededor de sus poblados?

—¿Defensas?

—Murallas. Alguna construcción en la playa para impedir desembarcos.

—No lo sé. —Imi sonrió—. Me parece que eso deberías comentárselo a mi padre. Tal vez si pudiéramos defendernos, encontraríamos una manera de librarnos de los saqueadores.

Para su sorpresa, Reivan sacudió la cabeza.

—Mientras haya relaciones comerciales entre Ithania del Sur y del Norte, habrá piratas en estas aguas. El viento sopla a favor de los barcos que pasan por estas islas, pero no hay puertos importantes en la costa de Si que sirvan de base para una flota capaz de hacer frente a los saqueadores.

—Es una pena que no podamos negociar un acuerdo con los siyís para encargarnos de los saqueadores —comentó Imenja.

Imi arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no lo ha hecho mi pueblo?

Reivan se encogió de hombros.

—Tengo entendido que los siyís eran pacíficos antes de aliarse con los Blancos.

—Tienen sus propios problemas con los pisatierra —dijo Imi, recordando lo que Teiti le había contado—. ¿Se han resuelto ya esos problemas?

—No lo sé —dijo Reivan. Miró a Imenja, que guardó silencio.

Imi decidió preguntárselo a su padre. Al contemplar la cima en la que sabía que se encontraba la atalaya, la invadió la añoranza. No tendría la sensación de haber llegado a casa hasta que sintiera los fuertes brazos de su padre en torno a sí.

—¿Vendrán a nuestro encuentro, Imi? —inquirió Imenja.

—No lo sé —confesó Imi—. Les dan miedo los pisatierra. Tal vez vengan si me ven.

—Estamos demasiado lejos para eso. —Imenja tamborileó con los dedos sobre la barandilla—. Deberíamos desembarcar contigo.

—No. —Imi sacudió la cabeza—. No sé cómo me sentiría si de pronto viera a unos pisatierra caminando por nuestras islas. La gente se enfadará y se asustará. Si ven que llevan a una elay consigo, creerán que la han hecho prisionera.

—Entonces te acercaremos a la costa en barca y esperaremos.

Imi negó de nuevo con la cabeza.

—No. Creo que tendré que ir a la ciudad a nado. —Dirigió a Imenja una sonrisa de disculpa—. Lo siento, pero mi gente desconfía de los pisatierra. Hablaré con ellos y les explicaré lo que habéis hecho por mí.

—¿Te creerán? —preguntó Reivan.

—Los convenceré. —Imi frunció el ceño—. Aunque tal vez me lleve un buen rato.

—Esperaremos —dijo Imenja—. Conoces a tu pueblo mejor que nosotros. Si es conveniente que vayas nadando, hazlo.

Con una sonrisa, Imi se acercó a la mujer y la abrazó. Imenja rio entre dientes y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Cuídate, princesa. Me entristecería no volverte a ver.

—A mí también —aseguró Imi, apartándose de ella. Se volvió hacia Reivan—. Y lo mismo te digo, Reivan. Intentaré convencer a mi padre de que os reciba a las dos. Estoy segura de que le caeréis tan bien como a mí.

Reivan sonrió con su timidez característica.

—Vete —la apremió Imenja—. Cuanto antes te vayas, antes podremos reunirnos con él.

Imi desplegó una gran sonrisa. Se agachó bajo la barandilla y estudió el agua con los ojos entornados. Allí, en medio de las islas, era profunda, pero desde que había subido a bordo de la nave, ella sabía que antes de zambullirse siempre convenía asegurarse de que no hubiera criaturas marinas grandes merodeando en torno al casco.

Se soltó de la barandilla y notó que caía hacia delante. La caída fue breve pero estimulante, y el chapuzón en el agua fría le resultó de lo más placentero. Sacó la cabeza a la superficie y se despidió de Imenja y Reivan con la mano antes de respirar hondo y dirigirse hacia la costa.

Como no sabía a ciencia cierta dónde se encontraba la entrada a la ciudad, decidió avanzar a lo largo de la pared de roca por la zona en la que creía que estaba. Al poco rato, entrevió una sombra que nadaba más abajo, y su corazón dio un brinco de alegría cuando se percató de que era otro elay. Manteniéndose a cierta distancia, pues sabía que atraería la atención cuando la reconocieran, lo siguió.

La figura imprecisa se esfumó, y ella se quedó desilusionada, pero entonces se acercaron otros dos elay. Nadando en pos de ellos, vislumbró de pronto una negrura profunda en la pared que tenía ante sí. Habían retirado de allí a los peces de luz, tal vez para evitar que los intrusos hallaran la entrada a la ciudad. Como había visto buceadores pisatierra, sabía que era posible. Sin embargo, los pisatierra no podían aguantar la respiración lo suficiente para llegar hasta la ciudad.

Internándose en la oscuridad, se sintió aliviada al divisar una luz más adelante. La guio hasta las cámaras de aire del túnel. Consiguió recorrerlo todo sin subir a respirar junto con los demás, de modo que nadie la reconoció. Entonces un brillo más grande e intenso la atrajo hacia arriba, y ella emergió en la Boca.

Se pasó varios minutos flotando allí, contemplando las grutas, las luces y la gente. Era demasiado bonito para ser cierto. No se atrevía a nadar hacia delante por si...

Cuando otro elay apareció en la superficie y la salpicó, ella retrocedió.

«¿De qué tengo miedo? —se preguntó—. ¿Sigo temiendo que Teiti o mi padre me castiguen por haberme escabullido? Aunque esa fuera su intención, ¿me marcharía ahora?».

Sacudió la cabeza y nadó hacia la orilla.

En cuanto salió del agua, comenzó a llamar la atención. Los elay civiles que la veían se volvían para mirarla de nuevo. Los guardias arrugaban el entrecejo antes de parpadear asombrados. Uno de ellos, el capitán, se dirigió a su encuentro.

—¿Princesa? ¿Princesa Imi?

Ella esbozó una sonrisa torcida.

—Sí.

—¿Dónde has...? —Hizo una pausa antes de ponerse derecho—. ¿Me permitís que os escolte hasta el palacio?

Divertida ante su repentina formalidad, ella asintió.

—Sí, por favor.

El hombre comenzó a bramar órdenes de inmediato. Tres guardias se apostaron delante y detrás de ella. Otros se alejaron a toda prisa por la corriente principal hacia el palacio.

«Avisarán a mi padre. Él sabrá que estoy aquí».

Notó un hormigueo en el estómago, pero obligó a sus piernas a moverse. Una multitud de curiosos se había detenido a observar y ahora avanzaba al mismo ritmo que ella, a ambos lados. Se oyeron varias voces de bienvenida. Ella notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y pestañeó para contenerlas.

El trayecto hasta el palacio se le antojó interminable. Apretó el paso pero se detuvo al ver las puertas del palacio. Estaban abiertas.

Había un hombre de pie entre ellas.

Su padre.

El guardia se hizo a un lado cuando Imi echó a andar de nuevo. Ella apenas se dio cuenta. No veía otra cosa que a su padre corriendo hacia ella, y perdió por completo el control sobre sus lágrimas al percatarse de que él también tenía los ojos llorosos.

Al fin, lo estrechó entre sus brazos y notó los suyos, fuertes y familiares, en torno a sí. Comenzó a pedir disculpas, y se le escapó una carcajada cuando

oyó que él también lo hacía.

—¿Por qué te disculpas, padre? —sollozó—. Fui yo quien me escapé de Teiti y me fui de la ciudad.

Él se apartó para mirarla mejor.

—Debería haber dejado que salieras más a menudo. No habrías tenido tanta curiosidad, y te habrían podido acompañar unos guardias para protegerte.

Ella sonrió, enjugándose los ojos.

—Me habría escapado de ellos también.

El rey le escudriñó el rostro.

—¿Dónde has estado? Ese granuja del hijo del comerciante nos dijo que te habían raptado unos saqueadores.

—Es verdad. —Hizo una pausa—. No habrás sido demasiado duro con él, ¿verdad? Fui yo quien lo convenció.

Él frunció el ceño.

—Lo encerré, por insistencia de Teiti.

Imi soltó un jadeo.

—¡Pobre Rissi! ¡Ella debía de estar furiosa!

Su padre torció el gesto.

—Lo estaba, pero yo estaba aún más furioso con ella. Debes relatármelo todo. —La guio hacia el interior del palacio—. ¿El barco que está fondeado fuera tiene algo que ver con tu regreso?

—Sí, padre. Las personas que van a bordo me rescataron y me han traído a casa. Les debo la vida.

Él arrugó el entrecejo con desagrado visible.

—No todos los pisatierra son malos —le aseguró ella.

La expresión ceñuda dio paso a una de enfado.

—¿Eso crees? ¿Qué quieren a cambio?

—Nada.

—Nada. —Sacudió la cabeza—. Siempre quieren algo. ¡No obtendrán nada de mí!

—Padre —dijo ella con firmeza—. Me salvaron la vida.

Él se quedó callado por unos instantes y suspiró.

—Debería compensarlos de alguna manera.

Ella se encogió de hombros.

—Podrías darles las gracias, por lo menos.

El rey clavó en ella una mirada extraña.

—¿Cómo es que te has convertido en una persona tan sabia y valiente?
¿Qué te ha pasado?

—Muchas cosas, padre. Vayamos dentro, y te lo contaré todo.

Él asintió, le rodeó los hombros con el brazo y juntos atravesaron las puertas del palacio.

No valía la pena seguir planteádoselo. Había reflexionado acerca de todo lo que había hecho y las posibles consecuencias. Había dedicado inútilmente horas a especular sobre lo que habría pasado si hubiera hecho las cosas de forma distinta.

Pero si bien la travesía por Si requería mucha concentración, no ocupaba por completo el pensamiento de Mirar. Cuando no tenía que trepar y andar sin parar, su mente daba vueltas y vueltas, y cada vez que intentaba pensar en otra cosa, terminaba recalando en Auraya, en sí mismo, en los Blancos y en los dioses.

«Y Emerahl. ¿Por qué tuve que pensar en Emerahl cuando abrí mi mente a Auraya?».

Solo había pensado en ella por un instante, como ayudante y amiga. No había reflexionado sobre el empeño de Emerahl por encontrar a otros inmortales. Si los dioses la habían reconocido, y era posible que no, alertarían a los Blancos sobre su existencia. Sin embargo, no sabían dónde estaba. Mientras no atrajera su atención ni topara con uno de ellos, estaría a salvo. Los dioses la podían rastrear husmeando en las mentes de los mortales, buscando a alguien visible para los humanos pero invisible para ellos, pero eso tomaría mucho tiempo y ahora tenían un asunto más importante del que ocuparse: Auraya.

Él esperaba que ella no se hubiera equivocado al afirmar que los dioses no la matarían por temor a debilitar la confianza de sus seguidores hacia los Blancos. Esperaba no haberla condenado al abrirle su mente. Había sido la única forma de salvarse, pero no lo había hecho únicamente por egoísmo. Quería que ella viera la verdad, que al fin supiera quién era..., y que la amaba.

«Necio —pensó—. Es una Elegida de los dioses. No puede corresponder a tu amor».

«Y sin embargo, lo hizo», se contradijo.

Sintió un sobresalto. ¿Había vuelto Leiard? Buscó en su mente la sensación de otra presencia, pero no la encontró.

«Yo soy Leiard —se recordó—. Más vale que acepte que sus debilidades son las mías. Más vale que no vuelva a poner en peligro a los demás. Si no puedo tener a Auraya, lo mejor es que me aleje de ella cuanto pueda».

En el escarpado y estrecho barranco, el aire era húmedo e inerte. Mirar bostezó y se planteó hacer un alto para echar una cabezada. Apenas se había detenido para descansar desde que había abandonado la tribu del lago Azul, y el cansancio que había mantenido a raya durante tanto tiempo de pronto le pareció insoportable.

Trastabilló. Miró hacia abajo y frunció el ceño al ver las finas lianas que se cruzaban en su camino. Con el corazón desbocado, levantó la vista y miró alrededor. El miedo ahuyentaba el sopor que lo invadía.

En torno a él, los árboles y el suelo del bosque estaban cubiertos de enremidera. Atrapado en un remolino de pensamientos sobre Auraya y los dioses, no había percibido hasta dónde lo había conducido el barranco. El hedor a carne podrida le revolvió el estómago. En algún lugar bajo la exuberante vegetación había uno o dos cadáveres de animales, víctimas del don mágico de la enremidera.

Ahora que era consciente de la insidiosa sugerencia en el filo de su mente, le resultó fácil bloquearla. Reanudó la marcha, esquivando cuidadosamente las lianas que atravesaban su camino. Era una planta grande y madura. El desfiladero era una trampa natural que probablemente le proporcionaba muchas víctimas.

El barranco se estrechaba aún más, pero las lianas de la planta llegaban solo un poco más allá. Suspirando con alivio, Mirar avanzó por la angosta grieta, pasando trabajosamente entre los afloramientos rocosos o escalando por encima de ellos.

«Espero no estar siguiendo un camino sin salida...».

Deseó que lo hubiera acompañado Tyve. Estaba convencido de que el muchacho habría estado dispuesto. Pero la mente de Tyve estaba abierta a los dioses y habría delatado su posición sin saberlo.

Las paredes del barranco desaparecían unos pasos más adelante, y Mirar comprobó que el suelo formaba una acusada pendiente a partir de ese punto. Más adelante solo se divisaban copas de árboles que se mecían en el viento. Al alcanzar el final de la garganta, descubrió que estaba al borde de un precipicio. No era un camino sin salida, pero la bajada requería tiempo y mucha concentración.

Ante él se alzaban las montañas, y el descenso al que se enfrentaba a continuación no era nada comparado con lo que le esperaba en aquellas laderas rocosas. Emerahl había sugerido que se dirigiera al desierto de Sennon, y cruzar las montañas suponía la ruta más corta. El camino más fácil, aunque también más largo, lo habría llevado río abajo desde los lagos Azules hasta la costa, pero la costa era el lugar al que los dioses esperarían que fuese; donde los siyís estarían pendientes de él y los Blancos aguardarían su llegada. No contaban con que escalase una montaña y atravesara un desierto para llegar a Ithania del Sur. Al menos eso esperaba.

Con un suspiro, se sentó a comer y a estudiar el terreno que se extendía a sus pies. Aunque el bosque ocultaba gran parte del suelo, planificó una ruta relativamente optimista que superaba los obstáculos más evidentes.

Lo sobrevoló una sombra. Una sombra grande.

Cuando levantó la mirada, vio a un siyí que planeaba más allá del borde del precipicio y trazaba una curva hasta perderse de vista.

Pocos siyís vivían en esa parte de Si. Seguía siendo territorio de la tribu del lago Azul, pero con tanta tierra productiva en los alrededores, no necesitaban alejarse mucho para encontrar alimentos u otras cosas. «Puede que estén buscando algo que no se encuentra cerca del lago —pensó—.

Plantas raras, por ejemplo. O tal vez estén patrullando sus tierras.

»O quizá me estén buscando».

Se puso en pie y retrocedió hacia el barranco. Tanto si estaban buscándolo como si no, cualquier siyí que lo viera podría delatar su posición a los dioses, si estos estaban observando. Se detuvo y se planteó si debía volver en lugar de descender por el peñasco.

El risco se extendía un buen trecho en ambas direcciones, formando una barrera natural que lo separaba de las montañas. Iba a tener que enfrentarse a él o desviarse un tramo considerable de su camino.

Una figura alada planeó por encima de su cabeza. Él percibió una mezcla de satisfacción, soberbia y paciencia. Se le cayó el alma a los pies.

«Sabe que estoy aquí».

Por tanto, daba lo mismo que el siyí lo viera descender. Después de eso, al resguardo de los árboles, sería mucho más fácil evitar que lo siguiera.

Una vez en las inmediaciones de la aldea de la tribu de la Arena, Auraya no vio ningún barco negro en el horizonte. Había siyís por todas partes: entre las enramadas, en la costa y en el cielo. Se acercó más, escrutó sus mentes y encontró al portavoz Tyrli.

Cuando sus pies se posaran en la arena, advirtió que se había formado una pequeña multitud. Una de las mujeres de la aldea había traído dos cuencos, y Tyrli se los ofreció. Uno estaba lleno de agua, el otro contenía bayas agrias.

Auraya aceptó el ritual de bienvenida.

—Recibí vuestro mensaje, portavoz —le dijo—. ¿Dónde habéis visto el barco?

Él señaló un punto en el sudeste.

—Solo era visible desde el aire. Las velas llevaban la marca de una estrella. Mis hombres volaron hacia allí y vieron hechiceros pentadrianos a bordo.

Auraya asintió.

—¿Lo habéis vuelto a ver desde entonces?

—No. —Atisbó una cría sin pelo, de piel oscura, en la mente del

portavoz. Una niña elay. Temía que ella hubiera topado con los pentadrianos, aunque era poco probable. Auraya reprimió su curiosidad; había cosas más importantes de que ocuparse.

—¿Siguió alguien al barco? —preguntó.

Él asintió.

—A distancia y mientras fuese seguro. Navegaba hacia el sudeste, mar adentro. En dirección a Borra.

—¿No atracaron?

—No. ¿Corren peligro los elay?

Auraya negó con la cabeza.

—No lo creo. Los elay no representan una amenaza para ellos, y son demasiado pocos para tenerlos de aliados. Supongo que intentarían convertirlos, pero los elay fueron creados por Huan. Dudo de que le diesen la espalda.

Tyrli asintió en señal de conformidad.

«Eso no quiere decir que no lo intenten —pensó, recordando que Juran le había hablado de pentadrianos que habían intentado asentarse en otras tierras. Suspiró—. Hablaré de esto con Juran».

—Venid a mi enramada. Mi hija se ocupará de que nadie os moleste —dijo el portavoz con una sonrisa.

Auraya vaciló, pero finalmente asintió.

—Claro. —Él no sabía que ella tenía motivos para ser reacia a comunicarse con los otros Blancos.

«No me puedo pasar la vida evitándolo», se dijo.

Para cuando llegó a la enramada de Tyrli, se había ahorrado lo que, temía, habría sido una discusión desagradable. La hija de Tyrli trajo agua y un plato de comida más generoso. Después la dejó sola.

Las paredes de la enramada resplandecían con la luz solar que dejaba filtrar la membrana. Auraya respiró hondo, cerró los ojos y proyectó su mente.

:¿Juran?

Hubo un instante de silencio, y después:

:¿Auraya? ¿Dónde estás?

:En la costa de Si. Los de la tribu de la Arena vieron un barco pentadriano hace unos días.

:¿Atracaron?

:No. Dicen que navegaba hacia el sudeste, en dirección a Borra.

:¿Qué podrían querer los pentadrianos de los elay?

:No lo sé. No tienen motivos para atacar, y es poco probable que los elay acepten sus ofertas de amistad. Ya sabes cuánto desconfían de los pisatierra.

:Sí.

:¿Crees que debería investigar?

Juran permaneció unos instantes en silencio.

:No. ¿Qué tal se están recuperando los siyís de la devoracorazones?

:La enfermedad se ha extendido por todas partes, excepto a las tribus más remotas. La situación no puede empeorar mucho más.

Él volvió a quedarse callado.

:¿Qué piensas hacer con Mirar?

Auraya sintió una presión en el pecho.

:No puedo matarlo si creo que es injusto.

:¿Ni siquiera si te lo ordenan los dioses?

Ella vaciló.

:No. Haría que todo lo que representan, todo lo que representamos, dejase de tener valor.

Hubo un largo silencio.

:Dyara y Rian parten hoy hacia Si. Si matasen a Mirar, ¿sentirías que todo lo que representamos dejaría de tener valor?

Sintió que se le caía el alma a los pies.

:Es posible. No lo sé...

:Ejecuté a Mirar hace más de cien años con muchas menos pruebas de las que dispones en este momento. ¿Me has perdido el respeto ahora que lo sabes?

Ella no podía responder a esa pregunta. Negarlo habría sido una falta de honestidad; sin embargo, seguía sintiendo un gran respeto por él.

:No son situaciones comparables —dijo ella—. Mirar no te abrió su mente. Cuando te enfrentaste a él, los dioses apenas habían establecido las

leyes que rigen nuestras vidas.

:Me pidieron que confiara en ellos. ¿Confías en ellos?

:Quizá no tanto como antes —admitió—. No lo puedo evitar. Cuando me pidieron que hiciera algo injusto, perdí la confianza en que nunca me pedirían algo que lo fuera —dijo, con amarga diversión—. Si mato a Mirar, me odiaré y cuestionaré la sabiduría de los dioses para toda la eternidad.

:Me temo que ahora cuestionarás la sabiduría de los dioses de todos modos.

Tomó conciencia de las palabras de Juran como si le hubiera asestado una puñalada. Tenía razón. No había vuelta atrás. Había perdido una pequeña parte del respeto que sentía por los dioses y no podía fingir lo contrario. «Soy una Blanca. ¡Una Blanca no debe dudar de los dioses a los que sirve! Si no puedo recobrar el respeto por ellos, entonces...». Se estremeció. «Entonces, no debería ser una Blanca».

:¿Auraya?

Tenía la boca seca. Volvió a dirigir su atención hacia Juran.

:¿Crees que debería regresar a Jarime?

:No, quédate en Si. No tiene sentido que vuelvas; la gente del cielo aún te necesita.

Él rompió el contacto. Al abrir los ojos, Auraya sintió que se le llenaban de lágrimas. Lo único que siempre había querido era ser sacerdotisa y usar sus habilidades para ayudar a la gente, servir a esos gloriosos seres que eran los dioses.

«Los dioses a los que amo —pensó—. Pero ya no con la misma devoción que antes. Eso se ha mancillado. Arruinado. Quizá mi amor debería ser más firme. Quizá debería ser como Rian, dispuesto a hacer lo que sea, esté bien o mal, en su nombre. ¿Estoy siendo egoísta? ¿Tiene alguna importancia que piense que lo que hago es justo?».

Pero tenía que importar que los Blancos fuesen conscientes de lo que estaba bien y lo que estaba mal. De otra manera habría sido espantoso. Y era importante que los dioses fuesen buenos y justos. De lo contrario... ¿qué otros abusos de poder podían exigirles a los Blancos?

«Y si Mirar está en lo cierto y los dioses han abusado de su poder muchas

veces en el pasado, ¿qué impide que lo vuelvan a hacer? ¿Y si los dioses han creado a los circulianos y a los Blancos para hacer lo que quieran, sin cortapisas?».

Sintió que se le contraía el estómago. Era demasiado horrible para planteárselo. Si las intenciones de los dioses eran malvadas, ¿en qué situación quedaban los humanos?

«A merced de ellos».

La opción más segura para ella era seguir siéndoles fiel..., matar a Mirar y ser una Servidora obediente. Tenía que ser tan leal como Rian, excepto que su obediencia incondicional estaría motivada por el miedo, no por el amor ni la lealtad.

La sola idea hizo que se sintiera descompuesta. Vivir en un estado permanente de miedo y mentiras, obligada a hacer cosas que, sabía, estaban mal, solo la llevaría a la miseria. Una eternidad de miseria.

«Puede que no haga falta —pensó—. No, los dioses no son malvados. Quieren que mate a Mirar porque temen que haga daño a los mortales. Su punto de vista es demasiado distante como para ver que él ya no es un peligro. El mío es más cercano. He visto en el interior de su mente. Lo sé mejor».

Pero ¿cómo podía ser? Se suponía que los dioses eran más sabios que los humanos. Si ella pensaba que estaban equivocados, debía de creer que eran falibles. «Un Blanco no debe dudar de los dioses. —Escondió la cabeza en sus manos y se enfrentó a la verdad desnuda—. No soy digna de esta posición».

La tripulación iba y venía a toda prisa por la cubierta del *Flecha* como si sus vidas dependiesen de que terminasen cuanto antes la faena. Rian miró hacia el *Estrella*. La tripulación del otro barco estaba igual de atareada. Dyara estaba en la proa. Aunque ambos barcos navegarían juntos, él no pensaba hablarle durante las próximas semanas, excepto mentalmente.

Sintió el eco de unas pisadas en la cubierta. Al volverse, vio aproximarse a Juran.

—Rian —dijo—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí —respondió.

Juran hizo una pausa al ver a un sacerdote que llevaba una caja de madera. El hombre se les acercó nervioso, colocó la caja en la cubierta e hizo la señal del círculo.

—Las copias que solicitasteis, Rian de los Blancos.

—Gracias —contestó Rian—. Puedes marcharte.

—¿Qué pediste a los escribas que te copiaran durante toda la noche? —preguntó Juran.

—El código de la Ley Sennense, algunas historias de emperadores anteriores y unos estudios que encargué sobre los muchos cultos que se practican allí. Necesitaré material de lectura para el viaje, y no quise arriesgarme a llevar los originales.

Juran se rio entre dientes.

—No se me ocurrió que tendrías tiempo para leer de camino a Si, ocupado como estás haciendo que el barco avance a toda vela por el mar.

—Es verdad, pero cuando nos hayamos encargado de Mirar, podremos volver a un ritmo más relajado. —Rian se encogió de hombros.

La expresión del líder de los Blancos se tornó adusta y dolorosa. Rian ya conocía ese semblante. Aparecía cada vez que se mencionaba a Mirar. Hacía mucho que presentía que matar a Mirar había sido desagradable para Juran. Debe de ser frustrante descubrir que el líder pagano de los tejedores no ha muerto, y que sigue manipulando a los mortales. Y a los inmortales. Cuanto antes Dyara y él librasen al mundo de Mirar, mejor..., tanto para Juran como para el mundo. Sin embargo, no tenía sentido hablar de él. No haría más que aumentar la frustración de Juran.

—Estoy empezando a pensar que tomará años, tal vez siglos, extender nuestra protección a Sennon —dijo Rian, retomando sus pensamientos sobre esas tierras—. Esa gente es capaz de adorar cualquier cosa. ¿Has oído hablar de ese nuevo culto al Constructor?

—No —dijo Juran, frunciendo el ceño.

—Se basa en la idea de que el mundo e incluso los dioses fueron creados por un ser más grande para algún fin elevado. A este ser lo llaman el

Constructor. El hombre que lidera esta religión no ofrece ninguna prueba tangible, pero utiliza una lógica retorcida para convencer a la gente. El número de seguidores de este culto es aún reducido, pero crece a un ritmo apabullante.

—Suele ocurrir con los cultos nuevos. El entusiasmo de sus seguidores se apaga cuando descubren que no hay ningún beneficio que obtener de un dios inexistente..., sobre todo cuando la muerte está cerca.

—Sí —convino Rian con gesto desdeñoso—. Son tan pocos los que adoran solo por temor o respeto... Siempre esperan algo a cambio.

—Si todo lo que hiciera falta fuese temor o respeto, podrías adorar a este Constructor con tanta facilidad como a los dioses verdaderos —dijo Juran, sonriendo.

—Yo aún necesito pruebas de la existencia de los dioses —afirmó Rian, meneando la cabeza.

—¿Y de su bondad? ¿Qué harías si te pidiesen que hicieras algo que para ti fuese injusto? —preguntó Juran con expresión súbitamente seria.

Apoyándose en la barandilla, Rian se resistió a sonreír. La pregunta estaba relacionada con Auraya, supuso.

—Ningún cometido es injusto, si ellos nos lo piden.

—¿Incluso si contradice las leyes y los principios que ellos mismos nos han animado a abrazar?

—Deben de tener sus razones para contradecirse. Siempre hay circunstancias bajo las cuales se pueden interpretar las leyes.

—¿Y si esta no fuese una de esas circunstancias?

—Entonces concluiría que no conozco los verdaderos motivos. Si los dioses no ofrecen una razón para actuar contra su ley, debo suponer que no pueden hacerlo. Tendría que confiar en que su decisión es correcta.

Juran frunció el ceño y se frotó la barbilla.

—Entonces ¿no les exigirías que te explicaran sus razones?

—No.

Rian observó a Juran tamborilear con los dedos sobre su brazo, meditabundo. De los cuatro Blancos, Juran era el único abierto al debate religioso. Dyara no tenía paciencia para lo que llamaba «especulación inútil»,

y las pocas veces que Rian había intentado involucrarla en la conversación, Mairae se había mostrado incómoda. No había intentado hablar con Auraya. Si bien la oportunidad se había presentado más de una vez en el pasado, la había dejado pasar. No es que diera la impresión de no estar interesada, más bien al contrario, pero sospechaba que sus opiniones no serían plato de buen gusto para él.

—¿Alguna vez tomaron los dioses una decisión con la que no estabas de acuerdo, pero que aceptaste solo porque confiabas en su sabiduría? —tanteó Juran.

El corazón de Rian dio un brinco. ¿Debía admitirlo? Juran sonrió antes de que pudiera decidir.

—Supongo que no me equivoco al afirmar que tu silencio es una respuesta afirmativa.

—Pero más tarde confirmé la sabiduría de su decisión —asintió Ryan.

—¿No quieres decirme de qué se trata? —insistió Juran, frunciendo el ceño.

Rian sacudió la cabeza, pero después cambió de idea. A la luz de los últimos acontecimientos, tal vez era necesario que lo supiera Juran.

—En el pasado no habría tenido interés, pero puede que ahora sea importante.

—¿El qué?

—No estuve de acuerdo con la elección de Auraya.

—Pero dices que con el tiempo confirmaste la sabiduría de esa elección —arguyó Juran, sorprendido.

—Sí, demostró ser útil.

—Hablas en pasado.

—No puedo ver el futuro. —Se encogió de hombros—. No sé si será útil en el futuro.

—Suenas casi como... si la consideraras prescindible —reflexionó Juran.

—No era mi intención.

—Solo lleva un año con nosotros —dijo Juran apartando la vista y suspirando—. ¿No crees que pedirle que matara a Mirar fue demasiado para ella?

—¿Qué límite de tiempo pondrías a la obediencia a los dioses? —replicó Rian con el ceño fruncido—. Juró servirles el día de su elección..., e incluso antes, cuando se convirtió en sacerdotisa.

—El hecho de que lo haya jurado no quiere decir que sea fácil cumplirlo —dijo Juran, mordiéndose el labio inferior.

—Mató a Kuar.

—De todos modos, me pregunto si Mirar no se repondría una vez más. No conocemos sus poderes.

—Quemaré su cuerpo hasta convertirlo en cenizas, y las esparciré por todo el mundo —le aseguró Rian—. Dudo que se reponga de eso.

—¿Y qué crees que deberían hacer los dioses con Auraya? —Juran lo miró a los ojos con expresión enigmática.

Rian permaneció unos segundos en silencio y frunció el ceño. Después respondió:

—Ella los desobedeció. Tal vez estaba confundida o indecisa, pero le dieron una segunda oportunidad y volvió a desafiarlos. He vuelto a cuestionar su elección, pero tengo que aceptar las decisiones de los dioses.

Juran asintió con expresión meditativa. Después miró a la tripulación a su alrededor. Ya no corrían de un lado a otro, sino que fingían trabajar mientras esperaban la orden de zarpar. La tripulación del *Estrella* también aguardaba ansiosa.

—Te deseo un buen viaje, Rian. No fuerces demasiado al barco.

—Dyara no me permitiría correr el riesgo de que se abra una vía de agua —replicó Rian.

—No —rio Juran entre dientes.

Ryan siguió con la mirada al líder Blanco hasta que abandonó la embarcación y después hizo una seña a los capitanes de ambos barcos. Le vino a la mente una discusión anterior con Juran y Dyara.

—Juntos seréis lo bastante fuertes para repeler un ataque de los líderes pentadrianos —había dicho Juran.

—Pero no dos —había señalado Dyara.

—Si eso sucede, llamad a Auraya. Es la única de nosotros que os puede alcanzar rápidamente.

—¿Y si se niega a ayudar? —había preguntado Rian.

—Jamás haría una cosa así —había replicado Dyara en tono indignado—. Puede que sea una estúpida cuando se trata de Mirar, pero no nos abandonaría.

—¿Y si Mirar se une a los pentadrianos? —había insistido Rian.

Dyara y Juran habían intercambiado miradas sombrías.

—Me parece improbable —había dicho Juran—. No había señal de semejante alianza en su mente. Si la hubiera habido, Auraya se habría... comportado de forma distinta. Pero si algo así llegara a ocurrir, no veo ninguna otra salida para vosotros que la de huir.

Los dos veleros soltaron amarras. «Los dioses nos advertirán —se dijo Rian—. Y a Auraya no le quedará más remedio que entrar en razón, o traicionarnos a todos».

La embarcación vibró ligeramente cuando el casco rozó el banco de arena. Alguien ladró una orden, y los remeros detuvieron rápidamente los remos, saltaron al agua y empezaron a arrastrar la barca playa adentro. Reivan se levantó con Imenja y siguió a su patrona hasta la proa. Pusieron los pies en la arena seca y enfilaron hacia la hilera de hombres lampiños de tez oscura.

No fue difícil distinguir al líder del resto. El rey de los elay iba desnudo excepto por un par de pantalones cortos hechos de un cuero de color parecido al de su piel y por las joyas que le cubrían el torso. De unas cadenas de oro colgaban medallones con forma de criaturas de mar e incrustaciones de piedras preciosas. Varias hileras de conchas que habían sido pulidas hasta sacarles brillo formaban un chaleco impresionante. Las joyas debían de pesar mucho, pero aun así su postura era altiva, la espalda recta y los hombros erguidos. Con una mano sujetaba una lanza que, pese a los adornos de oro y joyas, daba la impresión de servir para algo más que decoración.

Tenía el ceño fruncido.

Reivan reprimió una sonrisa. Imi les había advertido que su padre era hostil con los extraños.

En torno al rey había un círculo de guerreros elay con el entrecejo arrugado, armaduras y lanzas. Imenja avanzó hasta el borde del círculo y se detuvo. Los hombres que estaban más cerca les abrieron paso.

—Os saludo, Ais, rey de los elay —dijo ella.

—Os saludo, Imenja, Voz Segunda de los pentadrianos —contestó él.

—He venido, tal como pedisteis. ¿Volvió con vosotros la princesa Imi?

—Sí, volvió.

—Me alegra oírlo —sonrió Imenja—. La habría escoltado hasta aquí, pero tengo entendido que no sois amigo de visitas inesperadas.

—Os doy las gracias por su vuelta —dijo él, frunciendo aún más el ceño—. Os he pedido que vengáis hasta aquí para daros las gracias por liberarla de los que le querían hacer daño y por devolverla a nosotros. —Alzó la mano libre—. Os he traído esto en señal de gratitud.

Los guerreros que estaban detrás de él se hicieron a un lado y dieron paso a otro grupo de guerreros, con aspecto igual de fiero, que cargaban unos bultos. Pasaron junto al rey y se detuvieron para desenvolver los fardos y revelar una serie de vasijas de plata y oro hermosamente forjadas y llenas de joyas, piedras preciosas, conchas talladas e, irónicamente, campanillas marinas. Reivan se sintió ligeramente excitada ante la visión de este tesoro.

—Son magníficas —le dijo Imenja—. Sois muy generoso, pero no estoy segura de que pueda aceptarlas. No hemos venido aquí esperando semejante muestra de gratitud. Nos basta con saber que Imi ha vuelto a casa.

—Entonces ¿por qué no partisteis cuando ella volvió? —preguntó el rey, arqueando ambas cejas—. ¿Por qué os quedasteis en lugar de zarpar de vuelta a casa?

—Quería asegurarme de que Imi estuviera a salvo. No podía irme sin comprobar que se había vuelto a reunir con su familia. Ahora que lo sé, me marcharé satisfecha de haber cumplido con mi promesa. Sin embargo, antes de hacerlo, tengo algunas pertenencias de Imi que debo entregarle; no pudo llevárselas consigo cuando nadó hasta la ciudad. —Se volvió e hizo un gesto a los remeros, que aguardaban.

Estos sacaron del barco el arca con los regalos de Nekaun y avanzaron hacia el grupo. Reivan sonrió ante la afirmación de Imenja de que pertenecían a Imi. Si Imenja le hubiera dicho que eran para él, el rey habría podido rechazarlos. Ahora no podía hacerlo. Entrando en el círculo de guerreros, los remeros colocaron el cofre delante del rey. Uno de ellos levantó la tapa,

después de lo cual todos dedicaron una reverencia al rey y regresaron al barco.

El rey de los elay volvió a arquear las cejas al ver el contenido del baúl.

—¿Esto pertenece a mi hija?

—Regalos del líder de mi pueblo, Voz Primera Nekaun —dijo Imenja, sonriendo—. Es costumbre en mi tierra ofrecer regalos a invitados de sangre real. Para Imi fue un placer seguir esta costumbre. Y aunque nadie de mi pueblo la secuestró, vuestra hija pasó un tiempo como prisionera en nuestras tierras. Por ello, Nekaun pensó que debía ser desagraviada.

El rey Ais asintió, con la mirada aún fija en el contenido del cofre y expresión pensativa.

—En mi tierra se recompensa una buena acción —dijo, levantando la vista hacia Imenja—. Llevad mis regalos a vuestro líder en señal de gratitud.

—Lo haré, y os lo agradezco de su parte —respondió Imenja, con una sonrisa—. Quedará tan impresionado por la maestría de vuestros orfebres como lo estoy yo.

Imenja ordenó a los remeros que llevaran los tesoros de los elay a la embarcación. Cuando los hombres abandonaron el círculo, ella volvió a mirar al rey.

—Imi me habló de los saqueadores que tantos problemas os dan. Os ofrecería nuestra ayuda, si creyese que la aceptaríais.

—¿Cómo podríais ayudarnos?

—Tal vez enseñándoos lo que sabemos de hechicería, de guerra o, sencillamente, de la construcción de aldeas fortificadas. Tal vez vendiéndoos armas.

—¿Qué ventaja obtendríais?

—Estos piratas atacan barcos mercantes que hacen la ruta entre Ithania del Norte y mis tierras. Nuestros mercaderes pierden mucho género. Establecer una flota de barcos patrulla sería poco práctico y caro, incluso si dispusiésemos de un puerto adecuado que usar como base. Si vuestra gente se vuelve lo bastante fuerte para defenderse, eventualmente podría ayudarnos a controlar a los saqueadores. Os puedo asegurar que nuestros mercaderes pagarían una suma nada desdeñable por semejante servicio.

—Eso decís vos —dijo el rey en tono escéptico—. Lo más probable es que nos roben.

—Hacéis bien en considerar esa posibilidad —respondió Imenja, asintiendo—. El riesgo de ser confundidos con saqueadores haría que la mayoría de los mercaderes actuase de forma honesta. Pero es verdad..., para tener éxito en semejante empresa debéis actuar con cautela y astucia.

—O, simplemente, no embarcarme en ella. —El rey alzó la barbilla—. Gracias por devolverme a mi hija, Imenja de los pentadrianos. Debéis marcharos antes del mediodía.

—Así lo haré —prometió Imenja—. Si en el futuro deseáis negociar, buscad un barco de velas negras. A bordo habrá un Servidor de los Dioses vestido como yo; él me hará llegar el mensaje.

Se volvió y empezó a alejarse. Reivan la siguió, resistiéndose a la tentación de girarse para ver la expresión del rey. «Debe de seguir frunciendo el ceño y sacando pecho», pensó.

:No ha salido tan mal, ¿eh?, preguntó Imenja.

:No lo sé. —Reivan echó un vistazo a su patrona—. ¿Qué leíste en su mente?

:Desconfianza, más que nada. Desconfía de todos los pisatierra.

:¿Incluso de los que rescataron y le devolvieron a su hija?

:Especialmente de nosotros. La desconfianza es su punto fuerte. Pero también sé cuál es su debilidad.

:¿Cuál?

:Su hija. Se culpa del secuestro de su hija. Ella ha visto más mundo del que él puede imaginar, y ha vuelto mucho más informada. Entre su sentimiento de culpa, su costumbre de consentirle todo y el presentimiento de que nunca más se sentirá satisfecha mientras permanezca enclaustrada en la ciudad, se enfrenta a una dura batalla.

:¿Una batalla perdida?

:Eso espero, dijo Imenja, sonriendo.

En lo esencial, la ciudad de Karienne no había cambiado mucho desde la

última vez que Emerahl la había visitado. Edificios de todas las formas y tamaños se aglomeraban formando una metrópolis que se extendía a ambos lados de un río modesto y sucio. La urbe casi había duplicado su tamaño en los últimos siglos, a juzgar por lo que ella podía ver desde el agua.

—¿Dónde queréis desembarcar? —quiso saber Emerahl, volviéndose hacia la pareja y sus hijos.

Shalina miró a su marido.

—¿No vas a atracar en el muelle principal? —preguntó Tarsheni.

—Podría, pero la tarifa de amarre cuesta una fortuna. Los muelles más pequeños suelen ser más baratos.

—Si no recuerdo mal, el muelle principal no está lejos de la plaza Mayor, donde habla el Hombre Sabio, y nos gustaría desembarcar cerca, si es posible. Si pagamos la tarifa de amarre, ¿vendrás con nosotros para escucharlo?

Emerahl sopesó la propuesta. Por una parte, estaba ansiosa por navegar río arriba hasta las Cuevas Rojas lo antes posible; por otra, sentía curiosidad por conocer a aquel Hombre Sabio. Había tardado meses en llegar hasta allí, ¿qué importaba un retraso de medio día?

—Muy bien —dijo—. Iré a ver a qué viene tanto alboroto.

No tardaron en llegar a las inmediaciones de los muelles principales y en encontrar un embarcadero entre las dársenas y los fondeaderos atestados de gente. Ella ayudó a la pareja a sacar su equipaje del barco y transportarlo a la ciudad. Las calles eran angostas, y muchas estaban cubiertas para proteger a los viandantes del sol del desierto; se extendían en todas direcciones en un diseño que ni ella ni Tarsheni entendían. Casas, almacenes, tiendas, templos y barracas se mezclaban sin ton ni son, de modo que cada calle tenía un ancho distinto.

Por fortuna, los residentes eran amables y se mostraron dispuestos a dar indicaciones. Emerahl y la familia salieron de una calle estrecha y abarrotada a un espacio abierto.

La plaza Mayor no era grande en comparación con las de otras ciudades, pero parecía enorme después de aquel atolladero. En una esquina había una muchedumbre. A Tarsheni se le iluminaron los ojos. La pareja encontró una

pensión a escasa distancia y pagó lo que parecía ser una suma razonable, ansiosa por ver por fin al hombre que les había llevado a hacer un viaje tan largo.

Una vez guardado el equipaje en una habitación, abandonaron la pensión y se dirigieron a donde estaba la multitud. Los dos adultos estaban nerviosos y expectantes. Su hijo parecía abrumado por toda la actividad a su alrededor, y el bebé parpadeó con expresión soñolienta.

La muchedumbre era menos densa hacia los bordes. Tarsheni redujo el paso y se internó entre el gentío. Aunque Emerahl no alcanzaba a ver al objeto de la atención del público, lo oía con facilidad.

—Todos somos criaturas del Constructor —retumbó—. Vosotros, yo, aquel sacerdote, el arem que acarrea vuestros bienes y los rainas que montáis son sus criaturas. El pájaro que canta y el insecto que os pica son sus criaturas. El humilde pordiosero, el mercader rico, los reyes y emperadores del mundo, los sacerdotes y seguidores de todos los dioses, los dotados, los no dotados, todos son sus criaturas. Incluso los propios dioses son... —El Hombre Sabio se detuvo, y después siguió con voz más débil—: ¡No! No es verdad. He estudiado los textos e indagado en la sabiduría de todas las religiones, y ningún dios afirma haber creado el mundo. Pero tienen que tener un creador. Un Constructor...

Emerahl estuvo a punto de adivinar la siguiente reflexión. Decidió acercarse más y dejó a la familia escuchando con arrobó y atención.

—¡La existencia del mundo es prueba suficiente! Solo un ser superior... Sí, así es. El Constructor hizo criaturas que consideramos malvadas. Pero ¿por qué las consideramos malvadas? ¿Porque matan? Un carmón mata y come otros seres vivos, y los criamos como mascotas, y los rainas comen plantas, que también son seres vivos. Tememos a los lerameres y voranes porque nos pueden matar, pero no lo hacen por maldad, sino por hambre. No nos gustan porque se comen nuestro ganado. Eso es un disgusto, no una maldad.

Hubo un instante de silencio, seguido de una risita. Cuando dos hombres que estaban a su lado cambiaron de postura, Emerahl alcanzó a ver inesperadamente a un joven apuesto de pie sobre una caja de madera, con los

brazos levantados mientras se preparaba para dirigirse otra vez a su público. Sorprendida de que el Hombre Sabio fuese tan joven, empezó a acercarse más.

—... también puede ser malvado. ¿Por qué nos hacemos daño? No lo sé. ¿Por qué el mundo no es perfecto? ¿Por qué no aprehendemos y comprendemos cada partícula de él desde que nacemos? Evidentemente, no fue esa la intención del Constructor. El Constructor creó el mundo con la intención de que se siguiera transformando. Tal vez para que tuviésemos una razón para luchar.

Emerahl se detuvo cuando descubrió que cerca había varios sacerdotes y sacerdotisas. En el grupo había incluso un sacerdote superior. Si bien la mayoría de los circulianos parecían incómodos, algunos escuchaban con interés.

—Sobre mí ha recaído la responsabilidad de luchar por comprender al Constructor —continuó el Hombre Sabio—. Os podéis unir todos. No os pido que renunciéis a nada. Ni a vuestras familias, ni a vuestra riqueza, ni a vuestra profesión, ni siquiera a vuestra religión. Creed en el Constructor y juntos, hombres y mujeres, ricos y pobres, dotados y no dotados, lucharemos por aclarar algunos de los misterios de la vida.

Continuó hablando en el mismo tono. Los oyentes seguían su camino y eran reemplazados por otros. Se empezaron a repetir preguntas. Emerahl se abrió paso entre la multitud para volver hacia donde estaba la familia. Notó que los circulianos se habían marchado. También se estaba yendo un par de pentadrianos. «No veo a ningún tejedor», pensó. A Tarsheni le brillaban los ojos de excitación.

—Tengo que ir a buscar mis tintas y mi papel —dijo Tarsheni, tomando aire. Se volvió hacia Emerahl—. ¿Qué te parece?

—Una idea interesante —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Eso dijiste antes.

—También dije que si no lo puede probar, la gente no lo tomará muy en serio.

—¿No es prueba suficiente la existencia del mundo?

—No —contestó ella con honestidad—. No creo que a los circulianos les

haga gracia alguien que sostiene que sus dioses fueron creados por un ser superior.

—¿Qué importa lo que piensen los circulianos! —exclamó Tarsheni con una sonrisa.

—Es verdad —se rio Emerahl. Miró a ambos y sonrió—. Supongo que ha llegado la hora de despedirnos.

—Ha sido un placer viajar contigo —puntualizó Shalina en tono emotivo.

—Lo mismo digo —respondió Emerahl.

—Gracias por traernos hasta aquí —añadió Tarsheni con solemnidad—. Y por salvarnos de aquellos ladrones en el túnel del istmo.

—Si no me hubierais advertido acerca del túnel, habría tenido que vender mi barco —señaló Emerahl—. Así que me salvasteis de ser robada tanto como os salvé yo.

La pareja soltó una risita.

—¿Adónde irás ahora?

—Río arriba.

—¿Asuntos de familia?

—Se podría decir que sí. Como vosotros, espero conocer a alguien de quien he oído mucho pero a quien nunca he visto.

—Entonces espero que tu encuentro te dé tanta satisfacción como nos lo ha dado el nuestro —le deseó Tarsheni—. Adiós, Emmea. Que los vientos te sean siempre propicios.

—Adiós —respondió Emerahl—. Y recordad mi consejo. Si empieza a pedirnos dinero, no le deis ni un céntimo más de lo que podéis permitir. He conocido a más de un falso sabio, y os aseguro que pueden ser muy astutos.

—Estaremos atentos.

Con una sonrisa, Emerahl se volvió y se encaminó al muelle, a su pequeño barco y a la última etapa de su viaje hacia las Cuevas Rojas.

Por una vez Auraya deseó poder volar a cielo abierto sin atraer a una multitud de siyís ansiosos por darle la bienvenida. Sus reverencias le parecían fuera de lugar, no se sentía digna de ellas.

Al tocar tierra, la portavoz Sirri fue a su encuentro y le ofreció el agua y los pastelillos tradicionales. Pero antes de que pudiera llevárselos a la boca, algo corrió hacia ella a toda velocidad y saltó a sus brazos, tirando al suelo la taza y el pastel.

—¡Travesuras! —exclamó ella—. ¡Qué maleducado! —El viz se contoneó excitado. Era imposible regañarlo de manera convincente. No lo veía desde hacía mucho, y de pronto le pareció agradable ser objeto de unas muestras de cariño simples, incondicionales.

—*Ohuaya* de vuelta —dijo él—. *Ohuaya* quedarse.

—Muy bien, Travesuras. Auraya quedarse. Y ahora..., ¡puaj! ¡Para!

Alcanzó a ver una lengua rosa avanzando hacia ella, pero fue demasiado tarde para evitarlo. Levantó al viz y lo sostuvo a cierta distancia de ella para impedir que siguiera lamiéndola, y al mirar más allá vio que Sirri se había tapado la boca con la mano para contener una carcajada.

Auraya soltó una risita avergonzada y miró a su alrededor, sorprendida al oír risas que llegaban de todas partes.

—Lo siento, portavoz Sirri —se disculpó—. Últimamente he descuidado

un poco su formación; tiene un talento especial para aprender hábitos malos.

—Creo que lo aprendió de los niños —dijo Sirri en tono de disculpa, revelando una amplia sonrisa al retirar la mano—. Lo adoran.

Travesuras empezó a forcejear, ansioso de pronto por volver al suelo. Auraya lo dejó bajar, pero suspiró en voz alta cuando el viz se lanzó sobre el pastelillo, lo que volvió a provocar la risa de los siyís. Auraya sintió cariño hacia ellos. En lugar de ofenderse por la interrupción de la ceremonia, la situación les parecía graciosa.

—¿Te piensas quedar? —preguntó Sirri—. ¿Te gustaría cenar conmigo en mi enramada?

—Sí, me encantaría. —Auraya cogió a Travesuras y lo sentó sobre sus hombros—. ¿Cómo están las cosas aquí?

—Hablemos de ello de camino a tu enramada —dijo Sirri, empezando a caminar. Auraya se situó a su lado. Sirri permaneció en silencio hasta que se hubieron alejado de los siyís.

—Mensajeros de la tribu de la Arena nos han informado de la presencia de un barco pentadriano en la costa, y de que te alertaron.

—Lo hicieron, pero hacía mucho que el barco se había ido cuando llegué —dijo Auraya, asintiendo.

—Hemos tenido varios casos nuevos de devoracorazones desde que te marchaste. Vinieron de la tribu de la montaña del Templo, diciendo que tú los habías enviado. Han sido aislados y los sacerdotes están cuidando de ellos.

Auraya suspiró.

—Dije al portavoz que solo enviara a aquellos que habían estado enfermos y se habían recuperado lejos de la montaña. ¿Qué hay de las otras aldeas?

—Incluso las tribus más lejanas están enviando mensajes de petición de ayuda. Temo que no podrás llegar a todas a tiempo. Y la tribu del lago Azul nos ha hecho saber que el tejedor Wilar ha desaparecido.

Al oír el nombre, Auraya sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. Por los pensamientos de Sirri supo que la portavoz no conocía la razón de la desaparición de Mirar, pero el mensajero de la tribu del lago Azul había especulado con la posibilidad de que se hubiera producido una discusión

entre Auraya y Mirar.

—Sé que se ha ido —dijo ella cuidadosamente—. Y sé por qué, pero no puedo hablar de ello excepto para decir que ojalá no hubiera tenido la necesidad de marcharse, y que no hay nada que pueda hacer para ayudarlo.

«Excepto no hacer nada», dijo en silencio.

Sirri sintió curiosidad, pero no verbalizó ninguna de las preguntas que tenía en mente. Habían llegado a la enramada de Auraya. Travesuras saltó al suelo desde el hombro de Auraya y corrió hacia el interior.

—Es una lástima —dijo Sirri—. Si no lo puedes ayudar tú, ¿quién lo puede hacer?

—Solo él. —De golpe, ella recordó a la amiga que había visto en la mente de Mirar. ¿Lo volvería a amparar la mujer que lo había ayudado a recuperar su identidad?

Sirri sonrió y dio unos pasos hacia atrás.

—Tenemos mucho de que hablar esta noche. ¿Qué harás ahora?

—Convencer a Travesuras de que se quede aquí e ir a visitar a los recién llegados.

Sirri asintió. Mientras la portavoz se alejaba, Auraya entró en su enramada. Miró a su alrededor y vio el tazón de fruta y el jarro de agua fresca sobre la mesa. Dio las gracias en silencio a quienquiera que hubiera preparado el lugar para su regreso. Y que hubiera cuidado de Travesuras.

El viz había trepado a la cesta colgante que utilizaba a modo de cama. Asomó la nariz, y luego se encaramó en el borde y saltó a los hombros de ella.

—Creo que pesas más que antes —le dijo ella—. ¿Estás engordando? —Le rascó bajo la barbilla.

—*Travsras gordando* —convino él.

Ella se rio. Él había reconocido la palabra siyí para «engordar», aunque estaba claro que no la entendía. La gente debía de haberla pronunciado en su presencia lo suficiente como para que él la asociara consigo.

—¿Has estado incordiando a la gente para que te dé comida? —le preguntó.

No respondió. Tenía los ojos cerrados en reconocimiento por las caricias.

—Ahora Travesuras quedarse. Auraya ir y...

:¿Dónde está? Ah. Aquí.

Ella se quedó helada. La voz era de Chaia. El corazón empezó a latirle con fuerza. Travesuras saltó de sus hombros y se volvió para mirarla con los bigotes crispados. Podía sentir su agitación, pero no la fuente. Luego empezó a formarse un brillo en el centro de la habitación, y el viz huyó al dormitorio.

Auraya tragó saliva al ver que el brillo adquiría la forma de un hombre. Chaia sonreía, comprobó con alivio.

:Hola, Auraya.

:Hola, Chaia, correspondió.

:¿Me has echado de menos?

Ella lo miró durante unos instantes, sin saber qué responder. No era la pregunta que había esperado. Su sonrisa era el tipo de expresión juguetona que solía adoptar cuando se ponía cariñoso, pero, por alguna razón, eso la inquietaba y le producía rechazo. Cuando él empezó a acercarse, ella tuvo que contener el instinto de retroceder.

:Es un poco difícil echar a alguien de menos si no estás segura de que te gustará lo que hará o lo que te pedirá cuando vuelva, dijo, tal vez con demasiada brusquedad.

Su sonrisa se ensanchó y extendió el brazo para acariciarle la mejilla.

:Lo es. Pero dejando eso a un lado, ¿no echas en falta nuestras noches juntos? ¿No extrañas mis caricias?

Cuando sus dedos recorrieron su piel sintió un delicioso hormigueo, seguido de un escalofrío bajando por su espalda.

:Sí —admitió—. Un poco.

:¿Solo un poco? —dijo él, haciendo un mohín—. ¿No he sido lo bastante atento contigo?

Ella no pudo contener la sonrisa.

:Has sido más que atento. —Retrocedió unos pasos, poniéndose fuera de su alcance—. Pero eso solo era placer físico, Chaia. Lo echo de menos. A veces incluso lo ansío. Pero...

:¿Pero? —Arqueó las cejas—. No me echaste de menos, ¿verdad? ¿No me amas?

Ella esquivó su mirada. Ahora que le hacía la pregunta, supo que él tenía razón.

:No del modo en que se aman los humanos. No en el modo...

:En que amas a Mirar, concluyó la frase, ya sin rastro de sonrisa en la cara.

Ella se indignó por un momento.

:No. Nada como lo que siento por Mirar. ¿Es lástima lo que quieres?

Él la miró a los ojos, y sonrió.

:Supongo que eso es lo que pedí. Y sé que no me amas como una vez amaste a Leiard. —Entornó los párpados—. *¿Qué sientes por mí?*

Ella reflexionó por unos instantes.

:Algo entre el amor a un dios y el amor a un amigo. Creo... Creo que somos muy distintos.

:Siempre te he tratado como a un igual cuando estábamos solos. Tú has hecho lo mismo.

:Sí, pero no se trata de fingir que somos iguales. —Ella sacudió la cabeza. Un movimiento en la entrada del dormitorio llamó su atención. Travesuras los observaba—. *Tal vez es tan inverosímil como esperar que Travesuras sienta un amor romántico por mí. Él es un viz, yo soy humana. Los dioses y los humanos pueden parecerse más entre sí que los humanos y los vices, pero no mucho más. Vemos el mundo de forma muy distinta, tanto que no podemos obtener el uno del otro lo que obtenemos de nuestra propia especie. Yo...* —Levantó la vista hacia Chaia—. *Pero esto es algo que ya sabes. Puedes leer mi mente.*

:Solo puedo ver lo que es, no lo que aún no has decidido.

Ella sintió que el pulso se le aceleraba.

:Entonces puedes ver lo que he decidido sobre otras cuestiones. ¿Qué vais a hacer los otros dioses y tú?

Él se encogió de hombros, ahora con expresión seria.

:Aún no hemos tomado una decisión.

:¿Por qué no?, preguntó ella, frunciendo el ceño.

:No siempre coincidimos en todo, Auraya. Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

:Entonces ¿qué opciones consideraréis?

:Ah —respondió él—. Eso sería revelar demasiado.

Y desapareció. Auraya sintió rabia y frustración.

:¿Chaia? —Percibía que él continuaba en la habitación—. ¡Chaia! Sé que todavía estás aquí. Siento tu presencia.

:Lo sé. —Él se alejó, pero antes de que se desvaneciera por completo de sus sentidos, le dijo unas palabras como arrastradas por el viento—: Esperaba tu negativa, Auraya. Que sepas que te has granjeado un enemigo entre los dioses.

Y después su voz se extinguió. Ella le dio vueltas una y otra vez, preguntándose si se había referido a su negativa a matar a Mirar, o a su admisión de que no lo amaba como a un humano. ¿Cuál de los dioses se había convertido en su enemigo: Chaia u otro?

Imi daba vueltas lentamente por su habitación, tocándolo todo. Lo había hecho varias veces durante los últimos días, no sabía si para tranquilizarse tomando consciencia de que realmente estaba en casa o para recordarse lo mucho que todo había cambiado.

Las tallas en los ángulos de las paredes nunca le habían interesado como ahora. De niña le habían gustado por lo que representaban: elay famosos, la diosa Huan, criaturas del mar. Ahora podía apreciar la calidad del trabajo y se preguntaba cuánto pagarían los pisatierra por obras como esas.

¿Y qué más podían venderles los elay?

Aunque en el pasado no le había gustado llevar las joyas formales que lucían los adultos, ahora elegía cuidadosamente una pieza de su cofre cada día. Exhibía sus juguetes favoritos en un estante, pero no jugaba con ellos. En lugar de eso, hacía a Teiti preguntas interminables sobre la historia de los elay, sobre los pisatierra que habían atacado o engañado a los elay en el pasado, o sobre la magia y la diosa. Cuando su tía no podía responder a las preguntas, Imi la mandaba a buscar respuestas, o exigía ver a gente que pudiera saciar su curiosidad.

—Y los pisatierra tienen dones, incluso pequeños. ¿Por qué no los

tenemos nosotros? —había preguntado al hechicero de palacio, un viejo desagradable y jadeante cuya piel le colgaba de los huesos como un atuendo.

—Los registros más antiguos narran cómo Huan eligió a los hombres y las mujeres con dones débiles para que se convirtieran en elay —le había respondido él—. Eran menos resistentes a los cambios que ella provocaba en ellos.

—¿Resistentes? ¿No querían convertirse en elay?

—Sí, pero los que tenían poderes mágicos revertían los cambios sin proponérselo.

—¿Y qué hay de los elay que en la actualidad tienen dones? ¿Dejan de serlo?

Él se había encogido de hombros.

—Solemos enfermar con mayor facilidad y envejecer más rápido.

—¿Les ocurre lo mismo a los siyís?

Él había asentido.

—Sin embargo, a ellos les ha ido mejor. Tienen unos cuantos hechiceros con dones relativamente poderosos. Al menos los tenían hace diez años, la última vez que los visité.

—¿Por qué les ha ido mejor?

—No lo sé —había admitido él—. ¿Por qué no se lo preguntáis a la sacerdotisa superior?

Ella había seguido su consejo. La sacerdotisa superior, una mujer de la edad de Teiti, le había dicho que las cosas eran tal como las había previsto Huan.

—Así que ¿no quiere que cambiemos?

—No necesariamente. Podemos cambiar, pero si empezamos a hacerlo de forma contraria a sus designios, intervendrá. Ya lo ha hecho en el pasado.

Imi había pensado unos segundos en la respuesta, y después le había hecho una pregunta que llevaba tiempo incomodándola.

—Solo seguimos a Huan. ¿Qué hay de los otros dioses? ¿Por qué no los veneramos?

—Porque somos obra de Huan.

—¿Y no nos deja seguir a otros dioses además de a ella?

La sacerdotisa había arqueado las cejas al oír la pregunta, pero no en señal de sorpresa. Imi se había enfrentado decidida a su gesto de desaprobación.

—¿Cómo son los otros dioses?

—A Chaia siempre se lo había conocido como el dios de los reyes, a Yranna como a la diosa de las mujeres y a Saru como al dios de la riqueza.

—Hablas como si ya no lo fuesen.

—Abandonaron sus antiguos títulos después de la Guerra de los Dioses. Pero estos títulos siguen siendo una indicación de su naturaleza. Chaia tiene el carácter de un líder, y es sabio en todo cuanto corresponde al manejo del poder.

Imi había asentido.

—¿Y los dioses pentadrianos?

—No sé nada sobre ellos —había respondido la sacerdotisa con gesto desdenoso—. Se dice que solo cinco deidades sobrevivieron a la Guerra de los Dioses, y que en algunas tierras la gente aún adora a dioses muertos como si fuesen reales.

—La Servidora Reivan me contó que una vez oyó a su dios hablándole en su mente. Parece lo bastante real.

—Podría haberlo imaginado. —La sacerdotisa se había encogido de hombros—. No sé nada sobre estos dioses pentadrianos, ni falta que hace. Huan es nuestra diosa y creadora. No necesitamos más.

—No, pero estaría bien saberlo todo sobre los dioses de otros pueblos.

—¿Por qué?

—En caso de que Huan decida que debemos cambiar —había respondido Imi—. O en caso de que empecemos a cambiar y Huan no se oponga.

—Dudo de que aprobara el culto a los dioses de otros pueblos.

—No creo que ningún elay lo quiera, pero pueden cambiar otras cosas, a veces sin que lo deseemos. Deberíamos estar preparados para enfrentarnos a lo que fuese.

—Algún día seréis una buena reina —dijo la sacerdotisa, sonriendo.

El recuerdo despertó en Imi una irónica sensación de orgullo. Casi había terminado de hacer el circuito de la habitación. Mientras caminaba hasta el

siguiente estante, oyó que tocaban la puerta y se detuvo. Teiti salió de su pequeña estancia dentro de la cueva de Imi y abrió la puerta, frunciendo el ceño al ver al niño que aguardaba en el umbral.

—Pasa, Rissi.

El chico pasó junto a Teiti y se encaminó hacia donde estaba Imi. Se detuvo a unos pasos de ella e hizo una reverencia.

—Princesa —dijo—. He venido a informarte sobre mis hallazgos.

Teiti aprobó la formalidad con un gesto y se dirigió a su cuarto. Imi dedicó una sonrisa a Rissi. Después de suplicárselo durante todo el día, su padre finalmente había aceptado que varios meses de prisión eran castigo suficiente para el chico que la había conducido a las islas donde la habían raptado. Rissi no se había enfadado con ella por crearle problemas. En lugar de ello, se había deshecho en disculpas por no haber sido capaz de evitar el secuestro. Y había ido todos los días al palacio a averiguar si había algo que pudiera hacer para enmendar su error.

Teiti había sugerido que Imi pensase en algo útil que encargarle, pues, aunque inmerecido, el sentimiento de culpa estaba acabando con él. Eso había dado a Imi la idea de enviar al chico en busca de información. Su padre utilizaba la habitación de los tubos para escuchar las conversaciones de los habitantes de la ciudad y saber qué opinaban sobre su regencia; ella utilizaría a los niños.

Rissi había pedido a otros niños que hiciesen una pregunta a sus padres. Debía contar las respuestas y transmitirle los resultados.

La pregunta era: ¿debían los elay ser amigos del pueblo que había rescatado a la princesa Imi?

—¿Cuál fue el resultado? —inquirió Imi con una sonrisa.

—Un empate —contestó él—. Algunos dijeron que la respuesta fue «sí», y un número similar informó de que fue «no». Unos cuantos no obtuvieron respuesta, o no la entendieron, o sus padres no se decidieron.

—Así que la mitad de las respuestas definitivas fue «sí» y la otra mitad «no» —reflexionó Imi en voz alta—. Sin que nadie haya cambiado de opinión hasta ahora.

—No piensas convencer a tu padre de que entable amistad con los

pisatierra, ¿verdad?

—¿No te gusta la idea?

El muchacho negó con la cabeza.

—Los pisatierra te secuestraron y te pusieron a trabajar como una esclava. Son peligrosos.

—No todos —puntualizó Imi—. Los pentadrianos fueron amables conmigo.

Él sacudió la cabeza en señal de desacuerdo, pero no dijo nada.

—¿Por qué no me crees? —preguntó ella.

—No es que no te crea, pero...

—¿Pero?

Él frunció el ceño.

—Solo hace falta un malo entre los buenos para que acaben con nosotros.

—No si no los traemos aquí. Podemos hacer los trueques en otro lugar. E insistir en que solo se presenten unos cuantos. Incluso podemos hacer que nos dejen sus mercancías en algún punto, y dejar después las nuestras a cambio.

—¿Y si vuelven y nos atacan? ¿Y si los asaltantes se llevan las mercancías?

—Debemos tener una ruta de escape rápida. Recuerda que no pueden nadar como nosotros. Tenemos que dejar de correr y ocultarnos, tenemos que ser capaces de enfrentarnos y defendernos.

—Tenemos nuestros guerreros.

—Que solo pueden luchar uno contra uno. Necesitamos algo más que eso. Necesitamos arqueros. Y también fortificaciones. Y magia.

Rissi se estremeció.

—No me gusta. Vivimos seguros aquí desde hace muchas generaciones. ¿Por qué cambiarlo?

—Porque no estamos creciendo, Rissi. Fíjate en los siyís. Son miles. Nosotros no hemos hecho más que hacinarnos aquí. Tenemos que volver a vivir en las islas. Necesitamos espacio si queremos crecer —suspiró—. Mi padre ha empezado a hablar de encontrarme un marido en unos años. Pregunté a Teiti en quién estaba pensando él, y solo hay cinco jóvenes de edades parecidas a la mía. Todos ellos son primos, y ninguno me gusta

realmente.

—Puede que en unos años cambies de idea —sugirió Teiti desde su habitación.

—Aunque también dijo que podría casarme con un líder guerrero, si el candidato le impresionaba lo bastante, para aportar sangre nueva a la familia —añadió Imi, pasando por alto el comentario de Teiti.

La expresión de Rissi era una mezcla de diversión y espanto.

—¿Un marido? ¿Tan pronto?

Ella asintió.

—Creo que estaba intentando desviar la atención del tema de los pisatierra.

El chico soltó una risita.

—Es probable. Por lo que he oído, desde que has vuelto no has parado de hablar de los pentadrianos y del comercio de los elay con los pisatierra.

Ella frunció el ceño.

—¿Crees que los otros se han enterado también? ¿Crees que eso ha afectado sus respuestas?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Piensas en alguna otra cosa?

—No cuando me preocupa el futuro de mi reino —respondió ella, irguiendo la espalda.

—¿Ya no juegas? ¿Por qué no bajas al estanque de los Niños?

—Papá me lo prohíbe —admitió ella, después de unos segundos—. No quiere que me mezcle con chicos tontos —añadió con expresión seria.

Rissi bajó la mirada, ruborizándose.

—En ese caso debo marcharme.

A Imi se le cayó el alma a los pies. Echaba de menos la compañía de otros niños. Él era un chico, pero al menos tenía una edad similar.

—No tienes que hacerlo —dijo ella—. No quise...

Él sacudió la cabeza y caminó hasta la puerta.

—Tengo que irme. Tengo que ir al estanque de los Guerreros.

—Vuelve mañana —ordenó ella—. Tengo otra pregunta para que los niños trasladen a sus padres.

—Lo haré, princesa —dijo él, asintiendo—. Adiós.

Cuando el chico cerró la puerta tras de sí, Imi cruzó los brazos y suspiró.

«¿Por qué lo hice? Ahora tendré que pensar en una buena pregunta».

Tras varios días de viaje, Mirar había renunciado a impedir que lo vieran los siyís. Diligentes en sus búsquedas, las probabilidades de que no lo viera uno de ellos en cuanto alcanzara las laderas nevadas de las montañas, donde no había bosques que le sirvieran de amparo, eran muy escasas. Ya ni se tomaba la molestia de eliminar su rastro en la nieve.

Sin embargo, no se le acercaban. Cada noche desaparecían en la espesura, abajo. Cada mañana los encontraba trazando círculos con indolencia en lo alto, observándolo. No daban muestras de estar enfadados o de tener un conflicto con él, así que dudaba de que supieran por qué lo seguían.

El hecho de percibir constantemente sus emociones lo tenía con los nervios de punta, y tenía sueños desagradables en los que unos ojos enormes con alas blancas resplandecientes lo acechaban. Sin embargo, la ventaja de tener cerca a los siyís era que un cambio en las emociones que percibía podía alertarlo de la proximidad de los Blancos, aunque no esperaba que ocurriera algo así en varias semanas. Excepto Auraya, para los Blancos sería muy difícil encontrarlo en aquellas montañas escarpadas.

Despertaba cada día con los primeros albos. A continuación aclaraba su mente y se sumía en un trance onírico. Primero intentaba encontrar a Auraya, pero ella nunca respondía a sus llamadas. Puede que estuviera ignorándolo. O que los dioses impidieran que se pusiera en contacto con ella. O que estuviera

muerta. A veces, durante el día, este último pensamiento lo torturaba. Si los dioses la mataban, él tendría parte de la culpa.

Cuando el silencio de Auraya se le hacía insoportable, llamaba a Emerahl. Ahora, en su seca respuesta percibió que aún estaba enfadada consigo misma por revelar accidentalmente su paradero la noche anterior.

:Ayer fue igual que el día anterior —le dijo esa mañana—. Excepto que ahora el terreno es pantanoso. El río se bifurca continuamente y ayer perdí la mitad del día siguiendo ramales que no conducían a ninguna parte. Pero se me acercó uno de los hombres de los pantanos. Me dijo que tenía un mensaje del amigo del Gaviota: «Sigue la sangre de la tierra».

:Sangre de la tierra —musitó Mirar—. Agua y barro. ¿Cieno de las Cuevas Rojas?

:Sí. Es bastante obvio. Había notado que el agua iba de un negro sucio a un rojo sucio. Reanudaré la marcha tan pronto como el sol esté lo bastante alto. ¿Cómo te va a ti?

:Mis vigías siguen vigilando, le dijo.

:¿Puedes librarte de ellos?

:No al menos que encuentre otro bosque en el otro lado. Pero lo más probable es que patrullen los confines del desierto y me vuelvan a encontrar después. Tan pronto como me haya internado lo bastante en el desierto no podrán seguirme. No pueden llevar agua suficiente.

:No, pero tampoco tú. Tendrás que detenerte en pozos o comprar agua a las caravanas. Cada mortal con el que te encuentres podría revelar tu paradero a los dioses.

Ella tenía razón.

:Ya deben de haber llegado a la conclusión de que no me dirijo hacia la costa de los siyís.

:Sí. Tarde o temprano tendrás que acercarte a la costa, si quieres llegar a Ithania del Sur.

:Pero nunca lo haré si hay un Blanco esperándome allí.

:Ah, pero se me ha ocurrido una idea que sin duda podría ayudarte.

Él sintió una punzada de esperanza.

:¿Cuál?

:Tu gente. Si los pueblos costeros se llenan súbitamente de tejedores de sueños, ¿qué probabilidades hay de que noten la llegada de uno más?

La idea era buena, pero tenía sus inconvenientes.

:¿Se te ocurre alguna manera astuta de atraer suficientes tejedores a la costa de Sennon?

:Pide a la tejedora Arlij que los envíe allí.

:Si me pongo en contacto con ella, Arlij percibirá que he cambiado. Pensará que Leiard se ha vuelto loco.

:Sí. Tendrás que convencerla de la verdad, como hiciste con Auraya, pero esta vez sin revelar nada sobre mí.

:Por supuesto. Pero si permito que el mundo sepa que he vuelto, podría haber consecuencias. Si los circulianos se enterasen de que el presuntamente malvado hechicero Mirar ha sobrevivido a su justo castigo, podrían volverse contra los tejedores de sueños.

:Entonces cuéntaselo únicamente a Arlij. Pídele que se invente una excusa para enviar a los tejedores a las aldeas. Será mejor que los tejedores que acudan en tu ayuda no sepan a quién están ayudando. Si los Blancos leyesen sus mentes, te delatarían. Si no llevas la indumentaria de los tejedores de sueños, sino la de un viajero común y corriente, no llamarás su atención.

Tenía razón. Podía ser de gran ayuda. No había querido revelarse ante su pueblo hasta asegurarse de que eso no les ocasionaría ningún daño. Podía confiar en que Arlij mantuviera el secreto. Pese a desaprobala, no había dicho nada sobre la relación entre Auraya y él.

:Creo que funcionará. Gracias, Emerahl, dijo.

:Lo que haga falta por un amigo.

:¿Lo que haga falta?

:Casi, se corrigió ella.

:Disfruta chapoteando en el barro.

:Ja, ja. Ahora ve a interrumpir el sueño de una tejedora de sueños.

La mente de Emerahl abandonó lentamente sus sentidos. Él tardó unos segundos en reorientarse.

:¿Arlij?, llamó.

En Arlim debían de tener aproximadamente la misma hora que en Si. Era probable que Arlij estuviera despierta, aunque puede que eso no tuviera importancia. Meses atrás había demostrado tener suficiente sensibilidad para detectar una llamada cuando la buscó después de que Juran lo expulsara.

:¿Arlij?

Después de varias llamadas, oyó una respuesta débil y somnolienta.

:¿Sí? ¿Quién es?

:El que conoces por el nombre de Leiard.

Sintió que había establecido una conexión con la tejedora cuando esta prácticamente despertó de la conmoción.

:¡Leiard! Pero... no eres Leiard. Tu voz es distinta.

:No. Soy Leiard. Y, sin embargo, no lo soy. Tengo mucho que explicarte. ¿Recuerdas las memorias de conexión que tenía de Mirar?

:Sí.

:No eran recuerdos de conexión. Eran recuerdos reales. Yo soy Mirar.

Ella permaneció unos segundos en silencio.

:¿Desde cuándo no conectas con otro tejedor?

:Este no es un delirio provocado por una pérdida de identidad, Arlij. Yo creé a Leiard y suprimí mis propios recuerdos para poder sobrevivir. Déjame demostrártelo.

Él dispuso sus recuerdos ante ella y sintió que Arlij reaccionaba con ternura, enfado y asombro conforme descubría todo lo que había tenido que pasar para sobrevivir. Él le explicó cómo había recuperado su identidad y que, sin embargo, había conservado la de Leiard. Cuando hubo terminado, Arlij permaneció un rato en silencio.

:De modo que eres Mirar, dijo por fin.

:Sí. He vuelto. Y, como siempre, la he armado buena.

Mirar sintió que Arlij se reía por dentro.

:Supongo que no había mucho tiempo para planificar el futuro mientras permanecías aplastado y agonizabas bajo la antigua Casa de los Tejedores en Jarime. ¿Cómo ibas a saber que la niña a la que enseñaste se iba a convertir en una Blanca? Es una persona extraordinaria. El hospicio que fundó en Jarime es todo un éxito.

:¿Hospicio?

:Auraya ha reunido a tejedores de sueños y sacerdotes para curar a los pobres y fomentar la cooperación y la tolerancia.

:Nunca lo mencionó.

:¿Has hablado con ella recientemente?

:Sí, ambos hemos estado tratando a los siyís, que sufren una plaga de devoracorazones especialmente virulenta.

:No sabía nada. ¿Quieres que envíe tejedores allí?

Él sintió remordimientos. Si hubiera contactado antes con Arlij, los tejedores habrían podido hacer el difícil viaje a Si a tiempo para brindar ayuda. Pero había estado ocupado manteniéndose oculto y, puesto que ningún otro tejedor tenía el poder suficiente para curar con la magia, su ayuda habría sido limitada. Sin embargo, incluso los siyís cuyos cuerpos podían combatir la enfermedad necesitaban atención mientras se curaban.

:Si hay tejedores dispuestos a hacer el viaje, envíalos. Pero es posible que para cuando lleguen Auraya ya tenga controlada la enfermedad, dijo a Arlij.

:¿De verdad? ¿Ella sola? Debe de tener más habilidades de las que le suponía.

:Le he enseñado todo lo que sé sobre la sanación con magia, le aseguró él.

:¡Muy generoso de tu parte, teniendo en cuenta que es una Blanca!

:Sé que la usará para bien.

:Sí, tienes razón. El hospicio de Jarime es prueba de ello.

:¿No ha habido protestas? ¿Conflictos?

:Por supuesto que sí. Pero corre el rumor de que lo hizo para demostrar que los sacerdotes y las sacerdotisas son mejores sanadores, de modo que la gente no se sienta tentada a unirse a nosotros.

:Lo que no puede ser verdad. Sabe que como curanderos somos superiores.

:Pero tampoco podía pretender lo contrario.

:No —convino él—. No alentaría a la gente a que se nos uniera. Juran no lo aprobaría a menos que los circulianos tuviesen algo que obtener a

cambio. —Sintió un escalofrío—. Conocimientos. De nosotros obtendrán conocimientos de sanación.

:Sí, pero no todo. Dudo de que intenten aprender los métodos de conexión mental o en sueños.

:¿No lo crees?

Ella vaciló.

:¿Qué piensas tú?

Él meditó unos instantes.

:Las actitudes se pueden cambiar a largo plazo —dijo—. En unas décadas, después de que haya animado a hacer la carrera de sanadores a sacerdotes de mentalidad abierta, la actitud general se moderará. Eso también le da tiempo para intentar cambiar las mentes de otros Blancos. No cabe duda de que está pensando como una inmortal.

:Yo solo creía que era una oportunidad para mejorar nuestro prestigio ante la gente y...

:¿Y?

:A veces creo que es más importante que sobrevivan nuestros conocimientos a que sobrevivamos nosotros. Nunca nos hemos negado a ayudar a nadie, incluso si nos podía perjudicar.

Su confesión lo inquietó. El hecho de que la actual líder de los tejedores de sueños pensase de ese modo sobre su pueblo debía consternarlo, pero antes de poder encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarla cayó en la cuenta de que había enseñado a Auraya precisamente por razones similares. Como no era libre de recorrer el mundo obrando milagros de sanación, le había conferido esa habilidad a ella.

Tal vez lo mejor sería transmitir los conocimientos de los tejedores de sueños al mundo y dejar que el culto se extinguiese. En esta época los tejedores solo podían llevar una vida de persecución y división. Los dioses tenían demasiado poder a través de los Blancos.

La forma de vida de los tejedores de sueños, contraria a la guerra, de tolerancia y generosidad, se podía perder, pero ¿qué surgiría en su lugar? La gente rechazaría esa filosofía mientras la representasen los tejedores de sueños. Si los tejedores no existiesen, los circulianos podrían asumir una

filosofía similar sin que les acusaran de pensar como tejedores.

:Ahora que estás aquí, creceremos juntos y nos haremos fuertes de nuevo, dijo Arlij, interpretando quizá su silencio como desánimo.

:No si no sobrevivo las próximas semanas. Cuando enseñaba a Auraya revelé accidentalmente mi identidad a los dioses. Estoy huyendo a la costa de Sennon.

:¡No puedes volver para perecer tan pronto! ¿Hay algo que pueda hacer?

:Tal vez. Los siyís me están siguiendo, de modo que los dioses y los Blancos pueden estar al tanto de mi posición. Cuando llegue a la costa tengo pensado coger un barco y zarpar mar adentro. Los siyís no me pueden seguir muy lejos. Es mi única oportunidad de escapar. Pero sin duda habrá un Blanco aguardándome en la costa.

:¿Qué puedo hacer?

:Envía tejedores a la costa. Todos los que puedas. Llena las calles de varias aldeas con tejedores. Con suerte conseguiré cruzar una de ellas sin llamar la atención.

:Les tomará un tiempo llegar allí.

:Lo sé. Debemos sincronizarnos. Los circulianos podrían descubrir lo que estamos haciendo y ahuyentarlos. También existe el peligro de que se venguen si tengo éxito.

:Estamos acostumbrados a eludir el peligro. Y una vez que los tejedores sepan de ti, tendré más voluntarios de los que puedo manejar.

:No, mejor que no sepan absolutamente nada de mí, Arlij. Si eso ocurriera, los Blancos leerían nuestras intenciones en sus mentes.

:Tienes razón. Buscaré una excusa para enviarlos allí —dijo—. ¿Y qué hay de mí? ¿Los dioses no leerán mi mente?

:Quizá. Debemos arriesgarnos. Gracias por organizarlo todo.

:Si sobrevives a esto, ¿nos volveremos a ver?

:Eso espero.

:Tal vez visite el continente del sur. Los tejedores de allí llevan una vida más libre incluso que los de Somrey.

:No dejaré que nadie sepa quién soy —le dijo—. Puede que los

pentadrianos toleren a los tejedores de sueños en sus tierras, pero no creo que me toleren a mí. Volveré a conectar contigo cuando sepa qué aldea voy a cruzar.

:Cuídate.

:Lo haré. Adiós.

Mirar emergió del trance onírico y abrió los ojos. Fuera de la grieta en la que había hallado refugio, el cielo estaba oscuro y cerrado, como un presagio de mal tiempo. No había señal del siyí. Se puso en pie, echó un vistazo a las nubes ominosas y soltó una maldición.

«Se acerca una ventisca».

Hoy no llegaría muy lejos, pero al menos mantendría al siyí fuera del cielo. Por una vez no pasaría el día con la irritante sensación de que lo vigilaban.

Tras subir a la cubierta, Reivan vio que Imenja permanecía de pie en la popa. La Voz estaba apoyada en la barandilla, con la cabeza inclinada hacia abajo. Reivan la había visto varias veces en esa postura durante los últimos dos días. Se acercó a su patrona y no le sorprendió comprobar que la mujer miraba fijamente hacia el agua.

—Es increíble lo silencioso que está el barco desde que Imi nos dejó —dijo ella—. Me parece que la tripulación la echa de menos.

—Sí —convino Reivan—. O puede que sea tu falta de ánimo.

Imenja se giró hacia Reivan.

—¿Falta de ánimo?

—Sí. Siempre estás con la mirada perdida en la distancia, o fija en el agua.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que estás decepcionada porque nos tuvimos que marchar sin pactar una alianza.

—Pues te equivocas —le dijo Imenja, sonriendo—. Esto no se ha acabado, Reivan. Puede que el rey nos haya mandado de vuelta a casa, pero no es la última vez que nos ven. —Miró hacia el agua—. Nos están

siguiendo.

Reivan sintió una leve agitación y oteó las olas, pero no vio ninguna señal de los elay.

—¿Saben que sabes que están allí?

—¡Menudo trabalenguas! —exclamó Imenja, riendo—. Sospechan que los he visto, pero no están seguros.

—¿Por eso la vela principal está plegada?

—Sí, no los quiero dejar atrás.

—¿Por qué?

—Confío en que el destino nos brinde una oportunidad. Bueno, para ser exacta, la investigación y el destino. Antes de zarpar leí las mentes de varios elay que habían visto saqueadores. Así averigüé los lugares más comunes en los que atacan a los barcos mercantes.

—¿Y nos dirigimos hacia allí?

—Ya estamos en uno de ellos. Hay un navío pirata al sur, más allá del horizonte. He captado los débiles pensamientos de su tripulación.

—¿Esperas que nos ataquen?

—No. Y dudo de que lo hagan. Este no es un barco mercante. Incluso si ordenase que cambiasen la vela por una común, los piratas reconocerían la forma del casco.

—¿Esperas encontrarlos y atacarlos? ¿Es prudente? ¿Y si los Blancos se enteran de que hemos destruido un barco? Puede que no les interese saber que se trataba de un navío pirata.

—No se enterarían, si no hubiera supervivientes —dijo Imenja, entornando los párpados.

—Pero habrá testigos, si los elay siguen cerca.

—Quiero que lo sean. Quiero darles la oportunidad de participar, si es posible —explicó Imenja, frunciendo el ceño—. Pero aún no sé cómo. Si fueras un guerrero elay, ¿qué harías para hundir un barco pirata?

—No estoy segura. ¿En qué aventajan a sus enemigos? Pueden contener la respiración bajo el agua durante mucho tiempo, de modo que sus adversarios podrían ahogarse con facilidad.

—Eso si consiguen enfrentarse a los saqueadores. Quiero saber qué

harían para hundir una embarcación.

—Los elay pueden alcanzar con facilidad el casco de un barco —respondió Reivan, encogiéndose de hombros—. Y nada les impide hacerle daño. ¿Podrían atravesarlo?

—No sin armas.

—Ni siquiera con sus lanzas. Necesitan un arma especialmente diseñada o magia.

—No podemos darles ninguna de las dos.

—¿Estás segura? —Reivan sonrió—. En este barco debe de haber herramientas de carpintería.

—¿Serían lo bastante eficaces en una batalla?

—Tal vez. Tal vez no. Depende de la duración de la batalla, y del número de herramientas disponibles.

—¿De qué otra manera podrían luchar contra los saqueadores?

Habían alcanzado la proa del barco.

—¿Atrayéndolos a los arrecifes, quizá? —sugirió Reivan—. Pero dudo de que funcione. Los saqueadores deben de conocer bien estas aguas. Ya se me ocurrirá algo mejor, con tiempo y...

Imenja levantó la mano de golpe en señal de que se callara. Con los párpados entornados, la Voz Segunda miró hacia el horizonte.

—Me parece que nuestros saqueadores han encontrado una víctima. Sí, un barco mercante que navega hacia el oeste. Más vale que se te ocurra algo pronto, Reivan.

—Creía que no querías que los Blancos se enterasen de esto. ¿O también tienes pensado hundir el barco mercante?

—No, pero considero que nos vendría bien que unos cuantos mercaderes nos guardasen gratitud por haberles librado de sus atacantes.

—Podemos impresionar a dos pueblos en un solo combate —dijo Reivan, soltando una risita—. Pero ¿habrá combate? Tan pronto nos vean acercarnos, los saqueadores huirán.

—Y los perseguiremos. Me aseguraré de que los pillemos.

Reivan sintió un escalofrío de expectación. «Pero no debo dejar que la posibilidad de aplicar un poco de magia y hacer justicia me impidan ver las

consecuencias negativas».

—Es posible que, si nos odian lo bastante, los mercaderes sostengan que nosotros fuimos los atacantes.

—Los Blancos pueden leer las mentes —le recordó Imenja—. No tardarían en averiguar la verdad. ¡Mira! —Señaló hacia el sur, donde empezaban a vislumbrarse unas velas en el horizonte—. ¡Los saqueadores! —Se volvió hacia el este y entornó los párpados—. El barco mercante nos lleva ventaja.

Se giró hacia el timonel y le ordenó que se pusiera de ceñida. La tripulación recogió las velas, y el barco redujo la marcha hasta detenerse. Reivan miró a Imenja con gesto inquisitivo.

—Los mercaderes todavía no han visto a sus perseguidores —le explicó Imenja—. Y aún no queremos asustar a los saqueadores. Los elay necesitan un poco de tiempo para prepararse.

—¿Lo necesitan?

—Sí. Les vamos a enseñar cómo se usan las herramientas de carpintería.

—¿En serio?

—Sí.

—Estoy seguro de que saben usarlas. Entre los regalos que te dio el rey hay algunas tallas impresionantes.

—Sí, pero el hecho de que tengan buenos artesanos no implica que sus guerreros sepan usar el mazo y el cincel.

Imenja llamó al capitán y le dijo que se preparara para la persecución y la batalla. Se dirigió a la popa y llamó a gritos a los elay. Después de un rato, aparecieron dos cabezas a varias brazadas del navío.

—¿Hasta qué punto odiais a los saqueadores? —les preguntó en tono desafiante.

Los elay intercambiaron miradas, pero no dijeron nada.

—Más adelante hay un navío pirata que se dispone a atacar un barco mercante. Me dispongo a detenerlo. ¿Me ayudaréis?

—¿Cómo? —preguntó uno de los guerreros.

—Os lo mostraré. —Imenja hizo un gesto a uno de los tripulantes—. Traednos herramientas de carpintería. Cinceles y mazos. Todo lo que sirva

para abrir un boquete en el casco de un barco.

—¿Os parece prudente, Voz Segunda? —preguntó—. ¿Y si deciden hundirnos también?

—No lo harán —le aseguró ella.

El hombre se marchó a toda prisa, y Reivan miró a los elay. «Parecen más recelosos de nosotros que entusiasmados —se dijo—. No va a ser fácil convencerlos».

Para sorpresa de Reivan, la tripulación volvió con varios mazos y cinceles. Supuso que si había tantas herramientas era porque se esperaba que toda la tripulación ayudase en caso de tener que reparar el barco en algún lugar aislado.

Los dos elay se acercaron un poco más. Detrás de ellos aparecieron otras cuatro cabezas.

—Enseñadles cómo se usan —ordenó Imenja.

El marinero buscó lo que necesitaba y después cogió un cubo, lo colocó entre sus rodillas y empezó a golpear la madera. Imenja se volvió hacia los elay.

—Os daré estas herramientas. Utilizadlas para abrir boquetes en el fondo del barco pirata. Entrará agua a raudales, y el navío se hundirá.

—Pero no podremos darle alcance —protestó uno de los elay.

—Podréis, si subís a bordo —les dijo ella—. Mi barco es más rápido que el de ellos.

Los dos elay se sumergieron en el agua y emergieron junto a los otros cuatro, que permanecían más atrás. Unos minutos después, cuatro cabezas desaparecieron y reaparecieron junto al barco.

—Iremos con vosotros —dijo uno de ellos.

Cuando la tripulación les lanzó cabos para que subieran al barco, Reivan se volvió hacia Imenja y sonrió.

—No puedo creer que les convencieras de subir a bordo —murmuró.

—Son jóvenes y, como Imi, se sienten frustrados de vivir la mayor parte del tiempo en su densa ciudad —explicó Imenja en voz queda.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Reivan, escrutando la zona en la que había visto a los otros dos elay.

—Nos seguirán a cierta distancia, por si se trata de una trampa.

Cuando los elay subieron a bordo, Imenja se acercó para darles la bienvenida, llamar su atención hacia el barco pirata en el horizonte y decirles que le daría alcance en una hora o dos. Les presentó a Reivan.

A los guerreros elay les costaba mantener el equilibrio por el balanceo de la embarcación. Si Imenja los intimidaba, lo ocultaban bien. El marinero les entregó los mazos y cinceles. Los elay los sujetaron con confianza, y Reivan pensó que no se equivocaba: sabían usarlos.

El barco dio una sacudida y se puso en marcha. Reivan no se había dado cuenta de que las velas habían sido desplegadas. Las jarcias y el mástil rechinaron con el viento. Los tripulantes se detuvieron e intercambiaron miradas de sorpresa, pero los elay parecieron aceptar el cambio sin cuestionárselo.

«Es la primera vez que suben a un barco —se recordó—. Este viento improbable no debe de ser más que una novedad adicional».

Más adelante, los saqueadores se cernían sobre el barco mercante, que era demasiado pesado y lento para aventajar a sus perseguidores. Cada movimiento en la lucha distante era penoso y premeditado.

—¿Nos han visto? —preguntó Reivan.

—Sí —respondió Imenja—. Creen que pueden robar el mercante y huir antes de que lleguemos. Y ningún barco pentadriano los ha atacado antes.

Cuanto más se acercaban al navío pirata y a su víctima, más rápido parecían avanzar. De pronto, los saqueadores viraron bruscamente, alejándose del mercante.

—Se han dado cuenta de que nos acercamos más rápido de lo que pensaban —murmuró Imenja—. Empieza la persecución.

El tiempo parecía dilatarse. Pasaron lo bastante cerca del mercante como para ver a la tripulación observándolos con rostros confusos y asustados. Imenja agitó la mano en señal de saludo y volvió a dirigir la atención a los saqueadores.

La distancia entre ellos se reducía de forma constante. Cuando estuvieron lo bastante cerca como para ver a los hombres a bordo, la embarcación de los piratas giró abruptamente.

—Han decidido presentar batalla —dijo Imenja, que se volvió hacia los elay—. Ha llegado vuestra oportunidad de golpear a vuestro enemigo. Tened cuidado. Cuando se den cuenta de lo que os proponéis hacer, dispararán sus flechas hacia el agua.

Los guerreros asintieron, se dirigieron a la barandilla y se lanzaron al agua sin mediar palabra.

—Quédate a mi lado, Reivan —dijo Imenja en voz baja.

La primera andanada de flechas rasgó el aire, silbando en su dirección. Imenja corrió hacia la amura de babor y extendió los brazos. Las flechas botaron contra una barrera invisible.

—No parece justo —dijo Reivan entre dientes—. No tienen la menor posibilidad de vencerte.

—¿Preferirías que me quedase de brazos cruzados y dejase que murieran mis hombres en nombre del combate justo? —preguntó Imenja, riéndose.

—Claro que no —respondió Reivan.

—No olvides que son ladrones y asesinos. No matamos a gente inocente.

La embarcación pirata pasó a unas cuantas brazadas de distancia. Lanzaron varios garfios, pero estos se estrellaron contra la barrera de Imenja y cayeron al agua. Reivan miró hacia abajo, pero no pudo ver mucho más allá de la superficie.

—¿Cómo les va a los elay? —preguntó.

—Están disfrutando —dijo Imenja con una risita—. No sé si están haciendo progresos porque no caben en sí de gozo. Pero los saqueadores están preocupados. Pueden oír el golpeteo.

Un hombre se acercó a la barandilla del barco pirata. Iba bien vestido, y el oro relucía en sus manos y su pecho.

—El capitán de los piratas —dedujo Reivan.

—Sí. Y tiene dones.

El hombre extendió los brazos, y una nueva andanada silbó en el aire. Imenja rio por lo bajo.

—Sí, parece injusto —admitió. Miró hacia los tripulantes, que aguardaban con los arcos tensados—. ¡Fuego!

Antes de que las flechas alcanzasen su blanco, la embarcación dio un

tumbo. Unos cuantos saqueadores saltaron al agua. Sus gritos de pánico hicieron que a Reivan le bajara un escalofrío por la espalda. El mar empezó a tragarse el barco. La impresión fue mayor cuando vio cómo los piratas luchaban entre sí por un lugar en el pequeño bote de remos. El capitán de los saqueadores abandonó su inútil ataque de magia contra Imenja para reclamar su lugar en la pequeña embarcación.

El barco se inclinó hacia un lado. Las olas golpearon la cubierta y se la tragaron. La superficie del agua se llenó de burbujas mientras el navío desaparecía en la profundidad. Reivan sintió un escalofrío al ver a varios hombres dando manotazos en el agua, incapaces de nadar. No tardaron en desaparecer. Entonces cayó en la cuenta de que los que hasta ese momento habían estado nadando con seguridad también se empezaban a hundir, arrastrados hacia abajo por atacantes imprecisos.

Reivan se estremeció y apartó la mirada. Las súplicas desesperadas y los gritos de cólera se fueron apagando. Se produjo un silencio ominoso, e Imenja suspiró.

—Se acabó. No hay supervivientes. Y los elay hicieron solos la mayor parte del trabajo.

—¿No hay supervivientes? —Reivan se volvió para ver el pequeño bote de remos flotando boca abajo—. ¿Qué pasó con el capitán?

—Nuestros amigos del mar dieron cuenta de él.

Cerca de ellos aparecieron de pronto dos cabezas oscuras. Los dientes blancos de los sonrientes guerreros elay relumbraban al sol.

—Habéis sido muy valientes —gritó Imenja—. ¡Casi no nos habéis dado oportunidad de atacarlos! ¡Habéis hundido un barco pirata vosotros solos!

—No los habríamos alcanzado sin vuestra ayuda —gritó uno de los guerreros.

—No, pero nos vieron venir —le dijo ella—. Se podrían haber escabullido en el agua.

—Tomad las herramientas.

—Quedáoslas —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Apareció otra cabeza morena. El guerrero alzó un cáliz de oro.

—Mirad, el barco de los piratas está lleno de ellos.

—Robados a los mercaderes —les dijo Imenja—. Ahora son vuestros. Como lo serán los tesoros de los barcos pirata que hundáis en el futuro.

Las sonrisas de los guerreros se ensancharon.

—Pero aseguraos de que los navíos sean de piratas —les advirtió—. Si hundís un barco mercante, los pisatierra querrán castigar vuestro crimen. Pisatierra poderosos con poderosa magia. A su lado, los saqueadores os parecerán un juego de niños. Y mi gente no podrá hacer nada para detenerlos.

Las sonrisas se habían borrado de sus caras. Imenja agitó la mano en señal de despedida.

—Bien hecho, guerreros elay. El mar es un poco más seguro hoy, gracias a vosotros. Id a celebrar vuestra victoria con vuestro pueblo.

—¡Sí! —convino el guerrero del cáliz.

—Hasta siempre —gritó uno de los guerreros—. Que volváis a salvo a casa.

—¡Gracias por vuestra ayuda!

—¡Adiós!

El cuarto elay salió a la superficie con unas cadenas de oro colgando del cuello. Miró a su alrededor, vio que sus camaradas se alejaban nadando y se zambulló para darles alcance.

Imenja se volvió y dio orden de reanudar el viaje.

—Despacio —dijo al capitán en voz baja—. Cuando los elay se enteren de esto, quiero estar lo bastante cerca para que nos llegue su invitación para volver a sus tierras. —El capitán asintió. Ella se volvió hacia Reivan y esbozó una sonrisa irónica—. Siempre y cuando no se tome a mal el hecho de que ordenara hundir un barco a un puñado de guerreros jóvenes e ingenuos.

Desde que Emerahl se internó en el pantano, no había pasado un día sin que los habitantes locales le hicieran llegar un mensaje. «Sigue la sangre de la tierra» había sido el primero. Ese resultó obvio, puesto que era difícil pasar por alto el lodo rojo que teñía algunos de los afluentes. Cuando toda el agua adquirió el mismo color, «dirígete a la montaña llana» la había mantenido moviéndose en la misma dirección. No es que pudiera avanzar en línea recta; tenía que vadear desde islas tan pequeñas como matas de hierba anegadas hasta grandes montículos de tierra sólida, evitando al mismo tiempo pasar por aguas demasiado poco profundas como para que las transitara su embarcación. Para alivio de ella, «lucha contra la corriente más rápida» la había conducido aquella mañana por un canal bastante profundo, de modo que la quilla de su barco no encalló en el barro.

Cuando el suelo se volvió lo bastante sólido para aguantar algo más que matas de hierba, la vegetación se hizo más alta, exuberante y densa. Los árboles crecían altos y estrechos, y las enredaderas les tendían lazos flojos. Cuando alcanzaban alturas demasiado ambiciosas para el suelo húmedo, caían unos sobre otros o se desplomaban del todo, con sus enormes sistemas de raíces aflorando sobre el terreno encharcado.

De vez en cuando aparecían impresionantes espirales de roca. Algunas eran anchas, otras estrechas, y todas estaban envueltas en vegetación. En una

ocasión Emerahl pasó junto a una espiral que había caído sobre su vecina. La mitad superior de la brecha entre ambas estaba cubierta por la tela de una araña del tamaño de su mano.

Era un paisaje hermoso y, sin embargo, totalmente inhóspito.

«Y no hay la menor señal de cuevas —pensó Emerahl—. No hay suficiente roca alrededor. Supongo que aún me espera un camino muy largo».

Pero en el momento en que se entregaba a estos pensamientos, descubrió que se equivocaba. El río había hecho un recodo, y delante de ella se levantaba un muro de roca apenas más alto que los árboles. En su base, la erosión del agua había creado cavidades poco profundas. Ninguna de ellas era lo bastante grande como para servir de cueva, pero había potencial para ello.

El corazón le empezó a latir un poco más rápido. El río discurría al borde de aquel pequeño acantilado. Ella resistió la tentación de avanzar a mayor velocidad. Aún había salientes y depresiones ocultas bajo las turbias aguas rojizas, y no podía arriesgarse.

El acantilado serpenteaba, conduciendo el río por un cauce ondulante. Después de más de una hora siguiendo sus giros y curvas, soltó un suspiro de satisfacción tras superar un recodo bastante pronunciado.

El río se ensanchaba más adelante, formando un gran estanque ante una celosía de cavidades y cuevas. Unas ondas en la superficie del estanque revelaban el cauce de la corriente que navegaba; llevaba directamente a la entrada de una gruta más grande. Emerahl la siguió. Justo antes de llegar a la cueva alzó la mirada hacia el cielo y esbozó una sonrisa triste.

«Cuevas. ¿Por qué los inmortales siempre terminamos en cuevas?».

La tenue luz del pantano se apagó rápidamente. Emerahl creó una chispa luminosa delante de ella. El techo de la gruta fue perdiendo altura hasta quedar tan bajo que el mástil lo habría arañado, de no haberlo desmontado el día anterior para impedir que se siguiera enredando en las parras colgantes. Su luz reveló aberturas a ambos lados que conducían a un laberinto de habitaciones y pasadizos naturales semiinundados.

Continuó avanzando entre los muros de piedra. No había recodos, solo ondas en el agua. El aire era muy húmedo y el silencio, intenso.

De pronto, la altura del techo se elevó y quedó fuera del alcance de su luz, y ella dejó de ver las paredes y las columnas a ambos lados. Redujo la marcha y se acercó al vacío con precaución, avivando su luz hasta revelar una caverna de grandes dimensiones. Solo las ondas producidas al paso de su barco perturbaban la quietud del agua. El techo era una bóveda regular. En el extremo opuesto pudo ver una cornisa sobre el nivel del agua.

Y en la cornisa había un gran cántaro de cerámica.

«Supongo que es aquí donde debo desembarcar», pensó.

Condujo el barco hasta el saliente, se asió de la amarra y bajó de la embarcación. El cántaro estaba lleno de agua clara. Emerahl echó un vistazo a su alrededor. Cerca de allí había dos entradas a sendas cuevas. Encima de la más grande había un símbolo: dos círculos unidos por una línea.

Sintió un tirón en la amarra y se volvió; su barco se estaba alejando con la corriente. Buscó en torno a sí y comprobó que no había nada con que atar la embarcación. Bajó la mirada hacia la vasija, la enrolló con la amarra y dio un paso hacia atrás, lista para cogerla si empezaba a moverse. La cuerda se tensó, pero el cántaro permaneció en pie. Emerahl le dio un empujoncito. Parecía lo bastante seguro. A continuación dirigió sus pasos hacia la cueva señalada con el símbolo. Hizo avanzar su luz, que iluminó una habitación pequeña más adelante.

La estancia era redonda. Las paredes estaban pintadas con un elaborado patrón de puntos. En el centro había otro cántaro lleno de agua. Del techo caían gotas de humedad a la vasija.

—¿Quién eres?

La voz habló en un suspiro, en una lengua largamente muerta, y ella no pudo determinar de dónde venía. Sonó como si hubieran hablado dos personas, pero podía ser por efecto del eco de la habitación.

Emerahl pensó en qué nombre dar.

—Soy... —Puede que no supieran su nombre verdadero, comprendió de pronto—. Soy la Arpía.

—¿Para qué has venido?

—Para verte —respondió.

—Entonces bebe y sé bienvenida.

Emerahl miró el cántaro con recelo. El agua era tan clara que podía ver el fondo del recipiente, en el interior. ¿Tenía que temer algo? Sin duda el Gaviota no le tendería una trampa. No, solo estaba siendo exageradamente cauta, para variar. La invitación debía de ser un ritual de buenos modales. Hundió una mano en el agua, se llevó un poco a la boca y la sorbió.

La boca le empezó a arder al instante. Tragó saliva y retrocedió, como si aquel gesto pudiera calmar el dolor. La sensación empezó a extenderse. Se tocó la cara y descubrió alarmada que se le estaba hinchando rápidamente.

—¿Qué...? —intentó decir, pero sus labios inflamados no podían articular palabra.

«El Gaviota dijo que su amigo o amiga me ignoraría si no quería conocerme, pero no que me mataría. ¿Por qué habría de...? ¿Por qué habrían de...?».

«Cállate —se dijo—. ¡Te han envenenado! Haz algo».

Salió tambaleándose de la habitación, se dirigió al bote y se derrumbó en su interior. Un letargo se estaba apoderando de su cuerpo y no le quedaban fuerzas para cortar la amarra y salir de allí.

Cerró los ojos y volvió la mente hacia su interior.

El veneno se estaba extendiendo desde su boca, su garganta y su estómago. Para detener su avance, bloqueó las vías que estaba siguiendo. Presionó todo lo que pudo en la garganta y escupió los líquidos con los que la sustancia tóxica se había mezclado. Luego dirigió su mente hacia el veneno que había conseguido contaminar su sangre. Un escozor guio su mente a través de órganos y extremidades. Vio que estaba demasiado diluido para causar mucho daño. Acelerando los latidos de su corazón, filtró el veneno por los riñones y lo convirtió en una gotita que condujo fuera de su cuerpo.

Respiró profundamente tres veces, abrió los ojos y se incorporó.

—Felicidades, Emerahl la Arpía. Has pasado la prueba —dijo una voz femenina.

—Podrías haber pensado en algo menos... agresivo —respondió Emerahl, frunciendo el ceño.

La risa de un hombre joven resonó en la caverna. «Así que son dos», se dijo. El tono no transmitía malicia, sino ironía. Aún no conseguía determinar

de dónde venía.

—Si pudiésemos permitirnoslo, lo haríamos —respondió el hombre—. Por favor, discúlpanos, Emerahl. Teníamos que asegurarnos de que eras quien decías que eras.

—Hubiera preferido un acertijo —dijo Emerahl poniéndose en pie y bajando del barco.

El hombre volvió a reírse.

—¿De verdad? Los encuentro irritantes y pretenciosos.

Ella miró a su alrededor.

—Ni siquiera sé quién eres, aunque tengo alguna idea. ¿Cómo te puedo poner a prueba?

—Sígueme por la otra cueva —respondió una mujer.

Emerahl avanzó hacia la entrada y se detuvo.

—No te preocupes. No tenemos más pruebas para ti.

Aun así, Emerahl entró en la habitación con la guardia en alto. El lugar estaba vacío. Una escalera irregular conducía hacia arriba. Ella ascendió despacio.

Llegó al centro de una gruta grande. El suelo era irregular; había baches aquí y allá. En algunos de los niveles más altos había almohadones de colores claros. Nichos esculpidos en las paredes albergaban una variedad de objetos domésticos, incluidos cestos de junco, vasijas de cerámica y estatuillas de madera. Incluso había un jarrón con flores.

—Bienvenida, Emerahl. ¿O prefieres que te llamemos la Arpía? —dijo una mujer a su espalda.

Emerahl se volvió. Un hombre y una mujer la contemplaban sentados en dos nichos en la pared trasera. Ambos eran guapos, con pelo gris y vestimentas sencillas. Se parecían tanto entre sí que debían de ser hermanos, lo que confirmó sus sospechas.

—Sois los Mellizos —dijo ella.

El hombre esbozó una sonrisa amplia, mientras que la curvatura de los labios de la mujer era digna y casi tímida. Las arrugas eran visibles en sus rostros, y a Emerahl le llamó la atención unas cicatrices que bajaban por los lados de sus caras, cuellos y hombros.

«¿Cicatrices? Qué extraño. Si son inmortales no deberían tener cicatrices».

Luego notó que las marcas del lado izquierdo de la mujer coincidían con las del lado derecho del hombre, y cayó en la cuenta: esos dos habían estado unidos alguna vez. Mantenían las cicatrices deliberadamente, tal vez como recuerdo de su antigua unión.

—Así es —respondió la mujer—. Yo soy Tamun.

—Y yo Surim.

—Sol y luna —tradujo Emerahl— en veliano antiguo.

—Sí. Nuestros padres pensaron que nos daría suerte.

—¿Lo hizo?

Los dos se miraron, y Surim se encogió de hombros.

—Con el tiempo, insospechadamente, adquirimos dones. Eso es algo que algunos consideran suerte.

—En cierto modo —convino Tamun con una débil sonrisa. Miró a Emerahl y su expresión se tornó seria—. ¿Nos perdonas por el pequeño examen? Hay algunas pruebas que solo un inmortal puede pasar. Necesitábamos asegurarnos.

—Supongo que yo habría hecho lo mismo —dijo Emerahl extendiendo las manos—, si temiera ser engañada.

Tamun asintió.

—Hemos oído cosas sobre ti de vez en cuando, a lo largo de los siglos. Ansiábamos conocerte, a pesar de nuestra descortés bienvenida.

—Y yo a vosotros —respondió Emerahl—. Resulta extraño que hayamos vivido tanto tiempo y, sin embargo, no nos hayamos encontrado antes.

—No es prudente jactarse de la propia inmortalidad —dijo Surim, encogiéndose de hombros—, especialmente a esta edad. Si los inmortales tenemos algo en común, es nuestra tendencia a la misantropía.

Emerahl asintió.

—Y, sin embargo, en más de una ocasión he sentido la necesidad de buscar a otros inmortales.

—Paradójicamente, la creciente amenaza a nuestras vidas a esta edad nos empuja a buscar la compañía de nuestros pares —dijo Tamun.

—Y su apoyo —añadió Surim.

—Así que ¿vosotros también habéis buscado a otros indómitos? —preguntó Emerahl.

—Indómitos. Así es como nos llaman los dioses —dijo Tamun, arrugando la nariz—. Antes nos llamábamos inmortales, de modo que deberíamos seguir haciéndolo.

—Sí —dijo Surim en respuesta a la pregunta de Emerahl—. Lo hemos hecho. —Se puso en pie y caminó hasta donde estaba Emerahl. La tomó de las manos, sonrió cálidamente y la miró a los ojos—. Llevamos mucho tiempo aislados del mundo. Ansiamos tener compañía.

—Durante los últimos cien años hemos observado el mundo a través de las mentes de los mortales, pero no es lo mismo que caminar entre ellos —convino Tamun, poniéndose en pie y estirándose.

—Ven, siéntate —dijo Surim, conduciendo a Emerahl hasta una pila de almohadones, al otro lado de la habitación. Tamun se acomodó cerca de Emerahl. Acercó un pequeño telar y empezó a tejer, moviendo los dedos con la seguridad de quien lleva mucho tiempo ejercitando una destreza.

—Siempre me he preguntado qué es lo que ambos hicisteis —le dijo Emerahl—. Las noticias que oí sugerían que erais profetas. Como el Vidente.

Surim soltó una carcajada.

—Nunca hemos afirmado que podemos ver o predecir el futuro —dijo Tamun—. Como hacía el Vidente. No podía, lo sabes. Sencillamente usaba su facultad de leer las mentes para averiguar lo que la persona deseaba oír y luego le daba respuestas ambiguas.

—Escribió la poesía más abominable y la llamó profecía —añadió Surim, con gesto desdeñoso—. Todas esas tonterías sobre herederos perdidos y espadas mágicas. Todos sabemos que las espadas no pueden ser mágicas.

—A menos que estén hechas de la madera de un árbol de bienvenida —señaló Tamun—. O de coral negro.

—Lo que las hace completamente inútiles como armas físicas. —Surim miró a Emerahl y sonrió—. No nos hagas caso, querida. Llevamos casi un milenio discutiendo sobre estas cosas. Cuéntanos de ti, del mundo. El Gaviota nos mantiene informados, pero solo oye rumores y cotilleos. Tú has

visto acontecimientos recientes con tus propios ojos.

Emerahl tomó asiento y se rio entre dientes.

—No dudo de que os ha mantenido al tanto. He visto unas cuantas cosas. Y no de mi agrado.

Y empezó a relatar cómo un sacerdote la había echado de su faro hacía más de un año.

Auraya caminaba de un lado a otro de la enramada.

Durante las últimas semanas había volado a todas las aldeas de Si castigadas por la devoracorazones. En cada lugar había ordenado que se levantaran tres enramadas, como había hecho Mirar en la tribu del lago Azul. Había enseñado a los siyís de cada poblado a preparar remedios y a determinar si un paciente requería la ayuda de la magia para superar su enfermedad. Ahora, cada vez que visitaba una aldea, podía atender a los que más la necesitaban antes de acudir volando al siguiente poblado.

Pero Juran la había contactado aquella mañana para decirle que los dioses pronunciarían su sentencia más tarde, aquel mismo día, en el altar. La había obligado a permanecer durante horas en su enramada, a sabiendas de que los siyís enfermos necesitaban su ayuda y sin darle nada con que distraerse. De pronto, cayó en la cuenta de que se estaba estrujando las manos, como solía hacer su madre cuando estaba ansiosa. Las separó, dejándolas caer a los lados, y suspiró exasperada.

«¡Oh! ¡Basta de esperar! ¡Ojalá los dioses anunciaran su decisión y terminaran con esto!».

Sentía mariposas en el estómago mientras caminaba de un lado a otro en la habitación. Recordó las palabras de Chaia: «Que sepas que te has granjeado un enemigo entre los dioses». Uno de los dioses. No dos. De todos los dioses, era a Huan y Chaia a quienes había dado más disgustos. ¿El hecho de desobedecerla era suficiente para que Huan se enemistara con ella? Probablemente. ¿Lo era el hecho de desdeñar el amor de Chaia? Posiblemente.

Más de una vez había meditado sobre la revelación de que los dioses

habían discrepado sobre su destino. ¿De qué lado se había puesto cada dios? Chaia había insinuado que Huan era la diosa a la que más había enfurecido con su negativa. ¿Qué pensaban los otros dioses?

:¿*Auraya*?

Se le contrajo el estómago al reconocer la voz de Juran.

:¿*Juran*? ¿*Ya es hora*?

:*Sí. Mairae y yo estamos en el altar.*

Ella asintió, olvidando que él no podía verla y se dirigió hacia una silla. Al sentarse, Travesuras salió con dificultad de su cesto y descendió la pared de la enramada. Se acurrucó en su regazo. Ahora que empezaba a hacer frío, aprovechaba constantemente cualquier cuerpo caliente que permaneciera inmóvil durante unos instantes.

Se concentró en la mente de Juran, cerró los ojos y fijó la atención en lo que él estaba viendo. Estaba en el altar. Las paredes se habían plegado. Mairae estaba en su asiento. Auraya sintió la conexión de Dyara y Rian con Juran. Cuando todos estuvieron listos, Juran empezó el breve ritual.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Una vez más, os damos las gracias por la paz que habéis traído a Ithania, y por los dones que nos habéis dado. Os agradecemos vuestra sabiduría y orientación.

—Os agradecemos —murmuró Mairae. Auraya escuchó a Dyara y Rian decir las palabras que ella misma pronunció mentalmente.

—Nos habéis indicado que estáis listos para pronunciar sentencia por la negativa de Auraya de ejecutar a Mirar. Apareced y sed bienvenidos por vuestros humildes Servidores.

—Guiadnos.

Desde el punto de vista de Juran, Auraya vio que cuatro siluetas empezaban a brillar en el aire. Las luces adquirieron forma lentamente, hasta convertirse en Huan, Lore, Yranna y Saru. Se preguntó dónde estaba Chaia, pero después Juran volvió la cabeza y ella vio que el dios estaba de pie a la derecha de este.

:*Juran, Dyara, Mairae, Rian y Auraya* —dijo Chaia—. *Os hemos elegido para que nos representéis y actuéis en nuestro nombre en el mundo de los mortales. Hasta ahora hemos estado satisfechos con vuestro trabajo.*

:Nos hemos cuidado de daros únicamente tareas que sois capaces de hacer —añadió Yranna—. Una vez, hace mucho tiempo, nos vimos obligados a pedir a uno de vosotros que actuara contra su corazón. Recientemente no hemos tenido otra opción que pedir lo mismo a otro de vosotros.

:Solo que esta vez la tarea no se llevó a cabo —tronó Lore.

:Dos veces dimos orden de realizarla; dos veces se nos respondió con una negativa —dijo Saru.

Huan buscó los ojos de Juran, y Auraya sintió un escalofrío al comprobar que la diosa no miraba a Juran, sino a ella. Sintió que temblaba. El miedo socavaba su determinación. ¿Cómo podía oponerse al deseo de los dioses, a quienes siempre había adorado?

«¿Cómo puedo adorar a dioses que con tanta facilidad se saltan las leyes y la justicia establecidas por ellos?».

:Somos conscientes de que Auraya no lleva mucho tiempo al frente de sus responsabilidades —dijo Huan—, pero su falta de experiencia no tiene por qué hacer mella en su habilidad para cumplir con sus obligaciones. Algunos de vosotros creéis que la tarea que le encomendamos era inadecuada para su carácter. De cada uno de vosotros esperamos que llevéis a cabo tareas desagradables cuando haga falta.

:Auraya cree que nuestra decisión es injusta —dijo Lore—. Dictamos sentencia sobre Mirar hace un siglo y esa decisión no ha cambiado.

Auraya reprimió su deseo de protestar. «Ha cambiado —pensó—. No es la misma persona».

:El paso del tiempo, incluso un siglo ocultándose bajo otra identidad, no invalida los crímenes que cometió en el pasado, afirmó Huan.

«Fueron crímenes demasiado insignificantes para justificar el castigo de ejecución», pensó. Pero guardó silencio. Los dioses sabían lo que pensaba. No tenía sentido hablar.

:Auraya exige justicia por el bien de su propia conciencia —añadió Saru—. No podéis hacer esto cada vez que os pidamos que ejecutéis a un criminal.

:En momentos como este tenéis que confiar en nosotros —dijo Yranna con voz suave—. Cuando la necesidad es urgente y también cuando la

justicia de nuestros actos es difícil de ver.

Huan alzó la vista y Auraya supuso que estaba mirando a Chaia.

:Hemos decidido que Auraya vuelva a Jarime —dijo Chaia. ¿Era su imaginación o su voz parecía cansada y reacia?—. No deberá abandonar Jarime durante diez años, a menos que Ithania del Norte sea invadida y la acompañen los Blancos.

Chaia hizo una pausa. Auraya esperaba más.

:Esa es nuestra sentencia, concluyó Chaia.

Sorprendida, se permitió relajarse. «¿Eso es todo? ¿No me van a quitar el don de volar? Supongo que diez años son mucho tiempo para estar recluido en un lugar...».

:Auraya debe abandonar Si mañana y volver a Jarime, apostilló Huan.

«¿Mañana?». Auraya estaba pasmada.

:¿Y qué hay de la devoracorazones? —se descubrió preguntando—. ¿Quién curará a los siyís cuando yo no esté?

:Tendrán que buscarse la vida —dijo Huan—. Solo mata a uno de cada cinco. Es lamentable, pero sobrevivirán.

Horrorizada, Auraya no supo qué contestar.

:¿Aceptarás tu castigo?, preguntó la diosa.

Auraya sintió que el alma se le caía a los pies. Morirían tantos siyís. Y todo por culpa de ella.

:Auraya.

Volvió a dirigir su atención a la diosa.

:Si debo hacerlo, sí. Volveré a Jarime.

Huan asintió con un brillo de satisfacción en los ojos. Luego, sin mediar palabra, los dioses se esfumaron.

Etim permanecía de pie, rígido, ante el rey. Con una mano sujetaba su lanza, con la otra el mazo y el cincel que le habían dado los pentadrianos.

—¿Qué pidieron a cambio? —preguntó el rey.

—Nada, señor —respondió Etim.

El rey Ais frunció el ceño. Se volvió para mirar a la joven que estaba a su

lado y que había apoyado una mano en su brazo. «Esta debe de ser la princesa Imi», decidió Etim. Parecía mayor de lo que había imaginado. No era solo la vestimenta de adulto, sino también la madurez que transmitía su mirada mientras sonreía a su padre.

—Imenja podría haber hundido ese barco ella sola, padre. Pidió a nuestros guerreros que lo hicieran para demostrarnos algo. Podemos hacer frente a los saqueadores sin mayor riesgo para nosotros.

Las cejas del rey se aproximaron aún más.

—Tu sacerdotisa nos ha metido en una guerra. Cuando los saqueadores descubran que destruimos uno de sus barcos, nos atacarán en masa.

«¡No lo saben!», pensó Etim, pero no podía decirlo a menos que le dieran la palabra. Frustrado, trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro.

El rey notó el movimiento. Miró a Etim y entornó los párpados.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó, con la voz sombría cargada de advertencia.

Etim decidió que relatar los hechos sería mejor que ofrecer una opinión.

—No dejamos ningún superviviente, nadie que pueda contar lo que pasó.

—Nadie, excepto los pentadrianos —le corrigió el rey.

—No lo harán —dijo Imi—. Pero quiero que los saqueadores se enteren. Quiero que nos teman. Quiero que abramos boquetes en sus barcos y que los peces se alimenten de sus cadáveres y la ciudad se enriquezca con su botín. —Sonrió—. Quiero que nos respeten los mercaderes y nos teman los ladrones. Lo podemos conseguir, con la ayuda de los pentadrianos.

El rey observaba a su hija, pero Etim no supo si con admiración o desaliento. Después de unos instantes, el rey apartó la mirada. Se rascó la barbilla y alzó la vista hacia Etim.

—¿Qué piensas de estos pentadrianos, guerrero?

Etim meditó su respuesta.

—Preferiría tenerlos de amigos que de enemigos —respondió con honestidad.

En la cara del rey se dibujó una débil sonrisa.

—Eso es lo que quiero que piense la gente de nosotros —dijo Imi, soltando una risita.

—Y, mientras tanto, debemos confiar en estos pisatierra pentadrianos — dijo el rey en tono amargo.

Imi se encogió de hombros.

—Ni siquiera ellos pueden impedirnos que abramos boquetes en los cascos de sus barcos.

El rey arqueó las cejas una vez más. Etim podría haberse equivocado, pero le pareció ver un brillo de interés en los ojos del monarca. Imi extendió la mano y volvió a tocar el brazo de su padre.

—¿Has considerado mi sugerencia? —preguntó en voz baja—. ¿Has redactado una lista con todas las condiciones que exigirías en una alianza?

—No las aceptarán —respondió él.

—Tal vez no —concedió ella—. Pero no lo sabrás si no se lo preguntas.

El rey la miró, y luego respiró profundamente y exhaló. Alzó la vista hacia Etim.

—Tráeme al Guerrero Primero.

Preguntándose si acababa de ser testigo de un gran y decisivo momento en la historia de los elay, Etim se alejó a toda prisa.

—*Travsras*, ¿*Ohuaya* vuela?

Auraya miró al viz, que inspeccionaba su mochila esperanzado.

—Sí, *Travesuras*. *Ohuaya* y *Travesuras* vuelan... a Jarime. —Había estado a punto de decir «a casa», pero la expresión no le pareció adecuada. Jarime ya no era para ella sinónimo de «casa».

Suspiró, se sentó y dio unas palmaditas al viz. Sirri había recibido la noticia de la marcha de Auraya con gran consternación. «Sin mi ayuda, muchos, muchos siyís morirán —pensó—. Pero tampoco habría podido alcanzar las aldeas distantes si en lugar de ello los dioses me hubieran despojado de mi don de volar».

Había esperado que, con la plaga extendiéndose por toda Si, fuera cual fuese el castigo que le reservaran los dioses, este no tendría efecto hasta que la enfermedad estuviera bajo control. Al enviarla ahora a Jarime, los dioses también estaban castigando a los siyís por la desobediencia de ella. Eso era injusto. Incluso cruel. Sintió que el desánimo se apoderaba de ella. Tal vez Mirar tenía razón acerca de ellos...

Parecía irónico que las únicas dos personas que podían ayudar a los siyís habían abandonado Si después de que ella convenciera a Mirar de que le enseñara su habilidad para sanar.

En su mente oía una y otra vez las palabras de Mirar: «Ven conmigo. Nos

iremos de Ithania en busca de los continentes lejanos».

Lo que le había propuesto era absurdo, pues suponía abandonar a los siyís. Miró el anillo en su dedo y sonrió con ironía. Incluso si le hubieran pedido que renunciara a todo lo que significaba —su posición, el poder, el don de volar, la inmortalidad—, habría preferido quedarse a ayudar a los siyís.

Levantó la vista y contempló los objetos que se amontonaban sobre la mesa. Los regalos habían llegado en cuanto se empezó a difundir la noticia de su partida. No podía llevárselo todo; su mochila no era lo bastante grande ni siquiera sin un viz ocupando la mitad del espacio. Pero quería llenar su habitación de la torre con objetos hechos por los siyís, para que los otros Blancos recordaran la suerte que habían corrido.

No solo estaba dejando a los siyís a merced de la devoracorazones, sino también al dominio de los pentadrianos. Si volvían a desembarcar allí, ninguno de los otros Blancos llegaría a tiempo para ayudar. «¿Y de qué serviría yo sin la capacidad de volar o sin los poderes concedidos por los dioses?». Hizo un gesto de disgusto. «Supongo que podría vivir en la costa. Si tuviera un barco, podría llegar relativamente rápido al lugar en el que hubieran desembarcado los pentadrianos. Tal vez mi reputación los ahuyentaría».

Era casi tentador. Quizá podría ayudar a los siyís si estos iban a buscarla en cuanto cayeran enfermos. Podría levantar un lugar de sanación en la aldea de la tribu de la Arena. Tal vez unos cuantos siyís serían capaces de aprender la habilidad para curar de Mirar.

Pero el alma se le cayó a los pies. No estaba segura de que podría seguir usando las habilidades de Mirar si renunciaba al anillo de los dioses. Ni siquiera estaba segura de que podría quitarse el anillo sin que algo horrible sucediera.

«Quizá debería preguntar a Chaia —dijo una voz silenciosa en el fondo de su mente. Sacudiendo la cabeza, se puso en pie y caminó hacia la mesa—. Es absurdo —pensó—. No voy a quitarme el anillo ni a alejarme de los dioses. Tengo que aceptar su sentencia. Me las arreglaré lo mejor que pueda».

En Jarime podría enseñar a otros la habilidad de Mirar. Debía de haber

sacerdotes y sacerdotisas sanadores capaces de aprenderla. Tal vez los siyís que se unieran al templo podrían recuperar la habilidad. Sería muy tarde para curar a la mayoría de los siyís de la devoracorazones, pero tal vez ayudaría a que la perdonaran por abandonarlos.

Lo que esperaba que hicieran. Le partiría el corazón si, diez años más tarde, descubría que ya no era bienvenida en Si.

Alguien gritaba. No..., gritaba mucha gente. Sus alaridos eran casi cómicamente melodramáticos. Mirar intentó preocuparse, pero solo consiguió inquietarse por no sentir preocupación.

:¿Mirar?

:¿Emerahl? ¿Eres tú la que hace ese ruido? Es irritante.

:¿Qué ruido?

:Este ruido.

:Ah, eso. Estás soñando.

Hizo una pausa para pensar.

:Si lo estoy, ¿estoy soñando contigo?

:No. Estoy intentando establecer una conexión en sueños. Recupera el control de ti mismo, tejedor de sueños.

«Control. Claro». Impuso su voluntad al sueño, y los gritos se debilitaron. Tendrían que haberse apagado. Entonces recordó.

:Es la ventisca —le dijo a Emerahl—. El ruido del viento es tan alto que mi mente no puede evitar registrarlo incluso en sueños.

:Qué suerte la tuya.

:Sí. ¿Cómo estás?

:He llegado a las Cuevas Rojas. Espero que no te importe, pero he contado todo sobre ti a mis anfitriones. Están impresionados por cómo has conseguido cambiar tu identidad durante un siglo.

Mirar sintió una punzada de aprensión. ¿Les había contado eso? ¿Qué más les había dicho?

:¿Si me importa? —respondió—. Bueno, eso depende de quiénes son tus anfitriones.

:Los Mellizos.

La sorpresa estuvo a punto de expulsarlo de su sueño.

:¿De verdad?

:Sí. ¿Los has visto alguna vez?

:Una vez, hace mucho. Unos cincuenta años antes de que eligieran a Juran me advirtieron de que el próximo siglo iba a deparar malos tiempos a los tejedores. No les creí.

:Dicen que ven patrones en el mundo. Escudriñan constantemente las mentes de los mortales y observan la difusión de ideas. Dicen que el comportamiento de los humanos es relativamente fácil de predecir, la mayoría de las veces.

:Bueno, llevan mucho tiempo escrutando mentes —le recordó él—. Oí rumores de su existencia apenas un par de siglos después de hacerme inmortal.

:Oh, son mucho más viejos —aclaró ella—. Han observado a los mortales durante muchos, muchos siglos antes de aprender a encontrar patrones de comportamiento, y de hacerse famosos por sus predicciones.

:¿Qué creen que ocurrirá en el futuro próximo?, preguntó él.

:No se ponen de acuerdo. Surim cree que está por producirse un gran cambio. Tamun no lo ve probable tan poco tiempo después del ascenso de los circulianos y pentadrianos. Y eso también es interesante. Dicen que las dos religiones se formaron y crecieron de forma simultánea. Surim cree que no son más que creencias poderosas ascendiendo para llenar el vacío dejado por los dioses que murieron en la guerra. Tamun cree que hay algo más..., que ambas religiones están conectadas.

:¿Saben si los dioses de los pentadrianos son reales?

:Lo son. Demasiados adoradores pentadrianos pueden citar encuentros con sus dioses como para que no sean reales para ellos. Sin embargo, nadie sabe de dónde vinieron estas deidades. Se distinguen de los dioses circulianos en que rara vez aparecen ante los mortales. No les gusta inmiscuirse demasiado en los asuntos de sus devotos.

:Excepto para decirles que invadan Ithania del Norte...

:Los Mellizos creen que esa fue una decisión de Kuar, su antiguo líder.

:Interesante. Me gusta la idea de dioses que no se inmiscuyen, pero si el resultado es que los mortales tomen decisiones como esa...

:No me digas que has cambiado de parecer y que piensas que estamos mejor con dioses que sin ellos.

:No. Nunca. Pero los mortales también pueden tomar decisiones extraordinariamente estúpidas y crueles.

:¿Incluso tus propios seguidores?, preguntó ella.

:Claro que no. Los tejedores son siempre sensatos.

:¡Ja!

:Bueno, la mayoría de ellos.

:¿Has contactado con la tejedora representante Arlij?

:Sí —dijo él—. Está haciendo los preparativos que sugeriste.

:¿Cómo se tomó las noticias sobre ti?

:Estaba sorprendida.

:Estoy segura de que estaba algo más que sorprendida. Los Mellizos me dijeron algo que encontrarás interesante y tal vez incluso útil en el futuro. Hay más vacíos en el mundo. La mayoría no son de utilidad para nadie, pero hay unos cuantos en sitios remotos que te podrían servir para ocultarte.

:¿Saben a qué se deben?

:No. Solo que tiene que haber ocurrido un gran acontecimiento mágico para consumir tanta magia de un lugar en el mundo. Nunca habían oído hablar de ellos antes de la Guerra de los Dioses.

:Que, precisamente, reúne las cualidades de un gran acontecimiento mágico, señaló Mirar.

:Sí. Siempre he pensado que es extraño que una guerra entre semejantes seres no afecte al mundo físico. Lo que cambió para los mortales es que los dioses dejaron de aparecer, y ellos perdieron dones que los dioses les habían concedido.

:Me pregunto si los vacíos son peligrosos para los dioses. Después de todo, son seres de magia pura.

:Solo si caen en uno por engaño, supongo.

:Sí. Me pregunto si no lo podríamos organizar.

Sintió que su comentario le había parecido divertido a Emerahl.

:Ha cesado, dijo ella de pronto.

Mirar hizo una pausa y prestó atención. Tardó uno rato en entender el significado de aquel silencio. El ruido del viento se había apagado. O su subconsciente lo había bloqueado finalmente, o había escampado.

:Más vale que despierte y sea atenta con mis anfitriones —le dijo Emerahl—. *Feliz viaje, Mirar.*

:Gracias, respondió él, pensando en la traicionera nieve y en las montañas escarpadas que aún debía cruzar.

La mente de ella abandonó sus sentidos. Respiró profundamente y se despabiló. Para alivio suyo, el viento había dejado de aullar. Al abrir los ojos solo vio oscuridad, así que creó una chispa de luz. Su alivio se convirtió en consternación.

La boca de la enorme cueva en la que había buscado refugio estaba completamente bloqueada por un muro de nieve.

Por eso ya no oía el viento.

Un día después de que los elay hundieran el navío pirata, Imenja ordenó que su barco anclase cerca de un grupo de pequeños islotes. Aunque estaban hechos de roca, las partes sumergidas estaban cubiertas de lupinos. Los islotes estaban demasiado lejos de Borra como para que los elay dependiesen de estos para su alimentación, y eran demasiado peligrosos para que se aproximase alguien sin magia. Imenja se había aventurado a explorarlos con unos cuantos miembros valientes de la tripulación para recoger lupinos, y durante unos días se habían dado un festín de semejante exquisitez.

Todos, excepto Reivan. Por desgracia, era la única persona a bordo a la que no le gustaban los lupinos. Algunos marineros incluso preferían comerlos crudos. La sola idea hacía que se le revolviere el estómago. Sin embargo, el cocinero del barco se había tomado la aversión de Reivan como un reto personal. Cada noche los preparaba de forma distinta, con la esperanza de dar con una versión que le terminase gustando. Bajo la atenta mirada de Imenja, los había probado soasados, asados, en sopa e incluso hechos puré, pero el intenso y acre sabor a pescado le provocaba náuseas.

Deseaba que el barco pusiera rumbo a casa, pero los placeres culinarios no eran la única razón por la que Imenja se entretenía en ese lugar. La Voz Segunda tenía que hacer tiempo para que los guerreros elay volvieran a su ciudad y para que el rey se enterase de la noticia y enviara a un mensajero, si

optaba por esta alternativa.

—Creo que me está empezando a gustar la vida en el mar —dijo Imenja—. Tal vez debería abandonar la idea de gobernar el mundo para convertirme en mercader.

Reivan se volvió para mirar a Imenja.

—Me imagino que no supondría un gran cambio para ti. Seguirías dando órdenes a otros y negociando con pueblos de muchas naciones. Sin embargo, creo que prefiero las sencillas comodidades del Santuario.

—Es más espacioso —convino Imenja.

—Y no hay... Oh, no. Ya empezamos otra vez.

Había visto al cocinero dirigiéndose al pabellón. Llevaba una tabla de madera con un plato cubierto.

—Solo pretende complacerte —dijo Imenja, soltando una risita.

—¿Estás segura de que no pretende enfermarme?

El cocinero entró en el pabellón. Realizó la señal de la estrella sobre su pecho y levantó el plato de la tabla de madera con un ademán ostentoso. Reivan suspiró.

Sobre la tabla había un cuenco de piedra con lupinos. Los había desescamado y soltaban vapor de forma apetecible. Un delicioso aroma de hierbas llegó hasta la nariz de Reivan, pero esto no consiguió despertar su interés.

El cocinero le tendió un tenedor.

—Probad.

Reivan sacudió la cabeza.

—Solo pruébalo, Reivan —insistió Imenja, con el tono de quien no acepta una negativa.

Reivan suspiró, cogió el tenedor y pinchó uno de los pescados de aspecto gelatinoso. Lo miró con resignación y se lo llevó a la boca.

El nauseabundo sabor acre que había temido que asaltara sus sentidos no llegó. En su lugar, su boca se llenó con un gustillo suave y placentero a hierbas. Sorprendida, masticó con cautela, convencida de que tarde o temprano llegaría el sabor que odiaba. No sucedió, y tragó casi de mala gana.

—Os gusta —dijo el cocinero, con una sonrisa.

Ella asintió.

—Está mejor. Mucho mejor.

—¿De verdad? —Imenja le arrebató el tenedor y cogió un bocado de la tabla. Se lo llevó a la boca y mientras masticaba abrió muchos los ojos—. Es cierto. Es sutil y delicado. ¿Lo has hecho al vapor?

El cocinero asintió.

—Recuerda lo que has preparado —le dijo ella—. Me pregunto si podemos hacer que nos envíen lupinos a casa...

Su expresión cambió súbitamente. Con el ceño fruncido hizo un gesto para que el cocinero se marchara, se puso en pie y salió del pabellón. Reivan siguió a su patrona hasta la barandilla del barco y se quedó viendo el mar.

—Creo que estamos a punto de recibir una visita del pueblo del mar —dijo Imenja—. Sí. Allí. —Señaló con el dedo.

Las aguas estaban cubiertas de sombras negras y el reflejo rojo del atardecer. Mirando hacia el mar, Reivan vio un objeto del tamaño de una cabeza elevándose y hundiéndose con las olas. El objeto desapareció después de unos instantes. Buscó alguna otra señal de los elay, pero no vio nada.

—Lanza un cabo —ordenó Imenja a un tripulante que se hallaba cerca. Este obedeció de inmediato. Mientras la cuerda se desenrollaba, Reivan se asomó por encima de la barandilla.

Apareció una cabeza, y dos ojos blanquecinos las miraron. El guerrero elay entornó los párpados. Cogió el cabo y empezó a trepar.

Cuando alcanzó la barandilla, se detuvo y miró nervioso a la tripulación. Era mayor que los guerreros elay que habían hundido el barco pirata. Cuando Imenja se acercó para darle la bienvenida, se volvió hacia ella con expresión seria.

—He venido para transmitir un mensaje —le dijo—. El rey Ais, monarca de Borra y los elay, invita a la Voz Segunda Imenja, Servidora de los Dioses pentadrianos, a considerar la siguiente propuesta.

Hablaba de forma pausada y metódica. Era evidente que había memorizado el mensaje del rey. Al ver que se trataba de una propuesta de pacto, Reivan contuvo las ganas de sonreír triunfante.

—El rey sugiere que su pueblo y el vuestro se reúnan para intercambiar

mercancías en el futuro, pero no en las islas de Borra. Se podría hacer en unas islas que están a unos días de navegación de Borra, si no las invaden los saqueadores.

»A cambio de vuestra ayuda con la defensa de los elay, el rey Ais ayudaría a los pentadrianos a combatir a los piratas, pero solo si el riesgo para sus guerreros no es demasiado alto. Todos los bienes obtenidos de los navíos saqueadores pasarían a ser propiedad del rey. La formación de los elay en el combate, la magia o la construcción de defensas también tendría lugar fuera de Borra.

Imenja asintió.

—¿Me equivoco al aventurar que la firma de este tratado también tendría lugar en una de esas islas remotas?

El mensajero asintió. Imenja apartó la vista, como si se lo estuviera pensando.

:¿Qué piensas, Reivan?

:Es la única oferta que nos hará. Las condiciones no son negociables. Si intentamos cambiarlas, no volveremos a oír de él.

:¿Y qué piensas de las condiciones?

:Lo único que no me parece razonable es que se queden con todo el botín. No tardarán en llegar a la conclusión de que, si esperan a que el mercante sea atacado, obtendrán un mayor botín del barco pirata.

Imenja se volvió hacia el mensajero.

—Acepto las condiciones de este tratado en nombre de mi pueblo. Si me dices dónde están las islas de las que has hablado, pondremos rumbo a ellas mañana.

El mensajero pareció sorprendido, pero no disgustado. Le indicó el modo de llegar a las islas, tras lo cual hizo una reverencia, se despidió y caminó hasta la barandilla. A diferencia de los guerreros más jóvenes, que habían saltado al mar, descendió cuidadosamente y se sumergió en el agua casi sin chapotear.

Imenja hizo una seña a Reivan, que se acercó a ella.

—Aún te preocupa que sustituyan a los saqueadores y se conviertan en el mayor peligro para los mercaderes en estas aguas —puntualizó—. No temas.

Haré que se lo piensen dos veces.

Auraya sostenía un peso cálido sobre los hombros. Después de largas horas de vuelo, Travesuras había empezado a aburrirse. Sin embargo, comprendía que no podía abandonar la seguridad de la mochila. En lugar de ello, hizo algo que ella envidiaba en él: dormir.

Abajo, el paisaje nocturno no se prodigaba en detalles. Las distintas áreas se distinguían apenas por los tonos de gris: el bosque era más oscuro que los campos, y el agua era aún más negra. De vez en cuando, la luz de la luna se abría paso entre las nubes y Auraya era capaz de reconocer caminos y casas.

Vio una aberración, una interrupción del diseño natural en el encuentro del mar y la tierra. La luna volvía a bañar de luz el mundo, y producía ángulos sesgados y un revoltijo de líneas interconectadas. Dos edificios atrapaban la luz y parecían proyectarla de vuelta. La Cúpula brillaba como una segunda luna, medio enterrada en el suelo. La Torre Blanca se alargaba hacia arriba como un dedo acusador.

Mientras sobrevolaba la torre, pensó en la bienvenida que le darían. ¿Irían a su encuentro los cuatro Blancos? ¿Se mostrarían solidarios o enfadados? ¿Esperarían que pidiera disculpas o diera una explicación? Empezó a descender y se preparó para un encuentro que probablemente iba a ser incómodo, si no desagradable.

Cuando sus pies tocaron tierra, el entorno se oscureció. Levantó la vista y vio que las nubes habían vuelto a cubrir la luna. Nadie se acercó a saludarla. Esperó unos instantes y después rio en silencio.

«Supuse que los dioses le darían la noticia de mi llegada a Juran. Parece que no fue así». Se dirigió a la puerta, divertida con la idea de que se había llevado una leve decepción. «Puede que me esperen dentro, o en mi habitación».

Entró en el edificio tras abrir y cerrar sin hacer ruido la puerta de la azotea. Al bajar las escaleras no se topó con nadie..., ni siquiera con un sirviente. Cuando alcanzó la puerta que daba a sus habitaciones, se detuvo para escuchar. No oyó ningún sonido proveniente del interior. Abrió la puerta

y se encontró con unas habitaciones oscuras y vacías.

Dejó la mochila en el suelo y creó una chispa de luz. Somnoliento, Travesuras bajó. Parpadeó en dirección a ella, saltó a una silla y se acurrucó. Ella le dio unas palmaditas y miró en derredor.

Todo estaba tal como lo había dejado, pero no le producía la misma sensación. Los ruidos familiares no le levantaban el ánimo. Caminando de habitación en habitación, se preguntó si la falta de entusiasmo por volver a casa se debía a que, de alguna manera, iba a ser una prisión durante la próxima década.

Se sentó en el borde de su cama y jugueteó con el anillo en su dedo.

Sin nada con que distraerse durante el largo viaje, había dedicado mucho tiempo a pensar. Al principio había concluido que no tenía sentido angustiarse por el futuro. Estaba decidido y no lo podía cambiar. Pero algo la estuvo importunando y finalmente admitió que sí tenía elección, incluso si las opciones eran estúpidas o ridículas. Empezó a examinarlas, sopesando las consecuencias, a fin de convencerse de que no eran lo que realmente quería hacer.

Para cuando llegó a Jarime, había comprendido que algunas de esas decisiones no eran tan estúpidas como inicialmente había pensado. Y que podía ser más feliz, o al menos más útil para el mundo, si las tomaba.

Al mismo tiempo la asustaban. Había concluido que necesitaba dormir antes de tomar una decisión. Y había algo más que necesitaba saber.

Se recostó y se dejó sumir en el sueño. Cuando juzgó que era el momento oportuno, pronunció un nombre.

:¡Mirar!

Hubo un largo silencio, seguido de la respuesta de una voz familiar.

:¿Auraya? ¿Eres tú de verdad?

:Sí. Tengo una pregunta para ti.

:Dime.

:¿Podré enseñar tu método de curación a otros?

:Solo en circunstancias excepcionales.

:¿En qué circunstancias?

No obtuvo respuesta.

:¿Mirar?

:¿Han decidido ya un castigo para ti los dioses?

:Sí.

:¿Qué han decidido?

Ella vaciló. Si él tenía alguna intención de crear problemas, el hecho de saber que ella no podía abandonar Jarime podría animarlo.

:Ese no es asunto tuyo, le dijo.

:¿No lo es? Considéralo un intercambio de información. Te diré las circunstancias en que podrás enseñar a curar a cambio de que me cuentes cuál fue la decisión de los dioses.

Sus palabras la irritaron, pero ella se sobrepuso. Podía darle la mitad de la verdad.

:Me enviaron de vuelta a Jarime.

:Ah. O sea, que los siyís están sin curandera, lo que explica tu pregunta sobre la sanación. Te han castigado con el castigo a los siyís. Supongo que no tenían mucho más que quitarte.

:No esperabas que me quitaran mi don de volar, ¿verdad?

:No. Sospechaba que ese don era tuyo desde el día en que te enseñé a curar. Ahora no me cabe duda.

:¿Qué quieres decir?, preguntó ella. Un escalofrío bajó por su espalda.

:Ya eras una hechicera poderosa cuando te uniste a los circulianos. Vi el potencial en ti mucho antes. ¿No te parece raro que los otros Blancos no recibieran este don?

:Sí, pero no estaba previsto que ellos fueran a Si.

:¿No? Tú misma descubriste tu habilidad. Si los dioses hubiesen querido que la tuvieras para granjearte la amistad de los siyís, ¿no te la hubieran dado en una ceremonia, con gran fanfarria, para que la gente los adorase por ello?

:Pero si Juran está más dotado que yo, sin duda podría aprenderlo.

:¿Has intentado enseñárselo?

Ella guardó silencio. Los esfuerzos de Juran habían sido infructuosos.

:Pero ¡eso me haría más dotada..., más fuerte que él!

:No si los dioses te lo impiden. Te pusieron en tercer lugar, pero como

has empezado a dar señales de crecer por encima de los límites de tu posición, han tenido que anularte.

:¿Cómo lo sabes?, exigió saber ella.

:No lo sé. Lo intuyo. Pero lo que sí sé es que eres más fuerte de lo que crees. Más fuerte de lo que los dioses tenían previsto que fueras. Lo sentí el día en que intentaste matarme.

Auraya sintió una punzada de frustración.

:No has contestado a mi pregunta. ¿Qué circunstancias me impedirían enseñar a otros tu habilidad?

Él hizo una pausa antes de responder.

:Solo podrán aprenderla hechiceros dotados de grandes poderes. Tal vez la puedan aprender tus compañeros Blancos, tal vez no.

A Auraya se le cayó el alma a los pies. Ningún sacerdote o siyí volvería para combatir la devoracorazones.

:¿Qué otras circunstancias hay?

:¿Dije que había más?

:Hablaste en plural.

:Así es. Y es esta: si finalmente pudieses encontrar a alguien lo suficientemente dotado como para aprender mi método de curación, los dioses lo harían matar. Recuerda que Huan dijo que estaba prohibido.

:¿Por qué?

:Eso es algo que no te puedo decir.

:¿No puedes o no quieres?

:No quiero.

:¿Por qué?

:Tampoco te lo puedo decir.

Sintió que aumentaba su frustración y respiró profundamente.

:Entonces ¿por qué no me matan?

:Eres una Blanca.

:Si no lo fuera, ¿me matarían?

:Sí. O tal vez no. Depende de si hablas de ti antes de que te convirtieras en Blanca o después. Si hablas de antes, sí.

:¿Y si fuera una ex Blanca? ¿No?

:No estoy seguro. ¿Estás pensando en renunciar?

Ella guardó silencio por unos instantes, a sabiendas de que él pillaría la mentira si lo negaba.

:Porque si estás pensando en hacerlo —continuó él—, los dioses podrían enfurecerse tanto que te matarían de todos modos. No les resultaría fácil matar a alguien tan poderoso. Es posible que consiguieras escapar, pero sé lo que es vivir perseguido y despreciado por los dioses. No vale la pena, Auraya.

:No —dijo ella—. No tengo la menor intención de enemistarme con ellos. Gracias por responder a mi pregunta, Mirar, aunque no de forma completa.

:La respondí de forma tan completa como tú respondiste a la mía —respondió—. Suerte.

Él cortó la comunicación, y ella soltó un suspiro.

«Es demasiado listo. Pero listo o no, no lo sabe todo».

También sabía muchos detalles que ella desconocía. Había aprendido varias cosas durante su conversación, aunque debía valorar si sus afirmaciones eran verdad. Era poco probable que consiguiera dormir mucho antes del amanecer.

Sin embargo, para cuando Travesuras subió a la cama sin hacer ruido y se acurrucó a su lado, ella ya había realizado el viaje desde la vigilia hasta el sueño.

Imi entró en su pileta de dormir, se dejó hundir en el agua y suspiró con alivio al sentir el frescor en su piel.

«¿Cómo lo hace papá? Él escuchó durante horas a aquel mercader que hablaba sin parar, y todo lo que hizo aquella tejedora fue quejarse y lloriquear».

Cuando Imi preguntó a su padre si podía sentarse a su lado mientras él atendía las solicitudes, protestas e informes que la gente le llevaba, él aceptó, pero bajo la condición de que permaneciera hasta el final. Pronto descubrió que él pasaba allí muchas más horas cada día de lo que había supuesto, y que la mayor parte de lo que tenía que escuchar era absolutamente aburrido.

Pero sospechaba que su padre había insistido en que se quedase hasta el final para que perdiera el interés y lo dejase tranquilo. Estaba poniendo a prueba su determinación. O tal vez solo quería que empezara a aprender a administrar el reino. Esta última idea la llenó de miedo y expectación. Y tristeza, porque de Borra se haría cargo el día que muriera su padre.

Su determinación no solo no se había quebrado, sino que se había visto finalmente recompensada. Había comprendido que muchos mercaderes y guerreros, e incluso algunos de los cortesanos, tendrían mucho que ganar de un tratado con los pentadrianos, y había explicado las razones a su padre siempre que él le había pedido su opinión sobre algún visitante. Cuando su padre decidió enviar un mensajero a los pentadrianos, su corazón se llenó de victorioso gozo.

Ahora que había tenido tiempo para pensar, las dudas habían empezado a corroer su confianza. Imi salió de la pileta y empezó a caminar por la habitación.

¿Y si los pentadrianos traicionaban la confianza de su padre? ¿Y si volvían y se abrían paso hasta la ciudad de alguna manera? ¿Y si perpetraban una matanza por su culpa?

«Imenja nunca lo permitiría —se dijo—. Es una buena persona. Y con poderosos dones. Nadie osaría desobedecerla».

Cuando Imi no estaba preocupada por el futuro que había puesto en marcha para su pueblo, le preocupaba que ni siquiera se materializase. Era posible que los pentadrianos no aceptaran las restricciones que su padre había exigido. Podían decidir que los elay no tenían nada por lo que mereciera la pena comerciar, o que eran demasiado débiles como para que aliarse con ellos tuviera interés.

«Incluso si eso es verdad, incluso si no se fragua la alianza, las cosas han cambiado para nosotros».

Recordó el brillo en los ojos de los guerreros que habían hundido el barco pirata. «Papá no podrá evitar que lo vuelvan a hacer. O que busquen otras formas de golpear a los saqueadores. Puede ordenarles que no lo hagan, pero a ellos no les gustará. —Frunció el ceño—. ¿Fue esa la única razón por la que envió al mensajero? ¿Teme que la gente sienta recelo, o incluso que se vuelva

contra él, si les niega esta oportunidad de contraatacar? ¿Se vio en un callejón sin salida?

»¿Por mi culpa?

»No —se dijo—. Incluso si creyese que tiene que ceder ante los guerreros, no tendría por qué involucrar a los pentadrianos. No los necesitamos para luchar contra los saqueadores».

Sin embargo, si los piratas demostrasen ser un enemigo demasiado poderoso, los elay necesitarían la ayuda de los pentadrianos.

«Si esto. Si aquello. Tantas posibilidades...».

Oyó unos golpes en la puerta. Observó que Teiti salía de su habitación para abrir. Cuando Rissi entró, pasando junto a su tía, Imi suspiró aliviada.

—Hola, princesa.

—Rissi —respondió. La visita era una distracción bienvenida. Se preguntó si él podría quedarse hasta tarde. Tal vez podrían entretenerse con un juego de mesa. Cualquiera cosa con tal de mantener su mente lejos de aquellas preocupaciones. Lo condujo hasta unas sillas—. Teiti, ¿nos podrías pedir algo para beber? ¿Quizá también algo para comer?

Su tía entornó los párpados en dirección a Rissi, y después asintió y abandonó la habitación. Al ver que Imi se sentaba, Rissi hizo lo propio con cautela. Sus brazos estaban cubiertos por parches azulados.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella.

—He estado practicando —respondió él, con un mohín.

—¿Practicando qué?

—Lucha.

—¿Para qué? —Frunció el ceño—. Los chicos no estáis jugando a la guerra otra vez, ¿verdad?

—No —dijo él con una sonrisa—. Yo y unos cuantos estamos aprendiendo a ser guerreros.

—Oh. —Ella se encogió de hombros—. ¿No sois un poco jóvenes para eso?

—No —refunfuñó.

Cuando ella se dio cuenta de que lo había ofendido, se mordió el labio. Los chicos eran así, siempre querían ser mayores.

—Claro que no —dijo como pidiendo disculpas—. ¿Es algo que hacéis todos los hijos de los mercaderes?

Él apartó la vista.

—Tenemos que aprender a defendernos, si salimos de la ciudad.

Ella lo miró con detenimiento. Había algo más que eso. Él la miró y se encogió de hombros.

—Además, no quiero ser un mercader. Quiero ser un guerrero.

La sorpresa se convirtió en alarma. Si se hacía guerrero ahora que los guerreros iban a atacar a los saqueadores, podía morir. Y también esto ocurriría por su culpa.

—El Guerrero Primero me ha prometido un lugar entre los reclutas cuando tenga la edad suficiente —le dijo—. Si paso las pruebas. A papá no le gusta, pero no me lo puede impedir.

—¿Por qué? —espetó Imi abruptamente.

Él extendió las manos.

—Porque quiere que herede su negocio.

—No, quiero decir que por qué quieres ser un guerrero.

Él la miró en silencio. Después, lentamente, empezó a sonreír.

—Porque, princesa Imi, un día me voy a casar contigo.

Teiti la salvó de tener que inventarse una respuesta. La puerta se abrió, y la mujer entró de golpe con una bandeja en equilibrio en una mano y una jarra en la otra. Colocó ambas cosas sobre una mesa que estaba cerca de Imi y Rissi, y se irguió.

—El rey os envía un mensaje, princesa —dijo Teiti.

Siempre ponía énfasis en los títulos cuando Rissi estaba de visita.

—El mensajero ha vuelto. Los pentadrianos han aceptado todas las condiciones.

Imi dio un salto de alegría.

—¡Han aceptado! Es maravilloso. ¡Tengo que hablar con papá ahora mismo! —Y haciendo caso omiso de la protesta de Teiti, que les acababa de traer comida, y de la sonrisa confiada de Rissi, aprovechó la oportunidad para escapar.

Mientras cruzaba a toda prisa las habitaciones del palacio, Imi se sintió

irritada.

«Debería estar llena de alegría, pero Rissi lo ha estropeado. No supe qué decir. ¡Nunca me he sentido tan avergonzada! ¿Y de dónde sacó la idea de que podía casarse conmigo si se convertía en guerrero?».

Luego recordó. Ella se lo había dicho. Le había contado que su padre probablemente la casaría con alguien de linaje real, a menos que decidiera que un líder guerrero podría aportar sangre nueva a la familia, si el candidato le causaba una impresión lo bastante buena.

«No es fácil impresionar a papá —pensó—. Pero al menos está dispuesto a intentarlo».

Y eso era sumamente halagador, comprendió. ¿Haría eso alguno de sus primos, primos segundos o familiares lejanos? Lo dudaba.

Sonrió, ralentizó el paso y empezó a pensar dónde era más probable que encontrase a su padre.

—Ah, aquí está —dijo Tamun, trasladando la mirada de su telar a la entrada de la cueva.

Emerahl se volvió y vio a Surim subiendo las escaleras. De su cuello colgaba una enorme serpiente. Su cuerpo era tan ancho como el muslo de un hombre y daba la vuelta dos veces a los hombros de Surim. Él la cargó hasta el lado de la cueva en el que siempre preparaban las comidas y la dejó caer.

Miró a Emerahl y sonrió.

—La cena. Esta noche nos daremos un magnífico banquete.

Emerahl miró horrorizada a la serpiente.

—Magníficamente aburrido, si eso es todo lo que has traído —respondió Tamun.

—Tengo más —dijo Surim a la defensiva. Metió la mano en un bolso de lana que había permanecido oculto por la serpiente y sacó varios objetos, todos de origen vegetal, como Emerahl comprobó aliviada. Luego volvió a mirar a la serpiente que yacía inerte en el suelo.

—¿Has comido takker antes? —preguntó Surim.

Emerahl desvió la mirada de la serpiente.

—No.

—Son deliciosos —comentó él—. Tienen una textura similar a la del brim, pero son más jugosos.

—Deberías haber atrapado algo más convencional —dijo Tamun con desaprobación, sin apartar la vista del telar. Miró a Emerahl y sonrió—. No tienes que comerlo. Nos tomó un tiempo adaptarnos a este lugar, pero hemos incorporado algunas rarezas a nuestra dieta. Tú eres nuestra invitada y —entornó los ojos mientras se volvía para mirar a Surim—, por tanto, no tenemos por qué esperar que comas estas cosas.

Él arqueó una de las cejas en un gesto algo insolente.

—No, la debemos tratar con especial generosidad. Le debemos ofrecer lo mejor. Exquisiteces excepcionales como el takker asado, por ejemplo.

—Lo probaré —dijo rápidamente Emerahl con la esperanza de evitar otra pelea inútil. Sus disputas dialécticas no eran hirientes, pero podían prolongarse durante horas—. Y si no me gusta, estaré encantada de comer las verduras.

—Gracias, Emerahl. Aunque tal vez prefieras probar una de estas —dijo Surim con una amplia sonrisa. Del bolso extrajo una araña dos veces más grande que su mano.

—Estás bromeando, ¿no? —se descubrió diciendo Emerahl.

—Sí, lo está —gruñó Tamun—. Basta, Surim.

—Pero es mucho más divertido —dijo él, haciendo una mueca—. Hace mucho que no tengo con quien bromear. No es fácil tomarle el pelo a una vieja loba como tú.

—¿Desde hace cuánto toleras esto? —preguntó Emerahl a Tamun.

—Desde hace casi dos milenios —respondió ella con tranquilidad—. Después de todo este tiempo, cualquier otra persona habría descubierto que sus bromas no tienen gracia. Es como si te contasen el mismo chiste una y otra vez. Algunos lo llamarían tortura.

—El hecho de que sea viejo no quiere decir que tenga que perder mi sentido del humor —le dijo él—. Como alguien que yo conozco.

—Me diviertes mucho todos los días —dijo ella en tono seco.

—Nunca os cansáis, ¿verdad? —dijo Emerahl, sacudiendo la cabeza.

—En ningún momento, ni siquiera cuando tuvimos que separarnos —afirmó Surim, sonriendo.

Los Mellizos hicieron una pausa para intercambiar miradas, con

expresión franca y llena de afecto. Emerahl lo miró a él y después a ella, preguntándose...

—Hace un siglo —dijo de pronto Tamun, buscando la mirada de Emerahl. Se había puesto seria—. Para escapar de la decisión de los dioses de liberar al mundo de inmortales.

Emerahl la miró consternada.

—¿Acabas de...?

—¿Leerte la mente? No. —Tamun se encogió de hombros y volvió a su telar—. Pero conocemos bien esa expresión —dijo, sonriendo—. No te preocupes, no nos ofende tu curiosidad. Pregunta lo que quieras.

Emerahl asintió.

—¿Cómo os salvó la separación?

—Como probablemente sabes, los dioses no pueden afectar el mundo físico con facilidad —comentó Surim. Había arrastrado la serpiente hasta una mesa y estaba vaciándola—. Solo pueden actuar a través de un mortal, preferiblemente alguien con dones mágicos.

—Así que necesitan que los sacerdotes hagan su trabajo —continuó diciendo Tamun—. Después de hacerse cargo de Mirar, Juran fue a por el resto de nosotros. No le costó encontrar al Vidente...

—Pero eso es algo que ella no predijo —masculló Surim.

—... y a Granjero lo pilló por sorpresa. Cuando nos enteramos de las órdenes de los dioses, ya era muy tarde para ponerlo sobre aviso. El único inmortal al que pudimos alertar fue al Gaviota.

—Es más viejo que todos nosotros —dijo Surim, haciendo una pausa en su trabajo para mirar a Emerahl. Su expresión denotaba un gran respeto—. Lo salvó la costumbre de cambiar de sitio constantemente, ocultando su identidad y dando la impresión de no ser más que el esmirriado grumete de un barco.

—Y la gente del mar se protege entre ellos —añadió Tamun.

—Por otra parte, nosotros éramos célebres y, además, fácilmente reconocibles. Por supuesto que intentamos ocultarnos..., y lo conseguimos durante un tiempo. Después los dioses declararon que la gente como nosotros era una «abominación» y debíamos ser separados o eliminados al nacer.

Todos los siameses de todas las edades fueron llevados a Jarime. Y casi todos los intentos de separarlos fueron un fracaso.

—Pero algunos intentos fueron un éxito —dijo Tamun, con una sonrisa irónica—. O eso fue lo que dijimos a la gente. El hecho de que estuviésemos separados sugería que habíamos sido examinados y aceptados por los circulianos, de modo que no podíamos ser los famosos Mellizos.

—Malditos dioses —refunfuñó Emerahl.

—Oh, no te sientas mal por nosotros —dijo Tamun, sonriendo—. Siempre lo habíamos querido hacer. Sencillamente, no teníamos el coraje. ¿Y si no nos gustaba? ¿Qué habría pasado si no nos hubieran podido volver a unir?

—No nos arrepentimos —aseguró Surim a Emerahl—. Y las separaciones también trajeron algo positivo. Los sacerdotes y las sacerdotisas sanadores lo hacen mejor ahora. Sobreviven más niños.

—Pero los que mueren... —Tamun frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Odio a los dioses por eso.

—Entre otras cosas —masculló Surim.

—Yo también creía que no habían hecho nada más que obligarme a ocultarme. Los odio más por lo que le hicieron a Mirar —dijo Emerahl, suspirando—. ¡Si tan solo pudiésemos librarnos de ellos!

—Bueno, se los puede matar —dijo Tamun.

Emerahl se volvió para mirar a la mujer. Tamun se encogió de hombros.

—Antes de la Guerra de los Dioses había muchos dioses; después solo quedaron cinco.

—Diez ahora —corrigió Surim.

Tamun lo ignoró.

—Así que la pregunta es: ¿matar a un dios es algo que solo otro dios puede hacer?

—Y si lo es, ¿podemos persuadir, sobornar o chantajear a un dios para que lo haga? —dijo Surim soltando una risita—. Cuéntale sobre el manuscrito.

—Ah, el manuscrito —dijo Tamun, sonriendo—. Durante el último siglo escudriñando mentes hemos encontrado rumores sobre un manuscrito. Se

dice que contiene la historia de la Guerra de los Dioses, narrada por una diosa a su último Servidor antes de morir asesinada.

Emerahl sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Dónde está ese manuscrito?

—Nadie lo sabe —dijo Surim, abriendo mucho los ojos en tono melodramático.

—Pero algunos eruditos de Ithania del Sur lo han buscado y han recogido indicios a lo largo de los años. De toda la gente del mundo, son los que más posibilidades tienen de encontrarlo.

—A menos que alguien lo encuentre primero.

Surim y Tamun se volvieron para mirarla, con la misma expresión expectante en ambos rostros. Emerahl se rio.

—Cuando se trata de insinuar, ambos sois tan sutiles como un martillo de guerra dunwayano. Queréis que lo encuentre. —Hizo una pausa al percibir un olor apetecible—. ¿Lo que huele es el takker?

—Quién sabe —respondió Surim con una sonrisa de satisfacción.

—Huele bien. —Adoptó una postura más cómoda y se volvió hacia Tamun—. ¿Qué más me podéis contar sobre este manuscrito y sobre los eruditos de Ithania del Sur?

La isla estaba mucho más lejos del continente que las islas de Borra. La habían precedido varios islotes de piedra que a Reivan le habían parecido montañas sumergidas. Ahora, mientras el barco navegaba hacia la laguna resguardada que el rey de los elay había elegido para el encuentro, Reivan cayó en la cuenta de que se dirigían hacia un cráter distinto de los que había visto en Avven. Aquellas islas eran, de hecho, montañas sumergidas. La gran cordillera que dividía Ithania del Norte se extendía como una formación de soldados, no solo desde Dunway hasta Si, sino también mar adentro.

Una playa angosta bordeaba la laguna. En el medio había una pequeña muchedumbre de figuras oscuras.

—Imi está entre ellos —dijo Imenja.

—Bien —sonrió Reivan—. Quería verla de nuevo antes de volver a casa.

Al menos para comprobar que está bien y a salvo.

—Sabemos que está bien y a salvo.

—Sí, pero yo no puedo leer las mentes.

—¿Es que no me crees?

—Claro que sí —dijo Reivan soltando una risita—. Pero no es lo mismo que verlo con mis propios ojos. Es como si alguien te dijese que algo sabe bien, pero no lo pruebas.

Imenja miró a Reivan con el rabillo del ojo.

—¿Como el lupino?

Reivan decidió que aquel comentario no merecía respuesta. Señaló la playa con el dedo.

—¿Está allí el rey?

—Sí.

—¿Qué piensa de todo esto?

—Aún sospecha de nosotros, pero es consciente de los beneficios. También está satisfecho consigo mismo por haber conseguido imponernos sus restricciones. Y está orgulloso de Imi y a la vez un poco asustado.

—¿Asustado?

—Sí. Sus aventuras la han cambiado. Le cuesta aceptar que la niña de sus ojos ha regresado hecha una mujer. Es el tipo de hombre al que no le gustan los cambios. —Hizo una pausa—. Hay alguien más con él. Una sacerdotisa. Se pregunta si el rey introducirá la enmienda al tratado que ella le sugirió.

—¿Cuál?

Imenja sonrió.

—Teme que los elay se dejen seducir por nuestros dioses, así que quiere prohibirnos que les hablemos de ellos.

—¿Qué harás?

No respondió. El capitán se acercó y le dijo a Imenja que el bote estaba listo. La Voz Segunda asintió y miró a Reivan.

—¿Lo tienes todo?

En respuesta, Reivan levantó la bolsa impermeable en la que había metido pergamino, tinta y varias herramientas de escritura.

—Entonces vayamos a hacer un poco de historia.

Descendieron al bote. Tan pronto se hubieron acomodado, la tripulación empezó a remar. Nadie dijo nada durante el trayecto. Cuando el casco rozó la arena, los hombres saltaron al agua y arrastraron el bote fuera del alcance de las olas. Imenja y Reivan bajaron. La tripulación permaneció en la embarcación mientras ellas se dirigían hacia donde aguardaban los elay.

Como en los encuentros anteriores, el rey estaba rodeado por un círculo de guerreros. Imi aguardaba a un lado, y una anciana permanecía de pie en el otro. La extraña llevaba joyas de oro y un atuendo fino, y Reivan la habría tomado por una reina de no saber que la madre de Imi estaba muerta. No, aquella debía de ser la sacerdotisa. Otro hombre permanecía de pie unos pasos detrás del rey. A sus pies había dos losas de piedra.

—Os saludo, Ais, rey de Borra —dijo Imenja.

—Bienvenida, Imenja, Voz Segunda —respondió el rey.

Imenja se volvió hacia Imi.

—Os saludo, princesa Imi. ¿Cómo os acostumbráis a vuestro hogar y a la reanudación de vuestra vida?

—Bien, Voz Segunda —dijo Imi, con una sonrisa.

Imenja miró a Reivan y sonrió.

—Me alegro. ¿Os parece si discutimos las condiciones de nuestro tratado? —preguntó al rey.

Él asintió. Reivan escuchó atentamente la discusión que siguió, sobre la guerra y el comercio. Conforme decidían cómo redactar cada parte del tratado, tomaba notas en pequeños pedazos de pergamino con un palo gris. Cada punto fue considerado detenidamente, y pasó un rato antes de que surgiera el tema de la religión.

—Mi pueblo está feliz de seguir a Huan —les dijo el rey—. Pero también comprendemos que los nuevos dioses pueden ser seductores, y que incluso pequeños desacuerdos religiosos pueden causar conflictos en un pueblo. Por ello me veo obligado a pedir os que no intentéis convertir a ningún elay, ni mediante las enseñanzas sobre vuestros dioses, ni mediante la aceptación de cualquier solicitud en ese sentido.

—Mi gente será reservada —le aseguró Imenja.

Sorprendida, Reivan dirigió una mirada a Imenja. Se tocó el colgante que

pendía de su cuello.

:Si aceptas eso, Nekaun no concederá demasiado valor al tratado.

:No, pero con el tiempo descubrirá que cuanto más se prohíbe algo, más lo ansían los individuos.

—Yo también tengo mi propia restricción para el tratado —dijo Imenja.

—¿Sí? —dijo el rey, arqueando las cejas.

—Algunos entre mi gente han expresado su temor de que vuestros guerreros intenten robar a los comerciantes, bien esperando a que los saqueadores aborden a los barcos mercantes para luego atacarlos a su vez, bien asaltando directamente a los barcos mercantes. Les he asegurado que no lo haréis, pero quieren vuestra promesa.

—Tienen mi palabra de que castigaré a cualquier guerrero al que se descubra realizando tales actividades.

Imenja asintió a modo de reconocimiento.

—Cambiad la palabra «guerrero» por «elay», especificad el castigo y quedarán satisfechos. Y escribid también que, si descubrimos que vuestra gente ha empezado a rapiñar a personas que no son saqueadores, mi gente dará por terminado este pacto.

—Me parece razonable —dijo el rey, asintiendo.

Imenja le sostuvo la mirada.

—Me enteraré —le dijo—. Del mismo modo que me enteré de que el mercante que compró a Imi a los saqueadores era culpable, y de que vuestros guerreros estaban siguiendo mi barco, y de que hay una segunda entrada a vuestra ciudad donde los vigías mantienen un puesto de observación de los saqueadores. Lo que no puedo ver con los dones que los dioses me han otorgado, me lo dicen ellos mismos. Me enteraré si vuestros guerreros se convierten en ladrones.

El ceño fruncido del rey se desvaneció lentamente cuando comprendió lo que ella le acababa de decir. Se volvió hacia Imi, que súbitamente pareció un poco asustada. La joven se irguió.

—Te dije que era una hechicera —dijo Imi a su padre.

—Pero esto no lo sabías —musitó él.

Ella sacudió la cabeza.

El rey se volvió hacia Imenja y entornó los párpados.

—¿Qué garantía tengo de que no volveréis con más barcos y tomaréis mi ciudad?

Imenja sonrió.

—No tengo interés en tomar vuestra ciudad. Aparte de que está lejos de mi hogar, ¿de qué nos serviría una ciudad subterránea del tamaño de una aldea de Avven? En cambio, reconozco el valor del comercio y de mantener estos mares seguros para ello.

»Ambos hemos asumido riesgos —siguió diciendo—. Para vos supone confiar en que no tenemos interés en perjudicar a vuestra gente. Para nosotros, en que no haréis un mal uso de lo que os enseñemos. Y creo que vale la pena.

El rey asintió.

—He tenido mis dudas. Admito que aún las tengo. Pero mi pueblo no puede seguir así, y estoy dispuesto a asumir el riesgo.

Se volvió hacia el hombre que estaba detrás de él. Reivan vio que una de las losas de piedra tenía inscripciones en elay.

—Tráelas aquí y convierte nuestras palabras en promesas. —Miró a Imenja—. Grabaremos nuestro tratado en ambos idiomas.

—Y según las costumbres de ambos pueblos —convino Imenja. Miró a Reivan. Asintiendo al orden tácito, Reivan abrió la bolsa impermeable y extrajo un pergamino, tinta y una tabla sobre la que apoyar la piel.

—Eso nunca sobrevivirá al agua —murmuró el escriba elay.

Reivan sonrió y sacó el tubo en el que guardaría el pergamino, un envoltorio impermeable, cera y una bobina de cuerda.

—Sí lo hará —le aseguró.

El escriba parecía escéptico. Encogiéndose de hombros, Reivan se sentó con las piernas cruzadas en la arena y empezó a escribir.

Entre Mirar y la rala extensión de árboles al borde del bosque había un manto de nieve liso y empinado. La mejor manera de descender sería en zigzag, decidió. En línea recta le costaría mucho mantener el punto de apoyo.

«¿Sería eso tan malo? —se preguntó—. Llegaría más rápido deslizándome». Miró los árboles, abajo. Aunque más pequeños que los que había en lo profundo del bosque, sus troncos eran igual de duros. Si descendía sin control en una ráfaga de nieve, quizá no vería con claridad el camino y era posible que no distinguiera un árbol a tiempo para usar su magia y evitar estrellarse.

«Sí —se dijo—. Eso sería muy malo».

Se volvió para mirar la montaña y suspiró. Pocas veces a lo largo de su vida se había aventurado por sitios tan altos e inhóspitos, y siempre lo había hecho en compañía de otros. Las vistas habían sido impresionantes, pero el camino se había mostrado traicionero en más de un lugar. Había tenido que hacer uso de fuerza mágica bruta para salir de la cueva anegada, pero evitar caer en las grietas cubiertas de nieve había supuesto un desafío más grande.

Empezó a descender la cuesta lentamente. La nieve era ligeramente compacta, pero no profunda. Caía en cascada con cada paso. Cuando hubo descendido la mitad de la pendiente, se detuvo para mirar a su alrededor.

Después de unos instantes descubrió que seguía moviéndose. Se movía toda la ladera.

Se le aceleró el pulso. La nieve se amontonaba y ondeaba. Urgido por el impulso de huir, dio la vuelta y empezó a desandar sus pasos, pero apenas consiguió ver algo debido a la nieve de la parte más alta que comenzaba a escurrirse y acumularse más abajo.

Se le enredaron las piernas. Se esforzó por mantenerse en pie y fracasó. Cuando cayó de lado y empezó a deslizarse ladera abajo, la nieve se precipitó por encima de él como olas rompiendo contra un muelle.

«Calma —se dijo—. Solo me arrastrará hasta el fondo. El único peligro es la asfixia y esos árboles de abajo».

Tras invocar magia, se rodeó de una barrera y añadió un poco más de espacio delante de la cara para respirar. Sintió que se precipitaba. Luego, abruptamente, disminuyó la velocidad, hasta detenerse. La nieve lo empezó a cubrir. Su peso sobre la barrera aumentaba.

«Me está enterrando».

Lo asaltaron recuerdos de aplastamientos. De algún lugar profundo en su

interior surgió una sensación de terror. Luchó contra ella, obligándose a respirar lentamente. La presión sobre su escudo era lo bastante fuerte para aplastarlo. Si perdía la concentración un solo instante, la barrera cedería y...

«¿Por qué no?».

Una sensación de entumecimiento empezó a sustituir al miedo.

«¿Por qué no dejarse ir? Descubrir qué hay más allá. De todos modos, es posible que los Servidores de los Dioses me encuentren y maten en unas semanas, cuando llegue a la costa. ¿Por qué dejarlo en sus manos? Muere aquí y no les des esa satisfacción. Se preguntarán siempre cómo conseguiste...».

El frío de la nieve no era nada en comparación con aquella vacía desesperanza.

«¿Para qué vivir? Mi pueblo se está reduciendo, y no puedo dejar que me conozcan sin poner sus vidas en peligro. La mujer a la que amo no podría estar más lejos. Esta es la Era de los Cinco Dioses, y en ella no hay lugar para mí. Simplemente debería...».

—Deja de ser tan puñeteramente melodramático —se dijo en voz alta.

Cerrando los ojos, invocó un torrente de magia y lo canalizó. Hubo un estallido sordo. La blancura que lo cubría salió volando hacia arriba y se fragmentó en todas las direcciones. Cuando empezaron a caer pequeños copos en torno a él, se incorporó y miró alrededor.

Ahora se hallaba en el centro de un gran cráter. Se puso en pie, trepó hasta la superficie y se volvió para contemplar su obra. El boquete era impresionante. Sonrió.

De pronto, una sombra atravesó la suya, y su sonrisa se desvaneció. Al alzar la mirada, vislumbró a dos siyís que se alejaban planeando.

Con un suspiro, se dirigió penosamente hacia el bosque.

Auraya se detuvo y levantó la vista hacia el altar. Los cinco lados estaban en posición vertical, cerrados al mundo. Por su mente desfilaron escenas del día.

Travesuras había anunciado su regreso. De algún modo había escapado de su habitación y había topado con Nebulosa, la viz de Mairae. Poco después, ella había sido convocada a la habitación de Juran. Allí se había encontrado con Mairae, que estaba con ambos vices.

—¿Por qué no nos dijiste que habías llegado? —había preguntado Juran.

—Supuse que los dioses te lo anunciarían. Me sorprendió que no estuvieses allí para recibirme —había respondido, encogiéndose de hombros—. Era tarde y decidí que era mejor no despertar a nadie.

—Quiero que me cuentes todo lo que pasó —había dicho él, asintiendo—. Desde el momento en que descubriste que Mirar estaba en Si, cuando creías que era Leiard.

Ella se lo había contado todo, a lo largo de varias horas. De vez en cuando, los otros Blancos la habían interrumpido para hacer preguntas. Dyara y Rian habían escuchado mediante una conexión con Juran.

Cuando finalmente hubo terminado, Juran había hablado acerca del castigo de los dioses y le había preguntado si estaba dispuesta a aceptarlo.

—Por lo que a mí respecta, sí —le había dicho—. Pero me cuesta creer que se castigue a los siyís por mis acciones.

:Debiste pensar en las posibles consecuencias para los siyís antes de desobedecer a los dioses, le había dicho Dyara.

—Jamás hubiera imaginado que los dioses podían ser tan..., podían tomar semejante decisión —había respondido Auraya.

:Sigues cuestionando la sabiduría de los dioses, había dicho Rian.

—Sí —había respondido ella. No era el primer comentario de ese tipo que él hacía—. Si la capacidad de cuestionar no hubiera sido un requisito para convertirse en una Blanca, los dioses no me habrían elegido. Y ciertamente esto habría reducido el número de candidatos en la ceremonia de Elección.

Auraya recordaba que Mairae sonrió ante ese comentario, pero que cuando Juran miró en su dirección fingió una expresión severa de desaprobación. «Fue entonces cuando me di cuenta de que todos sentían que debían comportarse como si yo fuese una criatura caída en desgracia. Que debían suprimir cualquier sentimiento de compasión, hacia mí o hacia mis decisiones».

:Pocos son los que merecen servir a los dioses, había dicho Rian a continuación.

El comentario le había dolido. «Sé que he sido una estúpida —se había dicho—. No me arrepiento, porque la única alternativa habría sido ser una hipócrita y una asesina. Ojalá ser una estúpida no hubiera tenido semejantes consecuencias para los siyís. Haría lo que fuera por compensarles».

Juran había intervenido en ese momento, sugiriendo que todos ellos debían intentar cooperar y evitar conflictos innecesarios. Que las cosas debían volver a ser como antes. Mairae lo había mirado con una expresión de lástima.

—Dudo de que las cosas vuelvan a ser como antes —había murmurado.

Auraya se preguntó a quién se había referido Mairae. ¿A ella, tal vez? ¿Las decisiones de los dioses habían hecho que algún otro Blanco se cuestionara las cosas? ¿O se había referido al conjunto de los Blancos? «¿O solo a mí?».

Sin duda, no se había referido a los siyís. A nadie parecía preocuparle la gente del cielo. Cuando finalmente Juran había acompañado a Auraya fuera de su habitación, ella se había vuelto y le había preguntado si quería aprender

las técnicas de sanación de Mirar. Él había sacudido la cabeza como si la idea lo horrorizara.

Un leve soplo de aire atrajo la atención de Auraya de vuelta al altar. Los cuatro lados empezaban a abrirse, girando sobre sus goznes. Se le aceleró el pulso.

«Estoy a punto de asumir un riesgo enorme —pensó—. Puede que lo pierda todo». Pero, tal como había dicho Mairae, las cosas no volverían a ser como antes. «Ya he perdido mucho. Si pierdo el resto, tendré que aceptarlo».

Unos pasos rápidos resonaron en la bóveda. Se giró y vio a Juran y Mairae avanzando a grandes zancadas hacia ella. Dándoles la espalda, Auraya caminó hasta la mesa del altar y se sentó en la silla.

—¿Para qué nos has llamado? —exigió saber Juran al llegar al altar.

—Tengo una pregunta para los dioses —respondió ella, mirándole a los ojos—. Una pregunta de la que probablemente querréis conocer la respuesta.

Él la miró, visiblemente contrariado porque ella había convocado una reunión sin consultárselo primero.

—¿Qué pregunta?

—La oirás tan pronto inicies el rito y aparezcan los dioses.

Él vaciló, y luego Mairae apoyó una mano en su hombro.

—Hazlo. Dudo de que consigamos sacárselo de otra forma.

Suspirando, Juran ocupó su lugar. Mairae se deslizó con elegancia en su silla, con los ojos radiantes de curiosidad.

—Desde luego nos tienes entretenidos, Auraya —dijo ella casi en un suspiro, en tono de aprobación.

Auraya consiguió esbozar una sonrisa. Miró a Juran con expectación. Él volvió a suspirar y cerró los ojos.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Una vez más, os damos las gracias por traer la paz a Ithania y por los dones que nos han permitido preservarla. Os damos las gracias por guiarnos con vuestra sabiduría.

—Os damos las gracias —murmuró Auraya junto con Mairae. Se concentró en la magia que rodeaba el altar, pero no percibió señal alguna de los dioses.

—Auraya desea haceros una pregunta. Si estáis dispuestos a concederle

una respuesta, apareced ante nosotros.

—Guiadnos —murmuró ella.

Juran abrió los ojos y se apoyó en el respaldo de su silla. Al intercambiar una mirada con él, notó su escepticismo. No esperaba que los dioses respondieran. Pero cuando volvió a mirarlo, sintió presencias al filo de sus sentidos. Se movían hacia ella.

En torno al altar aparecieron cuatro figuras brillantes. Chaia se situó al lado de Juran. La miró y sonrió, pero su sonrisa se desdibujó en cuanto percibió lo que tenía en mente.

:¿Cuál es tu pregunta, Auraya?

Había hablado Huan. Auraya se sintió súbitamente turbada. Esta era la diosa a la que había desafiado, la que exigía obediencia incondicional.

Auraya se armó de valor para enfrentarse a Huan.

—¿Me permitiréis renunciar a mi posición como Blanca?

Juran tragó en seco, y Mairae respiró profundo.

—¡No, Auraya! —dijo Juran—. Eso no es necesario.

—Hoy fuimos un poco duros contigo. No puedes tomar demasiado en serio a Rian —añadió Mairae.

Auraya no apartó la vista de Huan. La diosa entornó los párpados.

:¿Adónde irás?

—A Si.

Huan miró a los otros dioses.

:Debemos discutirlo. Permaneced aquí.

Los Cinco Dioses desaparecieron. Auraya inspiró profundamente y soltó el aire despacio.

—Auraya —dijo Juran en tono severo—. Dijiste que aceptarías el castigo de los dioses.

Ella se volvió hacia él.

—Y lo he hecho. Pero no puedo aceptar que abandonen a los siyís.

Él frunció el ceño.

—¿En realidad, merecen que renuncies a tu posición, a tu inmortalidad..., a tu don de volar? ¿Cómo podrás ayudarlos sin eso?

—Haré lo que pueda —le dijo—. Yo... —Sacudió la cabeza. Al filo de

sus sentidos oyó un zumbido. Se concentró en él y se sorprendió al descubrir que podía descifrar las palabras.

:... te advertí de que esto podía pasar, pero insististe una y otra vez en ponerla a prueba.

Era Chaia, descubrió. Estaba enfadado.

:No más de lo que hemos puesto a prueba a los otros, respondió Huan.

:¡Después de muchos años de servicio!

:Ella era la última Blanca. No se podía dar el lujo de tomarse un tiempo para adaptarse a su papel. Ahora podemos buscar un sustituto más digno. ¿Qué decís los demás?

:De acuerdo, dijo Lore.

:Sí, añadió Yranna.

:Dale lo que quiere —convino Saru—. Después nos podremos librar de ella.

:Solo si se vuelve contra nosotros —le corrigió Chaia con firmeza—. Yo digo que debe seguir siendo una Blanca.

:Somos cuatro contra uno, pero dejaremos que vaya a Si. La conmoción por su renuncia será lo bastante duro para ella, aunque el hecho de saber que se fue para ayudar a los siyís reducirá el... Esperad. ¡Nos puede oír!, exclamó Huan.

:Te lo advertí. Sabes que puede sentirnos cuando estamos cerca —dijo Chaia, en tono algo engréido—. ¿Esto te hace cambiar de idea?

:No, dijo Huan.

Los dioses volvieron a ocupar sus posiciones alrededor de la mesa. Auraya cayó en la cuenta de que todo ese tiempo había estado mirando a Juran sin expresión y apartó la vista. Los Cinco Dioses reaparecieron.

:Te concedemos tu petición, dijo Huan.

:Pero con condiciones —añadió Chaia—. No intentarás gobernar una tierra o un pueblo. Si te vuelves contra nosotros, contra los Blancos o contra nuestro trabajo, o si te alías con nuestros enemigos, te consideraremos nuestra enemiga.

—Me parece razonable. Acepto vuestras condiciones.

:Quítate el anillo.

A Auraya el corazón le dio un vuelco. Extendió la mano y se quitó lentamente el anillo blanco del dedo. Luego se puso en pie y se volvió hacia Chaia.

—Serviros ha sido el mayor honor, pero está claro que necesitáis a alguien más digno de esta posición. No deseo renegar de vosotros. Aún tenéis mi respeto y mi amor, y os seguiré sirviendo como sacerdotisa, si me lo permitís.

Chaia miró a Huan.

:Eso, como siempre, deberán decidirlo los Blancos, dijo.

Huan entornó levemente los párpados. Auraya miró a Juran y luego bajó la vista hacia el anillo. Respirando profundamente, lo colocó sobre la mesa. No sintió nada..., ni la tristeza por una grave pérdida ni nada. Dio un par de pasos hacia atrás, se irguió y volvió a dirigir la vista hacia Juran.

Él miraba el anillo con expresión sombría. «Más le vale —pensó ella—. Los Blancos son vulnerables sin un quinto miembro. Pero estoy segura de que los dioses no los dejarán así mucho tiempo. Dudo de que esperen otros veinticinco años para sustituirme».

Miró a Mairae. Para su sorpresa, la joven le sonreía y asentía. Su mirada transmitía un respeto afectuoso. Dudaba de que los otros Blancos sintieran lo mismo. En efecto, Dyara y Rian estaban viéndolo todo a través de Juran y Mairae. «Dyara se sentirá decepcionada —pensó Auraya—. En cambio, Rian no cabrá en sí mismo de gozo».

:Ya no puedes dar marcha atrás —dijo Huan—. No hace falta que te quedes en Jarime. Puedes regresar a Si.

Auraya asintió e hizo la seña formal del círculo.

—Gracias.

Los dioses desaparecieron.

Auraya guardó silencio durante unos instantes, sin saber muy bien qué decir o hacer a continuación. Juran seguía contemplando el anillo. Se inclinó hacia delante y lo cogió lentamente. Alzó la vista hacia ella.

—Lo has sacrificado todo por los siyís —afirmó.

—Sí —dijo ella, con una sonrisa. Pensó en la idea de Mirar de que el don de volar era suyo.

—Tal vez no todo —dijo Mairae.

Auraya miró a la mujer, sorprendida.

—Puedo leer tu mente —explicó Mairae.

—Claro. —Auraya meneó la cabeza—. No pensé en ello.

—Bueno, ¿vas a intentar volar o qué?

Auraya miró a Mairae, luego se concentró en su percepción de su posición en el mundo. Aún podía reconocerla. Invocando magia, se elevó en el aire. Mairae soltó una carcajada.

—¡Sí! Aún puedes ayudar a los siyís.

Auraya sintió un gran alivio y se descubrió sonriendo.

—Puedo llegar hasta ellos. Lo único que me falta saber es si aún puedo curarlos.

—Entonces supongo que vas a partir lo antes posible —dijo Juran. Parecía cansado. Auraya bajó hasta posarse en el suelo.

—Sí. Solo tengo que recoger a Travesuras y unas cuantas cosas.

Él asintió y se puso en pie.

—Cuídate, Auraya. No hace falta que te diga que evites a los hechiceros pentadrianos. Yo..., tengo que consultar con los otros antes de decidir si puedes seguir siendo una sacerdotisa.

—Lo entiendo.

—Visítanos de vez en cuando, para ponernos al día —añadió Mairae.

Auraya sonrió.

—Tenéis que venir a Si algún día. Tal vez puedas navegar hasta la costa. Creo que te gustará.

Mairae miró a Juran.

—Lo intentaremos.

Él asintió, luego empezó a bajar del altar al suelo de la Cúpula, seguido por ellas.

—Lo haremos. Y será muy útil para nosotros tener una sacerdotisa en Si que pueda encontrarnos rápidamente.

Auraya lo miró de soslayo.

—También a mí me gustaría seguir trabajando contigo, Juran de los Blancos.

Él la miró y, por primera vez desde su regreso, sonrió.

Su barco estaba donde lo había dejado. Emerahl se volvió hacia Surim y Tamun.

—Gracias por vuestra hospitalidad —dijo.

Tamun sonrió y abrió los brazos. Para sorpresa de Emerahl, la mujer normalmente reservada dio un paso hacia delante y la abrazó.

—Tengo que agradecerte que hayas venido y me hayas dado la oportunidad de hablar con alguien.

—Aparte de mí —añadió Surim.

—Tampoco sois tan mala compañía —dijo Emerahl.

Tamun retrocedió, y Surim abrazó a Emerahl con tanta fuerza que a punto estuvo de dejarla sin aliento.

—Cuídate, Vieja Arpía.

—Cuidad el uno del otro.

—Oh, en eso somos buenos. Siempre lo hemos hecho.

—Para mejor o peor —añadió Tamun, y se aclaró la garganta—. Ya está bien, hermano.

Surim soltó a Emerahl y retrocedió, sonriendo.

—Pero hace mucho que no tenía a otra mujer en mis brazos.

—Unas cuantas semanas, si no me falla la memoria —dijo Tamun, soltando un ruidito.

—Unas cuantas semanas es mucho tiempo. —Se quedó pensativo—. Mmm, y tal vez sea hora de hacer otro viaje río abajo.

—Esa chica del pantano te tiene muy distraído —dijo Tamun con desaprobación.

—Es un poco mayor para que la llames chica, aunque estoy seguro de que se sentiría halagada.

Tamun hizo un ruido en voz baja, pero no dijo nada. Le dio a Emerahl una bolsa, la misma que Emerahl la había visto tejer.

—Contiene comida y agua limpia, y las curas locales de las que hablamos.

—Gracias.

—Intentaremos contactar contigo cada noche —le dijo Surim—. En sueños.

—Y yo me pondré en contacto si hay alguna novedad.

Ambos asintieron. Surim frunció el ceño.

—Iríamos nosotros mismos, pero conoces mucho mejor el mundo actual. Aunque cada día escudriñamos las mentes de los mortales, no sabemos con certeza si lo que hemos aprendido nos permitiría sobrevivir.

—Y si fuésemos, nos tendríamos que separar. —Surim no dijo lo mucho que les dolería. No hacía falta. Su voz normalmente luminosa estaba tensa.

—Seremos más útiles escudriñando mentes y compartiendo con otra persona lo que aprendemos.

Emerahl sonrió y alzó las manos.

—Basta. Comprendo vuestras reticencias. Lo quiero hacer. Incluso si no encontramos la manera de matar a los dioses, siempre merecerá la pena averiguar más sobre ellos, en especial sobre sus limitaciones.

—Es tu búsqueda —dijo Surim con una risita—. Al menos así es como la habría llamado el Vidente.

Emerahl se rio.

—Ella lo habría llamado «la Búsqueda del Manuscrito de los Dioses».

Tamun asintió.

—Y habría escrito unos poemas espantosos y los habría titulado «Profecías». «Un duendecillo de ojos verdes el manuscrito encontrará, y el mundo y las almas de todos salvará».

—Para. Por favor. —Aún riéndose, Emerahl se volvió hacia la embarcación. Desató la amarra de la urna de cerámica y saltó dentro. Instantes después, el barco se alejaba del saliente y de los Mellizos.

—La corriente te conducirá al exterior —gritó Surim.

—Buena suerte —añadió Tamun.

Emerahl dejó la bolsa en el suelo y miró por encima de su hombro. La corriente ya la había arrastrado la mitad del camino hacia la salida de la cueva. Los hermanos agitaron la mano. Ella hizo el mismo gesto a modo de respuesta.

Luego, cuando su barco alcanzó la entrada de la cueva, al otro lado, se trasladó a la proa y guio la embarcación por el túnel principal.

Se rio para sus adentros. «La Búsqueda del Manuscrito de los Dioses ha dado comienzo».

Nadie había dicho nada desde que abandonaron la isla. No se podía decir nada, pues apenas descansaron brevemente un par de veces durante todo el camino a nado. Cuando Imi empezó a quedarse atrás, dos guerreros la tomaron de las manos y la arrastraron consigo, lo que habría sido divertido si todo el mundo no hubiera estado tan serio.

Ahora, cuando emergió junto a su padre, Imi descubrió que incluso vadear el agua suponía un gran esfuerzo. Le dolía todo el cuerpo. Tenía las piernas doloridas de tanto nadar, y los hombros le escocían por haber sido arrastrada. Sintió un gran alivio cuando su padre se detuvo, a la altura de la Boca.

—Pueblo. Ciudadanos de Borra.

Alzó la vista, sorprendida por la potencia de la voz de su padre, que estaba a su lado. Al ver a una muchedumbre deambulando en torno a la Boca, comprendió que muchos se habían reunido para esperar su regreso. Y noticias.

—Hoy he tomado un gran riesgo, pero un riesgo que, sé, muchos de vosotros apoyáis. He firmado un acuerdo con los pentadrianos. Comerciarán con nosotros, nos enseñarán (como sabéis, tienen mucho que enseñar) y acudirán en nuestra ayuda en tiempos difíciles.

»Este acuerdo entraña riesgos. Y depende de la confianza mutua y la integridad de las partes. Pero también ofrece grandes beneficios. Creo que nos podemos hacer más fuertes con la ayuda de los pentadrianos. Tal vez lo bastante fuertes como para no tener que escondernos más en esta ciudad. Tal vez lo bastante fuertes no solo para no temer a los piratas pisatierra, sino para limpiar el mar de su inmundicia.

Observó las caras que tenían delante. Algunos fruncían el ceño, pero la mayoría parecía encantada. Miró a Imi y tomó su mano.

—¡Juntos nos haremos orgullosos y fuertes, y viviremos para volver a ocupar las islas!

Alguien gritó un hurra y se le unieron más voces. Imi sintió que su preocupación se disipaba. Alzó la vista hacia su padre y sonrió. Él le devolvió el gesto y, por primera vez, la suya no fue una media sonrisa de preocupación, sino de determinación.

Y, juntos, empezaron a caminar entre la muchedumbre hacia el palacio.

Danyin se acomodó en un sillón, junto a su esposa. Silava le sonrió y dejó a un lado la carta que estaba leyendo. Se levantó, cogió un jarrón de tintra que se había estado calentando junto al brasero y le sirvió un poco en una copa. Luego retornó al sillón y volvió a coger la carta.

—¿Cuál de mis hijas es esta vez? —preguntó él.

—La mayor —respondió ella, imitándolo en señal de desaprobación—. Tu nieta estuvo con fiebre, pero, al parecer, se ha recuperado. ¿Crees que los podremos ir a visitar este verano?

—Eso depende de...

Un golpe seco lo interrumpió. Su sirviente corrió hacia la puerta. Danyin alcanzó a ver a un hombre vestido de blanco antes de que la puerta se volviera a cerrar.

—Un mensaje para Pa-Lanza —dijo el sirviente en tono respetuoso, entregando a Danyin un cilindro de metal.

Silava miró el mensaje.

—¿Otra vez al templo?

Él observó el cilindro con perplejidad.

—Normalmente me dicen que vaya, nada más. Esto es más formal.

—Quizá sea una invitación a una ceremonia especial.

—Quizá. —Examinó el lacre. Estaba intacto. Hasta donde podía ver, el cilindro era genuino.

Silava tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos.

—¿Lo vas a abrir?

—En algún momento.

—¿Por qué no ahora?

—Porque aún no me has incordiado lo suficiente.

Se agachó para esquivar el cáliz vacío que ella le lanzó. Riéndose, rompió el lacre y del interior del cilindro extrajo un rollo de pergamino. Silava se levantó para volver a llenar su copa de tintra. Danyin desenrolló el pergamino.

Su mirada recorrió las palabras, pero su mente se negó a aprehenderlas. O al menos eso habría querido. Después de leer el mensaje tres veces lo dejó a un lado y dirigió la vista al brasero, combatiendo su incredulidad.

—¿Qué dice? —preguntó Silava.

—Auraya ha renunciado.

Vio que Silava se ponía tensa de golpe. No comentó nada durante unos instantes.

—¿Dice por qué?

—No, pero señala que ha vuelto a Si. Estuvo aquí, en Jarime. No me lo dijo.

—Claro que no. Si la gente se hubiera enterado de lo que pensaba hacer, se habría armado un alboroto.

—Supongo. Yo hubiera guardado el secreto, pero si no quería que los demás Blancos se enterasen de sus planes podría haber...

Se oyó otro golpe en la puerta. Esta vez Danyin se levantó y abrió. Un mensajero de atuendo blanco le entregó con solemnidad otro cilindro, hizo la señal del círculo y enfiló de vuelta hacia un platén del templo.

Danyin ya había roto el lacre y extraído el rollo antes de llegar a su asiento. Cuando vio la elegante letra de Auraya, sintió un gran alivio. No se había olvidado de él.

A Danyin Lanza:

No puedo permanecer mucho tiempo en Jarime, así que, lamentablemente, seré breve. Hoy he tomado una decisión difícil, pero de la que no me arrepiento. He renunciado a los Blancos a fin de dedicarme a ayudar a los siyís.

Me hubiera gustado transmitirte la noticia en persona, pero cuanto más

tiempo me quede, más siyís morirán por la devoracorazones. Quiero agradecerte tus consejos y apoyo durante este último año y medio. Has sido tan buen amigo como consejero, y echaré de menos tu sabiduría y tu sentido del humor. Te recomendaré a los Blancos como asesor de quien me reemplace. Sé que lo harás bien.

Te desea un buen futuro,
AURAYA TINTOR

—Qué bonito —dijo Silava—. Suena apremiada.

Cuando Danyin levantó la vista, vio a su mujer leyendo la carta por encima de su hombro. Sacudió la cabeza.

—Podría haber contenido información secreta.

Ella le dio unas palmaditas en la espalda.

—Podría. Decidí correr el riesgo. ¿Qué harás con el anillo?

Se miró la mano.

—Supongo que me pedirán que lo devuelva.

—Probablemente. Es posible que ya ni funcione.

—No. —Se sacó el anillo del dedo y lo sostuvo en la palma de la mano. Al contemplarlo sintió una punzada de tristeza—. Fue una buena Blanca. Demasiado buena. Ha renunciado a todo para ayudar a los siyís.

—Lo sé —dijo Silava dulcemente—. Déjame poner eso en un lugar seguro, por ahora.

Él le entregó el anillo. Ella se empezó a alejar, pero se detuvo y regresó. Cogió el jarrón del brasero y le llenó la copa.

—Bebe. Te calentará. Y piensa en esto: pasarán meses antes de que encuentren a un nuevo Blanco. Tendremos todo ese tiempo para nosotros.

Él levantó la vista para mirarla.

—Y estaremos libres para visitar a nuestras hijas en verano, supongo.

Ella fingió sorpresa.

—No lo había pensado..., pero tienes razón.

Mientras se alejaba, él se rio. Finalmente su mujer era feliz. Volvió a mirar la carta y sonrió divertido. Desde que conoció a los siyís, Auraya estaba hechizada por ellos. «Espero que eso quiera decir que tú también eres feliz,

Auraya —pensó—. Espero que el sacrificio valga la pena.

»Y supongo que debo darte la bienvenida al mundo de los mortales».

Epílogo

Mirar volvió la vista hacia la costa y rio entre dientes. Arlij había cumplido con su palabra. La aldea estaba plagada de tejedores de sueños. Con su ropa ajada y sucia, su aspecto había sido demasiado ordinario y aburrido para atraer algo más que una mirada fugaz.

Por desgracia, también había significado que no había escasez de sanadores, por lo que no había tenido nada que intercambiar. Se había visto obligado a robar un bote. Era una embarcación pequeña, demasiado pequeña para las olas del océano, pero con su limitada experiencia de navegación dudaba de que pudiera gobernar algo más grande.

A lo largo de la noche lo había mantenido en movimiento y a flote principalmente mediante magia. Ahora, justo antes del amanecer, las aguas se habían calmado, y él se sentía exhausto.

«Aún no puedo dormir. Tengo que conectar con Emerahl para que me enseñe a mantener la barca a flote —se dijo—. De lo contrario, no dormiré nada durante días o semanas».

Se recostó y se sumió con facilidad en un trance onírico.

:Emerahl.

Después de su tercera llamada, oyó una respuesta.

:Mirar. ¿Dónde estás?

:En un barco.

:¿Qué? ¿Cómo...? ¡Oh! ¡Has burlado su vigilancia!

:Sí. Anoche.

:Bien hecho.

:Gracias. Arlij lo hizo de maravilla. Llenó las aldeas de la costa de tejedores de sueños. Creo que difundió un rumor sobre una plaga que ha empezado allí. Los lugareños se harán ricos cobrándoles por las camas y las comidas, aunque con suerte también robarán a los sacerdotes y las sacerdotisas circulianos que los Blancos han traído con ellos.

:¿Viste a algún Blanco?

:No, pero oí a alguien decir que estaban cerca. Los siyís me siguieron hasta la aldea.

:¿Cuándo fue eso?

:Ayer.

:Entonces ¿qué haces dormido? Debes alejarte lo más que puedas de la costa. Los siyís pueden cubrir volando una gran distancia en un día.

:Lo sé. Pero este barco es pequeño y no me resulta fácil mantenerlo a flote. Necesito tu ayuda.

:¿Qué tipo de barco es?

Él le envió una imagen mental.

:¡Es un bote de remos! ¡Idiota!

:No tenía mucha elección. Tuve que robarlo. Con tantos tejedores de sueños en la aldea, nadie iba a dar un barco a cambio de las dudosas curas de un vagabundo.

:Supongo que no.

:Tienes que ayudarme. Enséñame a navegar.

:¿Mediante conexiones oníricas? No puedo pasar el día soñando. Estoy en medio de una Búsqueda.

Por su forma de decirlo, supo que se trataba de una búsqueda con mayúscula.

:Pero ¡me hundiré!

:Muy bien. Entre tú y los Mellizos, estoy pasando la mitad del día tumbada... Mmm, no es la mejor manera de expresarlo. ¡Ah, por cierto! Tengo noticias importantes para ti.

:Dime.

:Los Mellizos me dicen que el rumor se ha extendido como reguero de pólvora por Ithania del Norte. —Hizo una pausa para imprimir mayor dramatismo a sus palabras—. Tu Auraya ha renunciado a los Blancos.

Mirar sintió por un instante que todo su ser se partía en pedazos. ¿Cómo era posible que tan pocas palabras contuvieran tanto significado, emocionante y aterrador a la vez?

:¿Está viva?

:Eso parece. Ha vuelto a Si. Según los siyís a los que los Mellizos han leído los pensamientos, lleva allí unas cuantas semanas.

:Lo que quiere decir que aún puede volar. —Se le aceleró el pulso—. Es su don innato, Emerahl. No le falta mucho para convertirse en inmortal. ¡Lo sé!

:No lo sabes con certeza.

:Lo sé. Aprendió a sanar con magia de forma demasiado fácil para que no sea así. Solo un paso pequeño, un empujón, y se hará inmortal.

:Los dioses no lo aprobarían.

:No, pero la única alternativa es dejarla envejecer y morir. Debo enseñarle.

:¿Cómo piensas hacer que se reúna contigo?

Él frunció el ceño. Auraya jamás abandonaría Ithania del Norte para aventurarse en la tierra de los pentadrianos, incluso si los siyís no la necesitasen.

:Tendré que ir donde está ella.

:Morirías. Incluso si consiguieras evitar a los siyís, Auraya no sabe cómo ocultar sus pensamientos. Y creía que te dijo que no vuelvas nunca. Eso no suena a alguien que se alegraría de verte, mucho menos que confiaría en que le enseñaras algo que probablemente haría que los dioses quisieran matarla.

Sintió una punzada de frustración. La respuesta acudió a él.

:Se lo tiene que enseñar otra persona.

:¿Quién?

:Tú, Emerahl. Tienes que ir a la cueva a la que me llevaste y mandar a buscarla. Mientras esté en el vacío puedes enseñarle a ocultar su mente. No

abandonará Si, de modo que los dioses no sospecharán de sus movimientos. Sí, eso funcionaría.

Emerahl permaneció en silencio durante unos instantes.

—¿Y qué hay de mi Búsqueda?

Sintió un gran afecto por ella. Si se hubiera querido negar, habría respondido de forma más enfática. Sin embargo, hizo una pausa antes de responder. Se le notaban las ganas de emprender su Búsqueda. Él se alegraba de que ahora recorriera el mundo con tanta confianza.

Pero ¿en quién más podía confiar?

:Puede esperar, ¿no? No te lo pediría, pero... eres su única oportunidad.

Emerahl tardó en responder.

:Lo haré. Más vale que sea rápida en aprender.

Él sonrió.

:Lo es. Créeme, lo es. Gracias, Emerahl.

:Me debes un favor.

:Te lo devolveré —prometió—. Ya lo verás.

Glosario

VEHÍCULOS

Platén – vehículo de dos ruedas

Tarne – vehículo de cuatro ruedas

PLANTAS

Bulbos de kui – frutos comestibles de un alga

Démbar – árbol con una savia mágica y sensible

Drimma – fruta de Ithania del Sur

Enremidera – planta que se sirve de la telepatía para atrapar sus presas

Felfé – árbol de Si

Florrim – droga tranquilizante

Formatano – droga soporífera

Fronden – planta parecida al helecho

Garpa – árbol. Sus semillas son estimulantes.

Heybrina – remedio que, según se dice, protege de las ETS

Hierbela – remedio para las hemorroides

Hrumia – coral que produce un tinte azul

Huemin – flor carnosa

Madera de humo – corteza con cualidades estimulantes

Madera de sal – madera resistente a la descomposición
Malina – hierba que estimula la circulación
Miten – árbol cuya madera arde lentamente
Rebi – fruta que se da en Si
Sautre – árbol que crece en las riberas
Sendel – planta que crece en el sotobosque
Tube marino – coral que segrega tinta
Yan – tubérculos que se encuentran bajo el suelo del bosque

ANIMALES

Aggen – monstruo mítico que mora en las minas
Amma – según las leyendas, lágrimas de pez gigante
Arem – animal criado para tirar de platenes y tarnes
Arke – ave de presa
Brim – animal pequeño que los siyís cazan por su carne
Carmón – animal pequeño de Sennon que se cría como mascota
Dardispa – insecto provisto de aguijón de las montañas del nordeste
Esteriza – ser cubierto de púas que habita en los arrecifes
Fanrin – depredador que caza gabras
Flarke – depredador marino
Gabra – animal doméstico que se cría en las montañas por su carne y su leche
Gamilla – molusco comestible de agua dulce
Garr – ser marino gigantesco
Guirri – aves sin alas domesticadas por los siyís
Kiri – ave de presa grande
Leramar – depredador con poderes telepáticos
Lomospina – nombre que los pisatierra dan al flarke
Lumbriz – insecto que brilla en la oscuridad
Lupino – crustáceo que vive en arrecifes
Lyrim – animal doméstico de rebaño
Mujuk – mascota pequeña

Ner – animal doméstico que se cría por su carne
Pez de luz – ser marino que brilla en aguas oscuras
Pezgigante – ser marino de enormes dimensiones
Pezpalo – pez insípido
Raina – animal utilizado como montura y para tirar de platenes
Shem – animal doméstico que se cría por su leche
Takker – serpiente de gran tamaño
Tiwi – insecto que vive en colmenas
Viz – mascota graciosa que tiene el don de la telepatía y habla
Vorán – animal semejante al lobo
Yervo – animal parecido al ciervo con telepatía limitada
Yeryer – animal marino venenoso

ROPA

Cirque – prenda redonda que los sacerdotes circulianos llevan encima de la ropa
Nagua – prenda interior femenina
Octaveste – atuendo de los sacerdotes de Gareilem
Sayo – vestido de mujer, camisa de hombre
Tago – prenda que se lleva encima de la ropa, sobre los hombros y abrochada por el cuello

ALIMENTOS

Especia de fuego – hierba picante de Toren
Harina de nueces – polvo de nueces molidas, típico de Si
Hogazaplana – pan consistente
Tartahojaldre – pastel frito y hojaldrado
Torta de raíces – empanadilla hecha con raíces hervidas y fritas

BEBIDAS

Ahm – bebida de Somrey que suele servirse caliente y con especias

Drai – bebida de los elay

Jamya – bebida ceremonial de los pentadrianos

Kahr – bebida de Sennon

Teho – bebida de Sennon

Tepi – bebida de los siyís

Tintra – bebida haniana

Tipli – bebida de Toren

ENFERMEDADES

Devoracorazones – dolencia que afecta a los pulmones

Putridez pulmonar – enfermedad que, curiosamente, pudre los pulmones

Supurencia – enconamiento de una herida

ARQUITECTURA

Casa de camino – establecimiento que ofrece alojamiento a viajeros

Casa franca – lugar donde pueden alojarse los tejedores de sueños

Piedrablanca – material de color claro

Piedranegra – material de color oscuro

OTROS

Canar – moneda de Sennon